

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
SISTEMA DE ESTUDIOS DE POSGRADO

LA TEORÍA DEL CARÁCTER SOCIAL DE ERICH FROMM:

SU PERTINENCIA HEURÍSTICA EN LA COMPRESION DE LOS
PROCESOS DE CONSTRUCCION SOCIAL DE LA SUBJETIVIDAD
EN LAS ACTUALES CONDICIONES DE GLOBALIZACION Y
TRANSNACIONALIZACION DE LA SOCIEDAD COSTARRICENSE

Tesis sometida a la consideración de la Comisión del Programa de Estudios
de Posgrado en Estudios de la Sociedad y la Cultura para optar al grado y
título de Doctorado Académico en Estudios de la Sociedad y la Cultura

JAIME R. ROBERT JIMENEZ

Sede Regional del Pacífico “Arnoldo Ferreto Segura”

2019

DEDICATORIA

A Santi, quien llegó a mi vida cuando recién iniciaba este trabajo, llenando de risas, curiosidad, apego y ternura los momentos de descanso y distracción, y provocando un giro muy significativo en la valoración del vínculo y las relaciones intergeneracionales en estos últimos años

A Sebas, Juan Pis, Zaila, Jime y Mati, a quienes he visto crecer en estos años, sorprendiéndome con su vitalidad, optimismo, espontaneidad, afán exploratorio y sociabilidad, aunque también a veces con su impulsividad, competitividad e irritabilidad

A Aimara, René, Andrés y Paulo, por enseñarme el valor, y sentido, de la paternidad y el amor filial

A todos aquellos que anteponen la biofilia a la necrofilia, la solidaridad al egoísmo, la tolerancia a la intransigencia, la ilusión a la desesperanza, el ser al tener, en todas las esferas de su existencia.

AGRADECIMIENTOS

Al equipo asesor de tesis:

- Dr. Domingo Campos Ramírez, por su apoyo incondicional y retroalimentación motivacional, orientación y señalamientos puntuales, durante todo este proceso.

- Dr. Rolando Pérez Sánchez, por su compromiso y observaciones críticas en todo momento.

- Dr. Carlos Arrieta Salas, por ese desenfado que a veces desespera, pero las más tranquiliza.

- A los tres por no haberme abandonado en este larguísimo recorrido, que llegué a pensar no culminaría y no pocas veces deseé dejar inconcluso.

Al Dr. Carlos Chavarría y demás miembros del Grupo de Estudios Sociopsicoanalíticos, por haber constituido durante la fase inicial de este proceso esos interlocutores tan valiosos en la clarificación de ideas, conceptos y selección de vías de acción necesarios en la elaboración del proyecto de investigación y su realización.

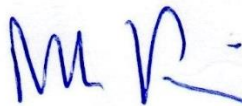
“Esta tesis fue aceptada por la Comisión del Programa de Estudios de Posgrado en Estudios de la Sociedad y la Cultura de la Universidad de Costa Rica, como requisito parcial para optar al grado y título de Doctorado Académico en Estudios de la Sociedad y la Cultura”



Dr. Adrian Vergara Heidke
**Representante del Decano
Sistema de Estudios de Posgrado**



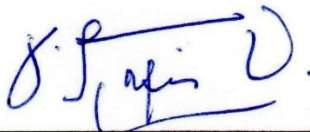
Dr. Domingo Campos Ramirez
Profesor Guía



Dr. Rolando Pérez Sánchez
Lector



Dr. Carlos Arrieta Salas
Lector



Dr. Javier Tapia Valladares
**Representante de la Directora del
Programa de Posgrado en Estudios de la Sociedad y la Cultura**



Jaime Roberto Robert Jiménez
Sustentante

INDICE

Dedicatoria	ii
Agradecimientos	iii
Hoja de aprobación	iv
Índice	v
Resumen	viii
Lista de cuadros	ix
Lista de abreviaturas	ix
INTRODUCCION	1
Estado de la Cuestión	5
Objetivos e hipótesis de investigación	20
Procedimiento de análisis y evaluación	23
Estructura del informe	26
PRIMERA PARTE: LA TEORIA DEL CARÁCTER SOCIAL: PRESENTACION SUMARIA	29
Preámbulo Metodológico	30
Del sujeto y el objeto en el acto del conocimiento	31
De la teoría en el acto del conocimiento	37
Del proceder lógico en el acto del conocimiento	46
Erich Fromm y las Raíces Biográfico-Gnoseológicas de la Teoría del Carácter Social	49
Las raíces judío proféticas	50
Las raíces de la sociología comprensiva y de las ciencias de espíritu	53
Las raíces marxistas	56
Las raíces psicoanalíticas	60
Antecedentes conceptuales	65
Principales presupuestos	89
Sobre el presupuesto de existencia de una energía humana individual como motor del comportamiento	89
Sobre el presupuesto de la estructuración relativamente permanente de dicha energía a consecuencia de factores de orden externo o contingente, en particular socioeconómico y cultural	96
Sobre el presupuesto de la naturaleza social de dicha estructuración a consecuencia del carácter colectivo que presentarían las contingencias socioeconómicas y culturales	98
Sobre el presupuesto del influjo circular o transaccional entre tales contingencias y la energía así estructurada	99

Sobre el presupuesto de las variaciones plausibles de estructuración de la energía humana en sus transacciones con los factores contingentes del entorno	100
SEGUNDA PARTE: LOS FUNDAMENTO ONTOLOGICOS DE LA TEORIA DEL CARACTER SOCIAL: NATURALEZA HUMANA Y PRODUCTIVIDAD	102
De la Naturaleza Humana y sus Constantes Existenciales	103
En busca de una naturaleza humana	105
De las constantes y determinantes biogenéticas de la naturaleza humana	107
Cultura y naturaleza humana	130
Sobre la especificidad existencial de la naturaleza humana	144
Los retos de la biotecnología y la teleinformática en la especificidad de la condición existencial humana	148
Del Concepto de Productividad y la Condición Humana: sus Fuentes Gnoseológicas e Implicaciones Heurísticas y Éticas en la Investigación Psicosocial	157
Respecto a las fuentes gnoseológicas del concepto de productividad en la teoría del carácter social: marxismo y judeocristianismo	158
Respecto a los fundamentos ontológicos y potencialidad heurística del concepto de productividad en la teoría del carácter social	173
De la naturaleza humana y las tendencias productivas de satisfacción de necesidades	176
De la consistencia externa y contrastabilidad empírica de los presupuestos sobre la productividad humana	179
Del contenido profético-utópico versus sociocultural de las tendencias productivas	194
De la pertinencia y valor heurístico de los presupuestos sobre la productividad humana en la investigación psicosocial	197
TERCERA PARTE: LA TEORIA DEL CARÁCTER SOCIAL Y LOS DOMINIOS DE LA PSICOLOGIA SOCIAL	203
Consistencia Externa y Actualidad Heurística de la Teoría del Carácter Social en los Prolegómenos de la Psicología Social	204
De la teoría del carácter social y el punto de vista ético en la investigación psicosocial	213
De la teoría del carácter social y la cuestión de las metodologías cuantitativas y cualitativas en la investigación psicosocial	220
La teoría del carácter social y el estado actual de los estudios sobre la psicología de los pueblos o diversidad sociocultural de las formaciones psíquicas	223

La teoría del carácter social y el estado actual de los estudios sobre la personalidad y su socialización	233
La teoría del carácter social y el estado actual de los estudios sobre el papel social del individuo	239
CUARTA PARTE: LA TEORIA DEL CARÁCTER SOCIAL, GLOBALIZACION Y CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LAS SUBJETIVIDADES EN LA SOCIEDAD COSTARRICENSE	249
Los Procesos de Globalización y las Vicisitudes del Carácter Social	250
La Globalización en América Latina: su Impacto Político-Económico, Cultural y Psicosocial	262
Sobre la especificidad costarricense en las actuales condiciones de globalización y transnacionalización	271
La Teoría del Carácter Social y los Procesos de Formación Social de la (Inter) Subjetividad en las Actuales Condiciones de Globalización y Transnacionalización de la Sociedad Costarricense	282
Prácticas parentales de crianza y formación del carácter social	310
Escolarización y formación del carácter social	329
Medios electrónicos de comunicación y entretenimiento y formación del carácter social	351
Prácticas religiosas y formación del carácter social	387
Entornos rurales y urbanos y formación del carácter social	401
Formación del carácter social, etnia, género y clase social	416
Etnicidad y formación del Carácter social	416
Rol sexual o identidad de género y formación del carácter social	428
Clases sociales y formación del carácter social	440
A modo de sumario	460
QUINTA PARTE: DISCUSION Y CONCLUSIONES GENERALES	468
Discusión	469
Conclusiones Generales	505
REFERENCIAS	516

RESUMEN

Se pretende dar sustento a la tesis de la teoría del carácter social como un sistema conceptual de pertinencia heurística y actualidad paradigmática en la investigación de los procesos de construcción social de la subjetividad e intersubjetividad en el escenario de la globalización y transnacionalización cultural de la sociedad costarricense. Con tal fin, se efectúa un análisis y evaluación de los presupuestos fundamentales de la teoría del carácter social, en particular sobre la especificidad existencial de la condición humana y la productividad como ejes de sus disposiciones anímicas, la consistencia externa y potencia heurísticas de la teoría en el marco de las tendencias dominantes de la investigación psicosocial en el campo, los cambios en los procesos de formación sociocultural del carácter en diferentes entornos y contextos de la sociedad costarricense y los retos que ello supone para su abordaje posible desde la teoría del carácter social. Se concluye que, en torno a la pertinencia y actualidad del presupuesto ontológico sobre la especificidad de la condición humana y su dimensión existencial, los avances de la biología evolutiva, las genética del comportamiento, las neurociencias, las ciencias cognoscitivas, la psicología evolucionaria, la lingüística y la semiótica, y hasta la biotecnología, dan sustento a la tesis frommiana de la existencia de una naturaleza o condición humana que la identifica y diferencia. Igualmente se concluye que el concepto de productividad, constitutivo del núcleo duro de la teoría, goza de compatibilidad teórica y contrastabilidad empírica. Que si bien el concepto de carácter social ha perdido actualidad heurística, las premisas y hallazgo básicos de la teoría resultan aún pertinentes dentro de los prolegómenos de la psicología social, en particular la hipótesis de que las formaciones psíquicas se encuentran moldeadas por experiencias básicas, modos y condiciones de vida que, en la medida en que resultan comunes o socialmente compartidas, dan pie a formaciones sociales de la subjetividad, que la teoría entiende como orientaciones sociales del carácter. Que en el contexto de los procesos de globalización y transnacionalización cultural en América Latina en general, y en Costa Rica en particular, al compás de la actualización tecnológica, la apertura económica, la integración regional, la refuncionalización de los estados nacionales y el multiculturalismo posmoderno por los que los diferentes países de la región procuran insertarse competitivamente en el creciente mercado global, las experiencias de crianza infantil y adolescente, aun predominantemente interdependientes, han de lidiar, no sólo con experiencias crecientemente independientes en el propio seno familiar, resultado del acceso de las figuras parentales a niveles crecientes de escolaridad y una vida más urbana e influida por los *Media*, sino con las propias experiencias de su inmersión gradual en entornos escolares, urbanos y mediáticos cada vez más globalizados. Finalmente, se concluye que si bien la evaluación realizada lleva a confirmar las conclusiones de otros estudios en cuanto a que la teoría del carácter social carece de precisión y fundamento empírico en la caracterización sociohistórica de las formaciones del carácter social y en los procesos y mediaciones que inciden en su constitución y dinámica, también permite argumentar que es posible mejorar dicha teoría y dotarla de formulación y fundamentos más precisos para su aplicación, en particular en el desarrollo de programas de investigación acerca de las variaciones que se están produciendo en las prácticas y experiencias de crianza y socialización y su impacto en las vicisitudes de la formación social del carácter en la sociedad costarricense en estos tiempos de globalización y transnacionalización, ofreciéndose varias propuestas al respecto.

LISTA DE CUADROS	
Esquema #1	491
Esquema #2	493

LISTA DE ABREVIATURAS	
BID	Banco Interamericano de Desarrollo
CEN-CINAI	Centros de Educación y Nutrición y Centros Infantiles de Nutrición y Atención Integral
CINDE	Coalición Costarricense de Iniciativas de Desarrollo
EE.UU.	Estados Unidos de América
GAM	Gran Area Metropolitana
ICE	Instituto Costarricense de Electricidad
INAMU	Instituto Nacional de la Mujer
PAE	Programas de Ajuste Estructural
TLC	Tratados internacionales de libre comercio
Tv.	Televisión
UNESCO	Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura

INTRODUCCION

El problema o cuestión fundamental a la que esta investigación ha procurado dar respuesta es la de la pertinencia y actualidad de la teoría del carácter social, desarrollada por el psicoanalista alemán Erich Fromm, para dar cuenta u ofrecer hipótesis contrastables en aspectos básicos de los procesos de construcción social de la subjetividad, en las actuales condiciones de globalización y transnacionalización que experimenta la sociedad costarricense. Problema que supone al menos dos cuestiones complementarias:

- hasta donde los presupuestos que subyacen a esta teoría, pero también su sistema conceptual, resultan pertinentes en el abordaje de los procesos de construcción social de la subjetividad, en particular desde nuestras coordenadas periférico-dependientes.
- a.* hasta donde dichos presupuestos y sistema conceptual se contradicen con las tendencias dominantes de la investigación sociocultural y psicosocial en el campo.

Su abordaje, más de orden metodológico o más precisamente heurístico y metaprescriptivo, que teórico y denotativo, en tanto su objeto es propiamente la problematización de la legitimidad de la teoría del carácter social y no la construcción misma de la subjetividad de la que ésta pretende dar cuenta, ha conllevado la discusión, clarificación y fundamentación, conceptual y empírica, de una serie de presupuestos tales como:

- La propia formulación general de que el carácter se forma en relación a experiencias de vida signadas por los modos en que las personas satisfacen sus necesidades práctico vitales y relacionales.

- Que dichas necesidades conforman un conjunto de problemas sociobiológicos que a la manera de una naturaleza humana se encuentra a la base de toda experiencia etnosociopsicogenética.
- Que es posible individualizar en algunos de sus rasgos fundamentales tal sistema de necesidades.
- Que los modos de resolución por los que las personas satisfacen sus necesidades práctico-vitales y relacionales se encuentran, al menos, funcional y genéticamente correlacionados con las particularidades de los entornos socioeconómicos y culturales en que se desenvuelven.
- Que esos modos de resolución son reductibles a unos cuantos prototipos fundamentales modulados por el grado de productividad/improductividad con que se consigue dicha satisfacción.
- Que dicha gradiente especifica el contenido y dirección ético-políticos de tales orientaciones en entornos socioculturales específicos.
- Que estos entornos son a su vez enjuiciables por el grado en que favorecen una u otra modalidad de resolución.

La pertinencia de esta investigación se ha justificado con base en la relevancia que revisten la dimensión subjetiva y la metodología sociopsicoanalítica en la investigación sociocultural, pero también en el cuestionamiento que de sus presupuestos han surgido con el auge de las gnoseologías posmodernas.

De una parte, la importancia que reviste la comprensión de los estilos biográficos y su impronta en los procesos socioculturales en general, así como del modo en que la programación sociocultural parece tomar la forma de lo idiosincrásico, proceso de constitución de estructuras subjetivas y normas personales que colorean con mayor o

menor determinación los intercambios, aportes y asunciones de los sujetos en sus participaciones públicas, y en general sus derroteros en la circulación y dinámica permanente de la conciencia cotidiana, apela a una categoría conceptual como la de carácter social que, desde los dominios del Psicoanálisis, ha procurado contribuir a dicha comprensión.

De otra parte, el individualismo metodológico y las construcciones subjetivizantes y sustancialistas de lo psíquico que subyacen a la teoría del carácter social conllevan nuevos problemas de pertinencia y actualidad heurísticas que resultan de interés principal en la presente propuesta.

Más concretamente, dos presunciones fundamentales de la teoría del carácter social, a saber, el presupuesto de una regularidad y programación social de la subjetividad y su construcción a partir de un también presunto sustrato existencial humano, son por partida doble contrarios a la investigación sociocultural y psicosocial de orientación posmoderna en boga, en particular construccionismo y posestructuralismo (Collier, Minton y Reynolds, 1996; Rosenau, 1992; Schwandt, 1994:), que nos demuestra constantemente que en las condiciones de cambio constante, profundo y rápido de las instituciones de la modernidad reciente, la acción humana siempre escapa a toda matriz de regularidad actancial, que aquella que resulta apropiada en un lugar y momentos dados puede no serlo a la luz de nuevas circunstancias y conocimientos, que su fluidez y plasticidad son de nunca acabar, que está siempre incorporada en redes de interacción social y que sólo puede ser comprendida contextualmente (Gergen, 1992).

Este énfasis en la aleatoriedad sociocultural de prácticas y creencias ha llevado a poner en entredicho todo principio de universalidad, progreso o racionalidad sustantiva, presupuestos básicos en la teoría frommiana del carácter.

Pero en tal giro no parece quedar más materialidad que la de una pluralidad de irreconciliables (Lyotard, 1998) e inconmensurables (Feyerabend, 1982) juegos de lenguaje en que participan cónicas y particularistas voluntades de poder y en los que la subjetividad se ve relegada al lugar de mero dispositivo de transmisión o soporte de las vicisitudes y tensiones de aquellos.

Frente al relativismo y amoralismo de estas tendencias, la teoría del carácter social destaca el valor de las potencialidades humanas y sedimentaciones subjetivas, capaces de soportar y capear la vorágine social de nuestros días, en particular desde nuestros contextos periférico dependientes (Sonntag y Valecillos, 1977) y “poscoloniales” (Loomba, 1998) en los que se superponen y debaten la persistencia de tradiciones milenarias y coloniales, los procesos de la modernización socioeconómica y política y las andanadas de la globalización y la transnacionalización cultural (García Canclini 1990).

Aportar a la clarificación de estas cuestiones y, en general, a determinar la pertinencia y actualidad heurísticas de algunos de sus presupuestos centrales, en el escenario de globalización y transnacionalización actual, y desde nuestras sociedades latinoamericanas en general y costarricense en particular, confiamos en que contribuya en mucho a dirimir la actualidad, alcances y límites de la teoría del carácter social en el campo de la investigación sociocultural y psicosocial de los procesos de formación social de la

subjetividad y más allá, en la construcción de unas ciencias humanas nativas y decolonialmente orientadas (Mignolo, 2007).

Estado de la cuestión

El concepto de carácter social como categoría para describir la forma relativamente permanente en que las formas de subjetividad común a un determinado grupo humano se estructuran en el proceso de interacción social y asimilación de la naturaleza, gozó de gran aceptación a mediados del siglo pasado como constructo de potencia heurística en la investigación sociológica, antropológica y psicosocial sobre las relaciones entre individuo y sociedad en general y, en particular, los procesos de formación sociocultural de la (inter) subjetividad (Caparrós, 1975; Collier, Minton & Reynolds, 1996; Germani, 1966; Gerth y Mills, 1969; Kluckhohn, Murray y Schneider, 1972; Riesman y otros, 1981; Schaar, 1966).

Incluso un crítico tan acérrimo de Erich Fromm como el politólogo estadounidense John Schaar no tuvo reparo en reconocer que la teoría del carácter social era un excelente instrumento de descripción y análisis y representaba “uno de los más afortunados entre todos los intentos por trazar puentes entre diferentes niveles de análisis y por combinar diferentes estilos de enfocar los problemas sociales” (1966, p. 75).

También el psicólogo español Antonio Caparrós, otro fuerte crítico de la teoría del carácter social, confirmó estas conclusiones de Schaar y enfatizó el valor heurístico y operativo de la teoría del carácter social

como un conjunto de hipótesis fecundas y a su vez basadas en unos postulados, originariamente psicoanalistas y marxistas, en absoluto gratuitos y demostradamente operativos (...) un arma eficaz para romper las barreras que tan difícil hacen la comprensión de una sociedad tan dinámica y diferenciada como la nuestra (1975, p. 111, 114).

Posteriormente sin embargo, hacia el último cuarto de siglo, la teoría del carácter social fue perdiendo notoriedad como referente o guía en la investigación psicosocial, sociológica y antropológica, y hoy poca duda cabe de su pérdida de actualidad en las actuales condiciones de la investigación sociocultural y psicosocial, empero, aún queda por establecerse hasta donde su valor descriptivo, analítico y comprensivo ha dejado de ser heurísticamente pertinente y sucumbido, junto con las demás teorías de la subjetividad, ante el feroz embate de la crítica posmoderna del sujeto.

Muchas y diversas serían las razones de este declive, algunas asociadas a lo polémico de sus premisas, otras a su falta de precisión conceptual y coherencia interna, algunas más al agotamiento de su potencial heurístico, a la pérdida de consistencia externa y cambios paradigmáticos, y no faltan los referidos a los cambios político ideológicos.

Quizá el aspecto más discutible de la teoría del carácter social resulta de su premisa acerca de la existencia de una condición o naturaleza humana, de la que deriva un conjunto de necesidades constantes (Fromm, 1947/1985), que es posible individualizar en algunos de sus rasgos fundamentales y de los que se pueden derivar modos generales de satisfacción o resolución reductibles a unas cuantas y fundamentales modalidades de asimilación y relación, en particular a partir del eje productividad/improductividad, y que todo ello además resulta de valor heurístico a la investigación sociocultural y psicosocial y, por si fuera poco,

de lo que se puede colegir una práctica emancipatoria y más allá, una política de vida (Giddens, 1995).

La mayor parte de los detractores de la teoría ha señalado fehacientemente que la visión frommiana de la condición o naturaleza humana, fundamento ontológico de la teoría del carácter social, descansa en un preformismo sustancialista, que Schaar (1966) no dudó en calificar de naturalismo disfrazado, alejado tanto de la tradición histórico materialista como de lo más crítico de los enfoques posmodernos.

El problema, ha advertido la legión de detractores de Fromm, no está en la formulación de la naturaleza humana en términos de dilemas y necesidades existenciales ni en la división de estas últimas entre necesidades variables y constantes, sino en que tales planteamientos acerca de la naturaleza de las necesidades obedece a una idea preconcebida del ser humano y lo que este pudiera ser y no a una observación de sus manifestaciones positivas.

Consecuentemente, la deficiencia fundamental de Fromm residiría entonces en haber renunciado al análisis positivo e histórico de las manifestaciones humanas, al identificar su sistema de necesidades con una serie de categorías a priori que se imponen al sujeto como causa estructural.

Incluso un autor de orientación frommiana como el psicólogo costarricense Carlos Arrieta, en su tesis *La Teoría del Carácter social de Erich Fromm: su vigencia y alcances en la investigación psicosocial* (1992), no dudó en afirmar que

justamente es en este punto en donde los postulados frommianos se confunden en una maraña de contradicciones: de un modelo histórico social se trasciende a una dimensión

teleológica especulativa en la cual se proclama la existencia de una serie de necesidades humanas que no surgen como producto de las relaciones sociales sino que son categorías ontológicas que tienen el carácter de esencias humanas (p. 192-193).

Pero aún más, la teoría de las necesidades de Fromm, no se detiene en la formulación, harto general, de un conjunto de dilemas constantes por resolver, sino que pretende además enunciar una serie de tendencias u orientaciones también constantes de resolución. Y es aquí donde la crítica parece haber encontrado mayor asidero.

Y es que, en el lenguaje del humanismo normativo de Fromm, el ser humano es esencialmente productivo en sus tendencias primarias de satisfacción de necesidades y sólo en condiciones adversas deviene en prácticas improductivas y destructivas de resolución.

Una concepción, al parecer, tan poco sustentada en los datos de la experiencia, que el psicoanalista y antropólogo estadounidense Michael Maccoby (1985), colaborador cercano de Fromm, no tiene reparos en afirmar que en el tipo ideal del carácter productivo, éste parece haber olvidado su teoría del carácter social, pues tal tipo, antes que describir los rasgos positivos del carácter existentes en el mundo de hoy, remite a un ideal abstracto mítico religioso escatológicamente concebido.

No obstante, dicha crítica se dirige contra la formulación abstracta de la modalidad productiva de resolución de dilemas o necesidades existenciales, no contra la posibilidad misma de identificar modalidades arquetípicas o constantes de resolución productiva de las necesidades humanas fundamentales, posibilidad sobre la que Fromm no guardó duda alguna.

Según los supuestos de su teoría, en la resolución de cada una de las necesidades fundamentales que a su modo de ver califican la condición humana, se identifican también pares antinómicos que divergen por su carácter productivo o improductivo. Así a la necesidad de relación responde el par amor-simbiosis, a la de trascendencia el par creatividad-destrucción, a la de arraigo el par fraternidad-incesto, a la de identidad el par individualidad-colectividad, y a la de orientación y devoción el par racionalidad-irracionalidad.

Pero estas tendencias o modalidades de resolución parecen, más allá de la apreciación de Maccoby, estar más bien cargadas de los contenidos propios de una cultura específica, o al menos en referencia a ella, y sólo resultarían aceptables en la medida en que se demuestre el carácter progresivo de la historia de las culturas y el valor éticamente superior de aquella que sirve de referente en las formulaciones frommianas y esa, fácilmente se identifica en el sistema del autor a partir de los componentes primeros de cada par, pues ellos resultan las opciones de resolución productiva de las necesidades humanas, mismas que corresponden en gran medida a lo que la sociología clásica entendía por racionalidad moderna, mientras que sus antípodas son identificadas como predominantemente propias de la racionalidad tradicional o no occidental.

Ergo un carácter productivo sería fundamentalmente un carácter moderno y uno improductivo¹, tradicional. De ahí que en principio concordemos con Schaar (1966) en

¹ aserto que sin embargo no deja de ser discutible si consideramos más en detalle las reflexiones en torno a la crítica del patriarcalismo, pilar del pensamiento moderno, que realiza Fromm a partir de los trabajos de J. Bachofen en torno a las sociedades matricéntricas y sus valores positivos, tales como el amor incondicional materno (Fromm, 1934/1972), así como del principio relacional que mantiene en su formulación de la condición existencial y sus necesidades básicas.

que “las definiciones que da Fromm a las necesidades y sus criterios para medir su cumplimiento parecen derivarse de un conjunto de normas culturales específicas” (p. 61).

Y difícilmente podría ser de otra manera, Fromm, como dos de los principales referentes de su teoría del carácter social, Carlos Marx y Sigmund Freud, también se reclamó hijo del Iluminismo y estaba convencido del carácter progresivo de la dialéctica de la vida; todas sus formulaciones descansan en el presupuesto de que el desarrollo de las fuerzas productivas, las formas de interacción y las estructuras de la conciencia (o del lenguaje, según lo que se guste resaltar) participan de una construcción humanísticamente progresiva o de realización de las potencialidades humanas.

Mas como ellos, también fue crítico respecto a los logros alcanzados por la modernidad capitalista y, en su caso, también respecto a los de su contraparte soviética, por lo que con la formulación de su carácter productivo procuraba trascender los parámetros falocéntricos e individualistas del ideal racional capitalista moderno, en una suerte de síntesis andrógina (Fromm, 1970/1972) de orientación autónomo-interdependiente o interactivo-emocional (Keller, Kuensemüller, Voelker et al., 2005; Kashima et al., 2004) como la postulada por ciertos enfoques feministas (Gilligan, 1985; Butler, 2001).

¿Es esto acertado o expresión de un sustancialismo místico o, peor aún, de un hipostasiado y peligroso etnocentrismo? A diferencia de lo expresado por Schaar, Caparrós, Arrieta, y en alguna medida también Maccoby, nos parece que la cuestión no se encuentra en haber concebido al ser humano fuera de su historia y su cultura o carecer de suficiente fundamento empírico en la formulación de las necesidades inherentes a la

condición humana, y de la orientación productiva del carácter en particular, sino en, concibiéndolo como un ser en situación, evaluar más en detalle el fundamento mismo de tales presuposiciones y, en particular, la relevancia y exhaustividad de la premisa de la productividad, para dar cuenta de la condición o naturaleza humana, sus potencialidades, y avatares sociohistóricos y culturales.

Pero el punto crucial es que de ser válidas tales objeciones, ¿qué implicaciones tendrían sobre la validez heurística del concepto de carácter social como herramienta conceptual en la investigación sociocultural y psicosocial? Deshaciéndonos del "núcleo duro" del programa frommiano de una aproximación sociopsicoanalítica, ¿podríamos aún rescatar la teoría del carácter social?

Para salvar su pertinencia o competencia heurística en el campo de la investigación psicosocial, Arrieta (1992) propone que es necesario poner sobre sus pies lo que está de cabeza -emulando lo que Marx formuló con respecto a la dialéctica hegeliana-. Ello se conseguiría interviniendo sobre el núcleo duro de la teoría y considerando las necesidades no como fundamento ontológico de las manifestaciones humanas sino como sus expresiones históricamente determinadas, “cuya característica más relevante es poner al descubierto las necesidades que afloran en una sociedad cuya organización socioeconómica provoca tales manifestaciones” (p. 196).

Concluye Arrieta (1992):

Al analizar la antropología frommiana se puede llegar a una conclusión similar: la grandeza de Fromm solo es posible visualizarla en la medida en que su teoría sea librada de los lastres de la metafísica, es decir, en la medida en que sea superada la religiosidad frommiana y sus tesis mesiánicas del hombre bueno (p. 197).

De lo que se trataría entonces es de liberar su caudal heurístico, amén de sus imprecisiones conceptuales que, compartimos, no son pocas, de los lastres metafísicos de su núcleo duro.

Pero, ¿es esto posible desde una perspectiva histórico materialista y conveniente desde un enfoque crítico-humanístico en tiempos posmodernos? (Rosenau, 1992).

Nuestra tesis es que desde la perspectiva del humanismo normativo y aún más, desde la propia posición sociomaterialista, la discusión en torno al problema de la condición humana, su sistema de necesidades y los modos de resolución, resulta mucho más significativa de resolverse en el marco de la crisis de la modernidad y su impugnación posmodernista que desde la discusión positivista de los fundamentos empiricistas de tal sistema.

Pero así enfocado, a los problemas ya mencionados se agregan ahora los propios de la crítica posmoderna a las teorías de la subjetividad.

A diferencia del sino, consistencia, permanencia y estabilidad de la programación social de la subjetividad que presupone la teoría del carácter social, las epistemologías posmodernas resaltan la dialéctica siempre inacabada de lo subjetivo y lo objetivo, lo natural y lo cultural, lo individual y lo social (Collier, Minton y Reynolds, 1996).

El individuo de las epistemologías posmodernas es siempre un ser-en-situación de riesgo radical y elección permanente y cotidiana entre estilos de vida diversos que van del quien ser a cómo existir.

Es la vieja oposición weberiana entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*, lo que las nuevas epistemologías resaltan, pero radicalizada en las condiciones de la modernidad tardía o la globalización posmoderna, donde cuanto más postradicionales sean las circunstancias en que se mueva el individuo, más afectará el estilo de vida al núcleo mismo de la identidad del yo, a su hacerse y rehacerse (Giddens, 1995).

En consecuencia, serán rasgos propios del carácter en las condiciones de vida de la modernidad reciente “La capacidad para trastornar la fijeza de las cosas, abrir vías nuevas y colonizar, por tanto, un segmento de un futuro novedoso” (Giddens, 1995, p. 170).

Para las gnoseologías posmodernas, el objetivo de la investigación es descubrir el carácter dinámico y socio culturalmente configurado de las actuaciones sociales, no la procuración de principios presuntamente constantes y universales que los subyazcan. En un mundo siempre cambiante, afirman los psicólogos canadienses Gary Collier, Henry Minton y Graham Reynolds (1996), “existen poco hechos y principios transhistóricos universales que se puedan descubrir” (p. 515).

Siguiendo los pasos del interaccionismo simbólico del filósofo, sociólogo y psicólogo social estadounidense George H. Mead (1982), la perspectiva posmoderna insiste en que el ser no tiene mayor materialidad que la del lenguaje y sus sistemas de rotulación significante.

Y, puesto que el lenguaje es un producto social, nuestros conocimientos y creencias están insertos en una compleja red de prácticas sociales que incluyen

convenciones, normas y papeles gobernados por la utilidad más que por su poder de representatividad.

Este énfasis en la aleatoriedad social de prácticas y creencias lleva a poner en entredicho todo principio de universalidad, progreso o racionalidad, presupuestos básicos en la teoría frommiana del carácter social.

Pero en tal giro no queda más materialidad que la de las particulares voluntades de poder (Nietzsche, 1983), cuando no es que la de abstractas estructuras simbólicas, y el sujeto se ve relegado al de mero soporte de sus arbitrariedades.

La reorientación antimetafísica de la teoría del carácter social que han postulado autores como Caparrós (1975) o Arrieta (1992) para salvarla de las aporías del ontologismo frommiano corre entonces el riesgo de devenir necesariamente en una caracterología cuya tipología responde mecánicamente a las veleidades de la estructura sociocultural del momento.

El abandono de los presupuestos preformacionistas (Ausubel y Sullivan, 1983) de la teoría del carácter social nos expone en consecuencia a ese relativismo que tanto rechazara su autor, un amoralismo estético contrario a la ética humanística, que dizque superando las aporías metafísicas de ésta, nos desmoviliza ante la problemática de la pérdida posmoderna de la capacidad humana para dar sentido a su existencia, y nos induce a unas opciones políticas fundamentalmente conservadoras, ajenas al radicalismo del socialismo humanístico de Fromm.

Quizá sea por ello que el sociólogo inglés Anthony Giddens (1995), a la vez que ha postulado que en las condiciones de la modernidad reciente “los mecanismos de desenclave” espacial y social llegan a penetrar el corazón mismo de la identidad del yo, sostiene que sin embargo no lo vacían, ni tampoco se limitan a eliminar los anteriores apoyos en que se basaba dicha identidad.

E incluso no ha dudado este autor en resaltar la problemática de dilemas o constantes existenciales en toda consideración sobre el desarrollo de la personalidad, y afirmar que ésta recurre en su resolución a mecanismos que, variando en su contenido y dirección de una cultura a otra, son sustancialmente de carácter transcultural, en tanto medios que garantizan “la seguridad ontológica” (Giddens, 1995, p. 75) del yo.

Aún más, ante las tesis de la identidad yoica como un collage de roles escindidos a los que falta un núcleo interno, carácter mercantil en la teoría frommiana, Giddens ha contrapuesto como propio de la identidad yoica en cualesquiera condiciones, las de la globalización o modernidad reciente incluidas, el mantenimiento de constantes que, sobre las normas de la actuación pertinente, preservan la continuidad y coherencia de una crónica personal.

De ahí que, en medio de la plasticidad, transitoriedad y transubjetividad yoicas, la producción de “rutinas sociales”, la “regimentación del cuerpo” y, en general de una “coraza protectora que filtra en la conducta práctica diaria de cada día muchos de los peligros que amenazan en principio la integridad del yo” (Giddens, 1995, p 74), ponen a la orden del día la discusión sobre la pertinencia y actualidad heurísticas de unos conceptos

que, anclando en los rescoldos de las historias sociales y personales de vida, destacan el valor de sus potencialidades y sedimentaciones subjetivas en la vorágine social actual.

Pero además, esta discusión sobre la pertinencia y actualidad heurísticas de la teoría del carácter social para dar cuenta de los procesos de construcción social de la subjetividad en las actuales condiciones de globalización y transnacionalización cultural, no está pensada desde las coordenadas espaciotemporales de los centros hegemónicos de esta modernidad tardía, sino desde aquellas que, como las de la sociedad costarricense y latinoamericanas en general, aún se debaten fuertemente entre lo tradicional y lo postradicional (Keller, Kuensemüller, Voelker et al., 2005), e incluso, entre el progreso poscolonial moderno y la resistencia decolonial (Mignolo, 2007).

Como bien ha afirmado el antropólogo argentino Néstor García Canclini (1990) refiriéndose a las sociedades latinoamericanas en general, éstas constituyen un *bricolage* en que se traslapan tradición, modernismo cultural y modernización socioeconómica, una heterogeneidad que, aunque anclada imaginariamente en el carromato que conduciría a la modernidad, en lo real, de alguna manera siempre fue posmoderna.

A su modo de ver, “la perspectiva pluralista que acepta la fragmentación y las combinaciones múltiples entre tradición, modernidad y posmodernidad, es indispensable para considerar la coyuntura latinoamericana” (García Canclini, 1990, p. 130).

Junto con los procesos de emancipación secular, renovación cultural, democratización política y expansión económica, propios del proyecto de la modernidad, deficiente y desigualmente impulsados por los movimientos independentistas

latinoamericanos a partir del siglo XIX, perviven comportamientos y creencias tradicionales en los que se siguen afirmando identidades territoriales y étnicas extrañas a los procesos de construcción de la nacionalidad poscolonial, a la vez que nuevos agentes sociales propician cambios en medio de las contradicciones generadas por la modernización globalizante.

Lo que se estaría viviendo en la América ladino indígena afrocaribeña, es la circunstancia de estar en la cresta de la ola moderna sin tener el mar de fondo de la modernidad. Parafraseando a García Canclini (1990) y al sociólogo chileno Fernando Villegas (citado por Pérez Alvarez y Livacic Rojas, 2002), el modelo latinoamericano no sería sino la versión en ritmos de Salsa y *Reggae* del modelo universal de sociedad que ha superado la etapa tribal, pero sin ingresar aún a la modernidad y ya pretendiendo salir de ella.

La paradoja no es que sin haber pasado por la modernidad, se sufra de los problemas propios de la cultura posmoderna del capitalismo posindustrial (Pérez Alvarez y Livacic Rojas, 2002), sino que se viva en el vértice de eso que el teórico cultural galés Raymond Williams (1980) denominaba la conflictiva heterogeneidad de lo arcaico, lo residual y lo emergente.

En tales circunstancias, los conceptos de arraigo y pertenencia, consustanciales a la formación de la identidad y el carácter locales, se desustancializan en su homogeneidad, recomponiéndose en esa conflictiva heterogeneidad que amenaza con barrer todo vestigio de identidad y carácter comunes.

Y Costa Rica no escapa a esta caracterización general, con una población a principios del nuevo siglo multiétnica y multicultural, pues aunque mayoritariamente caucásica, contiene una importante proporción de mestizos y afrocostarricenses, y en menor medida indígenas y sinocostarricenses (INEC, 2000; Putnam, 2001). Si bien ha experimentado una importante diversificación de la actividad económica en los últimos años, en la que destacan el turismo internacional, la agricultura no tradicional, el desarrollo de las tecnologías de punta, el robustecimiento del sector financiero y una creciente urbanización que ya cubre más de la mitad de la población, con predominio de las clases medias, una escolarización y cobertura de salud pública cercana al 100%, reducidas tasas de fertilidad y mortalidad infantil y una expectativa de vida que supera los 76.8 años (Keller, Kuensemüller, Voelker et al., 2005; Programa Estado de la Nación, 2006), aún cerca de un 50% vive en zonas rurales, la actividad agrícola desempeña un importante papel en la economía nacional, constituyendo, a principios de siglo, la segunda actividad productiva a la que se dedican los costarricenses, donde con las grandes explotaciones de exportación y agricultura no tradicional coexiste la agricultura familiar de subsistencia o pequeña parcela y el empleo de tecnología artesanal, más de un 20% se encuentra bajo condiciones de pobreza, y alrededor de un 14% de los hogares no logra satisfacer sus necesidades básicas más elementales.

A pesar de que históricamente la familia nuclear ha constituido el tipo predominante de hogar (Rodríguez, 2002), la familia extensa aún predomina en el agro, e incluso en las ciudades una gran cantidad de costarricenses vive en el mismo vecindario o relativamente cerca de sus familiares (Programa Estado de la Nación, 2006; “Católicos”, 2010), al tiempo que en los últimos treinta años ha ido en aumento el número de familias

uniparentales y unipersonales así como el número de divorcios y segundos matrimonios, el número de miembros por familia y la fecundidad materna han disminuido, y la mujer ha visto incrementar su incorporación al trabajo remunerado (INEC, 2008; Programa Estado de la Nación, 1999, 2006).

En suma, mientras que con los procesos considerados como de modernización global creciente (Keller, Yovsi, Borke et al., 2005) es de esperar que una serie de cambios en las creencias y expectativas, prácticas y experiencias de crianza, así como en la dinámica de la formación social de las estructuras subjetivas se esté produciendo en la dirección, de acuerdo con la teoría del carácter social, de una orientación sociocultural del carácter cada vez más desarraigada, individualista, competitiva y consumista, así como de formas de pensamiento más abstracto y flexible, con la pervivencia de formas de vida tradicional que siguen siendo de significativos efectos en la dinámica económica, política, cultural y psicosocial del país, también es de esperar que subsistan creencias y expectativas, prácticas y experiencias de crianza, así como formaciones subjetivas y, en general, una orientación sociocultural del carácter, signadas por fuertes sentimientos de arraigo a la tierra, a la comunidad y a la familia, formas de pensamiento concretista y descriptivo y conocimiento intransferible (Erikson, 1966; Fromm y Maccoby, 1970/1974), configurando en su interacción formas de hibridación sociocultural del carácter sobre las que, en conjunto con sus imbricaciones sociodemográficas, socioeconómicas y socioculturales, poco se ha investigado (Keller, Kuensemüller, Voelker et al., 2005).

Y como ha afirmado García Canclini (1990), reconocer y profundizar en el conocimiento de la conflictiva heterogeneidad dinámica de nuestros procesos socioculturales, no sólo puede contribuir a la desustancialización de sus mitos

homogeneizantes, también puede contribuir a afianzar las identidades colectivas y substratos caracterológicos propios de nuestras culturas, en este caso particular, las que configuran la formación sociocultural y económica costarricense.

Objetivos e hipótesis de investigación

El objetivo general de esta investigación es el dar sustento a la tesis de que la teoría del carácter social constituye un sistema conceptual de pertinencia heurística y actualidad paradigmática en el desarrollo de programas de investigación en aspectos básicos de los procesos de construcción de la subjetividad e intersubjetividad en el escenario de la globalización y transnacionalización cultural de la sociedad costarricense.

En tal sentido, y en correspondencia con los presupuestos enunciados en la exposición del problema, se ha procurado demostrar, o argumentar convincentemente a favor de las siguientes proposiciones:

- i. Que la existencia de constantes existenciales a la manera de dilemas y necesidades, bien sociobiológicas, bien transculturales, resulta conceptual y empíricamente sustentable.
- ii. Que es posible identificar e individualizar algunas de estas constantes que, a la manera de dilemas sociobiológicos o retos transculturales, han de ser resueltos, más allá de toda relatividad cultural, socioeconómica o psicosocial concebibles, en todo proceso de humanización, socialización o construcción social de la subjetividad.

- iii. Que en la medida en que los entornos socioculturales y socioeconómicos inciden diferencialmente en los modos de afrontamiento y resolución de tales dilemas o retos y que resulta posible individualizar un entorno sociocultural y socioeconómico costarricense, también lo es particularizar orientaciones y procesos de formación social del carácter afines.
- iv. Que las formas específicas de composición, dinámica, cultura y organización e inserción socioeconómica de la familia y de sus padres, el carácter de éstos, así como las experiencias religiosas, escolares, vecinales y mediáticas en que infantes y adolescentes costarricenses satisfacen sus necesidades práctico-vitales y expresivo-existenciales, configuran los aspectos básicos de aquellas experiencias de vida por las que el entorno sociocultural y socioeconómico incide en la formación del carácter y demás procesos de construcción de la subjetividad posible.
- v. Que a partir de la identificación de las modalidades de resolución u orientación socialmente dominantes del carácter en el contexto costarricense, y, en particular, en la medida en que resulta posible establecer su grado de productividad/improductividad, es posible también determinar el grado de receptividad/resistencia predominante en el ánimo costarricense ante los actuales procesos de globalización y, más allá, ante las prácticas emancipatorias y políticas de vida que se potencien desde nuestras coordenadas periférico-dependientes y poscoloniales.
- vi. Finalmente, que el modelo teórico que el concepto del carácter social supone, resulta operativo a la investigación sociocultural y psicosocial desde nuestras coordenadas periférico-dependientes y poscoloniales en las actuales condiciones de globalización y transnacionalización cultural o posmodernidad.

Para lograrlo nos propusimos como objetivos específicos

1. Identificar los supuestos centrales distintivos de la teoría del carácter social de Erich Fromm.
2. Precisar las características de estos supuestos, en particular:
 - 2.1 en lo que respecta a la existencia de requisitos sociobiológicos y transculturales de pretensión universal que dan sustento al fundamento ontológico de la teoría del carácter social.
 - 2.2 en torno a la existencia de patrones subjetivos constantes que, a la manera de síndromes o rasgos de carácter, distinguen socioculturalmente a un grupo humano de otros.
3. Precisar las peculiaridades, fortalezas y debilidades de la teoría en cuanto a su:
 - 3.1 rigor y claridad conceptual
 - 3.2 grado de coherencia interna
 - 3.3 cobertura comprehensiva y capacidad unificadora
 - 3.4 simplicidad formulativa
 - 3.5 aplicabilidad
 - 3.6 contrastabilidad
4. Determinar la compatibilidad de la teoría con el estado del conocimiento en el campo. en particular con el estado de la investigación sociocultural y psicosocial en nuestras coordenadas periférico-dependientes y poscoloniales en las actuales condiciones de globalización y transnacionalización cultural o posmodernidad.
5. Determinar la potencia y fecundidad heurística de la teoría en la formulación de nuevos problemas e hipótesis en torno a:
 - 5.1 la especificidad sociocultural y psicosocial costarricense y a sus peculiaridades en los procesos de construcción social de la subjetividad
 - 5.2 el papel que desempeñan las prácticas familiares, religiosas, escolares, vecinales y mediáticas en los procesos sociales de subjetivación en la sociedad costarricense en estos tiempos de globalización y transnacionalización cultural.

Procedimiento de análisis y evaluación

Esta investigación se inscribe en el orden de las cuestiones heurísticas y metaprescriptivas (Lyotard, 1998), por lo que la estrategia fundamental de abordaje ha obedecido a eso que se llama investigación teórica, en la que una teoría es objeto de fundamentación, integración, ampliación, desarrollo, remodelación, reestructuración, reconstrucción, reformulación, pero también, cuestionamiento, impugnación o refutación (Martínez, 1989).

No obstante, en cuanto el mismo análisis conceptual supone una revisión de compatibilidad con el estado del conocimiento en el campo e incluso de su competencia heurística para ofrecer hipótesis pertinentes y contrastables de los procesos de construcción social de la subjetividad en las actuales coordenadas espacio-temporales de nuestra realidad periférico-dependiente y de globalización creciente, también ha contemplado la revisión crítica de investigaciones, ensayos y datos sobre los procesos de globalización, su impacto en Latinoamérica y, particularmente, respecto a la realidad sociocultural y psicosocial costarricense.

Esto ha conllevado a la desagregación de nuestro objeto de estudio, a saber, la teoría del carácter social y los procesos de construcción social de la subjetividad en las actuales condiciones de globalización y transculturación posmoderna de la sociedad costarricense, en varias dimensiones de análisis y evaluación crítica consonantes con los objetivos específicos formulados:

- Análisis y evaluación de los supuestos centrales distintivos de la teoría del carácter social de Erich Fromm, mediante:

- i. la valoración de la consistencia interna de sus supuestos ontológicos, epistemológicos, heurísticos y axiológicos
- ii. la contrastación de las hipótesis contenidas en la teoría del carácter social con el estado del conocimiento actual sobre los procesos de construcción social de la subjetividad
- iii. la identificación de posibles problemas de investigación atinentes a los procesos de construcción social de la subjetividad en las actuales condiciones de globalización y transculturación posmoderna en general y desde nuestras coordenadas periférico dependientes en particular
- iv. la crítica teórica, metodológica y empírica de sus principales aplicaciones

- Análisis y evaluación del fundamento ontológico de la teoría del carácter social, mediante:

- i. la crítica de la argumentación conceptual y evidencia empírica a favor y en contra de la existencia de una naturaleza o condición humana de la cual derivar constantes existenciales y disposiciones psicobiológicas o transculturales de pretensión universal a toda forma de vida humana conocida
- ii. la identificación de algunas de esas constantes o disposiciones existenciales, psicobiológicas o transculturales significativas en la formación del carácter social.

- Análisis y evaluación de la noción de productividad como eje en la comprensión de las variaciones sociales en las orientaciones caracterológicas, mediante la crítica de:

- i. los fundamentos marxistas de dicha noción
- ii. la aproximación frommiana dichos fundamentos
- iii. la evidencia empírica en que se respalda dicha noción

iv. su actualidad heurística

v. su pertinencia en la valoración ético-política de los procesos de formación social del carácter.

– Análisis y evaluación de la argumentación conceptual y evidencia empírica en torno a la existencia de patrones subjetivos constantes que, a la manera de un síndrome o sistema de rasgos de carácter, distinguen socioculturalmente a un grupo humano de otros, mediante:

i. la crítica de estudios y ensayos sobre la psicología diferencial de los pueblos.

ii. la crítica de estudios y ensayos sobre las peculiaridades socioculturales y psicosociales latinoamericanas

iii. la crítica de estudios y ensayos sobre la especificidad sociocultural y psicosocial costarricense.

- Análisis y evaluación de la argumentación conceptual y evidencia empírica en torno a la mediación de las costumbres, creencias y prácticas en los procesos de formación del carácter en general y costarricense en particular, mediante la crítica de los estudios y ensayos sobre:

i. familia y construcción social de la subjetividad

ii. medios de comunicación y construcción social de la subjetividad

iii. escuela y construcción social de la subjetividad

iv. prácticas religiosas y construcción social de la subjetividad

v. ruralidad y urbanismo y construcción social de la subjetividad

vi. clase social, etnia y género y construcción social de la subjetividad.

Este procedimiento implicó la revisión de los principales textos de Erich Fromm sobre el carácter social, pero también de la literatura más significativa que en favor y en contra de esta teoría se ha producido, así como de algunos de los estudios más relevantes de aplicación de la teoría del carácter social y, más allá, de literatura e investigaciones en torno a las temáticas de crítica de la ciencia y metateoría psicoanalítica, naturaleza humana y cultura, psicología de los pueblos, construcción social de la subjetividad, procesos de globalización y especificidad sociocultural latinoamericana y costarricense.

Asimismo conllevó la elaboración de avances periódicos que han sido sometidos a juicio y retroalimentación de los miembros del equipo asesor.

Estructura del informe

Con el fin de organizar sus contenidos, este informe de tesis se encuentra dividido en cinco partes y nueve capítulos.

En la primera parte se ofrece una breve presentación de la teoría del carácter social, sus presupuestos y antecedentes y consta de cuatro capítulos, en el primero de los cuales se desarrollan algunas consideraciones epistemológicas al modo de directrices para la realización de la investigación, en el segundo se presenta una reseña de las fuentes, contexto y problemática en que se habría desenvuelto Erich Fromm, fundador de la teoría del carácter social, en el tercero se exponen algunos antecedentes conceptuales del concepto de carácter social, y en el cuarto se efectúa una breve presentación de los principales presupuestos de la teoría del carácter social.

En la segunda parte se abordan los conceptos de naturaleza humana y productividad como fundamentos ontológicos de la teoría del carácter social. Consta de dos capítulos: en el primero se discute la validez y actualidad de la tesis sobre la especificidad existencial de la condición humana que constituiría el soporte sobre el que se erige el carácter social; En el siguiente, se analiza y evalúa la noción de productividad como eje modular en las orientaciones del carácter social, particularmente en lo que respecta a sus presupuestos marxistas y judeocristianos, pero también a su consistencia teórica externa y sustento empírico.

La tercera parte está constituida por un único capítulo, en el que se discute la actualidad, consistencia externa y pertinencia y potencia heurísticas de la teoría del carácter social en el marco de las tendencias dominantes de la investigación psicosocial en el campo.

En la cuarta parte, compuesta por dos capítulos, se presenta una evaluación acerca de la globalización y su impacto en los procesos de construcción social de las subjetividades en la sociedad costarricense. Primeramente se identifican algunas particularidades de los llamados procesos de globalización y sus posibles repercusiones en la dinámica psicosocial latinoamericana en general y costarricense en particular. Posteriormente, se examinan los cambios que se pueden estar experimentando en los procesos de formación social del carácter en diferentes entornos y contextos de la sociedad costarricense, y su abordaje posible desde la teoría del carácter social.

En la quinta parte, se exponen la discusión y conclusiones generales, en las que se efectúa un balance de lo desarrollado en el trabajo de tesis respecto al logro de los

objetivos formulados en el proyecto, en particular el objetivo general de determinar el alcance, actualidad y validez heurísticos de la teoría del carácter social para la investigación sociocultural y psicosocial de los procesos de construcción de la subjetividad en el escenario de globalización y transnacionalización de la sociedad costarricense.

Finalmente, se presentan las referencias del material bibliográfico empleado en la realización de esta tesis.

**PRIMERA PARTE:
LA TEORIA DEL CARÁCTER SOCIAL: PRESENTACION
SUMARIA**

En esta primera parte se ofrece una breve presentación de la teoría del carácter social, sus principales postulados, presupuestos y antecedentes conceptuales. Previamente se exponen algunas reflexiones gnoseológicas al modo de directrices para el análisis de la teoría, y algunos datos biográficos sobre la vida de su fundador, Erich Fromm, destacando aquellas vicisitudes de crianza y socialización, relaciones interpersonales, vida académica y contexto cultural, político-ideológico y religioso que pudieran resultar relevantes en la comprensión del sujeto cognoscente que dio origen a la teoría del carácter social.

Preámbulo Metodológico

En tanto interés por la competencia heurística de la Teoría del Carácter Social, esta investigación se inscribe en los dominios de las cuestiones epistemológicas, y de manera más general, gnoseológicas, interesadas en la naturaleza misma del conocimiento y el proceso por medio del cual se logra éste y, en particular, en el asunto más metateórico de la estructura conceptual de las teorías.

Su principal método no ha podido entonces ser otro que la reflexión, en la medida en que se entiende ésta como un acto cognoscitivo vuelto sobre sí mismo, un acto de reconocimiento crítico del propio acto de conocimiento.

De acuerdo con el pedagogo hispano venezolano Miguel Martínez (1993), este método de la reflexión comprende al menos tres grandes momentos:

- un primer momento en donde el acto de conocimiento se vuelve sobre su agente y dirige su atención al sujeto del acto cognoscitivo
- un segundo momento en que es el producto, como sistema doctrinal o conceptual, del acto del conocimiento lo que entra en la reflexión.
- finalmente, son las condiciones lógicas o procedimentales del acto cognoscitivo lo que la reflexión procura develar

Pero en tanto la Teoría del Carácter Social no constituye un tratado de gnoseología o epistemología en general sino una teoría de pretensiones fácticas, de adecuación a hechos (Castilla del Pino, 1969; Lynch, 2001), estos momentos del método reflexivo han de ser complementados con el examen sobre la naturaleza del referente u objeto de investigación del acto cognoscitivo.

La importancia de esta división en la reflexión metateórica, más que analítica, resulta crítica en la evaluación de teorías, pues, como bien lo ha demostrado el filósofo de la ciencia estadounidense Larry Laudan (1977), existe una relativa autonomía entre el mundo de los eventos, el de los procesos mentales de la conciencia cognoscente y el de los enunciados científicos, esto es, entre los llamados tres mundo popperianos (Popper, 1996), lo que explica en gran medida por qué el nivel teórico es inmune al fracaso empírico, por qué los científicos frecuentemente desestiman la aparente contraevidencia que enfrenta una teoría con la esperanza de que más tarde el trabajo teórico alcance el soporte empírico que falta en un momento dado.

A continuación, y con el ánimo entonces de explicitar algunos principios y reglas a considerarse en la evaluación de teorías de pretensiones cognoscitivas como la del carácter social, y dado que cuestión fundamental a la que esta investigación ha procurado dar respuesta es la de la pertinencia y actualidad heurísticas de ésta, se exponen en este preámbulo metodológico algunas particularidades en torno a la naturaleza del conocimiento: su sujeto, su objeto, su producto y su lógica.

Del sujeto y el objeto en el acto del conocimiento

En su crítica de la comprensión positivista del conocimiento y su pretensión de objetividad, la tradición hermenéutica y fenomenológica ha destacado la especificidad del ser humano como sujeto del conocimiento en general, y, en particular, del conocimiento de sí.

Esta especificidad del ser humano en el proceso del conocimiento, supone un cierto perspectivismo o relativismo gnoseológico (Feyerabend, 1982) que va desde un inevitable antropomorfismo universalizante, propio de toda forma de conocimiento posible, hasta la infinidad de puntos de vista históricos, socioculturales y personales, que relativizan toda pretensión objetivista del conocimiento (Ibáñez, 1992).

Esto que resulta ya manifiesto en el caso del conocimiento de la naturaleza exterior (Heisenberg y el principio de incertidumbre, citado por Martínez, 1993) adquiere ribetes multiplicadores en el caso de las llamadas ciencias sociales y del hombre (Piaget, 1973) y más allá, de la filosofía social y las humanidades.

El saber, se afirma en estas tradiciones, es parte de aquello sobre lo que discurre, forjado sobre la base de la historia natural del género humano (Habermas, 1984), que lo subyace y matiza, no sólo en lo que respecta a sus prolegómenos, resultados y aplicaciones, sino también en cuanto a sus presupuestos teórico-metodológicos, categorías y niveles de análisis, conformando el norte y los límites mismos de su autoconciencia posible.

Una reflexión en torno a la naturaleza de la práctica del saber científico, entonces, ha de considerar esa historia natural que la subyace y a través de qué medios es que ésta matiza la práctica misma del conocimiento.

El filósofo y sociólogo alemán Jürgen Habermas ha postulado a este respecto que el conocimiento emerge como instrumento en la lucha por la autoconservación y emancipación cultural del sojuzgamiento natural. Trabajo, interacción y lenguaje conformarían el contexto práctico vital en que el conocimiento se genera, y constituirían la base de tres tipos de intereses vitales que lo subyacen y determinan sus orientaciones

básicas: El interés instrumental, el interés práctico-vivencial y el interés emancipatorio (1984).

Por el interés instrumental entiende esa actitud de domeñamiento y control técnico de la naturaleza que emana del esfuerzo por sobrevivir y trascender a sus designios o, al decir del neurólogo austriaco Sigmund Freud (1983), padre del psicoanálisis, de sus hiperpotentes fuerzas destructoras. Este interés recogería todos los afanes humanos por protegerlo contra la violencia de las fuerzas de la naturaleza y someterlas a su servicio.

No sólo parece un cuento de hadas –afirmó Freud en *El malestar en la cultura*–; es directamente el cumplimiento de todos los deseos de los cuentos –no; de la mayoría de ellos- lo que el hombre ha conseguido mediante su ciencia y su técnica sobre esta tierra donde emergió al comienzo como un animal endeble y donde cada individuo tiene que ingresar de nuevo como un lactante desvalido.... El hombre se ha convertido en una suerte de dios-prótesis, por así decir, verdaderamente grandioso cuando se coloca todos sus órganos auxiliares (1983, p. 53-54).

Pero este esfuerzo de sobrevivencia y emancipación respecto a la hiperpotencia de las fuerzas naturales constituye ya un interés mancomunado o socialmente mediado, que “compensa las deficiencias del equipo orgánico del hombre y asegura su existencia histórica contra una naturaleza que amenaza desde el exterior” (Habermas, 1984, p. 175).

Mas por otra parte, resulta que la sociedad no es solamente un sistema de autoconservación organizado en la comunidad de intereses y de trabajo, constituye también una unidad de ligazones afectivas que, al decir también de Freud:

...se vale de todos los medios y promueve todos los caminos para establecer fuertes identificaciones entre ellos, moviliza en la máxima proporción una libido de meta inhibida a fin de fortalecer los lazos comunitarios mediante vínculos de amistad (1983, p. 73).

En último término, la especie humana asegura su existencia en sistemas de trabajo social y merced al establecimiento de vínculos afectivos que no solo requieren de informaciones que amplíen sus poderes en el dominio de la naturaleza, sino también de interpretaciones que hagan posible una orientación de la acción socialmente consensuada y más allá, mediados por la tradición en la comunicación del lenguaje ordinario, y, ha agregado Habermas:

...finalmente con ayuda de entidades plasmadas en un yo que reconfiguran la conciencia del individuo por relación a las normas del grupo en cada nivel de individualización. Así pues, los intereses que guían al conocimiento se adhieren a las funciones de un yo que, mediante procesos de aprendizaje, se adapta a sus condiciones externas de vida; que se ejercita, mediante procesos culturales en el nexo de comunicación de un mundo de vida social; y que se construye una identidad en el conflicto entre las solicitudes del instinto y las coerciones sociales. Estas realizaciones inciden, a su vez en las fuerzas de producción que una sociedad acumula; en la tradición cultural merced a la cual una sociedad se interpreta a sí misma; y en las legitimaciones que una sociedad adopta o critica (Habermas, 1984, p. 176).

Y al hacerlo, orienta su interés en procura de un sentido consensuado. De ahí que “los intereses que guían al conocimiento se constituyen en el medio o elemento del trabajo, el lenguaje y la dominación” (Habermas, 1984, p. 176).

En consecuencia, el sujeto del conocimiento no es de manera alguna una entidad a priori y autónoma generadora de conocimiento respecto a una realidad que puede posteriormente poner al servicio de intereses prácticos de alguna índole, todo lo contrario, en tanto ser humano se encuentra mediado por una historia natural, sociocultural y psicosocial como inmediatez vital primaria desde donde, a posteriori, unos objetos de conocimiento podrán ser instituidos.

Dado entonces que los intereses práctico-vitales y expresivos (Harré, 1982) subyacen y trascienden los meramente cognoscitivos, no es posible pretender una comprensión del conocimiento abstrayéndose de su sujeto o reduciendo éste a un interés cognoscitivo abstraído de sus condiciones práctico-vitales de existencia.

De ahí que, con el relativismo gnoseológico (Feyerabend, 1982) se afirme que, contrario al deseo del positivismo lógico y a sus revisiones convencionalistas (Kuhn, 1985) y neorrealísticas (Lakatos, 1989), no es posible reducir la reflexión del conocimiento científico o episteme a un racionalismo abstracto cualquiera que sea su tesitura, y mantener a éste incólume ante los embates del devenir vital. También los presupuestos de toda racionalidad posible, científica incluida, devienen desde, en, y para una experiencia vital preformante (Habermas, 1984). Si el ser humano es un ente pasional -ser carencial en tanto sujeto de la necesidad, del deseo y de la demanda- tal condición ha de constituir parte fundamental de toda reflexión sobre el conocimiento, y no será con la supresión de ese sujeto precognoscente como podremos abordar en toda su complejidad y desmitificación el proceso de producción del saber.

Pero aún más, si como sujeto del conocimiento tales condiciones práctico-vitales de existencia subyacen a todo acto cognoscitivo, las mismas lo trascienden en su condición de sujeto para afrontarlo como objeto necesario de ese saber e imponen peculiaridades de implicaciones teórico-metodológicas sui géneris para su estudio.

Si bien como naturaleza externa a conquistar participa de esa condición de objeto de domeñamiento y control técnico de la naturaleza, que emana del esfuerzo por sobrevivir y trascender a sus designios, en tanto objeto signado por la interacción social y el lenguaje,

constituye una entidad especial irreductible a cualquier otro objeto del saber, una irreductibilidad que compromete no sólo al sentido de conocimiento de sí que todo ello implica, sino también a los modelos, métodos y técnicas de conocimiento a él aplicables (Ibáñez, 1992).

En consecuencia, en tratándose del conocimiento de lo humano como su objeto, se requiere de una estrategia específica, no centrada en las operaciones técnicas sobre una naturaleza exterior, sino en la capacidad de captar la estructura de las vivencias y significaciones profundas que se dan en el ser humano y que dan razón de ser de su actividad y comportamiento.

Si bien Habermas (1984) se ha inclinado por establecer, a partir de estas especificidades de objeto y método, diferencias en los intereses cognoscitivos que animan una misma y diversa empresa epistémica, otros autores identifican en tales especificidades la existencia de limitaciones en los alcances gnoseológicos de la empresa científica, a la que consideran como una orientación entre otras (Feyerabend, 1982; Kockelmans, 1975), y algunos más, como en su momento el italiano y filósofo de la historia Giambattista Vico (Lehay, 1999) y el filósofo, sociólogo y psicólogo alemán Wilhelm Dilthey (1945), han reclamado un status superior para las ciencias humanas con respecto a las demás ciencias.

Un debate del que el mismo Erich Fromm fue partícipe, y de manera bastante ambigua, de una parte sosteniendo, las limitaciones de la ciencia en la delimitación de la naturaleza humana (1968/1977), de la otra pretendiendo aportar en la elaboración de una ciencia transdisciplinaria: la ciencia del hombre (1947/1985), a la que aportarían, no sólo ciencias particulares como la psicología, la antropología, la sociología, la historia, la

economía y la fisiología, también humanidades como la teología, la mitología y el arte (1968/1977), en una palabra, una ciencia transdisciplinaria del hombre que solo se constituiría como Filosofía del hombre, en un sentido bastante similar al que Vico y Dilthey dieran a sus ciencias del espíritu.

De la teoría en el acto del conocimiento

En cuanto a los productos del acto del conocimiento como objeto de reflexión, nos encontramos con la teoría como instrumento conceptual capaz de hacer inteligible el mundo y actuar en él, cuerpo doctrinal idóneo para dar cuenta de un conjunto de fenómenos, de sus relaciones, determinaciones e implicaciones.

La idea de la teoría como un conjunto de generalizaciones o abstracciones conceptuales a partir de observaciones empíricas o de conjeturas empíricamente falsables, ha sido fuertemente cuestionada y en su lugar priva el criterio de la teoría como un sistema jerarquizado de presunciones o supuestos básicos muy generales (núcleo duro de la teoría) y enunciados explicativos y observacionales que solo escasamente remiten a hipótesis contrastables.

Toda teoría dispone así de un conjunto de axiomas o supuestos iniciales de naturaleza indemostrable, de los que se derivan teoremas; también dispone de una serie de premisas subsidiarias o hipótesis ad hoc, esto es, modificaciones en una teoría cuyas consecuencias comprobables no conducen a nuevos tipos de comprobación con respecto a las consecuencias comprobables de la teoría original.

En este sentido la teoría es entendida como un sistema deductivo axiomatizado en el que los enunciados se ordenan en primarios, constituidos por premisas o principios, y secundarios, conformados por teoremas, postulados consecutivos o conclusiones, y en el que los secundarios provienen por deducción o conversión de los primarios; éstos a su vez pueden darse por sentado o deducirse de postulados primarios de otras teorías.

Los postulados -dijo K. B. Madsen (1967)- son conjuntos de palabras (o expresiones), que pueden ser en parte indefinidas y en parte definidas, combinadas en oraciones según reglas lingüísticas comunes, o de acuerdo con normas sintácticas especiales (p. 23).

Una teoría es consistente si sus postulados, teoremas y consecuencias se relacionan entre sí sin contradicciones, es decir si todas sus partes y elementos se integran en un todo congruente y bien ajustado. (Martínez, 1989).

Pero, si bien sólo en algunos de sus aspectos una teoría resulta contrastable, no basta que una teoría sea consistente, también debe ser susceptible de confirmación o refutación en sus aplicaciones propuestas (Stegmüller, 1984).

Según el pedagogo hispano venezolano Miguel Martínez (1989), la evaluación de una teoría está ligada de manera íntima a su validación. Cabe esperar que si los supuestos de una teoría son verdaderos, sus teoremas y demás consecuencias lógicas que se deriven rigurosamente de ellos también lo sean; pero como

en general, nunca sabemos con absoluta certeza si los axiomas son verdaderos, lo más que podemos hacer para validar una teoría es ser rigurosamente lógicos en las deducciones, y tratar de que las consecuencias resulten compatibles de manera razonable con la evidencia empírica o realidad de contrastación (p. 234-235).

Entre los criterios más importantes en la evaluación y validación de una teoría, cabe mencionar:

1. Coherencia interna: una estructura teórica, para poder ser considerada científica, debe poseer un grado de coherencia que dé significado preciso a sus conceptos y conlleve a la elaboración de un programa definido para la investigación futura (Chalmers, 2000). Y

una teoría es internamente coherente si sus postulados, teoremas y consecuencias se relacionan entre sí sin contradicciones, es decir si todas sus partes y elementos se integran en un todo consistente y bien ajustado. Las incoherencias y contradicciones internas constituyen el mayor defecto de una teoría, pues ella se negaría a sí misma sin necesidad de refutación alguna para su rechazo (Martínez, 1989, p. 236).

En palabras del filósofo de la ciencia húngaro Imre Lakatos (1989), resignarse a las inconsistencias, sería renunciar a la procuración de verdad e incurrir en un vicio metodológico.

El psicólogo alemán Hans Westmeyer (1992) ha agregado al respecto la importancia de identificar y diferenciar de manera precisa las asunciones básicas y auxiliares de la teoría y establecer si los teoremas efectivamente se derivan de las asunciones básicas.

2. Precisión conceptual y lingüística: debe haber unidad conceptual, es decir, el universo del discurso debe estar definido y sus predicados deben ser semánticamente homogéneos y conexos. La exactitud y precisión lingüística exige, a su vez, reducir al mínimo la vaguedad y la ambigüedad. Pero el significado de los conceptos no surge tanto de las definiciones cuanto del papel que desempeñan en una teoría, por lo que su precisión depende de la precisión y el grado de coherencia de la teoría de que forman parte. Incluso los llamados enunciados protocolares u observacionales dependen de ciertos presupuestos teóricos, metodológicos, y técnico-instrumentales. Con todo, algún tipo de control referencial, empírico o experiencial tendrán que contemplar tales reglas de significación (Bunge, 1981).

3. Consistencia externa: es la compatibilidad que existe entre la doctrina que constituye la teoría y el conocimiento establecido del mismo campo, o de los campos adyacentes o afines. Cuando una teoría se opone a lo rigurosamente establecido en el área se vuelve sospechosa. Según el filósofo argentino Mario Bunge (1981), una idea puede ser contrastable empíricamente pero, si resulta incompatible con el grueso del conocimiento científico, no la aceptaremos como científica; éste, agrega,

es uno de los resultados más importantes de la metodología científica reciente. Tiene importancia no sólo teórica sino también práctica porque, al permitirnos distinguir la ciencia de la no ciencia, nos da un criterio para evaluar proyectos de investigación y, con ello, un criterio para saber si debemos o no apoyarlos (p. 34).

Lakatos (1989) denominó como una “decisión de quinta clase”² a este criterio por el cual una teoría quedaría refutada al entrar en conflicto con otra u otras teorías consideradas parte del conocimiento fundamental no problemático.

Pero este criterio no sólo operaría conservadoramente, también lo haría innovadoramente, en tanto, de acuerdo con este mismo, autor, en último caso, el abandono de una teoría o sistema teórico “degenerativo” sólo ocurre ante la presencia real de otro alternativo mejor.

Por lo tanto, lo que evaluamos es una serie de teorías y no las teorías consideradas en forma aislada.

Será tarea del análisis metateórico identificar los vínculos existentes entre la teoría en cuestión, otras teorías psicológicas y las teorías de otras disciplinas (Westmeyer, 1992).

4. Comprensión: en igualdad de condiciones, una teoría será mejor que otra si abarca o se relaciona con un amplio campo de conocimientos. Cuando una teoría logra unificar e integrar un amplio campo de conocimientos y su validez goza de

²Las otras cuatro tienen que ver con el criterio de contrastabilidad empírica y el establecimiento de reglas para la falsación de una teoría y establecer el status eventualmente problemático o anómalo de una refutación.

gran universalidad, o sea, es aplicable en diferentes áreas de una disciplina, el valor y la utilidad de la teoría crecen también.

5. **Potencia heurística:** una buena teoría debe sugerir, guiar y generar nuevas investigaciones, además de suscitar ideas y promover desconfianza y aún resistencia en ciertas áreas de su propio campo o de los campos afines. Esta fecundidad heurística se traduce en el planteamiento de problemas interesantes y en el diseño de estudios o experimentos de gran proyección para esa disciplina. Este carácter de potencia heurística ha sido destacado por Lakatos (1989) y Laudan (1977), para quienes el carácter científico de un sistema teórico, programa o tradición específicos de investigación se puede determinar por su capacidad relativa para extender el dominio de sus explicaciones a nuevos problemas y hallazgos (heurística positiva) y minimizar el número de sus propias anomalías y aporías conceptuales (heurística negativa) (Robert, 1991).

Característica principal de esta heurística positiva de un programa será entonces su capacidad predictiva, o poder heurístico para anticipar en su crecimiento, al menos de vez en cuando (Chalmers, 1984), el descubrimiento de nuevos fenómenos o hechos que sean teóricamente nuevos.

Lakatos insistió en esta capacidad predictiva como criterio para calificar el carácter progresivo o degenerativo de un determinado programa o sistema teórico.

6. **originalidad:**

...las teorías audaces, con construcciones de alto nivel, con proyecciones no comunes y hasta inauditas, y con capacidad para unificar campos en apariencia inconexos, son ciertamente más valiosas. Las más fecundas revoluciones del conocimiento han consistido en la introducción de teorías que, lejos de limitarse a condensar lo sabido, nos obligaron a pensar de un modo nuevo, a formular nuevos problemas y a buscar nuevas clases de relaciones y de conocimiento (Martínez, 1989, p. 237).

Pero para que una joven teoría o programa de investigación pueda ser reconstituido racionalmente como un cambio progresivo de problemática, ha de ser protegido durante un tiempo de sus poderosos rivales establecidos; si constituye un cambio

progresivo de problemática, no debemos abandonar a la nueva teoría o programa en razón de que aún no supera o desplaza rivales establecidos más poderosos (Feyerabend, 1982; Páez, Valencia, Morales & Ursua, 1992).

7. Capacidad unificadora: capacidad de reunir dominios cognoscitivos que aún permanecen aislados.
8. Simplicidad y parsimonia: En igualdad de condiciones es preferible la teoría más simple por su claridad y diafanidad, pero sin sacrificar la riqueza de lo estudiado (Martínez, 1989; Westmeyer, 1992).
9. Aplicación práctica: si bien no necesaria, y mucho menos suficiente como criterio de validación, una teoría fácil de aplicar será considerada mejor que otra que, en igualdad de condiciones, sea de muy difícil aplicación. Más allá, Westmeyer (1992) ha señalado la importancia de establecer cuáles son los usos previstos de la teoría, esto es, los fenómenos, acontecimientos, o procesos con los que la teoría debe tratar; cómo puede distinguirse entre los datos que son incompatibles con las asunciones de la teoría y los datos que no están completamente de acuerdo con ella, pero que sin embargo pueden observarse como aplicaciones exitosas de ella; y, en particular, que aplicaciones presuponen la validez de sus asunciones básicas.
10. Contrastabilidad: todos los elementos o constituyentes, próximos o lejanos, de una teoría (presupuestos, axiomas y sus derivados, e incluso los mismos métodos y técnicas utilizados) deben ser susceptibles de un examen, de una crítica y, si es posible, de un control. Toda buena teoría debe ser susceptible de confirmación y refutación. Pero en tanto constituye un sistema deductivo, tal contrastación solo se puede efectuar indirectamente mediante la confirmación de sus enunciados observacionales, los que a su vez no son independientes de los presupuestos teóricos que los subyacen. Bunge (1981), como mencionáramos líneas arriba, ha distinguido entre contrastabilidad teórica y empírica, entendiendo por la primera, la contrastabilidad obtenida por comparación con otras hipótesis o teorías empíricamente contrastables. En cuanto a la contrastabilidad empírica, que la entiende como la comparación de proposiciones particulares con proposiciones

sugeridas por experiencias controladas, la ha dividido en directa e indirecta, dependiendo del grado en que la experiencia controlada se efectúe con el apoyo o no de otras teorías.

Más allá, como afirmara Kuhn (1985), existen reglas diversas de contrastabilidad, de manera que si uno intentara,

comparar el contenido empírico de diferentes teorías científicas para ver cuál es “más científica”, entonces uno se verá involucrado en un conjunto de decisiones enormemente complejo y por ello, enteramente arbitrario, sobre sus clases respectivas de “enunciados respectivamente atómicos” y sus “campos de aplicación” (Lakatos, 1989, p. 41).

A este respecto, Habermas ha enfatizado en que las pretensiones de contrastabilidad varían según se trate de que las teorías se refieran al mundo objetivo, social o subjetivo:

El saber encarnado –ha dicho- en las acciones reguladas por normas o en las manifestaciones expresivas no remite a la existencia de estados de cosas, sino a la validez de normas o la mostración de vivencias subjetivas... existen actos comunicativos que se caracterizan por otras referencias al mundo y que van vinculados a unas pretensiones de validez que no son las mismas que las de las emisiones o manifestaciones constatativas" (Habermas, 1988, p. 34).

11. Expresión estética: ha sucedido más de una vez que se acepta una teoría por su simplicidad y simetría a pesar de su desacuerdo con los hechos.

Coherencia interna, precisión conceptual, simplicidad y parsimonia y expresión estética, constituirían los aspectos formales medulares en la evaluación y validación de una teoría; de manera similar contrastabilidad y aplicaciones prácticas formarían los aspectos empírico centrales a considerar en tal evaluación y validación; mientras que la originalidad, potencia heurística, consistencia externa y la capacidad unificadora y comprensiva de la teoría definirían su lugar en el cuerpo de conocimientos de la época.

Más allá, cualquiera que sea la posición adoptada, una determinada teoría nunca tendría una aceptación universal por parte de todos los científicos, para todos los propósitos y en todos sus contextos posibles de aplicación; todas, además, en cualquier etapa de su desarrollo, presentarían problemas no solucionados y anomalías no asimiladas (Lakatos, 1989).

Más, si sirve, se retiene; si no sirve, se tratará de ajustarla para que sirva; y si esto no es posible, habría que desecharla, siempre que se tenga a mano una alternativa mejor. Con frecuencia, sucederá que es preferible, dadas las circunstancias, aceptar las limitaciones de la vieja teoría, porque es suficientemente buena y útil para muchos fines, aunque no para todos, y madurar con mayor prudencia la decisión del cambio.

Complementariamente, si se trata de una novel teoría, con un progresivo cambio de problemática, habrá que darle tiempo para que desarrolle su potencial heurístico, antes de enfrentarla a otras teorías establecidas.

Ahora que, sea que se trate del desarrollo de una novel teoría o corrección de una ya establecida, se considera que ésta debe estar estructurada de manera tal que contenga prescripciones e indicaciones muy claras respecto a cómo se debe desarrollar y ampliar. Debe ser una estructura sin límites que ofrezca un programa de investigación (Chalmers, 2000).

Dentro de los aspectos a considerar para posibilitar tal desarrollo ha mencionado Martínez (1989):

- a) Introducción de supuestos adicionales que, aunque no sean centrales o distintivos de la teoría, pueden ser necesarios o al menos útiles. Pueden ser principios tomados de otras teorías o supuestos muy razonables con una sólida base intuitiva o estética.
- b) Reformulación de algunos supuestos para darles una forma o expresión más fácilmente manejable, como cuando la naturaleza de la materia tratada permite traducirlos a términos matemáticos.
- /
- c) Explicación del significado de los supuestos por medio de citas, ilustraciones o analogías, o de la definición de los conceptos empleados.
- d) Introducción de nuevos conceptos.
- e) Derivación de principios generales como consecuencias directas de los supuestos centrales y distintivos de la teoría.
- f) Aplicación de los supuestos centrales y distintivos, o de sus consecuencias directas, a sistemas que satisfacen ciertas condiciones y determinación y examen de los resultados.
- g) Uso de los supuestos centrales y distintivos de la teoría, o de sus consecuencias directas, como base para resolver ciertos problemas sobre las entidades, propiedades o relaciones postuladas por dichos supuestos, cuando la solución de tales problemas no se sigue inmediata o solamente de los supuestos centrales o de sus consecuencias directas (p. 234).

Lakatos insistió en que independientemente de que hablemos de la introducción de nuevos supuestos, conceptos o hipótesis, las modificaciones o adiciones deben de conducir, en la medida de lo posible, a nuevas comprobaciones, y por ende descubrimientos, y no consistir en meras maniobras ad hoc sin consecuencias comprobables independientes.

Del proceder lógico en el acto del conocimiento.

En cuanto a la lógica que subyace al acto del conocimiento, la reflexión se enfoca en la cuestión de los caminos o métodos plausibles para su consecución, que en la concepción positivista se ha identificado con la presunta indubitabilidad de un método, el método científico, que signaría la esencia misma del quehacer científico (Russell, 1975) y lo distinguiría con respecto a cualquier otra forma de conocimiento.

De acuerdo con esta presunción, el método científico se caracterizaría por la “persecución sistemática del conocimiento” (Russell, 1975, p. 109).

Pero esta persecución sistemática del conocimiento ha sido asociada con la llamada inducción lógica, por la cual el método opera por generalización inferida a partir de observaciones fácticas

Una perspectiva fuertemente cuestionada a partir de los trabajos del austriaco y filósofo de la ciencia Karl Popper y su racionalismo crítico (1996), según los cuales no existe posibilidad de que las observaciones conduzcan a generalizaciones o hipótesis posibles; antes bien estas surgen de conjeturas que habrán de ser contrastadas con, no la evidencia, sino la contraevidencia de posibles refutaciones empíricas.

Desde la perspectiva falsacionista, mientras las teorías se pueden falsear de manera concluyente a la luz de pruebas adecuadas, no resulta igualmente posible establecer su verdad, o probabilidad de verdad, sea cual sea la evidencia en su favor.

Así, el carácter científico o no científico de una teoría podría ser determinado con independencia de los hechos; su científicidad descansaría en la posibilidad de poder

diseñar con antelación un experimento u observación cruciales que pudieran falsarla y no lo sería en la medida en que no fuese posible tal esbozo (Lakatos, 1989).

Empero tampoco este razonamiento ha salido incólume de la crítica, que encuentra que la lógica falsacionista comparte con el inductivismo la ingenua creencia en la inequívocidad de los datos empíricos como criterio veritativo último de toda teoría; además, que no todas las partes de una teoría son contrastables; y más aún, que su máxima crítica constituye una amenaza al desarrollo de nuevos conocimientos, en tanto toda nueva teoría requiere de tiempo para desarrollarse y por ende, al menos en sus etapas iniciales, no debe preocuparse por las refutaciones o anomalías (Feyerabend, 1981; Páez, Valencia, Morales & Ursua, 1992).

Mario Bunge, quien defiende la tesis de la contrastabilidad empírica como núcleo de la científicidad, ha afirmado sin embargo que no toda teoría o hipótesis resulta contrastable directamente contra datos empíricos y no por eso debe ser desechada como supone el falsacionismo. El ha propuesto que la contrastabilidad puede ser tanto empírica como teórica, siendo lo primero cuando se recurre a datos directamente empíricos y lo segundo cuando se recurre a otras hipótesis o teorías empíricamente contrastables. Pero además las hipótesis o teorías, para ser aceptadas, deben de ser compatibles con el grueso del conocimiento científico (Bunge, 1981).

Más radicales en su crítica al falsacionismo resultan Kuhn, Lakatos y el austriaco, y también filósofo de la ciencia, Paul K. Feyerabend, quienes sostuvieron que el falsacionismo resultaba ingenuo e inadecuado para comprender el desarrollo de la ciencia, cuya historia revelaba que a pesar de que la mayor parte de las teorías habían sido falseadas, fueron

aceptadas por la comunidad científica, mientras sus aplicaciones resultasen satisfactorias (Lakatos, 1989; Feyerabend, 1981).

Ante tal contraevidencia de la historia de la ciencia, Kuhn se inclinó por criterios socionormativos, Lakatos por una versión más sofisticada de falsacionismo, que encontraba en la decisión instrumental entre programas rivales, y Feyerabend vio la conveniencia del anarquismo o pluralismo metodológico.

En síntesis que en una reflexión en torno a la competencia y potencial heurísticos de una teoría, sistema teórico o programa de investigación en general, ha de considerarse:

- i.** la especificidad y peculiaridades del objeto del conocimiento y sus repercusiones en la formulación heurística y doctrinal de la teoría.
- ii.** la naturaleza del sujeto del conocimiento, su contexto, problemática y orientaciones
- iii.** la estructura conceptual de la teoría o sistema teórico surgido como mediación cognitiva en esa relación, su coherencia y precisión conceptual, grado de consistencia externa, capacidad predictiva y potencial heurístico, y aplicación práctica y confirmación o contrastación,
- iv.** La lógica del conocimiento o medios de razonamiento a través de los cuales se produce y certifica el conocimiento.

En los siguientes apartados y capítulos procuraremos conducir nuestra evaluación de la teoría del carácter social de Erich Fromm de acuerdo con estos lineamientos generales, aunque no necesariamente en el orden indicado, equitativamente sopesados y con el mismo detalle.

Erich Fromm y las Raíces Biográfico-Gnoseológicas de la Teoría del Carácter Social

La teoría del carácter social, desarrollada por Erich Fromm, tiene su origen epistémico en la problemática de las relaciones entre sociología y psicología en general, y más en particular, entre marxismo y psicoanálisis, emprendida por el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Frankfurt en los años 20-30, con la finalidad de renovar la capacidad crítica de la teoría marxista, haciendo hincapié en el desarrollo interdisciplinario y la reflexión filosófica sobre la práctica científica. Y todo ello en medio del impacto sociopolítico y cultural que significaba para Alemania, y Europa, el ascenso del nazismo y el totalitarismo así como un entorno de guerra que llevaban a la interrogante por la condición humana en la modernidad occidental.

El marxismo, el psicoanálisis y las ciencias del espíritu, pero también el judaísmo, constituyen las fuentes de las que se alimenta el pensamiento frommiano para formular y desarrollar su teoría del carácter social.

El resultado, un modelo explicativo de las relaciones individuo-sociedad en el que convergen, no sin fuerte tensión y a despecho de las tendencias dominantes de la especialización científica y compartamentalización académica de la época, diversas disciplinas a la par de otros saberes, en un extraño *collageteórico* más bien transdisciplinario que multi o interdisciplinario, más cercano a las gnoseologías organicistas que a las epistemologías mecanicistas.

El que pueda considerarse tal teoría una propuesta de investigación de valor o potencial heurístico, al menos en el campo específico de la construcción social de las

subjetividades, o sólo un ecléctico y obsoleto desaguado sin fundamento gnoseológico alguno, es lo que en este trabajo se procura, si no establecer, contribuir al menos a ello.

Por ahora, en este capítulo, lo que se pretende esclarecer son algunas fuentes y vicisitudes personales, socioculturales y gnoseológicas que condujeron a Fromm en este esfuerzo. El modo en que se fueron articulando estas diversas fuentes y vicisitudes y el grado de complementariedad, síntesis y tensión que ello ha supuesto, será objeto de los subsiguientes apartados y capítulos.

Las raíces judío proféticas

Las influencias del judaísmo se remontan en Fromm a sus raíces familiares y primeros años de vida. Hijo único en un hogar judío ortodoxo de clase media, se crio, en medio del final del imperio germano y el estallido de la primera guerra mundial, en los valores de una tradición profética judía fuertemente arraigada en la familia, que, además de introducirlo en la práctica y leyes del Sabat, el estudio del Tanach o Biblia hebrea y del Talmud, le inculcará una visión mesiánico judía de la paz y la fraternidad universales (Fromm, 1985).

Con el rabino Niehemiah Nobel, líder de la comunidad judía de Frankfurt y alumno del conocido filósofo socialista y neokantiano judío alemán, Herman Cohen, creador de la Escuela de Marburgo, Fromm profundizó, entre los 19 y 21 años, en las ideas mesiánicas y humanistas de los profetas. Nobel lo introdujo en la obra de Cohen y su visión de un código de ética universal, que con el tiempo llegará a ser piedra angular del pensamiento y teoría frommianas. También con Nobel, Fromm se volvió sionista, aunque

atemperado por el universalismo de Cohen, abandonando este ideal hacia 1923 cuando rechazó abiertamente la premisa de Nobel de que religión y nacionalismo estaban naturalmente conectados en el judaísmo, volviéndose un fuerte crítico tanto del sionismo como del nacionalismo.

Estando en el círculo de Nobel, fundó a finales de 1819, junto con el rabino y publicista polaco Georg Salzberger, una Asociación para la Educación del Pueblo Judío, preocupados por la falta de conocimiento de los judíos de Frankfurt sobre su religión y su historia. Esta asociación dio origen al Instituto de Educación Judía Gratuita, dirigido por Franz Rosensweig, filósofo y teólogo alemán, y al que se unieron, entre otros, el filósofo y teólogo existencialista austriaco Martin Buber, Leo Baeck, filósofo y rabino alemán, líder del judaísmo reformista, y Gershom Scholem, filósofo e historiador alemán y uno de los máximos eruditos de la Cábala o mística judía.

Su tesis doctoral en sociología hacia 1922 en la Universidad de Heidelberg fue sobre la importancia de la ley judía en la conservación de la cohesión social y la continuidad en la diáspora. En ésta, muy en la línea de la psicología social, Fromm sostenía que a pesar de carecer de un Estado, una lengua común o tan siquiera un lugar de adoración, “*a Jewish social body bound by a law-abiding ethos was able to endure and to perpetuate both a belief system and a unique culture*”³ (Friedman, 2013, p. 13), vaga anticipación de lo que Fromm llegará a llamar carácter social. Fromm procuraba conectar la moralidad del alma individual y colectiva con procesos sociales más amplios, esfuerzo que al cabo de los años, con los recursos heurísticos del inconsciente psicoanalítico y de

³un cuerpo social judío, unido por un ethos respetuoso de la ley era capaz de sobrellevar y perpetuar un sistema de creencias y una cultura únicos.

infraestructura económica y estructura de clases marxistas, lo llevará a equiparar esta alma individual y colectiva con la estructura libidinal, antesala del concepto de carácter social.

En estos años, también en la Universidad de Heidelberg, continuó con sus estudios del Talmud con el rabí ruso Salman Baruch Rabinkow, adepto al jasidismo, movimiento religioso judío ortodoxo y místico nacido en Europa Oriental, quien además lo condujo al estudio de los escritos filosóficos de Moisés Maimónides, gran rabino, teólogo y filósofo medieval de Al Andalus, la actual España, y lo asesoró en su tesis doctoral. Rabinkow, durante cinco o seis años, le enseñó a interpretar la tradición judía en el espíritu de un humanismo radical y socialista, siendo considerado por Fromm como la persona que habría influido más en su vida. Su concepción del carácter social mucho le deberá a las tesis de Rabinkow sobre el valor superior de la autonomía individual sobre la ley y la ética en la perfección de la comunidad (Schacter, 1987).

También en esta década de los 20 abrió, junto con la psicoanalista judía alemana Frieda Reichmann, su psicoterapeuta y primer esposa, una clínica para pacientes judíos en Heidelberg, con la esperanza de crear una comunidad terapéutica que promoviera a la vez la identidad judía y la salud mental conforme a lineamientos socialistas.

Aunque hacia los 26 años abandonó la práctica del judaísmo y sus rituales, dejó de ser un teísta y adoptó un secularismo apasionado, nunca renunciará a concebirse como judío y a mantener su aprecio e interés por los textos y enseñanzas bíblicas y talmúdicas, que seguirán influyendo en el desarrollo de su perspectiva humanística de la psicología y la “Ciencia del hombre” por el resto de sus días. Publicaciones como *Ética y psicoanálisis* (1947), *Psicoanálisis y religión* (1950) y *el arte de amar* (1956), retomarán el desarrollo

de la teoría del carácter social en esta dirección más profético humanística, enfocándose principalmente en el concepto de carácter productivo, que en *Ética y psicoanálisis* formulará como el despliegue racional y reflexivo de las propias potencialidades sin restringir las de los demás y, en *El arte de amar*, como una disposición racional, espontánea, creativa y amorosa de relación con el mundo y los demás seres humanos. Y una de sus últimas publicaciones, *Y seréis como dioses* (1976b), constituirá su trabajo más espiritual y una vuelta a los estudios proféticos juveniles inspirados en el pensamiento de Cohen a través de las enseñanzas de Nobel y Rabinkow.

Las raíces de la sociología comprensiva y de las ciencias del espíritu

La formación en sociología le daría una directriz a su obra que no aparece en otros psicoanalistas como los austriacos Otto Fenichel y Wilhelm Reich, pioneros del freudomarxismo y de la teoría psicoanalítica del carácter.

Con Alfred Weber, economista y sociólogo alemán, primer y único mentor no judío en su vida y quien dirigió su tesis doctoral, Fromm se adentró en el pensamiento de Max Weber, hermano de aquel, George Simmel y Wilhelm Dilthey, los tres filósofos alemanes, también economista y sociólogo e historiador el primero, sociólogo el segundo e historiador y psicólogo el tercero, y en la perspectiva comprensiva y hermenéutica de la sociología y las ciencias del espíritu o ciencias humanas en general (Fromm, 1985). La *ética protestante y el espíritu del capitalismo*, escrita por Max Weber marcaría la perspectiva posterior de Fromm sobre el carácter burgués.

En la realización de su estudio sobre las actitudes políticas de las clases trabajadoras alemanas en el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Frankfurt, que culminará con la elaboración de su concepto de carácter social, los trabajos de Alfred Adler sobre las actitudes de los trabajadores alemanes en las industrias pesadas, así como del sociólogo weberiano alemán Adolf Levenstein, quien habría llevado a cabo la primera investigación sociopsicológica interpretativa sobre la relación entre la tecnología industrial y la vida interna de los trabajadores alemanes, y en la que establecía tipos psicológicos a partir de relacionar las respuestas del trabajador con su orientación política y nivel económico, habrían sido de gran relevancia en la conceptualización teórica y la confección de los cuestionarios de trabajo empírico, que constituyeron la base metodológica de su propuesta de investigación del carácter social.

Su encuentro con la obra del antropólogo, sociólogo, filólogo y jurista suizo Johan Jakob Bachofen, llevaría a Fromm a plantear tempranamente su crítica a la teoría freudiana del Complejo de Edipo, resaltar en contraposición la importancia del vínculo materno, desarrollar su tesis de los patrones matricéntricos y patricéntricos del carácter, y bosquejar su visión del humanismo socialista (Fromm, 1985).

En la descripción que hizo Bachofen del matriarcado Fromm encontró los rudimentos de una democracia socialista primitiva, en la que prevalecía “*A spirit of sociability, religiosity, tenderness, egalitarianism, and kinship*”⁴ (Friedman, 2013, p. 47). Con la sociedad patriarcal, la sociedad se estratificó, el matrimonio monógamo sustituyó a las parejas sexuales múltiples, el marco incondicional materno fue sustituido por el amor

⁴ “un espíritu de sociabilidad, religiosidad, ternura, igualdad y afinidad

condicional paterno, el pensamiento intuitivo se hizo más abstracto, y, agrega Fromm, surgió el conflicto edípico, los sentimientos de seguridad o confianza básica materno-infantiles se replegaron ante la incertidumbre del nuevo vínculo, la propiedad común cedió ante la propiedad privada, nuevas tecnologías alienaron al ser humano de la naturaleza para hacerla más productiva y subyugar al más débil, la vida emocional fue restringida y en su lugar proliferó la culpa y el resarcimiento. Con el capitalismo y la reforma protestante, arguye Fromm, el patriarcado y la competencia tomaron aún más fuerza y los resabios medievales del matriarcado y el socialismo democrático desaparecieron (Fromm, 1934/1972).

Esta identificación con las ideas del matriarcado de Bachofen debilitarían los lazos de Fromm con la ortodoxia freudiana, en particular la premisa de la confrontación edípica. Fromm empezaba a sospechar que el apego anterior del bebe a la madre, la seguridad que ésta le proporciona y el trauma de la separación de ella, eran más importantes como etapas del desarrollo psíquico del niño.

La visión utopista que había desarrollado en su lectura de los profetas del Tanaj se profundizaría con la visión de Bachofen del matriarcado; su ideal de un humanismo socialista se fraguaría a partir de estas ideas por las que pudo integrar las perspectivas sociológico comprensivas, psicoanalíticas y marxistas que darán lugar a la noción del carácter social.

La idea de constituir una ciencia del ser humano, en la que se conjugasen un diagnóstico, una ética y una utopía humanísticos, constituirá a partir de los 40 el derrotero de su programa de investigación del carácter social.

Las raíces marxistas

Sus primeros contactos con el marxismo, se habrían iniciado en su temprana adolescencia, a través de un joven judío gallego, Oswald Sussman, a quien su padre había contratado para ayudar en el negocio de los vinos. Sussman, quien vivió varios años en la casa de la familia Fromm, lo introduciría en los textos de Karl Marx y otros socialistas importantes como el filósofo germano-polaco Ferdinand Lassalle. Posteriormente, en sus estudios con Nobel y Rabinkow sobre el pensamiento de Cohen y el mesianismo humanista de los profetas, Fromm se adentró aún más en el socialismo judío en general y marxista en particular.

Luego, como resultado de su formación como psicoanalista en el Instituto Psicoanalítico de Berlín, entró en contacto con los freudomarxistas austriacos Otto Fenichel, Sigfried Bernfeld y Wilhem Reich, con quienes desarrolló una perspectiva crecientemente marxista que lo fue distanciando de la teoría psicoanalítica ortodoxa y orientando hacia la caracterología psicoanalítica.

Con su ingreso al Instituto de Investigación Social, creado en 1923, bajo los auspicios económicos del judío argentino-alemán Felix Weil y enfocado en la problemática marxista de la determinación socioeconómica de las formas de conciencia social que, bajo la dirección de Max Horkheimer, estaba interesado más en las formas de alienación de la conciencia que en su determinación socioeconómica, Fromm asumió la dirección de un importante proyecto de investigación sobre las actitudes políticas de las clases trabajadoras alemanas y su tendencias psíquicas más profundas, que culminará con la formulación de su concepto del carácter social y el desarrollo de la teoría que lo sustenta.

En este estudio Fromm procuró responder a la cuestión de la relación existente entre la orientación de clase, la afinidad partidista y el tipo psicológico de los trabajadores manuales y de cuello blanco, y así determinar si se podría contar con los trabajadores alemanes para resistir la amenaza del movimiento nazi, en alza a finales de la república de Weimar.

En el marco del Instituto y la dirección de este proyecto de investigación, Fromm escribió una importante cantidad de artículos en los que procuró acercar o fusionar las perspectivas del marxismo y el psicoanálisis y fue moldeando su concepto del carácter social. Dentro de ellos destacan: El dogma de Cristo, escrito en 1930, en el que, siguiendo una premisa del psicoanalista Theodore Erik sobre cómo el dogma del hijo de Dios crucificado se sustentaba en el complejo edípico, se enfocó en las carencias materiales de las clases bajas como estrato del drama edípico y habló de la matriz del carácter común a todos los miembros del grupo. Método y función de una psicología social analítica, escrito en 1932, donde enfatizó en que marxismo y psicoanálisis compartían el estatuto de ciencias materialistas enfocadas en las condiciones y necesidades concretas de la vida real, uno centrado en el aparato instintivo biológico individual, el otro en las estructuras socioeconómicas que sostenían a las instintivas; dado el carácter prevalente de las necesidades de supervivencia sobre las fuerzas instintivas, las condiciones socioeconómicas constituirían factores modificadores primarios, cuya transformación redundaría en un cambio en la función de las fuerzas libidinales ya fuese en la contribución a la preservación del orden social vigente, o por el contrario se convertirían en fuerzas subversivas que impulsarían la construcción de nuevas formaciones sociales. La caracterología psicoanalítica y su importancia para la psicología social, artículo, también

escrito en 1932, en el que ya anticipaba el concepto de carácter social, entendido aquí como “estructura libidinal”, por la que los rasgos de carácter, entendidos como sublimaciones o formaciones reactivas de los impulsos instintivos, de naturaleza sexual, estarían condicionados en su génesis por la naturaleza particular de la sociedad en que los individuos se desenvuelven, siendo dominio de la psicología social como disciplina, el comprender como los rasgos del carácter comunes a la mayoría de los miembros de esa sociedad, se forman a partir de las condiciones particulares de la misma -en este punto llegó Fromm a afirmar que la formación de la estructura libidinal estaría más arraigada en las relaciones objetales o interpersonales, que en la evolución instintiva o libidinal.

Aspectos sociopsicológicos, escrito en 1936, en que sintetizó gran parte de su proyecto de investigación en el Instituto, precisó la noción de estructura del carácter y ofreció una de las primeras explicaciones psicológica de la atracción que ejerce el autoritarismo. Y La misión y el método de una psicología social analítica, escrito en 1937, pero que no llegará a publicarse sino póstumamente en 1992 a consecuencia del recrudecimiento de diferencias con Horkheimer, Adorno y otros miembros del Instituto, en el que Fromm sustituyó la noción de “estructura libidinal de la sociedad” por “carácter social típico” y la noción de “impulso”, todavía muy cercana a la de instinto, por la de “necesidad”; Fromm propuso aquí abandonar la teoría ortodoxa freudiana de los instintos sexuales por una teoría de los impulsos socialmente mediados, específicamente humanos y que no podrían comprenderse como sublimaciones o formaciones reactivas de aquellos instintos, sino como reacciones a determinadas condiciones de vida en que el ser humano ha de satisfacer sus instintos naturales (sed, hambre, sexualidad); insistió en que los impulsos naturales expresan sólo una de las varias fuerzas que activan la estructura del carácter social de una persona, siendo que también se puede obtener energías mediante fuerzas

sociales específicas con bases históricas; en esencia, la estructura del carácter sería el ajuste de la persona dentro de unas condiciones de vida naturales con el objetivo de satisfacer sus necesidades fisiológica e históricamente creadas; concluyó que su nuevo concepto de estructura del carácter se encontraba más cercano de los puntos de vista del materialismo histórico que la teoría freudiana de la libido, en el tanto que la estructura psíquica de una persona se considerase producto de su actividad y forma de vida, y no un reflejo de su organización libidinal.

Los resultados del proyecto de investigación no se publicarán sino póstumamente hasta mediados de los 80 (1984), sin embargo Fromm presentó las conclusiones de su estudio en un apéndice del trabajo más amplio del Instituto sobre Estudios de autoridad y familia en 1936, en el que se abordaban las relaciones entre familia y autoritarismo. Entre otras consecuencias, este estudio lo llevaría a plantearse abandonar la premisa freudiana de que la energía libidinal yacía en el núcleo de la personalidad, actitud que lo enfrentará a sus colegas del Instituto y terminará por ocasionar su despido hacia 1939.

Fromm seguirá considerando hasta sus últimos días el marxismo una de las fuentes más importantes en su concepción y desarrollo de la teoría del carácter social, en particular del carácter productivo como libre despliegue del ser y sus potencialidades y a su humanismo socialista, el de Fromm, como la expresión más genuina de la filosofía marxista y su visión del socialismo (Fromm, 1985).

Las raíces psicoanalíticas

La experiencia psicoterapéutica personal, posterior convivencia y creación de una comunidad terapéutica con Frieda Riechmann, habrían llevado a Fromm a formarse en psicoanálisis entre 1926 y 1930. En la comunidad terapéutica inicialmente Fromm impartió charlas de teología talmúdica, pero en la medida en que avanzaba su entrenamiento psicoanalítico se unió a Frieda en la práctica psicoterapéutica.

En 1925 Fromm se mudó a Múnich para terminar su análisis, que se había suspendido con el inicio del romance con su psicoterapeuta, con Wilhelm Wittenberg y asistir a las conferencias del psiquiatra alemán Emil Kraepelin. Con Kraepelin incrementaría su interés en las neurociencias, interés que mantendrá por el resto de su vida y que incidiría en los presupuestos ontológicos de su teoría del carácter social.

Cuando la relación con Frieda se tornó conflictiva, la pareja se trasladó a Baden-Baden para buscar ayuda del psicoanalista alemán Georg Groddeck, en quien Fromm encontró una perspectiva terapéutica centrada no en el tratamiento de los síntomas sino en el desarrollo de la totalidad de las cualidades del paciente, lo que luego Fromm llamará el “hombre total”.

Ya en su formación como psicoanalista en el Instituto Psicoanalítico de Berlín entró en contacto con los freudomarxistas y, bajo el influjo de Reich, orientó sus intereses hacia los patrones del carácter y cómo éstos son afectados por las condiciones sociales y políticas, tema que pronto se convirtió en un proyecto activo en la investigación sobre el trabajador alemán, que culminará con el concepto del carácter social.

A través de Reich además, Fromm entraría en contacto con la obra del suizo Johan Jakob Bachofen, que influyó notablemente en su crítica al complejo de Edipo, su idea de una organización matricéntrica de la sociedad primitiva y la importancia del vínculo preedípico materno-infantil.

En el Instituto de Berlín también compartió con Karen Horney, a quien ya había conocido en Baden-Baden en su visita a Groddeck, que comenzaba a fundamentar sus ideas en contra de los presupuestos freudianos sobre las mujeres. Horney orientó a Fromm en las políticas del Instituto y su relación se fue volviendo más y más íntima. Juntos, empezaron a albergar dudas respecto al acento de Freud en el patriarcado, el complejo edípico y el sentimiento femenino de inferioridad. Fromm estaba de acuerdo con Horney en que Freud había dado poca importancia a las tradiciones del matriarcado y a la capacidad de la mujer para procrear y preservar la vida.

Horney, que ayudó a Fromm a salir de Europa e instalarse en Estados Unidos, en la Universidad de Columbia, incrementó la conciencia de éste en cuanto a la maternidad y los asuntos psicológicos de las niñas y las mujeres, la importancia de la calidez y la empatía en el proceso terapéutico y el gran potencial y elasticidad de la personalidad humana. La meta de Horney de “afirmación en la vida” se acercaba a la de Fromm de un “carácter social productivo”. Fromm a su vez, instruyó a Horney en torno a las estructuras socioeconómicas y las clases sociales, la familiarizó con las teorías sociológicas y le ayudó a entender con mayor claridad cuáles eran los efectos de la sociedad capitalista competitiva sobre el ser humano (Friedman, 2013).

Gracias a Horney Fromm cultivó amistad con el psiquiatra estadounidense Harry Stack Sullivan y otros psicoanalistas, psicólogos y sociólogos estadounidenses interesados en la psiquiatría social interpersonal o de orientación antropológico-cultural, como Clara Thompson, William Silverber, Abram Kardiner, John Dollard, a quien ya conocía del Instituto de Berlín, y Harold Laswell. También a través de Horney entró en contacto con miembros del movimiento Cultura y Personalidad, donde hizo amistad con el lingüista polaco Edward Sapir y las antropólogas estadounidenses Ruth Benedict y Margaret Mead, que lo llevaron a desarrollar un fuerte ataque a los enfoques instintivistas, incluida la teoría instintivo-libidinal de Freud, y a entrar en conflicto con Horkheimer y demás miembros del Instituto de Investigaciones Sociológicas.

Sullivan, influido por el interaccionismo simbólico del psicólogo alemán George H. Mead, sostenía que la personalidad es en su totalidad una construcción social, que el ser es producto de un campo emocional de relaciones sociales interpersonales, y que el aislamiento social es el dilema del ser humano en la modernidad. La estructura conceptual del carácter social en *El miedo a la libertad* se sustentará en estas premisas. Más allá, Fromm insistió en que la personalidad refleja más que el aspecto interpersonal de las relaciones sociales, hay también una profundidad interna, espiritualidad e individualidad en cada ser humano, y si bien la teoría interpersonal de Sullivan era compatible con el marxismo y el humanismo, no partía del humanismo marxista ni insistía en las fuerzas económicas y de clase (Friedman, 2013).

Las ideas de los antropólogos de Cultura y personalidad tuvieron gran influencia en las convicciones de Fromm sobre el mayor peso de la cultura que de la biología en la explicación del comportamiento humano. Su trabajo, en particular el de Mead sobre Sexo

y temperamento en tres sociedades primitivas, en el que argumentaba que diferencias culturales generan configuraciones psicosociales específicas, habría sido fundamental en estructurar su concepto de carácter social (Friedman, 2013). La incorporación de Fromm a las reuniones del grupo de Cultura y personalidad lo llevó además a compenetrarse con la crítica a la visión freudiana de la división de papeles de género y a la interpretación tradicional que justificaba el patriarcalismo y la subordinación de las mujeres, que ya venía desarrollando con Horney y su lectura de Bachofen.

El miedo a la libertad, que llegará a ser un clásico sobre la libertad y sus insatisfacciones en la sociedad moderna, será el resultado y expresión de esta nueva alianza, y su teoría del carácter social, bosquejada en el rigor de la academia alemana del Instituto en términos de las relaciones entre autoritarismo, estructura de carácter y clases sociales, dará, al calor de las exploraciones interdisciplinarias y fusiones especulativas de psicoanálisis y antropología cultural, el nuevo círculo de discusión, un giro hacia un enfoque más general sobre carácter social y cultura, que lo alejará del Instituto y de la teoría freudiana de la libido, ahondándose en las siguientes décadas hasta la muerte de su autor en 1980.

A finales de los 40, cuando los del grupo de Cultura y personalidad inician los estudios sobre carácter nacional, Fromm es invitado a probar su concepto de carácter social en uno de los países del proyecto: Australia. Fromm propone llevar a cabo el trabajo de campo sobre el carácter nacional australiano, enfocándose en variables como autoritarismo versus independencia, sugestionabilidad versus habilidades críticas, destructividad y xenofobia versus amor y afecto. Pero el proyecto nunca se llevará a cabo pues la UNESCO, promotora del programa, no consiguió los fondos para su realización.

Una década después, en un poblado mexicano de campesinos, Chincocuac, siempre en la perspectiva de Cultura y personalidad, Fromm, quien se había trasladado con su tercer esposa, Annis Freeman, a vivir a Cuernavaca, inicia un estudio sobre las condiciones socioeconómicas y culturales, las relaciones familiares y las estructuras del carácter social del poblado y sus posibilidades de mejoramiento de las condiciones de vida. El estudio permitirá darle mayor precisión y rigurosidad al concepto de carácter social, operacionalizar las diferencias entre carácter productivo e improductivo y someterlo a análisis e interpretación estadística mediante técnicas de análisis multivariado, desarrollando además una metodología de investigación mixta, con base en el cuestionario no estructurado de carácter interpretativo cuyos fundamentos básicos ya habían sido desarrollados en el estudio de los años 30 sobre los trabajadores alemanes.

En suma, en la elaboración y desarrollo de la teoría de carácter social, si bien jugó un papel muy importante el trabajo de investigación y ensayos de Fromm en el Instituto de Frankfurt, de donde obtendría las ideas más importantes, también fueron importantes los intercambios y apoyo que Fromm encontró con Horney, Sullivan, Thompson y sus colegas neofreudianos y Mead, Benedict, Sapir y los del movimiento cultura y personalidad, y antes con Reich y los freudomarxistas, su formación sociológica, especialmente en la perspectiva hermenéutica de la sociología comprensiva y, más atrás aún, su temprana formación profético judía.

Antecedentes Conceptuales

Si bien, la estructura conceptual de la teoría del carácter social descansa en las formulaciones de Freud sobre el carácter y su génesis sexual, la noción misma de carácter no es de origen psicoanalítico, remontándose en su etimología hasta la antigüedad helenística, concretamente a Teofrasto y su obra *Caracteres morales*, escrita hacia el 319 AC., en la que realizó un bosquejo de los tipos morales característicos en la sociedad ateniense de su época, en particular de aquellos que se distinguían por “ciertos vicios y costumbres perniciosas o molestas al trato humano” (Teofrasto, 1787, p. VII). La obra llamaba la atención sobre la existencia de diferencias caracterológicas en una sociedad griega “situada bajo un mismo clima o cielo, y criándose todos los griegos con una misma educación” (Teofrasto, 1787, p. 1), sin parar mientes en los orígenes de tales diferencias, aunque sí teniendo presente la importancia del modelaje y la instrucción paternas.

Un siglo antes el médico griego Hipócrates, había propuesto, con base en las diferencias corporales, la primera tipología que se conoce sobre temperamento y carácter, distinguiendo entre los apopléticos o individuos pletóricos y los héticos o mezquinos. Esta clasificación se explicaba por la concentración predominante de los diferentes elementos fundamentales existentes para los griegos: aire, agua, tierra y fuego.

150 años después el también médico griego Galeno establecía su tipología de los temperamentos con base en el predominio en el organismo de uno de los cuatro humores o líquidos corporales básicos: sangre, bilis, atrabilis y flema, que daban lugar respectivamente a los temperamentos sanguíneo, colérico, melancólico y flemático, a los que a su vez correspondían otro tantos tipos de carácter, o formas de comportamiento y maneras de encarar el mundo.

Posteriormente El término de carácter continuó manteniendo sus connotaciones ético-morales, diferenciales e imperecederas distintivas originales, en particular dentro de la tradición medieval cristiana, a veces asociado a las diferencias individuales, otras a las colectivas, a veces a la adquisición de hábitos en su génesis, a veces a las inclinaciones naturales (Duclos, 1787)

Ya entrando en la modernidad el botánico sueco Carlos Linneo, en su *Systema Naturae* publicado hacia 1758, dividió el género humano en variedades utilizando para ello, además de diferencias fenotípicas, socioculturales, psicosociales y geográficas, la tipología de temperamentos de Galeno.

Identificó cuatro variedades: Americanus: colorado, de piel morena y cabellos negros, lacios y espesos, con labios gruesos, nariz grande, mentón casi sin barba, de porte derecho, colérico, porfiado, contento de su suerte, amante de la libertad, pintado el cuerpo con líneas coloradas combinadas de distintas maneras. Europaeus: blanco, musculoso, cabellos claros y abundantes, sanguíneo, inconstante, inventivo, cubierto totalmente con ropas, gobernado por leyes. Asiaticus: amarillo, cabello negro, ojos castaños, melancólico, estricto, severo, fastuoso, vestido con largas túnicas, gobernado por la opinión. Afer: negro, con cabellos crespos, nariz ancha, flemático, astuto, perezoso, con el cuerpo frotado con aceite o grasa, gobernado por voluntades arbitrarias.

Pocos años después el escritor francés Charles Pinot Duclos, en *Reflexiones filosóficas sobre las costumbres de nuestro siglo*, obra escrita hacia 1787, definió el carácter como aquel modo de existir peculiar, diferencial, individuado y perenne, “que distingue entre los hombres un alma de otra” (p. 241) y lo opuso al de costumbres, como comportamiento

sociabilizado por el que “todos estuviesen acostumbrados a buscar sus ventajas personales en el plan general” (p. 24), siendo que “todos tenemos en el corazón las semillas de las virtudes, y de los vicios; solo se trata de explayar las unas, y sofocar las otras” (p. 24). Distinguió así entre costumbre y carácter, siendo la primera objeto de modificación, no el segundo, que se podría reprimir o disfrazar mas no modificar.

Las costumbres se corrigen, el ánimo se fortifica o se altera ; los afectos mudan de objeto , y uno mismo de estos puede inspirar sucesivamente amor ú odio ; más el carácter es inalterable. Se le puede reprimir o disfrazar , pero nunca destruir... Los hombres tienen solo una propensión decidida ; esta es su interés: si éste vá unido con la virtud , son virtuosos sin hacerse violencia ; pero si muda de objeto , el discípulo de la virtud pasa á ser esclavo del vicio, sin haber mudado de carácter (Duclos, 1787, p. 251, 188).

En esos mismos años Inmanuel Kant, en *Antropología. En sentido pragmático* (1798/1991), obra escrita apenas dos años después a la de Duclos, contraponía una condición humana impuesta por la naturaleza frente a aquella “que el lugar y las circunstancias de tiempo engendran, cuando son persistentes” (p. 10).

Entendió el carácter como la disposición de índole moral, opuesta al temperamento como lo relacionado con la constitución o fuerza vital, y ambos como diferentes de las disposiciones naturales o los sentimientos de placer o displacer con que una persona es afectada por otra. La pasión, en tanto rasgo del carácter, sería una inclinación o apetito sensible habitual en el sujeto, no un estado emocional pasajero, caracterizada, más que por una impetuosidad emocional, por la perseverancia de una máxima dirigida hacia ciertos fines.

A diferencia del temperamento que anidaría en el instinto, el carácter lo haría en la voluntad. Tener un carácter implicaría “aquella propiedad de la voluntad por virtud de la

cual el sujeto se vincula a sí mismo a determinados principios prácticos que se ha prescrito inmutablemente por medio de su propia razón” (Kant, 1798/1991, p. 238).

Por otra parte, todo proceso de formación del carácter habría necesariamente de contemplar esas fuerzas vitales o temperamento, que entendió al modo de Galeno, como fondo o dotación natural sobre el que se labraría aquel proceso.

Ya en los albores del siglo XIX, el médico alemán Joseph Gall propuso su Organología o Frenología, según la cual sería posible determinar el carácter y los rasgos de la personalidad con base en la existencia de localizaciones cerebrales funcionalmente especializadas, siendo además que diferencias significativas en el tamaño de éstas, identificables en la forma y estructura del cráneo, conllevarían diferencias individuales en las cualidades y facultades mentales y morales fundamentales, tales como la veneración, la benevolencia, la compasión o la agresividad, pero también el arraigo (havitatividad), el apego parental (filogenitura), la sociabilidad o la adquisitividad (Mellado, 1853, Domenech, 1977; Castañeda López, 2009; Damasio, 2009).

En carta dirigida al Barón de Retzel en 1789, considerada escrito fundacional de la Frenología, manifestó Gall que su

finalidad es la de determinar las funciones del cerebro en general y de modo particular las de cada una de sus partes; de demostrar que mediante el estudio de las prominencias y depresiones que encontramos en la cabeza y el cráneo es posible reconocer las distintas inclinaciones y disposiciones de cada persona; y la de enseñar de modo claro las consecuencias más importantes que este hecho tiene para el arte médico, la moral, la educación, la legislación y de modo general para un conocimiento más profundo del hombre (Fossati, 1845, p. 20-21).

No obstante el determinismo organicista del carácter y la personalidad implicados, la Frenología postulaba la posibilidad de prevenir y reorientar socialmente aquellas tendencias mediante programas de socialización y reeducación o rehabilitación científicamente orientados.

Siguiendo los principios básicos de Gall y la Frenología, Samuel Morton, médico estadounidense, procuró demostrar, hacia mediados del siglo XIX, que podía establecerse objetivamente una taxonomía biológica y mental de las razas, basándose en las características físicas del cerebro, en particular su tamaño. En *Crania Americana*, obra publicada en 1839, estableció diferentes medidas en los volúmenes de cráneos de diferentes razas, que consideró como prueba irrefutable de las diferencias mentales entre las mismas. Luego de distinguir físicamente a indígenas americanos, negros, mogólicos, malayos y caucásicos, caracterizó psicosocialmente a los primeros como de hábitos reacios a la agricultura, la navegación marítima y las restricciones de la educación, devoradores de los más repugnantes alimentos sin cocinar y limpiar; cognitivamente lentos en la adquisición de conocimientos, presentistas y concretos, incapaces de un continuo proceso de razonamiento sobre temas abstractos; temperamental y caracterológicamente vengativos, inquietos y amantes de la guerra, astutos, sensuales, ingratos, obstinados, insensibles, y egoístamente motivados en el afecto hacia sus hijos. En cuanto a los segundos, serían alegres, flexibles, e indolentes; cariñosos y expresivos en sus diversiones, con frecuencia supersticiosos y crueles, belicosos y osados, aunque fácilmente resignables a su destino y adaptables a cualesquiera circunstancias; intelectualmente limitados y poco hábiles para la invención, aunque con gran capacidad para la imitación y gran talento musical y con unos sentidos externos muy agudos. Los

terceros resultarían intelectualmente ingeniosos, imitativos, brillantes susceptibles a la educación. Por su parte los cuartos, caracterológicamente belicosos, vendrían a ser activos e ingeniosos, de hábitos migratorios, predatorios y marítimos. Finalmente los quintos, físicamente muy bien proporcionados y estéticamente agraciados, se caracterizarían por la facilidad con la que alcanzan las más altas dotes intelectuales, dedicados a las labores de pastoreo y agricultura, dedicarían gran parte de su tiempo a la caza y a las actividades bélicas; fuertes, belicosos y valientes, podrían ser muy hospitalarios, pero a la vez egoístas y embusteros. (Morton, 1839).

También vinculado a las tesis frenológicas de Gall, Cesare Lombroso, médico y criminólogo italiano, fundaba, a finales del siglo XIX, la antropología criminal. Propuso la existencia de atavismos genéticos que, cristalizados en singularidades anatómicas como protuberancias en el cráneo y la frente, los pómulos salientes y los ojos achinados, determinarían tipos psicológicos o caracteres con tendencias criminales. Las diferencias raciales completaron este cuadro biogenético de los caracteres criminales, encontrándose diferencias significativas en el volumen y tipo de actos delictivos según el tipo racial predominante en las poblaciones.

Pero además las diferencias climáticas y orográficas, y aún demográficas, socioeconómicas, religiosas y socioculturales, y en sus múltiples imbricaciones con las primeras, habrían de moldear caracteres colectivos de clara inclinación delictiva, diferenciables incluso por el tipo de delito y agresividad al que resultarían proclives (Lombroso, 1897).

Así, encontró que la mayor incidencia de asesinatos, más que los delitos contra la propiedad, parecía asociada con las poblaciones de origen árabe y albanés en contraste con las de origen nórdico y griego, que mayor era la incidencia de delitos conforme mayor era la concentración de las poblaciones, que mientras la criminalidad de los pobres tendía a ser violenta la de los ricos fraudulenta, que conforme disminuía el precio del grano también disminuían los delitos contra la propiedad y aumentaban contra las personas, en particular las violaciones, o que *“La civiltà, rallentando i vincoli della famiglia, non solo aumenta i trovatelli, che sonosemenzai di delinquenti, ma anche l'abbandono degli adulti, e gli stupri, e gli infanticidi”*⁵(Lombroso, 1897, p.40).

Por la misma época el psicólogo británico Francis Galton, sustentándose en los trabajos de su primo Charles Darwin, formulaba la tesis de las diferencias raciales evolutivas de las capacidades o aptitudes mentales.

Darwin, en *El origen del hombre* (1871/2009), había afirmado que el ser humano no solo descendía de formas animales inferiores sino que compartía con éste características tales como el sentido del placer y del dolor, los instintos de autoconservación y atracción sexual, e incluso emociones como el amor, el temor y la curiosidad; destacaba el origen genético de aspectos caracterológicos como el sentido moral, que a su vez responderían a la herencia de características adquiridas, particularmente resultantes de prácticas prolongadas, lo que presuponía más un interaccionismo entre lo innato y lo adquirido, entre naturaleza y cultura, que un determinismo de uno sobre otro.

⁵La civilización, debilitando los lazos familiares, no sólo aumenta los niños abandonados, que son semilleros de delincuentes, sino también el abandono de los adultos, las violaciones, y el infanticidio

Ahora Galton postulaba que distintos ambientes habrían provocado diferentes presiones sobre las diferentes razas y con ello conducido a la herencia genética de diferentes características, siendo en consecuencia posible, mediante la manipulación consciente de tales ambientes, mejorar la cualidades innatas de una raza y potenciar sus ventajas comparativas, premisa con la que Galton sentaría las bases de la psicogenia racial y el movimiento eugenésico que habrá de tomar fuerza a principios del siglo XX, principalmente en la sociedad estadounidense y en la Alemania nazi.

También a finales del siglo XIX, pero desde una perspectiva más bien estética que biogenética, el filósofo alemán Friedrich Nietzsche proponía los tipos apolíneo y dionisiaco: uno sereno, contemplativo, disciplinado y racionalista, el otro impulsivo, vital, desenfrenado y erótico.

Su coterráneo Wilhelm Wundt, más biólogo, tomando los temperamentos galénicos, los descategorizó reformulándolos como aspectos cuantitativos dentro de dos continuos dimensionales relacionados con la reactividad emocional; un continuo aludía a la intensidad de las emociones, con dos extremos identificados como emocional y no emocional; el otro apuntaba al cambio en las emociones, cuyos extremos se identificaban como estable e inestable. En consecuencia, el tipo colérico quedaba delimitado como emocional e inestable, el melancólico, emocional y estable, el flemático, no emocional y estable, y el sanguíneo, no emocional e inestable.

Y el psicólogo estadounidense, y también filósofo, William James, propuso los tipos de dureza y blandura mental, siendo característico de los primeros el escepticismo, el apego a los hechos y datos materiales, el empirismo, el pesimismo, la irreligiosidad, el pluralismo

y el sensacionalismo y, de los segundos, el ser racionalistas, intelectualistas, idealistas, religiosos, holísticos, dogmáticos y optimistas.

Ya entrando al siglo XX, el fisiólogo ruso Ivan Pavlov desarrolló una neurotipología de los temperamentos y el carácter sobre la base de los procesos de inhibición y excitación corticales.

Clasificó los sistemas nerviosos de acuerdo con tres rasgos distintivos de los procesos nerviosos fundamentales: su intensidad, su equilibrio y su movilidad y, sobre su combinación, identificó cuatro tipos más o menos acusados de sistema nervioso que equiparó a los temperamentos de Hipócrates, y que conformarían las manifestaciones en la personalidad de los diferentes tipos de actividad nerviosa superior.

Denominó del tipo colérico a aquellos que se caracterizarían por una modalidad fuerte pero no equilibrada, en los que predomina la excitación sobre la inhibición, esto es, excitables e impulsivos; flemático a los de tipo fuerte, bien equilibrados, serenos y comedidos, pero inertes, poco expresivos e indiferentes; sanguíneo a aquellos que se caracterizarían por ser fuertes, equilibrados y móviles, hábiles y sagaces, pero con tendencia a desperdigarse; y melancólico a aquellos que se caracterizarían por un tipo débil en que predomina la inhibición y la tendencia al ensimismamiento.

Estos tipos constituirían el genotipo individual que, en conjunto con las modificaciones sufridas a resultas del influjo del medio y las experiencias de vida individual, determinarían su fenotipo o carácter.

Y es que si bien, esos temperamentos o tipos de actividad nerviosa, y en particular sus cualidades de intensidad, equilibrio y movilidad, penetrarían todas las esferas de la personalidad, manifestándose en los pensamientos, sentimientos y acciones, la variedad infinita de estas manifestaciones no tendría su base fisiológica en tales genotipos, sino en la infinita variedad de conexiones temporales condicionadas que se forma en el curso de la vida y de la actividad individual (Smirnov, Rubinstein, Leontiev & Tieplov, 1960).

Para Pavlov, en suma, el carácter era una aleación especial de los rasgos innatos del tipo de actividad nerviosa superior y de aquellos cambios adquiridos que aparecen en ella como resultado de la influencia de las condiciones y experiencias sociales e individuales de vida.

En Italia Nicola Pende, fundador con Giacinto Viola de la escuela constitucionalista, establecía una biotipología, esto es, ciencia de los caracteres particulares que distinguirían morfológica, fisiológica y psicológicamente a un individuo de otro, sobre la base del funcionamiento neuroendocrino y el equilibrio neurovegetativo. Consideró dos biotipos marcadamente opuestos: el longíneo y el brevilíneo, subdivididos cada uno en esténicos y asténicos, correspondiendo en sus combinaciones con la tipificación clásica galénica de los tipos bilioso o colérico, melancólico, sanguíneo y flemático.

Sustentada en esta biotipología, Pende fundó la ortogénesis, ciencia que se ocuparía de la protección higiénica y médica del crecimiento físico y psíquico normal del ser humano y de corregir los errores y desviaciones a las que está expuesto en su proceso formativo.

Al mismo tiempo en Alemania Ernest Kretschmer (Sahakian, 1986) establecía la primera tipología somática moderna del carácter con base en el genotipo corporal. Distinguió los tipos pícnico, asténico, atlético y displástico, siendo característico del primero la estatura baja, contextura gruesa, rechoncho, de cavidad visceral expandida y el tipo psíquico ciclotímico; del segundo la alta estatura, ser delgado, de líneas estrechas y alargadas y el tipo psíquico esquizotímico; del tercero el cuerpo ancho y cuadrado, con predominio muscular óseo y el tipo psíquico ixotímico y, del cuarto, todas las formas intermedias disarmónicas a las que correspondería el tipo psíquico viscoso.

Para Kretshmer, toda persona podía ser clasificada de acuerdo con estos cuatro tipos constitucionales. El pícnico, de temperamento ciclotímico, se caracterizaría por la alegría, la sociabilidad, el sentido del humor, el tono amable y calmado de actuar, y cierta inestabilidad anímica. El asténico, de temperamento esquizotímico, se distinguiría por la timidez, el retraimiento, la seriedad, las escasas relaciones sociales y un cierto nerviosismo. El atlético, de temperamento ixotímico, tendería hacia la constancia, la reiteración, la impulsividad y la inclinación a la acción. Finalmente, el displástico, de temperamento viscoso, se distinguiría por ser tranquilo, estable afectivamente, tenaz, discreto y falto de imaginación.

Sobre el trabajo de Kretschmer, William Sheldon, en EE. UU., estableció una tipología también somática cuya principal característica era la mayor flexibilidad de los tipos que, lejos de considerarse tipos puros, se caracterizaban por la prevalencia en las diversas mezclas de lo que llamó los componentes morfológicos primarios: endomórfico, que deriva del endodermo, de donde se desarrolla el aparato digestivo, mesomórfico, que procede del mesodermo, desde donde se desarrolla el aparato muscular esquelético, y ectomórfico, que

surge del ectodermo y del que se desarrolla el sistema nervioso, siendo propio del tipo endomórfico, el predominio de las formas corporales redondeadas y blandas, del mesomorfo, la robustez y verticalidad, y del ectomórfico, el predominio lineal, frágil y débil. Al igual que Kretschmer consideró un cuarto tipo, el displástico, caracterizado por la presencia de componentes primarios en distintas partes del cuerpo.

El correlato psicológico de los tres tipos físicos principales fue determinado con base en el tono psíquico primario o temperamento, correspondiendo al endomórfico la viscerotonía: despreocupado en la postura y los gestos, gusto por el confort, sociable y benevolente, extrovertido; al mesomórfico la somatotonía: firme postural y gestualmente, gusto por el riesgo y la acción, agresivo, autosuficiente, poco preocupado por los demás; y al ectomórfico la cerebrotonía: actitudinalmente contenido, socialmente inhibido y tendencia a la soledad, detallista y escrupuloso. De sus combinaciones, Sheldon llegó a identificar 3423 somatotipos diferentes.

Paralelamente, el holandés Gerardus Heymans (Montero, 1974), desde una perspectiva más caracterológica que temperamental, recogía también los tipos galénicos clásicos y les agregaba cuatro tipos más que se expresaban en términos del grado de emotividad, actividad y resonancia o repercusión de las impresiones presentes, pasadas y “futuras” en la conciencia.

Estos tipos serían:

- el nervioso: emotivo, no activo y primario (predominio de impresiones presentes), imaginativo (que requiere de diversiones y excitaciones), inestable e inconstante, individualista y con frecuencia rebelde.

- Sentimental: emotivo, no activo y secundario (predominio de impresiones pasadas o “futuras”), soñador, introvertido y meditativo, tímido y melancólico, escrupuloso, sin habilidad para el trato social
- sanguíneo: no emotivo, activo y primario, frío y objetivo, decidido, pragmático, facilidad para el trabajo, diplomático y oportunista, inclinado al éxito social, se adapta fácilmente a cualquier situación.
- flemático: no emotivo, activo y secundario, ama la legalidad y la justicia, moderado, honorable, puntual y objetivo
- colérico: emotivo, activo y primario, tendencia a la improvisación, de respuesta rápida, frecuentemente irrespetuoso, extravertido
- apasionado: emotivo, activo y secundario, con un gran sentido de grandeza, personalidad tensa en torno a la obra a realizar y sostenida por una ambición realizadora
- amorfo: no emotivo, no activo y primario, disponible, conciliador por indiferencia, negligente, inclinado a lo placentero, buen sentido del humor, ligero, adaptable
- apático. No emotivo, no activo y secundario, ensimismado, taciturno, persona de hábitos, ama la tranquilidad (Montero, 1974).

Previamente en Suiza, Eugene Bleuler (Mueller, 1965) establecía los tipos sintónico y esquizoide, el primero referido a un cierto estilo de vida del individuo al unísono con el medio ambiente, y el segundo, a la tendencia a replegarse sobre sí, rompiendo contacto directo con la realidad.

Como bien ha sido señalado (Montero, 1974), resulta evidente la alta correspondencia que existe, a nivel descriptivo, e incluso etiológico, entre la mayoría de las diversas tipologías mencionadas, tanto a nivel físico como psicológico, de manera que en un

extremo estarían los tipos que corresponden con un sistema nervioso fuerte, ciclótico y viscerotónico, mientras que en el otro los tipos que corresponden con un sistema nervioso débil, esquizotímico y cerebrotónico. Rasgos del primer tipo serían la excitabilidad sentimental, elocuencia y comunicabilidad, sociabilidad, actividad, hedonismo, impulsividad, labilidad, tendencia a lo concreto y relajamiento general. Rasgos del segundo tipo serían frialdad, conducta impersonal respecto al medio, timidez social, inhibición, debilidad volitiva, perseverancia y tendencia a la abstracción.

Todos ellos con un marcado énfasis biogénico, ya somático, ya endocrino, ya neurológico, y en el que el entorno, particularmente el sociocultural, jugaría un papel auxiliar mediacional, si no es que ninguno.

En esta tradición biogénica se inscribió también Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, quien, en *Tres ensayos para una teoría sexual*, escrito en 1905 (1972a), elaboró su propia visión sobre el carácter, destacando las experiencias sexuales pregenitales de la primera infancia en la génesis del mismo.

Freud había encontrado que tras la vorágine de manifestaciones diversas de sus pacientes, se evidenciaba un principio estructurador que las aglutinaba a la manera de un "síndrome de rasgos" (Freud, 1908/1972b) y que estos se correspondían con las vicisitudes de su sexualidad infantil. Siguiendo los presupuestos de su "perspectiva económica", relacionó ambos conjuntos de fenómenos bajo una consideración teórica basada en sus postulados acerca de la evolución de la libido mediante las formaciones de compromiso a que se vería impelido el yo en su mediación entre las exigencias pulsionales, las condiciones del entorno y los imperativos superyoicos.

En consecuencia, el desarrollo del carácter seguiría las etapas del desarrollo de la libido y estaría cargado con la energía derivada, principalmente por sublimación y formación reactiva, de la pulsión sexual contenida en las correspondientes zonas erógenas de la primera infancia.

De aquí surgieron los conceptos del carácter oral receptivo, oral sádico, anal y genital, sistemas estructurados de la energía libidinal que operarían como sustitutos del instinto y unificarían las acciones de una persona a la manera de un modo de ser o existencia en el mundo.

Así, en 1908 (1972b) Freud formuló que en el análisis a menudo se encontraba con un tipo de persona que se distinguía por una combinación de rasgos de carácter específicos asociados a un particular interés del individuo hacia ciertas funciones corporales durante su niñez. De esta manera, en individuos en quienes el placer de la evacuación de los intestinos y sus productos habría desempeñado un papel de gran importancia durante su niñez, encontraba tres rasgos distintivos de carácter: espíritu de orden, parsimonia y obstinación.

Posteriormente otros psicoanalistas como los austriacos Alfred Adler y Wilhelm Reich, y el suizo Carl G. Jung, efectuaron importantes revisiones del concepto psicoanalítico del carácter.

Para Adler, la psicogénesis y dinámica del carácter estaría en relación con la vulnerabilidad infantil y los sentimientos asociados, en particular, de inferioridad, que darían pie a procesos adaptativos compensatorios, estructurados al modo de un proyecto o estilo de vida, cuya particular dinámica en cada caso "...le da a cada carácter un sello

individual” (Adler, 1984, p. 28). El carácter sería por ende, la manifestación de ese plan o proyecto de vida que el niño habría estructurado y al que se adheriría por el resto de su vida (Adler, 1973).

Carl Jung desarrolló una tipología psicológica sobre la base de los modos con que el individuo afronta su entorno social. Sobre esta base destacó dos grandes configuraciones psicológicas: la extraversión y la introversión, siendo distintivo de la primera una marcada tendencia hacia los objetos del mundo exterior, de apertura y entrega hacia éste, mientras que característico de la segunda sería la tendencia a encerrarse en sí mismo, defendiéndose de los requerimientos exteriores; sus puntos de vista serían siempre interiores, nunca exteriores como en el extravertido.

Rasgos del extravertido serían entonces:

- una disposición general de la conciencia hacia el exterior: la acción del individuo está guiada por la influencia del entorno, por los seres y cosas que en él encuentra, hasta el peligro de poder ser absorbido por estos.
- Tendencia compensatoria egocéntrica del inconsciente ante esa entrega consciente del sujeto hacia el objeto.
- Pensamiento, percepción, intuición y sentimiento están orientados hacia el objeto, predominando la imitación, la acomodación y la vinculación sensible.

Rasgos del introvertido:

- una disposición subjetiva general de la conciencia: al introvertido no le importan tanto los objetos como son en realidad sino como aparecen ante él.
- Tendencia compensatoria del inconsciente hacia los objetos

- Pensamiento, percepción, intuición y sentimiento están orientados hacia lo subjetivo, predominando la asimilación y la aprehensión “a priori” de los arquetipos.

Así, mientras el extravertido caracterizaría a los individuos que dependen de las relaciones sociales para obtener sus satisfacciones personales, el introvertido por el contrario caracterizaría a aquellos que tienden a apartarse del contacto social, que buscan encerrarse en sí mismos, y que tratan de evitar las responsabilidades sociales (Guilford y Guilford, 1970).

Hacia estos dos tipos extremos tenderían y entre ambos fluctuarían los individuos aunque muy raramente, como en toda tipología, existirían los tipos puros, lo más frecuente sería un tipo medio en el cual se manifestaría una tendencia más que la otra.

Reich por su parte, entendió el carácter como un blindaje de defensa inconsciente que protegería al sujeto de los estímulos provenientes tanto del mundo exterior como de su mismo inconsciente. Constituiría así un mecanismo psíquico protector por el que el individuo estaría “caracterológicamente acorazado contra el mundo exterior y contra sus necesidades inconscientes” (Reich, citado en Cattier, 1971, p. 42).

Influido por estos desarrollos psicoanalíticos, Erich Fromm enfatizó en la importancia de diferenciar dos principios explicativos en la evolución de la actividad psíquica que estarían entremezclados y confundidos en la obra de Freud: el principio de las vicisitudes de la sexualidad y el principio de las relaciones objetales.

La diferencia entre ambos principios explicativos está clara. En un caso, un fenómeno psíquico se entiende como reacción del hombre al medio que se comporta de un modo u otro frente a la satisfacción de sus necesidades. En el otro caso, el fenómeno psíquico

se explica directamente por la sexualidad: no es una reacción al medio, sino una manifestación de la sexualidad modificada por el medio (Fromm, 1996, p. 27).

Para Fromm, entonces, no será en el principio fisiologista de la evolución de la libido en donde debe buscarse la clave del modo de ser individual, sino en una máxima "sociobiológica", centrada en las formas de relación del individuo con las personas y las cosas a fin de sobrevivir, dada su dotación y la naturaleza del mundo social y natural que lo rodea. Tesis que a principios de los años 30 apenas se esbozaba en su formulación del carácter como expresión de una "estructura libidinal" (Fromm, 1932/1972^a), pero que, a finales de esa misma década, devendrá en constitutivo medular en la de "carácter social", (1941/1998, 1937/1996) que sustituirá a aquella.

En sus primeras obras, y procurando congeniar las tesis del marxismo y el psicoanálisis, Fromm postuló que, si bien los seres humanos tendrían en común los instintos de reproducción y conservación, todo lo que se refiriera a su expresión y satisfacción, esto es sus anhelos, ideas y acciones, se encontraría mediado por las vicisitudes socioeconómicas y culturales en que se desenvuelven.

En consecuencia, al igual que cada sociedad cuenta con una particular estructura política, económica y social, también se distinguiría por una particular estructura libidinal (Fromm, 1932/1972b).

Esta estructura libidinal, propia de una determinada sociedad, mediaría entre la estructura económica y las manifestaciones intelectuales de sus miembros y, por lo tanto, permitiría explicar las relaciones existentes entre las condiciones económico-sociales, psicológicas e ideológicas de dicha sociedad.

De aquí concluyó que la tarea de una psicología social analítica sería la de comprender y explicar "el aparato instintivo de un grupo, su conducta libidinosa y en gran medida inconsciente, en términos de su estructura socioeconómica" (Fromm, 1970/1972, p. 175).

Pero conforme Fromm abandonaba la hipótesis mecánico fisiologista de la determinación instintiva y adoptaba una posición más sociobiológica y humanístico-fenomenológica, la formación del carácter se iba viendo más en función de las experiencias vitales del individuo como "ser en el mundo" que de las vicisitudes de la libido. Más allá de las pulsiones parciales, y en tanto ser humano, el homínino tendría que proveer sus necesidades materiales y asegurar las necesidades de supervivencia del grupo en términos de procreación y protección de la descendencia. Asimismo, debería relacionarse con otros de su especie o enloquecer, y lograr la expresión de su potencial mediante el uso activo de sus poderes físicos, afectivos e intelectuales.

En un caso –escribe Fromm- un fenómeno psíquico se entiende como reacción del hombre al medio que se comporta de un modo u otro frente a la satisfacción de sus necesidades. En el otro caso, el fenómeno psíquico se explica directamente por la sexualidad: no es una reacción al medio, sino una manifestación de la sexualidad modificada por el medio (1937/1996, p. 27).

Así, el carácter no sería el resultado de un determinismo sexual sino de la interacción dinámica del sistema hombre y el sistema sociedad en que vive: "forma relativamente permanente en que la energía humana se estructura en el proceso de relacionarse con los demás y de asimilar la naturaleza" (Fromm y Maccoby, 1970/1974, p. 28-29).

Esa estructuración relativamente permanente de la energía humana, en la medida en que se desarrollase como una adaptación a condiciones económicas, sociales y culturales compartidas por los miembros de un determinado colectivo humano, constituiría una matriz social de carácter, o carácter social, que actuaría a su vez como motor de la conducta e instancia mediadora entre las estructuras socioeconómicas y socioculturales y las manifestaciones intelectuales individuales.

Como motor de la conducta individual el carácter cumpliría la función de integrar y dar unicidad y constancia espacial y temporal a sus acciones, sentimientos y pensamientos en sus relaciones con el mundo, los otros y el sí mismo; como instancia mediadora entre el individuo y los procesos socioeconómicos y socioculturales, el carácter tendría la función de garantizar la adaptación progresiva y dinámica de aquel a los requerimientos funcionales de tales procesos.

Contemporánea y en interacción con el desarrollo de la teoría del carácter social, el programa de cultura y personalidad de la antropología cultural destacará el papel de las variaciones culturales en la formación de diferentes tipos de personalidad. Si bien el interés de la antropología cultural estará en determinar la contribución relativa de biología y cultura en la configuración de la personalidad, enfatizaría en las determinaciones culturales dejando poco espacio para las biológicas.

En *El hombre y la cultura* (1934/1970) la antropóloga estadounidense Ruth Benedict, una de sus principales representantes, postulará que cada cultura se organiza alrededor de un ethos cultural central que presionaría a sus miembros hacia un tipo configuracional o dominante de personalidad. Siguiendo la propuesta nietzscheana de los

tipos apolíneos y dionisiacos, identifica tres tipos de personalidad correspondientes a otros tantos tipos de cultura diferente: el apolíneo, centrado en la moderación y la crítica a la competencia, propio de ciertos pueblos de Nuevo México dedicados a la agricultura, en los que las mujeres se ocupaban de las cosechas y la producción y eran las propietarias del hogar y de todas sus posesiones, mientras el hombre se interesaba principalmente por los asuntos religiosos; el dionisiaco, centrado en la competición y la búsqueda de status, propio de los pueblos kwakiutl del noroeste del pacífico, dedicados a la caza y la pesca, en los que la superioridad se mostraba con la destrucción de la propiedad personal, y la humillación, a veces hasta el suicidio, se producía cuando no se contaba con suficiente propiedad para destruir; y el paranoide, caracterizado por la deslealtad y la suspicacia, con relaciones sexuales con una fuerte combinación de gazmoñería y violencia, propio de la tribu dobu de nueva Guinea, dedicados fundamentalmente al comercio, y entre los que ser buena persona era el que lograba estafar a los demás y obtener tanto como le fuese posible.

En *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas* (1935/2006), la también antropóloga estadounidense Margaret Mead mostrará cómo la diferencia en las prácticas de crianza de los niños produciría estructuras de carácter típicas entre los adultos. Describe las diferencias culturales en tres sociedades de nueva Guinea, encontrando en el primero, los arapesh, un patrón maternal donde hombres y mujeres eran cooperativos y no agresivos, contrario al patrón de los mundugumor, en que ambos sexos se comportaban de modo cruel y agresivo; en un tercer tipo, los tchambuli, las mujeres eran dominantes y cuidaban de las necesidades familiares, en tanto los hombres se mostraban irresponsables y emocionalmente dependientes.

Y, en *El individuo y su sociedad* (1939/1945), el psiquiatra y psicoanalista estadounidense Abraham Kardiner propondrá el concepto de estructura de personalidad básica como una configuración de rasgos de personalidad que serían compartidos por los miembros de una misma sociedad como resultado de experiencias comunes de crianza infantil. Esta estructura determinaría la forma y el contenido de instituciones secundarias, las primarias serían aquellas que impactarían directamente en las prácticas y experiencias de crianza de la niñez, como la mitología, el folclor, el arte, la religión y las ideologías. Puesto que las estructuras básicas de la personalidad estarían inducidas por las formas específicas de las instituciones sociales de cada sociedad, los estilos y medios para resolver los problemas de la vida variarían ampliamente de una cultura a otra, y de igual manera dichas estructuras variarían en el tiempo conforme variasen las instituciones primarias.

Ya en los 50, el sociólogo estadounidense David Riesman realizará un estudio sobre los cambios sufridos en el carácter social estadounidense en la primera mitad del siglo XX y sus manifestaciones en el trabajo, el juego, la política y las prácticas educativas, para lo cual revisa y desarrolla la teoría frommiana del carácter social, proponiendo algunas modificaciones, en particular desde la perspectiva de la teoría del cambio demográfico. Pero esta revisión ya no corresponde a los antecedentes conceptuales de la teoría frommiana del carácter social sino a sus aplicaciones y desarrollos, por lo que una mayor mención o análisis de la misma, se efectúa en capítulos posteriores y no en este de antecedentes conceptuales.

En resumen, si bien, la estructura conceptual de la teoría del carácter social descansa en las formulaciones de Freud sobre el carácter y su génesis sexual, la noción misma de carácter tiene orígenes muy anteriores, remontándose a los esfuerzos que desde la antigüedad se han realizado en procura de describir, clasificar y comprender los tipos humanos según diferencias ético-morales en sus modos de expresión, a veces asociadas a las variaciones individuales, otras a las colectivas, a veces a las variaciones genotípicas, otras a las anatómicas o a las fenotípicas, a veces a las geográficas o a las climáticas, otras a las socioeconómicas, socioculturales o psicosociales, a veces a la adquisición de hábitos, otras a las inclinaciones naturales, instintivas o genéticas, a veces a las combinaciones de todas o algunas de estas variaciones.

Dentro de los planteamientos y desarrollos anteriores más conceptualmente relacionados con la teoría del carácter social de Fromm, son de resaltar los de Teofrasto, Duclos, Kant y James, quienes definieron el carácter en términos de contenidos morales y señalaron la importancia del modelaje y la instrucción parental en su formación, así como todas aquellas tipologías caracterológico-temperamentales que como las de Wundt, Pavlov y James, resaltaron el influjo moldeador de las condiciones de vida, fueran climáticas, orográficas, etnodemográficas, socioeconómicas o socioculturales.

Directamente relevantes en la formulación y desarrollo de su teoría son las tesis psicoanalíticas de Freud sobre las experiencias sexuales de la primera infancia en la génesis del carácter, visto como un síndrome de rasgos o formación de compromiso a que se vería impelido el yo, en su mediación entre las exigencias pulsionales, las condiciones del entorno y los imperativos superyoicos. De aquí surgieron los conceptos del carácter oral receptivo, oral sádico, anal y genital, sistemas estructurados de la energía libidinal que operarían como

sustitutos del instinto y unificarían las acciones de las personas a la manera de modos o estilos de ser.

También importantes resultan las revisiones del concepto freudiano del carácter de otros psicoanalistas como Alfred Adler, Carl G. Jung, y Wilhelm Reich. Adler, demarcando la psicogénesis y función del carácter con las nociones de vulnerabilidad infantil, afanes sobrecompensatorios y proyecto o estilo de vida; Jung, reformulando la libido como energía psíquica general y resaltando las tendencias introvertidas y extrovertidas de ésta como modos generales en los que el individuo afronta su entorno social; Reich, entendiendo el carácter como un blindaje o coraza inconsciente que protege al individuo tanto de los estímulos provenientes del mundo exterior como de los impulsos de su mismo inconsciente.

Y en una dinámica de influjo o retroalimentación mutua, también resultan relevantes en el desarrollo de la teoría del carácter social, los planteamientos del movimiento de cultura y personalidad en torno a las variaciones culturales en la formación de diferentes tipos de personalidad básica o modal, que a la vez que resultarían de diferencias culturales significativas en los patrones de crianza y socialización, serían determinantes en la forma y el contenido de las instituciones sociales de cada sociedad

Principales Presupuestos

Varios presupuestos subyacen a la formulación frommiana del carácter social y que resultan necesarios de explicitar, no sólo por las presunciones básicas que contienen sino por el despliegue mismo de los diferentes aspectos de la teoría:

- el de la existencia de una energía humana individual como motor del comportamiento.
- el de la estructuración relativamente permanente de dicha energía a consecuencia del influjo de factores de orden externo o contingente, en particular socioeconómico y sociocultural.
- el de la naturaleza social de la estructuración de la energía a consecuencia del carácter común o compartido que presentarían tales contingencias.
- el del influjo circular o transaccional en la interacción entre tales factores contingentes y esa energía humana.

A los cuales cabe agregar un quinto presupuesto relativo a

- las variaciones plausibles de estructuración de la energía humana en sus transacciones con los factores contingentes del entorno.

Sobre el presupuesto de existencia de una energía humana individual como motor del comportamiento.

La teoría del carácter social de Erich Fromm hunde sus raíces, como su autor lo reconoció una y otra vez, en la tradición psicoanalítica, concretamente en las formulaciones freudianas del carácter y su presunta génesis psicosexual.

S. Freud había encontrado que tras la vorágine de manifestaciones diversas de sus pacientes, se evidenciaba un principio estructurador que las aglutinaba a la manera

de un "síndrome de rasgos" (Freud, 1972^a) y que éste se correspondía con las vicisitudes de su sexualidad infantil. Siguiendo los presupuestos de su perspectiva "económica", relacionó ambos conjuntos de fenómenos bajo una consideración teórica basada en sus postulados acerca de la evolución de la energía sexual o libido mediante las formaciones de compromiso a que se vería impelido el yo en su mediación entre las exigencias pulsionales y los imperativos del "principio de actuación" (Marcuse, 1981)⁶

Así, el desarrollo del carácter seguiría las etapas del desarrollo de la libido y estaría cargado con la energía derivada, principalmente por sublimación y formación reactiva, de la pulsión sexual contenida en las correspondientes zonas erógenas de la primera infancia.

De aquí surgieron los conceptos de carácter oral receptivo, oral sádico, anal y genital, sistemas estructurados de la energía libidinal que operarían como sustitutos del instinto y unificarían las acciones de una persona a la manera de un modo de ser o existencia en el mundo.

⁶Término con el que Herbert Marcuse hizo referencia a la "realidad en tanto forma histórica prevaiente, organización sociohistórica que afecta la estructura mental a través de instancias y prácticas sociales específicas y con el cual pretendía dar un contenido sociohistórico a categorías freudianas que tendían a identificar una realidad histórica con la realidad pura y simple de todo tiempo y lugar. E. Fromm criticó esta elaboración marcuseana al considerar que confundía el "principio de realidad" formulado por S. Freud con la norma social como imperativo cultural, en este caso específico el de la ética protestante del capitalismo temprano, y que él prefería denominar como sistema prevalente del carácter social (1970/1972). Compartimos esta crítica frommiana en lo que implica de precisión conceptual pero aún así nos parece pertinente el aporte de H. Marcuse en cuanto a su valor en la crítica y subsunción del ahistoricismo freudiano, como demarcación sociohistorica del principio regulador de la energía psíquica o pulsional.

Así, en 1908 Freud formuló que en el análisis a menudo se encontraba con un tipo de persona que se distinguía por una combinación de rasgos de carácter específicos asociados a un particular interés del individuo hacia ciertas funciones corporales durante su niñez. De esta manera, en individuos en quienes el placer de la evacuación de los intestinos y sus productos habría desempeñado un papel de gran importancia durante su infancia, encontraba tres rasgos distintivos de carácter: espíritu de orden, parsimonia y obstinación (Freud, 1972b).

En la génesis, estructuración y funcionamiento del carácter se encontraría entonces esta libido o energía sexual, como su sustrato y principal vector pulsional. Todo, o casi todo, pensamiento, sentimiento o acción estaría motivado, es decir, determinado o en relación funcional con la liberación y regulación de esta energía.

Este principio general fue extraído por Freud de la fisiología de su tiempo, que a su vez lo importó de la Física y la por entonces reciente formulación del principio de conservación de la energía, que aludía a la existencia de una “fuerza” o energía considerada indestructible y variable que circula, mediante un intercambio perpetuo, tanto en la naturaleza muerta como en la naturaleza viva. “Así, una misma inteligibilidad se despliega, desde la física inerte hasta los fenómenos orgánicos, en forma de inervación, la irritabilidad y de la acción química” (Assoun, 1987, p. 162).

Todo sería energía, incluidos los fenómenos psicológicos que, en palabras del químico y filósofo alemán Wilhelm Ostwald:

...”pueden concebirse como fenómenos energéticos e interpretarse como tales al igual que todos los demás fenómenos... nada impide concebir inmediatamente los fenómenos psíquicos como fenómenos de la energía nerviosa. En efecto, puesto que el único

carácter que debe forzosamente poseer una energía es ser una magnitud mensurable que obedezca a la ley de la conservación y a la de la transformación y que, por lo demás, puede tener las formas más diversas, ningún principio se opone a que se admita la existencia de una especie de energía que tenga el carácter de energía que hemos atribuido a la energía nerviosa” (citado por Assoun, 1987, p. 169-170).

Y aunque Freud rechazó identificar la teoría psicoanalítica como variante del energetismo psicológico, su concepto de libido era el que permitiría medir los procesos y transformaciones en el campo del psiquismo: él designaría la constante energética subyacente a las transformaciones de la pulsión sexual; su producción, aumento y disminución, reparto y desplazamiento proporcionarían los medios de explicar los fenómenos psicosexuales. He ahí el núcleo de la función explicativa del punto de vista económico en la teoría psicoanalítica.

Fromm, si bien tomó como punto de partida las consideraciones freudianas, fundamentalmente, en sus aspectos tópicos o estructurales, se apartará en lo que se refiere a este principio general estructurador en la génesis y funcionamiento del sistema de carácter.

A diferencia de Freud que supuso en la evolución del placer de órgano el principio fundamental de la actividad psíquica, Fromm resaltará la también tesis freudiana de la evolución de las relaciones objetales, para afirmar que no es en el principio fisiologista de la evolución de la libido en donde debe buscarse la clave del modo de ser individual, sino en una máxima "sociobiológica" centrada en los impulsos surgidos a partir de los modos de relación del individuo con el mundo natural y social en su proceso de sobrevivencia.

Prototipo de esta máxima sería el propio complejo de Edipo, piedra angular de la teoría freudiana. Según éste, el infante dirige sus primeros deseos sexuales hacia su madre

pero, al procurar dar expresión a los impulsos correspondientes a estos deseos, se encuentra con su padre, que le impide satisfacerlos y le amenaza con castigarlo. Esta experiencia relacional provocaría en el niño intensos sentimientos de odio y hostilidad hacia el padre, que sin embargo han de reprimirse dada la indefensión infantil ante la superioridad de éste, sometiéndose a su voluntad, renunciando a su madre e identificándose con su padre. Hostilidad, sumisión, renuncia e identificación serán las consecuencias de esta confrontación entre el niño, “empujado por sus deseos sexuales y unas condiciones ambientales determinadas (Fromm, 1996, p. 25).

Este énfasis en las “relaciones objetales” por sobre el placer de órgano como principio básico de la actividad psíquica, marcará un descentramiento epistémico fundamental en la perspectiva energética de Fromm respecto a la de Freud y explicará la dilución progresiva del papel de la libido en la evolución de la teoría del carácter social.

El presupuesto de la energía libidinal como motor del comportamiento humano, será modificado en la nueva teoría por el de una energía vital más general originada en la situación o condición humana y expresada en términos de impulsos o necesidades sociobiológicas o práctico vitales y existenciales cuyos imperativos de satisfacción se encontrarían a la base de toda experiencia sociopsicogenética. Nuevo principio “energético” que estaría más en consonancia con la propia evolución de la teoría freudiana de Eros y el principio de muerte, por la que el mecanicismo fisiologista sería sustituido, aunque sólo parcialmente, por una visión más bien vitalista, en que las fuerzas fundamentales de la vida, y su opuesto la muerte, se instituirían en fuerzas primigenias que motivan al ser humano (Fromm, 1974/1977).

La energía así es vista como un conjunto de impulsos o tendencias dirigidos hacia la satisfacción de necesidades, que serán conceptualizadas en términos de carencias con respecto a estándares biológicos, existenciales y socioculturales de funcionamiento, por lo que los impulsos a ellas asociados podrán catalogarse en orgánicos, existenciales y socioculturales, constantes los dos primeros, variables estos últimos.

Con respecto a los impulsos constantes, el proceso de la evolución habría desarrollado gradualmente mecanismos físicos y químicos bien adaptados para lograr que el individuo y la especie se encuentren en las mejores condiciones de satisfacer sus necesidades o requerimientos de supervivencia, aun cuando su forma y dirección no fuesen ajenas a las contingencias socioculturales. A este nivel de necesidades, enraizadas en las condiciones de sobrevivencia, cabría mencionar “pulsiones orgánicas” (Fromm, 1974/1977) como el hambre, la sed y los procesos metabólicos (micción, defecación), sexo, evitación de frío y calor, evitación del dolor, sueño y fatiga.

Pero para Fromm, a nivel de las necesidades e impulsos constantes, no solo actúan esos enraizados en las condiciones de su sobrevivencia biológico constitucional animal, sino también otros que derivarían de las peculiaridades, también constantes, de la condición existencial y social humana.

A este nivel de necesidades, en que no sería posible identificar una base orgánica específica, mencionará Fromm las necesidades de relación, trascendencia, arraigo, identidad, y orientación y devoción (1955/1985), algunas de las cuales serán parcialmente modificadas en trabajos posteriores (1974/1977), y, como las pulsiones orgánicas, resultarían universales, constantes e imperativas, aunque el modo y grado de su

satisfacción/frustración, y con ello el tipo de orientación caracterológica que determina las acciones, sentimientos y pensamientos, en general las formas de interacción con el mundo y los demás que establezca la persona eventualmente, resultarían socioculturalmente contingentes, en la medida en que están determinados por las condiciones históricas en que se despliega la existencia humana.

La regulación de la energía incluirá entonces el control de la actividad tanto a través de la estructura orgánica como de “determinaciones intencionistas” (Madsen, 1967), determinada por estructuras nervioso-mentales que pueden ser parcialmente innatas y parcialmente adquiridas

Tanto a un nivel orgánico como existencial, cuando las necesidades sean bloqueadas o cuando surja un conflicto entre necesidades, se producirá una desorganización de la condición del individuo.

El carácter de una persona no sería ya el resultado de un determinismo sexual ni correspondería a la estructuración de las ansias de la libido a resultas de las experiencias de vida, sino de la interacción dinámica del sistema hombre y el sistema sociedad en que vive, y correspondería a la forma relativamente estable en que la energía psíquica se canaliza y estructura en los procesos de satisfacción de las necesidades de sobrevivencia práctico-vital y existencial, denominadas por Fromm como de asimilación y de socialización (Fromm y Maccoby, 1970/1974), de manera acorde con las exigencias de funcionamiento del orden sociocultural.

En Anatomía de la destructividad humana, Fromm resumirá su concepto del carácter en términos de

sistema relativamente permanente de todos los afanes no instintivos mediante los cuales el hombre se relaciona con el mundo humano y el natural. Es un sistema sustituto del sistema instintivo animal, una segunda naturaleza humana. Lo que todos los seres humanos tenemos en común son las pulsiones orgánicas (aunque modificadas por la experiencia) y las necesidades existenciales. En lo que difieren es en los géneros de pasiones dominantes en sus respectivos caracteres. Estas diferencias se deben en gran parte a las diferencias en las condiciones sociales, aunque las disposiciones genéticas también influyen en la formación del carácter, de donde se colige que las pasiones radicadas en el carácter son una categoría histórica mientras que los instintos, son una categoría natural (1974/1977, p. 231).

Sobre el presupuesto de la estructuración relativamente permanente de dicha energía a consecuencia de factores de orden externo o contingente, en particular socioeconómico y cultural.

Si bien el modelo freudiano supone la dinámica instintiva en función de las influencias que sobre ella ejercen las experiencias de vida, en particular, las de la primera infancia, prevalece en éste una concepción de sistema energético cerrado, según el cual el ser humano nace con un montante fijo de energía libidinal, cuyas vicisitudes están en lo fundamental determinadas por la dinámica fisiológica interna.

Fromm criticó este mecanicismo fisiologista freudiano y contrapuso un modelo del ser humano como un sistema abierto de energía, cuya dinámica estaría en función de los intercambios con el entorno, en particular de orden socioeconómico y sociocultural.

En *La caracterología psicoanalítica y su pertinencia para la psicología social* (1932/1972^a), postuló la formación y desarrollo de una estructura libidinal como organización de los impulsos humanos en función de los influjos del entorno, en particular socioeconómico, sobre las vicisitudes libidinales.

En este texto afirmó que:

La base general de la caracterología psicoanalítica consiste en considerar ciertos rasgos de carácter como sublimaciones o formaciones reactivas de ciertos impulsos instintivos de naturaleza sexual (p. 202).

El presupuesto básico aquí es la labilidad de las pulsiones sexuales en su interacción con los factores del entorno, y la formación y desarrollo de una estructura libidinal en función de tal interacción.

Esta estructura libidinal o sistema de carácter, surgiría de la impronta del entorno sobre la energía psíquica, en particular, no únicamente si consideramos la alusión a factores de índole ecológica y demográfica como clima, geografía y densidad demográfica, de los factores de orden socioeconómico y sociocultural de ese entorno.

En *El dogma de Cristo* (1930/1976) Fromm analizó como las condiciones socioeconómicas actuarían sobre la libido de las personas y éstas en consecuencia producirían ciertas creencias religiosas; de igual manera los cambios en su situación económica y condición social explicarían los cambios en tales creencias.

Pero más que de las propiedades del entorno material de vida, lo que los seres humanos son dependería de las vicisitudes de su propia actividad en dicho entorno, del devenir de su existencia en las condiciones del mismo, de las peculiaridades de sus experiencias vitales.

El individuo, en tanto ser humano, tiene que proveer sus necesidades materiales y asegurar las necesidades de supervivencia del grupo en términos de procreación y protección de la descendencia; asimismo, debe relacionarse con otros de su especie o enloquecer,

y lograr la expresión de su potencial mediante el uso activo de sus poderes físicos, afectivos e intelectuales.

Y, dependiendo la satisfacción de sus necesidades de la naturaleza específica de las condiciones económicas de una sociedad, sería en relación a ellas, a su viabilidad y vicisitudes, que se estructura el carácter humano.

Ya para 1947, en *Ética y Psicoanálisis* (1985), el énfasis en la consideración del entorno en términos de condiciones socioeconómicas parece haberse desplazado hacia un mayor énfasis en su consideración en términos de condiciones culturales, esto es, el carácter social sería considerado más en términos de la estructura caracterológica común a los miembros de una cultura que de una clase social, sin que ello implicase que una excluya a la otra. Una perspectiva que ya se había anunciado hacia 1934 con la publicación de *La teoría del derecho materno y su pertinencia para la Psicología social* (1972), en que discutió las teorías de Bachofen sobre las sociedades matricéntricas.

Sobre el presupuesto de la naturaleza social de dicha estructuración a consecuencia del carácter colectivo que presentarían las contingencias socioeconómicas y culturales.

En tanto que los individuos de un grupo social determinado han de compartir experiencias similares, compartirán entonces también una estructura caracterológica similar, que es a lo que Fromm denominó carácter social.

A diferencia del carácter de un individuo en específico, que alude a la totalidad de rasgos que en su configuración constituye la estructura de su personalidad, el carácter social comprendería tan sólo una selección de tales rasgos, a saber

el núcleo esencial de la estructura del carácter de la mayoría de los miembros de un grupo; núcleo que se ha desarrollado como resultado de las experiencias básicas y los modos de vida comunes del grupo mismo (Fromm, 1941/1998, p. 263).

De aquí que la tarea de una psicología social analítica sería la de comprender y explicar “los rasgos psíquicos comunes a los miembros de un grupo... su conducta libidinosa y en gran medida inconsciente, en términos de su estructura socioeconómica” (Fromm, 1932/1972b, p. 174-175) y condiciones socioculturales comunes (Fromm y Maccoby, 1970/1974).

Sobre el presupuesto del influjo circular o transaccional entre tales contingencias y la energía así estructurada.

Entre la estructura anímica y las condiciones socioeconómicas y socioculturales se daría un proceso de adaptación dinámica de aquella a éstas.

Esto supone que los seres humanos, movidos por sus necesidades e impulsos provocan cambios en las condiciones socioeconómicas y socioculturales, las que a su vez modifican la estructura de necesidades e impulsos o matriz caracterológica socialmente prevalente.

Las necesidades e impulsos constituirían unas fuerzas que se objetivan en la realidad socioeconómica y sociocultural exigiendo de ésta la creación de nuevas formas que acaben con las viejas tensiones. La realidad sociocultural a su vez, satisfaría unas, reprimiría o modificaría, e incluso favorecería la emergencia de, otras, cristalizando en estructuras anímicas histórica y socioculturalmente predominantes.

La estructura anímica, en tanto efecto de compromiso entre la naturaleza humana y la estructura socioeconómica y cultural de una sociedad, constituiría el medio a través del cual la economía y la cultura ejercen su influencia sobre las manifestaciones intelectuales y mentales humanas, y, en tanto la estructura socioeconómica y sociocultural mantengan su equilibrio, también lo haría la estructura anímica, tesis de la función social del carácter, mas, con el crecimiento de las contradicciones y conflictos objetivos, también se desestabilizaría la estructura anímica, para dejar de ser “cemento” y devenir en “dinamita” de las estructuras socioeconómicas, políticas y socioculturales.

Sobre el presupuesto de las variaciones plausibles de estructuración de la energía humana en sus transacciones con los factores contingentes del entorno.

Ahora bien, a pesar de la variabilidad de las contingencias de trabajo e interacción en que se estructuraría la energía humana en la procuración de satisfacción de sus necesidades práctico vitales y existenciales, Fromm postuló que en tal lucha por la vida y el reconocimiento de los demás, el ser humano sólo cuenta con unas cuantas opciones fundamentales reductibles en último término a los modos productivo e improductivo de satisfacción de necesidades y de relación con los demás.

De acuerdo con Fromm, en su lucha por la sobrevivencia el ser humano puede obtener lo necesario, o bien tomándolo por la fuerza, o bien esperando pasivamente que éste se le dé, o bien acumulando cuanto posee, o bien produciéndolo con su propio esfuerzo.

Asimismo, en cuanto ser social, al ser humano solo le quedaría relacionarse con los demás aglutinándose, extrañándose o diferenciándose, éste último único modo de relación propiamente productivo.

Para Fromm estas opciones constituirían tendencias o tipos ideales, siendo el carácter de un individuo la resultante de una permutación específica de tales tendencias y en especial del peso del factor productividad en dicha combinatoria, presupuesto éste último, que será objeto de discusión en la segunda parte de este trabajo.

En síntesis, presupuesto medular en la teoría del carácter social es el de la existencia de una energía individual que, como una serie de disposiciones corporales y mentales, impulsa al organismo o individuo en una determinada dirección o finalidad, cuyas modalidades de expresión y grados o niveles de satisfacción/frustración configuran las variantes de orientación caracterológica o modalidades características de interacción con el mundo y los demás. Modalidades de expresión que, en tanto se estructuren de manera relativamente constante en función del influjo circular o transaccional que se efectúa entre sus disposiciones subyacentes y las condiciones de vida, particularmente socioeconómicas y socioculturales, configurarán la matriz social del carácter de quienes comparten dichas condiciones.

SEGUNDA PARTE:
LOS FUNDAMENTOS ONTOLOGICOS DE LA TEORIA DEL
CARACTER SOCIAL: NATURALEZA HUMANA Y
PRODUCTIVIDAD

En esta segunda parte se profundiza en los fundamentos ontológicos de la teoría del carácter social, en particular en los conceptos de naturaleza humana y productividad. Primeramente se aborda y discute la validez y actualidad de la tesis sobre la especificidad existencial de la condición humana con respecto a aquella enraizada en la sobrevivencia biológico-constitucional animal, así como con aquella considerada contingente o de naturaleza sociocultural, e incluso con respecto a los retos que suponen los avances biotecnológicos y telemáticos recientes. Luego se analiza y evalúa la noción de productividad como eje en los modos de afrontamiento y resolución de necesidades e impulsos de índole constitucional, existencial o sociocultural, en particular en lo relativo a sus fundamentos marxistas y judeocristianos, su potencial heurístico y su pertinencia ético-política.

De La Naturaleza Humana y sus Constantes Existenciales

Quizá el aspecto más discutible de la teoría del carácter social resulta del presupuesto de que éste surge de la acción recíproca de las diversas condiciones socioeconómicas y socioculturales y las biológicamente dadas de la existencia humana (Fromm, 1974/1977), tesis que necesariamente remite a la cuestión de cuál sería la naturaleza de esas condiciones biológicamente dadas de la existencia humana, y cómo habría que entender ese influjo recíproco de lo socioeconómico y sociocultural y lo biológico, cuestión que Fromm retrotrajo al asunto más general acerca de la especificidad o singularidad de la naturaleza humana.

Una cuestión que las ciencias sociales contemporáneas, en particular los enfoques posmodernistas del construccionismo social, el deconstructivismo y los estudios culturales, han procurado resolver en términos del relativismo contingente, heredero de la doctrina de la tabla rasa (Pinker, 2003), y según el cual:

las naturalezas individuales son meramente el material indeterminado que el factor social moldea y transforma. Su contribución consiste exclusivamente en unas actitudes muy generales, en unas predisposiciones vagas y, por consiguiente, plásticas (Durkheim, 2000, p. 106).

Inspirados en estas premisas, autores como Clifford Geertz (2000), han afirmado que, aparte de algunas capacidades rudimentarias, que por lo demás sólo pueden cristalizar en el mundo social en que se manifiestan, no existe una naturaleza humana, todo el contenido mental y la mayor parte de sus capacidades serían de origen cultural; aparte de unos pocos y rudimentarios mecanismos de aprendizaje, todo sobre la mente y el comportamiento resultaría una construcción social, por lo que diversas culturas producirían diferentes mentalidades.

Como resultado ineludible de este razonamiento, el relativismo cultural ha impuesto sus premisas en las ciencias sociales y la búsqueda de leyes generales ha sido abandonada; el relativismo cultural se ha convertido en relativismo epistemológico (Derksen 2010).

Por el contrario, Fromm insistió en que la naturaleza humana no sería infinitamente maleable, biológica y mentalmente gozaría de una especificidad que signa su existencia más allá de toda contingencia sociocultural e histórica, y que en tanto tal especificidad se expresa como dicotomía fundamental existencial, demandaría de esas contingencias algún tipo de resolución. Esos modos contingentemente diversos de resolución se manifestarían en impulsos, afanes, pasiones o rasgos de carácter “no instintivos mediante los cuales el hombre⁷ se relaciona con el mundo humano y animal” (Fromm, 1974/1977, p. 231).

En este capítulo se aborda y discute la validez y actualidad de este supuesto sobre la especificidad existencial de la condición humana que, forjada en el interjuego de condiciones biológicamente dadas y el influjo de fuerzas socioeconómicas y socioculturales, constituiría el soporte sobre el que ha de erigirse el carácter humano; supuesto que en su complejidad articula varias premisas que conviene distinguir por los problemas diversos de precisión conceptual, argumentación y evidencia que conllevan, aunque a condición de no perder su coherencia interna y carácter sistemático o de modelo teórico (Campos Santelices, 1982) que también suponen:

⁷ Llama la atención que Fromm, uno de los primeros psicoanalistas en destacar el lugar del género y el problema del patriarcado en la configuración sociocultural y del psiquismo (1934/1970d), resultara tan omiso respecto al problema del uso del masculino “hombre” como genérico de la especie e incluso de sus manifestaciones individuales. En esta cita hemos de entender el calificativo como expresión del ser humano en su individualidad.

- i. la existencia de una naturaleza humana o más propiamente de una condición universal que la identifica
- ii. la descripción de dicha naturaleza o condición en términos de dilemas existenciales que deben ser afrontados o resueltos
- iii. la posibilidad de derivar, a partir de dichos dilemas, un conjunto de necesidades o imperativos existenciales de resolución.
- iv. La especificidad de dichos dilemas y necesidades o imperativos existenciales con respecto a aquellos otros enraizados en la sobrevivencia biológico-constitucional animal, así como con respecto a aquellos considerados contingentes o de naturaleza sociocultural.

El capítulo cierra con una reflexión en torno a los retos que los impresionantes avances de la biotecnología y la teleinformática suponen a esta tesis de la naturaleza humana y sus constantes existenciales, sustrato ontológico en la teoría del carácter social.

En Busca de una naturaleza humana

Fromm nos habla de una doble naturaleza humana, una general, identificada en términos de necesidades o impulsos constantes o fijos, la otra, variable, en términos de impulsos o pasiones relativos o contingentes, resultado de las peculiaridades de la estructura socioeconómica y sociocultural en que se halla inmerso el ser humano.

Pero a su vez, en el nivel de las necesidades constantes, es preciso distinguir dos subsistemas: uno enraizado en las condiciones de su sobrevivencia biológico-constitucional animal, que Fromm identificó como fisiológico y neurofisiológico, el otro,

sociobiológico, cuya especificidad descansaría en las peculiaridades constantes de su situación existencial y social.

El primero no pareciera ofrecer mayor dificultad, en tanto remite a los mecanismos biorreguladores internos y las pautas instintivas necesarias para el funcionamiento vital humano, pero ¿y el segundo? ¿Qué es precisamente lo que Fromm quiso dar a entender con situación existencial o sociobiológica? ¿Qué lo distinguiría del sistema de necesidades variables o socioeconómica socioculturalmente contingentes? ¿Qué relación guardaría esta situación o condición con aquel subsistema responsable de su sobrevivencia biológica y constitucional? ¿Es que acaso puede hablarse de una naturaleza humana, en un sentido no filogenético y que trascienda lo anatómico y neurofisiológico?

Para avanzar en la resolución de esta cuestión acerca de la presunta especificidad existencial de la condición humana con respecto a una naturaleza biológica animal en general, es preciso detenernos un poco más en la aparentemente más cristalina condición de las necesidades e impulsos enraizados en la sobrevivencia biológico-constitucional animal, aclararnos sobre sus propiedades y su lugar en la organización práctico-vital humana (Harré, 1982) y su posible articulación-diferenciación-oposición con aquellas otras necesidades e impulsos considerados de naturaleza existencial, pero también con respecto a aquellos considerados contingentes o de naturaleza socioeconómica y sociocultural.

De las constantes y determinantes biogénicas de la naturaleza humana.

El principal referente de las tesis frommianas sobre los determinantes biogénicos del comportamiento humano lo constituyen las teorías instintivistas sustentadas por Sigmund Freud y el etólogo alemán Konrad Lorenz.

Con base en su crítica, Fromm estableció una división entre impulsos o necesidades orgánicas, biológicamente adaptativos y orientados a la sobrevivencia animal y humana, y necesidades no orgánicas, genéticamente no establecidas y orientadas a la sobrevivencia anímica y al desarrollo psicosocial y cultural, que sin embargo, como aquellas, resultarían constantes a la condición humana.

Pero, si bien no siempre consistentemente, en su crítica a Freud y Lorenz, Fromm tomó distancia de las hipótesis instintivistas en la definición de las mismas necesidades orgánicas, biológicamente adaptativas.

Con base en la neurofisiología de los 60 del siglo pasado y desde una heurística más bien holístico-emergentista que la mecánico-elementarista que inspirara las tesis instintivistas, Fromm se refirió a estas constantes biogénicas del comportamiento humano y animal en términos de reacciones a situaciones del estado total físico y social, más que a la presión instintiva de algún impulso aislado.

Esta perspectiva lo llevó a defender la tesis de una especificidad de la especie humana ya a niveles morfológicos, anatómicos, fisiológicos y neurológicos, que lo distinguirían física y mentalmente de los demás homínidos así como del resto de los animales.

De la fisiología destacó que conforme avanzamos en la escala evolutiva, más complejo es el sistema de necesidades y mecanismos de su resolución y adaptación al medio, menor es la importancia de las pautas de comportamiento estereotipadas estrictamente determinadas y programadas filogenéticamente y mayor el influjo modelador de las experiencias individuales e incluso sociales, en una suerte de contínuum que irá de los procesos metabólicos básicos a los complejos sistemas actanciales de sobrevivencia práctica y expresiva.

En favor de esta tesis, citó al neurofisiólogo Robert B. Livingston (Fromm, 1970/1974), para quien:

Some goal-seeking systems at the molecular level can be identified by physical-chemical techniques. Other goal-seeking systems at the level of brain circuitry can be identified by neurophysiological techniques. At each level, part of these systems are concerned with the appetites and satisfactions that govern behavior. All of these goal-seeking systems originate in and are intrinsic to protoplasmic materials. Many such systems are peculiarly specialized and are located in particular nervous and endocrine systems. Evolutionarily elaborate organisms possess appetites and satisfactions, not only to fulfill vegetative needs; not simply for the obligate cooperations required for sexual union, the rearing of young, and the safeguarding of food, family, and territory; not just for the adaptive behaviors essential to meet successfully the vicissitudes of environmental change; but also for extra energies, strivings and outreachings-the extravagances that go beyond mere survival (Livingston, 1967:500)⁸

⁸Algunos sistemas buscadores de fines en el nivel molecular pueden identificarse por procedimientos fisicoquímicos. Otros sistemas buscadores de fines en el nivel del circuito cerebral pueden identificarse por procedimientos neurofisiológicos. En cada nivel, algunas partes de estos sistemas se ocupan en los apetitos y satisfacciones que rigen el comportamiento. Todos estos sistemas buscadores de fines se originan en los materiales protoplasmáticos y son intrínsecos de ellos. Muchos de tales sistemas tienen una especialización peculiar y están situados en determinados sistemas nerviosos y endocrinos. Los organismos evolutivamente complicados poseen apetitos y tienen satisfacciones no solo para satisfacer las necesidades vegetativas; no sencillamente para las cooperaciones obligadas que requiere la unión sexual, la crianza de los hijos y la custodia del alimento, la familia y el territorio; no solamente a favor de los comportamientos adaptativos esenciales para afrontar venturosamente las vicisitudes del cambio ambiental; sino también para energías extras, para otros afanes y excesos: las extravagancias que van más

Y agregó Fromm:

El proceso de reducción creciente en la determinación del comportamiento por los instintos puede trazarse como un continuo, en cuyo extremo cero hallaremos las formas más bajas de la evolución animal y el grado más alto de determinación instintiva, que va decreciendo con la evolución y llega a cierto nivel en los mamíferos; sigue decreciendo con la evolución hasta los primates, e incluso aquí hallamos una gran diferencia entre los simios corrientes y los superiores, como han hecho ver Yerkes y Yerkes en su clásica investigación (R.M. y A. V. Yerkes, 1929). En la especie Homo la determinación instintiva llega a su punto más bajo (Fromm, 1974/1977, p. 228).

Estas formulaciones no distan en demasía de otras más recientes, según las cuales el peso de lo innato y lo adquirido en las estrategias de supervivencia parecen depender de la complejidad del organismo y la complejidad del ambiente, que en el caso humano y dada la variedad e impredecibilidad de los ambientes en que “hemos medrado, es evidente que hemos de basarnos en mecanismos biológicos de base genética y muy evolucionados, así como en estrategias de supervivencia suprainstintivas que se han desarrollado en la sociedad, se transmiten mediante la cultura y requieren, para su aplicación, conciencia, deliberación razonada y fuerza de voluntad” (Damasio, 2009, p. 150).

En cuanto a la neuroanatomía, resaltó Fromm el desarrollo del cerebro humano, en particular del neocórtex y su potencial de interconexiones interneuronales.

Reconoció la existencia de centros cerebrales como substratos de los impulsos y comportamientos más elementales necesarios a la supervivencia del organismo y la

allá de la mera supervivencia (R. B. Livingston, citado por Fromm, 1974/1975: 259).

especie, tales como la alimentación, la agresión y la fuga, así como la realización de comportamientos sexuales.

Estas reacciones estarían controladas por diversas regiones neurales del cerebro, tales como, en el caso del comportamiento agresivo, la amígdala, la parte lateral del hipotálamo, la materia gris, la circunvalación del cíngulo y el núcleo caudal: una estimulación eléctrica directa de alguna de las tres primeras zonas podría provocar la manifestación de comportamiento intensamente agresivo, mientras que la estimulación de alguna de las dos últimas, su inhibición. Ante la ausencia de estímulos específicos, internos o externos, las regiones activadoras e inhibidoras se mantendrían en un equilibrio mutuo relativamente estable, luego, sólo el trastorno de tal equilibrio activaría la manifestación de estas reacciones vitales a la sobrevivencia animal y humana (Fromm, 1974/1977).

La movilización de estas reacciones, filogenéticamente programadas, en las regiones cerebrales correspondientes, se produciría en función de las necesidades de sobrevivencia del organismo y la especie; resultarían, en fin, reacciones biológicamente adaptativas, y si bien en ellas intervendrían mecanismos cerebrales específicos, su debido funcionamiento dependería de la sincronización de muchos subsistemas complejos, debidamente equilibrados.

Este cerebro, como había establecido el médico y neuropsicólogo ruso Aleksandr Luria (1982) y corroborado la neurofisiología (Damasio, 2009) y las ciencias cognitivas más recientemente (Pinker, 2003), vendría a ser un sistema complejo compuesto de muchas regiones que interactúan; no sería un orbe amorfo ni homogéneo

sino modular, con muchas partes que cooperan para generar un pensamiento hilvanado o una acción organizada. Poseería unos sistemas diferenciados de procesado de información para aprender habilidades, controlar el cuerpo, recordar hechos, planificar para el futuro, conducirse según reglas sociales previamente aprendidas, y decidir sobre el plan de acción que pueda ser más ventajoso para su sobrevivencia (Damasio, 2009)

Esta capacidad cerebral habría sido, citando Fromm (1970/1974) nuevamente a Livingston

A product of evolution, just as are teeth and claws, but we can expect much more of the brain because of its capacities for constructive adaption. Neuroscientists can take as their long-range objective the understanding of the fullest potentialities of mankind in order to help humanity become more fully self-aware and to illuminate man's nobler options. Above all, it is the human brain, with its capacities for memory, learning, communication, imagination, creativity, and the powers of self-awareness, that distinguishes humanity (Livingston, 1967, p. 500)⁹.

En suma, y considerando los datos que estas ciencias aportan, en principio podría estarse de acuerdo con el presupuesto Frommiano de que el ser humano es “el primate que apareció en el punto de la evolución en que la determinación instintiva había llegado al mínimo y el desarrollo del cerebro al máximo” (Fromm, 1974/1977, p. 229), por lo que su comportamiento, aparte de unas cuantas reacciones elementales, habría estado muy poco predeterminado por su dotación genética, pareciendo así que biológicamente era el

⁹producto de una evolución, del mismo modo que los dientes y las garras; pero podemos esperar mucho más del cerebro a causa de sus capacidades para la adaptación constructiva. Los neurocientíficos pueden tener por objetivo de largo alcance el entendimiento de los potenciales más plenos del género humano para ayudar a la humanidad a tener mayor conciencia de sí misma y a iluminar las opciones más nobles del hombre. Por encima de todo, es el cerebro humano, con su capacidad de memoria, de aprendizaje, de comunicación, imaginación, creación y la facultad de tener conciencia de sí, lo que distingue a la humanidad” (Livingston, 1967, citado por Fromm, 1974/1977, p. 259).

más desvalido y frágil de todos los animales, aunque el extraordinario desarrollo de su cerebro, también genéticamente programado, vendría a compensar, hasta cierto punto, este déficit de su capacidad instintiva de reacción.

Ya a nivel de los impulsos y necesidades orgánicos, filogenéticamente programados, entonces, Fromm distinguió aquellas actividades de sobrevivencia que, como el comer, responden a procesos internos del metabolismo que llevan a cambios fisiológicos que acaban por estimular el comer sin ningún cambio ambiental, de aquellas otras que, como la actividad agresiva, estarían en función de la situación del entorno y no de cambios metabólicos internos.

Luego, contrario a sus propias tesis sobre la división entre las pulsiones orgánicas y las existenciales, ya en este nivel de las necesidades orgánicas, cabría distinguir entre aquellas que resultan características de los procesos metabólicos y aquellas otras más propiamente biológicas, caracterizadas por la reacción del organismo en situación y que aún serían comunes a humanos y demás animales en su lucha por la sobrevivencia.

En consecuencia, más que un modelo ternario en el que entre unas decrecientes condiciones biogenéticas y otras crecientes condicionantes socioculturales se erigirían unas determinantes existenciales, se deja entrever un modelo en espiral en el que la creciente complejidad evolutiva conllevaría un decremento de los patrones fijos de reacción mecánica sustentados en los sistemas de reducción de la tensión, en pos de una creciente flexibilización y apertura a la experiencia acompañada del surgimiento de propiedades emergentes que darían cuenta de esas “extravagancias que van más allá de la

mera supervivencia” y que Fromm describió como necesidades existenciales de interés vital.

Pero entonces, ¿en que se distinguirían esas necesidades biológicas, en particular la sociobiológicas de aquellas que definen la condición existencial humana?

Fromm no fue nada preciso a este respecto y menos coherente, tendiendo a identificar su perspectiva heurística como orientación sociobiológica (1990/1992) e incluso identificando las necesidades sociobiológicas con aquellas que consideraba caracterizarían la condición existencial humana (Fromm, 1991/1993); no obstante, destacó también en algunas de sus obras diferencias sociobiológicas y existenciales específicas que permiten procurar respuesta a esta interrogante.

En Anatomía de la destructividad humana (1974/1977), refiriéndose a las bases neurofisiológicas de la agresión, afirmó que, si bien el ser humano y los demás animales comparten un equipamiento neural similar, el cerebro humano, con su gran neocórtex, y su número enormemente mayor de conexiones neurales, conduciría a expresiones de la agresión específicas con respecto al resto de los animales.

Las razones de tal especificidad descansarían, según Fromm, en ciertos rasgos distintivos de la actividad humana, resultado de esa mayor complejidad evolutiva fisiológica y neuroanatómica ya señalada.

Si bien es común al ser humano y el resto de animales, en particular mamíferos, estar equipados con un cerebro programado filogenéticamente para movilizar impulsos y comportamientos elementales necesarios a la supervivencia, en particular los asociados a

los mecanismos de alimentación, lucha, huida y realización de actividades sexuales, y aunque no escasean, con todo y que estas tendencias innatas actuarían menos rígidamente en el ser humano y estarían muy matizadas socioculturalmente, evidencias de que se encuentra filogenéticamente preparado para actuar motivado por tales tendencias, mientras el comportamiento animal respondería básicamente solo a estímulos directamente perceptibles e inminentes y sin poder abstraerse de éstos, el homínino no solo reaccionaría a la impresión directa de la situación externa sino también a sus reminiscencias, abstracciones y expectativas.

Pero además de actuar según sus reminiscencias y previsión de eventos futuros, el ser humano sería sujeto de persuasión de eventualidades sin mayor fundamento: si un gobierno u otra instancia social puede hacer creer a la población que está en peligro, la reacción biológica normal se movilizaría contra la amenaza aunque los intereses fuesen muy otros como controlar fuentes energéticas o acceder a mano de obra más barata, razones que difícilmente movilizarán a más allá de algunas minorías.

Finalmente, y lo más importante, mientras la gama de intereses animales, incluso los más complejos, se mantendría dentro del marco de las necesidades biológicas, de sobrevivencia onto y filogenética, por lo que su comportamiento podría estimarse fundamentalmente como córtico-subcortical, la gama de intereses vitales humana sería extraordinariamente más amplia, no forzosamente relacionada con motivaciones biológicas: El ser humano debe sobrevivir no solo física sino psíquica y simbólicamente. Todo aquello que atente contra su sentido de orientación, significación e identidad lo

vivenciará como una amenaza a sus intereses vitales, incluso a riesgo de su integridad y sobrevivencia biológicas.

Pero estas consideraciones lo que resaltan fundamentalmente sería la especificidad, o si se prefiere mayor complejidad, sociobiológica humana respecto a la animal, no la existencial respecto a la sociobiológica, pues a pesar de la alusión a la existencia de intereses que trascenderían las motivaciones estrictamente biológicas, se refirió a la libertad como un interés biológico capital humano, y aún más, extensible al animal como lo muestra su conducta en cautiverio, y a la inversa, considerando la destructividad como una motivación exclusivamente humana, producto del efecto civilizatorio, reconoció sin embargo expresiones casuales de ésta en los animales cuando su entorno, o estructura social en aquellas especies de vida en grupo, se veían seriamente perturbados, como en el caso, nuevamente, de la vida en cautiverio (Fromm, 1974/1977).

Con todo, en lo que sí insistió Fromm como algo específicamente humano fue en que su desarrollo cerebral, si bien implicaba el surgimiento de la inteligencia instrumental como medio de sobrevivencia, rasgo compartido con el resto de homínidos, como lo hiciera ver el psicólogo alemán Kurt Koffka (Vuygotskij, 1985), también conllevaba la razón y capacidad reflexiva o conciencia de sí, lo que complicaba su naturaleza social, compartida con los otros primates, y lo lanzaba a esos grandes dilemas existenciales que creía caracterizan la condición humana: encarar la soledad, impotencia y finitud que las nuevas facultades harían patente, y procurarse un sentido de vida o marco de orientación y devoción que permitiese su apaciguamiento.

Escribió Fromm:

“El hombre es el único animal que no sólo conoce los objetos sino que sabe que los conoce. Es el único animal que no sólo tiene inteligencia instrumental sino razón, capacidad de aplicar su pensamiento a la comprensión objetiva, o sea a conocer la naturaleza de las cosas tales y como son en sí y no sólo como medio para su satisfacción. Dotado de conciencia de sí y de razón, el hombre sabe que es un ser aparte de la naturaleza y de los demás; comprende su impotencia y su ignorancia, y tiene conciencia de que su fin será la muerte” (Fromm, 1974/1977, p. 229).

Teniendo conciencia de sí comprendería sus limitaciones y aciago destino, así como sus anhelos sin fin; su existencia se erigiría en un problema al que ha de buscar solución y que no puede obviar.

Sería esta problemática surgida de la dicotomía entre sus limitaciones orgánicas y su capacidad racional lo que al parecer de Fromm definiría la índole esencial de la naturaleza humana y generaría ciertas necesidades comunes a todos los seres humanos y cuya satisfacción resultaría necesaria “para que el hombre se mantenga sano, del mismo modo que es necesaria la satisfacción de las pulsiones orgánicas para que se mantenga vivo” (Fromm, 1974/1977, p. 231).

Sin embargo la satisfacción de tales necesidades existenciales estaría en función de las contingencias socioculturales, que determinan diversos modos de tal satisfacción, aunque también lo estaría la satisfacción de las necesidades más práctico-materiales de sobrevivencia y reproducción.

Esos diversos modos se manifestarían en pasiones o rasgos integrados en sistemas de carácter, y el carácter sería la vía relativamente permanente por la cual el ser humano se conduce en la supervivencia y la autoexpresividad estructuradas en el proceso de socialización.

Estas apreciaciones generales parecen ser consistentes en algunos de sus aspectos básicos, no en todos, con los avances más recientes de la biología evolutiva, la neurofisiología, la genética conductual, las ciencias cognoscitivas y la psicología evolucionaria.

Para empezar, estas ciencias comparten la tesis de la existencia de una naturaleza humana en términos de “una dotación de facultades cognitivas y emocionales que es universal para todos los miembros sanos de la especie homo sapiens” (Pinker, 2003, p. 216).

En correspondencia, los recientes avances de las neurociencias tienden a coincidir en la importancia capital que reviste el cerebro en todos los aspectos de nuestra vida mental (Pinker, 2003) y buena parte de la social (Damasio, 2009).

La evidencia humana... sugiere una relación estrecha entre una serie de regiones cerebrales y los procesos de razonamiento y de toma de decisiones...un subconjunto de estos...asociados con los comportamientos de planificación y decisión que se podrían colocar bajo la rúbrica «personal y social»...éstos además- desempeñan un papel importante en el procesamiento de las emociones (Damasio, 2009, p. 102).

Igualmente concuerdan en que dicha importancia del cerebro va aparejada con el nivel de complejidad evolutiva del organismo (Damasio, 2009).

Las neurociencias revelan también que el cerebro no es una tabla rasa, que sus pliegues y arrugas tienen una geometría reconocible cuya anatomía general -los tamaños, formas y conectividad de sus lóbulos y núcleos y el plano básico de la corteza cerebral- está configurada en gran medida por los genes en el desarrollo prenatal normal, en particular los circuitos y sistemas cerebrales evolutivamente más antiguos; geometría y cableado innatos,

cuyo papel principal es regular los mecanismos homeostáticos responsables de la supervivencia, pero que también participan de las funciones de las estructuras cerebrales evolutivamente más recientes características de la actividad adulta (Damasio, 2009), pudiendo tener consecuencias en el sentimiento, el pensamiento y la conducta en aspectos tales como las diferencias de inteligencia y el genio científico, e incluso la orientación sexual y la violencia impulsiva (Pinker, 2003).

Empero, a diferencia de la tesis emergentista frommiana de la naturaleza humana, en no pocas ocasiones con fuertes sesgos dualistas, las motivaciones prosociales y creciente flexibilización del comportamiento humano no son vistas por la biología evolutiva como expresión de una disminución de la dotación instintiva sino de cambios en las fuerzas selectivas que influyen en la regulación genética de la sincronización y que conllevan a un mayor aletargamiento de los procesos de maduración del desarrollo (Gould, 1977; McKinney & McNamara, 1991).

Contrario entonces a la tesis frommiana de la convergencia evolutiva entre un mínimo equipamiento instintivo y un enorme crecimiento del neocórtex para explicar la flexibilidad y plasticidad adaptativa humana, la biología evolutiva, señala el psiquiatra de orientación frommiana Mauricio Cortina (1996), recurre a los conceptos de heterocronía, neotenia e hipermorfosis para dar cuenta del crecimiento del neocórtex y la flexibilidad adaptativa como efectos del mecanismo de desarrollo retardado. En esta dirección, resulta fundamental el aporte de la Epigenética o estudio de los mecanismos que regulan la expresión de los genes, en la comprensión de la plasticidad del sistema nervioso central y el papel que las experiencias, particularmente tempranas, aunque no solo ellas dado el carácter heterocrónico del desarrollo humano, tienen en el *timing* y naturaleza de la

expresión de los genes sobre la corticogénesis o desarrollo de la corteza cerebral (Zhang & Meaney, 2010).

En consecuencia, en la medida en que nos desarrollamos del período prenatal a la edad adulta, el diseño de las circuiterías cerebrales que representan nuestro cuerpo en evolución y su interacción con el mundo no sólo dependerá de la acción de circuiterías biorreguladoras innatas sino también de las actividades a las que el organismo se dedique (Damasio, 2006).

Así, el perfil predecible e impredecible de las experiencias humanas, generales e individuales, universales y particulares, tiene mucho que decir en el diseño de los circuitos, tanto directa como indirectamente, mediante “la reacción que desencadena en las circuiterías innatas y las consecuencias que tales reacciones tienen en el proceso global de la conformación de los circuitos” (Damasio, 1006, p. 137).

Y vendría a ser precisamente la dimensión universal de las reacciones que ese perfil de experiencias desencadena en las circuiterías innatas y sus consecuencias en el proceso global de la conformación de los circuitos, la que, en cuanto conjunto de experiencias propias de la condición humana en cualesquiera coordenadas espacio temporales, configure la especificidad de esa condición sobre la que ha de erigirse el carácter en sus variaciones contingentes generales, particulares e individuales.

Y en cuanto a la genética conductual, ésta ha contribuido en gran manera a establecer como los genes afectan la conducta:

todo el potencial para pensar, aprender y sentir que distingue a los seres humanos de otros animales reside en la información contenida en el ADN del óvulo fecundado ... unas pequeñas diferencias en los genes pueden conducir a grandes diferencias en la conducta. Pueden afectar el tamaño y forma de las diferentes partes del cerebro, a

sus conexiones, y a la nanotecnología que libera, une y recicla las hormonas y los neurotransmisores (Pinker, 2003, p. 80-81).

Y agrega el psicólogo experimental cognitivo canadiense Steven Pinker:

La importancia de los genes en la organización del cerebro normal se pone de relieve por las muchas formas que los genes no estándar pueden dar lugar a mentes no estándar... el autismo, la dislexia, el retraso en el lenguaje, los trastornos en el habla, la discapacidad para el aprendizaje, el hecho de ser zurdo, las depresiones graves, el trastorno bipolar, el trastorno obsesivo-compulsivo, la orientación sexual, y muchas otras situaciones que se dan en las familias se repiten más en los gemelos univitelinos que en los bivitelinos, los predicen mejor los parientes biológicos de las personas que sus parientes de adopción, y se pueden predecir poco por cualquier característica apreciable del entorno (p. 82).

Para Pinker, los genes serían los responsables de gran parte de la variedad de capacidades y temperamentos, e incluso rasgos de carácter o actitudes, que observamos en las personas que nos rodean:

Las pruebas confirman que los... gemelos univitelinos, separados o no en el momento del parto, se parecen... en casi todos los rasgos que se puedan medir... se parecen en la inteligencia verbal, matemática y general, en su grado de satisfacción vital y en rasgos de la personalidad como la introversión, la simpatía, las manías, la escrupulosidad y la actitud abierta a la experiencia. Tienen actitudes similares sobre cuestiones polémicas, como la pena de muerte, la religión y la música moderna. No solo se parecen en los test, sino también en conductas como ser jugador, divorciarse, cometer delitos, verse involucrados en accidentes y ver la televisión. Y muestran docenas de rasgos peculiares compartidos como el reírse incesantemente, dar unas respuestas interminables a preguntas sencillas, mojar tostadas con mantequilla en el café... los picos y valles de sus electroencefalogramas (ondas cerebrales) son tan parecidos como los de una misma persona registrados en dos momentos distintos, y las arrugas de sus cerebros y la distribución de la materia gris en las zonas corticales son también similares (2003, p. 83).

Unas conclusiones que dejarían poco menos que nada al papel del entorno, natural o social, del aprendizaje y de la experiencia, y que resultan contradictorias con las afirmaciones posteriores de este autor de que la mayoría de los efectos de los genes son probabilísticos y que sólo más o menos la mitad de la variación en muchos rasgos

psicológicos dentro de un entorno dado guardaría relación con los genes; que esa otra mitad podría variar en función del medio, como en el caso de las diferencias en tamaño y sabor de una misma variedad de trigo o de vid cultivadas en terrenos diferentes o el éxito social de tendencias genéticas humorísticas.

Y es que ¿cómo pueden hacerse este tipo de aseveraciones sobre el compartir actitudes religiosas, musicales, políticas, o experiencias como el divorcio e incluso prácticas como el ver televisión o mojar las tostadas en el café, y luego sencillamente afirmar que sólo más o menos la mitad de la variación de muchos de los rasgos psicológicos dentro de un entorno guarda relación con los genes?

Más consonantes con los presupuestos frommianos de la naturaleza humana resultarían las consideraciones del neurocientífico portugués Antonio Damasio (2009), para quien el genoma humano no especifica todas las estructuras del cerebro:

Hasta donde podemos decir, pues, hay muchos aspectos estructurales específicos que son determinados por los genes, pero otro número grande sólo puede ser determinado por la actividad del propio organismo vivo, a medida que se desarrolla y cambia continuamente a través de toda su vida (p. 134).

Consideraciones que resultan complementarias con las efectuadas líneas arriba a propósito de la epigenética y sus estudios acerca del influjo ambiental sobre la expresión genética en el comportamiento de los organismos.

Lo que sin embargo, es obvio, no resulta óbice para que los circuitos innatos preestablecidos participen de las actividades de las estructuras cerebrales más recientes y guiadas por la experiencia.

Y es que, para ser adaptativos, piensa Damasio (2006), los registros de la experiencia han de ser congruentes con las funciones de supervivencia, una congruencia que sería lograda merced a la influencia recíproca de los circuitos innatos y los modificados por la experiencia.

Así, si bien el establecimiento de disposiciones precisas reguladas por los sistemas y circuitos de las regiones cerebrales más recientes, se lograría por las vicisitudes de vida del organismo, ellas se encontrarían “complementadas y limitadas por la influencia de los circuitos relacionados con la regulación biológica, que se hallan establecido de manera innata y precisa” (Damasio, 2006:136).

En fin que con los descubrimientos de la genética y las neurociencias de nuestros días, aunque quizá poco propicios a la perspectiva sistémico-emergentista en general y a la tesis de la especificidad existencial humana en particular, se ofrecen indudablemente argumentos en favor de la hipótesis de una naturaleza y condición humanas específicas y en contra de la presunción relativista de la tabla rasa.

No se trata, por supuesto, -concluye Pinker con todo y su determinismo biogenetista- de una naturaleza que esté programada rígidamente, impermeable al input, ajena a la cultura, o dotada de las minucias de todos los conceptos y sentimientos. Se trata de una naturaleza que es lo bastante rica para asumir las exigencias de ver, moverse, planificar, hablar, seguir viva, comprender el entorno y negociar el mundo con otras personas” (2003, p. 160).

Más cercana con los presupuestos sistémico-emergentistas y existenciales de la teoría del carácter social resultarían las ciencias cognoscitivas, que dentro de sus principios básicos destacan que “Bajo la variación superficial entre las culturas puede haber unos mecanismos mentales universales” (Pinker,2003, p. 69), en consecuencia “...se puede

generar una variedad infinita de conducta mediante unos programas combinatorios finitos de la mente” (Pinker, 2003, p.67).

Se resalta aquí el carácter de plasticidad o maleabilidad de la conducta humana tan fuertemente defendido por los seguidores contemporáneos del ambientalismo y la tabla rasa, particularmente conexionistas, construccionistas y posestructuralistas, pero, contrario a estos, también se señala que tal maleabilidad no sería por completo arbitraria, por el contrario, obedecería a reglas y patrones, un conjunto fijo de mecanismos mentales capaces de generar una variedad infinita de conductas, un tipo de software que, como en el caso específico del lenguaje, consistiría, según Noam Chomsky, en una gramática generativa que, con base en unos pocos miles de sustantivos, a la manera de un sujeto, y de verbos a la manera de un predicado, sería capaz de generar millones de frases, facilitadas por las reglas de recursividad que el lenguaje dispone.

Y sería precisamente esta idea del software mental la que mejor fundamenta el principio de la existencia de mecanismos mentales universales bajo la superficie diversa de las variaciones culturales del comportamiento humano.

Volviendo nuevamente al ejemplo del lenguaje, si bien los seres humanos hablan unas seis mil lenguas mutuamente incomprensibles, las gramáticas generativas que las subyacen difieren mucho menos que las hablas que las caracterizan. De ahí que, según Chomsky, las gramáticas generativas de las diferentes lenguas serían variaciones de un patrón único o gramática universal.

Esta perspectiva sobre el lenguaje, y la comunicación, lo que postula entonces es que los aspectos más fundamentales de la comunicación humana constituirían

adaptaciones biológicas para la cooperación y la interacción social en general, mientras que las dimensiones más propiamente semióticas, serían construidas y transmitidas por las comunidades culturales en su diversidad. Así, mientras las diferencias culturales explicarían las variaciones individuales del lenguaje, la naturaleza humana explicaría su sustrato o software universal.

Y así como estos principios pueden explicar la variabilidad del lenguaje, también podrían explicar, han afirmado Vigotsky (1987), Pinker (2003) y Damasio (2009), otros tipos de variabilidad tales como la expresión de ciertos sentimientos, determinadas habilidades o competencias y modalidades de existencia que, resultando en nuestras culturas muy familiares, serían casi inexistentes en otras.

La cuestión es que, dada la dotación o el diseño de nuestros organismos, así serían las plausibilidades modales de afrontamiento y construcción que hacemos del mundo que nos rodea, y si diferente fuese ese diseño o dotación, diferentes también serían dichas plausibilidades.

En consecuencia, afirma Pinker, es posible que a diferencia de los que postulan la tesis de la diversidad comportamental para expresar sentimientos:

todos estemos equipados con un programa que, ante una afrenta a nuestros intereses o a nuestra dignidad, responde con un sentimiento desagradable y ardiente que nos lleva a castigar o a exigir una compensación. Pero qué se entienda por afrenta, en que situaciones pensamos que es permisible fruncir el ceño, y a qué tipo de compensación creemos tener derecho son cosas que dependen de nuestra cultura. Los estímulos y las respuestas pueden diferir, pero los estados mentales son los mismos, con independencia de que en nuestro idioma se pueden expresar perfectamente o no (Pinker, 2003, p.71).

Para este psicólogo cognitivo experimental,

la idea de la revolución cognitiva de que la mente es un sistema de módulos computacionales generativos universales elimina el marco en el que durante siglos se han planteado los debates sobre la naturaleza humana. Hoy es sencillamente un error preguntar si los seres humanos son flexibles o están programados, si la conducta es universal o varía entre las diversas culturas, si los actos se aprenden o son innatos, si somos esencialmente buenos, o esencialmente perversos. Los seres humanos se comportan flexiblemente porque están programados: sus mentes están equipadas con el software combinatorio que puede generar un conjunto ilimitado de pensamientos y de conductas. La conducta puede variar bastante entre las culturas, pero el diseño de los programas mentales que la generan no tiene porqué variar. La conducta inteligente se aprende con éxito porque poseemos unos sistemas innatos que realizan el aprendizaje. Y todas las personas pueden tener móviles buenos y malos, pero no todas pueden traducirlos a una conducta de la misma forma (Pinker: 2003, p. 74).

Interesantes conclusiones, que no solo distinguen entre proceso mental básico y reacción característica, sino también presupone especificidades biológico-humanas del orden de lo que Fromm entendía por constantes existenciales o “reacciones a determinadas condiciones en las que el hombre ha de satisfacer sus instintos” (Fromm, 1996, p. 15). ¿Hemos de asimilar tales constantes a estas especificidades? ¿Cuál sería su precio?

La respuesta a estas preguntas deberán esperar la posterior discusión sobre las implicaciones existenciales que conllevan estas tesis sobre la existencia y especificidad biogenética de una naturaleza humana, baste por el momento con la conclusión de que con lo hasta aquí expresado se nos esboza una idea de naturaleza humana que supera en mucho cualquier propuesta de tabla rasa o incluso de un sustrato biológico amorfo e indeterminado.

Y, en lo que respecta a la Psicología evolucionaria, ciertamente sus premisas nos llevan en vía directa a la problemática central de la naturaleza humana tal y como se plantea en la teoría del carácter social.

En la perspectiva de la Psicología evolucionaria se destaca que, como todos los seres vivos, el ser humano es resultado de la selección natural: “hemos llegado hasta aquí porque

heredamos unos rasgos que a nuestros ancestros les permitieron sobrevivir, encontrar pareja y reproducirse” (Pinker, 2003, p. 90).

Los signos del diseño evolutivo irían de la estructura de los órganos sensoriales a nuestros motivos más profundos, pasando por los circuitos de procesamiento e interpretación y predicción:

La mente se forzó en la competición darwiniana y un medio inerte habría sido superado por unos rivales equipados con una alta tecnología: con unos sistemas de percepción agudos, unos espabilados solucionadores de problemas, unos estrategias astutos y unos prácticos circuitos de retroalimentación (Pinker, 2003, p. 94).

Empero, en los aspectos sociales de nuestra vida mental, lo que resultaría adaptativo en nuestra vida cotidiana no necesariamente proviene de un rasgo favorecido por la selección natural en la historia evolutiva de la especie.

El ser monógamo o polígamo, afable o agresivo, cooperador o egoísta, indulgente con los hijos o severo, optimista o pesimista, serían rasgos del carácter que no están dados de por sí, y para que se manifiesten y evolucionen se requeriría de ciertas condiciones particulares.

En las sociedades de cazadores-recolectores en que evolucionaron los seres humanos, partes de la psique habrían evolucionado a principios muy predecibles dadas sus condiciones de vida: los signos de salud y fertilidad habrían tomado el lugar de la belleza, justo lo necesario para encontrar la mejor pareja (Derksen,2010); los sentimientos de simpatía, gratitud, culpa e ira habrían permitido que las personas se beneficiaran de la cooperación; la crueldad y la sed de venganza serían la mejor defensa contra la agresividad.

La conclusión es que sobre la base de la eficacia adaptativa de estos y otros mecanismos básicos universales, se habrían desarrollado variaciones culturales y psicológicas de segundo y tercer orden que signarían las variaciones socioculturales en la historia de la humanidad.

Siguiendo el principio de la existencia de estos mecanismos mentales universales bajo la superficie diversa de las variaciones culturales del comportamiento humano, la psicología evolucionaria (Keller, Lohaus, Kuensemueller et al., 2004,2005) ha propuesto que los seres humanos se encuentran equipados genéticamente con un repertorio universal de sistemas o componentes de crianza y mecanismos de interacción que constituirían la base sobre la cual se forman los diversos estilos parentales tempranos de crianza socioculturalmente mediados. Estos componentes de crianza y mecanismos de interacción habrían sido parte de la evolución de las estrategias reproductivas y podrían ser considerados cruciales en el modelamiento de las historias individuales de vida.

Ambos, los sistemas de crianza parental y los mecanismos de interacción, son considerados como descriptivos de la gama de experiencias infantiles durante sus primeros meses de vida, representando los diferentes contextos de compromiso parental con respecto a esfuerzo, tiempo, atención y tono emocional que dedican a sus bebés.

Según este enfoque evolucionario, es poco probable que solo un patrón adaptativo de relación parental-infantil haya evolucionado en el entorno de la adaptación evolucionaria. El modelo de componentes parentales de crianza propuesto supone además la posibilidad de articular a la vez propensiones universales y especificidades culturales de prácticas parentales de crianza.

Los sistemas de crianza parental son definidos por sets parentales de crianza particulares de comportamientos funcionalmente relacionados, donde los mecanismos de interacción moldearían el modo y estilo de estos comportamientos.

Cinco componentes independientes son los que se consideran relevantes en la producción de diferentes sistemas de comportamientos funcionalmente relacionados: cuidados primarios, contacto corporal, estimulación corporal, estimulación mediante objetos e intercambio cara a cara.

En cuanto a los mecanismos de interacción se identifican en referencia a la sensibilidad parental, principalmente materna ante las señales, en particular emocionales, positivas o negativas del infante.

Dentro de estos mecanismos se citan la atención: sus modos, que pueden ser exclusivos o compartidos, la calidez emocional y la contingencia de respuesta, ésta última en cuanto prontitud de la reacción a las señales infantiles.

La existencia universal de estos mecanismos indicaría una tendencia de las figuras primarias de crianza a responder en todas las culturas a las señales infantiles de maneras muy espontáneas y rápidas, lo que calificaría a estas respuestas como reacciones sociobiológicas intuitivas espontáneas, no actos cognitivos intencionales.

Si bien se reconoce el papel que las especificidades culturales desempeñan en el desarrollo psíquico, se concluye que tal diversidad no sería ilimitada y azarosa, sino parte de la condición humana y representaría la herencia evolucionaria, consistente en diferentes vías de desarrollo del sí-mismo basadas en programas genéticamente abiertos. Así, los

procesos propios de entornos específicos moldearían estilos comportamentales a partir de repertorios universales.

Esta visión implica que las fuerzas culturales y biológicas se encontrarían intrínsecamente interrelacionadas y que no sería posible su separación; que el infante no sería un recipiente pasivo de códigos culturales, sino que participaría activamente de los procesos de socialización, por lo que tales procesos podrían ser concebidos como sistemas dinámicos en los cuales las metas y prácticas culturales serían transformadas como parte de la transmisión intergeneracional.

También la teoría del carácter social, al tiempo que reconoce el papel que las especificidades socioculturales desempeñarían en el desarrollo psíquico, postula que sin embargo ello no supone una infinita maleabilidad contingente de opciones de desarrollo, pues dichas especificidades tendrían como contrapartida una condición humana, que al modo de un conjunto de impulsos o necesidades de orden biológico y existencial, resultado de la evolución homínida, condicionaría las posibilidades de mediación sociocultural del desarrollo psíquico.

Y si bien la psicología evolucionaria supone, desde una perspectiva epigenética, que los componentes de crianza y mecanismos de interacción encuentran algún soporte genético, mientras que el enfoque existencial frommiano, desde una perspectiva más propia del naturalismo biológico, presupone la especificidad y autonomía funcionales de dispositivos disposicionales emergentes similares, también resultado de los procesos evolutivos, los fundamentos sistémico emergentistas subyacentes a ambas propuestas, así como la carencia de identificación de dispositivos genéticos específicos a tales componentes y mecanismos,

ubicarían a ambas en un mismo plano fenomenológico o como aristas de una misma problemática.

Cultura y naturaleza humana

Rasgo distintivo de los seres humanos con respecto al resto de las especies animales, es el singular hecho de nacer en una cultura y, probablemente, no poder vivir sin ella.

Esta peculiaridad única, hace del ser humano un “homo culturalis” (Danesi y Perrón, 1999), caracterizado por su especificidad y capacidad conscientes, materializadas en la habilidad y disposición de pensar y planear reflexivamente, establecer relaciones sociales y poder sobrevivir a través de acciones inteligentes en diferentes hábitats y en condiciones ambientales extremas.

Las realizaciones de tal especificidad y capacidad conscientes, así como sus logros más significativos, más que codificados genéticamente, habrían sido culturalmente registrados y modelados a las nuevas generaciones.

La cuestión de qué es la cultura entonces, estaría en el meollo mismo de la comprensión sobre la naturaleza humana.

Esta, la cultura, definida por el antropólogo británico Edward B. Tylor hacia 1871 como “*a complex whole including knowledge, belief, art, morals, law, customs, and any*

other capability or habit acquired by human beings as members of society” (p. 1)¹⁰, se presenta como complemento y dispositivo potenciador de las competencias de sobrevivencia del homínido.

Sin ella, los seres humanos, ha dicho el antropólogo estadounidense Clifford Geertz, serían “*unworkable monstrosities, with few useful instincts, few recognizable sentiments, and no intellect*”¹¹(citado por Danesi y Perron, 1999, p. 9).

Pero esta afirmación de C. Geertz debería de haber contemplado el hecho de que entre la cultura y el organismo se yerguen los procesos de individuación y constitución de las estructuras subjetivas, o “carácter” en la terminología de Fromm, como efectivo dispositivo de sustitución y trascendencia del instinto, efecto y condicionante de los imperativos biológicos y su domesticación cultural.

Tampoco otros autores como los semiólogos europeos Marcel Danessi y Paul Perron (1999), a pesar de que han tomado en consideración las interrelaciones entre la Psicología y la Semiótica cultural, e incluso han aludido a algunas hipótesis sobre la naturaleza de las estructuras psíquicas y su lugar en la producción y comprensión de signos, han abordado esta cuestión, omisión que parece estar asociada con la tendencia a interpretar tales estructuras en términos de dispositivos biogenéticos, y únicamente han destacado la diferencia que Tylor habría establecido entre cultura y sociedad, entendiendo

¹⁰ ‘un todo complejo incluyendo el conocimiento, creencias, arte, moral, leyes, costumbres y cualquier otra capacidad o destreza adquirida por los seres humanos como miembros de una sociedad’

¹¹ ‘monstruosidades no funcionales con pocos instintos útiles, pocos sentimientos reconocibles y ningún intelecto’

por la segunda las manifestaciones espacio temporales de la cultura que forman y regulan la vida de los colectivos.

A este nivel sin embargo sí han reconocido el papel sociobiológico¹² de las relaciones sociales o de la vida en grupo, un papel que, como destacara ya Fromm (1974/1977), no solo distingue la vida social humana, y, como éste, han considerado que dichas relaciones trascienden la mera sobrevivencia.

Ahora bien, este doble carácter funcional de mecanismo de sobrevivencia y trascendencia habría dividido a los estudiosos de la cultura, pero, también a los de las estructuras sociales y del carácter, y en general a los de la naturaleza humana, en dos grandes campos: evolucionistas y relativistas.

Los primeros, con el naturalista y filósofo social británico Herbert Spencer (1820-1903) a la cabeza, han considerado a la cultura como una extensión de fuerzas biológicas¹³ y a las instituciones sociales como resultados de la selección natural (Spencer, 1896).

Los segundos, desde el filósofo y humanista francés Michel de Montaigne (1533-1592), han destacado el carácter constructivo de la cultura, el grado en que los pensamientos, hábitos, creencias y decisiones individuales serían resultado de las

¹² Es claro que este término se entremezcla, e incluso confunde, en Fromm con el de especificidad existencial humana, en tanto señala, más que dispositivos biogénéticos de sobrevivencia, condiciones sociales de vida que han de satisfacerse para la sobrevivencia colectiva, aunque en este caso no solamente humana.

¹³ Este carácter de extensión lo encontramos claramente expresado en S. Freud, en *El Malestar en la cultura* (1983), cuando afirmó “con la ayuda de todas sus herramientas, el hombre perfecciona sus órganos –los motrices así como los sensoriales- o remueve los límites de su operación” (p. 53).

convenciones lingüísticas, prácticas de crianza y costumbres de una cultura determinada (Montaigne, 2007) y no algo genéticamente programado.

Medular en esta segunda perspectiva ha sido la tesis sobre el carácter supraorgánico de la cultura, introducido por el antropólogo estadounidense Alfred Kroeber (1945) quien, negando que la conducta social pudiera ser explicada por las propiedades innatas de la mente, afirmó el carácter autónomo de la cultura respecto a las mentalidades individuales, y que la civilización empezaba sólo donde terminaba el individuo.

Ante el aparente capricho de la variación cultural, se concluye que la cultura es una entidad separada de los genes, los cerebros y la evolución, que imprime, sobre la tabla rasa de la experiencia humana, sus convencionales inscripciones.

Ya el sociólogo francés Emile Durkheim (2000) había adelantado esa posición sobre el carácter supraorgánico de la cultura en sus formulaciones sobre la especificidad de los hechos sociales, aunque dicha formulación contemplaba un sustrato individual de predisposiciones indeterminadas, genéricas y plásticas.

Esta misma concepción supraorgánica de la cultura actuando sobre un soporte informe y genérico, fue en lo substantivo asumida por lo más excelso de las representantes de la escuela culturalista estadounidense, Ruth Benedict y Margaret Mead, muy cercanas a Erich Fromm, y por neoevolucionistas como el también estadounidense Leslie White y el británico Ashley Montagu, en quienes sin embargo se habrían manifestado significativas inconsistencias respecto a las determinaciones instintivas y culturales en el comportamiento humano.

Así, en un mismo autor como Montagu encontramos aparentemente contradictorias frases como las siguientes: “el hombre es hombre porque no tiene instintos, porque todo lo que es y lo que ha llegado a ser lo ha aprendido, adquirido, de su cultura, de la parte del entorno hecha por el hombre, de otros seres humanos” (citado por Pinker, 2003, p. 51), y, en contraposición, pocas páginas después: “los estudios biológicos respaldan el principio de la fraternidad universal, ya que el hombre nace con el impulso hacia la cooperación y, si no se satisface tal impulso, tanto los hombre como las naciones enferman” (citado por Pinker, 2003, p. 54).

La primera tesis de la más clara factura supraorgánica, la segunda destacando una naturaleza humana, genotípica o existencialmente, bastante preestructurada, fiel a lo mejor de las hipótesis del buen salvaje que subyacen en los presupuestos frommianos sobre la naturaleza o condición humana, y una cultura más bien fenotípica que convencionalmente configurada.

Pero esas contraposiciones entre el carácter instintivo versus convencional de la cultura obviarían las múltiples interrelaciones etiológicas, funcionales y estructurales que cabe esperar entre uno y otro aspecto resaltado.

Etiológica y funcionalmente, porque la cultura descansa en unos circuitos neuronales que la hacen posible, desde las dotes innatas del lenguaje hasta los actos más insignificantes de aprendizaje cultural (Pinker, 2003).

Así un destacado antropólogo funcionalista como el polaco Bronislaw Malinowski fue claro cuando, a la vez que resaltó el carácter externo de la cultura, afirmó su función fenotípica o de regulador vital, sociobiológica o incluso existencial.

Afirman Danesi y Perron (1999), quienes sin embargo han resaltado en su obra el primer aspecto de la afirmación de Malinowski obviando el segundo:

Malinowski claimed that the signs, symbols, codes, rituals, and institutions that humans created, no matter how strange they might at first seem, had universal structural properties that allowed people everywhere to solve similar life problems. Marriage, for instance, was instituted to regulate sexual urges that could otherwise lead to overpopulation; economic institutions were founded to ensure the provision of sustenance; and so on (p. 9-10).¹⁴

Evidentemente la cultura tendría un origen directamente enraizado en las funciones sociobiológicas vitales y las capacidades específicamente humanas que iban evolucionando, e incluso algunas de sus expresiones protoculturales tales como la temprana utilización y posterior fabricación de herramientas y armas, la comunicación gestual y verbal no articulada, el desarrollo de complejas relaciones sociales, los largos períodos de inducción socializante de sus críos¹⁵ y el uso y producción del fuego, inducirían cambios antropomórficos¹⁶, genotípicos y funcionales en respuesta a las

¹⁴. *Malinowski afirmaba que señales, símbolos, códigos, rituales, instituciones que creó la especie humana, no importa que tan extraños hayan sido al principio, tenían propiedades universales que le permitían resolver problemas similares de vida. El matrimonio, por ejemplo, fue creado para regular las urgencias sexuales que de otro modo podrían conducir a la sobrepoblación; las instituciones económicas fueron fundadas para asegurar la provisión de sustento; y así”*

¹⁵ *piénsese en este interjuego que el propio bipedalismo, perfeccionado evolutivamente desde el australopithecus hasta el neanderthal y el sapiens, ha requerido aún de su modelamiento social como incluso queda puesto de manifiesto en los casos de Víctor de Aveyron o el español Marcos Rodríguez Pantoja.*

¹⁶ *El crecimiento ininterrumpido del cerebro a través de los estadios evolutivos del homínino estarían directamente entrelazados con estas expresiones protoculturales, en particular, según los mismos Danesi y Perron (1999), con los largos períodos de dependencia de los críos con respecto a los adultos y su estimulación por éstos.*

nuevas “condiciones culturales” que se generaban, pero paulatinamente los mecanismos biogénicos de sobrevivencia serían sustituidos por formas de sobrevivencia de carácter estrictamente cultural, que, solo ulteriormente habrían evolucionado hacia formas cada vez menos determinadas por los imperativos de sobrevivencia y más por las vicisitudes de la complejidad y dinámica sociocultural que iba emergiendo.

Solidaria con esta concepción resultan las tesis de Jürgen Habermas sobre las relaciones entre conocimiento e interés (1984), cuando postula como primera de ellas que “las realizaciones del sujeto trascendental tienen su base en la historia natural del género humano (p. 174). Y agrega

Esta tesis, tomada por sí misma, pudiera llevarnos a la errónea idea de que la razón del hombre es como las garras y los colmillos de los animales, un órgano de adaptación. Esto, ciertamente, lo es también. Pero los intereses histórico-naturales, a los que reducimos los intereses que guían al conocimiento, proceden a la par de la naturaleza y de la ruptura cultural con la naturaleza. Junto con el momento de imposición del instinto natural incorporan el momento de emancipación respecto de la coerción de la naturaleza. Ya al interés de la autoconservación, que parece ser algo tan natural, corresponde un sistema social, que compensa las deficiencias del equipo orgánico del hombre y asegura su existencia histórica contra una naturaleza que amenaza desde el exterior. Pero la sociedad no es solamente un sistema de autoconservación. Una seductora naturaleza, que está presente en el individuo como libido, se ha emancipado del círculo funcional de la autoconservación y presiona hacia una realización utópica¹⁷. A su vez, estas pretensiones individuales, que no armonizan de antemano con la exigencia de autoconservación colectiva, se las incorpora el sistema social. Por ello los procesos de conocimiento, que están inextricablemente vinculados a la formación de la sociedad, no pueden funcionar sólo como medio de reproducción de la vida: en la misma medida determinan ellos las definiciones de esta vida. La aparentemente desnuda supervivencia es siempre una magnitud histórica; pues se la mide por aquello a lo que una sociedad aspira como su vida buena. Mi segunda tesis por tanto, dice: el conocer es instrumento de la autoconservación en la medida misma en que trasciende a la mera autoconservación (p. 174-175).

¹⁷ Por cierto que la versión que ha hecho aquí Habermas de libido se aproxima más a las concepciones humanísticas frommianas de impulsos vitales que a la misma concepción mecánico-fisiológica de Freud sobre la libido.

Tales formulaciones condensarían una visión más bien dialéctico emergentista que antinómico relativista sobre el origen y dinámica del “homo culturalis” y el carácter subsecuente de la cultura, entendidos en términos de procesos de continuidad, discontinuidad y emergencia o subsunción.

Y a pesar del enfoque más bien relativista y supraorgánico que predomina en sus interpretaciones del paso de la evolución del homínino al homo culturalis, Danesi y Perrón, en sus consideraciones sobre “la tribu”, uno de los eventos a su parecer críticos en la aparición del homo culturalis, han llegado a afirmar que ésta constituiría un universal arquetipo de la psique humana, responsable de la razón por la que *“the tribu remains the type of collectivity to which human beings instinctively relate even in modern times”* (1999, p. 22)¹⁸

Una aseveración que, más allá de las diferencias en cuanto al mecanismo de origen, apunta en la misma dirección de las tesis frommianas acerca del arraigo y las relaciones sociales como necesidades existenciales o características de la condición humana.

Afirmó Fromm en *El miedo a la Libertad* (1941/1998):

Un elemento importante lo constituye el hecho de que los hombres no pueden vivir si carecen de formas de mutua cooperación. En cualquier tipo posible de cultura el hombre necesita de la cooperación de los demás si quiere sobrevivir; debe cooperar ya sea para defenderse de los enemigos o de los peligros naturales, ya sea para poder trabajar y producir (...) A causa de la incapacidad material, por parte del niño, de cuidarse por sí mismo en lo concerniente a las funciones de fundamental importancia, la comunicación con los otros es para él una cuestión de vida o muerte. La posibilidad de ser abandonado a sí mismo es necesariamente la amenaza más seria a toda la existencia del niño (p. 41).

¹⁸ ‘La tribu permanece como el tipo de colectividad al cual el ser humano instintivamente recurre aún en los tiempos modernos’

Y agregó en *Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea* (1955/1985):

La necesidad de vincularse con otros seres vivos, de relacionarse con ellos, es imperiosa y de su satisfacción depende la salud mental del hombre. Esta necesidad está detrás de todos los fenómenos que constituyen la gama de las relaciones humanas íntimas, de todas las pasiones que se llaman amor en el sentido más amplio de la palabra (p. 33).

Dirección a la que también parecen apuntar las hipótesis del psicobiólogo estadounidense Michael Tomasello (2013) sobre las características de la comunicación humana y sus raíces ontogénicas y filogenéticas, en que señala esta dimensión vital de la interacción humana, que entiende como infraestructura psicológica de la intencionalidad compartida, como el soporte evolutivo para el desarrollo de la comunicación humana, lingüística incluida.

Quizá es por todo ello que un sociólogo actual del talante de A. Giddens (1994) no ha tenido reparo en afirmar no sólo la validez y pertinencia de las disquisiciones existenciales en la reflexión en torno a la construcción de la subjetividad en las condiciones de la posmodernidad, o modernidad reciente como él la ha llamado, sino que ha defendido la validez de la tesis de la contradicción existencial como una cuestión de índole universal vinculada al desarrollo de la personalidad y de la relación con los otros como condición de una experiencia estable con el mundo y de desarrollo de un sentimiento coherente de identidad del yo.

Estas peculiaridades disposicionales del ser humano, más que dispositivos instintivos o biogénicos específicos constituirían constantes en la condición propia de la existencia humana, algo así como condiciones de plausibilidad de toda humanidad posible

y que, como tales, devendrían, mediadas por la experiencia sociocultural, en profundas motivaciones o necesidades psicológicas vitales, sin que por ello se les pueda identificar con disposiciones heredadas, pero tampoco modelamientos culturales arbitrarios, con todo y que podrían ser satisfechas polisémica o multiculturalmente.

Y lo que es válido para las relaciones generales entre cultura y naturaleza humana, también lo es para las relaciones entre naturaleza humana y un campo más específico de la cultura, el de la teoría general de los signos o semiótica, un campo que ha venido a fortalecer las posiciones del relativismo en torno a las cuestiones aquí discutidas.

Para la Semiótica, la cultura es concebida como un sistema colectivo de significados que le daría a los seres humanos medios para poder traducir sus instintos, necesidades, deseos, etc. en estructuras representacionales y comunicativas.

Y si bien la Semiótica admite que estos sistemas representacionales giran en lo substantivo alrededor de cuestiones metafísicas, principalmente, agregaríamos, del orden sociobiológico y existencial como las que hemos venido destacando, acerca del mundo y nuestro lugar en él, a diferencia de las tradiciones ontológicas, y de alguna manera fieles al imperativo positivista de la ciencia, ella no intenta responder por qué estas cuestiones serían intrínsecas a la existencia humana, limitando sus problemas fundantes a cuestiones menos substantivas como el “qué” y el “cómo” antes que el “por qué” de las actividades representacionales que tales cuestiones animarían a través del mundo.

Una actitud de indudable valor metodológico y potencia heurística pero que, en el asunto que nos concierne, antes que resolver, evidencia los límites de una práctica

discursiva cuyos peligros se pueden visualizar en el nihilismo político y moral de nuestros tiempos, y llevaría a los falsos senderos del empirismo berkeleyano, o peor aún, de los dogmatismos gnoseológicos, paradójicamente, como reacción a lo que entiende como dogmatismo inherente a todo sustancialismo aristotélico, teológico, tradicional.

Y sin embargo, la semiótica misma nos recuerda que su agenda “*is shaped, by and large, by a search for the biological, psychic, and social roots of the human need for meaning*”(Danessi y Perrón, 1999, p. 55)¹⁹.

De ahí que, y en relación directa con nuestras preocupaciones y perspectiva, remita, entre otras, a sus relaciones con el Psicoanálisis, que, como bien han afirmado Danessi y Perron, destaca el carácter superficial y derivado de la conciencia con respecto a urgencias inconscientes básicas de origen psicosexual o biológico, y ante las que la cultura emergería como parte de un sistema colectivo para regular y forzar tales urgencias, precisamente una de los presupuestos que defendemos en este trabajo: el carácter de regulador sociobiológico de la cultura, su estatuto de dispositivo modelizador o mediatizador de determinadas constantes biológicas y existenciales de la naturaleza o condición humana.

Y aún más allá, han hecho énfasis estos dos exponentes de la Semiótica en las correcciones jungianas del enfoque freudiano, por las que se distinguirían un inconsciente personal, resultado de las experiencias individuales de vida, y uno colectivo, que nos retrotrae, más allá de las reducidas urgencias psicofisiológicas sexuales de las pulsiones

¹⁹ “ está formada, generalmente, por una búsqueda de las raíces biológicas, psíquicas, y sociales de la necesidad humana de sentido”

parciales o pregenitales, a los remanentes arquetípicos de la especie humana, tales como el arquetipo tribal mencionado líneas arriba.

Pero, entonces, ¿cómo es que este tipo de reflexiones se filtran en la Semiótica si esta se ha construido a partir de la renuncia a aquellas cuestiones metafísicas? A nuestro parecer, la respuesta estaría en que, sin renunciar a la descripción de los significados de las variables prácticas culturales, la Semiótica se ha visto en la necesidad de incorporar, en la pregunta por sus procesos de producción signica, la cuestión del lugar de lo constante y lo variables de tales procesos, no solo en su forma y contenido, sintáctica y semántica, sino también en su función y pragmática.

Evidencia de ello habrían sido las formulaciones tempranas de lingüistas como el ruso Nikolay Trubetzkoy y la Fonología, así como del danés Louis Hjelmslev y la glosemática y, más recientemente, del estadounidense Noam Chomsky y la gramática generativa (Bierwisch, 1979), en torno a la existencia de una competencia lingüística, tanto en sus aspectos fonológicos como semánticos, de carácter universal y constante a la especie humana, de la que, por vías de las reglas de transformación, derivarían las estructuras discursivas diferenciadas de las distintas culturas o comunidades lingüísticas.

Danessi y Perron (1999) así lo reconocen cuando han afirmado que

*The premise that guides structuralist semiotics is, in fact, that the recurring patterns that characterize sign system are reflective of innate structures in the sensory, emotional, and intellectual composition of the human body and the human psyche. This would explain why the forms of expression that human create and to which they respond instinctively the world over are so meaningful and so early understandable across cultures (p. 47-48)*²⁰

²⁰ "la premisa que guía a los semióticos estructuralistas es la de que, en efecto, los patrones recurrentes que caracterizan los sistemas de signos son reflejo de estructuras innatas en la composición sensorial,

Y luego cuando, refiriéndose a la gramática generativa de N. Chomsky, han resaltado que *“Although Chomsky assigns some role to cultural and experiential factors, he has always maintained that the primary role of linguistics must be to understand the universal principles that make up the speech faculty”* (1999, p. 60)²¹.

Sí, la cultura sería un “artefacto”, efecto, condición y expresión de procesos espacio temporales diversos de la actividad humana, pero también resultado y expresión de su lucha por la sobrevivencia y los retos de su especificidad existencial y, por qué no, de su relativo triunfo y progresiva autonomización respecto a los imperativos que tal lucha y retos conllevarían.

En ella se expresaría el grado y modo en que el ser humano ha domesticado (Sloterdijk, 2000) sus urgencias biológicas, resuelto sus retos existenciales y construido un mundo en que la estética de la vida ya no se juegue en los estrechos marcos de la sobrevivencia, la sensatez y el poder, sino en el mero interjuego de los diversos estilos públicos, conversacionales e íntimos de vida.

En fin, sería evidente que la discusión actual sobre la naturaleza humana y los procesos de humanización en las actuales condiciones de globalización y

emocional, e intelectual del cuerpo y la psique humana. Esto explicaría porqué las formas de expresión que el ser humano crea y a las que responde instintivamente el resto del mundo sean tan significativas y tan fácilmente comprensibles a través de las culturas”

²¹“Si bien Chomsky asigna algún papel a los factores culturales y de experiencia, mantiene que el papel primario de los lingüistas debe ser comprender los principios universales que hacen posible la facultad del habla”

transnacionalización posmoderna de las sociedades latinoamericanas, pasa por la comprensión de los procesos de mediación sígnica de la vida humana en general, lo que supone o demanda en primer lugar y como reto epistémico, el desarrollo de una teoría muy precisa sobre el lugar y función de los signos en el seno de la vida social, esto es, de una Semiótica de la cultura y de los procesos de mediación social de la subjetividad.

Aspecto central que constituiría una importante carencia en la Teoría del Carácter social, más influenciada por las tradiciones fenomenológicas y hermenéuticas del sentido profundo.

Pero no menos cierto es que la Semiótica, y las epistemologías posmodernas en general, estarían lejos de haber resuelto la cuestión de la naturaleza humana, de sus instituciones y de su dinámica y vicisitudes.

En la revisión de los textos sobre análisis cultural en general y semiótico en particular, se observa como a pesar de las pretensiones positivistas, antimetafísicas y construccionistas predominantes, los problemas propios de una razón substantiva (Horkheimer, 1973) se seguirían colando y reclamando respuestas más allá de su regulación sígnica.

Aún en el campo mismo de la Lingüística las cuestiones de las relaciones entre el significante y el significado seguirían sin resolverse y aún más, todavía estarían palpitando los asuntos sobre los universales sígnicos, tanto a nivel sintáctico y fonológico como semántico, manteniéndose en vilo la cuestión del debate entre lo contingente y substantivo de la condición humana.

De ahí nuestras conclusiones sobre la cultura como artefacto antropomórfico, a la vez que medio y extensión en la lucha por la sobrevivencia y la proyección existencial, “fondo común de innovaciones tecnológicas y sociales que las personas acumulan para que les ayuden a vivir la vida, y no una colección de roles y símbolos arbitrarios que sobrevienen” (Pinker, 2003, p. 110).

Pero un nuevo y colosal reto se yergue en la interpelación cultural de la condición o naturaleza humana, no ya desde los marcos de la deconstrucción semiótica, sino desde los horizontes ópticos de esa naturaleza humana, nos referimos a los avances de la biotecnología y la teleinformática y la posible subversión de la naturaleza humana y su condición existencial.

Antes, hemos de precisar la propuesta frommiana sobre la condición existencial como clave de la naturaleza humana.

Sobre la especificidad existencial de la naturaleza humana

De acuerdo con Fromm la especie humana puede definirse no sólo anatómica y fisiológicamente, también psíquica y existencialmente, en la medida en que los individuos a ella pertenecientes compartan universalmente unas potencialidades que gobiernan su funcionamiento mental y emocional básico y la necesidad de procurar soluciones satisfactorias al problema de su existencia. Más allá de las razas, las culturas y las circunstancias históricas diversas, todos los seres humanos conseguirían comprenderse entre sí y experimentarían análogos estados emocionales, volitivos e intelectuales ante las

situaciones básicas de la vida; existiría un fondo común en las diversas formas de organización social, del trabajo, de la creación artística e incluso de los lenguajes.

El punto medular de esta especificidad psíquica y existencial la identifica Fromm en la condición original de volubilidad biológica y la conciencia concomitante de su impotencia y fragilidad.

De todos los organismos vivientes, el ser humano sería el más prematuro y desvalido para sobrevivir por sí mismo, su comportamiento, más allá de unos cuantos reflejos o instintos elementales, se encontraría muy poco determinado por su dotación genética. Insuficientemente equipado en su capacidad instintiva en el momento de nacimiento, la condición de desamparo ubicaría al neonato en una condición de dependencia absoluta respecto de su medio.

Mas, cuanto más indeterminado e inmaduro sea su equipo instintual para la sobrevivencia, tanto más desarrollada se encontrará su capacidad cerebral y aloplástica.

Este extraordinario desarrollo cerebral vendría a compensar en gran medida su déficit instintual. Su intelecto lo guiará instrumentalmente en la satisfacción de sus necesidades, algo que tiene en común con el resto de los animales, en particular los otros homínidos.

Pero resulta que además este desarrollo cerebral vendría a complicar enormemente la tarea del vivir, pues, además de incrementar su inteligencia instrumental, con el desarrollo cerebral emergerá en el ser humano una particularidad enteramente nueva: la razón y conciencia de sí; no sólo tendrá inteligencia instrumental, también tendrá razón,

capacidad de aplicar su pensamiento a la comprensión objetiva, o sea de conocer la naturaleza de las cosas tales y como son en sí y no solo como medio para su satisfacción, pero además, de tomar conciencia de sí, de su ser en el mundo, de su condición existencial:

“Dotado de conciencia de sí y de razón, el hombre sabe que es un ser aparte de la naturaleza y de los demás; comprende su impotencia y su ignorancia, y tiene conciencia de que su fin será la muerte” (Fromm, 1974/1977, p. 229).

A la peculiaridad de su fragilidad se agregarían entonces las particularidades asociadas a su desarrollo cerebral como sustituto de su déficit instintivo. Este desarrollo conllevará el surgimiento de un pensamiento racional y reflexivo, que a su vez conducirá a una toma de conciencia de su ser, limitaciones y aciago destino, así como de sus anhelos sin fin; en consecuencia, su existencia, a diferencia del resto de los organismos, se encontraría en un estado de constante desequilibrio e indeterminación, sería el único animal para quien su propia existencia se erija en un problema al que ha de buscar solución y que no puede obviar.

Será esta problemática, surgida de la oposición entre sus limitaciones instintivas y su capacidad racional, y que el pensamiento posmoderno entiende como obstáculo orgánico a las potencialidades y ambiciones humanas (Sibilia, 2006), lo que define a los ojos de Fromm, el nudo gordiano del dilema existencial humano y que conduce a dicotomías de las cuales la más fundamental sería la de vida-muerte. Ella constituiría, al parecer del filósofo alemán Hans Jonas (2000), el trasfondo universal de la motivación humana: dar solución a la contradicción básica de que el ser sólo es comprensible como vida pero “que toda vida es mortal” (p. 23).

Estas dicotomías de la existencia humana engendrarían necesidades que en mucho trascenderían las necesidades derivadas de su origen animal, y aunque no estén constitucionalmente determinadas, serían consustanciales a la condición humana.

Dentro de estas necesidades existenciales destacarían las de sobreponerse a su impotencia y enajenación de la naturaleza y encontrar nuevas formas de relación y de orientación cognitiva y emocional. ¿Puede acaso suponerse la existencia de alguna sociedad humana en donde estas urgencias no se manifiesten? Difícilmente.

Así, un sociólogo como el estadounidense Daniel Bell (1984), luego de haber sostenido que existirían los universales culturales, y que éstos estarían constituidos, no por pautas formales subyacentes o estructuras de acción sino por las situaciones existenciales de su tiempo, concluyó que todo grupo humano respondería a ciertas situaciones comunes, tales como la inexorabilidad de la muerte, el carácter de la tragedia, la idea de reciprocidad, la naturaleza del amor o la definición del valor. “Las *responsa* que dan es la historia de la cultura humana, en toda su variedad, pero en la comprensión esencial de la vida las cuestiones se repiten y son siempre las mismas” (p. 128).

También la psicología transcultural ha identificado como universales ciertas necesidades básicas como las de agenciación o experiencia volitiva y vínculo o interdependencia, que, si bien no especificadas como existenciales o genéticas, si resultarían muy cercanas a aquellas asociadas a la dicotomía existencial que, derivada de la dicotomía fundamental, Fromm identificó entre lo singular-individual y lo general-colectivo de la existencia humana, entre relación y narcisismo, arraigo e independencia, autonomía y conformidad (Fromm, 1955/1985; Suizzo, 2007; Kâgitçibasi, 2005)

Esas necesidades, al parecer de Fromm y Bell, existenciales, en conjunto con las sociobiológicas animales, conformarán un conjunto de problemas expresivos y práctico vitales que a la manera de una naturaleza humana se encontrarían a la base de toda experiencia etnosociopsicogenética. En toda cultura e individuo, encontraríamos expresiones de tales necesidades a la manera de mecanismos mentales universales, pero que no se encontrarían anclados en el ADN sino en eso que Fromm entendió por condición existencial humana, concomitante a su peculiar complejidad evolutiva.

Pero si bien universales, su satisfacción puede alcanzarse de variadas maneras según el entorno sociocultural. Pasiones es el nombre que reciben los diferentes modos de satisfacer tales necesidades. Lo que todos los seres humanos tienen en común son sus pulsiones orgánicas, aún y cuando muy modificadas por la experiencia, y sus dilemas y necesidades existenciales. Lo que no tienen en común son los géneros de pasiones predominantemente arraigados en sus caracteres respectivos y que en gran medida dan cuenta de esa variopinta historia de la cultura humana.

Los retos de la biotecnología y la teleinformática a la especificidad existencial de la condición humana

Eje medular del dilema existencial humano sería este de la conciencia trascendente enfrentada a su vulnerabilidad biológica, que el pensamiento posmoderno entiende como obstáculo orgánico a las potencialidades y ambiciones humanas (Sibilia, 2006).

Pero ese límite óptico insalvable, que de hecho ha estado ya siendo desplazado en los últimos siglos, se anunciaría hoy como finalmente superable y con ello la promesa de

obsolescencia de aquella constante existencial del ser para la muerte o de la conciencia concomitante de la propia fragilidad biológica.

La biotecnología anuncia su capacidad para manipular la vida en general, y la humana en particular, a su antojo; lo orgánico ya no definirá los límites del progreso posible, deviniendo en insumo o materia prima a manipular a conveniencia.

Sería la conquista sobre la vida, humana y no humana, que anuncia el principio del fin de todas las limitaciones, incluida la mayor de ellas: la mortalidad, y con ella el de sus dilemas existenciales para la conciencia reflexiva.

En los discursos de la nueva tecnociencia, afirma la argentina y especialista en estudios culturales Paula Sibilia (2006):

el "fin de la muerte" parece extrapolar todo sustrato metafórico para presentarse como un objetivo explícito: las tecnologías de la inmortalidad están en la mira de varias investigaciones actuales, desde la inteligencia artificial hasta la ingeniería genética, pasando por la criogénica y toda la farmacopea antioxidante. Entonces, ¿la propia muerte estaría "amenazada de muerte"? Tomando prestada la retórica de sus detractores, ¿acaso estaría volviéndose obsoleta? Como afirma el artista australiano Stelarc, uno de los principales representantes del *body-art* de inspiración tecnológica, la muerte se habría convertido en "una estrategia evolutiva superada", porque ahora el cuerpo humano "debe hacerse inmortal para adaptarse", (p. 54).

Para conquistar la tan preciada inmortalidad, hoy las biotecnologías están recurriendo al instrumental informático, aliando las dos vertientes más representativas de la tecnociencia: la biología y la informática. Un ejemplo de tan poderosa alianza es el Proyecto Genoma Humano, cuya gran meta sería descifrar el mapa genético de la especie humana, con la intención de detectar el origen de las enfermedades genéticas, del envejecimiento y la muerte y aplicar terapias preventivas.

Superar las limitaciones fundantes de la condición humana sería el ideal de una ingeniería genética que, mediante el control del código del ADN, nada menos que la estructura bioquímica que codifica los genes de los seres vivos, pretende dominar los procesos de envejecimiento y degeneración celular, proclamando el fin de la evolución natural y su aciago destino individual.

Pero, por paradójico que parezca, este ideal de la superación biogenética de la condición humana nos estaría retrotrayendo, por vía negativa, a la realidad presente y pasada de una condición constante en las vicisitudes de la historia humana: la de recordarnos día a día que somos seres humanos imprevisibles (Gould, 1977), complejos, frágiles, finitos y únicos (Damasio, 2009), en una situación perenne de precariedad e indefensión en la lucha por la sobrevivencia (Fromm, 1974/1977), insistiendo en superar a la muerte aunque al final sucumbamos ante ella (Hinkelammert, 2007).

Mas si la ingeniería genética aspira a superar las limitaciones de la condición humana, otro proyecto, producto también de la alianza de la biología con la informática aún aspiraría a ir más allá: es el proyecto de la inteligencia artificial, que ambiciona transferir la mente del cerebro humano a una computadora, con lo que la mente trascendería toda limitación orgánica, incluido su especializado soporte cerebral.

De acuerdo con esta perspectiva, la encarnación biológica de los seres humanos sería un mero accidente histórico en lugar de una característica inherente a la vida. Si la esencia de ésta es genética y ésta es reductible a información, entonces no habría diferencias sustanciales entre computadoras y seres humanos, pues ambos compartiríamos la misma lógica de funcionamiento.

Y es que según el investigador de inteligencia artificial del Instituto Tecnológico de Massachusetts Davi Geiger: "somos simplemente una máquina, un tipo muy especial de máquina similar a una computadora, con programas desarrollados a lo largo de la evolución de las especies" (citado en Sibilia, 2006, p. 173), en donde la única limitación para la compatibilidad absoluta entre computadoras y humanos radicaría en las limitaciones temporales del desarrollo tecnológico. Pero tarde o temprano cuerpo y mente humanas, y toda forma de vida, podrían ser digitalizadas, procesadas, informatizadas.

La biotecnología avanzará muy rápido en los próximos años –afirma el director del Laboratorio de Inteligencia Artificial del MIT, Rodney Brooks-...depurando el proceso podremos alterar el ADN con precisión y modificar las propiedades de las células; primero habrá una alianza entre el material biológico y el silicio, pero la generación siguiente será capaz de manipular completamente el material biológico humano... desaparecerá la distinción entre lo que es un robot y lo que es una persona (Sibilia, 2006, p. 179-180).

En suma, con la digitalización total de la vida se pretende trascender los límites espaciales y temporales de toda organicidad, en particular la humana, no bastaría con mejorar sus condiciones de existencia y luchar contra las fuerzas hostiles de la naturaleza.

Pero, precisamente en tal pretensión es que lo orgánico sensible volvería a destacarse como el gran valladar que persiste e insiste: el ser humano parece estar, al menos por el momento, demasiado enraizado en su condición de organismo anatómico-fisiológico en situación.

Y algunos como Hans Jonas, Francisco Varela o Jean Francois Lyotard, habrían estado convencidos que esto seguiría así por mucho tiempo.

Jonas (2000), sugirió que lo orgánico prefigura lo espiritual, incluso en sus estructuras inferiores, y el espíritu continua formando parte de lo orgánico, aun en sus manifestaciones más elevadas, por lo que tanto la vida como el pensamiento sólo serían posibles en el mundo orgánico, esto es, enraizados en un cuerpo vivo y por ende ineluctablemente mortal.

Varela, biólogo chileno, fue enfático al afirmar que "El cerebro no es un ordenador" (Kempf, 1998), la cognición no puede ser comprendida como abstracción de su encarnación orgánica. Rechazando la idea del pensamiento como un software de instrucciones digitales, destacó la importancia fundamental de la interacción con el medio ambiente sensible y con los otros, la locomoción, la percepción, las diversas acciones y reacciones ejercidas sobre el entorno físico, todos procesos que requerirían de la encarnación de la mente en un cuerpo, en el desarrollo evolutivo del cerebro y las funciones cognitivas superiores.

También Lyotard (1997), filósofo y sociólogo francés, protestó por lo que consideraba la irreductibilidad del pensamiento humano al procesamiento de información que realizan las computadoras:

“el hombre no razona en términos binarios, no opera con unidades de información (los bits), sino mediante configuraciones intuitivas e hipotéticas; además, acepta datos imprecisos y ambiguos y actúa no sólo de modo enfocado, sino también lateralmente: "no desdeña las disgresiones, los márgenes de una situación"” (Sibilia, 2006, p. 121).

En consecuencia, concluyó Lyotard, el ser humano no se limitaría a razonar lógicamente en un sentido semejante al procesamiento digital de datos propio de los dispositivos informáticos, por el contrario, el pensamiento poseería una "potencia analogizante"

inherente, relacionada con las condiciones materiales de la existencia humana, incluyendo el sufrimiento y el sexo.

En fin, por cuanto lo mental, en tanto complejo racional e irracional de pensamiento, sentimiento y acción es inherente a la vida, y ésta solo sería posible en el organismo en situación, el ser humano seguiría condenado a los dilemas prácticos y existenciales de su vida, aún en el caso de una vida cada vez más longeva o incluso cibernética, y la metáfora del hombre posorgánico no sería más que eso, una metáfora, como lo habría sido la de l'homme machine de Julien La Mettrie o la del Golem judío.

Más allá, fuere en las condiciones de una longevidad indefinida o una vida posorgánica, estos dilemas de la existencia humana, si bien ya no estarían enmarcados por un indefectible destino mortal, sí lo continuarían estando por la perenne cuestión del sentido de la vida y quizá, entonces, de la muerte como opción o salida.

De esta revisión en torno a la pertinencia y actualidad del presupuesto ontológico sobre la especificidad de la condición humana y su dimensión existencial, forjada en el interjuego de condiciones biológicamente dadas y de fuerzas socioeconómicas y socioculturales, se puede concluir entonces que los avances de la biología evolutiva, las genética del comportamiento, las neurociencias, las ciencias cognoscitivas, la psicología evolucionaria, la lingüística y la semiótica, y hasta la biotecnología, dan sustento a la tesis frommiana de la existencia de una naturaleza humana o más propiamente de una condición universal que la identifica y diferencia, fisiológica, anatómica, neurológica, psíquica y existencialmente de los demás seres del reino animal, e incluso del resto de los homínidos. Una especificidad que descansaría en procesos evolutivos por los que, conforme

avanzamos en la escala evolutiva, más complejo se vuelve el sistema de necesidades y mecanismos de su resolución y adaptación al medio, en una suerte de contínuum que va de los procesos metabólicos básicos propios de los organismos más simples, a los complejos sistemas actanciales de sobrevivencia práctica y expresiva específicamente humanos.

En este proceso evolutivo que lleva a la especificidad de la condición humana, aspecto central habría sido el surgimiento y desarrollo del cerebro humano, en particular del neocórtex y su potencial de conexiones interneuronales, tanto en la regulación retroactiva de los procesos metabólicos básicos como en la emergencia de funciones psíquicas superiores, tales como la reflexividad, la intencionalidad y la creación de significados.

Como consecuencia del surgimiento de esas capacidades reflexivas y simbólicas, la existencia humana se habría visto impelida a afrontar también la emergencia de profundos sentimientos de extrañamiento o soledad, desvalimiento y finitud que la conciencia de la propia fragilidad e impotencia biológicas harían patentes, y a procurarse formas de relación o vínculo y un sentido de vida o marco de orientación y devoción que permitiesen al menos el apaciguamiento de tales sentimientos, constituyéndose éstos en profundas motivaciones o necesidades psicológicas vitales, sin que por ello se les pueda identificar con disposiciones heredadas, pero tampoco con construcciones culturales arbitrarias, con todo y que puedan ser satisfechas e incluso modeladas polisémica o multiculturalmente.

Esas motivaciones o necesidades, derivadas de la condición existencial humana, en conjunto con las sociobiológicas de su condición animal común, conformarían un conjunto de problemas expresivos y práctico vitales que, a la manera de una naturaleza humana, se encontrarían a la base de toda experiencia etnosociopsicogenética. Pero si bien universales, su satisfacción puede alcanzarse de variadas maneras según el entorno sociocultural, lo que en gran medida daría cuenta de esa variopinta historia de la cultura humana.

Evidentemente la cultura habría tenido su origen directamente en el desarrollo de esas capacidades específicamente humanas, los dilemas a que daría lugar y los sentimientos y disposiciones que irían emergiendo en el proceso evolucionario como un nuevo dispositivo de adaptación sociobiológica, e incluso algunos de sus dispositivos protoculturales habrían inducido cambios antropomórficos, genotípicos y funcionales en respuesta a las nuevas condiciones socioculturales que se iban generando. Pero paulatinamente, los mecanismos biogenéticos de sobrevivencia habrían sido sustituidos por estrategias de sobrevivencia de carácter estrictamente cultural, que sólo posteriormente habrían evolucionado hacia estrategias cada vez menos determinadas por los imperativos de sobrevivencia y más por las vicisitudes de la complejidad y dinámica sociocultural que iba emergiendo.

Empero, más que el modelo ternario propuesto por Fromm, en el que entre unas decrecientes capacidades biogenéticas y otras crecientemente socioculturales se erigirían unas determinantes existenciales, y siguiendo los principios de la epigenética, los avances de las neurociencias, la biología evolutiva, las ciencias cognoscitivas, la psicología evolucionaria y la lingüística dejan entrever un modelo en espiral, en el que la creciente

complejidad evolutiva conllevaría una creciente flexibilización y apertura del sistema nervioso central a la experiencia, particularmente temprana, aunque no solo ella dado el carácter heterocrónico del desarrollo humano, acompañada del surgimiento de propiedades emergentes que darían cuenta de esos sentimientos o dilemas y necesidades existenciales de interés vital. En consecuencia, en la medida en que nos desarrollamos del período prenatal a la edad adulta, el diseño de las circuiterías cerebrales que representan nuestro cuerpo en evolución y su interacción con el mundo, no sólo dependería de la acción de mecanismos biorreguladores innatos de sobrevivencia, sino también del entorno y actividades a las que el organismo se dedica.

Del Concepto de Productividad y la Condición Humana: sus Fuentes Gnoseológicas e Implicaciones Heurísticas y Éticas en la Investigación Psicosocial.

Uno de los aspectos más polémicos de la teoría del carácter social lo constituye la tesis de que en la lucha por la vida y el reconocimiento de los demás, el ser humano sólo cuenta con unas cuantas opciones fundamentales reductibles en último término a los modos productivo e improductivo de satisfacción de necesidades práctico-vitales y expresivas (Harré, 1982) o de relación, y que ello constituiría un fundamento ético objetivo a la estructuración misma de las Ciencias Humanas.

De acuerdo con Fromm (1947/1985), en su lucha por la sobrevivencia el ser humano puede obtener lo necesario, o bien tomándolo por la fuerza, esperando pasivamente que éste se le dé, acumulando cuanto posee, opciones todas de naturaleza sustancialmente improductivas, o bien produciéndolo con su propio esfuerzo, única opción de raigambre productiva.

Asimismo, en cuanto ser social, al ser humano solo le quedaría relacionarse con los demás aglutinándose, extrañándose o diferenciándose, siendo éste último el único modo de relación propiamente productivo.

Para Fromm todas estas orientaciones constituyen tendencias o arquetipos potenciales, siendo el carácter de un individuo la resultante de una permutación específica de tales tendencias, y en especial del peso del factor productividad en dicha combinatoria.

El concepto de productividad se instaura así en presupuesto nuclear de la teoría del carácter social, su génesis, dinámica y función socioeconómica, sociocultural y política, y cualquier valoración acerca de la pertinencia y actualidad heurísticas de la misma, debe necesariamente hacerse sobre la base de una discusión en torno a tal concepto.

Este capítulo se estructura entonces en torno al concepto de productividad en la teoría del carácter social, las fuentes gnoseológicas de que se nutre, su coherencia, precisión y grado de simplicidad conceptual, consistencia teórica y contrastabilidad empírica, su potencia o capacidad heurística, y su pertinencia y actualidad ético-política en la valoración de la condición humana actual y sus posibilidades futuras en entornos socioculturales específicos.

Respecto a las fuentes gnoseológicas del concepto de productividad en la teoría del carácter social: marxismo y judeocristianismo

La orientación productiva de la personalidad se refiere a una actitud fundamental, a un modo de relacionarse en todos los campos de la experiencia humana. Abarca las respuestas físicas, mentales, emocionales y sensoriales hacia los demás, hacia uno mismo y hacia las cosas. La productividad es la capacidad del hombre para usar sus poderes y para realizar las potencialidades inherentes a él. El decir que él usa sus poderes implica que debe ser libre y no dependiente de alguien que controle sus poderes. Implica, además, que se guía por la razón, puesto que puede hacer uso de sus poderes únicamente si sabe lo que son, cómo usarlos y para qué usarlos. La productividad significa que se experimenta a sí mismo como la personificación de sus poderes y como su actor; que se siente como el sujeto de sus poderes, que no está enajenado de ellos, esto es, que no se le ocultan ni son transferidos a un objeto, persona o institución idolizados (Fromm y Maccoby, 1970/1974, p. 104-105).

Este concepto de productividad, núcleo duro de su teoría del carácter social, lo importó Fromm en gran medida, aunque ciertamente no de manera exclusiva como puede

colegirse de sus referentes talmúdicos (Fromm, 1976b) y psicoanalíticos (Freud, 1972^a), del marxismo, para quien el ser humano se creaba a sí mismo en el proceso de apropiación de la naturaleza mediante el trabajo productivo.

Para Marx el ser humano era primeramente un ser natural, corpóreo, objetivo y sufriente, esto es, un ser de necesidades que requiere de una naturaleza externa para sobrevivir, satisfacer sus necesidades básicas, pero también, como ser natural, un ser dotado de fuerzas y capacidades, que existen en él como tendencias e impulsos que expresan su ser en objetos reales y sensibles. (Marx, 1973b).

Y el trabajo productivo sería la manifestación de esas tendencias e impulsos, expresadas como un proceso con la naturaleza en el que el ser humano realiza, regula y controla, mediante su propia actividad, su interacción con ella y, “a la par que de ese modo actúa sobre la naturaleza exterior a él y la transforma, transforma su propia naturaleza, desarrollando las potencias que dormitan en él y sometiendo el juego de sus fuerzas a su propia disciplina” (Fromm, 1961/1973, p. 51).

Entonces, en cuanto forma básica de relación con la naturaleza, el trabajo productivo devendría en medio y condición del proceso de hominización y humanización en el que el libre despliegue de las potencialidades creativas y trascendentes del homínino resultarían su signo existencial distintivo (Marx, 1959).

A través de su actividad productiva, el ser humano se crearía a sí mismo en el proceso de la historia, esto es, variaría en el curso de esa historia, que no sería otra cosa que la historia de su autorrealización (Marx, 1973^a)

Pero esta actividad productiva más que un medio para lograr un fin, el producto, constituiría la expresión significativa de las potencialidades físicas y mentales humanas, una actividad en la que se afirmaría el ser humano como humano en cada una de sus relaciones con el mundo, “Es la vida que crea vida” (Marx, 1973^a, p. 111).

Es en su trabajo sobre el mundo objetivo como el hombre se muestra realmente como ser genérico. Esta producción es su vida activa como especie; mediante ella, la naturaleza aparece como su obra y su realidad. El objeto del trabajo es, pues, la objetivación de la vida del hombre como especie; porque él no se reproduce ya sólo intelectualmente, como en la conciencia, sino activamente y en su sentido real, y contempla su propio reflejo en un mundo que él ha construido (Marx, 1973^a, p. 112).

Ahora que, en las condiciones de las sociedades de clases en que el trabajo productivo se escindiría entre “trabajo socialmente útil”, producción y reproducción material de lo necesario, momento a la vez negativo y necesario en la dialéctica de la antroposociogénesis, y actividad del libre despliegue de potencialidades, esa capacidad creadora y trascendente, devendría también en actividad sólo económica y socialmente accesible, enajenada del acontecer total de la existencia, del libre despliegue de las potencialidades humanas (Marcuse, 1970).

El trabajo, que para Marx era en lo sustantivo relación activa del ser humano con la naturaleza, perdería, con la división del trabajo y el desarrollo de la propiedad privada, su carácter de expresión de las facultades humanas: en el proceso productivo el trabajador experimentará ahora la relación con su propia actividad

como algo ajeno y que no le pertenece, la actividad como sufrimiento (pasividad), la fuerza como debilidad, la creación como castración, la energía personal física y mental del trabajador, su vida personal (¿Qué es la vida sino actividad?) como una actividad dirigida contra él mismo, independiente de él y que no le pertenece. Es la autoenajenación (Marx, 1973^a, p. 109).

En estas condiciones de enajenación el ser humano no se experimentaría a sí mismo como sujeto activo en el mundo, sino objeto pasivo de fuerzas naturales o de productos de su propia creación que dominarían su existencia.

En consecuencia, en la medida en que el trabajo no coadyuvase al pleno despliegue de las potencialidades humanas, sino que fuese causa de opresión y menoscabo, devendría en trabajo enajenado, forzado, sin sentido, un trabajo que transformaría al ser humano en un ser mental y físicamente deshumanizado.

Y hasta la fecha, la historia de la humanidad habría sido la expresión de un descomunal despliegue de fuerzas productivas en dialéctica tensión con una sucesión de formas sociales antagónicas, en las que habría prevalecido el trabajo socialmente alienado por sobre el libre despliegue de las potencialidades productivas.

Fromm nos recordó que ese proceso histórico de desarrollo de las fuerzas productivas habría sido logrado en gran medida merced a las prácticas de la esclavitud, las guerras y la conquista de territorios, esto a causa de que dichas fuerzas productivas no estaban dadas para permitir la coexistencia del progreso técnico y cultural con la libertad y posibilitar el desarrollo de todos sin perjuicio o discriminación (1974/1977).

Consecuentemente para Fromm, el ser humano sería esencialmente productivo en sus tendencias primarias de satisfacción de necesidades y sólo en condiciones adversas devendría en prácticas improductivas y destructivas de resolución.

¿Es esta premisa consistente con las tesis marxistas sobre el trabajo productivo o constituye un giro idealista e hipostasiante con respecto a la visión histórico materialista centrada en las condiciones materiales concretas de vida y no en una condición humana harto genérica e idealista?

Mucho se ha insistido en contra de las tesis humanísticas de toda índole en que en la concepción marxista no se admitiría la hipótesis de la esencia productiva del ser humano por abstracta y ahistórica, y que por el contrario se contrapondría la idea de una naturaleza que variaría según las contingencias sociohistóricas pues, como afirmaba Marx,

el total de lo que se llama historia del mundo no es más que la creación del hombre por el trabajo humano y el surgimiento de la naturaleza para el hombre, éste tiene, pues, la prueba evidente e irrefutable de su autocreación, de sus propios orígenes (Marx, 1973^a, p. 147-148).

Louis Althusser, principal exponente del “antihumanismo marxista” (1972a)²², si bien reconoció la veta humanística en el joven Marx, al punto de que los presupuestos humanísticos habrían constituido el núcleo duro de su concepción de mundo y práctica política, llevándolo a concebir la historia humana como el devenir de su sin razón, de su enajenación, y su subversión revolucionaria como reapropiación práctica por el ser humano de su esencia productiva, “enajenada en la forma del dinero, del poder y de los dioses” (Althusser, 1972^a, p. 11), postuló que a partir de 1845 habría roto con todo vestigio

²² Corriente de pensamiento que, acicateada por el auge del estructuralismo de los años 60, la emprende contra la idea del sujeto autónomo y las tesis de la antropología filosófica respecto a una esencia o naturaleza humana, destacando en contraposición el presunto carácter de soporte de los sujetos respecto a prácticas sociales de las que serían su producto. En este contexto, la noción de antihumanismo marxista fue acuñada por el propio Althusser y largamente expuesta por él a finales de los 60, en artículo intitulado Marxismo y humanismo (1972^a), así como en la polémica que el mismo habría generado dentro de la intelectualidad francesa (Althusser, L., Semprún, J., Simon, M. & Verret, M. (1972), que fue rechazado precisamente por Fromm, a pesar de que éste le había solicitado previamente un artículo al respecto para el libro que editaría sobre Humanismo Socialista (1965/1984).

de una teoría que fundaría la historia y la política en la presunción de una naturaleza o esencia humanas.

La tesis del humanismo filosófico de una esencia proactiva mutilada en el decurso histórico, sería calificada ahora como una ideología sustentada en una concepción empírico-idealista del mundo: la de que existe una esencia universal como atributo individual considerado aisladamente:

Para que la esencia del hombre sea atributo universal es necesario, en efecto, que sujetos concretos existan como datos absolutos; ello implica un empirismo del sujeto. Para que estos individuos concretos sean hombres es necesario que lleven en sí toda la esencia humana, si no, de hecho, por lo menos de derecho; ello implica un idealismo de la esencia (Althusser, 1972^a, p. 13).

Al rechazar la esencia del hombre como fundamento teórico, Marx habría roto con todo este sistema orgánico de postulados:

Echa a las categorías filosóficas de sujeto, empirismo, esencia ideal, etc., de todos los campos en que reinaban. No sólo de la economía política (rechaza el mito del homo economicus, es decir, del individuo que tiene facultades y necesidades definidas en tanto que sujeto de la economía clásica); no sólo de la historia (rechaza el atomismo social y el idealismo político-ético); no sólo de la moral (rechaza la idea moral kantiana); pero también de la filosofía misma: ya que el materialismo de Marx excluye el empirismo del sujeto (y su reverso: el sujeto trascendental) y el idealismo del concepto (y su reverso: el empirismo del concepto) (Althusser, 1972^a, p. 14).

Sería un descentramiento epistémico completo por el que Marx habría sustituido las viejas concepciones ideológicas humanistas y universales por una

teoría de los diferentes niveles específicos de la práctica humana (práctica económica, práctica política, práctica ideológica, práctica científica) en sus articulaciones propias, fundadas sobre las articulaciones específicas de la unidad de la sociedad humana (Althusser, 1972^a, p. 15).

En la nueva concepción, el humanismo perdería su status teórico, científico, para devenir en una función práctica de ideología. Tal sería el sentido del “antihumanismo teórico” del descentramiento marxista, por el que “sólo se puede conocer algo acerca de los hombres a condición de reducir a cenizas el mito filosófico (teórico) del hombre” (Althusser, 1972^a, p. 16).

Pero afirmar que el humanismo es una ideología de ninguna manera conllevaría el prescindir de él, concluyó Althusser, la ideología no sería una aberración o una excrecencia contingente de la historia, sino una estructura esencial en la vida histórica de las sociedades, solo una concepción ideológica del mundo podría imaginar a las sociedades sin ideologías.

A diferencia de la ciencia, la ideología como sistema de representaciones se distinguiría en que la función práctico-social sería más importante que la función teórica o de conocimiento de aquella.

La ideología (como sistema de representaciones de masa) es indispensable a toda sociedad para formar a los hombres, transformarlos y ponerlos en estado de responder a las exigencias de sus condiciones de existencia...En una sociedad de clases, la ideología es la tierra y el elemento en los que la relación de los hombres con sus condiciones de existencia se organiza en provecho de la clase dominante. En una sociedad sin clases, la ideología es la tierra y el elemento en los que la relación de los hombres con sus condiciones de existencia se vive en provecho de todos los hombres (Althusser, 1972^a, p. 24,25).

Ahora bien, con la ideología del humanismo se ubicaría al ser humano en el principio y fin de todas las cosas, y con ello se adoptaría una posición de exaltación o rechazo ante sus condiciones de vida: exaltación de sus potencialidades productivas y logros históricos, rechazo y denuncia de todas las formas de explotación y discriminación

humanas, fuesen éstas económicas, políticas, raciales, religiosas u otras. En gran medida, sería la inadecuación entre las tareas históricas y las condiciones de su realización lo que explicaría el recurso a la ideología.

Tal sería el sentido del “humanismo real” como rechazo del humanismo abstracto, que solo existiría en el discurso, y no en la realidad de las instituciones, como indicación de un más allá, “de una aspiración que es necesario hacer pasar a la vida” (Althusser, 1972b, p. 54).

Sin embargo, se preguntó Althusser, ¿por qué tratar estos problemas en función de una filosofía humanista en lugar de plantearlos abierta, franca y rigurosamente en los términos económicos, políticos, ideológicos, etc. de la ciencia marxista? “¿Por qué tantos filósofos marxistas experimentan la necesidad de recurrir al concepto ideológico premarxista de enajenación en su pretensión de pensar y resolver estos problemas históricos concretos?” (Althusser, 1972^a, p. 30).

La respuesta estaría en las insuficiencias de la teoría marxista para proporcionar los conceptos requeridos para los nuevos problemas, conceptos que harían posible plantear esos problemas actuales en términos científicos y no ideológicos.

El humanismo filosófico, por el que corremos el peligro de ser invadidos y que se protege bajo las realizaciones, sin precedente, del socialismo mismo, sería este complemento destinado a dar a ciertos ideólogos marxistas, a falta de teoría, el sentimiento de poseer esta teoría que les hace falta: sentimiento que no puede aspirar a lo que Marx nos ha dado de más precioso en el mundo: la posibilidad de un conocimiento científico (Althusser, 1972^a, p. 33).

Varios puntos parecen importantes de aclararse aquí:

Si bien el razonamiento althusseriano encontraba asidero en la afirmación hecha por Marx en Prólogo a Contribución crítica de la economía política, en cuanto a que estando en 1845 en Bruselas junto con Engels, acordaron romper con su “conciencia filosófica anterior” (Marx: 1859/1974, P. 78), la base heurística de su argumentación pareciera sustentarse más en el presupuesto bachelardiano (Bachelard, 2000) de la ruptura epistemológica, un presupuesto que encontraba sus raíces en el ideal prometeico-newtoniano del progreso del conocimiento, caro a la tradición científico-positivista, y que suponía una conquista continua del conocimiento en las vastas selvas del mundo primitivo dominadas por el mito, el sentido común, la religión y la filosofía.

Era una concepción dual enmarcada por la oposición mundo tradicional-mundo moderno, ideología-ciencia, en la que no cabían los procesos, solo los saltos, como en las revoluciones paradigmáticas, solo que en este caso tal revolución no era entre paradigmas sino entre la especulación metafísica y el triunfo de la sociedad positiva, esto es, del paradigma científico. Una concepción que precisamente la teoría de las revoluciones paradigmáticas (Kuhn, 1985) habría vuelto deficiente.

A tono con lo anterior, Marx, por más científico en ruptura con todo pensamiento filosófico anterior que se piense, se encontraba delimitado por coordenadas histórico sociales, no sólo en cuanto a las condiciones de la época, sino en cuanto a las proyecciones de su espíritu crítico, amén de que este espíritu crítico, aún y cuando encontremos en él mucho de ese sesgo de ruptura científicista (Habermas, 1971; Robert, 1993; Bell, 1984), en su función práctico-social nunca habría capitulado ante las presiones del imperativo cognitivo de la ciencia, es decir, el revolucionario nunca habría estado, a contrapelo de la

tesis althusseriana, por debajo del científico, antes bien siempre habría marcado los derroteros de éste (Engels, 1883/1973).

Como bien afirmó el escritor y político español Jorge Semprún:

No se trata de volver a realizar un análisis filológico de los textos de Marx para decidir, en el laboratorio de un pensamiento académico, a partir de cuándo Marx deja de ser "premarxista". Se trata de los progresos y los fracasos, de las condiciones de posibilidad teórica y práctica del proyecto revolucionario global. Se trata de la suerte del socialismo (Semprún, 1972, p. 47).

Finalmente, y ésta es la cuestión central que interesa en este capítulo, si hemos de admitir la tesis antroposociogenética (Marcuse, 1970) de la capacidad productiva humana en todos sus extremos, tal y como se expresa en la última cita de los Manuscritos, es claro en ella que el ser humano sería producto, no de las contingencias materiales de vida, sino de las vicisitudes de su propia actividad transformadora y más allá, de su capacidad productiva que, como una verdadera potencialidad se desplegaría en la historia. El ser humano no sería una entidad pasiva, una tabula rasa sobre la que escriba el ambiente, sería un ente activo, capaz de engendrarse así mismo, algo que lo distinguiría de cualquier otra especie animal.

Fromm enfatizó este carácter autocreador del ser humano. Lo central del sistema marxista sería el principio de que "el hombre se crea a sí mismo en el proceso de la historia. El factor esencial de este proceso de autocreación de la raza humana está en su relación con la naturaleza" (Fromm, 1961/1973, p. 27).

Una tesis en que Marx se habría hecho eco, y no por precientífico, de la tradición dialéctica hegeliana (Marx, 1973c; Bell, 1984). Hegel, según Fromm (1961/1973), elaboró

la expresión más sistemática y profunda de la idea del ser humano productivo, en tanto ser que se relaciona activamente con el mundo, que se individualiza solamente en este proceso de captar al mundo, productivamente haciéndolo suyo.

Y es con base en esta premisa medular que Marx trascendería la ideología positivista de "la sociedad tal y como es", en nombre del poder negativo de la Utopía y de "la sociedad tal y como puede ser".

Prácticamente toda su crítica del capitalismo en tanto "la sociedad tal y como es" en sus motivaciones materialistas, y las posibilidades que entrevió de un comunismo que subviertiese tal materialismo y potenciase la comunidad dialógicamente libre y el control racional de la naturaleza, descansaba en esta peculiar forma de análisis del potencial vital humano y su devenir en las condiciones concretas de existencia en el modo capitalista de producción.

El comunismo es la abolición positiva de la propiedad privada, de la autoenajenación humana y, por tanto, la apropiación real de la naturaleza humana a través del hombre y para el hombre... como naturalismo plenamente desarrollado, es un humanismo y, como humanismo plenamente desarrollado, es un naturalismo. Es la resolución definitiva del antagonismo entre el hombre y la naturaleza y entre el hombre y el hombre. Es la verdadera solución del conflicto entre la existencia y la esencia, entre la objetivación y la necesidad, entre el individuo y la especie... es pues, la emancipación completa de todas las cualidades y los sentidos humanos... la primera manifestación real, la verdadera actualización de la naturaleza del hombre como algo real (Marx, 1973^a, p. 135-136,140,195).

Y esta crítica, contrario a las hipótesis sobre la oposición de los dos Marx, el joven y el viejo, el filósofo y el científico, habría sido una constante en el pensamiento marxista, desde los Manuscritos económico-filosóficos de 1844 (1973a) a El Capital de 1867 (Marx y Engels, 1995). Fue la crítica que se sustentó en la tesis de los Manuscritos sobre el trabajo

productivo y su enajenación, por la que el ser humano se “enajena de su propio cuerpo, la naturaleza externa, su vida mental y su vida humana” (Marx, 1973^a, p. 112); pero también la que se encontraría tras la afirmación del Prólogo a Crítica de la economía política (1974) de que con el fin de la formación social burguesa “se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana” (p. 78), se continuaría en El Capital (Marx y Engels, 1995) con la conclusión de que “el reino de la libertad sólo empieza allí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y por la coacción de los fines externos; queda, pues, conforme a la naturaleza de la cosa, más allá de la órbita de la verdadera producción material” (p. 759), y cerraría con la máxima de la Crítica del Programa de Gotha, escrita muchos años después de su “ruptura epistémica”: “De cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades”.(Marx, 1971, p. 24)

En realidad -afirma Jorge Semprún- toda tentativa de fijar una fecha a partir de la cual, por una ruptura radical, el pensamiento de Marx pasaría del premarxismo al posmarxismo, sea cual fuere el año escogido, 1844, o 45, o 48, o el año de la publicación de El capital, es una tentativa destinada al fracaso, debido a que el pensamiento de Marx no termina nunca de progresar orgánicamente hacia el marxismo, y en esta progresión, los temas del “humanismo real” no cesan jamás de enriquecerse, de profundizarse, en un movimiento permanente que va de la abstracción filosófica al análisis concreto (material), y de éste a un nivel superior de abstracción científica” (Semprún, 1972, p. 43).

Cierto que Marx ya en La Ideología alemana (1959), en un arreglo de cuentas con la que había sido hasta entonces su conciencia filosófica, dejó de utilizar, es decir, su uso dejaría de ser central al análisis, conceptos como los de esencia humana o enajenación, mas éstos, al menos en los términos en que fueron definidos en los Manuscritos económico-filosóficos continuarían, al contrario de lo que sostuvo Althusser, en el centro de su crítica de la economía política, y con ellos su concepción de una naturaleza humana productiva, que solo podría entenderse a partir de sus distintas manifestaciones en la

historia como aquello que existirían el ser humano, no como un ente con existencia estática por encima de cada individuo, sino como potencialidad que se desarrolla y cambia en el proceso histórico.

Y si bien el movimiento marxista internacional, encabezado por los Bernstein, Kautsky, Plejanov o Lenin, no interpretaron el pensamiento marxista como centrado en el humanismo existencialista, ello habría obedecido, más que a un desconocimiento de las obras juveniles de Marx, lo que de hecho fue factor importante (Bell, 1984), al influjo que sobre ellos tuvo el positivismo sociológico y filosófico, ese mismo que pareciera haber encauzado la perspectiva científicista de la ruptura epistémica (Lowy, 1975) que tan alegremente exaltó Althusser en su crítica del humanismo marxista.

Ahora bien, este pensamiento humanista marxista experimentará un renacimiento después de la primera guerra mundial, y aún más con la segunda, con la brutalidad de las matanzas indiscriminadas durante las guerras, las atrocidades de los regímenes hitleriano y stalinista y la deshumanización de la naciente sociedad de masas. Pensadores como György Lukács, Ernst Bloch, Henri Lefebvre, Lucien Goldmann, Maurice Merleau-Ponty, Jean-Paul Sartre, Thomas B. Bottomore, Herbert Marcuse, y por supuesto Fromm, estarían fuertemente asociados a este renacimiento (Fromm, 1965/1984).

Pero la tesis del potencial productivo del ser humano en la teoría del carácter social no sólo se habría alimentado en las aguas del marxismo, también habría encontrado asidero en la teología judía y su concepción sobre la unidad del género humano y su capacidad para desarrollar sus propios poderes (Fromm, 1976; Shimmel, 2009).

Hecho a imagen y semejanza de Dios, el ser humano, aunque mortal y afligido por los conflictos entre sus aspectos divinos y terrenales, sería un sistema abierto, capaz de evolucionar hasta el punto de compartir el poder y la capacidad de creación de Dios (Fromm, 1976). Por ende estaría en su naturaleza el poder emerger de sus lazos como criatura y devenir en agencia plena.

En este devenir habrá de romper con sus lazos naturales, con sus vínculos incestuosos a la tierra y a la sangre y solo se reconciliará con ella cuando alcance su plenitud humana. Su objetivo último sería la total independencia y libertad.

Pero esa independencia y libertad

no se logra por el simple hecho de dejar de obedecer a la madre, al padre, al estado, y cosas semejantes... La independencia es posible solamente si, y según el grado en que el hombre asume activamente el mundo, se relaciona con él, y de este modo se hace uno con él. No hay independencia ni libertad a no ser que el hombre llegue a la etapa de la completa actividad y productividad interior (Fromm, 1999, p. 16).

Pero si el producto de la completa actividad y productividad interior fuese la independencia y la libertad, estas últimas ciertamente parecieran concebidas en términos de renuncia, desarraigo y desapego a toda posesión o vínculo.

En tal caso entonces, la productividad pareciera contraria a la objetivación y el dominio sobre la naturaleza, esto es, la productividad interior se volvería improductividad exterior, una idea al parecer bastante lejana al ideal marxista y modernista de productividad. ¿Conlleva acaso entonces a una aporía esta idea de productividad sustentada en estas dos fuentes gnoseológicas en principio tan contrapuestas?

Fromm pensó que no había tal pues, al igual que en Marx, la clave de la productividad se encontraba, no en el sometimiento de la naturaleza externa, o interna, sino en el libre despliegue de las potencialidades internas, pues sólo así, como formulara el “maestro Eckhart”, teólogo católico alemán de finales de la Edad Media, el individuo podría ser libre y sentir la divinidad dentro de sí mismo (Fromm, 1976/1978).

Ciertamente en tanto libre despliegue de potencialidades y obrar con justicia y amor, infundiendo vida a la vida, en el concepto frommiano de productividad convergieron marxismo y teología judeo-cristiana, o quizá más rigurosamente ciertas versiones de ambos, como fuese explícitamente reconocido por el propio Fromm en la segunda de las fuentes (1976/1978); ciertamente también convergieron en su crítica al materialismo consumista del tener; pero difícilmente encontramos congeniable la tesis judeocristiana de la productividad como renuncia, con la propia máxima bíblica de que la independencia significara el corte del cordón umbilical y la capacidad de deber la propia existencia exclusivamente a uno mismo, o con la marxista de que el reino de la libertad se alcanzaría al trascender el de la necesidad, pero no precisamente por renuncia; mas no será tal aporía la que nos lleve a desistir de este concepto, antes bien lo que se requiere es una fórmula que la resuelva, fórmula que ya se encontraría en las ideas de la teología de la liberación de dios como una experiencia humanizante (Hinkelamert, 2007), o las del mismo Fromm sobre los modos de ser en oposición a los de tener como modos de existencia productiva (1976/1978).

Respecto a los fundamentos ontológicos y potencialidad heurística del concepto de productividad en la teoría del carácter social

Pero el fundamento de la tesis del potencial productivo del ser humano no solo deviene de su lugar y función heurísticos en la teoría marxista y la teología judeocristiana, también de su valor ontológico para dar cuenta de la naturaleza humana en su especificidad filo y ontogenética: ¿es acaso este potencial algo biológica, existencial o históricamente fundado?

Los argumentos desarrollados líneas arriba fundamentan la tesis de que si bien es en la historia en donde las capacidades productivas humanas se realizan o por el contrario se enajenan, no es en ella en donde se originan, siendo ello algo más bien constitutivo a la especificidad de la naturaleza humana.

Y el punto medular de esta especificidad de la naturaleza o de la condición del ser humano Fromm, como también Marx y la teología judeocristiana, la entrevió en la condición original de volubilidad biológica y la conciencia concomitante de impotencia y fragilidad, que fácilmente podrían volverlo pasivo y sin sentido de su propia voluntad.

Sea biogenética o existencial, dicha especificidad o condición supone la existencia de tendencias o potencialidades que al modo de disposiciones o impulsos, marcarían las modalidades de asimilación e interrelación del individuo humano con la naturaleza, con sus semejantes y consigo mismo, por las que satisface sus necesidades fundamentales, así como los requerimientos de un entorno espacio temporalmente dinámico.

Ahora bien, ¿pero es posible identificar modalidades u orientaciones de resolución productiva de las necesidades fundamentales de asimilación y relación en el ser humano? Y

de contrapartida, ¿Qué tipo de modalidades u orientaciones de asimilación o relación calificarían como de resolución improductiva?

Un colaborador tan cercano a Erich Fromm como Michael Maccoby no ha dudado en criticar lo que considera un sesgo “profético” y falta de asidero científico en la concepción de Fromm sobre la orientación productiva del carácter, pues tal concepto:

no describe los rasgos positivos del carácter social que existe en el mundo de hoy. Su ideal abstracto místico religioso puede apartarlos de su desarrollo productivo el cual debe ser descrito en términos de sus actitudes, su lenguaje y experiencia, y en relación a la tecnología y a la organización de nuestro tiempo (Maccoby, 1985, p. 244).

Según Maccoby, a diferencia de las otras orientaciones de carácter la orientación productiva no enraza en datos clínicos o históricos, sería sólo un tipo ideal creado por Fromm.

De acuerdo con su experiencia con el mismo Fromm en el estudio sobre el campesino mexicano (Fromm & Maccoby, 1970/1974), así como en otros estudios realizados posteriormente por él con trabajadores, ingenieros y administradores en EEUU, si bien se encontraron personas más productivas y amorosas, en el primer caso, o activas y creativas, en el segundo, que el promedio, en ninguno se encontró con personas que correspondieran con la descripción del carácter productivo dado por Fromm (Maccoby, 1996).

Más severas aún resultaron las críticas de Schaar (1961) y Caparrós (1975), para quienes

en ninguna parte, Fromm nos demuestra que los síndromes caracterológicos [carácter productivo, amor] existan en realidad (tal y como él los define). Mucho menos se nos

demuestra que tales caracteres surjan de tales sociedades concretas. Y, por supuesto, menos todavía que exclusivamente por la acción de tales sociedades Caparrós, 1975, p. 292).

También Arrieta (1992) se ha sumado a estas críticas y, enfatizando la debilidad heurística de la formulación frommiana sobre las predisposiciones productivas del carácter humano, que considera efecto de la combinación en Fromm del pensamiento freudiano y el humanista existencial, ha concluido que

suponer que potencialmente existen una serie de tendencias productivas e improductivas que han de determinar la experiencia humana, no representa, a decir verdad, un instrumento relevante para el análisis de los procesos psicosociales debido a la ausencia que acusa su enunciación de un referente empírico (p. 435).

Críticas que sin embargo han estado dirigidas más contra la presunta formulación naturalista y utópica o “profética”, así como falta de asidero empírico, de la modalidad productiva de resolución de dilemas existenciales, que contra la existencia misma de disposiciones de resolución productiva de necesidades fundamentales manifestándose de maneras diversas según particulares contextos socioculturales, una diferencia que conviene tener presente.

Lo que Arrieta ha reclamado en última instancia, y en gran medida también Maccoby, Schaar y Caparrós, es la necesidad de que la teoría asiente en la experiencia y no en la especulación. Pero a diferencia de los dos últimos, para Arrieta y Maccoby no se trataría de desechar la teoría del carácter social por sus sesgos metafísicos o esencialistas, en particular los relativos a una presunta orientación productiva del carácter, sino de diluir tales sesgos mediante la investigación empírica a efectos de retroalimentar o reformular las categorías de análisis que han de reformar el complejo matricial caracterológico;

asimismo, tampoco se trataría de desembarazarse de la categoría de productividad como consecuencia de sus innegables sesgos utópicos o proféticos, sino de replantearse su sentido en términos de las actitudes y experiencias humanas fundamentales de cara a las tendencias del desarrollo tecnológico y la organización socioeconómica y sociocultural de nuestros días.

Pero entonces, cuatro son al menos los tipos de problema o interpelación que encontraría la tesis frommiana de la productividad del carácter, los cuales conviene desagregarlos para el análisis y la reflexión:

- i. La existencia misma de tendencias productivas de satisfacción de necesidades en la naturaleza humana.
- ii. El grado de consistencia teórica y contrastabilidad empírica de que gozan tales presupuestos sobre la productividad humana.
- iii. La identificación, descripción y sustentación de estas tendencias productivas en términos utópico-proféticos o de sus vicisitudes socioculturales.
- iv. La pertinencia y valor heurístico en la investigación psicosocial de estos presupuestos sobre la productividad humana.

De la naturaleza humana y las tendencias productivas de satisfacción de necesidades

Sobre la presunción de existencia de una naturaleza humana ya nos referimos en el capítulo anterior, aquí la cuestión que interesa tiene que ver con la plausibilidad de que

buena parte de esa naturaleza o condición primigenia humana pueda identificarse en términos de tendencias productivas de afrontamiento y resolución de necesidades.

Esta tendencia primigenia, estaría asociada con la condición misma de volubilidad biológica e impotencia y fragilidad existenciales que caracterizan la naturaleza humana, una condición que fácilmente podría volver al ser humano un ente pasivo y sin sentido de su propia voluntad, a no ser que compensatoriamente adquiriera un sentido de la propia valía, de efectividad, de afirmar que no es impotente, que está vivo y funciona, que es (Fromm, 1974/1977).

Y esta tendencia estaría asociada con lo que algunos estudiosos han atribuido a la función del juego en el niño que le permite ser causa de algo y que explica el placer que siente al matraquear, mover cosas, jugar en el lodo y actividades semejantes. El psicólogo suizo Jean Piaget (2007) se refirió al respecto, al observar el especial interés del niño en objetos que hace efectivos con sus propios movimientos, y el psicoanalista alemán Erik Erikson (1966) también lo hizo, al concebir el juego del niño como “la forma infantil de la capacidad humana para manejar la experiencia mediante la creación de situaciones modelo y para dominar la realidad mediante el experimento y el planeamiento” (p. 199-200).

Dicha tendencia o motivación fundamental se pondría de manifiesto a nivel del lenguaje, pensaba Fromm, ya a tan temprana edad como los 15-18 meses, en esas primeras expresiones como el “yo hago” o el uso mismo del “yo”. Asociando dicha tendencia con la presunción de volubilidad biológica original y la voluntad concomitante y compensatoria de valía y eficacia ya mencionadas, afirmó:

Debido a esta situación biológica, el niño se halla necesariamente en un estado de extraordinario desvalimiento hasta la edad de 18 meses, y aún después depende en gran parte de los favores y la buena voluntad de los demás. El grado de impotencia natural del niño cambia cada día... los berrinches de este, sus lloros, su testarudez, los diferentes métodos que emplea para combatir a los adultos son de las manifestaciones más visibles de su intento de producir un efecto, de mover, cambiar, de manifestar su voluntad. Por lo general, el chiquillo es vencido por la fuerza superior del adulto; pero la derrota no deja de tener consecuencias; parece como si activara una tendencia a superar la derrota haciendo activamente lo que fue obligado a soportar pasivamente: a pegar cuando a él le pegaron, a mandar cuando tuvo que obedecer, en una palabra, a hacer lo que le obligaron a aguantar, o lo que le prohibieron... Casi parece como si esta transformación compulsiva del papel pasivo en activo fuera un intento, aunque fracasado, de curar heridas todavía abiertas... no solo contra lo no permisible sino también lo imposible. Al parecer el hombre se siente profundamente atraído hacia los bordes naturales, personales y sociales de su existencia, como si quisiera echar una mirada más allá del angosto marco dentro del cual se ve obligado a existir (Fromm, 1974/1977, p. 240-241).

Ya en la vida humana en general esta motivación fundamental o necesidad se manifestaría como la sensación de sentirse capaz tanto en las relaciones interpersonales como con las cosas y la naturaleza, aunque también teniendo poder sobre los demás o destruyendo lo que ha sido construido.

La necesidad de efectuar se expresa en las relaciones interpersonales, tanto como en la relación con los animales, con la naturaleza inanimada y con las ideas. En las relaciones con los demás, la alternativa fundamental es sentir sea la capacidad de provocar amor, sea la de causar dolor y sufrimiento. En la relación con las cosas, el dilema es construir o destruir (Fromm, 1974/1977, p. 241).

Pero Fromm insistirá en que la opción destructiva de esa necesidad de efectuar no es paralela a la creativa, sino su alternativa como consecuencia “de la vida no vivida”; las tendencias improductivas, se manifestarían e incrementarían en la medida en que se trunque el libre desarrollo de las tendencias productivas.

De la consistencia externa y contrastabilidad empírica de los presupuestos sobre la productividad humana

Pese a las críticas de Schaar (1961), Caparrós (1975) y Arrieta (1992), e incluso Maccoby (1985), nos parece que el concepto de productividad humana, tal y como lo entendió Fromm, sí goza de consistencia o compatibilidad teórica y, a pesar de su escasa evidencia, contrastabilidad empírica.

En lo que respecta a consistencia o compatibilidad teórica, la productividad como orientación caracterológica enraizada en la naturaleza humana, encontraría respaldo en otros conceptos desarrollados en el campo psicoanalítico, la psicología humanística e incluso los enfoques cognitivo conductuales, tales como los de *afán de superación* (Adler, 1973), *principio epigenético del desarrollo* (Erikson, 1966), *autorrealización* (Maslow, 1943) *actualización* (Rogers, 1979), *logro* (McClelland, Atkinson, Clark & Lowell, 1953) *ycompetencia* (White, 1959), o los de *agenciación y autoeficacia* (Bandura, 1989, 2006) *y locus de control interior*, 1966).

Para Alfred Adler, uno de los principales referentes en la teoría frommiana, la impotencia y el desvalimiento constitucional infantil eran considerados condicionantes psicobiológicos ontogénicos universales de la existencia humana que conllevaban compensatoriamente un afán por la superación y autovalía como fuerza dinámica básica detrás de toda actividad humana, como necesidad existencial o innata en tanto parte de la vida misma. El complejo de inferioridad que dicho síndrome de desvalimiento infantil supondría, puede conducir, a través de los mecanismos de sobrecompensación, a grados superiores de ejecución y en caso extremo, de genialidad, aunque también de fantasías

megalómanas cuando dichos mecanismos sean intensificados por la incapacidad para superar los sentimientos de inferioridad.

Esa lucha por la superación o autoperfeccionamiento con la que afrontaría sus sentimientos de inferioridad, se sustentaría a su vez en las capacidades humanas para la creatividad y autoestima, ser consciente de sí, recordar experiencias pasadas e imaginarse o proyectarse en el futuro, así como en la necesidad de arraigo o integración social.

Su necesidad de arraigo y diferenciación en el medio social comprendería por su parte una pauta de adaptación activa que se condensaría en metas e ideales, particularmente en torno al trabajo, la interacción y el amor, un plan o proyecto de vida socialmente mediado que dirigiría, trascendente, holística y teleológicamente, su actuar consciente e inconsciente, su estilo de vida (Adler, 1917, 1964, 1973; Ansbacher & Ansbacher, 1956; Dreikurs, 1953).

Erik Erikson, concibió el desarrollo como una sucesión de retos cruciales, cuya resolución exitosa implicaba un crecimiento progresivo de la conciencia, autoconfianza, autonomía, e industriosidad, mientras que su fracaso llevaba a la desesperanza, vergüenza y duda, confusión de rol y falta de generatividad.

Propuso una perspectiva epigenética, según la cual la persona se desarrollaría de acuerdo a una sucesión de potencialidades para la interacción significativa con quienes lo rodean, y en sociedades que, si bien varían culturalmente, tenderían a estar constituidas de manera tal que satisfacerían y provocarían esas potencialidades en secuencia y ritmo adecuados a su desenvolvimiento (Erikson, 1966).

Esta concepción conlleva, como la teoría frommiana de las tendencias productivas del carácter, la idea de que el desarrollo óptimo individual constituiría un proceso en el cual los individuos, en la medida en que van logrando síntesis exitosas, incrementarían sus habilidades o competencias para determinar y satisfacer sus necesidades y formar sus valores, actitudes emocionales y sentido de identidad o símismo, mas cuando no fuesen posibles tales síntesis, serían objeto de severos conflictos y privación de integración identitaria personal y social.

Según Abraham Maslow, a la base de todo comportamiento humano se encontraría la procuración de satisfacción de necesidades, pudiendo ser estas de carácter deficitario o de desarrollo y expansión del ser, siendo parte de las primeras las necesidades fisiológicas, de seguridad, amor, pertenencia y estima, y, de las segundas, las necesidades de autorrealización y trascendencia, orientadas las primeras a la sobrevivencia del individuo en el mundo y, las segundas, al bien e interés de los demás, pero todas, tanto las deficitarias como las de desarrollo, en relación a la realización integral y plenaria de la persona humana (Astacio, 2004); su frustración, negación o supresión se experimentaría entonces, necesariamente, como menoscabo de las potencialidades idiosincrásicas, de la expresión del yo y de la tendencia al crecimiento personal (Maslow, 1986)

La singularidad holística del sí mismo, la autoconciencia o capacidad reflexiva, la procuración de sentido y de trascendencia y la expresión de las propias capacidades o potencialidades, serían algunas de las dimensiones del crecimiento y la autorrealización en Maslow (Maslow, 1986; O'Connor & Yballe, 2007), y que convergerían con la concepción frommiana de productividad. La satisfacción de estas necesidades “*leads to*

feelings of self confidence, worth, strength, capability, and adequacy of being useful and necessary in the world" (Maslow, 1943, p. 382)²³.

Por consiguiente –concluye Maslow- es útil concebir el crecimiento o la falta del mismo como la resultante de una dialéctica entre las fuerzas que fomentan el crecimiento y las fuerzas que lo desalientan (regresión, miedo, dolores del crecimiento, ignorancia, etc.) (Maslow, 1986, p. 470).

De manera similar, Carl Rogers aludió a la existencia de fuerzas constructivas presentes en toda persona, una fuerza motriz innata de su conducta, cuya función sería inherente al crecimiento continuo y progresivo en el proceso de personalización y realización de sí mismo a partir del conjunto de sus experiencias de vida (Rogers, 1986, Astacio, 2004)

El hombre no tiene simplemente las características de una máquina, no es simplemente un ser presa de motivos inconscientes; es una persona en el proceso de crearse a sí misma, una persona que al vivir crea significado, una persona que encarna una dimensión de libertad subjetiva. Es una figura que, pese a que puede estar sola en un universo muy complejo y pese a que puede ser parte y parcela de ese universo y su destino es también capaz en su vida interior de trascender el universo material, es capaz de vivir dimensiones de su vida que no están total o adecuadamente contenidas en una descripción de sus condicionamientos o de su inconsciente (Rogers, 1979, p. 97)

Como con el carácter productivo en Fromm, en Rogers, el ser humano resultaría arquitecto de su propio yo: “Está eligiéndose, esforzándose, en un mundo muy difícil y a menudo trágico, por llegar a ser él mismo, no un títere o una máquina, sino su propio yo individual único” (Rogers, 1979, p. 97). Y también de manera similar a lo que propusiera aquel, todo lo que requeriría para el libre despliegue de sus potencialidades sería que se le proporcione un ambiente psicológico adecuado (Rogers, 1986).

²³ “conduce a sentimientos de confianza en uno mismo, del valor, la fuerza, la capacidad y suficiencia de ser útil y necesario en el mundo ”

Más centrado en los aspectos de “efectividad” (Fromm, 1974/1977), sería el concepto de necesidad de logro formulado por David Mc. Clelland y John W. Atkinson (McClelland, Atkinson, Clark & Lowell, 1953), según el cual, como resultado de condiciones universales del desarrollo humano que conllevarían experiencias también universales de afrontamiento de problemas, se producirían en el sujeto expectativas igualmente universales de logro en la resolución de tales problemas, cuya intensidad y topografía variarían según los condicionamientos culturales pero también los cambios del desarrollo.

Los datos con que contamos refuerzan considerablemente la hipótesis de que la realización, como motivo, se desarrolla en culturas y en familias en las que se hace hincapié en la evolución independiente del individuo. En contraste, la realización como motivación de poca intensidad aparece asociada a familias en las que el niño es más dependiente de sus padres y de importancia menor a la de ellos (Mc. Clelland et al., 1953, p. 330).

Confianza en el sí mismo, expectativa de éxito, orientación hacia metas futuras, esfuerzo en la realización de la tarea y percepción realística, constituirían dimensiones del motivo de logro que convergerían con la concepción frommiana de la productividad como “capacidad del hombre para usar sus poderes y para realizar las potencialidades inherentes a él” (Fromm y Maccoby, 1970/1974, p. 105).

También centrado en los aspectos de “efectividad” es la noción de competencia de Robert W. White (1959), entendida por éste como la capacidad adaptativa del organismo, una capacidad que siendo innata en los organismos evolutivamente más simples, requeriría de largos procesos de logros de aprendizaje en aquellos que se distinguen por su complejidad y la plasticidad de sus sistemas nerviosos. Esta competencia entonces, en

los animales superiores y el ser humano, no sería de naturaleza innata o instintiva sino que emergería de la interacción del organismo con el entorno.

Ya en los mamíferos esta capacidad adaptativa se evidenciaría en las tendencias exploratorias sobre el entorno, si bien estrechamente enlazadas a las funciones de sobrevivencia orgánica, autónomas respecto a éstas:

*cats are reputedly killed by curiosity, dogs characteristically make a thorough search of their surroundings, and monkeys and chimpanzees have always impressed observers as being ceaseless investigators... rats would cross an electrified grid simply for the privilege of exploring new territory*²⁴ (White, 1959, p. 27).

Más que por un decremento del climax consumatorio, como en el principio de Jennings que regiría los impulsos primarios (Vygotskij, 1987) estos impulsos exploratorios parecerían regirse por un incremento de la excitación o la emoción, de manera que

If we admit exploration to the category of drive we are thus committing ourselves to believe that drives need have no extraneural sources in tissue deficits or visceral tensions, that they are not necessarily activated by strong or persistent stimuli, that they do not require consummatory responses, and that drive increase can sometimes be a mechanism of reinforcement (White, 1959. p. 123)²⁵

²⁴ Los gatos tienen la reputación de asesinos por curiosidad, los perros característicamente hacen una minuciosa exploración de sus alrededores, y los monos y chimpancés siempre han impresionado a los observadores como incesantes investigadores... las ratas podían atravesar una rejilla electrificada simplemente por el privilegio de explorar nuevos territorios.

²⁵ Si admitimos la exploración como categoría de impulso nos estamos comprometiendo a creer que los impulsos no necesitan fuentes extraneurales en los déficits de los tejidos o en las tensiones viscerales, que ellos no necesariamente se activan por la fuerza o la persistencia de estímulos, que ellos no requieren respuestas consumatorias, y que esos impulsos algunas veces pueden ser un mecanismo de reforzamiento.

Este impulso exploratorio, muy similar al reflejo de orientación de la Reflexología soviética (Smirnov, Rubinstein, Leontiev & Tieplov, 1960), sería de naturaleza innata o preestablecido para fines de regulación homeostática.

Pero las tendencias exploratorias no parecieran ser las únicas fuerzas adaptativas de este particular tipo de impulsos, también se habría sugerido la necesidad de actividad, así como un impulso manipulativo o de dominio o control sobre el entorno.

Más centrado en los aspectos de reflexividad y “agenciación” es la noción de autoeficacia del psicólogo canadiense Albert Bandura, entendida por ésta como las creencias en las propias capacidades para organizar y ejecutar las fuentes de acción requeridas para manejar prospectivamente situaciones (1989), que, a pesar de la perspectiva cognitivo conductual, ambientalista y centrada en el aprendizaje en que se ha desenvuelto su desarrollo teórico, resalta las habilidades de los sujetos para autorregular sus pensamientos, sentimientos, motivación y acciones y así actuar prospectivamente sobre su medio ambiente.

El concepto, reconoce el carácter de productor o fuente más que de predictor del comportamiento del ser humano, esto es, su agenciación o capacidad como entidad para ejercer el control sobre nuestro propio funcionamiento y sobre los eventos que afectan nuestra vida, “*a distinctively human characteristic*”²⁶ (Bandura, 1989, p. 1175), siendo la autoeficacia su mecanismo primordial.

²⁶ Una característica distintivamente humana

Estas capacidades suponen el desarrollo de competencias o habilidades relativas a la reflexividad o reconocimiento del sí mismo, del otro y del contexto, así como al planeamiento y la autorregulación (Tejada Zavaleta, 2005).

Autonomía, autorregulación y autogeneración, serían las cualidades de agenciación de la autoeficacia que, existencial o contingentemente, resultarían también características de la orientación productiva del carácter en Fromm.

También enfocado en las competencias reflexivas y agenciales del ser humano y, como en Bandura, desde un perspectiva cognitivo conductual, resulta el concepto de locus de control del psicólogo estadounidense Julian Rotter (1966), según el cual las expectativas de éxito o fracaso en la consecución de logros estaría en función de las creencias que tiene el sujeto en cuanto a la responsabilidad que le compete sobre su propio actuar. El locus de control podrá ser "interno" o "externo", suponiendo, en el primer caso, un grado significativo de independencia personal y mayor capacidad de logro, en el segundo, de heteronimia y baja capacidad de logro.

En suma, la hipótesis frommiana del concepto de productividad u orientación productiva del carácter, resultaría teóricamente compatible de manera total o parcial con otras hipótesis como las mencionadas, y su crítica no se puede sólo reducir a la crítica de su sustento o contrastabilidad empírica, también aludiría a la crítica de su consistencia parcial o integral con estas otras formulaciones teóricas, una dimensión que Schaar (1961), Caparrós (1975), Arrieta (1992) y, en menor medida, Maccoby (1985), no parece que hayan considerado, y menos valorado, adecuadamente.

Ya a nivel de contrastabilidad empírica, los autores mencionados, con excepción de Maccoby, parecen también haber olvidado que las distintas orientaciones del carácter aludirían a disposiciones o potencialidades más que a descripciones específicas del carácter de un individuo dado, siendo en realidad este “generalmente una combinación de todas o algunas de estas orientaciones, aunque una es la que predomina” (Fromm y Maccoby, 1970/1974, p. 102), y en el caso concreto de la productividad, afirmaron Fromm y Maccoby,

no existe ninguna persona cuya orientación sea enteramente productiva, ni nadie que carezca completamente de productividad. Pero la importancia respectiva de la orientación productiva y la improductiva en la estructura del carácter de cada persona varía y determina la cualidad de las orientaciones improductivas (Fromm y Maccoby, 1970/1974, p. 112)

A decir verdad, Arrieta ha tenido presente este aspecto potencial de las orientaciones del carácter, sólo que las ha asumido más como tipos ideales, en el sentido weberiano (Weber, 1973), que tendencias arquetípicas. En consecuencia, a su modo de ver, mientras las orientaciones receptiva, acumulativa, explotadora, mercantil y demás del carácter, devendrían en Fromm de la abstracción empírica, la orientación productiva se encontraría “desincorporada, sin una base clínica o histórica en la realidad” (Arrieta: 348), siendo sin embargo la que Fromm representó como el ideal del desarrollo humano.

Concluye Arrieta que

La propuesta de un carácter productivo que evoca más un prototipo ideal de hombre bastante alejado del hombre empírico, de carne y hueso, que fue tomado en cuenta para la formulación de las otras orientaciones caracterológicas, representa, según nuestro criterio, el punto débil de la teoría del carácter social. Si las otras orientaciones del carácter emergieron de la realidad, el carácter productivo surge del desprecio de Fromm hacia el nuevo carácter social que se estaba conformando caracterizado por la superficialidad y el oportunismo del hombre mercantilista. En este sentido, los datos de la realidad son sustituidos por la afirmación de la tradición mesiánica en la obra de Fromm (Arrieta, 1992, p. 349).

Extraña en esta crítica la omisión que ha hecho Arrieta de la relación que guardaría el concepto de carácter productivo con el de carácter genital, que Freud identificara en términos muy simples de capacidad para amar y trabajar (Freud, 1972c) y cuyos rasgos más distintivos serían la sociabilidad, la generosidad y la franqueza (Lledó Sandoval, 2009) y Reich como “disposición de los medios adecuados para ligar las energías libidinosas, logrando la gratificación orgásmica por medio de la sublimación” (Lledó Sandoval, 2009:105), y con ello su sustento en la realidad clínica, misma de la que emergerían aquellas otras orientaciones caracterológicas, con excepción de la mercantil, a las que Arrieta sí les ha reconocido “una base clínica o histórica en la realidad” (Arrieta, 1992, p. 348).

Por otra parte, más que por el desprecio al mercantilismo del carácter que se estaba fraguando en la sociedad tecnocrática en ciernes (Fromm, 1968/1977), la formulación frommiana sobre la orientación productiva del carácter surgiría de esos mesiánicos presupuestos humanísticos, pero también marxistas, ¿o es que no hay mesianismo en el marxismo?, que alimentaron la teoría toda del autor, en particular la tesis de que “en cuanto forma básica de relación del ser humano con la naturaleza, el trabajo deviene en medio y condición de un proceso de hominización y humanización en el que el despliegue de las potencialidades creativas y trascendentes del homínido resultan su signo existencial distintivo” (Robert, 2001, p. 121), potencialidades creativas y trascendentes características que sólo bajo condiciones adversas devendrían en prácticas improductivas y destructivas de relación. De ahí que este concepto de productividad aludiría a una disposición o potencialidad humana de muy difícil cristalización como orientación o modo

de asimilación predominante en la sociedad humana mientras en ella imperen condiciones contrarias al desarrollo óptimo del ser humano, tales como la explotación y expoliación, la idolatría, el consumismo, etc.

Fromm argüirá que si bien la productividad resultaría muy poco común en cualquier sociedad, cierto grado de productividad estaría siempre presente y por lo tanto resultaría empíricamente identificable en toda estructura de carácter, de manera que dependiendo del grado de productividad/improductividad así será la configuración caracterológica global de la persona o el grupo social en cualesquiera circunstancias.

Bajo estas premisas, en el estudio más acabado y fiel a la teoría del carácter social, efectuado por el propio Fromm, Sociopsicoanálisis del campesino mexicano, en una comunidad del estado de Morelos, entre 1960 y 1970 (Fromm y Maccoby 1970/1974), sólo se encontró una persona con carácter predominantemente productivo, aunque un 22%, particularmente campesinos independientes, resultaba más productivo que el promedio. En este estudio la productividad estaba asociada a las tendencias amorosas, la creatividad, la energía de empresa, los modos democrático y tradicional de orientación sociopolítica, así como la participación en las actividades culturales y religiosas, particularmente en el caso de los hombres, de la comunidad. En contraste un 40%, principalmente peones de hacienda, resultaron con tendencias predominantemente improductivas, asociadas ligeramente a las tendencias sumisas, destructivas, la falta de interés, síntomas de depresión, los modos autoritario y rebelde de orientación sociopolítica y la ausencia o escasa participación en las actividades culturales y religiosas de la comunidad.

Resulta desconcertante que en la reseña sobre este trabajo Arrieta (1992), a pesar de su conclusión general respecto a la naturaleza idealista y de falta de referente empírico de la categoría de productividad, cuya formulación sería responsable del colapso epistemológico de la teoría del carácter social, haya afirmado que al menos en este,

llama la atención la ausencia de los aspectos “idealistas” que hemos venido tratando de poner en evidencia en el transcurso de este trabajo y que aparecen con bastante frecuencia en la producción teórica de Fromm. En este estudio cada afirmación está justificada desde una perspectiva teórica y desde la perspectiva de un referente empírico (Arrieta, 1992, p. 397-398).

Pero si esta última apreciación es correcta, Arrieta no tendría más remedio que aceptar que las conclusiones que el trabajo arrojó sobre las expresiones y distribución de tendencias productivas en la población campesina en estudio, operacionalizadas para efectos de la investigación en términos bipolares y multidimensionales de un diferencial semántico en uno de cuyos extremos se caracterizaría a la persona por su “interés activo y preocupación por el trabajo, la familia y la comunidad, percepción realista e independiente, y madurez” (Fromm y Maccoby, 1970/1974, p. 120) y en el otro por su disposición o actitud “rechazante y negativo respecto a la vida” (Fromm y Maccoby, 1970/1974, p. 120), se encontraban sustentadas tanto teórica como empíricamente. El que en otras ocasiones no fuese así, sólo revelaría inconsistencias o imprecisiones en el uso de la categoría por parte de Fromm, pero definitivamente no autorizaría para la conclusión general a la que arribara Arrieta (1992). Una crítica que sería extensible a las conclusiones de Maccoby al respecto y que, al menos en el caso de Arrieta, no sólo contradiría su conclusión general sino que contrapondría sus propias observaciones a las

consideraciones de Schaar y Caparrós, que sin embargo en su momento, ha repetido adscribiéndose a ellas en este punto en particular.

En esta misma línea de estudios con campesinos, en una investigación realizada en nuestro país por el suscrito en cinco comunidades de pequeños campesinos entre los años de 1985 y 1995 (Robert, 2003), se encontró, en una población de 105 hombres y mujeres entrevistados, 5 (3%) hombres con carácter productivo dominante o secundario, que aumentó a 33 personas de ambos sexos (31,4%) más productivas que el resto. En contraste 39 hombres y mujeres (37,2%) resultaron con tendencias predominantemente improductivas. Como en el estudio de Fromm con los campesinos mexicanos, la productividad aparecía asociada con las tendencias amorosas y democráticas y la orientación acumulativa, ser independientes respecto a la madre y el tener pocos hijos, configuración que resultaba más característica de los habitantes de las comunidades migrantes y de los más jóvenes. Con el lado improductivo se asociaban las tendencias autoritarias, tradicionales y sadomasoquistas, la fijación intensa a la madre y al padre, la orientación receptiva y el tener muchos hijos, configuración que resultaba más característica de los habitantes de las comunidades nativas y de las personas de más edad.

También con población campesina, en este caso mujeres campesinas mexicanas, Sonia Gojman (Reining et al., 1977) encontró un grupo importante de mujeres con rasgos de carácter productivo, caracterizadas por su autosuficiencia económica, conductas de cooperación en las labores de siembra y cosecha con sus maridos, y de participación y organización en sus comunidades; en contraste, mujeres con rasgos improductivos mostraban una actitud pesimista ante la vida y un locus de control heterónomo, por los

que achacaban la responsabilidad de su situación a factores externos adversos que les impedían lograr cualquier cambio o mejora en sus condiciones de vida.

Esta misma psicoanalista, en conjunto con el también psicoanalista mexicano Salvador Millán y otros miembros del Instituto Mexicano de Psicoanálisis, A. C., (Gojman y Millán, 1989) emprendió una investigación a mediados de los 80 en una comunidad minera del estado de Hidalgo en México, con el propósito de identificar los impedimentos de orden psicológico que, en concordancia con las orientaciones caracterológicas propias, dificultaban el afrontamiento de sus condiciones precarias de vida y el desarrollo de estrategias de resolución productiva, entendidas como el diseño e implementación de iniciativas autógenas.

El estudio reveló la existencia de un alto nivel de pasividad e improductividad en los miembros de la comunidad, que se manifestaba en todos los segmentos etarios de la población, tanto en las actividades laborales como extralaborales, académicas, recreativas, etc. y que se transmitía de padres a hijos y reproducía en las actividades académicas y recreativas de estos últimos, en medio de condiciones de explotación minera, ausencia de requerimientos mínimos en salud, falta de disposición de agua potable y estructuras de crianza y educación escolar con tendencias fuertemente autoritarias.

Ya en estudios con población urbana, obreros, ingenieros y administradores, Maccoby (1985) encontró gente más activa y creativa que el promedio; sólo que en estos casos, con una clara orientación hacia las ganancias y el crecimiento de sus organizaciones pero con poca o ninguna orientación amorosa y sí falta de empatía y de responsabilidad social. Concluyó Maccoby que la productividad en el trabajo no necesariamente

implicaba productividad en el cariño y cuidado de otras personas, y por ende no necesariamente se correspondía con esa orientación hacia la vida en todos los campos de la experiencia humana con que identificó Fromm su carácter productivo, que en consecuencia se requería replantear el concepto de carácter productivo de acuerdo con sus expresiones actuales.

Conclusiones que, si bien muy acordes con las críticas de Schaar, Caparrós y Arrieta, parecen haber omitido lo que en otras ocasiones ha afirmado el propio Maccoby sobre la línea de abordaje heurístico seguido por él y Fromm en el análisis de las orientaciones sociales del carácter predominantes y el peso relativo y diferencial en ellas de las tendencias productivas en su investigación sobre el campesino mexicano (Fromm y Maccoby, 1970/1974). Una omisión que dejaría entrever la posible opción posterior en Maccoby por una perspectiva más bien reduccionista e instrumentalista en su concepción sobre la productividad, por la que, destacando las dimensión de espíritu de empresa o motivo de logro y la autoafirmación, pareciera desentenderse de aquellas dimensiones más vinculadas al compromiso existencial: el amor a la vida y la responsabilidad con el entorno y los semejantes, tan poco relevantes en los procesos de globalización neoliberal actual.

En fin que, y hecha la salvedad de la contrainductividad histórica de sus manifestaciones, aspecto al que nos referimos en la subsección siguiente, y pese a las obvias inconsistencias e imprecisiones de un concepto que, amén de que por sus raíces heurísticas más holísticas que elementaristas (Overton, 1984) resultaría, como bien afirmara Fromm (1974/1977), más describible que definible, en éste no dejaría de sufrir importantes modificaciones a lo largo de su obra, desde aquella definición más estrictamente marxista como trabajo productivo, hasta sus posteriores elaboraciones más

existenciales como orientación biofílica o amor por la vida, e incluso más de valor heurístico-metódico como una cualidad presente, en distinta intensidad o grado, en toda organización caracterológica concreta, la tesis de una orientación productiva del carácter no carece de contrastabilidad empírica ni clínica, y, lo más importante quizá, constituye la premisa básica del núcleo duro de la teoría del carácter social y de su potencialidad heurística.

Del contenido profético-utópico versus sociocultural de las tendencias productivas

Fromm insistió en que su concepto de carácter productivo enraizaba no sólo en los datos de las ciencias empíricas, sino también en los relatos bíblicos y en particular en lo que sabemos sobre la vida y obra de los grandes líderes religiosos.

En ellos se configuraba la productividad como esa actitud fundamentalmente biofílica, por la que la persona

se experimenta a sí mismo como la personificación de sus poderes y como su “actor”; que se siente como el sujeto de sus poderes, que no está enajenado de ellos, esto es, que no se le ocultan ni son transferidos a un objeto, persona o institución idolizados (Fromm y Maccoby, 1970/1974, p. 105).

Un tipo ideal de origen profético, ha afirmado Maccoby (1985), que no se sustentaría en los datos de la experiencia clínica o historiográfica, como ya antes habían concluido Schaar (1966) y Caparrós (1975) y posteriormente reiterara Arrieta (1992).

Según su experiencia con el mismo Fromm en el estudio sobre el campesino mexicano (Fromm y Maccoby, 1970/1974), así como en otros estudios realizados

posteriormente por él con trabajadores, ingenieros y administradores en México y EE.UU. (1985, 1996), si bien se encontrarían personas más productivas y amorosas, en el primer caso, o activas y creativas, en el segundo, que el promedio, en ninguno se encontró con personas que correspondieran con la descripción del carácter productivo dado por Fromm.

La solución no podría ser otra que depurar el concepto de sus reminiscencias mítico religiosas y reformularlo en relación a las especificidades socioculturales que correspondieren, (Maccoby, 1985).

Una conclusión que parece reiterar las reflexiones ya anteriores del propio Schaar cuando censurando la tesis de la productividad como “vivir para la vida”, una expresión ciertamente frommiana pero que no agota su contenido ni mucho menos, contra argumentara que

Truly productive men do not live for living. They live for ends, for purposes outside themselves. This man lives for his work, that one for his family, and the one over there for his god. The greatest, the freest, the most creative men live in obedience to some unfulfilled, perhaps only vaguely understood, purpose. A life without some purpose larger than its own cultivation is a life without direction and meaning, for a man realizes himself through working toward his end. To make live for living the categorical imperative is to counsel man to emptiness. It is to counsel him either to a vulgar Epicureanism or to a kind of moral dilettantism (Schaar, 1961, p. 110-111)²⁷

Pero en estas versiones contextualizadoras e instrumentalistas el concepto de productividad pierde todo su poder crítico para devenir en confirmación de lo que una

²⁷Los hombres verdaderamente productivos no viven para la vida. Viven conforme a fines, por propósitos ajenos a ellos mismos. Unos hombres viven para su trabajo, otros para su familia, y unos terceros para su dios. Los más grandes, los más libres, los más creativos de los hombres viven en obediencia a algún no logrado, quizá vagamente comprendido propósito. Una vida sin un propósito más allá que el propio cultivo de la vida misma, es una vida sin dirección y significado, para que un hombre se realice a través del trabajo en dirección a su fin. Aconsejar vivir la vida como imperativo categórico es aconsejar para el vacío. Es como aconsejarlo a un epicureísmo vulgar o una especie de diletantismo moral.

sociedad define como claves del emprendedurismo, el éxito y el autocontrol, de ahí que nos parezca que la solución ha de buscarse más bien conrainductivamente, concibiéndola como potencialidad existencial cuyo valor residiría en su capacidad para evidenciar “los rasgos del mundo real en que creemos habitar” (Feyerabend, 1981, p. 16), la irracionalidad de lo real enfrentada a sus posibilidades, eso sí históricas concretas (Marcuse, 1972).

A diferencia de las definiciones operacionales y contingentes, irreconciliablemente anticríticas y antidialécticas, en las que se absorben, pensaba Marcuse, “los elementos trascendentes negativos y oposicionales de la razón” (1972, p. 127), los conceptos conrainductivos, propios de la lógica dialéctica y crítica, asumirían la doble dimensión entre esencia y apariencia, entre potencialidad y actualidad, deber ser y ser.

En consecuencia, la supresión de la dimensión potencial del concepto como posibilidad histórica en el universo de la racionalidad operacional sería la supresión de la historicidad del concepto. Un universo del discurso en el que la productividad como propiedad conceptual del ser devenga en mera abstracción de lo dado, constituiría por ende la negación misma de sus posibilidades potenciales.

El carácter utópico-profético del concepto de productividad ha de entenderse entonces, más que por rastrearlo Fromm en terrenos ajenos a las ciencias empíricas, por su condición de eje crítico de lo que el ser humano sería capaz y de lo que las vicisitudes socioculturales puedan jugar en su constricción enajenante o libre despliegue.

De la pertinencia y valor heurístico de los presupuestos sobre la productividad humana en la investigación psicosocial

Sobre la pertinencia y valor heurístico de la teoría del carácter social en la investigación psicosocial nos referiremos ampliamente en el capítulo siguiente, aquí baste con algunas precisiones en torno a la cuestión más específica del valor del concepto de productividad en tal campo de investigación, en particular en relación a las conclusiones de Caparrós (1972) y Schaar (1961) de que dado el origen profético (Maccoby, 1985), no enraizado en los datos de la experiencia clínica o historiográfica, la teoría queda desacreditada como un instrumento válido de conocimiento, salvo, convergen Caparrós (1972) y Arrieta (1992), que dicha teoría pueda ser replanteada desde coordenadas epistémicas enteramente novedosas.

Y es precisamente este concepto de productividad el que debe de ser desestimado para salvar la teoría, pues su insistencia en él sería lo que desvirtúa epistemológicamente la propuesta general de la teoría del carácter social con respecto a la integración de los factores individuales y las determinaciones sociales, al servir de trampolín para que se filtren en la teoría una serie de

concepciones idealistas en las cuales se identifica al hombre como un ser potencialmente excepcional, capaz de orientar su acción hacia unos objetivos humanísticamente prefijados en una naturaleza humana que debe ser identificada primariamente como una estructura natural tendenciosamente productiva en primera instancia y, secundariamente improductiva como resultado de la conjunción de factores inherentes a la determinación constitutiva aunque principalmente determinado por las condiciones extrapsíquicas que preexisten al sujeto y que, ineluctablemente le determinan sus posibilidades y, eventualmente sus deseos (Arrieta, 1992, p. 434).

Para Arrieta (1992), ya lo hemos mencionado, la ausencia de fundamento empírico del que adolece la presuposición de potencialidades productivas que han de predeterminar la

experiencia humana, hace de ésta un recurso irrelevante para la investigación psicosocial, aún más, impertinente, como consecuencia de la flagrante contradicción, que con una perspectiva histórico-materialista, guardarían las presunciones esencialistas en que descansa.

Empero, no se trata, agrega Arrieta desde una posición más distante a la de Schaar y condescendiente con Fromm que la de Caparrós, de desechar la teoría del carácter social, sino de diluir tales sesgos metafísicos mediante una efectiva investigación empírica que conlleve a retroalimentar o reformular las categorías de análisis, y poder así enrumbar el complejo caracterológico en una perspectiva histórico materialista congruente.

Maccoby (1985) va más allá, y considera que el concepto de productividad resulta rescatable en la medida en que sea reformulable en términos contextualizados, en particular en relación a los procesos productivos de la globalización actual.

Pero, como argumentáramos en los dos apartados anteriores, no es realmente cierto que este concepto de carácter productivo no sea otra cosa que un tipo ideal, y aquí no en el sentido weberiano, concebido sin ningún fundamento empírico, o lo haya sido sólo con base en una escatología bíblica impertinente al verdadero saber, y lo más importante, que por tales razones deba de ser desestimado de la teoría general del carácter social que en él se fundamenta, o peor aún, que haya que desestimar al concepto con la teoría toda del carácter social a la que sirve de fundamento.

A diferencia de Schaar, Caparrós y Arrieta, nos parece que la cuestión sobre el valor del potencial heurístico del concepto de productividad humana no se encuentra en revelar las presunciones idealistas en que descansa o en carecer de un fundamento empírico operacional, sino en, concibiéndolo como una categoría crítica, evaluar más en

detalle su precisión conceptual, coherencia interna, originalidad, consistencia externa, capacidad unificadora y potencia heurística, así como el grado en que encuentra confirmación, refutación o reformulación en los datos de la experiencia en entornos socioculturales diversos, y, en particular, permite juzgar el carácter progresivo o regresivo, en términos frommianos, biofílico o necrofílico, que muestran los ordenamientos y prácticas sociales en relación al fomento o inhibición de dichas potencialidades.

Propiamente ya en el campo de la investigación psicosocial, el concepto de productividad exige del investigador una toma de posición con respecto a cuestiones no solo de índole epistemológica y heurística, como en la tradición mecanicista y analítica, sino ontológica y axiológica.

Y es que el concepto de productividad involucra también la necesidad de consideraciones respecto a la naturaleza y especificidad de su objeto de conocimiento, un objeto que, como ya mostráramos en el preámbulo metodológico con que se inicia este trabajo, constituye una entidad especial irreductible a cualquier otro objeto del saber, consideraciones que comprometen no sólo el sentido de conocimiento de sí que todo ello implica, sino también los modelos, métodos y técnicas de conocimiento a él aplicables, y que en el caso de la psicología social conlleva su relación de ser en situación social, por lo que la consideración del objeto supone tanto una concepción del ser humano cuanto de la sociedad y de sus múltiples y posibles imbricaciones; imbricaciones con respecto a las cuales no podría ser ajeno el para qué y el para quien de la investigación psicosocial, y más allá, el problema ético-político de cómo las cosas deberían de ser (Guareschi, 2008).

Una toma de posición que nos lleva a optar, entre las ontologías organicistas y fisicalistas, por el primero de los sistemas en disputa y, por ende, por sus expresiones en la investigación psicosocial, aquellas en las que se destaca la libertad e iniciativa del ser humano, y en las que lo ontológico y lo ético se funden en el deber ser de las relaciones intersubjetivas en vista de “*nossa plena realizacao como seres humanos*”²⁸ (Dos Anjos, 1996, p. 12).

Toma de posición, que en el campo de la ética nos exige además abandonar toda pretensión de neutralidad valorativa. Con el concepto de productividad, como tendencia básica del ser humano, nos movemos de lleno en los campos de la ética y la moral, tan inherentes a la naturaleza misma del ser social como, paradójicamente, poco abordados por la psicología social (Guareschi, 2008).

En suma, del análisis y evaluación del concepto de productividad como premisa básica de la teoría del carácter social, su potencial heurístico en la investigación psicosocial y su pertinencia ético-política en la valoración de la condición humana actual, se puede concluir que efectivamente dicho concepto es constitutivo del núcleo duro de esta teoría, por lo que cualquier valoración acerca de la pertinencia, validez, consistencia y operatividad heurística o crítica de la misma, debe necesariamente hacerse sobre la base de una discusión en torno a tal concepto, el cual remite a la consideración del ser humano, no como una entidad pasiva producto de las contingencias materiales o mentales de vida, sino como un ente proactivo, o “*agency*”, capaz de relacionarse activamente con el mundo natural y social.

²⁸ “nuestra plena realización como seres humanos”

El mismo, si bien lo importa Fromm en gran medida del marxismo, también tiene sus fuentes en el psicoanálisis y, más allá, en la tradición profética talmúdica, invistiéndolo así no sólo de los significados propios de la capacidad transformadora de la actividad humana sobre su entorno natural y social sino también del libre despliegue de las potencialidades internas, así como de la capacidad de flexibilidad o conciencia de experimentarse a sí mismo como la personificación de tales poderes, e incluso trascender a su volubilidad, carencias y circunstancias, superarse y alcanzar su plena independencia y libertad.

Y pese a las críticas de una formulación abstracta, profética o utópica y de escasa contrastabilidad empírica, esta premisa de la productividad humana, sí goza de compatibilidad teórica y contrastabilidad empírica, tal y como puede colegirse de su consistencia con otras premisas como las del afán de superación, necesidad de autorrealización, actualización competencia o logro, agenciación y autoeficacia, y locus de control interno, así como de la evidencia arrojada por estudios empíricos en los que se encuentran diferencias significativas en diferentes poblaciones con respecto a indicadores de tendencias productivas del carácter tales como creatividad, emprendedurismo, agenciación, iniciativa, sentido de valía, actitudes de cuidado, crianza y formación, independencia respecto a la madre, empatía, compromiso y participación social, laboral y comunitaria, orientación sociopolítica democrática y amor a la vida.

Estas tendencias resultarían consustanciales a la condición humana y sólo bajo condiciones adversas en que se trunque su libre despliegue, devendrían en improductivas

y destructivas, de ahí su pertinencia en la valoración ético-política de las condiciones histórico sociales en que se desenvuelve la existencia humana.

Más allá del grado de restricción o libre despliegue de estas tendencias productivas, cierto grado de productividad estaría siempre presente y por ende sería identificable en toda estructura de carácter, de tal manera que dependiendo del grado de productividad/improductividad, así sería la configuración caracterológica global de la persona o el grupo social en cualesquiera circunstancias.

En consecuencia, con independencia de los rasgos hipostasiantes, proféticos o utópicos con que Fromm se haya inclinado a concebirlas, las tendencias productivas de asimilación e interrelación, sea conrainductiva o empíricamente, han de poder ser identificadas y descritas en relación a las condiciones socioeconómicas, políticas, socioculturales y psicosociales del momento, en nuestro caso las atinentes a la sociedad costarricense en el marco de su inserción en los actuales procesos de globalización y transnacionalización.

Lograrlo supone identificar, por un lado, las peculiaridades de las tendencias productivas plausibles en una sociedad como la costarricense de principios del siglo XXI, por el otro, las posibles combinaciones e intensidad con que dichas tendencias pueden expresarse en las matrices caracterológicas predominantes en un momento y lugar determinados y, finalmente, del grado de convergencia/divergencia que tales tendencias guardan con el entorno histórico-social inmediato y mediato.

**TERCERA PARTE:
LA TEORÍA DEL CARÁCTER SOCIAL Y LOS DOMINIOS DE LA
PSICOLOGÍA SOCIAL**

En esta tercera parte se discute la actualidad, consistencia externa y potencia heurística de la teoría del carácter social en el marco de la psicología social, en particular en lo que respecta a los tópicos de la psicología de los pueblos o diversidad sociocultural de las formaciones psíquicas, la formación o construcción social de las subjetividades y el papel social de éstas.

Consistencia Externa y Actualidad Heurística de la Teoría del Carácter Social en los Prolegómenos de la Psicología Social

Cuestión medular de la teoría del carácter social es la de dar cuenta de lo social y lo individual en su interjuego recíproco (Fromm 1932/1972b, Arrieta, 1992), dimensión problemática que se encuentra en el origen mismo de la psicología social como disciplina científica (León Rubio, Barriga Jiménez, Gómez Delgado et al., 1998; Páez, Valencia, Morales & Ursua, 1992).

Las preguntas en torno a la diversidad sociocultural de los individuos y hasta donde éstos son simples engranajes de aquella o ella la expresión de sus individualidades constituyentes, se remontan hasta tiempos prehelénicos (Rubio et al, 1998), pero no es sino con los cambios culturales, políticos, económicos y sociales del siglo XIX que se delimitan como una cuestión central fundacional de la psicología social, ya en la *Volkerpsychologie*,

que es definida como la ciencia del *volksgeist*, de aquello que es común a la actividad psíquica de todos los individuos de un determinado agregado social, de un pueblo, entendido éste como “un conjunto de individuos que se perciben a sí mismos como tal y que se cuentan como pertenecientes a él (-Lazarus y Steinthal, 1860, p. 34- citado por León Rubio et al, p. 6).

Y aspecto central de esa diversidad e influjo recíproco fue, ha sido, y es aún, el de explicar el desarrollo psíquico del individuo a partir del influjo que sobre él ejercen las fuerzas sociales, cuyo fundamento descansaría a su vez en la “actividad intermental” de aquellos (Tarde, 1893/2006).

Ya Marx por aquellos días de la *Volkerpsychologie* formulaba, en su Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política (1859/1974), que no es la conciencia del ser humano la que determina su ser sino su ser social el que determina su conciencia, esto

es que las formas de pensamiento de los individuos, compartidas o no, serían el resultado de las relaciones, que no de las circunstancias, sociales, en particular de los conflictos surgidos en el seno de las relaciones de producción; Emile Durkheim (1897/2004) establecía, a finales de siglo, el estatuto de hecho social de los fenómenos de *conscience collective* que existirían fuera y antes de todo individuo y contribuirían a moldear su carácter; y, entrando en el siglo XX, el sociólogo estadounidense Edward Ross (1908), uno de los fundadores de la Psicología social como disciplina científica, explicaba las creencias, voliciones y sentimientos compartidos por los individuos como resultado, a través de mecanismos como la imitación y la sugestión, de la vida en sociedad, aunque por la misma época el psicólogo inglés William McDougall (1908/2003), otro de los fundadores de la Psicología social, procuraba, en la acera de enfrente, mostrar que toda la compleja vida mental de las sociedades estaría determinada por tendencias individuales innatas.

Se configuró así en el acta fundacional disciplinar de la psicología social una suerte de bipolaridad en la consideración de los procesos sociales en el doble flujo de lo social y lo individual: de una parte quienes clamaban por la determinación social de lo individual y lo subjetivo, de la otra los que procuraban demostrar el fundamento individual y psíquico de todo proceso social y entre ambos toda suerte de mediaciones, desde el francés Gustave Le Bon (1895/1977), quien consideraba que en la muchedumbre el individuo se desindividualiza para sumergirse regresivamente en el grupo y en el inconsciente colectivo, al estadounidense Floyd Allport (1919), que, a la vez que rechazaba cualquier explicación que tuviese por fundamento alguna hipótesis instintivista o sustentada en la naturaleza humana, rechazaba también cualquier referencia a instancias supraorgánicas,

afirmando al unísono el carácter ambientalmente condicionado e individual de todo comportamiento social, pasando por el turco Muzaffer Sherif (1936), para quien por medio de la interacción social se crearían productos colectivos como las normas, valores, estereotipos y creencias sociales, que luego serían internalizados por los individuos dando origen a estructuras y fuerzas sociopsicológicas en la cognición individual, tensión que encontrará en el concepto de personalidad, sus procesos de socialización y función social, el eje medular de tales preocupaciones.

Ya en los 30 el estadounidense Gardner Murphy presentaba el primer texto de psicología social experimental, donde casi la mitad es dedicado al desarrollo de la personalidad y su socialización y, a finales de la siguiente década, profundizaba en este campo con su *Personality A Biosocial Approach to Origins and Structure*, en que además anticipaba el interés que hoy día existe por el sí mismo o *self* (Smith, 2005).

En estos años Muzaffer Sherif realizaba una serie de experimentos sobre el origen de las normas sociales a partir de la interacción entre los individuos y su posterior internalización por éstos. Sus experimentos demostrarían que las normas grupales son un producto de la interacción social en el sentido de que reflejan la influencia recíproca de los individuos en interacción y no de los puntos de vista de cada individuo, pero al tiempo que surgen de la interacción grupal se constituyen en estructuras psicológicas internalizadas, pues los individuos una vez separados de la situación grupal mantendrían como referente de sus actuaciones las normas adquiridas grupalmente y no aquellas que los caracterizaban previamente (Turner, J. C., 1995).

De manera más o menos simultánea se publicaba póstumamente, bajo el título *Espíritu, persona y sociedad* (1934/1982), el trabajo de G. H. Mead, en el que formulaba que la Psicología social estudia la experiencia y conductas individuales en tanto sociales, esto es, que

el individuo se experimenta a sí mismo como tal, no directamente, sino sólo indirectamente, desde los puntos particulares de los otros miembros individuales del mismo grupo social, o desde el punto de vista generalizado del grupo social, en cuanto un todo al que pertenece (p. 170).

El enfoque de Mead presentaba la particularidad de que superaba la oposición individuo-sociedad en nombre de una intersubjetividad constituyente, o si se prefiere, un modelo más transaccional que interaccional: el yo, o más propiamente, el sí mismo, se constituiría por la interrelación del niño con los otros significativos o personas que le rodean, esto es, iría surgiendo al mismo tiempo y en el mismo proceso por el que se va socializando o interiorizando el sistema social adulto en que se halla inmerso.

En esta década el interés por el impacto social sobre la personalidad también estuvo fuertemente influido por las ideas freudianas y, en particular, por sus revisiones freudomarxistas y neofreudianas, dentro de las cuales destacaría Erich Fromm.

Dentro de esta perspectiva, los estudios sobre los orígenes sociales del carácter tomaron fuerza en la Psicología social alemana y se extenderían en las dos décadas siguientes a la Psicología social estadounidense.

El interés por el interjuego entre las condiciones socioeconómicas de vida, las prácticas sexuales y las condiciones anímicas del proletariado alemán sería el epicentro del programa del austriaco Wilhelm Reich, principal exponente del freudomarxismo. Para

Reich los aspectos básicos del carácter de la persona se producían en la primera infancia, por lo que su personalidad adulta no sería reflejo de sus condiciones actuales de vida, sino de sus experiencias de crianza, en particular de las regulaciones y frustraciones sexuales y la competitividad filial surgidas en el seno familiar.

En estos años también Fromm inició un estudio sobre las tendencias autoritarias de los trabajadores alemanes, que si bien seguía en sus lineamientos básicos los presupuestos formulados por Reich en *Psicología de masas del fascismo* (1933/1980), estaba menos interesado en la represión sexual que en los cambios psicosociales aparejados con la modernización industrial. Se enfocó en las relaciones entre las condiciones socioeconómicas, la estructura libidinal, más tarde carácter social típico, y la ideología; pensaba que las personas se adaptan a las nuevas condiciones socioeconómicas transformándose en sus estructuras psíquicas más íntimas, transformaciones que a su vez contribuirían a determinar la ideología y a configurar las condiciones sociales.

Poco después, en *El miedo a la libertad* (1941/1998) introducía el concepto de carácter social, que ya había formulado en un artículo no publicado a finales de esa década (1937/1996), con el que rompía con la teoría freudiana de los instintos sexuales, en favor de una teoría de los impulsos socialmente mediados, específicamente humanos, que en vez de comprenderse como sublimaciones o formaciones reactivas de aquellos instintos constituirían reacciones a determinadas condiciones de vida en las que el ser humano ha de satisfacer tanto sus impulsos instintivos naturales generales (sed, hambre, sexualidad) como los propios de su condición humana específica y los sociohistóricamente creados, constituyendo la estructura de carácter la matriz prototípica de ajuste de la persona a su particular forma de vida

Entendido como colección de rasgos ampliamente compartidos como resultado de desenvolverse bajo condiciones socioeconómicas semejantes, el carácter social fungiría como fuente de las confirmaciones ideológicas que configuran el orden social; y así como factores socioeconómicos específicos incidirían en las variaciones de las matrices sociales del carácter, éstas devendrían en fuerzas cohesionadoras o disruptivas del ordenamiento social.

Es esta misma perspectiva psicoanalítica, particularmente neofreudiana, la que en ésta y la siguiente década, animó el interés por los estudios interdisciplinarios de personalidad y cultura de la escuela culturalista con la que también Fromm colaboraría muy estrechamente (Caparrós, 1975, Friedman, 2013).

Con el término de personalidad básica (Kardiner, 1939/1945), antropólogos y psicoanalistas se refirieron a un conjunto de pautas, actitudes, valores y conductas compartidas por el grueso de miembros de una sociedad, como resultado de experiencias de crianza o procesos de socialización habidos en común, que a su vez determinarían el desarrollo de instituciones como las religiones, ideologías y demás sistemas de valores. Se develaba de este modo el nudo de las interacciones entre lo individual y lo sociocultural.

En este período, si bien el estudio psicosocial de la personalidad y su influjo sociocultural mantuvo una orientación no sólo psicoanalítica sino también humanística, *“in the sense that they were all concerned with human meanings and values”*²⁹ (Smith,

²⁹ “en el sentido de que todos estaban preocupados por significados y valores humanos”

2005, p. 335), experimentó por otra parte un marcado influjo behaviorista, ya iniciado por Floyd Allport en los 20, ahora impulsado por los estudios que, en el marco de la segunda guerra mundial, afloraron sobre el influjo psicosocial de los medios de difusión masiva y la formación de las actitudes, y que enfatizaban en la conducta del individuo como función del medio social y de la forma en que este es experimentado por él.

Los 50 y la posguerra, vieron florecer los estudios sobre personalidad y autoritarismo en EEUU. llevados a cabo por el filósofo alemán Theodor Adorno en compañía de los psicólogos estadounidenses Daniel Levinson y Nevitt Sanford y la ucraniana, también psicóloga, Else Frenkel-Brunswik (Adorno, Levinson, Frenkel-Brunswick & Sanford,1950/1965), que profundizaban en los influjos recíprocos entre personalidad y estructura social.

Empero, esta década experimentará ya un debilitamiento en el interés por el estudio psicosocial de tal problemática, sustituido, en buena parte, por el auge de la investigación experimental y gestáltico-cognoscitiva de los procesos lógico racionales con que se afrontarían diferentes aspectos del comportamiento social (Smith, 2005).

Desde esta otra perspectiva, Los trabajos del alemán Kurt Lewin y sus colaboradores, así como del austriaco Fritz Heider, marcaron una psicología social más centrada en el aquí y ahora de la interdependencia entre individuo y grupo, que en las experiencias previas de vida y demás procesos de socialización o construcción sociocultural de la subjetividad que caracterizaran los estudios sobre personalidad y estructura social de los años 30 y 40. La persona ahora, al decir de Lewin, sería un punto

en el espacio hodológico, expuesta a los avatares del campo de fuerzas que operan en el aquí y ahora de ese espacio (1969).

Este interés por los aspectos más comportamentales y actitudinales que de carácter o personalidad, y en contextos más experimentales e intersubjetivos que naturales y societales, orientaron predominantemente los estudios sobre influjo social, conformismo, obediencia y sumisión que proliferaron en la década de los 60. Y sin embargo, algunos autores resaltarán la afinidad de estas investigaciones con los ensayos frommianos sobre tendencias autoritarias del carácter y la conformidad (Collier, Minton y Reynolds, 1996).

En todo caso, este viraje hacia los procesos cognoscitivos en la explicación de los comportamientos sociales, se acentuó en los 70 con los estudios sobre atribución, percepción y procesamiento de la información.

Con el impulso de la crítica posmoderna y el relativismo cultural de las ciencias que caracterizará las últimas décadas del siglo XX, si bien el interés por las relaciones entre personalidad y estructura social como prolegómeno de la Psicología social, mucho más enfocada en cuestiones prácticas relativas a la resolución de problemas del comportamiento social humano ante situaciones, circunstancias y dilemas específicos (Baron y Byrne, 1998), decaerá aún más (Páez et al. 1992; Smith, 2005), los estudios sobre las diferencias culturales y de género, así como los acercamientos a la psicología del sí mismo y de la identidad social (cf. Kashima, Foddy, & Platow, 2002; Tajfel y Turner, 1986, Bandura, 1989), mantendrán vivo el interés psicosocial por el interjuego entre lo individual y lo societal en el marco de los estudios de la personalidad, su socialización y papel social (Brewer, Kenny & Norem, 2000).

En suma, hoy en día la cuestión general en torno a las relaciones individuo-sociedad, más precisamente, a como lo individual deviene en social y este produce determinadas formas de subjetividad o relación con el sí mismo y los otros (Neves da Silva, 20), tema medular de la teoría del carácter social, seguiría siendo actual en los dominios de la psicología social.

No resulta sorprendente entonces que un conjunto de psicólogos españoles como León Rubio, Barriga Jiménez y Gómez Delgado (León Rubio, Barriga Jiménez, Gómez Delgado et al., 1998) haya afirmado a finales del siglo pasado que la teoría sobre el carácter social de E. Fromm constituye aún, dentro de la orientación general del Psicoanálisis, una teoría de alcance medio que permitiría “establecer hipótesis operativas y contrastables” (p. 16).

Ahora que, si bien de este rápido recuento fácilmente se colige la pertinencia histórica de la problemática de la teoría del carácter social en el campo de la psicología social ¿en qué medida las premisas y hallazgo básicos del programa de investigación de la teoría del carácter social resultarían aún compatibles con el estado del conocimiento actual sobre los modos de influjo recíproco ente individuo y sociedad, particularmente en torno a la personalidad, su socialización y papel social?

Antes de adentrarnos en la respuesta a estos interrogantes, dos digresiones necesarias por las que también se debate la pertinencia y actualidad heurística de la teoría del carácter social en el campo de la investigación psicosocial: una referida al papel de la ética o la axiología en la investigación psicosocial, la otra al “enfrentamiento entre el

paradigma cualitativo y cuantitativo en la construcción del conocimiento social” (León Rubio et al., 1998, p. 14) y en ambas, la pertinencia de la teoría del carácter social respecto a dichas problemáticas.

De la teoría del carácter social y el punto de vista ético en la investigación psicosocial

En el campo de la psicología social, al igual que en resto de las ciencias sociales, e incluso, aunque en menor escala, en el campo de las ciencias en general, existe una larga y profusa literatura sobre el tema de la ética, o axiología, en el conocimiento y el significado y alcances del ideal del conocimiento objetivo, libre de valores no cognitivos.

En términos más o menos generales, dicho debate oscila entre dos polos básicos y una multiplicidad de variantes intermedias, siendo expresiones de esa oscilación, de una parte una perspectiva que, sustentada en la oposición sujeto-objeto, apela constantemente a la objetividad y neutralidad valorativa del conocimiento, al carácter positivo empíricamente fundacional de los datos de experiencia, y a su registro mediante el empleo de procedimientos públicos fiables (Nagel, 1961). De la otra, una que, sustentada en la idea de proceso, en que más que como entidades preestablecidas concibe al sujeto y al objeto como polos en una transacción dialéctica en permanente recreación, defiende el carácter holístico o totalizante de todo conocimiento así como la imbricación ética de toda práctica científica (Habermas, 1984). Y entre ambas, perspectivas tales como la concepción liberal para la que la ética y los valores solo deben influir en la selección de los temas y utilización de resultados, no en su tratamiento (Weber, 1973), o el relativismo epistémico, para quien la verdad como la ética, son asuntos de gusto, conveniencia, o

estilos de vida, en los que no puede hacerse ninguna afirmación objetivamente válida (Feyerabend, 1982), se ubican hacia uno u otro extremo.

Lejos estamos de creer que dicha polémica haya sido zanjada de una u otra manera o haya sufrida la obsolescencia de las viejas metafísicas a las que el pensamiento posmoderno condena con sus pretensiones deconstruccionistas. Antes bien, seguimos apegados a una máxima de la Sociología del Conocimiento (Mannheim, 1941) y que la psicología Social crítica hace suya, ésta es, la premisa, ampliamente compartida por el pensamiento post, de que las ciencias en general, y las ciencias sociales en particular, no son ajenas a los contextos en que emergen, operan y evolucionan. Estos contextos ciertamente comprenden coordenadas epistemológicas, metodológicas e incluso técnicas, que funcionarían, al decir de Mario Bunge (1981) o Imre Lakatos (1989), como contextos teóricos de validación, pero también, con Thomas Kuhn (1985) y Paul K. Feyerabend (1982), políticas, culturales y económicas, entre otras, que determinarían algo más que su pertinencia y oportunidad.

Esto significa, entre otras cosas, que no se puede conducir un debate sobre los aspectos problemáticos del conocimiento producido en cualquier campo del conocimiento, en particular en el de las ciencias sociales, como si se tratase enteramente de cuestiones sobre hipótesis o proposiciones falsables, pero tampoco disciplinarias o incluso puramente epistemológicas; las cuestiones axiológicas, normativas, políticas y, en definitiva, histórico socioculturales, forman parte indisoluble en el abordaje de los problemas a analizar.

En consecuencia, como afirmara el psicólogo social español Tomás Ibáñez en “La tensión esencial de la Psicología social”, artículo publicado en *Teoría y Método en Psicología Social* (1992):

Cada cual puede participar de las opciones políticas que considere las más convincentes, pero nadie puede escudarse detrás de la ingenua afirmación de que se limita a investigar las cosas tal y como son y a presentar sin más los resultados que ha encontrado. Dicha imposibilidad nace sencillamente del propio hecho de que nadie puede interrogar asépticamente la realidad y transmitir de manera neutra la respuesta aportada supuestamente por la propia realidad ante su hábil cuestionamiento. Si no hay conocimientos que se encuentren exentos de valores, entonces se torna legítimo elegir los conocimientos recurriendo también a criterios normativos (p. 24).

En suma, no existiría una teoría, método o comunidad científica neutral o libre de valores no cognitivos. Ergo, si esta pretensión fuese característica inherente a una “ciencia positiva y descriptiva” (Caparrós, 1975), hemos de concluir que resulta un contrasentido, pues no sería posible una ciencia tal, como tampoco lo sería considerar legítimas las protestas de quien, sustentado en dichas presunciones, pretenda abstenerse de cualquier consideración ética.

Y el pensamiento Frommiano, pionero del compromiso ético y social del conocimiento en Psicología social (Collier, Minton & Reynolds, 1996), seguiría vigente respecto a esta problemática desde una doble perspectiva:

- el ser humano como entidad esencialmente moral
- la praxis del conocimiento, al menos psicosocial, como una actividad intrínsecamente moral.

Ya en sus primeros escritos Fromm se apartó de la teoría freudiana de la libido con sustento en la premisa de un ser humano movido por pasiones y no por instintos, y en

Psicoanálisis y ética, escrito a finales de los 40 (1947/1985) formuló “que los problemas de la ética no pueden omitirse en el estudio de la personalidad, ya sea en forma teórica o terapéutica. Los juicios de valor que elaboramos determinan nuestras acciones y sobre su validez descansa nuestra salud mental y nuestra felicidad” (p. 9-10).

Contrario a la pretensión genético-pulsional de Freud, Fromm no encontraba posible una cabal comprensión de la personalidad humana sin la comprensión del ser humano en su totalidad, lo que incluía su propia necesidad de procurar respuesta al problema del sentido de su existencia y descubrir los valores y normas de acuerdo a los cuales vivir.

La misma idea de persona, argüirá en algún sentido similar el psicólogo social neozelandés Rom Harré (1982), está ligada a la posibilidad de que la persona realice acciones morales, lo que a su vez supone la realización de acciones no sólo en interés del sí-mismo sino de otros.

En la teoría del carácter social, los valores resultan un constitutivo inherente en el desarrollo de las habilidades cognitivas, volitivas y afectivas en sus interrelaciones con el entorno: en tanto la formación de las tendencias productivas del carácter estarían a la base de la disposición virtuosa, la formación de las tendencias improductiva lo estaría a la de toda disposición al vicio.

Para Fromm, afirma el psicoanalista alemán Rainer Funk (2002), “*there is an intrinsic primary tendency to growth in all human beings. Thus, morally good is whatever*

further the growth of our own powers by which we relate to the outside world and to ourselves in a loving, "sane" and creative way" (p. 18)³⁰.

Moralmente malo, por lo contrario, sería todo lo que obstaculice aquellas tendencias primarias productivas o biofílicas: destructividad, necrofilia, narcisismo, fijación materna.

En consecuencia, si bien los esfuerzos morales resultarían de los procesos de relación con el mundo y los demás, procesos de asimilación y relación, ellos no estarían dictados por los requerimientos sociales, políticos y económicos, aunque ciertamente el desarrollo en una u otra dirección moral dependería del impacto de estos requerimientos sobre aquellas potencialidades.

No habría requerimientos sociales, económicos o culturales intrínsecamente buenos o malos, serían sus efectos sobre el ser humano y el desarrollo o perversión de sus potencialidades los que resulten juzgables moralmente.

Dice Funk (2002) al respecto:

There is no good or bad economy as such; nor any good or bad societies as such; or any intrinsically good or bad religions. It takes analysis of the effects of a particular way of producing, or of a particular way of worshipping, or of a particular way of raising children, to make moral judgment as to whether the determining environment leads, or has led, to productivity and individuation or to neurotic symptoms and psychological dysfunction, i.e. to a 'pathology of normalcy', to use Fromm's own coinage for how non-productive orientations play out on social character (p. 23)³¹

³⁰existe una tendencia primaria intrínseca al crecimiento en todos los seres humanos. Luego, moralmente bueno es todo lo que promueve el crecimiento de nuestras propias fuerzas, en que podamos relacionarnos con el mundo exterior y con nosotros mismos de una manera amorosa, "sana" y creativa.

³¹No hay buena o mala economía como tal, ni ninguna sociedad buena o mala como tal, ni ninguna religión intrínsecamente buena o mala. Se necesita un análisis de los efectos de una determinada

Y dado que sería la orientación de la estructura de carácter la que determine nuestros actos, lo que importa no es el comportamiento per se, ni tampoco una norma como tal sino aquella orientación del carácter que subyace a la persona que se comporta.

Ahora que, si los temas de la moral y el juicio moral se refieren a los efectos productivos o improductivos que el medio ambiente tiene sobre la orientación del carácter y sus pasiones, entonces la cuestión de los valores humanos y su conocimiento necesariamente conllevarían una dimensión política y aquí nos adentramos en la cuestión de la praxis del conocimiento como una actividad intrínsecamente moral.

Para Fromm, la práctica del conocimiento no podía abstraerse del contexto de las circunstancias sociales más amplias en que se desenvuelve, pues

sólo podemos vernos a nosotros mismos certeramente, si somos capaces de ver a los demás certeramente, sólo si somos capaces de verlos en el contexto de las circunstancias sociales, es decir, sólo si miramos aguda y críticamente todo lo que está sucediendo a nuestro alrededor en el mundo (1985, p. 186).

Mas con la posmodernidad, se destacará la inmensa variedad de posibilidades humanas y morales, lo que sugeriría una arbitrariedad de los valores y normas, ni Dios ni la tradición ni la naturaleza humana podrían constituir fuente confiable de valores y

manera de producir, o de una forma particular de adoración, o de una manera particular de crianza de los hijos, para hacer juicio moral en cuanto a determinar si el medio ambiente lleva o ha llevado, a la productividad y la individuación o a los síntomas neuróticos y disfunción psicológica, es decir a una "patología de la normalidad", para usar la propia acuñación de Fromm de cómo las orientaciones no productivas juegan en el carácter social.

normas. Estos vendrían a sermeramente opciones en el amplio abanico de los estilos de vida (Funk, 2002).

Today we live in socioeconomic systems in which a marketing orientation is required. Thus we develop values and norms, which serve the ideal of marketing. To be a success on the market one has to be adaptable, flexible, mobile, unattached, without genuine feelings, able to slip into any role and to be identified with whatever traits of personality confer success – independently of one's true identity. The valuable is whatever serves the cause of one's own marketing.

We are witnessing a fundamental change of values and norms and it would seem that mankind is endowed with unlimited changeability. Does not the changeability of the human species speak for the arbitrariness of values and norms and against ethics having any binding character, which goes beyond the given historical–economical, cultural, and social – situation?(Funk, 2002, p. 19)³²

Pero esta visión no sería una metacognición crítica como se pretende, solo sería la expresión de la transnacionalización del ideal mercantil de la vida, sustentada en última instancia en el presupuesto tecno mercantil de que lo posible es lo deseable.

Más allá, la oposición entre las posiciones extremas seguiría estando presente en la actualidad, aunque estén sufriendo constantes cambios en los puntos de partida.

En un extremo están los que sólo reconocen y admiten una especie de psicología del científico, que influye en la investigación a través de su socialización y sistema de valores particular; en el otro extremo, aprovechando el fracaso de una ciencia libre de valores, se defiende la justificación de la psicología social exclusivamente por su carácter terapéutico, es decir, en la medida en que mejora la salud social y política de una comunidad o sirve como instrumento a una ideología determinada (Collier, Minton & Reynolds, 1996, p. 24).

³²Hoy vivimos en sistemas socioeconómicos en los que se requiere una orientación mercantil. Así desarrollamos valores y normas, que sirven al ideal del mercado. Para tener éxito en el mercado uno tiene que ser adaptable, flexible, móvil, sin ataduras, sin sentimientos genuinos, capaces de adoptar cualquier papel y ser identificados con cualquier rasgo de personalidad que confiera éxito-independientemente de la propia identidad-. Valioso es lo que sirve a la causa de la propia comercialización. Estamos siendo testigos de un cambio fundamental de valores y normas, y parecería que la humanidad está dotada de variabilidad ilimitada. ¿Acaso la variabilidad de la especie humana habla por la arbitrariedad de los valores y las normas y la ética en contra de tener cualquier carácter vinculante, que va más allá de la situación histórica, económica, cultural y social dada?

Y entre ambas, posiciones que, sin desmerecer la función cognitiva de las estrategias de producción del conocimiento, reconocerían que estas no son ajenas a los asuntos éticos, muy por el contrario, y dado que el sujeto del conocimiento, individual o social, se encuentra de una u otra manera comprometido con la realidad que estudia, tienen necesariamente implicaciones directas o indirectas sobre cualesquiera ética de la dignificación humana o, en palabras de Paul Ricoeur (1996), “de la vida buena, con y para otros, en instituciones justas” (p. 176).

Esta relación, más bien natural que artificiosa o contingente entre conocimiento y ética, actividad científica y moral, fue defendida desde los inicios de su obra por Erich Fromm, quien siempre se proclamó partidario de una praxis gnoseológica comprometida con la ética del amor a la vida, del desarrollo de las potencialidades humanas, un programa que aún hoy, o hoy más que entonces, seguiría siendo actual como norte axiológico del conocimiento en psicología social (Vieira Zanella, 2008).

De la teoría del carácter social y la cuestión de las metodologías cuantitativas y cualitativas en la investigación psicosocial

Falsas divisiones o no, la investigación en general, y en psicología social en particular, ha de atender a la adecuación de heurísticas, metodologías, técnicas e incluso instrumentos, a las especificidades de sus objetos y problemas, una adecuación que más que presupuesta ha de ser demostrada.

El ideal positivista, y modernista (Vieira Zanella, 2008) de un monismo metodológico, sustentado en el ideal naturalista de la ciencia, garante de la cientificidad

del conocimiento en cualesquiera de sus ámbitos, ha sido desde sus orígenes cuestionado, por lo general desde perspectivas más culturalistas e historicistas.

Ya a principios de los 20 del siglo pasado Liev Vygotskij sostenía que

cualquier nuevo enfoque de principio sobre los problemas científicos conduce también, necesariamente, a nuevos métodos y modos de investigación. El objeto y el método de investigación resultan íntimamente enlazados uno con el otro... La elaboración del problema y del método siguen, más que un curso paralelo, una marcha conjunta hacia adelante. La búsqueda del método se convierte en una de las tareas principales de la investigación. El método, en estos casos, es al mismo tiempo premisa y producto, instrumento y resultado de la investigación (1987, p. 51)

Más recientemente Morales (1981) afirmará que, dependiendo del nivel de complejidad de las variables implicadas y el grado de intensidad y estabilidad temporal de las relaciones entre ellas, será más indicado optar por diseños experimentales o métodos observacionales y diseños no experimentales

Y aunque referido al más estrecho marco de la división entre investigación descriptiva, correlacional y experimental, a las que se podrían agregar las oposiciones entre investigación básica y aplicada, de laboratorio o de campo, etc., León Rubio y colaboradores (León Rubio, Barriga Jiménez, Gómez Delgado & González Gabaldón, 1998), han afirmado recientemente que “el procedimiento o método específico que [el investigador] adopte al dirigir una investigación determinada depende mucho del tipo de pregunta que esté tratando de responder, es decir, el tipo de método de investigación elegido por el investigador dependerá del fin último de la investigación” (p. 20).

Se abre así el camino, afirma la psicóloga brasileña Andrea Vieira Zanella (2008)

para o acolhimento de olhares múltiplos que recobrem facetas, prismas e ângulos diferenciados. Abre-se assim a possibilidade do reconhecimento da realidade como

complexa, contraditória, múltipla e em permanente transformação, bem como do pesquisador como constituído por essa realidade e que sobre ela se debruça, com foco em um aspecto e lentes que pode lançar mão naquele momento histórico, com as condições sociais e políticas em que se insere (p. 50)³³

Congruentemente Páez, Valencia, Morales y Ursua (1992) concluían, a finales del siglo pasado, que

la Psicología es multiparadigmática y multimetodológica, y que en la actualidad, después del abandono del positivismo lógico y del conductismo, con el dominio del estructuralismo funcionalista en la psicología cognitiva dura y de la hermenéutica en la psicología blanda, es más fácil un diálogo y un desarrollo complementario” (Páez, Valencia, Morales & Ursua, 1992).

Hoy entonces, más que un antagonismo irresoluble, habría una apertura a concebir diferentes diseños metodológicos, incluidas diversas modalidades mixtas (Hernández Sampieri, Fernández Collado & Baptista Lucio, 2007), según las particularidades de la realidad a estudiar.

Y al respecto, la perspectiva sociopsicoanalítica iniciada por Fromm habría demostrado el poder heurístico y status científico de las metodologías cualitativas, a la vez que las posibilidades de complementariedad de estas metodologías con las cuantitativas, con las que tradicionalmente se las ha contrapuesto bajo presunciones de inconmensurabilidad. (Fromm, 1984; Fromm y Maccoby, 1970/1974).

En Sociopsicoanálisis del campesino mexicano, Fromm y Maccoby (1970/1974) resaltaron la excelencia subjetiva del intérprete por sobre la estandarización objetiva de

³³ para el alojamiento de múltiples perspectivas que recubren las facetas, prismas y ángulos diferentes. Se abre así la posibilidad de un reconocimiento de la realidad como compleja, contradictoria, múltiple y en constante cambio, y del investigador como constituido por esta realidad y que se inclina sobre ella, centrándose en aspectos y visiones que responden al momento histórico y condiciones sociopolíticas en que operan.

las observaciones y los análisis, pero también rescataron el valor de los procedimientos de análisis cuantitativo, así como el valor de lo que hoy llamaríamos criterios de triangulación de validación entre teorías, ambos tipos de métodos e investigadores.

La teoría del carácter social y el estado actual de los estudios sobre la psicología de los pueblos o diversidad sociocultural de las formaciones psíquicas

De los estudios de la *Völkerpsychologie* a la investigación transcultural, pasando por los estudios de cultura y personalidad y carácter nacional, se ha mantenido una importante tradición en psicología social en torno a los problemas relacionados con el modelamiento y diferenciación socioculturales del carácter y la personalidad.

En la tradición de la *Völkerpsychologie*, o psicología de los pueblos, iniciada por Moritz Lazarus (Lazarus y Steinthal, 1860) y continuada por Wilhelm Wundt (1888), se proponía que los procesos psíquicos se encuentran asociados a la vida en común de los seres humanos, y por lo tanto todas las funciones psíquicas superiores estarían constituidas, facilitadas y reguladas por procesos culturales (Belzen, 2005); y estos no se podrían explicar en términos de psicología individual o general, sino en términos de su entorno mental, esto es, investigados en el contexto de la vida grupal, su lenguaje, mitos, costumbres y tradiciones en general, entornos que difieren de un pueblo, una clase social o un grupo étnico, a otro (Belzen, 2005; Diriwächter, 2004).

De acuerdo con el espíritu de la *Völkerpsychologie*, los patrones culturales de la acción, el pensamiento y la experiencia serían creados, adoptados y promulgados por los individuos en colectivo. Tales patrones serían supra-individuales o socioculturales más que individuales, y constituirían “artefactos” (Diriwächter, 2004) más que entidades

naturales. Los fenómenos psicológicos serían por lo tanto culturales en la medida en que son artefactos sociales, es decir, en cuanto su contenido, modo de operación y relaciones dinámicas son socialmente creados y compartidos por un número de individuos e integrados con otros artefactos sociales.

Para Wundt, el pensamiento no era una característica de la mente individual, éste solo podría ser investigado en el contexto de la vida grupal, su lenguaje, mitos y costumbres, campos de la *Völkerpsychologie*. De igual manera, lenguaje, moral y religión no serían productos individuales sino creaciones colectivas y por ende no podría explorárselos a nivel individual, sino como fenómenos resultantes de la interacción mental de una multiplicidad de individuos.

Wilhelm von Humboldt, precursor de la *Völkerpsychologie*, formuló que el idioma sería una de las fuerzas constitutivas de la subjetividad humana, pues siendo nacidos en una comunidad de idioma, los individuos tienden a desarrollar una subjetividad semejante. A este respecto, el idioma podría ser visto tanto como la fuerza que crea así como la herramienta de procesos mentales más altos (Diriwächter, 2004).

Una tesis similar sería la que vino a formular la teoría del carácter social a mediados de los 30 del siglo XX, al plantear que el conocimiento y comprensión de los procesos de formación sociocultural del psiquismo, deberían de iniciar con el examen de las condiciones objetivas sobre las que se estructuran las sociedades y solo entonces determinar la forma específica en que tendrían lugar los procesos de formación social del carácter (Fromm, 1955/1985).

Empero, a diferencia de la presunción de la *Völkerpsychologie* de una psicología de los pueblos trans o supra individual, sus premisas serían más bien interactivas o transaccionales. La psicología del carácter social, a diferencia de la *Völkerpsychologie*, no podría ser otra cosa que el develamiento de las matrices socioculturales en las estructuras psíquicas de los individuos en relación de un colectivo, y lo que Wundt entendía por *Völkerpsychologie* y sus materias: religión, costumbres, lenguaje, correspondería a la superestructura cultural de la sociedad, no a la dinámica psicosocial o intersubjetiva que amalgama superestructura sociocultural e infraestructura socioeconómica.

En consecuencia, y siguiendo a Gabriel Tarde (1893/2006) más que a Emile Durkheim (1895/2000), la unidad de análisis de la Psicología social analítica sería el individuo en sociedad o como miembro de un grupo, estamento, clase o cultura.

Posiciones similares a la formulada por Fromm las encontramos en los exponentes del programa de cultura y personalidad de la antropología social, desarrollado contemporáneamente con la teoría del carácter social.

Ruth Benedict (1934/1970), con la perspectiva configuracionista de la cultura, propuso el concepto de ethos para hacer referencia al carácter único y holístico de toda cultura, que presiona hacia un tipo ideal de personalidad. Según Benedict, cada cultura gozaría de sus propios y particulares mecanismos de selección cultural entre las potencialidades naturales de los seres humanos, dando preponderancia a unas e ignorando y hasta rechazando otras incompatibles con el ethos de dicha cultura. En consecuencia los

miembros de una cultura configurarían un determinado estilo de personalidad común predominante en detrimento de otros estilos posibles.

También Margaret Mead (1939/1974) destacó esa perspectiva interactiva al enfocarse en la transmisión cultural de las estructuras del carácter; la esencia del enfoque cultural, sostenía, es que todos los miembros de una determinada cultura participan del mismo carácter cultural.

Y Abraham Kardiner (1939/1945), propuso el concepto de personalidad básica, desarrollado de manera más interactiva que paralela con el de carácter social de Fromm, según el cual, las grandes instituciones y producciones culturales, presuntamente supraorgánicas según la *Völkerpsychologie*, tales como la religión, mitología, sistemas de creencias, ideología y política, son más bien producto de la personalidad básica, cuyos rasgos son compartidos por todos los miembros de una misma sociedad y que resulta de las experiencias de crianza infantil y las técnicas de subsistencia. Siendo la personalidad básica un producto inducido en los miembros de una sociedad por las formas específicas de las instituciones primarias de cada sociedad, su forma, contenido y estilo variarían ampliamente de cultura a cultura en la medida en que varíen las instituciones que la moldean.

Este concepto de personalidad básica tomaba la forma operacional de personalidad modal en los trabajos de Ralph Linton (1945) y Cora DuBois (1944), para quienes la personalidad básica de una cultura se expresaría en el tipo psicológico más frecuente observado en una sociedad.

Más allá de las diferencias de matiz, tanto la teoría del carácter social como el programa de cultura y personalidad, destacaban la constante interdependencia existente entre individuo y entorno sociocultural, entre las demandas e imposiciones y estilos socioculturales y las estructuras subjetivas, existiendo una especie de modelos o patrones socioculturales y/o socioeconómicos en torno a los cuales se desarrollarían las individualidades de sus miembros y, con mayor o menor grado de conciencia, éstos se adaptarían y asimilarían o los rechazarían, evadirían o subvertirían.

También desde un enfoque interactivo muy semejante, Erik Erikson (1945/1966) resaltaba cómo las perspectivas histórico-geográficas y las metas y medios económicos caracterizarían la psicología de los pueblos, sus visiones de mundo e ideales de conducta, dentro de los que forman parte integral los estilos de crianza infantil, y procuraría demostrar los vínculos que las prácticas de crianza y las estructuras de carácter resultantes guardarían con las peculiaridades ecológicas y socioeconómicas del modo de vida de los distintos pueblos.

Al respecto de tales interrelaciones afirmó:

No queremos dar a entender que el tratamiento que se da a los niños al comienzo de la vida determina que un grupo de adultos tenga determinados rasgos, como si fuera posible apretar determinados botones en el sistema de educación de un niño para fabricar esta o aquella clase de carácter nacional o tribal. En realidad, no consideramos aquí los rasgos en el sentido de aspectos irreversibles del carácter. Nos referimos a metas y valores y a la energía que los sistemas de educación infantil ponen a su disposición. Tales valores persisten porque el ethos cultural sigue considerándolos naturales y no admite alternativas. Persisten porque se han convertido en una parte esencial del sentimiento de identidad de un individuo, que éste debe preservar como núcleo de la salud y la eficiencia. Pero los valores no persisten a menos que sean eficaces económica, psicológica y espiritualmente. Y sostengo que, con tal fin, deben seguir estando anclados, generación tras generación, en la temprana educación infantil; mientras que esta última, para permanecer congruente, debe estar arraigada en un sistema de síntesis cultural y económica continuada. Pues es la síntesis que actúa dentro de una cultura la que tiende cada vez

más a llevar a una estrecha relación temática y a una amplificación mutua cuestiones tales como el clima y la anatomía, la economía y la psicología, la sociedad y la educación infantil (Erikson, 1966, p. 123-124).

Con la segunda Guerra Mundial y poco después, varios de los antropólogos del programa de cultura y personalidad desplazaron su interés del estudio de las culturas primitivas hacia el de las sociedades industriales modernas, dando inicio a los estudios del carácter nacional: Benedict estudió el carácter japonés (1948/2004), mientras que Mead hizo lo propio con la personalidad estadounidense y rusa (Collier, Minton y Reynolds, 1996)³⁴.

En estos años en la URSS los psicólogos soviéticos, desde la perspectiva de la construcción del socialismo, abordaron el estudio del carácter social, destacando la bipolaridad entre colectivismo e individualismo: Las personas con carácter colectivista darían muestras de un fuerte sentido de identidad, arraigo y pertenencia al colectivo, “Sus intereses, fines y tendencias particulares están supeditadas a los intereses, fines y tendencias del grupo”(Smirnov y otros, 1960, p. 468). En contraste la persona de carácter individualista o egoísta estaría dominada por intereses de avaricia personal o familiar, por la tendencia preocuparse en primer lugar por el bienestar personal, por el beneficio propio.

Ya propiamente en los 50, David Riesman mantendría esta línea de interés centrada en la psicología de los pueblos y desde la perspectiva de la teoría del carácter social. Resaltando aspectos más de índole sociodemográfica, planteó que históricamente y socialmente el carácter social, que lo entendía como “aquella parte del carácter que comparten los grupos sociales

³⁴ Fromm, muy vinculado al programa de Cultura y Personalidad participó de un proyecto de la UNESCO para el estudio del carácter nacional australiano que, por falta de financiamiento, no se llevaría a cabo (Friedman, 2013).

significativos y que constituye el producto de la experiencia de esos grupos” (Riesman, 1950/1981, p. 16), en las sociedades occidentales o sujetas a su influencia, habría evolucionado en función de la dinámica sociodemográfica experimentada. En las sociedades medievales, de “alto potencial de crecimiento”, el tipo predominante habría sido el de individuos dirigidos por la tradición, organizados según edad y sexo, con un fuerte énfasis en las relaciones de parentesco y una identidad colectivista, regulada por el ritual, la rutina y la religión. Con la revolución industrial y la industria de manufactura, tendríamos las sociedades de “crecimiento transicional”, en que el tipo predominante pasaría a ser el individuo autodirigido, rígido y altamente individualizado, que habría incorporado desde niño un anhelo o plan de vida, activado por sus padres. Finalmente, en las sociedades posindustriales, de “declinación incipiente” se llegaría a imponer un tipo heterodirigido, sensible a las expectativas y preferencias de los otros; sus relaciones con el mundo exterior y consigo mismo se producirían a cada vez más temprana edad, por el flujo de interacciones que excederían el ámbito familiar, en particular las provenientes de los medios de comunicación masiva.

Con los 70 surgiría, a caballo con la revolución cognoscitivista y la semiótica posestructuralista, la psicología transcultural como principal paradigma en el estudio de la psicología de los pueblos, centrando su atención en el *self*, y en cómo éste se expresaría y sería modelado según diferentes entornos socioculturales y socioeconómicos (Markus y Kitayama, 1991).

En los 80 el antropólogo cultural estadounidense Richard Shweder propuso una psicología cultural, según la cual ningún ambiente sociocultural

exist or has identity independent of the way human beings seize meanings and resources from it, while every human being has her or his subjectivity and mental life altered through the process of seizing meanings and resources from some sociocultural environment and using them (Shweder, 1990, p. 2)³⁵

Y en los 90 el psicólogo transcultural griego Harry Triandis proponía la bipolaridad individualismo-colectivismo, como el eje dimensional más importante para entender y diferenciar las características psicoculturales de los pueblos. Entendió el eje individualismo-colectivismo como un síndrome cultural caracterizado por “*a shared pattern of attitudes, beliefs, categorizations, self-definitions, norms, role definitions, values and other subjective elements of culture that is organized around some them*”³⁶ (Triandis, 2000, p. 13), que puede ser su lengua, peculiaridades socioecológicas o económicas, entre otros. Para Triandis el individualismo sería característico de aquellas sociedades en las que el sí mismo es autónomo y las metas colectivas se subordinan a las individuales independientemente de la pertenencia a grupos; por el contrario, el colectivismo sería propio de aquellas sociedades en las que las metas grupales se imponen a las individuales. Mientras los individualistas se centrarían en un sí mismo independiente en que sus metas personales resultan prioritarias, los colectivistas lo harían en uno interdependiente en que es la conformidad a las normas del grupo la que resulta predominante. Individualismo y colectivismo, empero, sería un eje bipolar multidimensional y las personas también variarían según el modo y grado en que se combinen ambas polaridades dentro de sus respectivos entornos socioculturales.

³⁵ “existe o tiene identidad con independencia de la manera en que los seres humanos captan significados y medios a partir de él, mientras que la subjetividad y la vida mental de todo ser humano se altera por el proceso de captar significados y medios a partir de algún ambiente sociocultural y utilizarlos”

³⁶ “una matriz compartida de “actitudes, creencias, categorizaciones, autodefiniciones, normas, definición de roles, valores y otros elementos subjetivos de la cultura que está organizada alrededor de algún aspecto en particular”

Cerrando el siglo XX, la psicóloga transcultural turca Çiğdem Kağıtçıbaşı(2005) propuso un modelo ecocultural para explicar cómo las dimensiones del individualismo y el colectivismo se entremezclarían en las orientaciones socioculturales, en particular en las metas parentales de socialización. Considerando la “agencialidad” o “experiencia volitiva” y la “conectividad” o interdependencia como necesidades básicas del ser humano y por ende como orientaciones universales en la socialización, Kağıtçıbaşı ofreció un modelo que incorporaba una dimensión intermedia entre individualismo y colectivismo, la dimensión interactivo-emocional, asociada con una orientación psicológica general que hace hincapié en la relación interpersonal, la intimidad y la interdependencia más que en las afiliaciones y obligaciones grupales o en la autonomía personal.

Este eje bipolar individualismo-colectivismo no sólo distinguiría entre culturas nacionales, también sería pertinente para entender tendencias y diferencias psicoculturales asociadas a los procesos de urbanización y modernización al interior de una misma sociedad (Kashima, Foddy, & Platow, 2002). De acuerdo con el psicólogo transcultural japonés Yoshihisa Kashima los procesos de globalización conllevarían una interconexión entre las grandes metrópolis a través de una red global de transacciones financieras y movimientos de personas, que no se produciría en las ciudades más regionales y comunidades agrícolas dentro de los mismos países que, con densidades demográficas menores, tienden a mantener más fuertemente tradiciones culturales locales así como conexiones más indirectas con las ciudades de otros países y culturas.

Distintivo de las comunidades más regionales y agrícolas, basadas en la subsistencia y con altas tasas de morbilidad y natalidad infantil, sería el sistema de orientación

colectivista, con una mayor tendencia de sus moradores a dar manifestaciones de un sí mismo como agente comunal, alocétrico, básicamente interdependiente, empático y orientado al rol y a las metas grupales. Por el contrario, sería propio de las grandes metrópolis urbanas modernas, donde el desempeño y la competición individuales han devenido en requerimientos necesarios para el éxito en la vida, el sistema de orientación individualista, con una mayor tendencia de sus habitantes a dar muestras de un sí mismo como agente independiente, idiocéntrico, autoeficaz, enfocado en las metas, derechos y necesidades personales, relacionándose con los demás según su libre elección. Entre ambos y como distintivo de las clases medias urbanas educadas de las formaciones sociales históricamente colectivistas, pero también de las minorías étnicas de las grandes metrópolis globalizadas, predominaría un sí mismo interactivo-emocional, entremezcla entre lo autónomo y lo interdependiente, lo colectivo y lo individual, asociado con una orientación psicológica general que hace hincapié en la relación interpersonal y la intimidad (Suizzo, 2007).

Estas orientaciones socioculturales del sí mismo, si bien con un fuerte énfasis en los procesos cognitivos más que en los afectivos, esto último propio de la teoría del carácter social, resultarían sin embargo en gran medida asimilables o, si se prefiere, en continuidad problemática con la teoría de las orientaciones sociales del carácter, entendidas como matrices socioculturales de organización de las estructuras subjetivas individuales: unas y otras aludirían a costumbres, hábitos y sentimientos adquiridos y sedimentados en disposiciones individuales que, anclando en vicisitudes socioeconómicas, demográficas y ecosistémicas diferenciales, configuran particularidades culturales, caracterológicas e identitarias.

Incluso la bipolaridad interdependencia-independencia de las diferencias psicoculturales de los pueblos del enfoque transcultural, ya estaría esbozado en sus rasgos fenoménicos básicos en los trabajos tempranos de Fromm, cuando formuló la tesis de la “estructura libidinal”, noción que antecedió a la de carácter social, como organizada en torno a la oposición complejo matricéntrico-complejo patricéntrico (Fromm, 1934/1972), y constituyó el eje central de su interpretación sobre los orígenes de la individualidad moderna o el sí mismo independiente y sus aporías, a partir del interdependiente y alocéntrico medioevo europeo (Fromm, 1941/1998).

La teoría del carácter social y el estado actual de los estudios sobre la personalidad y su socialización.

Como se ha reseñado al inicio de este capítulo, el interés por los estudios sobre la personalidad y su socialización ha estado presente en la psicología social, con diferentes énfasis y grados de atención, desde sus inicios hasta el día de hoy.

Habiendo tomado esta temática un especial auge en los años treinta con la influencia del psicoanálisis y la antropología cultural, su interés disminuiría en los años 50, manteniéndose no obstante en los dominios de la psicología del desarrollo donde, luego de un inicio muy descriptivista centrado en las normas de desarrollo del niño, la problemática se fue ensanchando más allá de la niñez hasta abarcar todo el ciclo de vida, y en el que el desarrollo de la personalidad y la vida emocional vinieron a ser temas de valor central (Smith, 2005).

La psicología del desarrollo, bajo los influjos de los enfoques socioculturales inspirados en Lev Vygotsky (Cole, 2003), e incluso de la psicología transcultural (Keller, Lohaus, Kuensemueller et al., 2005), habría de ser recientemente también más responsiva que la psicología social a la creciente evidencia de las variaciones culturales substanciales en los rasgos y funciones psicológicos, con lo que se retorna a las preocupaciones por la personalidad y su socialización que caracterizaron a la psicología social en sus orígenes.

Hoy en día, entonces, la psicología de desarrollo parece preservar un contexto conceptual y un marco metapsicológico para el estudio de la personalidad y su socialización afín con el interés original de la psicología social, que en ésta habría ido decayendo aunque sin desaparecer como objeto de interés, como lo revelan recientes trabajos de la psicología transcultural sobre cultura y *self* (Kagitcibasi, 2005) y el entrecruzamiento de inquietudes y esfuerzos de ésta con la psicología evolucionaria del desarrollo (Keller, Lohaus, Kuensemueller et al., 2005).

Característico de ese contexto conceptual y marco metapsicológico vendría a ser la vigencia de las premisas del enfoque humanístico como núcleo epistémico de los estudios sobre la personalidad y su socialización; también la heurística interaccionista, más propiamente transaccional como el principal modo de abordaje.

Ello supone la consideración del carácter activo más que de tabla rasa del ser humano en los procesos de socialización y formación de la personalidad. Hoy los psicólogos del desarrollo y de la psicología transcultural reconocen de forma casi consensual al infante como una entidad activa (*agency*), que reacciona selectiva y constructivamente a su

ambiente y evoca o provoca respuestas distintivas del entorno social al cual está respondiendo.

De ahí también el enfoque más transaccional que interaccional: persona y entorno no serían vistos como entidades fijas en interacción sino como polos de un proceso dialéctico en el que se van modificando mutuamente (Smith, 2005).

A contrapelo, experimentaríamos una significativa pérdida de influencia de las ideas psicoanalíticas y una mayor relevancia del construccionismo, en particular sociocultural y su énfasis en el papel de los artefactos culturales en la formación de la personalidad.

Producto de este influjo construccionista, los estudios sobre la personalidad y su socialización se estarían volviendo más proclives a la evidencia de diferencias culturales substanciales en los rasgos y funciones psicológicas.

Con el programa transcultural de la psicología social y el evolucionario de la psicología del desarrollo, el tema de las constantes universales y las especificidades culturales en los procesos de socialización y formación de la personalidad estaría siendo central, destacándose al respecto las siguientes tesis:

1. que los seres humanos se encuentran equipados con un conjunto de necesidades básicas universales, dentro de las que destacan las de autonomía, relación y competencia (Kâgitçibasi, 2005; Suizzo, 2007)
2. igualmente, disponen de un repertorio universal de componentes de crianza y mecanismos de interacción que constituyen la base sobre la cual se forman los

diversos patrones culturales de crianza (Keller, Lohaus, Kuensemueller et al, 2004, 2005).

3. a la vez que se reconoce el papel que las especificidades culturales desempeñan en el desarrollo psíquico, se concluye que tal diversidad no es ilimitada y azarosa, sino parte de la condición humana, y representa la herencia evolucionaria, consistente en diferentes vías del desarrollo psicosocial basadas en programas genéticamente abiertos. Así, los procesos propios de entornos particulares moldearían diferenciales estilos comportamentales a partir de combinaciones específicas de repertorios universales (Keller, Yovsi, Borke et al, 2004, 2005)
4. la exposición temprana del infante a tan peculiares combinaciones o patrones de crianza favorecerá el desarrollo de específicas y diversas configuraciones socioculturales del sí mismo o identidad personal y social (Keller, Lohaus, Kuensemueller et al, 2004, 2005)
5. esta configuración del sí mismo no es una construcción lineal, sino que, dependiendo del entorno sociocultural, su configuración variará entre dos grandes prototipos: como coagente vincular uno, como agencia autónoma el otro (Keller, Lohaus, Kuensemueller et al, 2004, 2005).
6. colectivismo e individualismo o interdependencia e independencia representan entonces dos sistemas de prioridades socioculturales que difieren en cuanto a las metas de socialización -más orientadas hacia la obediencia infantil y su regulación las de los primeros, hacia la autoafirmación y la reciprocidad de las relaciones las de los segundos-, los estilos de crianza temprana concomitantes -estilo próximo de crianza los primeros, estilo distante de crianza los segundos- y los constitutivos identitarios de los sujetos resultantes -alocéntrico el primero, idiocéntrico el segundo- (Keller, Lohaus, Kuensemueller et al, 2005; Greenfield, 2009).

En relación a estos enunciados de los enfoques transculturales y evolucionarios del desarrollo, recordemos que también para la teoría del carácter social los seres humanos se

encuentran equipados con repertorios universales de asimilación e interrelación, dentro de los que estarían las necesidades de relación y autonomía e incluso los patrones interdependientes e independientes de crianza; que si bien en esta teoría se reconoce, y destaca, el papel que las especificidades socioculturales desempeñan en el desarrollo y formación de las estructuras psíquicas, también se postula que la maleabilidad psíquica no sería ilimitada, y que algunas variaciones resultarían propicias a las potencialidades de su condición humana mientras que otras más bien serían contrarias a ella; coincide también la teoría del carácter social con las tesis de los programas transcultural y evolucionario en el papel determinante de la exposición a las tempranas experiencias de crianza, en particular familiares, en la formación de específicas estructuras, en su caso de carácter, que conforman su identidad o concepto de sí; aún más, la conformación de esta identidad, y el consiguiente concepto de sí, en torno al eje colectivismo-individualismo, independencia-interdependencia o idiocentrismo-alocentrismo de los enfoques transculturales y psicoevolucionarios, sería asimilable al complejo patricéntrico-matricéntrico en torno al cual se conforman en gran medida las orientaciones sociales del carácter.

Cierto que al destacar los diferentes prototipos del sí-mismo correspondientes a las orientaciones socioculturales interdependiente e independiente, los exponentes del programa transcultural estarían resaltando las capacidades de las personas para designarse a sí en relación con sus metas, parejas, grupos de referencia y contextos culturales, pero, ya sólo por el hecho de que tales concepciones del sí-mismo son correlacionadas con coordenadas socioecológicas (Kashima, Foddy, & Platow, 2002), y aún más, porque los exponentes del programa psicoevolucionario, más que las representaciones de sí, resaltan

modalidades disposicionales que desde el orden de lo involuntario modelan estilos volitivos, es válido concluir con Fromm en que el caso es que estas cualidades de la auto o hetero orientación, más que opciones del sí-mismo, lo serían del carácter en tanto “perspectiva finita, no elegida, de nuestro acceso a los valores y del uso de nuestros poderes” (Ricoeur, 1996, p. 113)

Ahora que, con respecto a la universalidad de esos repertorios, el programa sociopsicoanalítico del carácter social sostiene que los mismos no sólo, y aquí el programa nos parece que resultaría medularmente actual al debate de cultura y naturaleza en que están involucrados los exponentes de la psicología transcultural y la psicología evolucionaria, lo serían en un sentido biogenético, sino también en uno antropológico o existencial, como gustaba de decir Fromm. Una variación que descansaría en los postulados emergentistas que subyacerían a la consideración frommiana del ser humano como un sistema abierto, afines a los presupuestos psicoevolucionarios del ser humano como un sistema genéticamente abierto, con todo y la limitación triista, mencionada en la segunda parte de esta tesis, de su enfoque sobre la naturaleza humana sustentado más en la oposición dotación genética-desarrollo del neocórtex que en las consideraciones más interaccionistas y emergentistas de neotenia e hiper morfosis (Gould, 2007).

Entonces, mientras la perspectiva de la psicología evolucionaria supone que los componentes sociobiológicos de crianza encuentran algún soporte genético, la perspectiva existencial frommiana los considera más bien de especificidad funcional universal, resultado de los procesos de hominización, requiriéndose actualmente, parafraseando a Keller y colaboradores (Keller, Lohaus, Kuensemüller et al., 2005), de programas de investigación sistemática que profundicen en el estudio de los procesos de formación de la

personalidad y su socialización a partir de la consideración del desarrollo psicológico como interacción entre biología y cultura, como proceso epigenético (Zhang & Meaney, 2010), una vía de integración de las oportunidades y constricciones biológicas y las normas y valores culturales.

La teoría del carácter social y el estado actual de los estudios sobre el papel social del individuo

Aspecto central de las preocupaciones en torno a las interrelaciones entre individuo y sociedad es el relativo al papel social del individuo ¿acaso, como sostiene el colectivismo durkheimiano, su papel se resumiría al de mera encarnación de roles o prácticas institucionalizadas o societalizadas? ¿o más bien, como sostiene el individualismo allportiano, sería el de constituir, en sus interrelaciones interpersonales, lo social como agregado, sumatoria o ensamblaje de propiedades individuales? (Harré, 1982) ¿será acaso, como postula el interaccionismo frommiano, el de suministrar la energía psíquica necesaria al funcionamiento social al tiempo que de encontrar relativa satisfacción a sus necesidades psíquicas y existenciales? ¿cuál sería la actualidad de tal debate?

En el enfoque colectivista el papel social del individuo se delimita en términos de roles desempeñados institucionalmente o societalmente adscritos, siendo las diferencias de temperamento y carácter insignificantes variaciones de comportamientos fuertemente normativizados de carácter funcional y de reproducción social. El rol se define en términos de las expectativas de los otros no de las peculiaridades individuales (Rodríguez Caamaño, 2001), y si bien una modalidad más blanda del colectivismo estima que las pautas del comportamiento de un sujeto no son una respuesta automática a los estímulos de origen

externo sino más bien una construcción subjetiva sobre él mismo, sobre los otros y sobre las exigencias sociales que tienen lugar durante la vida cotidiana, el énfasis del análisis continúa centrado en términos de la mayor o menor consonancia entre el rol asumido o desempeñado y el rol socialmente esperado o adscrito. La innovación, el progreso y el cambio social son los grandes retos por explicar en este modelo, que los puede asumir como disfunciones o resultados del conflicto inter o intra rol, pero en los cuales en todo caso los individuos no desempeñan papel significativo alguno (Páez, Valencia, Morales & Ursua, 1992).

La teoría del determinismo socioeconómico de orientación marxista, ya hemos señalado en el capítulo anterior que Fromm consideraba que Marx no era un fiel exponente de este determinismo³⁷, más orientada a los procesos de conflicto y transformación social, trata de explicar también en términos colectivistas estos procesos de cambio y progreso que escapan al pensamiento funcionalista, pero en éste la praxis individual emana de su posición de clase, que es generada a su vez por el proceso de producción material, de donde las acciones individuales se encuentran reguladas por las vicisitudes, contradicciones incluidas, de dicho proceso, del que los individuos resultan sus agentes.

En el enfoque individualista sobre el papel social del individuo, lo social es reducido a ambiente o reservorio de recompensas y castigos que resultan de las reacciones de los congéneres, siendo lo central que la conducta social del individuo queda así regulada por las reacciones interpersonales en tanto fuente y reacción ante la propia conducta individual. En consecuencia, el individuo constituye lo social en sus interacciones con

³⁷Pgs. 153156

otras personas del mismo modo que desarrolla otros hábitos en sus interacciones con otros estímulos del medio ambiente. Lo social entonces, solo existe en la interacción entre individuos, no hay espacio para lo supraorgánico como habrían sostenido Durkheim, Wundt y los de la *Völkerpsychologie*, o para alguna pauta social emergente específica como postularían Lewin y los de la *Gestaltheory*.

Este enfoque individualista se encontraba ya presente en los trabajos seminales de Tarde (1893/2006) y Ross (1908), en particular con la noción de invención. Para Tarde y Ross, la invención era la clave del progreso social y parecía reservada a una selecta minoría de individuos dotados de una inteligencia y educación superiores que les permitía reconocer la necesidad y el impulso del cambio social y orientarse hacia nuevas e inexploradas direcciones.

Desde una perspectiva más instintivista, Le Bon (1895/1977), y después Freud (1921/1969) y Mc. Dougall (1908/2003), asumieron que lo social era la expresión de tendencias fijas, reprimidas o no, de carácter individual. Paradójicamente, estas tendencias se expresarían socialmente por un proceso de pérdida de la autorregulación, por el que, en situaciones colectivas, la personalidad individual se desvanecería, dando pie a una mentalidad o inconsciente colectivo en el que los sentimientos y mociones instintivas compartidos prevalecerían sobre el intelecto y la razón individuales, idea que se continuaría en las tesis cognoscitivistas de la desindividuación de León Festinger y la disonancia cognitiva y de Fritz Heider y el equilibrio cognitivo, entre otros. Podría afirmarse que en la multitud emergen propiedades funcionales que no estaban contenidas en el individuo, la mentalidad colectiva, mas lo que sucedería sería lo contrario, emergen

impulsos o disposiciones profundamente arraigadas en el inconsciente colectivo o racial individual, liberados al debilitarse las funciones autorreguladoras yóicas del individuo.

Con su énfasis utilitarista, algunos de los más recientes modelos cognoscitivistas de elección racional destacan este énfasis individualista por el que la mayor parte de los fenómenos sociales serían en principio explicables por el individuo, sus creencias, fines o intenciones.

En el enfoque interaccionista, el papel social del individuo descansa en la premisa del influjo de doble vía que se produce entre los procesos psicológicos individuales y la vida social, entre la acción humana y la estructura social (Páez, Valencia, Morales & Ursua, 1992).

Este enfoque del influjo mutuo ya había sido postulado en los inicios disciplinarios de la psicología Social por Lewin y los seguidores de la *Gestalttheory*, para quienes los individuos desempeñan papeles sociales en función de los significados que negocian, a través de procesos cognoscitivos activos, en sus interacciones sociales. Por medio de la interacción social, los individuos crearían productos colectivos como las normas sociales, los valores, las creencias, las actitudes y demás, que luego son internalizados por los individuos, creando estructuras y fuerzas sociopsicológicas en la cognición individual (Sherif, 1936).

Bastante afín, aunque con un énfasis más centrado en la dimensión histórico-social y productiva de la interacción humana, la perspectiva dialéctica aborda la problemática del papel social del individuo a partir de su concepción como constructor de las propias condiciones histórico-sociales de existencia: “cada individuo concreto-ha afirmado el psicólogo social chileno Armando Campos-, de carne y hueso, es protagonista de un sistema de relaciones sociales, históricamente determinado” (Campos Santelices, 1990, p. 260). El

individuo se erigiría así en sujeto social activo dentro de procesos sociales que determinan su individualidad.

Para el interaccionismo dialéctico:

Cada individuo desarrolla, en sus relaciones con los otros, una actividad fundamentalmente consciente que tiene, por supuesto, determinadas repercusiones sobre la sociedad de la cual forma parte. Estas repercusiones no se dan de manera directa, porque si así fuera, las relaciones sociales no serían más que la suma de los comportamientos individuales. Estas repercusiones se encuentran mediatizadas por la participación de las personas en formas colectivas de actividad (grupos, comunidades, clases) donde se van a generar nuevos procesos y significados...Recíprocamente, al integrarse al devenir social mediante su actividad en instancias colectivas, el hombre es determinado por la sociedad en que vive. Y aquí tampoco se trata de una determinación directa, puesto que la sociedad no es un todo indiferenciado o estático. La determinación social de los procesos psíquicos individuales se lleva a cabo en instancias colectivas, cuyas contradicciones y cambios condicionan radicalmente a sus protagonistas (Campos Santelices, 1990, p. 260-261).

La participación social del individuo para la perspectiva del interaccionismo dialéctico se daría, entonces, no en el marco abstracto de una relación individuo-sociedad sino en el contexto de diversos niveles, estructuras y procesos sociales históricamente mediados en su constante transformación.

Afín a esta perspectiva el filósofo británico Roy Bhaskar ha concluido que los individuos pueden reproducir, innovar o modificar la estructura social, pero no producirla (1998), esto es, que estructuras sociales como las relaciones de producción, pueden ser reproducidas y transformadas por la acción humana, pero ellas preexistirían al individuo.

Pero, ¿sería suficiente con afirmar que se rescata el papel social de lo individual en tanto no se pierde de vista que los protagonistas de todo proceso social, históricamente determinado o no, son siempre individuos concretos, capaces de sentir, pensar y actuar? ¿no se abdica en última instancia al colectivismo en tanto no se tiene otra idea de ese individuo

de carne y hueso, cognitiva, anímica y volitivamente activo, que aquella en que es constituido en su concreción por sus relaciones con otros miembros del colectivo y de que tales relaciones son propiedades estructurales del propio colectivo?

La teoría del carácter social, pretende superar esta objeción al postular que el carácter de una persona es la expresión de la adaptación dinámica del individuo a la sociedad; se trata de un proceso de interacción mutua entre aquel y ésta gracias al cual la energía psíquica del individuo se configura de acuerdo con las necesidades y requerimientos objetivos de la estructura social al mismo tiempo que ésta es moldeada por la dinámica propia y originaria del individuo.

En la vida social, las energías individuales no se presentarían de cualquier forma general sino que se dirigen por los cauces que las hacen servir al buen funcionamiento de una formación social determinada. Desde esa perspectiva, el carácter sería la forma determinada en que aparece la energía psíquica individual como fuerza productiva en los procesos de reproducción social.

Pero además, en la teoría del carácter social el individuo no se reduciría a mera expresión de este carácter, dentro de un mismo grupo o cultura cada persona se distingue de los demás, tanto por sus diferencias constitucionales como por experimentar diferencialmente unos entornos comunes y participar de situaciones singulares diferenciadas.

En la teoría del carácter social se excluiría entonces, tanto la perspectiva colectivista que reduce el papel social del individuo a mera encarnación de roles sociales, como la

individualista en que es lo social lo reducido a simple agregado o ensamblaje de propiedades individuales.

En resumen, del análisis y evaluación sobre la consistencia externa y actualidad heurística de la teoría del carácter social en el marco de los prolegómenos de la psicología social, se puede concluir que hoy en día la cuestión central de la teoría del carácter social, a saber, los modos por los que lo individual y lo social se influyen recíprocamente, seguiría siendo actual en los dominios de la psicología social.

Y si bien el concepto de carácter en general, y social en particular, ha perdido actualidad como noción de valor heurístico, y con él el programa mismo de investigación de la teoría del carácter social, sus premisas y hallazgos básicos resultarían aún pertinentes en la comprensión de los modos de influjo recíproco entre individuo y sociedad, e incluso compatibles con el estado del conocimiento actual en el campo, particularmente en torno a la personalidad, su socialización y papel en la sociedad.

Desde los estudios de la decimonónica *Völkerpsychologie* a la actual investigación transcultural y psicoevolucionaria, pasando por los estudios de cultura y personalidad y carácter nacional de la primera mitad del siglo XX, se habría mantenido una importante tradición en psicología social afín con la problemática de la teoría del carácter social, a saber, la tesis de que los procesos psíquicos se encuentran asociados a la vida en común de los seres humanos, que por lo tanto todas las funciones psíquicas superiores estarían constituidas, facilitadas y reguladas por procesos socioculturales y que, en consecuencia, el conocimiento y comprensión de los procesos de formación sociocultural del psiquismo han de iniciar con el examen de las condiciones objetivas sobre las que se estructuran las

sociedades, y sólo entonces determinar la forma específica en que tienen lugar los procesos de formación social de las estructuras subjetivas o del carácter.

En consecuencia, también el interés por los estudios sobre la personalidad y su socialización, si bien con algunos altibajos, habría estado presente en la psicología social desde sus inicios hasta el día de hoy, en que se ha revitalizado con el programa de la psicología transcultural y evolucionaria sobre *self* y cultura.

Si bien con este programa habríamos experimentado una significativa pérdida de influencia de las ideas psicoanalíticas y una mayor relevancia del construccionismo, en particular sociocultural, sus premisas generales convergería con las de la teoría del carácter social en varios aspectos medulares tales como los presupuestos ontológicos acerca de la consideración del infante como una entidad activa (*agency*), que reacciona selectiva y propositivamente a su ambiente, con lo que a su vez evoca o provoca reacciones distintivas del entorno social al cual está respondiendo, y en consecuencia, se encuentra equipado, como todos los seres humanos en general, con repertorios universales de orientación y relación, dentro de los que se encontrarían las disposiciones relacionales y autónomas así como los patrones interdependientes e independientes de crianza parental.

Ambos coincidirían también en el papel determinante, aunque no definitivo, de la exposición a las tempranas experiencias de crianza, en particular familiares, en la formación de específicas estructuras de la subjetividad e intersubjetividad adultas, así como en el hecho de que si bien se reconoce, y destaca, el papel que las especificidades socioculturales desempeñan en el desarrollo y formación de las estructuras psíquicas, también se postula que la maleabilidad psíquica no es ilimitada, y que algunas variaciones

resultan propicias a las potencialidades de su condición humana mientras que otras más bien son contrarias a ella.

Cierto es que mientras el programa de la psicología transcultural y evolucionaria concebiría la universalidad de los repertorios en un sentido biogenético, el programa sociopsicoanalítico del carácter social lo haría en un sentido más bien sociobiológico o existencial, resultado emergente de los procesos evolutivos de humanización, una divergencia que sólo la investigación sistemática que profundice en el estudio de los procesos de formación de la personalidad y su socialización a partir de la consideración del desarrollo psicológico como interacción entre biología y cultura, como proceso epigenético o emergente, podrá dirimir.

En uno y otro programa se trataría de un proceso de interacción mutua entre individuo y estructura social merced al cual la energía psíquica del individuo se configura de acuerdo con las necesidades y requerimientos objetivos de la estructura social al mismo tiempo que ésta es moldeada por la dinámica propia y originaria del individuo.

Pero aún más, incluso dos premisas básicas de la teoría del carácter social, que han sido motivo para fuertes cuestionamientos sobre la pertinencia del programa sociopsicoanalítico, tales como el principio ontológico del ser humano en tanto entidad esencialmente moral y el principio epistemológico de la praxis del conocimiento, al menos psicosocial, en tanto actividad también intrínsecamente moral, gozarían de gran actualidad paradigmática, como puede colegirse de los recientes desarrollos de la psicología social crítica y los planteamientos de la nueva filosofía de la ciencia según los cuales una cabal comprensión de la personalidad humana supone la comprensión de su necesidad de

encontrar respuesta al problema del sentido de su existencia y descubrir los valores y normas de acuerdo a los cuales vivir, una empresa en la que las ciencias sociales no son ajenas a los contextos epistemológicos y socioeconómicos, políticos y culturales en que emergen, operan y evolucionan.

También de gran actualidad heurística resultaría la perspectiva metodológica sociopsicoanalítica de las estrategias cualitativas y su complemento con las técnicas cuantitativas del análisis multivariado, así como el empleo de criterios de triangulación de validación entre diferentes teorías, ambos tipos de métodos y diferentes investigadores.

CUARTA PARTE: LA TEORIA DEL CARÁCTER SOCIAL, GLOBALIZACION Y CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LAS SUBJETIVIDADES EN LA SOCIEDAD COSTARRICENSE

En esta cuarta parte se identifican algunas particularidades que distinguen los llamados procesos de globalización y su impronta en las formaciones de la (inter) subjetividad, sus repercusiones en América Latina en general y en Costa Rica en específico, y, especialmente, cómo se manifiestan en, y son mediados por, las vicisitudes socioculturales y psicosociales en que éstas se desenvuelven. Se pone énfasis en los cambios que se pueden estar experimentando en los procesos de formación social del carácter, en particular en la dinámica de las prácticas familiares, vecinal-comunitarias, escolares, mediáticas y religiosas que organizan las experiencias de la primera infancia, la niñez y la adolescencia costarricenses.

Los Procesos de Globalización y las Vicisitudes del Carácter Social

Globalización es el nombre del proceso de creciente interdependencia entre los países que, con la llamada tercera revolución tecnológica, la internacionalización del capital financiero, industrial y comercial y su ideario neoliberal, la estandarización transnacional de las prácticas culturales y el declive de los Estados-nación, toma fuerza a inicios de los 80 y cambia el panorama y dinamismo del capitalismo a nivel mundial.

Seis grandes dimensiones orgánicamente interrelacionadas, son posibles de distinguir en este proceso de globalización: la tecnológica, la económica, la política, la cultural, la social y la psicosocial, (Finol, 2006; Jameson, 2000; OIT, 2002), siendo característico de la primera la gran revolución de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información (TIC), pero también las tecnociencias, en particular las biotecnologías; de la segunda la integración a nivel mundial de los procesos de producción, comercialización, consumo y financiamiento (Solís Jordán, 1998); de la tercera la desaparición del mundo bipolar, el declive de los Estados-nación y de bienestar social y el auge de instituciones regionales y supranacionales; de la cuarta la estandarización transnacional posmodernista de las culturas o multiculturalidad; de la quinta la planetarización de formas cotidianas o estilos de vida específicos sustentados en la desterritorialización y transitoriedad de los vínculos (Giddens, 1994; Martín-Barbero, 1996); y de la sexta, la promoción de modelos subjetivos efímeros y descartables, vinculados a los riesgos e incertidumbres de los caprichosos y volátiles intereses del mercado (Sibilia, 2002).

El principal motor de este proceso de globalización sería, incluso más que la expansión misma de mercados, la vertiginosa propagación de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (Gray, 1998, Pérez, 2012), con su uso generalizado en las diversas ramas de la actividad económica, política y sociocultural (Correa, 2004). Ellas se han convertido en “un instrumento que nos lleva a una forma de organizar, comunicar, producir y elevar las relaciones de producción, así como la política económica y las transacciones de los mercados, la industrialización y las relaciones sociales (Castells, 2002, p.22).

Con las llamadas TIC, las esferas del trabajo y de la vida cotidiana están siendo reestructuradas y remodeladas incesantemente; las viejas coordenadas de espacio y tiempo locales se disuelven ante un torrente de interconexión global a toda hora y desde cualquier lugar del planeta.

Ellas, en su interconexión con las biotecnologías, estarían configurando una nueva realidad de profundo impacto en los años venideros (Sibilia (2006; Rifkin, 2009).

En cuanto a la dimensión económica, la globalización supone la apertura de mercados, con las corporaciones transnacionales de la producción y el comercio esparciéndose por doquier. Las empresas transnacionales ya no sólo venden en cualquier parte del mundo, también producen en cualquier parte, lo que incluye la producción por componentes en distintos países y por distintas empresas, así como la producción y comercialización compartida de bienes y servicios (Correa, 2004).

Con este funcionamiento global del capital, se debilitan los vínculos de las empresas transnacionales con sus países de origen que se van convirtiendo paulatinamente en otro territorio a colonizar económicamente (Zizek, 1998).

También con la globalización se producen profundos cambios políticos, en particular el debilitamiento del protagonismo de los Estados-nación y sus políticas de bienestar social. Aparejado a fenómenos como desactivación de los medios tradicionales de gobernanza democrática, privatización de los espacios públicos y las funciones coercitivas, y limitación de los mecanismos de redistribución de beneficios y recursos, en el nuevo contexto sociopolítico de la globalización los Estados parecen reducirse a meros instrumentos de registro burocrático de los flujos globales de comunicación, mercaderías, gente y dinero, que las grandes corporaciones transnacionales ponen en movimiento incesantemente y a gran velocidad (Sibilia, 2002; Quesada, 2006).

Sin embargo, nunca como ahora los Estados participan tan directamente de los procesos de globalización a través de políticas de privatización y desregulación, tratados multilaterales o la formación de fuerzas multinacionales de intervención allí donde surjan focos de oposición o disrupción. Ese libre mercado global no parece crecer del modo natural que proclaman sus epígonos anarcocapitalistas (Rothbard, 2000), antes bien debe ser creado a través de firmes medidas estatales o coestatales (Castells, 2005), regulatorias e intervencionistas.

Lo que sucede, afirma el sociólogo español Manuel Castells (2005), es que el Estado-nación se ha refuncionalizado y devenido en nodo de un Estado-red que es a la vez infraestado subnacional –organismos locales o comunidades autónomas-, coestado-

nación –gobiernos regionales como la Unión Europea- y estado supranacional – organismos internacionales como la Organización Mundial de Salud y la Organización Mundial de Comercio-.

En suma, con la globalización, si bien se sacrifica soberanía, delegando algunos poderes a instituciones supranacionales y otros a gobiernos locales, al refuncionalizarse en Estado-red el Estado-nación acrecienta sus capacidades de negociación e intervención sobre los flujos globales de capital, tecnología y cultura.

A nivel de la dimensión cultural, la estandarización que conlleva la globalización supone el desplazamiento de las formas identitarias tradicionales o populares locales por una cultura universal indiferenciada sustentada en el *american new way* (García Canclini, 1995; Jameson, 2000).

No obstante y simultáneamente, trae aparejado el resurgimiento de una gran variedad de identidades étnicas, religiosas, territoriales, sexuales, etarias y demás, con lo que el multiculturalismo, “esa actitud que -desde una suerte de posición global vacía-, trata a cada cultura local como... "nativos", cuya mayoría debe ser estudiada y "respetada" cuidadosamente” (Žižek, 1998, p. 172), más que el *american new way* homogeneizador, sería el significante característico de los procesos de globalización cultural o, más precisamente, la forma que toma el cosmopolitismo *american new way* de estandarización y respeto universalista de las diferencias, un debate que por lo demás se encuentra en los mismos orígenes de los EEUU.

Sea uno u otro el caso, más allá, y fundiéndose en un todo con la expansión mercantil, por la que el neoliberalismo se instala como fuerza en la conciencia social

promoviendo, principalmente a través de la publicidad y los medios de difusión masiva (Robert, 1995), el rendimiento y capacidad de producción individual, esta cultura se exhibe por todo el ámbito social, hasta el punto de poder afirmarse que toda nuestra vida en sociedad, desde el valor económico hasta las costumbres y la propia estructura del carácter, pasando por el poder estatal, se ha convertido en una cuestión cultural (Jameson, 2000).

Finalmente, con la expansión internacional de la tv.satelital y por cable, la internet y el celular, pero también con el desplazamiento de los cafés, restaurantes y pulperías locales a medida que se instalan los gigantes de las comidas rápidas y los centros o *malls* comerciales, pueden apreciarse de primera mano y de la “forma más dramática los efectos más profundos e intangibles de la globalización sobre la vida cotidiana” (Jameson, 2000, p. 20), sustituyendo las formas tradicionales de vida por estilos conformados desde la publicidad y el consumo internacionalizados o reduciéndolas a meros artefactos folklóricos del turismo local o nacional o, aún más, integrándolas en un rentable “sistema de diferencias” multiculturales de prácticas de vida (Martín-Barbero, 2000).

Más que de un conjunto de nuevas tecnologías y escenarios, se trata de la potenciación de:

nuevos modos de percibir, de sentir y relacionarse con el tiempo y el espacio, nuevas maneras de re-conocerse y de juntarse, especialmente entre los jóvenes...lo que se traduce en una camaleónica elasticidad cultural que les permite hibridar y convivir ingredientes de mundos culturales muy diversos. (Martín-Barbero, 2000, p. 30).

Desde los espacios públicos hasta los íntimos, pasando por los conversacionales, laborales e institucionalizados, las relaciones sociales se van reconfigurando según el

precepto de “nada a largo plazo” (Sennett, 2000). La transitoriedad o inestabilidad se integra como lo normal de las prácticas cotidianas y laborales, desorientando la acción planificada y disolviendo los vínculos sustentados en la constancia, certidumbre, confianza y compromiso.

El alguna vez privado ámbito doméstico (Erdheim, 1995) se convierte en este marco en el escenario por antonomasia donde se reconfigura lo cotidiano y se vuelven uno lo tecnológico, lo económico, lo político y lo cultural. Merced a la combinatoria tv.-computador-celular-internet, lo público se funde con lo privado y el usuario de las TIC deviene en el ciudadano modelo de la globalización, destinatario predilecto del quehacer propagandístico, publicitario, informativo, recreativo y, crecientemente, en sujeto deliberativo, consumidor y productivo.

Como puede fácilmente colegirse de lo señalado, cualesquiera que sean las dimensiones destacadas de este proceso de globalización, ellas comprometen estilos de vida característicos, más precisamente, modos de asimilación e interrelación socioculturalmente compartidos o estructuras sociales del carácter que aluden directamente al objeto de esta tesis, a saber: dar respuesta a la cuestión de la competencia heurística de la teoría del carácter social en el desarrollo de programas de investigación sociocultural y psicosocial que den cuenta de aspectos básicos de los procesos de construcción de la subjetividad e intersubjetividad, en estos tiempos de globalización y posmodernidad, en nuestras latitudes periférico dependientes.

Y es que la teoría del carácter social supone que la dinámica de las estructuras subjetivas se encuentra en función de las peculiaridades de los entornos socioculturales,

las estructuras socioeconómicas, y las vicisitudes demográficas y ecológicas (Fromm, 1955/1985).

El punto de partida de la obra de Fromm era precisamente esa intuición de que las influencias ambientales conformadoras del carácter hay que ubicarlas en el contexto socioeconómico y cultural, superando el estrecho marco freudiano que se abstraía de este contexto y reducía el influjo social a las vicisitudes familiares de crianza.

En consecuencia, la teoría frommiana plantea que el conocimiento y comprensión de los procesos de formación sociocultural del psiquismo, deben de iniciarse con el examen de las condiciones objetivas sobre las que se estructuran las sociedades, y sólo entonces determinar la forma específica en que tienen lugar esos procesos.

Es así como en *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea* (1955/1985) Fromm procuró establecer los vínculos entre los cambios sociopolíticos y económicos de las sociedades capitalistas europeas de los siglos XVII y XVIII, los estilos de vida de la clase media baja y la formación socialmente dominante de cierto tipo de carácter, denominado por él carácter acumulativo o pequeño burgués, que estaría en estrecha relación funcional con la emergencia de las democracias jurídico-políticas y del mercado de libre competencia como regulador de la producción, el intercambio y el trabajo.

En este contexto, los rasgos de interdependencia, arraigo y solidaridad propios de las poblaciones de las sociedades precapitalistas medievales, se habrían ido debilitando ante una creciente avaricia y competitividad individualistas que serían predominantes en las sociedades europeas del siglo XIX: “el carácter social del siglo XIX fue esencialmente

competidor, acumulativo, explotador, autoritario, agresivo e individualista” (Fromm,1955/1985, p. 87).

Las prácticas ascéticas, la moral del trabajo, la organización racional de la vida cotidiana, la veneración del orden y la autodisciplina, contribuyeron, afirma Sibia ((2006), a lograr algo nada fácil: ortopedizar los cuerpos para adecuarlos a los modos de vida urbanos y al individualismo exigido por el capitalismo industrial.

Ya en el siglo XX, con la emergencia de la sociedad posindustrial de la posguerra, el mercantilismo capitalista ha invadido todas las esferas de la vida: bienes, trabajo, cotidianidad, personalidad, todo se ha transformado en artículo de intercambio, no sólo las cosas, también las personas, su energía física, sus destrezas, conocimientos, opiniones, sentimientos y aún sonrisas.

El impulso atesorador del puritanismo decimonónico industrial ha sido desplazado por un impulso hedonista mercantil por el que todo se ha transformado en artículo de comercio, no solo las cosas, también las personas, su energía física, sus destrezas, conocimientos, opiniones, sentimientos y aun sus sonrisas (Fromm, 1993).

Sería el surgimiento del carácter mercantil, que en la sociedad tecnotrónica ha llevado a la persona al punto de que sólo sienta su propio cuerpo como un instrumento de éxito; éste ha de parecer joven y sano, una condición que el individuo la ha llegado a experimentar narcisísticamente como un haber preciosísimo en el mercado de las personalidades (Fromm, 1955/1985).

David Riesman, en “La muchedumbre solitaria” (1981), y destacando aspectos etiológicos más de índole sociodemográfica que económicos o culturales, afirmará que en las grandes metrópolis de la sociedad posindustrial, a las que sería inherente un patrón de declinación demográfica, correspondería un carácter heterónomo, dirigido por los otros, flexible y dubitativo, en contraste con el carácter tradicional, en que los individuos se distinguirían por el ritualismo, la rigidez, el alocentrismo, la obediencia a las normas sociales y la resistencia al cambio, propio de las zonas agrícolas de Europa, Asia, África y América Latina, con alto potencial de crecimiento demográfico, o con el carácter más bien autocontenido, centrado en el sí-mismo, propio de las regiones rurales y pequeñas ciudades estadounidenses y canadienses y de los países del noroeste y centro de Europa, de crecimiento demográfico transitorio.

Con la globalización, ese carácter mercantil, dirigido por los otros, flexible y dubitativo, fragmentado, idiocéntrico, desterritorializado y destemporalizado, (Fromm, 1955/1985; Riesman et al., 1981; Martín-Barbero, 2000; Finol, 2006), ese sujeto de la “cultura de consumo”, al decir de Jameson, viene a socavar el tejido de la vida cotidiana doquiera que arribe, un proceso que se extiende, orquestado por el universalismo estadounidense (Jameson, 2000), desde Rusia hasta el sudeste asiático, desde Japón hasta Europa, desde China hasta EEUU. (Gray, 1998), y a lo largo y ancho de Latinoamérica y el Caribe.

Al consumidor globalizado se le hace consumir desde cualquier coordenada espacial y sin salir de su casa; ahí le llevan el conocimiento, el gusto, los placeres, lo que debe pensar, lo que debe sentir y hasta el sexo que debe tener, ¿puede acaso uno

imaginarse, concluye el historiador costarricense Rodrigo Quesada, “la enorme potencia que tiene hacerle realidad los sueños a las personas, desde un monitor en la sola independencia de su casa?” (2006, p. 121).

La llave televisor/computador, a los que se agregará con el nuevo siglo el celular, transforma el espacio doméstico, ha afirmado a su vez el filósofo hispano-colombiano Jesús Martín-Barbero (2000), en el territorio virtual por excelencia,

aquel en que más hondamente se reconfiguran las relaciones de lo privado y lo público, esto es la superposición entre ambos espacios y el borramiento de sus fronteras. Lo público gira hoy en torno a lo privado no solamente en el plano económico sino en el político y el cultural. Y recíprocamente, estar en casa ya no significa ausentarse del mundo (p. 25).

Más de un siglo después de su formulación, en esta época de vertiginosos cambios, el diagnóstico de Marx acerca del "fetichismo de la mercancía" parece alcanzar su momento culminante, puesto que el consumo ha pasado a regir prácticamente todo *habitus* sociocultural (Bourdieu, 1990).

Pero el contexto actual difiere bastante de aquel escenario de la sociedad moderna en su apogeo industrial. Pasando de las viejas leyes mecánicas a los nuevos órdenes informáticos y digitales, la economía global recibe un poderoso impulso con las computadoras, celulares, redes de comunicación, satélites y toda una vorágine de dispositivos teleinformáticos que abarrotan los escaparates y por los que es de suponer, como ya se mencionó, que están surgiendo nuevas modalidades de subjetivización o mediación social del carácter muy distintas de aquellas que produjeron a las subjetividades autocontenidas del carácter acumulativo del capitalismo industrial (Cushman, 1990; Fromm, 1941/1998; Fromm, 1955/1985; Robert, 1995; Neves da Silva, 2008).

El capitalismo de la globalización posmodernista se estaría erigiendo, al decir de Sibilía (2006):

sobre el inmenso poder de procesamiento digital y metaboliza las fuerzas vitales con una voracidad inaudita, lanzando y relanzando constantemente al mercado nuevas subjetividades. Los *modos de ser* constituyen mercaderías muy especiales, que son adquiridas y de inmediato descartadas por los diversos *targets* a los cuales se dirigen, alimentando una espiral de consumo en aceleración constante. Así, la ilusión de una identidad fija y estable, tan relevante en la sociedad moderna e industrial, va cediendo terreno a los "*kits* de perfiles estandarizados" o "*identidades pret-à-porter* según las denominaciones de Suely Rolnik". Se trata de modelos subjetivos efímeros y descartables, vinculados a las caprichosas propuestas y a los volátiles intereses del mercado (p. 35).

Pero aún más radical, con la alianza entre la teleinformática y las biotecnologías, esa metabolización de fuerzas vitales está alcanzando niveles de subversión del ser humano, la naturaleza y la vida en general, nunca antes sospechados (Sibilía, 2006).

Ya no se trata sólo de perfeccionar las tecnologías de la educación y la cultura, ahora se pretendería intervenir directamente en los circuitos cerebrales o, aún más, en los códigos genéticos, que se consideran los principales determinantes en la inmensa mayoría de las características humanas físicas y mentales.

De tal manera que la nueva tecnociencia, concluye Sibilía (2006), "parece ofrecer los elementos necesarios para realizar un sueño largamente añorado: modelar los propios cuerpos y almas, y así generar los más diversos resultados a gusto del consumidor" (p. 182).

En la cultura del mercado total de la globalización, y con el soporte de unas tecnociencias que vuelven obsoletas las sempiternas constricciones de la naturaleza

humana, el ser humano, tanto a nivel individual como colectivo, se ve impelido a administrar su destino como nunca antes. Individualmente, seducido a convertirse en gestor empresarial de su sí-mismo, administrando sus riesgos y placeres de acuerdo con su propio capital genético; colectivamente, reposicionando una eugenesia comprometida en el mejoramiento de la especie humana, merced a una biotecnología que promete retardar pronta e indefinidamente la vejez y la muerte en el nuevo paraíso humano. Y todo de acuerdo con la lógica de un mercado no regulado por instancia pública o política alguna.

Empero, con todo y globalización, estos cambios se estarían operando de la manera más vertiginosa, extensa y contundente en las sociedades occidentales posindustrializadas, donde los valores del individualismo, la preferencia por la independencia, la competitividad, el consumismo y la desterritorialización, habrían arraigado fuertemente en las estructuras sociales del carácter de sus pobladores, mas no así en aquellas sociedades donde tales cambios habrían tomado un curso más aletargado, incierto y menos extenso, tales como las sociedades latinoamericanas, africanas, asiáticas y del este europeo, donde los valores colectivistas de la interdependencia, la conformidad a normas y el arraigo serían aún predominantes en las estructuras sociales del carácter (Tripathi& Leviatan, 2003).

Y en este estudio, la discusión sobre la pertinencia y actualidad heurísticas de la teoría del carácter social para dar cuenta de los procesos de construcción social de la subjetividad en las actuales condiciones de globalización y posmodernidad, no está pensada desde las coordenadas espaciotemporales de los centros hegemónicos de esta modernidad tardía, sino

desde aquellas que, como las latinoamericanas en general, y costarricense en particular, aún se debatirían fuertemente entre lo tradicional y lo moderno y posmoderno (Keller, Kuensemüller, Voelker et. al, 2005).

En los dos siguientes subcapítulos entonces, se procura identificar algunas particularidades que revisten los procesos de globalización en América Latina en general y en Costa Rica en específico, y, especialmente, cómo aquellos inciden en y son mediados por las vicisitudes culturales y psicosociales de éstas.

La Globalización en América Latina: su Impacto Político-Económico, Cultural y Psicosocial

En América Latina los procesos de globalización marchan, como en las demás regiones, aunque evidenciando significativos rezagos, al compás de la apertura económica, la integración regional, la refuncionalización de los estados nacionales, la actualización tecnológica y el multiculturalismo posmoderno, por los que los diferentes países procuran insertarse competitivamente en el reciente mercado global. En dicho escenario, los estados nacionales ceden ante los organismos financieros internacionales en las políticas de desarrollo e, impulsados por la lógica de la competitividad, imponen prácticas de subversión de los tradicionales mecanismos de cohesión política y cultural y profundizan la endémica desigualdad socioeconómica en la región.

Ya propiamente en la dimensión económica, con los procesos de apertura de la globalización que conlleva la expansión internacional de las multinacionales de la producción, el comercio y los servicios, y con ello de la competencia a escala global, la pequeña y mediana industria, que han sido señaladas como características de los países

latinoamericanos, han de lidiar en sus mercados locales con la competencia internacional y con apenas opciones de integrarse competitivamente en el mercado mundial, aunque sólo sea en calidad de productores de partes o componentes en encadenamientos productivos ligados con alguna multinacional.

La disminución de medidas proteccionistas y de barreras arancelarias que acompaña a estos procesos de globalización, además de afectar seriamente las políticas fiscales nacionales, amenaza la supervivencia de esas mediana y pequeña industria regional, disposiciones que en el caso de la producción agrícola en países como México y Costa Rica, han producido en muy pocos años la desaparición casi completa de cultivos como el frijol y el maíz, y con ellos de los modos de vida asociados a su producción, componentes ambos esenciales en la cultura alimentaria nacional. Resulta sorprendente por lo demás que precisamente en torno a una actividad económica y cultural que en la región latinoamericana tiene el mayor de los pesos, sea en la que se exige con más insistencia, en los tratados internacionales de libre comercio (TLC), eliminar las barreras proteccionistas, a la vez que ella es de las más subsidiadas en los EE.UU. y la zona Euro.

En consecuencia, la lógica costo-beneficio que anima la globalización económica como único regulador no distorsionante, difícilmente permite a los países latinoamericanos incorporarse de otra manera que no sea la de ofrecerse competitivamente, lo que tampoco resulta tan ventajoso dada la densidad poblacional y condiciones laborales asiáticas, como atractivos mercados nacionales de trabajo de bajo costo a la inversión extranjera (Correa, 2004), para lo cual han de flexibilizarse y desregularizarse, lo que, si bien ha favorecido el crecimiento económico y reducido en algún grado el desempleo, la pobreza y la desigualdad, no ha logrado una merma

significativa en sus niveles, que hacen de Latino América la región más inequitativa del mundo, como efectivamente lo muestran los números de las últimas décadas en cuanto a estos tres indicadores en la región (Mota Díaz, 2002; Medina y Galván, 2008; OIT, 2011; Altimir, 2013; CEPAL, 2016).

A este respecto de la procuración de competitividad del mercado laboral latinoamericano y sus secuelas socioeconómicas, la socióloga mexicana Laura Mota Díaz (2002) concluye que

En la búsqueda por mantener o incrementar la competitividad de la economía a nivel internacional, la organización del trabajo en América Latina durante los noventa, tuvo cambios significativos que se caracterizaron por la precariedad. En ese sentido, se acentuó la desregulación laboral mediante la reducción de los costos de mano de obra, las contrataciones de corta duración, la reducción de las indemnizaciones por despido y del derecho de huelga, entre otras cosas. Esta precariedad, por supuesto, se vinculó con menores remuneraciones, mayor vulnerabilidad y pobreza (p. 195).

La exclusión socioeconómica se convierte de este modo en el reverso del crecimiento económico y el surgimiento de sectores de alta capacidad de consumo y sofisticación profesional que acompañan a la globalización, y en condición propicia para el desarrollo de una economía global criminal, a la vez generadora de riqueza y empleo como de violencia, destrucción e inestabilidad en muchos países de la región (Castells, 1999).

Y la integración regional, que en otras latitudes como la europea ya marcha en la dirección de un progresivo debilitamiento del Estado benefactor o de responsabilidad social y una creciente desigualdad social entre y dentro de sus naciones (Zizek, 1998), en América Latina ahonda tales desigualdades y acelera los procesos de concentración de riqueza, reducción del gasto social y deterioro de la esfera pública.

Políticamente, si bien la globalización trae aparejado un debilitamiento de las tradicionales estructuras autoritarias y caudillistas, heredadas en gran parte de la colonización española y la guerra de independencia e importantes movimientos de descentralización y democratización, lejos estamos de la pretendida consolidación de los procesos democráticos en América Latina, y aún se respiran los estertores de los Estados de excepción, que Heinz Sonntag (Sonntag y Valecillos, 1999) calificara como la condición constante característica de nuestros Estados allá por los 70, con sus incesantes violaciones a los derechos humanos y dejando tras de sí un creciente sentimiento de ingobernabilidad (Mota Díaz, 2002; Quesada, 2006).

Luego de la crisis de los 80 y en el marco incipiente de la globalización, los estados latinoamericanos asumieron el liderazgo en los procesos de privatización y liberalización de servicios públicos como parte de la estrategia de acomodación nacional a la nueva economía global, en algunos casos respetando el ordenamiento democrático o con cierta sensibilidad social, en otros de manera autoritaria o profundizando la exclusión social, pero en casi todos afectando intereses de diversa tesitura, en particular de los sectores medios urbanos y populares y rural-tradicionales, y dejándolos expuestos a la competitividad transnacional. El resultado, ha afirmado Castells, ha sido “la quiebra del estado corporativo y/o clientelista, la ruptura de las alianzas sociales, la fragmentación del sistema político y la recomposición de la dirección política en torno a liderazgos personalizados democráticos” (1999, p. 17). Un pequeño grupo de naciones empero, se resistiría a la liberalización del Estado, optando por una alternativa nacionalista a la globalización y manteniendo y fortaleciendo las alianzas con los sectores populares en torno a la economía pública.

Pero esta crisis del Estado latinoamericano ha sido también consecuencia de la descomposición de la clase política en muchos países, como resultado a su vez, de una parte, de la penetración de los sistemas políticos por las redes del crimen organizado, en gran parte del narcotráfico, de la otra, de la lucha mediática que se da por ganar el favor de la opinión pública a costa de la pérdida de credibilidad de un adversario personalizado; el debate político aparece cada vez más dominado por las denuncias y contradenuncias sobre corrupción y abusos de poder, con el consiguiente desprestigio del sistema político, su legitimidad, poder de representatividad, y hasta capacidad para generar cohesión identitaria.

En cuanto a la dimensión tecnológica, cuyo desarrollo se presenta como condición sine qua non para lograr articularse exitosamente a los procesos de globalización, ella es precisamente uno de los grandes déficits latinoamericanos, tanto en lo que a generación como a uso de nuevas tecnologías se refiere, al no haberse logrado el desarrollo de una infraestructura tecnológica, centrada en las industrias de electrónica, software, telecomunicaciones y servicios de internet, suficiente para una inserción efectiva y socialmente inclusiva en los procesos globalizadores (García Canclini, 1995; Castells, 1999).

Con el ánimo de alcanzar tal desarrollo y dentro de la ola de privatizaciones y liberalizaciones de los servicios públicos que en los 90 se emprendieron en la mayoría de los países latinoamericanos, ha ocupado un lugar privilegiado las comunicaciones, bajo el supuesto de que con la apertura mercantil de este servicio se reduciría la llamada brecha digital, tanto al nivel internacional como nacional (Espinoza Alvarado, s.f.).

Como logro de dicha apertura, la penetración en la telefonía móvil en Latinoamérica supera en abonados para el 2015 más del 100% de la población, y el número de usuarios de internet en los últimos siete años se ha multiplicado por cien. Empero, uno de cada dos latinoamericanos no usa internet y dos de cada tres no tiene internet en su casa (“America Latina ha tenido”, 5 de mayo de 2015), el gasto en investigación y desarrollo en ciencia y tecnología representa apenas en 2,8% del gasto mundial y el promedio en conexiones de internet en alta velocidad de banda ancha fija en la región apenas alcanza un 10%, aunque en conexiones de internet en alta velocidad de banda ancha móvil supera el 60% (“América Latina usa internet”, 14 de septiembre de 2016; CEPAL, 2018).

Más allá de logros y carencias, la apertura de las telecomunicaciones ha venido a potenciar el predominio que ya los medios de comunicación electrónica habían alcanzado en la cotidianidad de las mayorías latinoamericanas, especialmente de los jóvenes urbanos y de clase media, cuya intersubjetividad u orientación social de carácter se constituye crecientemente, más que a partir de figuras, estilos y prácticas de añejas tradiciones culturales, a partir de los juegos de interfaz con los aparatos electrónicos, que aprenden a hablar en inglés en programas de televisión captados por cable o antena parabólica más que en la escuela y que se sienten más a gusto escribiendo o leyendo en el computador que en el papel.

Frente a la distancia y la precaución con que gran parte de los adultos resienten y resisten estas nuevas prácticas, que vuelven obsoletos muchos de sus hábitos y costumbres y a las que responsabilizan de la crisis de los valores intelectuales y hasta

morales, los jóvenes no ocultan su empatía con las mismas, que no es solo facilidad para relacionarse con el idioma de los aparatos audiovisuales e informáticos sino complicidad expresiva con sus relatos e imágenes, sus sonoridades, fragmentaciones y velocidades. Frente a las memorias de larga data, pero también a la rigidez de las identidades tradicionales, los jóvenes parecen dotados de una plasticidad neuronal que se traduce en una camaleónica capacidad de adaptación a los más diversos contextos y una gran elasticidad para hibridar y combinar ingredientes de universos socioculturales muy diversos (Martín-Barbero, 2000).

Culturalmente entonces, la globalización en América Latina pasa por la penetración de las industrias culturales, en particular los nuevos medios de comunicación electrónica, que al integrarnos en su dinámica al mercado mundial, disuelven la dispersa heterogeneidad cultural de las subregiones, pueblos y países latinoamericanos de mediados del siglo XX, hasta entonces forjada, con un fuerte predominio de lo rural y la regulación comunitaria, eclesiástica y estatal, “sobre la base de identidades nítidas, de arraigos fuertes y deslindes claros” (Martín-Barbero, 2000, p. 22), facilitando paulatinamente el paso a una heterogénea trama multicultural urbana y una lógica mercantil que seculariza e internacionaliza “los mundos simbólicos y segmenta al pueblo en públicos contruidos por el mercado” (Martín-Barbero, 2000, p. 24), promoviendo la neutralización y disolución de toda señal de identidad nacional y regional.

El monolingüismo y la uniterritorialidad, que la modernización heredó de los tiempos coloniales, habían ocultado la variopinta multiétnicidad de la que desde un inicio estuvo hecho lo latinoamericano y lo arbitrario de las demarcaciones que trazaron lo nacional. Junto con los procesos de emancipación secular, renovación cultural,

democratización política y expansión económica, deficiente y desigualmente desarrollados, característicos del proyecto de la modernidad, en la América Latina pervivieron comportamientos y creencias tradicionales en los que se siguieron afirmando identidades territoriales y étnicas propias de *Gemeinschaften* extrañas a los procesos de construcción de la *Gesellschaft* (Tonnies, 1998) nacional poscolonial, a la vez que nuevos agentes sociales propiciaban cambios en medio de las contradicciones generadas por los procesos de modernización.

En ese palimpsesto latinoamericano modernizante, las condiciones demográficas, socioeconómicas y socioculturales responsables de las diferencias caracterológicas, se superpusieron y coexistieron paralelamente desde los pueblitos más recónditos y rurales hasta las capitales y las grandes urbes modernizadas; aún dentro de una misma población, clase social, e incluso familia, coexistieron rasgos de orientaciones tradicional-colectivistas, interactivo-emocionales, autónomas y heterodirigidas (Riesman et al., 1981; (Keller, Yovsi, Borke et al., 2004, 2005; Kashima, Foddy & Platow, 2002).

Ello, habría estado asociado con el hecho de que en un período relativamente breve se habría dado el salto de una sociedad tradicional a una de consumo, con una orientación caracterológica heterodirigida, sin apenas pasar por la fase de crecimiento transitorio y carácter autónomo, que sí se habría dado en los EEUU y los países de la eurozona.

Y es que en las sociedades latinoamericanas, afirmó la psicóloga social venezolana Maritza Montero (1974),

en el término de unos pocos años se ha saltado del milenario arado de manceras al moderno arrastrado por el tractor..., donde abundancia y miseria rozan sus hombros,

donde los medios de comunicación han pasado a ser el verdadero opio de las masas, y las industrias surgen por doquier sin que exista la mano de obra calificada(p. 44).

Esta multiétnicidad o multiculturalidad latinoamericana de siempre, que la globalización vendría a refuncionalizar, subvierte entonces esa tradicional equivalencia entre identidad y nación con la que, durante más de un siglo, el modernismo latinoamericano venía subordinando y desintegrando las tradicionales y dispersas diferencias culturales (Martín-Barbero, 2000), generando, por el contrario, nuevas “hibridaciones entre lo culto y lo popular y de ambos con lo masivo, entre vanguardia y *kitsch*”, (Martín-Barbero, 2000, p. 24), entre lo global y lo local, un *bricolage* en el que, como bien afirmara García Canclini (1990), se traslapan tradición, modernismo cultural y socioeconómico y globalización y posmodernidad, una conflictiva heterogeneidad de lo arcaico, lo residual y lo emergente (Williams, 1980), que resultaría indispensable para considerar la especificidad cultural y psicosocial latinoamericana de la globalización.

Con la globalización, ha afirmado Martín-Barbero (2000),

nuestras identidades –incluidas las de los indígenas– son cada día más multilingüísticas y transterritoriales. Y se constituyen no solo de las diferencias entre culturas desarrolladas separadamente sino mediante las desiguales apropiaciones y combinaciones que los diversos grupos hacen de elementos de distintas sociedades y de la suya propia (p. 23).

En suma, como lo señalara García Canclini (1990), es precisamente en la conflictividad y el carácter procesal que conlleva esta pluralidad de múltiples combinaciones entre tradición, modernidad y posmodernidad, que resulta posible aprehender la suerte de las identidades colectivas y substratos caracterológicos que acompañan, pero también median, a los procesos de globalización en las sociedades latinoamericanas.

Sobre la especificidad costarricense en las actuales condiciones de globalización y transnacionalización

En Costa Rica, los procesos de globalización toman fuerza con los llamados Programas de Ajuste Estructural (PAE) que a principios de los 80, en medio de una profunda crisis económica nacional y regional, inician su implementación, con significativos cambios en la estructura y dinámica económica, política, cultural, social (Pérez Sáinz y Alvarado Ríos, 2008; Mota, 2002), demográfica (Rosero, Pichardo y Menjivar, 2008) y psicosocial del país (Keller, Kuensemüller, Voelker et al., 2005).

Caracterizado hasta entonces por el predominio de zonas rurales, con una población cercana a los 2 millones y medio, un 35% de la población en condiciones de pobreza, tasa neta de escolaridad para educación primaria de 90,8% y para educación secundaria de 42,1%, expectativas de vida alrededor de los 75 años, una mortalidad infantil de 17.4/1000 nacimientos y 5.0 el número de miembros por hogar, el país experimenta en los siguientes 30 años una importante expansión del espacio urbano en la que los terrenos agrícolas, en particular cafetaleros, son transformados en espacios de urbanización y expansión de la llamada Gran Área Metropolitana (GAM), y muchos de los grandes propietarios agropecuarios se trasladan de actividad, incursionando en nuevos espacios de inversión, en particular proyectos urbanísticos (Pérez Sáinz y Alvarado Ríos, s.f.), pero también industriales, comerciales y financieros. Se modifican los controles de importación de productos agrícolas, se da un fuerte impulso a la banca privada, se crean la Coalición Costarricense de Iniciativas de Desarrollo (CINDE) y el régimen de zonas francas para la promoción de la inversión extranjera y el establecimiento de empresas multinacionales en el país y se implementan Tratados de Libre Comercio, que intensifican

la apertura y regionalización económicas así como el acceso a los mercados internacionales en general.

Ya para inicios del nuevo milenio, Costa Rica superaba los 4 millones de habitantes, de los cuales un 80% eran predominantemente blancos, 15% mestizos, 1,7% indígenas, 2% afrocostarricenses de origen jamaiquino (Putnam, 2001) y cerca de un 9% nicaragüenses (Castro Valverde, 2002); con una creciente urbanización que ya cubría a más del 50% de la población, predominio de las clases medias, niveles de pobreza de un 20.6%, una tasa neta de escolarización a nivel primario que alcanzaba el 94% y un 60% a nivel de secundaria; la cobertura de salud pública superaba el 90%, la expectativa de vida llegaba a los 77.7 años, la tasa de fertilidad era de 2.6, la de mortalidad infantil de 10.2/1000 nacimientos y el número de miembros por hogar de 4.0; la incorporación de la mujer al trabajo remunerado alcanzaba el 38% y, si bien la familia nuclear seguía constituyendo el tipo predominante de hogar (Rodríguez, 2002), había aumentado el número de familias uniparentales y unipersonales, así como el número de divorcios y segundos matrimonios (INEC, 2008, 2013; Programa Estado de la Nación, 1999, 2006, 2013).

En esos 20 años, la actividad económica había experimentado una importante diversificación y apertura, en la que destacaban, con el concurso de una creciente inversión extranjera, el turismo internacional, la agricultura no tradicional, la reconversión de la producción cafetalera en producción de café especial en grano o café gourmet, la explotación a gran escala de cultivos de exportación como el banano, la caña de azúcar y la piña, la industria exportadora de ensamblaje, el auge de una tecnología de punta

vinculada con la creación y venta de aplicaciones y herramientas de software, el robustecimiento del sector financiero y un importante proceso de tercerización de la economía y crecimiento del comercio (Keller, Lohaus, Kuensemueler et al., 2005; Programa Estado de la Nación, 2006, Pérez Sáinz y Alvarado Ríos, s.f.; Román, Salom & Lara, 2008).

Con los Tratados de Libre comercio que toman fuerza con el nuevo milenio, se intensifica la apertura comercial y de servicios públicos, así como la regionalización económica, y se experimenta una fuerte expansión financiera de significativas implicaciones sociopolíticas.

No obstante y a contrapelo de estos inequívocos indicadores de globalización que ubican al país como una de las cinco sociedades latinoamericanas de mayor desarrollo y modernización económica, la pervivencia de formas de producción tradicional sigue siendo de significativos efectos en la dinámica económica del país: la actividad agrícola aún desempeña un importante papel en la economía nacional, constituyendo, a finales de la primera década del nuevo siglo, la segunda actividad productiva a la que se dedican los costarricenses, era la primera 15 años atrás (Programa Estado de la Nación, 2006, 2011), donde, con las grandes explotaciones de exportación y agricultura no tradicional, coexisten la agricultura familiar de subsistencia o pequeña parcela de cultivo mixto y empleo de tecnología artesanal, y cerca de la mitad de la población aún vive en zonas rurales, en las que la familia extensa sigue siendo predominante.

En el dominio tecnológico, la globalización ha estado directamente relacionada con la apertura de las telecomunicaciones impulsada con los programas de ajuste

estructural y concretada con el Tratado de Libre comercio con los EEUU que, si bien implicaba todo el istmo centroamericano, en Costa Rica tomaba la particularidad de comprometer el futuro de una institución que, como el Instituto Costarricense de Electricidad (ICE), ha sido un pilar en el proceso de modernización nacional que el país emprendió en los años 50-70 y que le permitió alcanzar los más altos índices de cobertura y densidad en telefonía fija en América Latina (Noveno Foro, 2007), así como en generación, transmisión y cobertura eléctrica (“Destaca el país”, 2012).

Para el momento de la apertura, un 54,11% de las viviendas poseía radio, 93,8% televisión a color, 24,38% tv cable, 9,81% internet, 28,2% computadora, 15,54% residencial sin celular, 15,5% celular sin residencial, 40,86% celular y residencial. Distribuidas por urbano-rural, 57,73 urbano/48,64% rural poseían radio, 96,25%/90,10% televisión a color, 34,96%/8,38% tv cable, 13,93%/3,58% internet, 36,82%/15,16% computadora, 23,45%/26,18% residencial sin celular, 14,17%/26,18% celular sin residencial, y 50,98%/25,56% celular y residencial (inec, 2006).

Ocho años después, para el 2015, la posesión de radio ha aumentado a un 68,3%, televisión a color a un 97,1%, tv pagada a 64,6%, internet a 60,2%, computadora a 48,4%, con celular sin residencial a 55,8%, con celular y residencial ha disminuido a 39,8%, un 25,1% ha adquirido las tabletas y cerca de 2700000 tienen cuentas de Facebook (“Costa Rica”, 2016). Distribuidas por urbano-rural 71,6% urbano/59,7% rural posee radio, 98,3%/94,0% televisión a color, % 70,2%/49,9% tv pagada, 65,6%/46,0 internet, 30,0%/12,3% tableta, 55,0%/31,1% computadora, con celular sin residencial 51,0%/68,1%, con celular y residencial 45,1%/25,8%. (INEC, 2015).

En el entretanto, para el 2011, América Móvil y Telefónica de España han iniciado sus operaciones en el campo de la telefonía celular, compitiendo con Kolbi, marca con la que el ICE enfrentará los procesos de apertura en este campo. Para el 2014 Kolbi cuenta con el 76% de las suscripciones, Claro, marca de servicios de comunicaciones de América Móvil, con el 15%, y Telefónica con el 9% (Sutel, 2014).

Como resultado, de unos 3000 celulares a principios de los 90, para el momento de la apertura existían 3128372, pasando a 7102000 en el 2014, los usuarios de internet móvil de 606215 al iniciar la década a 4200000 al finalizar el 2013, y las cuentas de la red social Facebook llegaban a 1638420. El país se había interconectado y las relaciones entre individuos, consumidores y empresas, ciudadanos y entidades públicas, estilos de vida en general, en particular de los jóvenes, liberadas de sus tradicionales deslindes espacio-temporales locales.

En este dominio destaca también la inserción del país en la industria del software, en particular a través de la instalación de multinacionales tales como Intel, Amazon y Western Union, que, aprovechando el Régimen de zonas francas, harán del país la punta de lanza del desarrollo tecnológico en el istmo, pero también del surgimiento de firmas locales que varían desde firmas desarrolladoras, exportadoras, creadoras de productos estandarizados y con presencia en el mercado global, hasta empresas pequeñas, no exportadoras, dedicadas al mercado nacional e ístmico (Pérez Sáinz y Alvarado Ríos, s.f.).

Políticamente, el sistema de representación democrática, uno de los más sólidos del continente, que hasta mediados de los 80 había gozado de gran consenso y estabilidad, experimentará a partir de los 90 un fuerte socavamiento de credibilidad y confianza,

azuzados por los escándalos por corrupción (Barahona y Ceciliano, 2008), el desmejoramiento en la eficiencia y calidad de las funciones del Estado y la polarización en torno a las políticas de ajuste estructural, liberalización de la economía y reducción del sector público y de la inversión social (OIT, 2002).

La crisis del bipartidismo, la emergencia de gran cantidad de partidos políticos y el reciente triunfo de una tercera fuerza político- electoral, expresarían esa pérdida de consenso y credibilidad en torno al sistema político y la polarización sufrida en torno al curso político, económico, cultural y psicosocial a seguir por el país (Roman, Salom & Lara, 2008).

Si bien en estos años ha habido avances importantes en materia de derechos de los niños, los jóvenes, las mujeres, los discapacitados, las personas de la tercera edad y las de diversidad sexual que ampliarían el espectro democrático del país, las políticas salariales y de empleo y los mecanismos de redistribución del ingreso y de los beneficios del crecimiento económico han potenciado el aumento de la desigualdad y la segregación sociales. En consecuencia, el ingreso de los más pobres se ha visto deteriorado en forma inversamente proporcional al incremento del de los más ricos, la escolaridad se ha estancado con más de un 60% de la fuerza laboral sin secundaria completa, y el mercado laboral informal ha mostrado mayor dinamismo y crecimiento que el formal (Roman, Salom & Lara, 2008).

En el dominio social, estos procesos de concentración de la riqueza e incremento de la desigualdad socioeconómica se habrían materializado en una cada vez mayor segregación residencial, educativa, cultural y de las relaciones cotidianas, de hondas

repercusiones en los procesos de cohesión y formación de la identidad colectiva (Barahona & Ceciliano, 2008).

El crecimiento de las modalidades privadas de urbanización en las periferias, así como la reorganización espacial del comercio, servicios, centros educativos y espacios de recreación, generan fronteras socioespaciales y reducción, e incluso exclusión, de las oportunidades de interacción entre personas de diferentes extracciones socioeconómicas, con las consiguientes diferenciaciones en estilos de vida e impacto sobre el tejido social (van Lidth de Jeude & Schütte, 2010).

Los cambios que se producirían en los estilos de vida con estas expresiones urbanísticas y sociodemográficas, aunadas a las tecnológicas antes mencionadas, afectarían muy significativamente creencias y expectativas, prácticas y experiencias de crianza así como la dinámica en general de la formación social de las estructuras subjetivas, todo ello en gran medida en la dirección, de acuerdo con la teoría del carácter social, de una orientación sociocultural del carácter cada vez más narcisista, desarraigada, idiocéntrica, competitiva, heterodirigida y consumista (Fromm 1955/1985; Riesman y otros, 1981; Greenfield, 1999). El valor de la equidad, significativo constitutivo no ha mucho del imaginario colectivo nacional, sucumbe, plantean como hipótesis de trabajo el sociólogo Manuel Barahona y la psicóloga Yahaira Ceciliano, “ante el valor liso y llano del éxito personal” (Barahona & Ceciliano, 2008, p. 199).

A contrapelo, la pervivencia de formas de vida tradicional aún significativas en la dinámica económica, política, cultural y psicosocial del país, sigue favoreciendo, en medio de una vorágine de transiciones e hibridaciones, la reproducción de creencias y

expectativas, prácticas y experiencias psicosociales cotidianas, así como de estructuras subjetivas, en la dirección de una orientación sociocultural del carácter signada por la receptividad, fuertes sentimientos de arraigo a la tierra, alocentrismo comunitario y familiar, formas de pensamiento concretista y descriptivo y conocimiento intransferible (Erikson, 1966; Fromm y Maccoby, 1970/1974). A ellas se agregaría mucho de las formas de vida que alimentan la diversidad cultural nacional, en particular originarias y afrodescendientes, cuyas especificidades culturales y psicosociales es poco lo que se ha investigado, así como de aquellas que los mismos procesos de globalización condenan a la pobreza y la miseria, el trabajo informal y la vida en precario, donde, junto con la violencia, la inseguridad y las drogas, convivirían los vínculos consanguíneos, el alocentrismo comunitario, el apoyo mutuo y el intercambio (Garita Arce & Vargas Obando, 1989; van Lidth de Jeude & Schütte, 2010).

En estas condiciones de desarrollo desigual y combinado (Trotsty, 1982) emergerían diversas formas de hibridación sociocultural del carácter que es posible identificar en términos del grado en que se entremezclen los rasgos de las orientaciones alocéntricas, idiocéntricas y heterónomas, y que Keller y colaboradores (Keller, Lohaus, Kuensemueler et al., 2005) denominan orientación sociocultural autónomo-interdependiente, cuyas peculiaridades, reconocen estos investigadores, han ido escasamente exploradas.

En resumen, de la identificación y análisis de aquellas peculiaridades que distinguen los llamados procesos de globalización y transnacionalización cultural y sus repercusiones generales en América Latina y particularmente en Costa Rica, se puede concluir que, con

la globalización, entendida como ese proceso de creciente interdependencia entre los países que toma fuerza a inicios de los 80 y cambia el panorama y dinamismo mundial de las sociedades, desde Rusia hasta el sudeste asiático, desde Japón hasta Europa, desde China hasta EEUU, se produce una vertiginosa propagación y uso generalizado de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación en las diversas ramas de la actividad económica, política, sociocultural y psicosocial, integración de los procesos de producción, comercialización, consumo y financiamiento, emergencia de organismos supranacionales y consecuente debilitamiento de los Estados-nación y de bienestar social, estandarización transnacional posmodernista de las culturas o multiculturalidad y planetarización de formas cotidianas o estilos de vida sustentados en la desterritorialización y transitoriedad de vínculos e interacciones y modalidades subjetivas efímeras y descartables vinculadas a los caprichosos y volátiles intereses del mercado global.

Que en el caso latinoamericano estos procesos de globalización marchan también, como en las demás regiones aunque evidenciando significativos rezagos y tensiones, al compás de la actualización tecnológica, la apertura económica, la integración regional, la refuncionalización de los estados nacionales y el multiculturalismo posmoderno por los que los diferentes países de la región procuran insertarse competitivamente en el creciente mercado global, subvirtiendo y refuncionalizando la tradicional equivalencia entre identidad y nación con la que el modernismo latinoamericano venía subordinando y desintegrando las tradicionales y dispersas diferencias culturales, y liberando o provocando por el contrario, un bricolaje en el que se traslapan tradición, modernismo cultural y socioeconómico, y globalización y posmodernidad. Y que sería precisamente

en la conflictividad y el carácter procesal que conlleva esta pluralidad de múltiples combinaciones de lo arcaico, lo residual y lo emergente, que resulta posible aprehender la suerte de las identidades colectivas y substratos caracterológicos que acompañan, pero también median, esos procesos de globalización en las sociedades latinoamericanas.

Consecuentemente en Costa Rica, en medio de la creciente globalización que iniciara su implementación a principios de los 80, con significativos cambios en la estructura y dinámica económica, política, cultural, social, demográfica y psicosocial del país, la superposición y amalgama de estructuras socioeconómicas y socioculturales tradicionales, modernas y posmodernas recorre sincrónica y diacrónicamente, con diversos grados de tensión, complementariedad y asimilación, la sociedad, incidiendo en la pervivencia de prácticas tradicionales de vida, caracterizadas por el predominio de la actividad productiva agrícola, la producción familiar de subsistencia, el empleo de tecnología artesanal y una cultura religiosa y oral, propias, de una orientación sociocultural allocéntrica o interdependiente del carácter, en interacción con formas o estilos crecientemente modernizantes, caracterizados por la urbanización, la expansión del sector industrial, financiero y de servicios, el desarrollo de la industria turística, el fortalecimiento del sistema de democracia representativa, la universalización de la escolarización y la salud, los cambios en las prácticas demográficas, y la expansión en los medios de comunicación social, particularmente electrónicos, potenciadores de una orientación sociocultural del carácter cada vez más idiocéntrica y heterónoma, y configurando así, en su interacción, formas de hibridación sociocultural del carácter que sería posible identificar en términos de variaciones de una orientación sociocultural autónomo-interdependiente, cuyas peculiaridades, así como las de las asociaciones entre

los factores demográficos, socioeconómicos, socioculturales y psicosociales que específicamente inciden en su formación y dinámica, requiere del desarrollo de una investigación apenas en ciernes.

La Teoría del Carácter Social y los Procesos de Formación Social de la (Inter) Subjetividad en las Actuales Condiciones de Globalización y Transnacionalización de la Sociedad Costarricense

A la base de la tesis sobre la mediación sociocultural del carácter, se encuentra el presupuesto de que las experiencias de crianza, habidas por un individuo o grupo de individuos, tienen efectos profundos y diferenciales en la formación de sus estructuras psíquicas.

Y Erich Fromm fue uno de los primeros autores en procurar establecer un ligamen entre el desarrollo psíquico, las prácticas de crianza y las condiciones socioeconómicas y socioculturales.

Con la noción de carácter social intentó dar cuenta de los rasgos psíquicos que, como resultado de las experiencias básicas y los modos de vida comunes, caracterizan a los miembros de un determinado medio socioeconómico o sociocultural.

El carácter social así, apunta a la impronta que condiciones socioeconómicas y socioculturales específicas tienen sobre el psiquismo humano, moldeando o configurando un conjunto de rasgos comunes en aquellos individuos que comparten similares condiciones de vida, sea por pertenecer a una misma clase social, grupo étnico, etario, género, sociedad u otro condicionante sociodemográfico o cultural.

Pero dicho moldeamiento o configuración supone que el carácter social no aparece de golpe y porrazo en el individuo, sino que se forma y modifica, a través de su ciclo de vida, como adaptación a experiencias socioculturalmente compartidas.

Y fue la familia y sus prácticas de crianza el primero de los mecanismos sociopsicológicos a los que Fromm prestó atención, al punto de denominarla como “el agente psicológico de la sociedad” (1941/1998, p. 291).

Desde sus inicios el Psicoanálisis planteaba que los primeros cinco años de vida son esenciales para el desarrollo de la personalidad, en particular del carácter, pues en ese período, se estructurarían sus disposiciones anímicas y hábitos básicos de interacción con el medio, especialmente el familiar.

Autores como Alfred Adler (1984), ubicaron la primera cristalización del carácter hacia los tres años, y posteriormente otros como el etólogo austriaco Konrad Lorenz (1993) y el psicoanalista inglés John Bolby (1952) dieron sustento a la llamada hipótesis del período crítico, según la cual los efectos de las primeras experiencias infantiles serían cruciales en su ulterior desarrollo.

Fromm, si bien compartió la importancia que en el proceso de formación del carácter tendrían esos primeros años de vida, consideraba que no es sino con la adolescencia que las estructuras de carácter se asentarían en los individuos (Fromm & Maccoby, 1970/1974), que la familia, si bien instancia medular de formación sociocultural del carácter, no constituiría la única y definitiva agencia de socialización, y que este proceso sería permanente y ejercería un influjo continuo sobre la persona a lo largo de su existencia.

Hablando de un modo más general, la formación y fijeza del carácter han de entenderse en función de una escala móvil; el individuo empieza la vida con ciertas cualidades que le hacen ir en determinada dirección, pero su personalidad es todavía suficientemente maleable para dejar que el carácter se desarrolle en muchas direcciones diferentes dentro del marco dado. Cada paso que da en la vida reduce el

número de posibles resultados futuros. Cuanto más fijado está el carácter, mayor debe ser el impacto de los factores nuevos para que se produzcan cambios fundamentales en la dirección o la evolución ulterior del sistema.... Esto no quiere decir que las influencias de la primera infancia no sean en general más eficaces que los acontecimientos posteriores... Pero si bien inclinan más, no determinan del todo... [sólo que] para contrarrestar el mayor grado de impresionabilidad de la primera edad, los sucesos posteriores han de ser más intensos y dramáticos (Fromm, 1974/1975, p. 367).

En consecuencia, a la par de, y en continuidad con, las experiencias familiares, o sus equivalentes, como experiencias de formación social del carácter, sería menester considerar todas aquellas que de manera inmediata o mediata resultan significativas en el desarrollo del menor y su socialización, tales como las vecinales y comunales, escolares, lúdicas, religiosas y demás, e incluso las experiencias mediáticas que, como la recepción radial y televisiva, y más recientemente el uso de Internet y de dispositivos electrónicos como los videojuegos, la computadora y el celular, tendrían un creciente influjo en la formación de rasgos y actitudes característicos.

Ahora bien, a diferencia de los enfoques interpersonalistas, la teoría del carácter social, siendo fiel a su contextualización sociocultural de las experiencias de crianza, presupone que tras esta multiplicidad de mediaciones, y más que resultado de los métodos de crianza y educación, el carácter se explica en función de los patrones y requerimientos de la estructura socioeconómica y sociocultural de una sociedad dada y su impacto en aquellos entornos, agentes y mecanismos de mediación de la experiencia sociopersonalizante.

Ya los estudios antropológicos del programa de personalidad y cultura, con el que Fromm colaborara estrechamente, habían resaltado la variabilidad cultural de pautas de acuerdo con las cuales se orienta la crianza dada a los nuevos miembros en diferentes

sociedades. Diferentes culturas harían hincapié en diferentes habilidades, diferentes vías de desarrollo psicosocial y diferentes medios de socialización o transmisión cultural (Mead, 2006).

Pero esos estudios también demostraban que cualesquiera que fuesen los contenidos y tendencias que imprimiesen esas pautas, evidenciaban una tendencia general a regular aspectos cruciales generales en el desarrollo de la personalidad, tales como alimentación, eliminación, relaciones sexuales, agresión y dependencia.

Fromm por su parte también resaltó, como ya hemos mencionado, tanto la presencia de aspectos cruciales comunes y constantes en la formación del carácter, como la variabilidad cultural de su regulación mediante mecanismos psicosociales como la familia y sus pautas socializadoras, pero en su caso estos aspectos cruciales comunes en la formación del carácter, los asoció, de una parte con condicionantes de la estructura socioeconómica o modo de producción, de la otra con imperativos o necesidades arraigadas en la situación existencial humana que identificó en términos bipolares de relación-separación o alejamiento, creatividad-destructividad, arraigo-desarraigo, individualidad-colectividad, racionalidad-irracionalidad y productividad-improductividad. Según la naturaleza y grado de heterogeneidad del orden cultural y socioeconómico así sería la configuración social del carácter que los patrones de crianza favorecerían.

Culturalmente, Fromm destacó los patrones matricéntricos y patricéntricos de organización del carácter, siendo distintivo del primero una estructura psíquica caracterizada por la orientación hacia la interdependencia, la igualdad natural, los

sentimientos de arraigo a la familia, a los antepasados, a las costumbres, a la tradición, a la naturaleza o la tierra y a la comunidad, la religiosidad-misticismo, la compasión y la piedad, la trascendencia del yo y la benevolencia, y el sometimiento pasivo o receptividad ante la naturaleza, mientras que del segundo sería más propio el amor condicional, el poder jerárquico, la sumisión autoritaria, la moral restrictiva y el sentimiento de culpa, el pensamiento abstracto, la proyección prospectiva, la iniciativa, el individualismo, el principio prometeico y el espíritu conquistador. Mientras el patrón o complejo matricéntrico habría predominado en las sociedades precapitalistas y coloniales y en alguna medida mantendría una presencia relativamente significativa en las de la Europa meridional y la América poscolonial de mediados del siglo XX, el patricéntrico sería propio de las sociedades capitalistas protestantes (Fromm, 1934/1972).

Socioeconómicamente, Fromm diferenció las sociedades precapitalistas rurales de las capitalistas industriales, siendo lo propio de las primeras las orientaciones de interdependencia y solidaridad, que se habrían ido paulatinamente debilitando en favor de una creciente avaricia y competitividad individualistas que serían predominantes en las sociedades capitalistas europeas del siglo XIX, en que el carácter social sería "esencialmente competidor, acumulativo, explotador, autoritario, agresivo e individualista" (Fromm, 1955, p. 87). Con la llegada de la sociedad posindustrial después de la segunda guerra mundial, la organización social del carácter tomaría un rumbo hacia una orientación mercantil que, con la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación a finales del siglo pasado, se tornaría globalmente predominante.

En suma, la teoría frommiana plantea que el conocimiento y comprensión de aquellas prácticas y experiencias de crianza, como los mecanismos sociopsicológicos

mediante los cuales valores e imperativos socioculturales son interiorizados por la persona en formación, si bien constituyen una parte importante del análisis en los procesos de mediación sociocultural del psiquismo, deben sin embargo ser primeramente abordadas a partir de las condiciones objetivas que estructuran las sociedades, y solo entonces determinar la forma específica en que actuarían, en sus diversas mediaciones, en el moldeamiento social del individuo.

Sin embargo, en lo que respecta a las particularidades de las modalidades o estrategias de socialización y crianza que favorecerían el desarrollo de los caracteres correspondientes a las diferentes formaciones culturales y socioeconómicas, y en particular en el nuevo contexto de la globalización, la teoría el carácter social ha resultado más bien carente de elaboración y evidencia, reducida a unas muy pocas generalidades, siendo una de sus principales falencias un desarrollo conceptual y empírico al respecto.

Aún y cuando Fromm resaltó los diferentes tipos caracterológicos que se corresponderían con diferentes entornos socioculturales y socioeconómicos, tales como el tipo receptivo, correspondiente a entornos precapitalistas, el explotador, más afín al entorno renacentista y de inicios del capitalismo, el acumulativo, quizá el más estudiado y expresión del capitalismo decimonónico, o el mercantil, asociado a la llamada sociedad posindustrial, e incluso destacó el papel específico de valores, creencias y expectativas sobre el desarrollo y formación del infante, como la conveniencia del respeto y la obediencia infantil hacia sus figuras parentales, o de prácticas de crianza, como la calidez emocional, los cuidados básicos parentales y la permisividad o restrictividad parentales, en la conformación caracterológica, sus apreciaciones sobre las articulaciones entre las diferentes creencias y prácticas parentales, las orientaciones específicas del carácter social

y la diversidad de entornos socioculturales y socioeconómicos, resultan excesivamente genéricas y más formulativas e ilustrativas que exploradas o demostradas. Y mucho menos nos ofrece mayor luz respecto a las formas de mediación que esas otras experiencias e instancias sociales no familiares ejercen en dichas articulaciones.

Puede entonces concluirse con que la formulación frommiana acerca de las prácticas de crianza y los métodos educativos como correas de socialización o mecanismos de selección social (Maccoby, 2002), y en particular de la familia como instancia psicológica de la sociedad, no parece haber ido mucho más allá de algunas generalidades como las mencionadas líneas arriba, o la reiterada aseveración de que más importante que las propias prácticas de crianza resulta el carácter mismo de las figuras parentales como configurador del carácter en los hijos, careciendo de una más precisa formulación y evidencia acerca de la formación del carácter bajo diferentes prácticas y experiencias, obviando casi por completo el papel e imbricación que las múltiples prácticas y experiencias no familiares desempeñan en el análisis del impacto sociocultural sobre lo singular, y las peculiaridades que todo ello supone en diversos entornos socioculturales y socioeconómicos. Que, en consecuencia, la teoría del carácter social adolece de la falta de hipótesis específicas e investigación de campo sobre las diversas experiencias mediacionales que participan en la formación sociocultural del carácter. Que para completar dicha teoría y dotarla de una formulación y fundamento precisos sobre el desarrollo sociocultural del carácter sería necesario, de una parte, especificar las relaciones entre los entornos socioculturales y los factores socioeconómicos y, más ampliamente, demográficos; de otra, avanzar en el conocimiento de las diferencias culturales, y sociodemográficas que presentan los entornos familiares y de cómo estas

inciden en sus estilos y dinámicas de crianza; además, conocer de las articulaciones y dislocaciones entre las prácticas parentales de crianza con otras instancias de mediación psicosocial y de estas con sus entornos culturales y demográficos y, finalmente, conocer de las interrelaciones entre las diferencias culturales de mediación social y prácticas de crianza y las orientaciones del carácter socioculturalmente predominantes.

Y un avance en relación a disponer de un marco de comprensión más específico respecto al desarrollo social del carácter sería el ofrecido por el psicoanalista alemán Erik Erikson y su modelo epigenético del desarrollo (1966), que el mismo Fromm consideraba consonante en lo substantivo con su teoría, al destacar Erikson, en contraste con Freud, el papel de las condiciones socioculturales en la conformación del carácter, lo que lo habría llevado a consideraciones semejantes a las suyas, al demostrar como diferentes prácticas de crianza estarían encaminadas a la conformación de valores y metas que encauzarían la energía infantil en correspondencia funcional con las peculiaridades de sus entornos ecológicos e infraestructuras socioeconómicas y cómo la consistencia y continuidad de estos valores y metas, convertidos en parte esencial del sentimiento de identidad de cada persona, dependerían de guardar dicha correspondencia.

Erikson partía de la idea de que la gente tiene que responder tanto a los cambios corporales como a los requerimientos culturales a las diferentes edades (1966), y como enfrenta estos retos o responde a estas tareas de vida formaría sus competencias, valores, actitudes emocionales y sentido de identidad o sí mismo.

De ahí su concepción epigenética del desarrollo, que implicaba concebirlo como un proceso continuo de adaptación tanto a los cambios biológicos internos como a los del entorno, un proceso en el cual los individuos irían incrementando sus habilidades para determinar y satisfacer sus necesidades.

Esta concepción conlleva, como la teoría del carácter social frommiana, la idea del desarrollo como una ampliación progresiva de la conciencia y la productividad: el desarrollo óptimo individual para cualquier carácter social requeriría de libertad de opresión y oportunidad para satisfacer creativamente sus necesidades.

En sus ya clásicos estudios con los sioux o dakotas y los yurok, ambos pueblos aborígenes de Norte América, Erikson (1966) procuró demostrar los vínculos que las prácticas de crianza guardarían con las peculiaridades socioecológicas y económicas del modo de vida tribal, y como al modificarse las condiciones de su modo de vida se habrían subvertido “las bases para la formación de una identidad colectiva y, con ello, el depósito de integridad colectiva de la que el individuo debe derivar su importancia como ser social” (Erikson, 1966, p. 138).

Si bien ambas sociedades eran tradicionales, orales, míticas, simples u homogéneas, preocupadas fundamentalmente por la autorregulación tribal en relación con un sector específico de la naturaleza y por el desarrollo de herramientas suficientes y una magia ecológicamente apropiada, Erikson encontró que mientras en el caso de los sioux, desde las prácticas de lactancia y demás cuidados primarios las actitudes parentales estaban caracterizadas por una actividad mínimamente regulada para el crío, prácticas que estarían asociadas con el desarrollo de una actitud generosa, desprendida e independiente,

en la que no cabían el egoísmo y la competitividad, y que juzgó propicia para el nomadismo estacionario de los pueblos cazadores de las praderas, en los yurok por el contrario, se alentaba desde muy temprano la separación del infante y su madre, y se ponía énfasis en la autorrestricción y en la subordinación de todo impulso instintivo a las consideraciones económicas propias de una vida pesquera y espacialmente circunscripta a un estrecho valle montañoso y densamente arbolado junto a la desembocadura de un río.

En los sioux, el período de lactancia era extenso, aproximadamente unos tres años, en los cuales se le permitía al infante un uso incondicional del pecho materno, siempre que aprendiera a no morderlo, pues en tal caso se le aporreaba por la cabeza; se le amamantaba al menor indicio de llanto, fuera de día o de noche, y el destete se iba dando a medida que el infante iba adquiriendo interés por otro tipo de alimentos, con lo que en éste se iría desarrollando no sólo una relación de seguridad con sus padres sino de confianza con su ambiente en general.

Se acostumbraba fajar al bebé, en particular cuando tenía ataques de rabia; no había mayor estimulación motora o mediante objetos, ni tampoco se acostumbraba balbucear como bebé; el control de esfínteres, luego, se realizaba sobre todo a través del ejemplo; aunque había tendencia a apresurarlo y establecer lugares fijos para la excreción, en general al niño y la niña sioux se les permitía llegar por si mismos a un acatamiento gradual de las reglas de recato o de higiene existentes.

Aunque se recurría al castigo físico, los principales medios de corrección eran la advertencia y el avergonzamiento. Se consideraban como conductas inapropiadas en especial el egoísmo y la actitud competitiva; se permitía la libre expresión verbal del enojo

y, en general, se alentaba, en particular en el niño, la libre autodeterminación y autoconfianza.

Hacia los cinco o seis años es que se daba cierta separación entre los sexos, apreciándose una tipificación sexual de los juegos, por la que a los niños se los alentaba a perseguir pequeños animales con cuerdas y hondas y a las niñas a jugar con muñecas y llevar la casa. Era el momento en que a ellas se les enseñaba a cocer, cocinar, conservar alimentos y levantar tiendas, a ser tímidas y a no exceder ciertos límites físicos.

A los niños, al final de su infancia, se les sometía a un ritual por el que se determinaba su sino en la vida:

Se les animaba a introducirse en el bosque sin armas y sin otra vestimenta que un taparrabos y un par de mocasines en búsqueda de un sueño. Hambriento, sediento y cansado, el chico esperaba a tener un sueño al cuarto día de su viaje que le revelaría su destino vital. Al volver al hogar, relataría a los ancianos de la tribu el contenido de su sueño, el cual sería interpretado de acuerdo con una práctica legendaria. Y su sueño le diría al chico si estaba destinado a ser un buen cazador, o un gran guerrero o un experto en la caza de caballos salvajes, o quizás convertirse en un especialista en la fabricación de armas, o un líder espiritual, sacerdote o curandero (Dimas y Tobias, sf., p. 5)

En suma, concluyó Erikson, las prácticas de crianza entre las comunidades sioux estaban encaminadas a metas de socialización asociadas con los objetivos y valores culturales de un pueblo cazador y nómada.

A diferencia de lo sioux, entre los yurok se alentaba desde muy temprano, prácticamente desde antes del nacimiento, la separación del infante y su madre.

Durante el embarazo, las madres yurok acostumbraban comer poco, realizar muchas tareas, a fin de que el feto no se reclinase contra la columna, y frotarse a menudo el abdomen, para mantenerlo despierto.

Al nacer, no se le daba pecho de inmediato sino unos días después, mientras, se le alimentaba con sopa de nuez en una diminuta concha. Si bien luego la lactancia era generosa, el destete se daba hacia los seis meses, coincidiendo con la aparición de los primeros dientes, y de ser necesario, se imponía hacia el final del primer año con un alejamiento de la madre por algunos pocos días. El primer alimento sólido que se le daba era salmón o carne de ciervo bien salada.

Se alentaba la locomoción a muy temprana edad mediante la estimulación corporal, en particular de sus extremidades inferiores, para que comenzase a gatear lo más pronto posible, responsabilidad que recaía en las abuelas y que era reforzada en los progenitores con el reinicio de las relaciones sexuales tan pronto el infante diera muestras de un gateo vigoroso.

Si bien no existía un énfasis especial en la regulación de la zona anal o del control de heces, existía una evitación general de todas las contaminaciones por el contacto con los fluidos y contenidos antagónicos. El infante debía aprender temprano a no orinar en el río ni en sus afluentes. Una constricción, cuyas salvaguardias, establecidas en la personalidad e identidad, tendría todos los rasgos de la ritualización compulsiva.

La base para las actitudes genitales de los yurok, concluyó Erikson, se establecería en el más temprano condicionamiento del infante, que le enseñaba a subordinar todos los

impulsos instintivos a consideraciones económicas atesoradoras: avaricia, suspicacia, terquedad, acumulación retentiva, y disputas pedantes.

Congruentemente, durante las comidas, se practicaba un estricto orden de ubicación, masticar lentamente y guardar silencio, a fin de que todos pudieran concentrarse en el dinero y los salmones.

La adquisición de bienes era una preocupación continua de los yurok, aprendida desde los primeros años pues a los niños se les enseña a ahorrar, valorar las ganancias a largo plazo más que los impulsos inmediatos y a soñar en pescar salmón y ganar dinero (Dimas & Tobías, s.f. (¶ 45).

Así, en contraste con los sioux, que aprenderían a asociar los modos locomotor y genital con la caza, constituyéndose en una sexualidad más fálico-genital, en tanto perseguían todo aquello que se movía: animales, enemigos, mujeres, los yurok serían más fóbicos y suspicaces, evitaban cualquier circunstancia que comprometiese sus haberes como ser económico, y así convertirse en individuos limpios, con sentido común.

En suma, las prácticas de crianza temprana de los yurok, estarían asociadas, según Erikson, con las peculiaridades de su actividad pesquera y recolectora y en un entorno espacialmente circunscripto.

También en la tradición de la comprensión de los procesos de mediación sociocultural de formación del carácter, resulta significativo el aporte ofrecido por Riesman en “La muchedumbre solitaria” (1981), donde planteó que, según la curva de crecimiento poblacional prevalente en una sociedad determinada, se favorecería en sus miembros típicos el desarrollo temprano de una cierta orientación social del carácter, tradicionalista en aquellas sociedades de alto crecimiento potencial, de dirección interna

en las sociedades de crecimiento poblacional transicional, y heterodirigidos en las sociedades de incipiente declinación poblacional.

Las sociedades de alto crecimiento potencial habrían desarrollado en sus miembros típicos un carácter social cuya conformidad sería asegurada por su tendencia a seguir la tradición. Llamó a los miembros de este tipo de sociedades gente dirigida por la tradición, y a la sociedad en que vivían una sociedad dependiente en la dirección de la tradición.

La sociedad de crecimiento poblacional transicional desarrollaría en sus miembros típicos un carácter social cuya conformidad es asegurada por su tendencia a adquirir temprano en la vida un conjunto internalizado de metas. A estos los llamó gente dirigida internamente y a la sociedad en la que viven una sociedad dependiente de la dirección interna.

Finalmente, la sociedad de incipiente declinación poblacional desarrollaría en sus miembros típicos un carácter social cuya conformidad será asegurada por su tendencia a ser altamente maleables y sensibilizados a las expectativas y preferencias de otros. A estos los llamó gente dirigida por otros, y la sociedad en la que vivirán una dependiente de la dirección de otros.

En las sociedades tradicionales, predominantemente rurales, con economías tecnológicamente rudimentarias, baja división del trabajo y preponderantemente de autosubsistencia, sin o muy baja alfabetización y relativamente homogéneas, la socialización y crianza estarían generalmente dictadas por las relaciones de parentesco, edad y sexo, clanes, castas y oficios; relaciones que se habrían mantenido estables durante siglos de generación en generación con apenas ligeras variantes. Abuelos y hermanos

mayores cumplirían un importante rol en el sometimiento del o la menor a la disciplina familiar. Los infantes se formarían participando en las funciones de la colectividad y la diaria convivencia con el adulto los iría introduciendo en las creencias y prácticas reverenciadas por su medio social. El ritual, la rutina y la religión constituirían los principales referentes de orientación y devoción culturales. Poca energía se dirigiría hacia la búsqueda de nuevas soluciones de los problemas prácticos y expresivos. El apego y arraigo caracterológicos al grupo, a la tierra y a las tradiciones, colmarían sus aspiraciones y marcos de orientación y devoción. La sanción para su conducta tendería a ser el temor a ser avergonzados por apartarse de la norma surgida del contacto local diario.

En las sociedades de crecimiento transicional, en vías de industrialización, comercialización y urbanización crecientes, altamente mecanizadas y alfabetizadas, compleja división del trabajo, cada vez más heterogéneas y permeables al mundo exterior y con una psicología de escasez, la socialización y crianza dependerían en los primeros años de una estructura familiar nuclear patriarcal, en la que la madre desempeñaría el rol de agente primordial de interacción y satisfacción de necesidades del infante, desarrollándose entre ambos profundos vínculos de interdependencia e identificación. Conforme el infante desarrolle sus capacidades motoras, sería objeto de una estricta disciplina que favorecería la autorregulación y la formación de un tipo independiente, metódico, perseverante, ahorrativo y basado en las normas de reciprocidad. En la persona dirigida internamente el apartarse de sus impulsos internos llevaría a los sentimientos de culpa.

Finalmente en las sociedades heterodirigidas, posindustrializadas, altamente urbanizadas y cosmopolitas, cada vez más las relaciones con el mundo exterior y con el

sí mismo se producirían por el flujo de las comunicaciones masivas. En las familias más pequeñas de la vida urbana, y con la difusión del tipo permisivo de educación infantil en estratos cada vez más amplios de la población, se produciría una relajación de las antiguas pautas de disciplina. La familia ya no sería una unidad cerrada a la que se pertenece sino solo una parte del medio social más vasto al que se presta atención desde temprano. La pronta reincorporación de la madre al medio laboral, una mayor participación del padre en los cuidados e interacciones básicas con el infante, y la temprana institucionalización de éstos en centros maternales y preescolares, irían marcando nuevas pautas en las que el infante se vería menos expuesto a la dependencia emocional hacia el adulto y el grupo de pares se iría haciendo mucho más importante. Las presiones de la escuela y del grupo de pares se verían reforzadas y continuadas, no sin paradojas, por *los media*: cine, radio, historietas y cultura popular en general. Bajo estas condiciones surgiría el tipo de carácter dirigido por los otros: lo que sería común a todos los individuos en las sociedades heterodirigidas, es que sus contemporáneos constituirían la fuente de dirección para el individuo, sea que los conozca cara a cara o que mantenga con ellos una relación indirecta a través de amigos y de los medios masivos. Tal fuente sería desde luego internalizada en el sentido de que la dependencia con respecto a ella para una orientación en la vida se implantaría desde temprano. Las metas hacia las cuales tendería la persona heterodirigida serían altamente lábiles, lo único que permanecería inalterable durante toda la vida es el proceso de tender hacia ellas y de mostrar una profunda sensibilidad a las señales procedentes de las acciones y deseos de los otros. Innovadores y consumistas, en lugar de los controles por culpa y vergüenza, que seguirían sobreviviendo, la palanca psicológica primordial de la persona heterodirigida sería una ansiedad difusa.

A mediados del siglo pasado, según Riesman (1981), un entorno socializador y de crianza favorecedor del carácter tradicional prevalecería en una América Latina sustancialmente rural, mientras que un entorno favorecedor del carácter de dirección interna lo haría en las regiones rurales y pequeñas ciudades norteamericanas y canadienses, en el noroeste europeo y hasta cierto punto en Europa central, y uno favorecedor del carácter heterodirigido empezaría a insinuar su predominio en las grandes metrópolis estadounidenses y a aparecer en las del noroeste europeo.

Desde una perspectiva más circunscripta a las relaciones entre las variaciones en los patrones parentales de crianza y el desarrollo psicosocial infantil, con apenas mención a sus interacciones con otras instancias de mediación o socialización, contextos culturales o factores demográficos y económicos, la psicóloga estadounidense Eleanor E. Maccoby, planteó un modelo de estilos parentales de crianza sustentado en el control, permisivo o restrictivo, y en las expresiones de afecto, cálido u hostil, empleados con sus hijos, y en cómo estos estilos afectarían el desarrollo del carácter de éstos para desempeñarse en su mundo (Morales y Salas, 2004).

A este respecto propuso, con base en el modelo de autoridad parental de la también psicóloga estadounidense Diana Baumrind, cuatro estilos y sus presuntos efectos diferenciales en el carácter y comportamiento infantiles (Maccoby & Martín, 1983).

Estos cuatro estilos eran el permisivo, el autoritativo, el autoritario y el negligente, y se diferenciarían por el modo particular en que combinan las formas de control, las demandas de madurez, la comunicación y los cuidados y atenciones para con sus hijos, siendo característico del primero, una actitud de amor incondicional, centrado en la

autoexpresión y la autorregulación, con poca o ninguna fiscalización de la actividad de sus hijos, rara vez castigarían, serían cálidos y poco exigentes, y tenderían a consultar las decisiones con ellos. En consecuencia, sus hijos, sin embargo:

tienden a ser inmaduros, agresivos, rebeldes, socialmente ineptos, autocomplacientes, menos perseverantes y, se les dificulta controlar sus impulsos o posponer la gratificación, aunque algunos podrían ser dinámicos, extrovertidos y creativos (Morales y Salas, 2004, p.6-7).

Propio del estilo parental autoritativo, o de autoridad racional en la teoría frommiana (1955/1985), sería la entremezcla del respeto por la individualidad del infante con el esfuerzo por inculcarle valores sociales. Serían cariñosos y receptivos, pero también exigirían buen comportamiento, serían firmes en la conservación de las normas y estarían dispuestos a imponer un castigo limitado y prudente cuando fuere necesario, en el contexto de una relación cálida y de apoyo. Como resultado, los infantes tenderían a ser más seguros, autorregulados, asertivos, exploratorios, mejor adaptados y alegres.

En cuanto al estilo parental autoritario, se valoraría el control y la obediencia como incuestionables, se trataría de que los hijos se ajusten a una conducta estándar y se les castigaría arbitraria y enérgicamente cuando no la respeten.

Los padres o madres imponen su autoridad, no permiten la autonomía, la toma libre de decisiones es poco flexible, nunca ceden, juzgan al hijo o hija con base en parámetros que sobrepasan la edad de este, le delegan responsabilidades para las cuales no está maduro, toleran poco las fallas, regañan al hijo o hija cuando sacan una nota baja aunque las demás sean altas, no felicitan por los logros y castigan por todo pues buscan la perfección. Son desprendidos, poco cálidos y afectuosos, ante los cuestionamientos de los hijos por lo general responden que una regla es una regla o simplemente "porque yo lo digo", los hijos no intervienen en el proceso de la toma de decisiones de la familia, si estos discuten o se resisten, se enfadan e imponen un castigo, a menudo físico, pues los padres esperan que los hijos obedezcan las órdenes sin cuestionarlas, no tienen una adecuada comunicación con los niños, sus reglas son inmutables y los intentos de autonomía de los hijos se ven seriamente limitados, por

lo que estos se muestran apesadumbrados, aislados, desconfiados, frustrados, retraídos, temerosos, mal humorados, poco asertivos, irritables y dependientes. En la adolescencia, los varones podrían tener una reacción excesiva al ambiente restrictivo y punitivo en el que son criados, lo que los vuelve rebeldes y agresivos. Las niñas tienden a ser más pasivas y dependientes durante su adolescencia (Morales y Salas, 2004, p. 7).

Finalmente, el estilo parental negligente describiría a progenitores que se muestren poco comprometidos en su rol parental, más enfocados en sí mismos que en las necesidades de sus hijos. Serían afectuosos y en ocasiones hostiles, por lo que sería frecuente en sus hijos expresar impulsos destructivos y una conducta delictiva.

Un quinto estilo parental de crianza sería ese patrón identificado por los psicólogos estadounidenses Gene H. Brody y Douglas L. Flor (Brody & Flor, 1998) como “estilo sensato de crianza” de que dan muestra familias afroamericanas, y en el que se entremezclan el autoritario y el autoritativo, al combinar la calidez y el afecto con un firme control de los padres. En éste los progenitores

... consideran que el control estricto y la insistencia en la obediencia a las reglas son salvaguardas necesarias para los niños que crecen en vecindarios peligrosos y dichos niños consideran a este tipo de crianza como evidencia de la preocupación por su bienestar” (p. 316).

Este estilo de crianza correspondería en gran medida con aquel identificado por Fromm como de autoridad tradicional (Fromm y Maccoby, 19760/1974), y que sería más distintivo de sociedades campesinas en las que la obediencia y la severidad, más que estar asociadas con la intolerancia, la prepotencia y el sadismo propios del estilo autoritario, lo estaría con el afecto, el compromiso y el mantenimiento de la armonía y tradición familiar.

Más recientemente, estudios interculturales y de la psicología evolucionaria (Kâgitçibasi, 2005; Keller, Yovsi, Borke, et al., 2004, 2005; Keller, Lohaus, Kuensemüller et al., 2004, 2005), también han hecho importantes contribuciones para comprender y explicar el papel que los diversos entornos sociodemográficos y culturales desempeñan, a través de los estilos de crianza, en el desarrollo psíquico de las nuevas generaciones.

En concordancia con la teoría del carácter social, a la vez que proponen la existencia de repertorios universales de desarrollo, sustentados en su caso en la herencia evolucionaria de modalidades genéticamente abiertas, resaltan el papel que los procesos propios de entornos específicos desempeñarían moldeando culturalmente modalidades de resolución de necesidades básicas, como las de agenciación y vinculación, a partir de aquellos repertorios universales de desarrollo (Kâgitçibasi, 2005; Keller, Lohaus, Kuensemüller et al., 2004, 2005; Suizzo, 2007).

Según la teoría transcultural y evolucionaria, los contextos sociodemográficos, definidos por una particular mezcla de estructura del entorno físico, parámetros de población y estructura socioeconómica, diferirían substancialmente respecto a sus orientaciones culturales y prácticas de crianza, por lo que uno de sus objetivos principales es explicar cómo, a medida que varían las condiciones ecológicas, económicas y sociales, varían también los valores culturales y los entornos de socialización y, en consecuencia, las vías del desarrollo psíquico (Keller, Yovsi, Borke, et al., 2004, 2005; Keller, Lohaus, Kuensemüller et al., 2004, 2005; Greenfield, 2009).

Y en las últimas centurias, las tendencias sociodemográficas habrían estado moviéndose desde los entornos rural-agrarios hacia los urbano-industriales, desde la educación informal y enactiva hacia la formal y simbólica, desde las familias extensas y numerosas hacia las nucleares y reducidas, desde la economía de autosubsistencia y escasez hacia la del comercio y la abundancia, desde los entornos de tecnología rudimentaria y reducida división ocupacional hacia los de alta tecnología y compleja división de roles socioeconómicos, desde los regímenes autoritarios hacia los democráticos (Schwartz & Boehnke, 1994; Greenfield, 2009).

Con la industrialización, la urbanización y el comercio, las sociedades estarían adoptando valores que apoyan estos cambios, tales como la apertura a las nuevas ideas y el estatus basado en el logro individual más que en la propia adscripción a los tradicionales lazos de parentesco. La abundancia cada vez mayor conllevaría también un cambio en cómo valorar a los niños, de trabajadores y abastecedores para el futuro económico de los padres, a individuos con derechos propios en cuyo futuro los padres invierten (Kâgitçibasi, 2005; LeVine, 2003). Con los procesos de democratización, principios tales como libertad individual e igualdad conducirían a los valores personales de la autonomía, de la estimulación, y de la aceptación de las diferencias o del universalismo (Schwartz & Boehnke, 1994).

Estos cambios históricos en los ámbitos o paisajes (Appadurai, 2001) socioeconómicos, políticos y culturales habrían dado lugar a dos amplias orientaciones según las cuales se pueden describir los modelos culturales: individualismo y colectivismo. Los modelos culturales del individualismo reflejarían una preferencia por

los valores de la independencia, autonomía, y autoeficacia; los modelos culturales del colectivismo tenderían a promover metas de interdependencia, conformidad a las normas del grupo y parentesco (Hofstede, 1980; Greenfield, 1994).

Individualismo y colectivismo diferirían sustancialmente en torno a las concepciones que en los diversos entornos culturales prevalezcan respecto a la agencia o autonomía y a la familiaridad o vínculo como metas de socialización o modalidades deseables de desarrollo del ser y el sí-mismo, los estilos de crianza concomitantes y los constitutivos caracterológicos e identitarios de los sujetos resultantes.

Estos diferenciales énfasis en los modelos de orientación sociocultural, asimilables a la noción frommiana de matriz sociocultural de organización del carácter, serían entonces caracterizables por priorizar, en el caso del modelo de orientación sociocultural colectivista, el si-mismo como un agente comunal, básicamente interconectado con los demás, empático, orientado al rol y a las metas grupales, o en el caso del modelo de orientación sociocultural individualista, como un agente independiente, autocontenido, separado de los demás y único, enfocado en las metas, derechos y necesidades personales y relacionándose con los demás según su libre elección.

Consideran los investigadores del programa transcultural (Triandis, 2000; Suizzo, 2007) y de psicología evolucionaría (Keller, Lohaus, Kuensemüller et al., 2004; Rosabal-Coto, 2012) que el prototipo individualista resultaría característico de las sociedades posindustriales occidentales, posmodernas y globalizadas, donde el desempeño y la competición individual han devenido en requerimientos necesarios para el éxito en la vida, mientras que el prototipo colectivista sería más propio de las comunidades agrarias o

menos industrializadas y basadas en la subsistencia, en las que la cooperación resulta crucial a la supervivencia.

Ambos sistemas de orientación sociocultural podrían coexistir en una misma nación o país en donde coexistan comunidades culturales con diferentes creencias y prácticas de crianza. Así, un sujeto podría participar simultáneamente de diferentes comunidades y, al tiempo que conserva valores y prácticas culturales de una, experimentar cambios y adoptar formas de la otra (Kâgitçibasi, 2005; Keller, Lohaus, Kuensemüller et al., 2005; Suizzo, 2007).

Colectivismo e individualismo en las orientaciones socioculturales y las metas de socialización conformarían así los extremos de un contínuum cuyo punto intermedio estaría conformado por una entremezcla de ambas orientaciones, a la que denominan orientación relacional, interactivo-emocionalo autónomo-interdependiente (Kashima, Kokubo, Kashima et al., 2004; Keller, Lohaus, Kuensemüller et al., 2005), y que resultaría característica de las clases medias educadas de las sociedades tradicionales históricamente colectivistas o de las minorías étnicas de las sociedades del llamado primer mundo. Conforme los procesos de globalización modernizante se impongan sobre los resquicios tradicionales, las orientaciones colectivistas cederían ante las individualistas, tanto en las metas de socialización, como en los estilos de crianza y los constitutivos caracterológicos e identitarios del sí-mismo (Keller, Yovsi, Borke et al., 2005).

En consecuencia, aquellas comunidades predominantemente rurales, caracterizadas por una agenda de socialización de orientación colectivista, podrían estar siendo sometidas a cambios que favorecen una orientación más independiente como

resultado de cambios demográficos tales como una disminución en los índices de mortalidad general e infantil, así como de fertilidad, a la vez que de mejoramiento de la esperanza de vida, amén de mayores niveles de escolarización y acceso tecnológico e incipientes procesos de urbanización e industrialización.

De igual manera, aquellas comunidades crecientemente modernizadas, en que se puede observar un incremento en los índices de esperanza de vida y un decremento en los de fertilidad y mortalidad, mostrarían una dirección de los cambios hacia una sociedad cada vez más individualista, en la que los habitantes se ven a sí mismos como una sociedad del conocimiento, donde el logro personal está basado en la competencia, y la autoestima en la comparación.

Profundizando en los estilos de crianza, la psicóloga alemana Heidi Keller ha desarrollado un modelo que integra las creencias y prácticas parentales de crianza con los factores sociodemográficos y culturales y la formación temprana en el infante de las estructuras psíquicas de autorregulación y el autorreconocimiento (Keller, Yovsi, Borke, et al., 2004, 2005; Keller, Lohaus, Kuensemüller et. Al., 2004, 2005).

En él se destaca que, aunque los seres humanos disponen de un repertorio conductual común biológicamente sustentado, los diversos entornos ecológicos, económicos, sociales y culturales van a incidir en los estilos parentales de crianza, reforzando o suprimiendo la expresión de diferentes componentes de tal repertorio.

Llama a este repertorio, que habría sido resultado de la evolución de las estrategias reproductivas individuales, modelo de componentes parentales de crianza y mecanismos de interacción, y distingue cinco componentes y tres mecanismos interactivos que son los

que considera relevantes para la comprensión de las modalidades materno-infantiles de interacción y su impacto constitutivo en la psique infantil: el componente de cuidados primarios, el de contacto corporal, el de estimulación corporal, el de estimulación mediante objetos, y el de intercambio cara a cara. En cuanto a los mecanismos de interacción, que define en términos de la responsividad parental, principalmente materna, ante las señales, en particular emocionales, positivas o negativas del infante, identifica los modos de atención, que pueden ser exclusivos o compartidos, la calidez emocional y la contingencia de reacción.

Un estilo parental en el que el modelo de componentes de crianza se caracterice por los cuidados primarios y el mayor contacto y estimulación corporales, y menores contacto cara a cara o estimulación mediante objetos, al que Keller denomina estilo próximo de cuidados de crianza, y que sea modulado por mecanismos de interacción donde prevalezcan la contingencia ante las señales de malestar en el bebé, la atención compartida o coocurrente y la calidez emocional, favorecería en éste el desarrollo temprano de la autorregulación antes que el autorreconocimiento y sería característico de las metas de desarrollo de orientación sociocultural colectivista, mientras que otro en el que el modelo de componentes de crianza se caracterice por el intercambio cara a cara y la estimulación mediante objetos y menor contacto y estimulación corporales, al que denomina estilo distante de cuidados de crianza, y que sea modulado por mecanismos de interacción donde prevalezcan la atención diádica exclusiva y la contingencia ante las señales positivas del bebé, favorecería más tempranamente el autorreconocimiento antes que la autorregulación y sería el característico de las metas de desarrollo de orientación sociocultural individualista. Y aquel en que en el modelo de componentes de crianza se

entremezcle el predominio de prácticas de estimulación y contacto corporal con el intercambio cara a cara y la estimulación mediante objetos, sería característico de una orientación interactivo emocional o autónomo-interdependiente.

La exposición de los infantes a estas diferenciales combinaciones en los estilos de crianza sería representada en los esquemas perceptuales y motores que forman la estructura de memoria temprana del sí-mismo infantil y, si bien estos procesos no pueden ser concebidos como irreversibles dada la plasticidad del cerebro humano, sí formarían la primera unidad en la cadena de desarrollo en contextos ecoculturales que tienen estabilidad al menos en los primeros estadios del desarrollo.

Puede constatar en estos avances y desarrollos afines o paralelos, mayor clarificación y elaboración en relación a las diferencias en las líneas de desarrollo psicosocial o del carácter social, las vicisitudes de las estrategias o prácticas, en particular parentales, de socialización y crianza que favorecerían unas u otras líneas de desarrollo, y los contextos culturales y peculiaridades ecológicas y económicas que incidirían directa e indirectamente en unas y otras, así como las articulaciones y dislocaciones dinámicas entre los diferentes ámbitos, que vendrían a precisar, completar o mejorar, así como corregir y reformular muchos de los supuestos e hipótesis de la teoría del carácter social, particularmente en una perspectiva más explicativa y en el contexto de la globalización en nuestras sociedades periférico-dependientes y poscoloniales.

Estos desarrollos, avances y reformulaciones permitirían enriquecer y revisar la tipología caracterológica frommiana, criticada, no sólo por su falta de fundamento sociopsicogenético, cultural, económico y sociodemográfico, sino por su fuerte énfasis

ético-moral, algo que Fromm siempre defendió, y por el referente clínico de sus categorías sustentadas en la psicopatología psicoanalítica de los trastornos del carácter.

Las categorías descriptivas del carácter elaboradas por Riesman sobre orientación tradicional, de dirección interna y heterodirigida, así como las de la psicología transcultural sobre alocentrismo e idiocentrismo o interdependencia e independencia, corregirían aquellas categorías frommianas en las que se tienden a confundir dimensiones psicosociales de procesos culturales políticos y socioeconómicos con categorías de procesos psicopatológicos tales como las orientaciones simbióticas, narcisistas, oral-receptivas, oral-explotadoras o anal-acumulativas, y, en el ámbito más particular de los estilos parentales de crianza, las de Baumrind y Maccoby sobre permisividad-restrictividad y calidez-hostilidad en los patrones parentales y las tendencias caracterológicas en sus hijos, permitirían una mejor comprensión de la tesis frommiana de la familia como principal “agente psicológico de la sociedad”.

De igual manera los trabajos de Erikson sobre el desarrollo epigenético y de la psicología evolucionaria sobre las variaciones en los entornos de crianza y socialización y en los patrones de desarrollo psicosocial y las tendencias en los factores culturales, económicos y ecológicos, permitirían una mejor explicación de aquellas variaciones de acuerdo con la dinámica de estas tendencias. Igualmente, la incorporación e integración de los factores demográficos y ecológicos con los de estructura económica permitirían una mejor delimitación sincrónica y diacrónica de las condiciones macroambientales que inciden en los contextos culturales, los entornos de crianza y socialización y las formaciones del carácter social.

En suma, poder hacer avanzar la teoría del carácter social respecto a algunas de las limitaciones y falencias antes señaladas, y en el marco de los interrogantes acerca de los procesos de formación social del carácter en la sociedad costarricense en estos tiempos de globalización y transnacionalización cultural, respondiendo en particular a cuestiones como hasta dónde sigue siendo válido el aserto frommiano de la familia como principal agente psicológico de la sociedad, cuáles son las variaciones que se están produciendo en esas prácticas y experiencias familiares a resultas de los cambios que se vienen gestando en su composición y dinámica, cómo tales variaciones afectan las vicisitudes de la formación social del carácter y cuál es el peso relativo que en tal proceso están teniendo otras prácticas y experiencias vinculadas a variaciones en los procesos de escolarización, las comunicaciones electrónicas y las prácticas religiosas y en condiciones sociodemográficas y económicas como la urbanización residencial y vecinal, las diferencias étnicas y de género y de estratificación socioeconómica, es lo que en este último capítulo procuramos desarrollar, tanto mediante la interpretación, desde la teoría y sus desarrollos o reformulación con base en los aportes de las teorías transculturales y evolucionarias, de los datos de investigación disponibles, como de la formulación de posibles hipótesis e interrogantes que la teoría, sus desarrollos y ampliaciones o reformulaciones afines o paralelas no contemplan.

Claro está, teniendo siempre presente que resolver, o tan siquiera formular hipótesis suficientemente comprensivas en torno a tales cuestiones, y más en el contexto específico de una sociedad como la costarricense y en las actuales condiciones de globalización y transnacionalización cultural, constituye una tarea que excede no solo las posibilidades de la teoría del carácter social, sino de cualquier otra teoría psicosocial o

sociológica, o cúmulo de información, existentes hoy sobre la materia. Que ello demanda del concurso interdisciplinario, intercultural y multiparadigmático del trabajo intelectual que se realiza en el amplio ámbito de las ciencias sociales actuales.

Pero precisamente que también por tales limitaciones, una teoría particular como la teoría del carácter social de Erich Fromm, aún puede aportar en la comprensión de aspectos medulares no resueltos en la dinámica de los procesos socioculturales, particularmente de aquellos concernientes a las modalidades predominantes de construcción social de la subjetividad en las actuales condiciones de globalización y en una sociedad multicultural como la costarricense.

Prácticas parentales de crianza y formación del carácter social.

Como se ha indicado al inicio del capítulo, las formas que adoptan las interrelaciones entre las figuras significativas a la persona en desarrollo y ésta en sus primeros años de vida, resultan fundamentales en la estructuración de su carácter. Y siendo las figuras parentales, biológicas o de crianza, merced a su proximidad respecto del infante, a la exclusividad con que durante mucho tiempo influyen sobre él, o al menos a su prioridad sobre otros en los procesos de crianza, los agentes socializadores primordiales, sus actitudes serán las que mayor impacto tengan sobre el carácter en formación del sujeto.

Como resultado de una situación mediada por la condición de prematuración o desvalimiento e incapacidad que caracteriza al recién nacido para valerse por sí mismo, y que se extiende por un número de año que supera al de cualquier otra especie animal,

entre las figuras parentales y el infante se genera una situación de dependencia que determina en mucho la eficacia del proceso socializador. Es una dependencia, en particular con respecto a la madre o figura materna, que se da tanto en el campo estrictamente biológico de las necesidades de sobrevivencia como en el existencial, afectivo, cognitivo y social, y que hace que la relación misma adquiera un carácter gratificador primordial, y que la posibilidad de pérdida de ésta sea fuente de ansiedad y angustia (Bolby, 1952; Montero, 1974). Y ello con prescindencia de cualquier vicisitud sociocultural.

El infante recibe de quienes lo rodean el cariño, la atención y la orientación necesarias para su desarrollo, en una proporción que va desde la totalidad de los primeros años de vida, hasta un porcentaje muy alto durante la niñez y que, aunque progresivamente va disminuyendo, se mantiene todavía durante varios años más en muchas culturas.

Esto implica que la estimulación que el niño recibe, está en manos de esos agentes socializadores, quienes la administran y aplican, eso sí, de manera selectiva, según una serie de criterios más o menos generales, imperantes dentro de la sociedad en que viven, relativos a la crianza, a la educación, a las buenas maneras y demás, así como de acuerdo con sus propios intereses, actitudes, nivel intelectual y socioeconómico (Montero, 1974).

Estas premisas llevan a la cuestión de la importancia del estudio de las actitudes y pautas parentales de crianza como medio básico en los procesos de formación social del carácter y de sus vicisitudes estructurales, funcionales y dinámicas en el desarrollo y socialización durante la infancia.

Ahora bien, sociodemográfica, socioeconómica y culturalmente esas figuras parentales se han organizado en diversas formas de familia, cada una con sus

particularidades en cuanto a composición, funciones y responsabilidades y dinámica en la crianza y cuidado de los infantes, e incidiendo en diversas vías de su desarrollo psicosocial.

Mientras que en entornos más rurales, economías de subsistencia, bajo nivel de desarrollo tecnológico, división simple del trabajo, alto crecimiento demográfico, bajos climas de alfabetización familiar y rol de la mujer circunscrito a las labores de reproducción doméstica, las familias tienden a ser numerosas y extensivas y los hermanos mayores y otros parientes tienen una participación significativa en las prácticas de crianza, que tienden a favorecer la obediencia y el egocentrismo familiar y comunitario, en entornos crecientemente urbanizados, industrializados y tecnologizados, con economías de mercado, división compleja de roles económicos, tasas de decrecimiento demográfico, climas de alta alfabetización familiar, e incorporación de la mujer al mercado laboral, la composición familiar tiende a ser nuclear y de pocos miembros, sin la participación de otros, incluidos hermanos, en una crianza infantil de mayor valoración y favorecimiento de la inteligencia instrumental y la independencia y autosuficiencia en los hijos e hijas.

Ya propiamente en las investigaciones de campo realizadas en diferentes escenarios sobre poblaciones latinoamericanas, mayoritariamente en Estados Unidos, se ha encontrado que en las creencias y metas de socialización de crianza parental predominan los valores de orientación sociocultural tradicional o colectivista (Triandis, Botempo, Villareal et al., 1988; Greenfield, 2006; Suizzo, 2007): padres y madres, en especial éstas, dan importancia a la familia y las redes de parentesco, a enseñar a los infantes a comportarse según normas de conformidad, cortesía y obediencia, más que de autonomía o independencia (Fromm y Maccoby, 1970/1974; Díaz-Guerrero, 1975;

Triandis, 1995; Arcia & Johnson, 1998; Harwood, Leyendecker, Carlson, Asencio, & Miller, 2002; Rodríguez y Olswang, 2003). A los niños y niñas se les enseña a cumplir con obligaciones familiares a través de comportamientos de interdependencia tales como apoyar en las labores domésticas y de crianza de los más pequeños, en el caso de ellas, y, especialmente en las zonas rurales, realizar tareas simples asociadas a las labores agrícolas y artesanales, en el de ellos (Fromm y Maccoby, 1970/1974).

Ya Fromm (Fromm & Maccoby, 1970/1974), estudiando poblados rurales mexicanos a principios de los 60 del siglo pasado, había encontrado que las madres, indiferentemente de su orientación caracterológica, valoraban la dependencia y la docilidad infantil a muy temprana edad, y comenzaban a mostrar actitudes ambivalentes tan pronto sus hijos empezaban a dar muestras de independencia. Conforme el pequeño crecía, la respuesta cultural general era de reforzar la obediencia estricta. A la edad de seis o siete años, la desobediencia se castigaba más severamente, aunque dependiendo del carácter parental así era el modo de exigencia de obediencia; una minoría de figuras parentales resultaban abiertamente autoritarios en su trato con los pequeños a esta edad, creían que a un niño o niña desobediente se le debía castigar físicamente y enseñar a temerle a sus progenitores; la mayoría, de estilo más tradicional, prefería razonar con el pequeño, pero le darían de nalgadas si esto no funcionaba; sólo una minoría de los aldeanos más productivos y autoritativos estaban en contra de golpearlos y se hacían respetar y obedecer sin usar la fuerza.

A partir de esta edad, señalaba Fromm, el patrón cultural parental en estos poblados rurales mexicanos era no sólo castigar con frecuencia la desobediencia, sino no reconocer, o premiar lo menos posible, el buen desempeño o las habilidades creativas del

niño o la niña. Pensaban muy seriamente acerca de la conveniencia de la obediencia y que ser juguetones o mostrar entusiasmo por los logros del pequeño a esta edad, socavaría su respeto. A esta edad, sin embargo se acentuaban diferencias en las exigencias de obediencia según el rol sexual del pequeño: mientras a los niños se les daba mayor libertad de vagar lejos de la casa y jugar, con las niñas se era más estricto y protector.

Por su parte el psicólogo costarricense Mariano Rosabal-Coto, a principios de este siglo, destaca en su tesis doctoral (2004) como característico, aunque no exclusivo, de los contextos latinoamericanos en general, tanto urbanos como rurales, la tendencia al alocentrismo familiar y la deseabilidad social. En esos contextos, la vida familiar es caracterizada por las normas y valores tradicionales, en la que el hombre es percibido como el proveedor y figura de autoridad y la mujer como la responsable de las labores domésticas y crianza infantil; los infantes son tipificados por género desde muy temprana edad mediante diferentes códigos en la vestimenta y la facilitación de actividades; abuelos, tíos y hermanos pueden participar de los cuidados infantiles. En correspondencia, en los estilos de crianza familiar se tiende a favorecer metas de socialización relacionadas con los valores de la obediencia y el respeto a la autoridad, la amabilidad, simpatía y sociabilidad, la honestidad y la dignidad, y la familia y el endogrupo, propios de una orientación sociocultural colectivista. Metas que se complementan con la valoración que se le otorga a la autoridad parental directiva y disciplinaria, e incluso al empleo del castigo físico, como prácticas de crianza deseables.

En fin, en los entornos latinoamericanos, especialmente rurales, la dinámica familiar estaría caracterizada por los valores tradicionales, en la que el padre es el proveedor, no se involucra en la crianza infantil y es transformado en la figura de

autoridad cuando el niño o la niña alcanza los seis años; la madre asume la responsabilidad del buen desarrollo del infante, desplegando durante el primer año de vida un patrón coocurrente o de atención compartida por el que, mientras atiende al bebé, debe realizar también otras actividades domésticas o no.

Los estudios también sugieren una mayor tendencia en estos entornos de la sensibilidad parental ante las señales negativas infantiles, en que se tiende a responder al malestar infantil con el dar de pecho (Fromm y Maccoby, 1970/1974; Keller, Lohaus, Kuensemüller et al., 2004), en contraste con las madres de clase media occidental, cuyo mayor esfuerzo se orienta a maximizar las señales de interacción positiva tales como la mirada, la sonrisa y la vocalización (Keller, Lohaus, Kuensemüller et al., 2005).

Empero, otras investigaciones han encontrado que los latinoamericanos también consideran la autonomía como un objetivo importante (Delgado y Ford, 1998), lo que sugiere que pueden estar combinando el individualismo y el colectivismo en sus modelos culturales parentales de crianza.

La evidencia de esta coexistencia de la autonomía personal y la responsabilidad social en los modelos culturales parentales se ha encontrado en áreas modernizantes de los países latinoamericanos en donde las jóvenes madres tienen acceso a la enseñanza escolar (Keller, Yovsi, Borke et al., 2004), así como entre las minorías latinoamericanas en los EEUU (Suizzo, 2007).

Tanto para la teoría del carácter social como para la perspectiva transcultural y evolucionaría resulta esperable que la dirección de esta mezcla, asociada al impacto de los

procesos de modernización global sobre las sociedades tradicionales, apunte hacia una creciente orientación sociocultural individualista, tal y como se documenta en un estudio realizado a principios de los noventa con nativos mayas del sur de México, donde Greenfield y Childs (Greenfield, 1999) encontraron que la experiencia de escolarización cambiaba las prácticas parentales desde un estilo más próximo de cuidados de crianza hacia uno más distante con un incremento substancial del contacto cara a cara.

En consecuencia y a resultas del influjo de la escolarización y otros procesos de modernización, como la creciente urbanización y penetración o expansión de medios de difusión electrónica como la televisión y la internet, las madres no necesariamente criarían a sus hijos como ellas fueron criadas y según sus orientaciones socioculturales de origen, sino acomodándose a los cambios presentes y futuros de su entorno.

En general, las diferencias mostradas en estos estudios refuerzan la tesis de una orientación socializadora más interdependiente en las familias de medios rurales e indígenas latinoamericanos, en contraste con una orientación socializadora más autónomo-interdependiente o interactivo-emocional, y hasta cada vez más independiente, en las familias de medios crecientemente urbanos, en particular en los sectores socioeconómicos más favorecidos y profesionales. Igualmente, los datos refuerzan la tesis de que más allá de las diferencias socioeconómicas y de entorno familiar, la programación televisiva infantil y juvenil, así como las posibilidades de información y comunicación que ofrecen tecnologías más recientes como la internet y el celular, tienden a homogenizarse alrededor de la difusión y expansión de los ideales modernistas afines a los valores de orientación sociocultural individualista.

Más allá, se reconoce la necesidad de efectuar más estudios en torno a las prácticas y experiencias de crianza y socialización que profundicen en las peculiaridades de estas modalidades de formación sociocultural del carácter en los diferentes entornos familiares latinoamericanos, y en particular en sus entremezclas o hibridaciones, según etnias, clase social, nacionalidad, entorno rural/urbano y constelación y dinámica familiar, y en el contexto de los procesos de globalización y transnacionalización cultural.

También los estudios realizados en el país, en el marco de la investigación sobre prácticas parentales de crianza y formación social de las estructuras subjetivas, ofrecen una amplia panorámica en relación a la promoción de valores sociales y expectativas y prácticas de crianza propios de una orientación sociocultural predominantemente tradicional o colectivista, más allá de la diversidad de manifestaciones culturales que se han desarrollado al interior de la nación (Rosabal-Coto, 2004,2005,2006, 2012).

Resultado de la reseña de algunos de estos estudios, Rosabal-Coto (2012) destaca como característico de los contextos latinoamericanos en general, y costarricense en particular, la tendencia al alocentrismo familiar y la deseabilidad y conformidad social, lo que tiende a favorecer valores y expectativas de crianza ligadas al honor, el respeto, la simpatía y el endogrupo, propios de una orientación sociocultural colectivista, en contraste con contextos culturales europeo-occidentales, en que se pone especial acento en la autorrealización y las capacidades de independencia y autonomía, pero también la heterodirección o el carácter mercantil.

Dentro de esos estudios, y a propósito de la promoción de valores centrados en el alocentrismo familiar y la interdependencia y deseabilidad sociales, resalta uno realizado en la década de los 80 por los psicólogos costarricenses Ana T. Alvarez Hernández, Abelardo Brenes Castro y Marylin Cabezas Gutiérrez(1991), en el que identificaron en los patrones de crianza familiar costarricense la promoción de valores tales como los buenos modales, la obediencia, el respeto, la humildad, la honradez, la lealtad, el compañerismo, la responsabilidad, la solicitud y el “buen carácter”.

También respecto del peso de este alocentrismo familiar en nuestro país, alude Rosabal-Coto (2012) a las etnoteorías costarricenses de crianza, en las que la familia y los roles parentales son considerados elementos básicos y fundamentales en la conformación de expectativas y creencias que orientan las prácticas de crianza. Según diferentes estudios realizados en los últimos treinta años en el país, la familia, que por lo general se proyecta a la familia extensa de origen de cada cónyuge, se ha identificado como contexto básico que se asume y opera como una red de apoyo social, económico y de crianza, y en la que abuelas, tías y hermanas participan con frecuencia de los cuidados infantiles. Igualmente se ha encontrado que esta relación entre grupos familiares más extensos está fuertemente asociada con ambientes predominantemente agrícolas y rurales (Rosabal-Coto, 2005, 2012; Alvarez Hernández, Brenes Castro & QuesadaGutiérrez, 1991). En estos, la influencia intergeneracional en las prácticas parentales se refuerza no sólo mediante el consejo o la intervención directa de los abuelos en la crianza infantil, sino en la reiteración de prácticas de crianza que se replican de generación en generación y en las que las representaciones parentales de las propias experiencias de crianza habidas, desempeñan una función orientadora de gran relevancia en sus prácticas actuales. (Robert, 2009).

En estos estudios, se revela también que en la vida familiar predominan las normas y valores patriarcales tradicionales de tipificación de roles y segregación caracterológica según género, por las que se exaltan como propios del hombre, el status público y las funciones proveedoras y de autoridad en el hogar, trato más esporádico y severo y ser fuente de respeto y temor para con sus hijos; y como propios de la mujer, la dedicación, solicitud, comunicación, comprensión, afecto y buen trato, siendo el escenario doméstico su lugar natural y las funciones nutritivas y relacionales para con su esposo e hijos e hijas su razón de ser cotidiana. Los infantes son tipificados por género desde muy temprano, promoviendo, mediante diferentes códigos en la vestimenta, la facilitación de actividades y el acompañamiento de sus figuras parentales, una orientación caracterológica más práctico-instrumentalista e individualista en el niño e interdependiente y expresiva en la niña (Rosabal-Coto, 2012; Alvarez Hernández, Brenes Castro & Quesada Gutiérrez, 1991; Lobo y Robert, 1995).

En cuanto a creencias, metas y expectativas de crianza, se tiende a favorecer metas de socialización relacionadas con los valores de la obediencia y el respeto; la deseabilidad social y la capacidad para la interacción apropiada en el contexto social constituyen aún valores altamente apreciados, tanto en entornos rurales como urbanos. Metas que se complementan con la valoración que se le otorga a la autoridad parental directiva y disciplinaria, principalmente paterna, e incluso al empleo del castigo físico como método de corrección más frecuente (Rosabal-Coto, 2012; Alvarez, Brenes y Cabezas, 1991). En suma, concluye Rosabal-Coto (2012), constituyen estilos de crianza que fomentan la interdependencia y son menos centrados en el desarrollo de la autonomía e iniciativa del infante, e incluso, se asocian con estructuras controladoras que fomentan la dependencia

y sumisión.

En cuanto a prácticas parentales características de crianza durante la primera infancia, destaca la tendencia en las madres costarricenses a propiciar la calidez en la relación con el infante, lo que se manifiesta principalmente mediante el contacto corporal intenso y prolongado en la forma de caricias y estimulación motora acompañado por entonaciones de la voz y uso de formas infantilizadas de hablar con el bebé durante sus primeros meses de vida, priorizar la interacción personal antes que utilizar objetos para mediar la relación y responder de manera inmediata ante las señales de malestar, llanto o incomodidad de la criatura. Predomina el estilo de cuidado compartido o coocurrente, en el que, además de realizar otras tareas mientras cargan a sus hijos, interactúan simultáneamente con otros actores presentes, en particular adultos y menores del núcleo familiar o social inmediato, quienes además participan de los cuidados infantiles (Keller, Yovsi, Borke et al., 2004), Rosabal-Coto (2012).

Esa tendencia materna a responder de manera inmediata ante las señales de malestar de la criatura, se trastocaría posteriormente en la poca tolerancia que las madres reportan ante las expresiones negativas de afecto, tales como odio y enojo, provenientes de sus hijos en crecimiento, o hacia sus “excesivas demandas de afecto” (Alvarez Hernández, Brenes Castro y Cabezas Gutiérrez, 1991, p. 200).

Concluye Rosabal-Coto (2012) que los resultados confirman la existencia de un estilo próximo de crianza caracterizado por prácticas parentales de orientación interdependiente en las que prevalecen el contacto y la estimulación corporales, y la

contingencia y la calidez emocional dirigidas especialmente hacia las señales infantiles de malestar.

Y, en cuanto a la formación incipiente de orientaciones del carácter, del sí mismo, o de actitudes básicas del infante, los pocos estudios realizados han identificado la prevalencia de una disposición pro social, de dependencia, sumisión y alocentrismo familiar, más propias de los patrones culturales parentales interdependientes que independientes. La importancia de ese alocentrismo familiar trasciende además las esferas de la primera infancia, pues tanto niños escolares como adolescentes muestran más dependencia emocional y social hacia su familia que hacia sus pares o compañeros de juego (Rosabal-Coto, 2012).

En suma:

Rasgos identificados como característicos, aunque no exclusivos, de nuestro contexto son la orientación social hacia la interdependencia, el alocentrismo familiar, y la deseabilidad social (Triandis, et al, 1986; Rosabal-Coto, *Ibíd.*; Keller et al, en prensa). Se ha establecido relación entre los valores sociales predominantes y las metas de crianza que las figuras parentales tienen (Rosabal-Coto, sin publicar). Valores como el "respeto", "simpatía", "bien educado", entre otros, modelan no solo las expectativas sobre los y las niñas, sino también se hacen acompañar de prácticas que lo refuercen. Los estilos de crianza del costarricense aparecen muy ligados a patrones controladores de las figuras de crianza, que fomentan la interdependencia, y son menos centradas en el desarrollo de la autonomía e iniciativa del infante. Igualmente formas de resolución de conflictos evitativas y no confrontativas se relacionan con valores de alta deseabilidad social (Rosabal-Coto, 2005, p. 7).

No obstante, en esos mismos estudios, realizados en el marco de la investigación sobre modelos socioculturales, estilos de crianza y formación del sí mismo, también se reconoce que el país experimenta actualmente importantes cambios de transición, desde las estructuras tradicionales latinoamericanas hacia los valores más propios de culturas en

procesos de modernización, y que se habrían venido intensificando con los procesos de globalización en los últimos treinta años.

En este lapso, los índices de esperanza de vida se han incrementado, al tiempo que han disminuido los de fertilidad; más de la mitad de la población se encuentra ya en zonas urbanizadas; la familia nuclear reducida constituye el tipo predominante de hogar, y muy recientemente ha aumentado el número de familias uniparentales y unipersonales, así como el índice de divorcios; la escolarización alcanza el 95% de la población; la mujer se ha incorporado de lleno al trabajo remunerado; aún en las áreas rurales los costarricenses trabajan en cooperativas multinacionales más que en parcelas de autoconsumo; y hay una marcada prevalencia de programación televisiva proveniente de los EEUU, lo que conlleva una constante exposición a estilos de vida idiocéntricos (Lobo y Robert, 1997).

Congruente con tales cambios, se aprecia un fuerte y creciente énfasis en el logro personal: las madres, en particular de las zonas urbanas y alto nivel de escolaridad, manejan expectativas de crianza más centradas en el desarrollo de la autonomía e iniciativa infantil que en el de la interdependencia (Keller, Lohaus, Kuensemüller et. al, 2004,2005; Keller, Yovsi, Borke et al., 2004, Rosabal-Coto, 2012), e incluso en las familias no urbanas, se identifica una tendencia a incorporar “valores no tradicionales” que suelen ser más mencionados en contextos urbanos, tales como el amor romántico, la comunicación y la responsabilidad individual, aunque la religiosidad sigue siendo un importante referente en sus “valores tradicionales”. ((Rosabal-Coto, 2012).

Ya en los 80 Alvarez Hernández, Brenes Castro y Cabezas Gutiérrez(1991) habían identificado la presencia, en las prácticas de crianza familiar costarricenses, de algunos

valores más idiocéntricos como el logro económico y sobresalir en el trabajo, así como una serie de especificidades diferenciales en prácticas y creencias, según diferencias socioeconómicas, geográficas, culturales, e interculturales, de las que destacaban las resultantes de los procesos de urbanización, desde un predominio creciente de la organización familiar nuclear en las zonas urbanas, en contraste al predominio de la familia extensa en las rurales, hasta el mayor predominio en la madres de zonas urbana de expectativas de crianza que propiciarían más la iniciativa individual en los infantes, en contraste con las madres rurales que mostraban más cohesión familiar al participar a los familiares cercanos de sus iniciativas, pasando por la mayor estimulación en las primeras de conductas que propiciaban más el comportamiento verbal y racional, en contraste con el predominio de repertorios emotivos y menos argumentativos en las segundas, y un menor énfasis en los métodos de crianza basados en el castigo y el temor que resultaban dominantes en las segundas que, como ya se mencionó, se asociarían a la promoción en el infante de la formación de rasgos o actitudes de obediencia, respeto, solicitud y sociabilidad.

De ahí que Keller y colaboradores (Keller, Yovsi, Borke et al., 2004) hayan concluido en uno de sus estudios que en Costa Rica los estilos parentales de crianza se encuentran a mitad de camino entre el énfasis en el contacto y la estimulación corporales y la estimulación mediante objetos y el contacto cara a cara, con lo que se estaría favoreciendo el desarrollo de un sí-mismo autónomo interdependiente.

A esta misma conclusión llega el psicoanalista costarricense Henning Jensen (2005) en un estudio sobre el papel que los estilos narrativos maternos desempeñan en la construcción infantil del sí-mismo. Destacando el impacto de las experiencias lingüísticas

de socialización en el surgimiento de las estructuras de memoria y de éstas en el establecimiento de las representaciones del sí-mismo, afirma el Dr. Jensen que la estructura y el contenido de los recuerdos del infante son configurados por la manera que los padres conversan con él sobre sus experiencias personales. En consecuencia, diferencias en los estilos narrativos parentales tendrían consecuencias sobre el desarrollo narrativo del infante y, por lo tanto, en su memoria autobiográfica. Siguiendo la perspectiva de las orientaciones socioculturales del desarrollo, establece diferencias entre los estilos narrativos maternos según que éstas sigan una orientación interdependiente o independiente, proponiendo como característico de las madres con una orientación independiente, el disponer de narrativas voluminosas, exageradas, distintas y emocionalmente saturadas, en contraste con las madres de orientación interdependiente, cuyas narrativas serían más esquemáticas y orientadas hacia las reglas sociales y los mensajes morales. Los resultados del estudio indican que las madres costarricenses acentúan tanto temas relativos a la autonomía como a la relacionalidad, en concordancia con el estilo autónomo-interdependiente; si bien las madres recurren más a un estilo elaborativo que repetitivo de memoria, también contiene constantes indicaciones y órdenes propias de un discurso directivo y controlador.

Pero a pesar de estos hallazgos, la mayoría de los estudios realizados en los últimos treinta años han destacado, al menos en lo relativo a las dimensiones de creencias parentales y valores que orientan la crianza, el predominio de las modalidades interdependientes sobre las independientes, más fuerte en las zonas rurales y de bajo nivel socioeconómico, pero presente también en las crecientemente urbanizadas y de nivel

socioeconómico medio (Keller, Lohaus, Kuensemueller et. al, 2004; Rosabal-Coto, 2004, 2012).

Inconsistencia relativa en los resultados que lleva a Keller y colaboradores a considerar la conveniencia de profundizar las investigaciones sobre las peculiaridades de los estilos parentales de crianza prevalecientes en los diferentes contextos geográficos, socioeconómicos y culturales de la sociedad costarricense (Keller, Yovsi, Borke et al, 2005) y en particular continuar explorando las vías de desarrollo que el contexto costarricense en su dinámica y diversidad ofrece, no solo en los escenarios más tempranos de la niñez, sino a lo largo de todo el ciclo vital (Rosabal-Coto, 2012) y desde una perspectiva de pluralidad paradigmática y disciplinaria de abordaje, antes que de su univocidad.

En síntesis, de la revisión de los estudios sobre las prácticas parentales de crianza y la formación del carácter social en la sociedad costarricense, cabe destacar que:

- a. A través de las prácticas de crianza la familia, en sus diversas modalidades, ha constituido y constituiría aún, la principal instancia de transmisión sociocultural y formación del carácter social, en particular durante la temprana infancia, en que las experiencias de vida estarían influidas primaria y principalmente por la interacción de los infantes con sus figuras maternas en todos los entornos socioculturales, incluso en aquellos en que se acostumbra la participación de diversos agentes de crianza.
- b. Los estudios realizados en torno a las prácticas maternas de crianza temprana destacan diferencias socioculturales en cuanto a modalidades de interacción durante la alimentación, la atención y el cuidado, y los juegos, así como la existencia de correspondencia entre estas diferenciales práctica maternas

tempranas de crianza y el desarrollo, o al menos la secuencia de desarrollo, de diferenciales estructuras subjetivas a muy temprana edad, tales como la aparición previa de la autorregulación temprana y posterior del autorreconocimiento, donde primarían los estilos próximos de cuidados de crianza, o anterior del autorreconocimiento y posterior de la autorregulación, donde serían los estilos distantes de cuidados de crianza los predominantes.

- c. Se encuentra correspondencia también entre los estilos adultos de crianza y las propias experiencias infantiles de crianza, de manera que buena parte de los rasgos distintivos de la subjetividad se fraguarían en la reiteración de prácticas de crianza que se replican de generación en generación, y en las que las representaciones parentales de sus propias experiencias de crianza desempeñarían una función orientadora de gran relevancia en sus ulteriores prácticas de crianza.
- d. Prácticas y vivencias de crianza estarían socioculturalmente signadas por pautas patriarcales por las que se deslindan diferencias en unas y otras según sexo o género de hijos y figuras parentales.
- e. Diferencias por edad en los progenitores y sus hijos, lugar de éstos en la constelación familiar y de su nacimiento en el ciclo vital familiar, y tipo de composición familiar en la que están inmersos, también parecen incidir en los estilos parentales de crianza, así como el grado de escolarización de los primeros, el diferencial acceso a los medios de difusión masiva, vivir en entornos rurales o urbanos y pertenecer a diferentes clases sociales.
- f. Los estudios indican que las prácticas parentales de crianza en América Latina tienden a favorecer desde temprano el desarrollo de una matriz social del carácter que facilitaría la expresión de modalidades de orientación autónomo interdependiente o hibridación aloecéntrico-idiocéntrica.
- g. En correspondencia, en los estilos de crianza familiar en la región, los valores de la obediencia y el respeto y la deseabilidad social y capacidad para la interacción apropiada en el contexto social, constituirían aún metas de crianza altamente

apreciadas, tanto en entornos rurales como urbanos, a la vez que, aunque en menor medida, también se encontrarían estilos de crianza familiar más relacionados con los valores de la agenciación, la autonomía, la autoconfianza, la competitividad y el logro personal, y más allá, toda una gama de estilos en que se combinan ambos conjuntos de valores.

- h. Desde mediados del siglo pasado la familia costarricense ha venido experimentando significativos cambios, en su composición, estructura y dinámica que incidirían en las prácticas parentales de crianza y por ende en la formación social de la subjetividad en las nuevas generaciones costarricenses.
- i. Estas prácticas, y el desarrollo de las estructuras subjetivas resultantes, se encontrarían en correspondencia con los cambios demográficos, económicos y culturales que experimenta una sociedad en transición entre la agroexportación y la agricultura no tradicional, mayor infraestructura urbanística, turismo internacional, tecnología de punta, compleja división socioeconómica, escolarización, cobertura de la difusión radial, televisiva y de servicios de internet y telefonía móvil, incorporación masiva de la mujer al trabajo remunerado, una cultura más individualista, un tipo de familia nuclear reducido, e incluso uniparental e incremento de divorcios, que con los procesos de globalización vienen imponiéndose en el país, y la pervivencia de economías de autosubsistencia, bajo nivel tecnológico, división simple del trabajo, una cultura más colectivista, y formas de familia extensa, incluso en la ciudad donde una gran cantidad de costarricenses viven en el mismo vecindario o relativamente cerca de algún familiar, y abuelos, tíos y hermanos suelen participar de los cuidados infantiles, con predominio de estructuras o dinámicas patriarcales, por las que el hombre es percibido como el proveedor y la mujer como la responsable de las labores domésticas y crianza infantil a las que de hecho aún se dedica en exclusivo una mayoría, y los infantes son tipificados por género desde muy temprano mediante diferentes códigos en la vestimenta y la facilitación de actividades.

- j. En estas condiciones, las experiencias familiares de crianza infantil y, aún más, adolescente, aun predominantemente interdependientes, habrán de lidiar, no sólo con experiencias crecientemente independientes en el propio seno familiar, resultado del acceso de las figuras parentales a niveles crecientes de escolaridad y una vida más urbana e influida por los *Media*, sino con las propias experiencias de su inmersión gradual en esos entornos escolares, urbanos y mediáticos y cada vez más globalizados.
- k. Se requiere mayor investigación de las interacciones entre el infante, y aún el adolescente, y sus figuras parentales, del alcance y particularidades de los estilos próximo y distante de crianza y más en general. de los estilos tradicionales, autoritativos, autoritarios, permisivos y negligentes, para dar cuenta de esas interacciones en los diferentes períodos del ciclo de vida infantil y adolescente, de las vías de desarrollo socioemocional y cognitivo que emerjan, se desarrollen y evolucionen con esas interacciones, así como del modo en que los factores sociodemográficos, económicos y culturales, en particular las peculiaridades rural y urbanas, industrial y postindustriales, colectivistas e individualistas y de composición familiar que asumen dichos factores, incidan en tales interacciones. También de los alcances de la dimensiones idiocéntrico-alocéntrico (autonomía-interdependencia) o tradicional-autónomo-heterodirigido para calificar la diversidad de orientaciones socioculturales del carácter que las distintas modalidades parentales de crianza favorezcan.
- l. Así como a determinados entornos sociodemográficos y económicos corresponderían determinados contextos culturales, modalidades familiares de crianza y orientaciones de carácter, en una relación no unilineal que iría de los primeros a los últimos, también se producirían dislocaciones entre unos niveles y otros que llevarían a diferentes dinámicas de tensión, resistencia y hasta reversión que conviene tener muy presente en estas indagaciones sobre prácticas parentales de crianza y formación del carácter social en diferentes paisajes culturales, sociodemográficos y económicos.

Escolarización y formación del carácter social

La literatura especializada reconoce la educación escolar como un importante medio en la formación del carácter, que fomenta la disposición metódica y disciplinaria del infante, los rasgos de conciencia del deber, responsabilidad y camaradería, pero también de competitividad, autoeficacia y confianza y, ya en la adolescencia, la conformación de sus marcos de orientación y devoción o sentido de la vida y perspectivas para el futuro, y en particular de su identidad personal y social.

La estructura de los centros escolares, su concepción organizativa, las estrategias de enseñanza y evaluación, la actitud del docente hacia la actividad educativa y la dinámica imperante en que se relaciona con sus estudiantes y de éstos entre sí, son consideradas medios efectivos en el moldeamiento social del carácter de la persona en formación (Smirnov, Rubinstein, Leontiev et al., 1960; Vaillant, 2008).

En general se tiende a juzgar la institución escolar, surgida, como hoy la conocemos, en el marco del pensamiento ilustrado y la industrialización de la modernidad europea, como un medio altamente valorado de agenciación y autodirección, aunque no escasean quienes han destacado la labor disciplinaria, doctrinaria y fomentadora de rasgos de conformidad, sumisión y receptividad que subyace en las prácticas disciplinarias y memorísticas de la educación escolar predominante en el siglo XX (Freire, 1972; Martín-Baro, 1972; Ilich, 1985), y que aún perviven en el XXI, tras la fachada de discursos civilistas para una ciudadanía global (Cox, Jaramillo y Reimers, 2005; Vaillant, 2008).

Ya a principios del siglo pasado, el político y escritor peruano José Carlos Mariátegui (1973) denunciaba que, al menos en el contexto latinoamericano, la escuela cercenaba toda individualidad e independencia, reduciendo a los sujetos a la docilidad y la sumisión. Dependencia, sometimiento a las jerarquías y conformismo colectivistas, serían las actitudes que animarían las metas socializadoras de la institución escolar latinoamericana en aquellos primeros años del siglo XX.

Y a finales de los 60, el pedagogo brasileño Paulo Freire (1972) resaltaba el carácter disertador, unidireccional y memorístico del discurso predominante, en lo que llamó la educación bancaria, cuyo complemento sería el educando receptivo, sumiso y pasivo, que recibe, guarda y archiva los contenidos que se le transmiten.

Por esos mismos años, el sacerdote jesuita y psicólogo social hispano-salvadoreño Ignacio Martín-Baró, destacaba la competitividad y la verticalidad autoritaria, como dos rasgos básicos en la configuración del carácter que la institución escolar fomentaba en los educandos, el primero asociado con el individualismo como norma y criterio de vida, el segundo con la pasividad, el fatalismo y las actitudes jerarquizantes:

Mediante la competitividad, la escuela enseña al alumno a considerar a los demás como rivales, a aspirar al triunfo propio como la única meta deseable, lo que implica la derrota del otro: quedar por encima. En otras palabras, la competencia escolar infunde en el alumno el *individualismo* más feroz como norma y criterio de vida. Por otro lado, la verticalidad autoritaria, que se traduce en la bancariedad memorística, la imposición dogmática y la selectividad vertical en función de variables estrechamente ligadas al origen socio-económico del alumno, inculcan en éste una *pasividad*, unida, las más de las veces, aun cierto fatalismo predeterminista y ahistórico (Martín-Baro, 1972, p. 781).

Y aún hoy se disciplina al infante mediante horarios fijos, programas abstraídos de aptitudes, actitudes o circunstancias socioculturales y socioeconómicas, uniformes, libros

desvinculados de la realidad social del niño, exámenes y evaluaciones que además de estrés conllevan a la competitividad egoísta, hábitos de limpieza y ornato que cortan la iniciativa y promueven la pasividad, normativas como no hablar en clase a no ser que se le indique, formarse en hilera frente al docente y la pizarra y castigos como anulación del recreo o quedarse después de clases, envío al director y aviso a las figuras parentales; se prohíbe todo lo que en general se salga de la disciplina: la espontaneidad e iniciativa, la libre expresión, la creatividad.

Empero, afirmaba Riesman (Riesman et al., 1981), pese al ambiente disciplinario e impersonal que impera en el entorno escolar, el énfasis en la capacidad intelectual en la formación induce al infanteal logro más que a la sociabilidad y, con los métodos de educación progresista, se ha venido a desarrollar su individualidad más que a someter su voluntad, en unos ambientes crecientemente informalizados y personalizados.

Pero si bien las reflexiones y ensayos sobre el papel de la institución escolar en la formación social del carácter no han faltado, sí han sido escasas las investigaciones realizadas para dar fundamento empírico sistemático, desde la perspectiva socializadora de los procesos de formación concreta de la subjetividad y el carácter de los infantes y adolescentes, a unas u otra apreciaciones y aún menos para sopesar y valorar sus vicisitudes en diferentes contextos socioculturales, en particular el costarricense.

Dentro de estas pocas investigaciones, en el plano internacional han predominado aquellas que confirman las apreciaciones de que la escolaridad se encuentra asociada con el fomento de los valores seculares y científicos de la modernidad y el incremento en las cualidades de independencia tales como la autoeficacia, la autoconfianza y el

empoderamiento e iniciativa personales. (Greenfield, 1999, 2006), aunque alentando a la vez las habilidades interpersonales para el trabajo en equipo (Maccoby, 2002).

A este respecto, las investigaciones sobre expectativas y metas de crianza en figuras parentales europeas y europeo-estadounidenses han encontrado que a mayor nivel de escolarización de estas, mayor es la tendencia a promover los valores de independencia, confianza en sí mismo, necesidad de logro y apertura al cambio en sus hijos e hijas (Bornstein y Bardley, 2003; LeVine, 2003; Suizzo, 2007).

Ya en Latinoamérica, donde la investigación y análisis efectuados han sido aún más escasos (Esteinou Madrid, 1983), se ha resaltado el papel que adopta la institución escolar como instancia predominante de transmisión cultural en la región (Vasconi, 1975). Se ha señalado, a finales de los 70 del siglo pasado, que la pareja escuela-familia habría reemplazado a la pareja familia-iglesia como principal medio de socialización y transmisión cultural, merced a que ninguna otra instancia dispondría como la escuela, desde tan temprana edad, durante tantas horas al día, por tantos años, con carácter obligatorio, y en gran medida gratuito, de la casi totalidad de los niños del conglomerado social (Esteinou Madrid, 1983).

En esos años sin embargo, afirmó el filósofo y teólogo austriaco Ivan Ilich, dos de cada tres del total de niños latinoamericanos dejaban la escuela antes de terminar el quinto grado (Ilich, 1985) y, a finales de la primera década del nuevo siglo, aún menos de la mitad de los jóvenes latinoamericanos entre los 18 y los 24 años se encontraban escolarizados (SITEAL, 2015).

Con todo y eso, desde los 80 la tasa de matrícula ha venido aumentando en todos los niveles y, durante esa primera década del nuevo siglo, también ha sido considerable la ampliación de la cobertura escolar que se experimenta en infantes y adolescentes en prácticamente todos los países de la región. Niños y niñas inician por igual su escolarización a cada vez más temprana edad y amplían por más tiempo su permanencia en el sistema educativo. Igualmente en este período se han visto reducidas, aunque siguen siendo significativas, lo cual obviamente dificulta las generalizaciones, las brechas subregionales, nacionales, socioeconómicas, étnicas, y rural-urbanas de acceso al sistema escolar (PREAL, 2005, SITEAL, 2015).

Ya propiamente en cuanto al papel de la institución escolar como instancia de transmisión cultural y socialización en la región, se resalta la transmisión de los valores modernistas que habría impulsado desde la fundación misma de los estados nacionales, así como los esfuerzos por forjar una identidad ciudadana nacional homogeneizadora en contextos de gran diversidad cultural, étnica y lingüística, conformados por la entremezcla de los pueblos originarios con inmigrantes europeos, asiáticos y africanos.

La escuela se propuso –afirma la uruguaya Denise Vaillant, especialista en Planeamiento y Gestión Educativa-, homogeneizar y reducir diferencias imponiendo una lengua, una historia y un conjunto de representaciones y predisposiciones comunes, que progresivamente fueron dando forma a una identidad propia y específica en cada país soberano (2008, p. 28-29).

Hoy, en medio de la globalización cultural, tecnológica y económica y la formación de bloques o alianzas regionales, en que las identidades nacionales son puestas en entredicho, los valores que dichas identidades han configurado siguen jugando un papel relevante en los programas de formación escolar y el imaginario docente, tal y como puede

apreciarse en los objetivos de formación ciudadana incorporados en sus respectivos currículos por varias naciones latinoamericanas y afrocaribeñas a principios del milenio que, entre otros, contemplan “Empoderar a los ciudadanos jóvenes con el conocimiento y comprensión de su país” (Cox, Jaramillo y Reines, 2005, p. 11). Objetivos en los que también se incorporan con fuerza objetivos de regionalización tales como “Reconocer los lazos que unen a todos los pueblos del Caribe, independientemente de los límites contruidos por el hombre... Demostrar respeto por y orgullo en sí mismos, en sus comunidades, nación y región... [o] Promover cooperación regional” (Cox, Jaramillo y Reimers, 2005, p. 11), e incluso de globalización como en el caso colombiano, cuyo Ministerio de Educación, a comienzos de la presente década, emprende un programa a largo plazo de desarrollo de competencias ciudadanas, entendidas como

competencias cognitivas, emocionales, comunicativas e integradoras que, articuladas entre sí y con los conocimientos y actitudes ... promueven que los ciudadanos contribuyan activamente a la convivencia pacífica, participen responsable y constructivamente en los procesos democráticos y comprendan la pluralidad como oportunidad y riqueza de la sociedad, tanto en su entorno cercano (familia, amigos, aula, institución escolar), como en su comunidad, país o a escala internacional (Cox, Jaramillo & Reines, 2005, p.12).

En estos currículos y otros de la región latinoamericana y afrocaribeña se destacan conocimientos, habilidades y actitudes en los que se entremezclan metas no sólo relacionadas con la identidad nacional, las relaciones internacionales y el cosmopolitismo, sino también con las orientaciones socioculturales individualistas y colectivistas, tales como enseñar a los niños y adolescentes a “establecer la conexión entre los acontecimientos históricos y el desarrollo de su propia responsabilidad individual”, desarrollar en éstos “habilidades de influencia, conciliación, liderazgo y representación”, fomentar la “apreciación de la comunidad política local, nacional y global”, la

“proclividad a actuar con discernimiento sobre las consecuencias de la propia acción sobre otras personas y sobre la sociedad en general”, la “valoración de la dignidad humana y la equidad”, la “valoración de la diversidad cultural, racial, religiosa y de género”, y la “disposición a defender los propios puntos de vista a la vez que admitir los de otros a la luz de la discusión, la evidencia y a empatía” (Cox, Jaramillo & Reimers, 2005).

Y en cuanto a la transmisión de valores modernistas en específico, se destaca el papel que ha desempeñado la institución escolar en la región, al promover, no sólo conocimientos y habilidades que contribuirían a asimilar y utilizar eficientemente las técnicas más complejas de la producción industrial, sino el sentido de autoeficacia y libre elección individual, en contraste con la pervivencia de valores sustentados en la tradición y la costumbre que aún prevalecen en los espacios socializadores primarios de la familia y el barrio o vecindario, en particular en las clases bajas y zonas rurales (Greenfield, 1999; Rosabal-Coto, 2004). Niños y adolescentes latinoamericanos se encontrarían, aún a principios del siglo XXI, en medio de dos paisajes que se entremezclan y dislocan entre sí y respecto a los cuales la institución escolar y los libros les resultarían un espacio altamente valorado de agenciación, modernización y ascenso social (Pérez, 2002; Greenfiel, 2006).

Empero, en particular en los entornos más rurales, la escuela parece continuar ajustándose en mayor medida a los requerimientos tradicionales de dependencia, conformismo y pasividad que a sus contrapartes modernistas de empoderamiento personal, autoeficacia y autonomía. Las propuestas curriculares existentes en muchos países latinoamericanos, han sido insuficientes para revertir años de prácticas pedagógicas

y de estilos de relación autoritaria, con maestros muy tradicionalistas, poco comprometidos en estimular el interés y la actividad en su estudiantes (Vaillant, 2008).

En su estudio con población rural mexicana en la década de los sesenta del siglo pasado, Fromm y Maccoby (1970/1974), concluyeron, más en consonancia con las reflexiones de Mariátegui, que la escuela reforzaba el interés cultural por la obediencia estricta. En el aula, no se esperaba que los niños fuesen originales, imaginativos o que razonasen por sí mismos, más bien se esperaba que repitiesen exactamente lo que les decía el maestro o maestra y que memorizasen las lecciones. En el salón de clases el infante que no obedecía era puesto en ridículo o se le dejaba sin recreo. Cuando el o la maestra salían, los pequeños se volvían más activos y juguetones. También encontraron que de los 6 a los 16 años, como producto de la educación formal, tanto en la casa como en la escuela aumentaba el predominio de los rasgos de receptividad y sumisión.

Y más recientemente, en un estudio realizado por el Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación de la UNESCO a principios de este siglo en Perú, Brasil, Argentina y Uruguay, en el que se indagó sobre las representaciones, actitudes y expectativas docentes en relación a temas como los fines educativos y los valores de los jóvenes y otras cuestiones de importancia, para analizar el impacto de la labor docente en el proceso de socialización escolar, una gran mayoría de docentes se inclinaba por concebir la educación como un medio de igualdad social antes que de impulso a las libertades individuales (Vaillant, 2008).

También a principios del presente siglo, en Seminario auspiciado por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), los suramericanos Cristián Cox, Rosario Jaramillo y

Fernando Reimers (2005) resaltan que en encuestas realizadas con maestros en los países de Perú, Argentina y Uruguay, un porcentaje significativo de estos manifestó actitudes discriminatorias según la orientación sexual, la condición social, nacionalidad, etnia o religión de sus congéneres.

Pero más allá, es extremadamente poco lo que se ha investigado sobre los valores y orientaciones de carácter de los educadores, sus representaciones, actitudes y expectativas sobre los fines de la educación y el impacto de sus prácticas docentes en la socialización de los educandos y, en particular, en la formación de las estructuras sociales de carácter de estos en los diferentes contextos socioculturales de enseñanza-aprendizaje (Cox, Jaramillo & Reimers, 2005; Keller, Yovsi, Lohaus & Jensen, 2005).

Y si en Latino América en general la investigación ha sido escasa, en Costa Rica específicamente no encontramos estudios que aborden la problemática de la institución escolar como correa de formación psicosocial y cultural, aunque no faltan trabajos que resalten el papel de esta institución como principal agente en la promoción de actitudes afines a los valores de la modernidad (Vega Robles, 1994).

Mayormente documentada a nivel nacional e internacional se encuentra sin embargo la investigación empírica sobre el papel que la educación escolar desempeña en las creencias y prácticas de crianza parental y, a través de estas, en la formación del carácter y subjetividad en general durante la niñez y adolescencia.

A este respecto, diferentes estudios aportan evidencia de la importancia de la formación escolar parental y su influencia en las interacciones con los hijos y en consecuencia en los modelos culturales que afectan más tempranamente la crianza dentro

y entre las culturas (Suizzo, 2007; Levine, 2003): las mujeres con mayor nivel de escolaridad se benefician de un mayor conocimiento y mayor desarrollo de habilidades lingüísticas y de resolución de problemas que emplean en sus interacciones con los niños (Englund et al., 2004); asimismo muestran mayores aspiraciones y expectativas para el logro educativo de éstos (Davis-Kean, 2005, Estado de la Educación, 2015); la mayor educación parental, en particular de las madres, fomenta en sus hijos una mayor proclividad a la preferencia de metas de autonomía, tales como el empoderamiento y la confianza, mientras la menor se asocia más con la promoción de metas de afiliación en los pequeños, como la tradición y la benevolencia (Suizzo, 2007). En general la educación de los padres se considera en estos estudios como un factor que incide hacia una mayor modernización de sus valores originalmente tradicionales (Suizzo, 2007).

En consecuencia y como producto del influjo de la escolarización y otros procesos de modernización, las madres estarían dejando de criar a sus hijos como ellas fueron criadas y según sus orientaciones socioculturales de origen, acomodando por el contrario sus creencias y prácticas de crianza a los cambios presentes y futuros de su cambiante entorno.

Asimismo, resulta esperable que la dirección de estos cambios, asociados a los procesos de modernización global, estén dirigidos hacia una mayor orientación sociocultural individualista, tal y como se documenta en un estudio realizado a principios de los noventa con indios mayas del sur de México, donde Greenfield y Childs (Greenfield, 1999) encontraron que la experiencia de escolarización cambió las prácticas parentales desde un estilo más próximo de cuidados de crianza hacia uno más distante con un incremento substancial del contacto cara a cara. Valga entonces mencionar a contra sensu,

la asociación que se encuentra entre el predominio del modelo próximo de crianza, más propio de la orientación sociocultural colectivista, y el bajo nivel de educación de las madres.

Ahora bien, en un estudio con población estadounidense de diferentes orígenes étnicos, entre ellos latinoamericanos, Suizzo (2007) encontró, en consonancia con las expectativas de un efecto modernizador de la escolarización, que la mayor educación escolar parental correlacionaba negativamente con metas de socialización alocéntricas como el tradicionalismo y la benevolencia, pero también correlacionaba negativamente, en consonancia con las críticas de Mariátegui, Ilich y Martín-Baró, con metas idiocéntricas como la agenciación y el empoderamiento, mientras que correlacionaba positivamente con una meta alocéntrica de socialización como el vínculo. Resultados que refuerzan las tesis de una orientación más interactivo-emocional que idiocéntrica o alocéntrica en poblaciones latinoamericanas con mayores niveles de escolarización.

Más allá, como en el caso de las experiencias escolares directas durante la niñez y la adolescencia, también el rol de la escolarización parental como una influencia en las interacciones con los hijos, y en particular, en la formación de las estructuras sociales de carácter de estos, requiere de mayor y más precisa exploración, especialmente con respecto a sus logros e impacto psicosociales en los distintos entornos socioculturales de la región (Keller, Yovsi, Borke, Lohaus y Jensen, 2005).

En nuestro país, la importancia creciente de la educación escolar queda claramente reflejada en el incremento de los índices de escolarización en todos los grupos de edad

entre 1990 y 2014, e incluso en la reducción de los hogares con clima educativo bajo³⁸, aunque aún menos de la mitad logra culminar sus estudios de secundaria (Programa Estado de la Nación, 2015).

Estos datos sin embargo muestran importantes diferencias según extracción socioeconómica y procedencia rural-urbana de la población infantil y adolescente, pues si bien ha aumentado el porcentaje de escolarización en todos los estratos socioeconómicos, así como en los hogares rurales y urbanos, la brecha en la asistencia escolar de infantes y adolescentes entre los hogares de mayor ingreso y los de menor ingreso aún resulta significativa, y aunque se ha reducido en general entre los hogares rurales y urbanos, en éstos ha aumentado la brecha en la población preescolar (SITEAL, 2015).

Sería la creciente escolarización la que explica, según una estudiosa de la estructura y dinámica familiar costarricense como la psicóloga social Isabel Vega, muchos de los cambios en el complejo de creencias, actitudes y rasgos caracterológicos que se vienen gestando en las nuevas generaciones, caracterizados por “la apertura a ideas nuevas, una visión del mundo activista y una concepción liberal acerca del sexo y la familia, acompañada de un sentimiento de eficiencia personal” (Vega Robles, 1994, p. 52).

En esta dimensión de la institución escolar como instancia medular de mediación sociocultural, son dignos de mencionar los esfuerzos del Ministerio de Educación Pública

³⁸Se considera clima educativo bajo el de aquellos hogares donde la escolaridad promedio de todos sus miembros mayores de 18 años es inferior a seis años. el clima educativo medio corresponde a un promedio de entre seis y menos de doce años de escolaridad y el alto a un número de años de escolaridad igual o superior a doce (Cepal, 1994).

por estandarizar la formación preescolar mediante la aprobación a mediados del 2014 de un nuevo programa unificado, en el cual se contemplan acciones tendientes a favorecer en el niño el desarrollo del conocimiento de sí mismo así como el desarrollo gradual de su autonomía, pero también de la interacción respetuosa con los otros, a lo que se agregan los esfuerzos de la Dirección Nacional de CEN-CINAI por impulsar un modelo de involucramiento familiar en programas de atención y educación en la primera infancia en contextos de desventaja social, denominado “Somos Familia”, por el que procura promover un conjunto de competencias parentales para favorecer el desarrollo en niños y niñas de la consciencia de su singularidad e identidad, capacidad para resolver de manera alternativa los retos que se les presentan y consecución del logro social, pero también las del sentido de seguridad y pertenencia, tanto respecto a su entorno nuclear como hacia las redes de apoyo de las que forman parte sus familias, acompañarlos en el desarrollo de la empatía, esto es, de actitudes de solidaridad y cooperación con sus pares y adultos significativos, así como para afrontar de modo flexible y adaptativo las tareas vitales que caracterizan una crianza democrática, entendida como capacidad para identificar, aplicar y modelar estrategias de escucha, validación de emociones, fortalecimiento del diálogo y aceptación de las diferencias (Programa Estado de la Nación, 2015).

Y como expresión del impacto concreto que la escolarización ha venido produciendo en la formación social del carácter a través de su influjo en las creencias y prácticas parentales de crianza en el país, en el estudio de Alvarez Hernández, Brenes Castro y Cabezas Gutiérrez (1991) se encontró que el nivel escolar parental se asociaba con el recurso al empleo del castigo físico y la administración de gratificaciones como métodos de corrección pues, aunque en todos los grupos nacionales el primero seguía

siendo el más empleado y con él la tendencia a fomentar la sumisión y obediencia en los hijos, conforme aumentaba el nivel de escolaridad parental, también aumentaba la mención del dialogo y la administración de premios como opciones. Consecuentemente, a mayor nivel educativo mayor era la tendencia a explicar a sus hijos el por qué se les castigaba, y más eran las madres con algún nivel educativo las que decían que las reglas de funcionamiento en sus casas eran claramente explicitadas que las madres sin ningún nivel de instrucción o muy bajo.

Igualmente, a mayor nivel de escolaridad menor era el porcentaje de madres que consideraban como faltas graves las que se cometían contra la autoridad y opinaban que sus hijos cuestionaban su autoridad y que eran desobedientes en el hogar, y mayor porcentaje era el que consideraba las acciones del infante contra su bienestar personal o el de otras personas como las faltas más graves.

En este mismo estudio se encontró que en los casos de compañeras de hombres de mayor nivel de educación (secundaria y superior), ninguna consideraba aceptable que el niño mayor de 3 años llorase mucho, al contrario de cerca de la mitad de las compañeras de hombres de nivel educativo bajo (primaria) que consideraban aceptable el llanto prolongado.

También se encontraron diferencias significativas en la cantidad de tiempo semanal dedicado por las madres a actividades de cuidado como jugar y el tipo de expresiones de afecto que aceptaban mejor de sus hijos según el nivel educativo del jefe de familia. Las compañeras de hombres con niveles educativos más altos preferían más expresiones de afecto verbales que físicas, al contrario de las compañeras de hombres con nivel educativo

bajo que prefería las expresiones de afecto físicas sobre las verbales. Había también una tendencia significativamente mayor de éstas últimas a interpretar la obediencia y cooperación como expresiones de afecto hacia ellas. En ese mismo sentido, el que un porcentaje mayor de las madres con mayor nivel de escolarización tendiese a considerar a sus hijos mayores de seis años igual o más cariñosos que otros niños de la misma edad, mientras que un mayor porcentaje de las de menor grado de escolarización los consideraban como menos cariñosos, fue interpretado por los investigadores como en parte resultado de la mayor tendencia de las segundas a percibir conductas autónomas de sus hijos “como expresiones de sentimientos negativos hacia ellas” (Alvarez Hernández, Brenes Castro & Quesada Gutiérrez, 1991, p. 203).

Por otra parte, en un cuestionario administrado a las madres sobre conductas que indicaban la manifestación de diferentes niveles de alteraciones emocionales en los hijos, mientras una mayoría de madres, cuyos compañeros tenían niveles educativos muy bajos, respondieron que tanto menores como mayores de seis años se mostraban excesivamente apegados o dependientes de ellas, sólo una minoría de las madres cuyos compañeros alcanzaban niveles de educación de secundaria o superior opinaba igual.

En este estudio, al describir “el carácter” de sus hijos, las madres tendían en general a destacar como propio del “buen carácter” los niños y niñas que eran simpáticos, cariñosos y alegres, pero también serios, callados y dóciles, y propio del “mal carácter” los que eran berrinchudos, desobedientes, peleones, respondones, huraños y agresivos, pero también traviesos, fogosos e inquietos, siendo las madres de compañeros con nivel educativo de secundaria o superior las que tendían a considerar a sus hijos mayores como

de buen carácter, mientras que las madres, cuyos compañeros tenían niveles educativos de primaria o menos, se inclinaban a verlos como de mal carácter.

Rasgos más temperamentales como los cambios de humor drástico, rabietas, frecuentes expresiones de tristeza, tendencia a la victimización, sentimientos de culpa y avergonzarse, eran más frecuentemente mencionados también por las madres cuyos compañeros o ellas mismas tenían bajo nivel de escolarización.

Los resultados sugerían, concluyeron Alvarez Hernández, Brenes Castro y Quesada Gutiérrez (1991), que existía una tendencia en las madres de compañeros con bajo nivel educativo a ser menos tolerantes con los rasgos o actitudes de autoafirmación o autonomía en sus hijos.

En suma, la menor inclinación por el empleo del castigo físico y una creciente disposición al diálogo y a la administración de gratificaciones como métodos de corrección, la preferencia por las expresiones verbales de afecto antes que físicas, la menor tendencia a considerar la obediencia y cooperación como expresiones de afecto infantil hacia ellas, y una mayor a tolerar expresiones auto afirmativas, asociadas con las madres con compañeros de alto nivel de escolaridad, reforzaría la tesis de la escolarización como medio de formación social del carácter en general y en específico de impulsar actitudes o pautas de crianza de una orientación sociocultural más autoritativa y permisiva y autodirigida e idiocéntrica.

Por el contrario, la mayor inclinación por el empleo del castigo físico como método de corrección, la preferencia por las expresiones físicas de afecto antes que verbales, la tendencia a fomentar la obediencia y cooperación como expresiones de afecto infantil

hacia ellas y una mayor intolerancia a las expresiones de autoafirmación infantil, asociadas a madres con compañeros de bajo nivel de escolaridad, sería propio de actitudes o pautas de crianza de una orientación sociocultural más tradicional, autoritaria o restrictiva y receptiva y alocéntrica.

En otro estudio, realizado en el 2011 por el Instituto Nacional de la Mujer (INAMU) sobre Uso del Tiempo en la Gran Área Metropolitana (EUT-GAM), en que se indagó sobre el tiempo dedicado a actividades relacionadas con el cuidado de niños y niñas menores de 12 años de edad, se encontró que a mayor nivel escolar parental, mayor tendía a ser el tiempo dedicado a actividades de interacción y cuidado tales como jugar, cantar, leer, consolar, escuchar, chinear y llamar la atención de hijos e hijas. Resultados que parecen consonantes con los obtenidos por Keller y colaboradores (Keller, Lohaus, Kuensemüller et al., 2005) sobre mecanismos de interacción madre-hijo en la primera infancia, según los cuales las madres de mayor nivel educativo tienden a brindar una atención exclusiva a sus hijos en contraste con la mayor tendencia a una atención concurrente en las madres de nivel educativo inferior. No obstante fueron mujeres sin ningún nivel de instrucción las que reportaron el mayor número de horas por semana dedicadas a las actividades de jugar, cantar y leer. (Programa Estado de La Nación, 2015).

En este estudio se encontró que son las mujeres con primaria completa y secundaria incompleta las que tenían la tasa de participación más alta de “Cuido exclusivo de personas menores de 12 años del hogar”. Mas, en cuanto a tiempo efectivo dedicado a dicho cuidado, eran tanto mujeres como hombres con estudios universitarios los que presentaban los mayores tiempos por semana, siempre con una mayor proporción de tiempo las mujeres sobre los hombres (INAMU, 2012).

Haciéndose eco de este estudio, en el V Informe del Estado de la Educación (Programa Estado de La Nación, 2015) se concluye que, si bien jugar, cantar, leer, consolar, escuchar, chinear y llamar la atención constituyen actividades de cuidado, ellas difieren de manera importante en sus implicaciones para el desarrollo infantil, por lo que futuras investigaciones deberían de desagregar los diferentes aspectos involucrados en torno al cuidado con el fin de ofrecer información más detallada, no sólo de la cantidad de tiempo dedicada a este tipo de actividades en familias con distintos climas educativos, sino también de las características de estas interacciones y sus efectos en el desarrollo socioemocional infantil.

Valga finalmente mencionar, y en el marco de las investigaciones interculturales de la Psicología evolucionaria realizadas a principios de siglo en familias con infantes entre los 2.2 y 3.9 meses y entre los 15 y 18 meses de edad, la asociación que se encuentra entre el predominio del modelo parental próximo de crianza y el bajo nivel de escolarización materno, en contraste con el predominio del modelo parental distante de crianza y el alto nivel escolar materno (Keller, Yovsi, Borke et al., 2004) y, a través de esta asociación, en el papel de los procesos de escolarización parental en el desarrollo temprano en el infante de mecanismos de autorreconocimiento antes que de autorregulación, y con ello en la promoción en éste de un carácter más autodirigido e idiocéntrico, en contraste con el desarrollo temprano de mecanismos de autorregulación antes que de autorreconocimiento, asociado a la promoción de un carácter más receptivo y allocéntrico en aquellos menores criados en entornos parentales de baja escolaridad.

En fin, los hallazgos sugieren a la vez la importancia, complejidad y escasez de investigaciones a nivel nacional, regional y global que acompaña la comprensión de los procesos de desarrollo psicosocial del infante en el marco de los escenarios escolares, así como en el más general de las interacciones y dislocaciones entre la experiencias en dichos escenarios, las dinámicas familiares y los entornos tecnológicos, socioculturales, socioeconómicos y ecológicos, pudiéndose concluir que:

- a. La institución escolar, más que ningún otro sistema institucional moderno, tiene como una de sus funciones cruciales manifiestas la de la sociabilización o formación ciudadana de las nuevas generaciones, y por ende la de participar en y orientar de manera metódica o sistemática los procesos de selección social del carácter, de acuerdo con los idearios ético-morales que distinguen la organización sociocultural, socioeconómica y política en que se halla inmersa.
- b. Nacida la institución escolar en el contexto de la modernidad secular e industrializante, resulta esperable que la dirección de esta función esté encaminada hacia una mayor orientación sociocultural autodirigida e idiocéntrica del carácter.
- c. Y efectivamente, la investigación internacional y nacional tienden a confirmar estas apreciaciones de que la mayor escolarización se encuentra asociada con el fomento de los valores seculares y científicos de la modernidad y el incremento en cualidades de autonomía tales como la autoeficacia, la autoestima y el empoderamiento y logro personales.
- d. Particularmente documentada se encuentra la investigación empírica sobre el papel que la educación escolar desempeña en la modernización de tradicionales creencias y prácticas de crianza parental y, a través de estas, en la mayor proclividad en infantes y adolescentes a la formación de rasgos de autodirección e idiocéntricos como el empoderamiento y la autosuficiencia.

- e. En estudios con poblaciones latinoamericanas, se destaca, en consonancia con las expectativas de un efecto modernizador de la escolarización, el conflicto entre los valores culturales que fomenta la institución escolar y los que imperan en las familias latinoamericanas, especialmente rurales, con altas tasas de fecundidad materna y baja escolarización o bajo clima educativo.
- f. En esos estudios también se encuentra que la mayor educación escolar parental correlaciona negativamente con metas de socialización alocéntricas, como el tradicionalismo y el altruismo familiar y comunitario.
- g. La creciente escolarización que se experimenta en los pueblos latinoamericanos en general, y costarricense en particular, explicaría así muchos de los cambios en el complejo de creencias, actitudes y rasgos caracterológicos que se vienen gestando en las nuevas generaciones, caracterizados por la apertura a la innovación, concepciones más liberales acerca del sexo y la familia y sentimientos de autoeficacia y emprendedurismo.
- h. Empero, los estudios también revelan la existencia de un clima escolar que, como currículum oculto, estaría potenciando, en particular en entornos rurales, suburbanos y periféricos, pero no sólo en ellos, actitudes más bien sumiso-autoritarias que democráticas y conformando disposiciones o rasgos más bien dependientes que independientes, conformistas que de libre iniciativa, pasivos que asertivos, a contrario sensu de los propósitos y planes manifiestos de la oferta escolar institucional y cuyas manifestaciones y dinámica requiere ser indagada, al menos en sus efectos formativos, sobre el carácter social.
- i. Como expresión del impacto concreto que la escolarización viene produciendo en la formación social del carácter a través de su influjo en las creencias y prácticas parentales de crianza en el país, se ha encontrado que, a mayor nivel escolar parental, menor la tendencia al empleo del castigo físico y a fomentar la sumisión y la obediencia y mayor la tendencia al diálogo y a la administración de premios como métodos de corrección.

- j. Este influjo de la institución escolar en las prácticas parentales de crianza, estaría encaminado a favorecer en los padres metas de formación e intervención temprana tendientes a promover en el infante el desarrollo gradual de su singularidad e identidad, autosuficiencia y autoeficacia, esto es, a potenciar rasgos de independencia e idiocentrismo.
- k. Consonante con tales datos resultan los programas de formación preescolar del Ministerio de Educación Pública, tendientes a favorecer en el niño el desarrollo del conocimiento de sí mismo, capacidad para resolver de manera alternativa los retos que se les presentan y consecución del logro.
- l. Pero estos Programas de formación preescolar también contemplan promover en el infante el sentido de seguridad y pertenencia familiar y vecinal o comunitario, el desarrollo de actitudes de solidaridad y cooperación con sus pares y adultos significativos, y la capacidad para identificar, aplicar y modelar estrategias de escucha, validación de emociones, dialogicidad y tolerancia a las diferencias, esto es, desarrollar rasgos de interdependencia y arraigo.
- m. El sistema escolar costarricense entonces, al menos a nivel preescolar, estaría promoviendo como metas formativas, en concordancia con la conflictiva heterogeneidad característica de los procesos latinoamericanos, aunque también en tensión dislocante con las tendencias más globalizantes, valores, actitudes y rasgos de una orientación más de carácter interactivo-emocional que simplemente idiocéntrica.
- n. Pero si bien las reflexiones, ensayos y estudios sobre el papel de la institución escolar en la formación social del carácter no faltan, sí son escasas las investigaciones realizadas para dar fundamento empírico abundante y sistemático desde la perspectiva socializadora de los procesos de formación concreta de la subjetividad y el carácter de los infantes y adolescentes y aún menos para sopesar y valorar sus vicisitudes en diferentes contextos socioculturales, en particular en suelo costarricense.
- o. Así como en las pautas de crianza parental se resalta la importancia que tienen las representaciones parentales sobre los hijos y las metas de crianza, también en la

formación escolar resulta importante indagar en las representaciones y metas formativas que animan planes y programas escolares y el grado de congruencia que guardan estas con los contenidos, actividades de enseñanza-aprendizaje, modalidades de evaluación y prácticas disciplinarias contemplados. De particular importancia resulta indagar en las representaciones y valores que el educador tiene sobre los niños y adolescentes, los fines de la educación, y sus expectativas respecto a la acción pedagógica. Pero muy poco o nada es lo que se ha investigado al respecto y menos desde la perspectiva de la mediación escolar en los procesos de formación del carácter social.

- p. Aspectos específicos relativos al papel de la dinámica escolar en la formación socioemocional o del carácter social, tales como las modalidades de interacción y comunicación del docente con el escolar infantil y adolescente, dentro y fuera del aula, de la interacción y comunicación entre los escolares en el aula, los recreos y escenarios o diferentes momentos, las prácticas de enseñanza y evaluación, los procedimientos disciplinarios, los valores y actitudes cívicos y personales que se fomentan en las lecturas, el discurso y la práctica cotidiana escolar, han sido muy poco abordados por la investigación sistemática, e incluso la evidencia casuística y documental señalan al respecto un sesgo más bien autoritario que democrático, conformador de disposiciones o rasgos más bien sumisos que independientes, conformistas que innovadores, pasivo-receptivos que emprendedores, en fin, un clima escolar que, como currículum oculto, actuaría a contrario sensu de los propósitos y planes manifiestos de la oferta escolar institucional, y cuya dinámica requiere ser indagada al menos en sus efectos formativos sobre el carácter social.
- q. Más allá, las interacciones del entorno escolar con otras experiencias y entornos, como el familiar, el mediático, el socioeconómico y el ecológico en la formación social del carácter también resulta un campo de investigación necesario y poco explorado por la investigación psicosocial de la formación y dinámica del carácter social, tanto a nivel nacional como regional y global.

- r. La noción de climas educativos parece propicia para el estudio del papel que cumple la escolarización parental como una influencia en la formación de las estructuras sociales de carácter de los infantes y adolescentes, profundizando en las interacciones y actividades de cuidado en familias con diferentes climas educativos, y sus efectos en el desarrollo socioemocional infantil y adolescente.
- s. Destaca la necesidad de exploración de las interacciones, convergencias y dislocaciones de las experiencias escolares con las experiencias televisivas y el uso de videojuegos, internet y celular en los procesos formativos del carácter, así como la indagación de éstas, familiares incluidas, en los distintos entornos ecológicos, socioeconómicos y culturales del país.
- t. Por lo demás, los estudios existentes sobre el influjo formativo de las experiencias escolares tienden a centrarse, además de en las competencias, más en valores, creencias y opiniones que en disposiciones y rasgos de carácter, por lo que los resultados reflejan con frecuencia más los efectos de deseabilidad y sentido común prevalentes, amén de las habilidades, que las convicciones profundamente arraigadas de los caracteres en formación.

Medios electrónicos de comunicación y entretenimiento y formación del carácter social

Junto con la familia y la escuela cabe considerar unos agentes que, si bien no posibilitan una verdadera interacción cara a cara, gozan de una creciente importancia como instancias de influjo socializador, nos referimos a los medios de comunicación social y de masas, en particular medios electrónicos como la televisión, la internet y, más recientemente, el celular.

Debido a su multiplicidad y a la velocidad con que avanzan y se instalan en las rutinas de la vida cotidiana, estos medios han venido a subvertir o transformar las formas expresivas vigentes o dominantes en los más diversos contextos socioculturales.

Como resultado de las nuevas modalidades experienciales que ellos nos ofrecen, se potencian novedosas formas de percibir y en general vivenciar la realidad, un nuevo “*sensorium*”, afirmaba Martín-Barbero (1996), por el que la cultura audiovisual, en particular de las nuevas generaciones, desplaza las tradicionales formas de percibir, pensar y vivir el entorno inmediato y mediato, incluidas las modalidades más íntimas de interrelación humana. Producto de su constante interacción con las tecnicidades del momento, los adolescentes, y cada vez más también los infantes, construyen sus experiencias a partir de la exposición a universos simbólicos de referencia globales, vínculos virtuales efímeros, y la lógica hipertextual del relato corto, fragmentado y disgregado, que las caracteriza.

Martín-Barbero (2000) ha denominado mundialización cultural al ingente flujo de imágenes que, teniendo la televisión y la internet por soportes, traspasa fronteras y rompe las barreras culturales, incidiendo sobre los escenarios locales, entendidos estos como los espacios en que se ubican las experiencias directas de los individuos, y constituyendo una sociedad-red (Castells, 2002), que entraña un creciente intercambio entre sociedades de muy diversa, y en no pocas ocasiones conflictiva, tesitura y orientación valórico-cognitiva o ideológica.

Hoy el ser humano nace y se forma en un mundo dominado por la dialéctica entre lo global y lo local, entre el macrocosmos internacional y el microcosmos doméstico, de

cuyas intersecciones se nutren sus experiencias. Si la familia, la escuela, los pares y el entorno social inmediato constituyen los agentes socializadores directos, los medios de comunicación lo son de experiencias indirectas que le conectan con otras realidades que desempeñan un papel crecientemente relevante en la socialización. “¿Cuánto del bagaje experiencial de niños y jóvenes se debe –interroga el comunicólogo español Julián Pindado-a lo directo y cuánto a lo indirecto o mediado?” (2003, p. 2).

Algunos han postulado que los *Media* vienen a desplazar experiencias tradicionales vitales, convirtiéndose crecientemente en el principal agente psicosocial en los procesos de formación social del carácter y construcción de las identidades colectivas (Esteinou, 1983; Thompson, 1998; Hartley, 1999); otros han considerado que su aporte resulta muy significativo pero sin sustituir, entre otras, la propia realidad familiar, escolar, socioeconómica, ecológica, cultural, generacional, étnica y de género (FisherKeller, 2002; Liebes, 1999); y entre ambos, están los que han afirmado que con la globalización y la revolución tecnológica, las instancias tradicionales de formación, en particular la familia y la escuela, están perdiendo su capacidad como correas de transmisión y formación sociocultural, y sin que los medios masivos y electrónicos, puntas de lanza de aquellos, puedan ocupar su lugar como efectivos nuevos agentes de socialización y cohesión social (GarcíaCanclini, 1995; Vaillant, 2008).

Sea uno u otro el caso, y como ha afirmado el psicólogo social costarricense Rolando Pérez (2002), este flujo creciente que posibilitan los medios, especialmente electrónicos, de comunicación social, a la vez que da lugar a la circulación de “formas culturales diversas, concretadas en estilos de vida, representaciones de la realidad o

estrategias de evaluación moral o estética” (p. 3), contribuye también “como un medio para la afirmación, creación o reinención de las identidades culturales locales” (p. 3).

Unas repercusiones que, para la población infantil y adolescente, aún más que en el caso de la escuela, resultan a la vez directas e indirectas pues, como afirmaba a mediados de los 70 el psicólogo ruso Urie Brofenbrenner (Monreal & Guitart, 2012), las pautas de crianza varían más y más rápidamente en aquellos segmentos de la sociedad que tienen más cercano acceso y son más receptivos a agencias o agentes de cambio como los medios de comunicación masiva y, más recientemente, las TIC.

Ya Riesman (1981) había sostenido que en las sociedades posindustriales, en las que se llega a imponer un tipo caracterológico heterodirigido, sensible a las expectativas y preferencias de los otros, las relaciones del individuo con el mundo exterior y con su sí mismo se producirían como consecuencia del flujo de interacciones que exceden el ámbito familiar, en particular las provenientes de los medios de comunicación masiva, a cada vez más temprana edad.

Ahora con la globalización, como su condición y efecto, se produce una expansión a escala mundial de los medios de comunicación de masas y de las nuevas tecnologías de información y comunicación, al punto que algunos asocian la globalización misma con dicha expansión, que coloca dichos medios y tecnologías como su vértice cultural, afectando todos los niveles de la vida social, incluidas las prácticas de crianza y experiencias de formación social del carácter.

Hoy vivimos en un mundo hiperconectado como resultado de la televisión satelital, la expansión de Internet, la proliferación de dispositivos móviles y accesos inalámbricos,

el dominio de los *Media* en la vida diaria y, más recientemente, el uso de la nube o *cloud computing* para acceder y ofrecer información.

Esto ha afectado profundamente la cotidianidad individual y social, multiplicando y diversificando las posibilidades de percepción, entretenimiento y comunicación habitual, y creando nuevos modos de información y esparcimiento (televisión satelital y por cable, diarios digitales, video juegos), encuentro y relación (redes sociales como *Facebook*, *MySpace*, *Hi5* o *Tuenti*) y hasta intimidad (*Badoo*, *myZamana*).

Mucho de ello habla de una nueva sociabilidad mediática, que podría ser rebautizada como “sociabilidad virtual” (Cáceres, RuizSan Román & Brändle, 2009), en tanto basada en términos dialógicos que no de visibilidad, y que constituye el nuevo espacio o sociedad red (Castells, 2002), en donde se construyen y transforman las formas de la sociabilidad e identidad social y personal.

Esta sociedad de redes, han afirmado Cáceres, Ruiz y Brändle (2009), configura un conjunto de espacios de interacción virtual

que permiten establecer vínculos frecuentes y a veces profundos con otros, a veces desconocidos o solamente identificados a partir de un nick o seudónimo” [y les posibilita] “reconocerse mutuamente a partir de prácticas de carácter horizontal, que escapan a otras agrupaciones basadas en proximidad geográfica o de país, raza o familia (p. 217).

Es en estos nuevos espacios de sociabilidad virtual que crecientemente se juegan, particularmente en el adolescente, las necesidades de relación, arraigo, identidad, trascendencia, orientación y devoción, en cuya resolución se conforma su carácter, y que dadas sus peculiaridades, menos rígidas y más dinámicas y globales que los espacios de

sociabilidad tradicional, tienden a homogeneizar las condiciones, al menos expresivas, en que han de encontrar resolución configuradora del carácter aquellas necesidades.

El educador estadounidense Mark Prensky (2010) habla de los *nativos digitales*, aquellos que han nacido con las TIC y se han formado con el lenguaje digital de juegos por ordenador, videos e Internet, y los distingue de los *inmigrantes digitales*, que han tenido que aprender a utilizar estas tecnologías, manteniendo siempre cierta conexión con el pasado.

En fin, la adopción, ya lejana de la televisión, y más recientemente de la internet y demás medios electrónicos ha generado cambios profundos en el estilo de vida de las personas, y de un modo especial van ganando un papel cada vez más influyente en el crecimiento y formación en la niñez y adolescencia, al constituir un aspecto indispensable de la vida cotidiana de éstos, tanto como medio de entretenimiento como de interacción e información, accesible en todo momento a través de televisores, videoconsolas, ordenadores y dispositivos móviles.

En consecuencia, ha concluido Pérez Sánchez (2002), el

estudio de los usos, recepción, procesamiento y apropiación de los medios de comunicación se torna en un tema prioritario desde una psicología social interesada en dar cuenta de los cambios en el proceso de socialización y en la construcción - reproducción e innovación-de mundo social (p. 12).

Y si bien los efectos de los medios de comunicación sobre la niñez y la adolescencia comenzaron a indagarse hace bastante tiempo, aún persisten muchas incógnitas en torno a las posibles repercusiones que podrían tener en el imaginario de estas poblaciones, y en particular en sus procesos de formación psicosocial. Incógnitas a las que

se agregan, con efectos multiplicadores, las surgidas en torno al impacto de la internet y demás TIC en las transformaciones de la subjetividad contemporánea en general e infantil y adolescente en particular.

Y un primer aspecto bastante ya documentado gira en torno a la cuestión de que, aun en poblaciones en formación como la infantil y adolescente, el papel socializador de medios de comunicación social como la tv. no resulta deducible simplemente de la programación o contenidos del medio al margen de las diversas condiciones o circunstancias de recepción y consumo de sus contenidos (Klapper, 1963; Friederick Stein, 1978; Lobo. & Robert, 1997; Appadurai, 2001; Pérez, 2002).

Estudiando las diferentes estrategias de apropiación de las formas culturales globales en los 90, el sociólogo estadounidense Elihu Katz y la comunicóloga israelí Tamar Liebes (1990) pusieron de relieve el papel fundamental del televidente y su contexto cultural para el estudio de la recepción televisiva y, en esos mismos años, las y el psicólogo costarricenses Isaura Lobo S., Marcela Padilla G. y Jaime Robert J. formularon como tesis principales de su estudio sobre “La influencia de la Televisión en la Conformación de una Visión de Mundo en Niños en Edad Preescolar”(1990), que los mensajes televisivos son discursos que circulan constantemente, sedimentándose en un saber singular y colectivo que esgrime un poder sobre el infante receptor en formación pero que, a su vez, son asimilados y vividos por éste en sus circunstancias y relaciones con los demás, por lo que, si bien el influjo de estos mensajes en las estructuras subjetivas del infante se expresa desde las actitudes más parciales e inmediatas que éste asume ante los eventos más singulares de su vida, hasta las más profundas convicciones y orientaciones de su carácter en formación,

- dicha influencia no se da de manera uniforme sobre los infantes independientemente de sus circunstancias etno-demográficas, socioeconómicas, psicosociales y culturales;
- tales circunstancias operan como un conjunto de filtros y mediaciones sobre el mensaje, sus peculiaridades y el receptor, conformando un campo de interrelaciones a la manera de una “Gestalt”;
- el o la niña, en tanto sujetos de determinaciones sociohistóricas y ejes de una integración activa de las funciones reguladoras y autorreguladoras de lo psíquico, asimilan activamente los mensajes que “se les imponen”, y en función de las necesidades e imperativos de su carácter en formación;
- en consecuencia, la fuerza persuasiva del mensaje estará en gran medida en función de su articulación con las demás expresiones del mundo social inmediato y mediato, en que se desenvuelve el infante.

En suma, sólo el estudio a profundidad de los complejos procesos de emisión-recepción y uso, permitirá una real comprensión del influjo de los medios de comunicación de masas y de las nuevas tecnologías electrónicas, en particular en lo que respecta a su mediación socializadora en infantes y adolescentes.

Ya en Latinoamérica, aún y cuando existen significativas diferencias en el uso y consumo de medios de información y entretenimiento dependiendo de las variaciones sociales, económicas y étnicas de cada país, la participación en los medios de comunicación se ha convertido en una de las principales actividades en el tiempo libre de los jóvenes, y cada vez más de los niños, debido a las facilidades de acceso y uso de la televisión, internet y otros soportes digitales (Cáceres, San Román & Brandle, 2009; Vidales

Bolaños, 2012, noviembre-enero). Por eso resulta evidente el creciente impacto que están teniendo en los procesos de socialización y estilos de vida de las nuevas generaciones, ya cada vez más temprana edad.

La televisión aparece como la principal actividad de descanso y entretenimiento en el tiempo libre, tanto en el ámbito urbano como rural, sin importar la clase social o el nivel educativo. Además de encontrarse presente prácticamente en todos los hogares, también resulta relevante la penetración de los servicios de televisión por cable.

Y en cuanto a las nuevas tecnologías, los resultados muestran una penetración cada vez más alta en la población adolescente de la región, con porcentajes por encima de las medias nacionales, sobre todo en el caso de uso de internet y los celulares.

En una encuesta realizada a finales de la primera década del 2000 entre población escolar de 6 a 18 años de varios países de la región (Bringué, Sádaba & Tolsá, 2011), la mayoría de infantes y adolescentes respondió que prefería la televisión sobre otros medios, y desde el punto de vista de la posesión, también la mayoría afirmó contar con al menos dos televisores en su hogar, mientras que sólo una ínfima minoría afirmó vivir en una casa sin televisor. Un tercio de población infantil y la mitad adolescente afirmó contar con televisión digital o por cable. Y en cuanto al tiempo de exposición, un tercio de los adolescentes consultados afirmó ver la televisión más de dos horas al día entre semana, proporción que aumentaba ligeramente en fines de semana

En lo que respecta a contenidos, los que más atrajeron la atención de infantes y adolescentes fueron las películas, seguido por las series y los dibujos animados; los deportes, las noticias y los documentales fueron programas que se situaron en un término

medio de preferencia, mientras que los *realities*, los concursos y los programas de chismes quedaron rezagados en sus gustos. El estudio mostró que la selección de los contenidos mayoritariamente se negociaba en familia y que cerca de la mitad de las figuras parentales no imponía a sus hijos ninguna restricción sobre contenidos.

En esta encuesta la mayoría de infantes y adolescentes poseía algún implemento tecnológico: más de la mitad contaba con computadora en casa y cerca de un tercio en su propio cuarto. Entre un tercio y la mitad contaba con computadora o laptop en su hogar, e incluso en su propio cuarto, tv. pago, teléfono fijo y dispositivos de música como MP3, MP4 o iPod, siendo en todos los casos más los adolescentes que los infantes los que disponían de estos medios. Más de $\frac{3}{4}$ de infantes y adolescentes poseía conexión a internet.

También se destacó la creciente penetración de Internet, acceso a video juegos y posesión de celulares entre infantes y adolescentes, y que competía con el consumo televisivo: un 64% entre los 6 y los 9 años y un 80% entre los 10 y los 18 años se declaraban usuarios de Internet (Bringué, Sádaba & Tolsá, 2011), y en torno al 70% entre los 10 y los 18 años se declaraba usuario del *Messenger*; el video juego era de gran atractivo en los niños menores, con un 71% entre los 6 y 9 años, y aún un 62% entre los 10 y los 18 años, que manifestaban usar habitualmente videojuegos o juegos de computadora; conforme aumentaba la edad, el celular iba ganando terreno: a los 6 años ya un $\frac{1}{5}$ de los infantes poseía un móvil, y a los 17 años la proporción alcanzaba los $\frac{5}{6}$ (Cáceres, Ruiz San Román & Brändle, 2009).

El hogar era el lugar más empleado por infantes y adolescentes para el acceso a internet, seguido, en el caso de los primeros, por la escuela, el hogar de algún familiar o el cibercafé, y, en el de los segundos, del cibercafé, el colegio, el hogar de algún familiar o amigo o un sitio público. Si bien tanto infantes como adolescentes solían navegar con más frecuencia desde su propio hogar, este era un comportamiento más extendido entre los primeros, y según género, por las niñas; también las adolescentes a partir de los 12 años mostraban una mayor tendencia a acceder a internet desde el hogar de alguna amistad.

Una mayoría de entrevistados entre los 10 y 18 años, con independencia de género, dedicaba más de dos horas diarias a navegar en internet, seguida por aquellos que afirmaban navegar entre una y dos horas diarias, y sólo una ínfima parte afirmaba no navegar nunca, siendo mayor el tiempo de uso conforme mayor era la edad.

Alrededor de la mitad de los infantes afirmó navegar en solitario, seguido por navegar con amigos o hermanos presumiblemente mayores, con la madre o el padre, con otros familiares o con profesores. Conforme la edad aumentaba en los infantes, mayor era la tendencia a navegar solos y menor a hacerlo con sus figuras parentales. Por sexo o género, mientras los niños mostraban un mayor porcentaje a navegar solos, las niñas lo mostraban a navegar en compañía, particularmente con su madre, profesores, hermanos u otros familiares.

En la población adolescente, la tendencia a navegar solos se volvía más marcada y conforme iba aumentando la edad, en particular a partir de los 14 años, seguido por navegar con amigos y con hermanos, reduciéndose significativamente en navegar con sus

figuras parentales y profesores. Como en el caso de las niñas, también las adolescentes eran más proclives a navegar en compañía que sus pares masculinos.

En cuanto a los usos que se hacía de la internet entre infantes y adolescentes latinoamericanos, la encuesta reveló que más de la mitad de los infantes utilizaba internet para acceder a páginas Web, seguido por compartir fotos y videos, utilizar correo electrónico e iniciarse en el uso de las redes sociales, y sin que hubiese diferencias significativas según sexo o género; todas ellas, con excepción del acceso a páginas web, actividades de carácter interactivo. Entre los adolescentes resaltaban también las actividades interactivas como participar de redes sociales, uso del correo electrónico, siendo mayor su uso por las mujeres que por los hombres, compartir fotos y videos, uso del *Messenger*, servicio de mensajes cortos (SMS), hablar por red, *blogsy fotoblogsy* chatear; también destacaban actividades de aprendizaje como visitar páginas *web* y usar programas; actividades de ocio o entretenimiento como juegos en red, mucho más entre hombres que entre mujeres y en relación inversa al aumento de edad, descargar música, tv y radio digital; no escaseaban tampoco las actividades instrumentales o de consumo como compras en línea.

Y en lo que respecta a los contenidos de internet que se visitaban con más frecuencia, los relativos al ocio, en particular, música, juegos, deportes y humor en menor medida, constituían lugares predominantes de encuentro común para una variada y extensa generación adolescente latinoamericana con independencia de sus respectivas nacionalidades, muy por encima de los educativos, informativos y culturales, que no estaban ausentes. Por sexo, las adolescentes se inclinaron más por contenidos musicales y educativos, los adolescentes por deportes, juegos y humor. Por edad, a medida que ésta

aumentaba disminuían los relativos a juegos y aumentaban los relacionados con música y educación.

Pero además del consumo de contenidos, Internet ofrece la posibilidad de crearlos, de pasar del rol de espectador y consumidor a productor y emisor a través de la generación de páginas web, blogs, espacios para difundir videos u otros. Un tercio de los adolescentes había creado al menos uno de estos contenidos, guardando éstos estrecha correspondencia con las temáticas de los contenidos que acostumbraban visitar. Las temáticas de entretenimiento eran las predominantes, en particular la música, elegida por la mitad de los creadores, preferencia ligeramente mayor entre las mujeres; le seguían la creación de páginas relacionadas con los juegos y con los deportes, preferencias marcadamente mayores entre los hombres, seguido por la creación de contenidos de humor, de preferencia entre los hombres. Detrás de las temáticas de entretenimiento seguían las de información y aprendizaje, mayoritariamente la creación de contenidos educativos, con una preferencia ligeramente mayor de las mujeres, la creación de contenidos culturales y de softwares y noticias. Una proporción cercana a un 1/5 de los adolescentes se orientaba hacia la creación de contenidos de historia personal.

Entre los motivos para la creación de contenidos, sobresalían la posibilidad de expresar la propia opinión, seguido por compartir información con conocidos y escribir sobre lo que les gustaba, ésta última más acusada entre las mujeres, darse a conocer y hacer amigos, ser de utilidad para otros usuarios interesados en un mismo tema, y, de forma menos frecuente, motivos como la posibilidad de desahogarse y poder contar lo que no se puede contar en persona.

Facebook fue la red social más popular entre infantes y adolescentes latinoamericanos, más de tres veces sobre *Hi5*, su inmediato seguidor, y *Windows Live Spaces*.

En lo que respecta al influjo en los procesos de formación social del carácter, se reconoce, en primer lugar, que el consumo que se hace de los medios de comunicación y las nuevas tecnologías, impacta de algún modo los estilos de vida en la región. Que la situación de dependencia y subdesarrollo predominante conlleva a que el proceso de adopción de nuevas pautas culturales o de variaciones en ellas a través de los medios de comunicación social, esté sometido en nuestros países a procesos de dislocación (Appadurai, 2001) y transculturización por los que se adoptan, se copian y se asimilan modos de pensamiento que necesariamente implican variaciones en esos estilos de vida, dentro de los que destacan las pautas de crianza.

Los jóvenes latinoamericanos, particularmente de la “clase baja”, viven la paradoja entre tradición y modernización, propia de las telenovelas y la televisión latinoamericana, como algo no resuelto. Ellos se encuentran inmersos en dos paisajes que se superponen y entremezclan: Por un lado el paisaje de la cotidianidad familiar y vecinal, espacios socializadores primarios donde prevalecen y recrean en forma dominante prácticas y creencias tradicionales de una cultura popular alocéntrica y colectivista, que ellos valoran y fomentan explícitamente. Por el otro, el paisaje mediático por el que estilos de vida de un modernismo cultural individualista, mercantil y heterodirigido, son difundidos por el cine, la televisión y la radio, a los que se agrega ahora la internet y el celular, erosionando, desestabilizando, pero también tamizando, las cotidianas vivencias familiares y vecinales

de los jóvenes, y cada vez más también de los infantes, y sus modalidades caracterológicas e identitarias en formación en coordenadas de sentido a la vez locales y globales.

Con las nuevas tecnologías de comunicación electrónica instantánea, no sólo se mantienen vínculos sociales preexistentes, sino también se establecen nuevos contactos y amistades, e incluso llegan a establecerse vínculos interactivos directos o no mediáticos nacidos de los contactos virtuales. Según el estudio de los españoles Xavier Bringué, Charo Sádaba y Jorge Tolsá (2011), casi la mitad de los menores iberoamericanos tiene amistades que ha conocido en entornos virtuales; además, cerca de un tercio habría saltado la barrera virtual y los habría llegado a conocer en persona, siendo más los adolescentes que las adolescentes los que tendrían amigos conocidos en tales circunstancias.

Por lo demás falta mucha investigación en la región en torno a cuestiones atinentes al impacto de los medios en los procesos de subjetivación y formación de las estructuras del carácter social en las nuevas generaciones en la región en estos tiempos de globalización y transnacionalización cultural. Apenas se tiene un poco de información sobre el influjo radial y televisivo en los entornos de socialización, particularmente familiar, las actitudes parentales y algunas tendencias del desarrollo psicosocial, y sobre el uso que infantes y adolescentes están haciendo de recursos como la internet y las redes sociales.

En Costa Rica, al promediar la segunda década del nuevo siglo, la televisión sigue siendo el medio predominante en los hogares y el más utilizado para informarse, y si bien la radio sigue ocupando el segundo lugar en cuanto a presencia en el hogar, es superado como medio de información por los servicios de internet, cuya presencia en el hogar se

había incrementado desde el momento de la apertura, e incluso por la prensa escrita (CIEP, 2016).

Según encuestas realizadas a principios y mediados de la presente década sobre el papel de las TIC en población preadolescente y adolescente escolar (Pérez Sánchez, 2011, 2016) la inmensa mayoría cuenta con computadora en su hogar, entre los adolescentes cerca de la mitad es propia y una proporción apenas menor la comparte. La gran mayoría de preadolescentes y adolescentes tienen acceso a internet en su hogar, siendo significativamente mayor entre adolescentes de colegios privados y zonas urbanas. La mayoría de los preadolescentes cuenta con un celular propio con conexión a internet, mientras que la casi totalidad de los adolescentes también, siendo éste el medio principal de acceso a la red. También la mayoría de los preadolescentes y adolescentes dispone de consolas de videojuego en la casa, siendo mayor la tenencia entre los primeros, y entre los adolescentes, la tenencia de los de colegios privados, zonas urbanas y hombres.

Los medios electrónicos o TIC ocupan un lugar crecientemente importante dentro de la organización del tiempo libre de los preadolescentes y adolescentes entrevistados, que se hace más pronunciado conforme aumenta la edad de éstos. Destacan el escuchar música, navegar por Internet, ingresar a redes sociales, en el caso de los adolescentes, y ver televisión, actividad ésta que disminuye con la edad, a la par de otras más tradicionales y alocéntricas como el compartir en familia o con amigos, u otras como descansar. Usar la computadora y los juegos de video, resultan de un uso medio, a la par de otras actividades más tradicionales como practicar deportes, pasear, ayudar en la casa, jugar al aire libre, realizar actividades artísticas y leer; por encima de actividades de participación

baja como ser parte activa de grupos religiosos, tocar un instrumento musical, estar con la pareja o actividades comunitarias, estas dos últimas sólo en el caso de los adolescentes.

En la encuesta con adolescentes, el celular desplaza a la televisión como el medio más utilizado por esta población, seguidos por el uso de la computadora portátil, los reproductores de música, los equipos de sonido, los libros impresos, las consolas de video, la radio, las *tablets*, la computadora de escritorio, el DVD o *Blue Ray*, las cámaras de video, el teléfono fijo residencial, los libros digitales y los periódicos impresos.

Respecto a los tipos de uso del celular en los adolescentes, cuya multifuncionalidad convierte las llamadas telefónicas en una actividad periférica, destacan actividades interactivas como el envío de mensajes mediante aplicaciones y participar de redes sociales; de entretenimiento como el escuchar música y ver videos; instrumentales o básicas como usar la alarma y el reloj; y otras de uso diverso como el acceder a internet. De un uso medio resultan otras actividades interactivas como tomar y enviar fotos por redes sociales, hacer llamadas, enviar mensajes de texto y usar correo electrónico; de entretenimiento como usar juegos; y escolares o informativas como escribir apuntes. De un bajo uso se mencionan otras actividades informativas o escolares como las aplicaciones para tareas de colegio y educativas en general y la agenda; y otras interactivas como *Skype* o *Facetime*.

En cuanto a los usos de Internet por población preadolescente y adolescente, resaltan como de mayor frecuencia las actividades interactivas como el uso de redes sociales y chatear; y las de entretenimiento y destrezas como *Youtube*, juegos, éste entre los hombres, páginas para bajar música o programas y páginas de música, grupos o

cantantes. Un uso medio es para actividades también de entretenimiento como páginas de películas, actores o actrices, ésta en la población adolescente, y deportes; formativo-informativas como páginas sobre nuevas tecnologías, relacionadas con tareas de la escuela o el liceo o colegio, sobre nuevas aplicaciones o programas y ciencia y tecnología; e interactivas como el correo electrónico. Y un uso bajo para actividades formativo-informativas como páginas de salud, sobre ecología y ambiente, páginas especiales para niños o jóvenes, aprendizaje en línea, periódicos o noticias, robótica y partidos políticos, ésta sólo entre adolescentes; de interacción como Skype; de entretenimiento como farándula; y, sólo entre adolescentes, páginas con contenido erótico o pornográfico.

Si bien el acceso y uso del celular, la Internet y los videojuegos es mayoritario en las poblaciones estudiadas, se encuentran diferencias por zona de residencia, tipo de institución educativa, sexo y estilos de mediación parental. Preadolescentes y adolescentes de instituciones privadas tienen más acceso a la Internet o la consola de videojuegos, y estos últimos también al celular. Los adolescentes de zonas urbanas señalan tener más acceso a Internet que las adolescentes de zonas rurales. Son más las adolescentes en general y de ambos sexos de zonas urbanas los que recurren a un uso del celular para participar en redes sociales, más también las adolescentes en general y de ambos sexos de colegios públicos los que lo emplean para hacer llamadas y enviar mensajes de texto. Un uso escolar-informativo se presenta también más en las adolescentes en general y de ambos sexos de zonas rurales. Los adolescentes consumen videojuegos y usan el celular con fines de entretenimiento más que las adolescentes y, en cuanto al uso orientado al entretenimiento resulta más frecuente en los adolescentes en general y de ambos sexos de colegios privados y zonas urbanas.

Por otra parte, se encuentra un uso excesivo de internet o videojuegos más asociado, en la población preadolescente, con un estilo mediacional parental permisivo, mientras que un uso menor con uno autoritativo, siendo que en el primero el empleo del tiempo libre y las experiencias cotidianas de desarrollo quedan muy reducidas a las oportunidades ofrecidas por estas tecnologías, mientras que en el segundo son asociadas a una mayor diversidad de actividades en el tiempo libre, dentro de ellas las TIC.

También se encuentra que la modalidad preadolescente de uso de la internet se asocia con variaciones en el concepto de sí: el uso de la Internet orientado al entretenimiento se asocia con la autoevaluación positiva en destrezas escolares, sociales, físicas y de valoración general del sí-mismo; el uso comunicativo con una valoración positiva de las destrezas sociales y auto-evaluación general; el uso dirigido a la búsqueda de información con la valoración positiva de las destrezas físicas (Pérez Sánchez, 2013).

Y respecto a los usos de la red social Facebook, que para el 2015, según otros estudios, registra en el país un 10,33% de cuentas entre 13 y 17 años y 29,23% entre 18 y 24 años, los más frecuentes se orientan a la búsqueda de información, la autopresentación, como mantener el perfil actualizado y el muro con una imagen positiva, y la proyección prosocial, como mostrar empatía y brindar ayuda a amistades que lo requieran; con una frecuencia media, otras actividades prosociales, como ser parte de páginas de defensa del ambiente o los animales, sobre problemas sociales o defensa de derechos, o procurar aceptación social y, con una baja frecuencia, actividades centradas

en el sí-mismo, como compartir experiencias personales íntimas o estados de ánimo (Pérez Sánchez, 2016).

En cuanto al influjo psicosocial de las TIC, señala el Dr. Sánchez Pérez (2013, 2016), quien condujo la realización de estas encuestas, que el uso de internet para fines de entretenimiento y comunicación, así como el de videojuegos, es asociado por los preadolescente y adolescentes encuestados, con una mayor capacidad para relacionarse y ser aceptado por sus pares, en una palabra, para una mayor integración social. Conclusiones que reafirman las hechas por el mismo investigador pocos años antes cuando, en un artículo sobre el uso mediático infantil y adolescente concluía que las TIC son empleadas por esta población en lo substantivo como medios para el desarrollo y mantenimiento de las relaciones interpersonales, incluso aquellos usos típicamente asociados con el entretenimiento (Pérez Sánchez, 2011).

Estos resultados llevan al Dr. Pérez Sánchez, a la conclusión de que las Tecnologías de Información y Comunicación se incorporan actualmente

de forma intrínseca en la socialización de los jóvenes, como uno de los componentes de los cuales se sirve la sociedad para la transmisión cultural, y la integración social de sus nuevos miembros, pero además para la individuación, la conformación identitaria y de forma simultánea, para el cambio y la paulatina transformación social (2016, p. 119);

lo cual se evidencia en el estudio por la relevancia que estas nuevas tecnologías están adquiriendo como configuradoras de la vida cotidiana, sea mediando en y coexistiendo con la comunicación interpersonal entre pares, la convivencia familiar, la formación escolar y la organización del entretenimiento y práctica de algún deporte.

De acuerdo con el Dr. Pérez Sánchez (2016) se requiere sin embargo mayor investigación en el país sobre los distintos usos de las TIC, en particular aquellos orientados a la afirmación del *self* o a la integración social, y más allá, agregamos, al favorecimiento de tendencias alocéntricas o idiocéntricas, autónomas o heterodirigidas, y productivas o improductivas del carácter.

En cuanto a los usos de la televisión, en un estudio sobre las preferencias televisivas de niños y niñas costarricenses entre los 4 y los 6 años realizado a finales de los 80, cuando apenas iniciaba la televisión por satélite y por cable en el país, quien suscribe, en conjunto con Lobo y Padilla (Lobo & Robert, 1995), encontraron que más del 70% de la programación, con excepción del canal 13 provenía del exterior, principalmente los Estados Unidos a lo que se sumaría la reciente televisión por satélite y por cable cuya programación era casi por completo en inglés. Había un marcado predominio de los programas de entretenimiento sobre los formativo-informativos. Dentro de los programas de entretenimiento predominaban los telefilmes y las teleseries de enfrentamiento bien-mal (policíaco-detectivescas, ciencia ficción, súper héroes, terror y algunas novelas); le seguían los programas que giraban alrededor de la cotidianidad y la vida en familia, luego los de travesuras, y finalmente los programas de variedades y musicales, y deportivos. Nuevamente con excepción del canal 13, los programas de contenido violento representaban entre un 58% y un 70% de la programación televisiva. Canal 13 era el canal con mayor programación destinada a la población infantil, mayor cantidad de programas formativo-informativos, mayor cantidad de programas no violentos y menor porcentaje de programas de origen estadounidense.

En lo que respecta al consumo infantil televisivo propiamente, en este estudio se encontró que la gran mayoría de los infantes, sin distinciones de sexo, dedicaban a la teleaudiencia más de una hora diaria y alrededor de un tercio tres o más horas diarias, siendo mayor la intensidad de teleaudiencia en los infantes de entornos familiares rural-campesinos e informal-asalariados que en los de técnico-profesionales y de mandos gerenciales y propietarios.

En sus preferencias, los programas de entretenimiento superaban en menciones ampliamente a los formativo-informativos y los “dibujos animados” a las modalidades de “seres vivos”; dentro de los de entretenimiento, las temáticas de “enfrentamiento entre el bien y el mal” y las de “travesuras” competían por la mayor preferencia, muy por encima de las de “vida cotidiana”; y las de “tratamiento violento” casi doblaban las de “tratamiento no violento”. Eran los personajes de dibujos animados sobre los seres vivos), los de género masculino sobre los de femenino, los desprovistos de signos de rol o status socioeconómico identificable sobre aquellos identificables como informal-asalariados, subalterno asalariados, técnico-profesionales, de mandos gerenciales y propietarios y rurales o pequeños campesinados, y los traviesos y cotidianos sobre héroes, superhéroes o agentes especiales y villanos o supervillanos, los que gozaban de mayor preferencia e identificación infantil.

Se destacaban las diferencias en preferencias televisivas según extracción socioeconómica, entorno rural o urbano y rol sexual o género de los infantes entrevistados.

Las temáticas de enfrentamiento entre el bien y el mal predominaban claramente en las preferencias infantiles provenientes de sectores de propietarios y mandos

gerenciales y de técnico-profesionales, mientras que las travesuras resultaban predominantes en infantes de sectores rural-campesinos e informal-asalariados; si bien en todos los grupos había mayor proclividad a las temáticas de tratamiento violento, eran los infantes de extracción rural-campesina los que la mostraban en menor grado en contraste con los pertenecientes a familias de mandos gerenciales y propietarios que lo hacían en mayor grado. También se destacaban diferencias según la tesitura de los personajes de ficción televisiva de referencia, pues, si bien en todos los entornos era mayor el número de personajes humanos favoritos, la mayor mención de animales personificados en las preferencias se daba en los infantes de extracción rural, aunque también resultaban significativos, y en identificación superaban incluso a los de entornos rural-campesinos, los de los entornos subalterno asalariado, informal asalariado y técnico-profesional, en contraste con la mayor referencia positiva y de identificación de entidades tecnológicas en los entornos de mandos gerenciales y propietarios; y, por función temática, contrastaban las preferencias e identificaciones de los infantes de los entornos de mando gerencial y propietarios con los héroes, superhéroes y agentes especiales, con los de los demás entornos, más inclinados por los personajes traviesos o, en el caso de los informal asalariados, por los de vida cotidiana.

Por entorno rural o urbano de la niñez temprana en estudio, se evidenciaba una mayor inclinación por los programas de contenido violento entre la población urbana en contraste con una mayor inclinación por lo cotidiano entre la rural; era también de proveniencia rural-campesino el mayor porcentajes de preferencias que obtenían los programas formativo-informativos.

Y, según sexo o género de los infantes, mayor era la inclinación de los niños por los programas de contenido violento, temáticas de enfrentamiento bien-mal y situaciones fantásticas y de destreza instrumental que procuraban recrear en sus actividades lúdicas, así como la identificación con los personajes por “rasgos deseables”, en contraste con la mayor inclinación de las niñas por programas de menor contenido violento, temáticas orientadas a la cotidianidad y las travesuras y situaciones relacionales, juegos e identificación con personajes por “rasgos de semejanza”. La mayor inclinación por los signos de “omnipotencia fantástica” en los niños, en contraste con la mayor orientación hacia lo cotidiano semejante y concreto y menos maniqueo en las niñas, parecía ratificarse con el mayor peso de las segundas dentro de las preferencias por los programas formativo-informativos. Si bien en ambos sexos predominaba la preferencia por personajes humanos, mientras en los niños había una importante mención de personajes exóticos y tecnologías personificadas, en las niñas la había de animales humanizados y, mientras los personajes humanos predominaban en las identificaciones de ellos, en ellas éstos igualaban en identificaciones con los animales humanizados. También había un marcado contraste en el mayor énfasis de los niños por los héroes en sus referencias positivas y de identificación con las de las niñas en esos mismos rubros y, si bien las referencias positivas y de identificación con personajes traviesos aumentaban en las menciones de ambos sexos con respecto a la referencia general de personajes de este tipo, en las niñas tal referencia superaba las de los niños.

Pese a su variedad temática, los programas de entretenimiento, que predominaban ampliamente en la programación televisiva nacional y en las preferencias infantiles en general, mostraban una marcada inclinación por las estructuras narrativas esquemáticas,

caracterizadas, ya por el maniqueísmo en las series de enfrentamiento bien-mal, donde la acción se estructuraba en una sucesión de oposiciones binarias y argumentos xenofóbicos, ya por la manipulación hedonista en las de travesuras en que el sentido social se concentraba en la consecución del éxito individual en un mundo competitivo, y aún en las de vida cotidiana, donde prevalecía el afrontamiento y resolución de dilemas axiológicamente ambiguos, bien del desarrollo infantil, la construcción de la identidad adolescente, la vida en familia, las relaciones de pareja y amistad, o las propias del mundo laboral, no faltaba el esquematismo entre lo propio y lo ajeno, la experiencia personal y la prescripción normativa, lo idiocéntrico y lo sociocéntrico, así como la manipulación utilitaria en la consecución de objetivos.

Y en cuanto a los personajes y sus expresiones caracterológicas modélicas, en las series de enfrentamiento bien-mal, mientras los villanos eran semantizados por el sentido de lo necrofilico y la perversidad: eran destructivos, explotadores, sádicos y narcisistas, siempre dispuestos al engaño, el delito, la instigación y la beligerancia, los héroes se asociaban con caracteres y acciones signadas por lo biofilico y lo virtuoso: eran acumulativo-productivos, interdependientes y amorosos, dispuestos a la acción solidaria o altruista, valerosa y honesta. Más allá de la diversidad de situaciones, escenarios y personajes que se daban de una a otra historieta, la conciencia infantil se veía expuesta a ese esquematismo maniqueo de fuerzas irreconciliables como principal componente socializador de la serie y fuente de normatividad social.

Por su parte en los personajes de las series de travesuras destacaban como rasgos caracterológicos modélicos la astucia, el ingenio y la picardía, rasgos más de carácter productivo-explotador; se exaltaban la competitividad, el hedonismo y el idiocentrismo

como los valores sociales más importantes para lograr el éxito, e incluso el recurso a la violencia como medio legítimo y necesario para obtenerlo. El esquematismo maniqueo de fuerzas irreconciliables como principal componente socializador y fuente de normatividad social propio de los personajes de las series de enfrentamiento bien-mal, era desplazado en las series de travesuras por un instrumentalismo yoico darwiniano en el que el individualismo egoísta semantizaba toda acción, sentimiento o pensamiento.

Más ajenos al esquematismo maniqueo que al instrumentalismo darwiniano, los personajes de las series de vida cotidiana, eran caracterizados por una mayor indefinición axiológica y ambigüedad ética o moral, que habían de resolver generalmente desarrollando o afirmando competencias o rasgos de asertividad, iniciativa, independencia, autoafirmación y apertura al cambio, pero también de autocontrol, empatía e intimidad o interdependencia emocional.

Y en cuanto al influjo psicosocial de los contenidos televisivos en la cotidianidad infantil, la gran mayoría mencionaba la incorporación de algún aspecto de la televisión en su cotidianidad o actividad lúdica, en particular referido a personajes y sus patrones característicos de expresión, acción e interacción y a la temática; datos que reflejaban que efectivamente los contenidos televisivos influían significativamente en la cotidianidad infantil, ya fuese estructurando su actividad lúdica, aportando modelos de referencia, marcos de orientación y devoción o medios ideacionales, guiando la consecución de juguetes, aperitivos u objetos materiales o, al menos, dando ocasión al comentario y la ocurrencia dialógica ocasionales.

El esquematismo y la estereotipia que prevalecía en las series de aventuras y superhéroes eran fácilmente captados, recreados y sociabilizados por la población infantil, especialmente los niños, que encontraban en ellas una estupenda ocasión para la canalización fantasiosa y compensatoria de sus fantasías de omnipotencia narcisista, asociadas, según estudios psicoanalíticos (Gilligan, 1985, Zires, 1982), a la mayor ausencia paterna en la cotidianidad familia y a la necesidad concomitante en los niños de modelos exógenos de deseabilidad o “ideal del yo”.

Por su parte el utilitarismo darwinista y egoísta de las series de travesuras se convertía para la población infantil en ocasión para la transgresión de las normas socialmente instituidas y oportunidad para el desempeño de roles socialmente incorrectos.

Y en cuanto a las situaciones dilemáticas de las series de vida cotidiana, más difícil de ser percibidas en su temática por los infantes, eran apropiadas por éstos a partir de alguna situación, acción o personaje particular, donde la identificación por semejanza más que por deseabilidad, especialmente en las niñas, era el vehículo para su recreación lúdica. Esta mayor inclinación de las niñas por este tipo de personajes y por los de travesuras y sus identificaciones por semejanza, estarían asimismo asociadas con la mayor presencia, real y simbólica, femenina en el hogar, facilitando en la niña la estructuración de un modelo o “yo ideal” sustentado en la familiaridad de los rasgos por semejanza (Gilligan, 1985; Zires, 1982).

En general los personajes de las series eran fácilmente identificados y valorados en correspondencia con las atribuciones valoradas y despreciadas en los contenidos de las series, siendo que por lo común, siempre más las niñas, la población infantil mostraba

mayor receptividad a la extravagancia, locuacidad, ocurrencia, artimañas y travesuras de personajes fácilmente recreables en situaciones diversas de su cotidianidad, que a la omnipotencia sobrehumana de personajes sólo concebibles en la fantasía del juego individual y colectivo.

También en general, las diferencias reforzaban la tesis de una orientación socializadora más interdependiente en el medio rural y alocéntrica y expresiva con las niñas, en contraste con una orientación socializadora más independiente en el medio urbano e idiocéntrica e instrumental con los niños, en particular en los sectores socioeconómicos más favorecidos y profesionales, que estarían tempranamente mediando, e incluso retroalimentándose, en la receptividad y consumo televisivo infantil.

Más allá de las diferencias temáticas, las particularidades y estructura actancial de los personajes, o las vicisitudes espacio temporales de los acontecimientos televisivos, el discurso de la generalidad de las series se evidenciaba ajeno respecto a cualquier pretensión de transmisión, rescate o confirmación de tradiciones y costumbres mestizo americanas y populares –con todo y lo polisémico que esto pudiera entenderse–, favoreciendo por el contrario, en la formación de la identidad infantil, la ruptura con los arcaísmos de sus abuelos y las tradiciones y vivencias sociales de sus padres, y potenciando la identificación con los esquemas estereotipados de un ideal yoico fantástico y ajeno a las propias capacidades y posibilidades de relación con el mundo.

El estudio concluía que los resultados daban pie para formular como hipótesis de trabajo que a través de la recepción televisiva, niños y niñas se exponían cotidianamente al influjo de estereotipos y esquemas actanciales signados por el muy rentable y mercantil

motivo de logro y estilo de vida del idiocéntrico *american way of life*, que predominaban en las temáticas y personajes de travesuras, así como por la evasiva y fantástica representación del maniqueísmo, también individualista, propio de las temáticas y personajes de las series de “enfrentamiento entre el bien y el mal”. Que más allá de las diferencias socioeconómicas, de género y entorno rural o urbano, la programación televisiva infantil tendía a la homogenización de los gustos infantiles alrededor de un modelo o patrón de recepción de ideales modernistas y valores de orientación sociocultural individualista, que se metacomunicaba como ideal del yo (Lobo & Robert, 1995). Proceso de socialización mediática de la subjetividad que encontraba su soporte material en el cuasi monopolio que Estados Unidos mantenía sobre las fuentes de que se nutría entonces la televisión nacional en general.

Una década después de realizado el anterior estudio, Pérez Sánchez (2002) encontraba que *El Barrio*, un serial nacional de comedia dramática sobre la cotidianidad en un barrio josefino, fue percibido por los jóvenes televidentes costarricenses como expresión de un sistema de relaciones basado en la solidaridad y la integración de sus miembros, propio de las orientaciones culturales interactivas alocéntricas, que a los ojos de éstos se alejaba de la realidad costarricense, según ellos, caracterizada más bien por el anonimato y el individualismo, valores propios de una orientación sociocultural más idiocéntrica.

Más allá, y si bien los efectos de medios como la televisión sobre la niñez y la adolescencia comenzaron a indagarse hace bastante tiempo, aún persisten muchas incógnitas en torno a las posibles repercusiones que puede tener este tipo de medios en el imaginario de estas poblaciones, y en particular desde la perspectiva de los procesos de

formación social del carácter en diferentes entornos ecológicos, socioeconómicos y culturales. Incógnitas a las que se agregan, y con efectos multiplicadores, las surgidas recientemente en torno al impacto de la internet y demás TIC en las transformaciones de la subjetividad. La información que se ofrece en las encuestas realizadas por Pérez Sánchez sobre socialización infancia y adolescencia y Tecnologías de la Información y la Comunicación, constituye un importante punto de partida para entender la incorporación de las TIC en la vida de la población infantil y adolescente actual, sin embargo es menester la realización de mayor cantidad de estudios que permitan ampliar y profundizar la comprensión de este fenómeno de los medios como “agentes psicológicos de la sociedad” y en particular de sus articulaciones mediales y con las otras instancias de crianza o socialización, para dar cuenta de las vicisitudes en los procesos de formación y transformación social del carácter.

A modo de resumen, se puede concluir entonces que:

- a. Surgidos con la cultura de masas de la sociedad de entreguerras y expandidos con la era de la información en la sociedad posindustrial, los medios electrónicos de comunicación irrumpen en la vida cotidiana, afectando todos los niveles de la vida social, incidiendo en las personas y sus interrelaciones y a cada vez más temprana edad.
- b. Hoy vivimos en un mundo hiperconectado como resultado de la televisión satelital, la expansión de Internet, la proliferación de dispositivos móviles y accesos inalámbricos y, en general, el dominio de los medios electrónicos de comunicación en la vida diaria.
- c. En consecuencia, las nuevas generaciones en formación se ven expuestas a novedosas formas de experimentación de la realidad, signadas por su exposición cotidiana a universos simbólicos de referencia globales y vínculos virtuales efímeros que traspasan

fronteras y rompen barreras culturales, incidiendo en los escenarios locales y volviendo rápidamente obsoletas las tradicionales formas de percibir, pensar y vivir el entorno inmediato y mediato, incluidas las modalidades más íntimas de interrelación humana.

- d. Si la familia, la escuela y el entorno social inmediato constituyen espacios de socialización cara a cara, a través de los medios masivos y las TIC se generan nuevas formas de sociabilidad que desempeñarían un papel crecientemente relevante en la formación social del carácter y de la identidad.
- e. Es en estos nuevos espacios de *sociabilidad mediática o virtual* que crecientemente se jugarían, particularmente en infantes y adolescente, las necesidades de relación, arraigo, identidad, trascendencia, orientación y devoción, en cuya resolución se conforma su carácter, y que dadas sus peculiaridades tenderían a homogeneizar las condiciones, al menos expresivas, en que han de encontrar resolución configuradora del carácter aquellas necesidades.
- f. En Latinoamérica, los estudios revelan que aún y cuando existen significativas diferencias en el uso y consumo de los medios electrónicos de comunicación dependiendo de las variaciones sociales, económicas, étnicas y ecológica de cada país, la participación en los medios de comunicación se ha convertido en una de las principales actividades en el tiempo libre de la población adolescente, y cada vez más de la infantil, por lo que resulta evidente el creciente impacto que están teniendo en los procesos de socialización y estilos de vida de las nuevas generaciones, y a cada vez más temprana edad.
- g. En estos estudios, la televisión aún constituye la principal actividad de descanso y entretenimiento, tanto en el ámbito urbano como rural, sin importar país, clase social o nivel educativo.
- h. Las películas, las series y los dibujos animados constituyen los contenidos televisivos favoritos de infantes y adolescentes; deportes, noticias y documentales se sitúan en un término medio de preferencia, y *realities*, concursos y programas de chismes quedan

rezagados en sus gustos. Los estudios muestran que la selección de los contenidos mayoritariamente se negocia en familia y que cerca de la mitad de las figuras parentales no impone a sus hijos ninguna restricción sobre contenidos.

- i. Y en cuanto a las nuevas tecnologías, los resultados muestran una penetración cada vez más alta en población adolescente e infantil, en particular en cuanto al uso de internet y celulares.
- ¿. Un número creciente de infantes utiliza internet para acceder a páginas Web, compartir fotos y videos, correo electrónico, y uso de las redes sociales, la mayoría de ellas actividades de carácter interactivo, y sin que haya diferencias significativas según sexo o género. Entre la población adolescente, también resaltan actividades interactivas, de información y aprendizaje, ocio o entretenimiento, tales como participar de redes sociales y uso del correo electrónico, siendo mayor su uso por ellas que por ellos, compartir fotos y videos, uso del Messenger y del servicio de mensajes cortos (SMS) y *chatear* o hablar por red, visitar páginas *web* y usar programas y juegos en red, éstos últimos mucho más en ellos que en ellas y en relación inversa al aumento de edad, y descargar música.
- k. Música y juegos, y en menor medida deportes y humor, constituyen lugares predominantes de visita común para una variada y extensa generación adolescente latinoamericana con independencia de sus respectivas nacionalidades, muy por encima de los educativos, informativos y culturales. Por sexo, las adolescentes se inclinan más por contenidos musicales y educativos, los adolescentes por deportes, juegos y humor. Por edad, a medida que aumenta disminuyen los relativos a juegos, y son más los relacionados con música y educación.
- l. Destacan en el influjo de los medios electrónicos las dislocaciones que se producen entre los paisajes de la cotidianidad familiar y vecinal latinoamericana, espacios socializadores primarios donde prevalecen y recrean en forma dominante prácticas y creencias de una cultura popular tradicional, colectivista y alocéntrica, y el paisaje mediático o virtual, por el que estilos de vida de un modernismo cultural individualista, mercantil y heterodirigido, son difundidos o favorecidos por la radio, el cine, la

televisión, la internet y el celular, erosionando, desestabilizando, pero también tamizando, las cotidianas vivencias familiares y vecinales de los jóvenes, y cada vez más también de los infantes y sus modalidades caracterológicas e identitarias en formación.

- m. En Costa Rica, si bien la televisión sigue ocupando un lugar predominante en los hogares y es de los más utilizados como medio de información y entretenimiento, las TIC vienen adquiriendo creciente importancia, en particular dentro de la organización del tiempo libre de infantes y adolescentes, que se hace más pronunciado conforme aumenta la edad de éstos.
- n. Según estudios realizados a finales del siglo pasado, en las preferencias televisivas de la niñez temprana predominarían los programas de entretenimiento y de “dibujos animados”. Dentro de los de entretenimiento, las temáticas de “enfrentamiento entre el bien y el mal” y las de “travesuras” competirían por la mayor preferencia, y las de “tratamiento violento” serían predominantes. Los personajes de travesura, dibujos animados, sexo o género masculino y desprovistos de signos de rol o status socioeconómico identificable, serían los de mayor preferencia y referencia identitaria.
- o. Se destacarían las diferencias en preferencias televisivas según extracción socioeconómica, entorno rural o urbano y sexo o género de los infantes, condiciones que estarían tempranamente mediando, e incluso retroalimentándose, en la receptividad y consumo televisivo infantil.
- p. Y en cuanto al influjo psicosocial televisivo, sus contenidos, en particular los referidos a personajes y sus patrones característicos de expresión, acción e interacción, estarían influyendo significativamente en la cotidianidad infantil, ya sea estructurando su actividad lúdica, aportando modelos de referencia, marcos de orientación y devoción o medios ideaciones, guiando la consecución de juguetes, aperitivos u objetos materiales o, al menos, dando ocasión al comentario y la ocurrencia dialógica ocasionales.

- q. Infantes, y adolescentes, se estarían exponiendo cotidianamente al influjo de estereotipos y esquemas signados, ya por la evasiva y fantástica representación del maniqueísmo propio de las temáticas y personajes de las series de “enfrentamiento entre el bien y el mal”, en las que, especialmente los niños, encontrarían ocasión propicia para la canalización fantasiosa y compensatoria de sus fantasías de omnipotencia narcisista, ya por la agencialidad, asertividad, independencia emocional, hedonismo, motivo de logro y, en general, estilo de vida del idiocéntrico *american way of life*, que predominarían en las temáticas y personajes de las series de vida cotidiana y travesuras, en las que la población infantil, particularmente las niñas, encontrarían ocasión para la recreación lúdica de situaciones y roles cotidianos, la transgresión de normas socialmente instituidas y la afirmación de su individualidad.
- r. Más allá de las diferencias temáticas, las particularidades y estructura actancial de los personajes, o las vicisitudes espacio temporales de los acontecimientos televisivos, el discurso de la gran mayoría de las series resultaría ajeno respecto a la transmisión de valores y costumbres tradicionales, favoreciendo por el contrario, en la formación identitaria infantil y adolescente, con independencia de las diferencias socioeconómicas, de género y entorno rural o urbano, la ruptura con los arcaísmos de sus abuelos y las tradiciones y vivencias sociales de sus padres, y potenciando la homogeneización de los gustos infantiles y adolescentes alrededor de un modelo o patrón de recepción de ideales posmodernistas y valores de orientación sociocultural individualista, que se metacomunicaría como ideal del yo o marco de orientación y devoción.
- s. Actividades de entretenimiento y destrezas o interactivas, como el uso de video juegos, acceso a *YouTube*, páginas de música, grupos o cantantes, páginas para bajar programas, chatear y uso de redes sociales, destacan como las de mayor frecuencia de uso de internet entre la población preadolescente y adolescente, siendo también de un uso considerable actividades de carácter formativo-informativas u otras también de entretenimiento, como acceder a páginas sobre nuevas tecnologías, relacionadas con tareas de la escuela, el liceo o el colegio, sobre ciencia y tecnología, deportes, páginas de películas, actores o actrices, de ecología y ambiente entre población preadolescente,

y *Netflix*, páginas de salud, especiales para jóvenes y la interactiva correo electrónico entre adolescentes.

- t. La búsqueda de información, la autopresentación, y la proyección prosocial, son los usos más frecuentes que la población adolescente hace de la red social Facebook, mientras que otras actividades prosociales como ser parte de páginas de defensa del ambiente o los animales, sobre problemas sociales o defensa de derechos, o procurar aceptación social, son también de un uso considerable.
- u. Actividades interactivas, de uso diverso, de entretenimiento e instrumentales o básicas, como el envío de mensajes mediante aplicaciones, acceder a internet, participar de redes sociales, escuchar música, ver videos, usar la alarma y el reloj y tomar y enviar fotos por redes sociales, destacan como las de mayor uso adolescente del celular, medio más utilizado por esta población inclusive sobre la televisión, siendo también de una cuantía considerable otras actividades interactivas o de entretenimiento, o formativo-informativas, como hacer llamadas, usar juegos, enviar mensajes de texto, escribir apuntes, usar correo electrónico, aplicaciones para tareas de colegio, y la agenda.
- v. Aunque el acceso y uso de los videojuegos, la Internet o el celular es mayoritario en preadolescentes y adolescentes en general, se encuentran diferencias por zona de residencia, tipo de institución educativa, sexo y estilos de mediación parental. Mayor acceso a medios y dispositivos se encuentra en adolescentes. Preadolescentes y adolescentes de instituciones privadas tienen más acceso a la Internet o la consola de videojuegos, y estos últimos también al celular. Los adolescentes de zonas urbanas señalan tener más acceso a Internet que las adolescentes de zonas rurales. Son más las adolescentes en general y de ambos sexos de zonas urbanas los que recurren a un uso del celular para participar en redes sociales, más también las adolescentes en general y de ambos sexos de colegios públicos, los que lo emplean para hacer llamadas y enviar mensajes de texto. Un uso escolar-informativo se presenta también más en las adolescentes en general y de ambos sexos de zonas rurales. Los adolescentes consumen videojuegos y usan el celular con fines de entretenimiento más que las

adolescentes y, en cuanto al uso orientado al entretenimiento resulta más frecuente en los adolescentes en general y de ambos sexos de colegios privados de zonas urbanas. En la población preadolescente, la frecuencia de uso de internet o videojuegos se encuentra asociada con el estilo parental de mediación, así como la modalidad de uso de internet con variaciones en su concepto de sí: un uso excesivo de internet o videojuegos se encuentra más asociado con un estilo mediacional parental permisivo, mientras que un uso menor con uno autoritativo, siendo que en el primero el empleo del tiempo libre y las experiencias cotidianas de desarrollo quedan muy reducidas a las oportunidades ofrecidas por estas tecnologías, mientras que en el segundo son asociadas a una mayor diversidad de actividades en el tiempo libre, dentro de ellas las TIC.

- w. También en la población preadolescente, se encuentra que la modalidad de uso de la internet se asocia con variaciones en su concepto de sí: el uso de la Internet orientado al entretenimiento con la evaluación positiva del *self* en destrezas escolares, sociales, físicas y de valoración general del sí mismo, el uso comunicativo con una valoración positiva de las destrezas sociales y auto-evaluación general y, el uso dirigido a la búsqueda de información, con la valoración positiva de las destrezas físicas.
- x. En cuanto al influjo psicosocial de las TIC, las investigaciones evidencian la relevancia que estas nuevas tecnologías están adquiriendo como configuradoras de la vida cotidiana, mediando en, y coexistiendo con, la comunicación interpersonal entre pares, la convivencia familiar, la formación escolar y la organización del entretenimiento y práctica de algún deporte.
- y. En suma, las Tecnologías de Información y Comunicación se estarían incorporando en la socialización de infantes y adolescentes como medios de integración social y transmisión de valores culturales modernistas y conformación de una matriz social idiocéntrica del carácter.
- z. El estudio de la recepción y usos de los medios electrónicos de comunicación, y sus interacciones con otras experiencias y entornos, como el familiar, el escolar, el socioeconómico y el ecológico, resulta entonces prioritario en cualquier esfuerzo por

dar cuenta de los cambios en los procesos de crianza y socialización, así como en la formación social del carácter, en particular en relación a la formación y dinámica de las tendencias alocéntricas o idiocéntricas, autónomas o heterodirigidas, y productivas o improductivas del carácter social costarricense y latinoamericano.

Prácticas religiosas y formación del carácter social.

La religiosidad, sea en la forma de creencias, valores, normas o rituales, ha tenido un profundo peso en la historia de la humanidad, considerándosele primordial en la configuración de los caracteres y modos de vida a través de las diferentes culturas. En su función socializadora a lo largo de la historia han participado tanto la iglesia, como la familia, la escuela, la comunidad, los pares y los medios de expresión artística y comunicación social y de masas. Se ha llegado a considerar a las diferentes formas de religiosidad como el fundamento mismo de la “solidaridad mecánica” de las tradicionales sociedades precapitalistas (Durkheim, 1982) y precoloniales.

Con la modernidad europea y sus procesos de individualización y secularización humanista, ese papel habría venido en decremento y la religiosidad sería considerada como un rasgo de los caracteres de orientación tradicional, interdependiente y receptivo, en contraposición a los caracteres modernos más idiocéntricos, narcisistas y mercantilistas.

No obstante, la reforma protestante en la Europa renacentista, con su teología patricéntrica sustentada en la fe, el cumplimiento del deber, la procuración de éxito en la vida secular como señales del favor y la gracia de Dios, y el “libre examen de conciencia” por el que todo individuo podía participar en la interpretación de la Biblia y pensar y opinar críticamente sobre los asuntos religiosos, ha sido considerada un pilar fundante del

individualismo moderno y base del carácter autónomo y acumulativo, moralmente autocontenido y reprimido en lo sexual, que habría predominado en los albores del capitalismo industrial y del estado moderno (Weber, 1973; Fromm, 1934/1972).

Con el impacto de las ideologías marxistas, el florecimiento de la industria cultural y los movimientos contraculturales juveniles y por los derechos civiles de los 60, la desconfesionalización y secularización del Estado, la apertura del mercado religioso, y la desterritorialización y dislocamiento de los flujos migratorios y urbanización acelerada de procesos postindustriales, la aún sólida socialización religiosa se vio fuertemente debilitada. Los padres seculares, nacidos en la generación del *baby boomer*, ya no transmitirían a sus hijos las creencias y actitudes religiosas de sus padres.

Ya para finales del siglo pasado en países europeos como Dinamarca, Francia y Holanda, alrededor de la mitad su población daba poca importancia a la creencia de Dios en sus vidas; en Alemania y Gran Bretaña esa pérdida de valoración alcanzaba los 2/5, y en las tradicionalmente católicas Italia, España e Irlanda, dicha pérdida de importancia oscilaba entre 1/3 y 1/5 de sus poblaciones.

En un país europeo de fuerte raigambre religiosa como España, entre 1960 y 1999 los practicantes habrían disminuido en un 56%, mientras los no practicantes aumentado en un 24%, y los no católicos en un 6%. Contrastadas con las creencias de sus padres, entre 1994 y 1999 aumentó el porcentaje de jóvenes que disentían en algún grado de lo que aquellos pensaban en materia religiosa.

En este país, al cerrar el siglo XX, cerca de $\frac{1}{3}$ de los adolescentes entre 15 y 17 años declaraba que la religión era muy o bastante importante para ellos, poco más de $\frac{1}{4}$ entre 18 y 20 años y entre 21 y 24 años también. Y en un período de diez años, entre 2006 y 2013, la población que entre los 15 y 24 años se declaraba católico practicante se había reducido en un 2%, mientras que los católicos no practicantes habían aumentado en un 6%, otras religiones (protestantes, musulmanes y otras creencias) también habían aumentado alrededor de un 2%, los agnósticos e indiferentes un 4% y los ateos o no creyentes se habían mantenido prácticamente igual (Elzo Imaz, Megias Valenzuela et al., 2014). Y, en cuanto a intensidad del sentimiento religioso para inicios de la segunda década del nuevo siglo, menos de $\frac{1}{5}$ se declara total o altamente religioso, $\frac{1}{5}$ medianamente religioso y más de la mitad poco o nada religioso. Consecuentemente, sólo cerca de $\frac{1}{4}$ de estos adolescentes y jóvenes le confieren a los asuntos religiosos y espirituales una importancia alta, frente a la mitad que le confiere poca importancia; empero poco más de $\frac{1}{5}$ le confiere a estos asuntos una importancia media.

En fin, este declive de la religiosidad se explicaría por la profunda individualización que se vive con la globalización: el individuo se piensa más autónomo y más agente, con la potestad de elegir con quien casarse y cuándo y cuántos hijos tener, qué tipo de educación darles, e incluso con la potestad de relacionarse directamente con su divinidad (Ordoqui, 2014).

Más que antirreligioso, este entorno cultural idiocéntrico, ha afirmado el sociólogo español Pedro González Blasco (2006), es predominantemente indiferente a lo religioso, pues sobre todo se caracteriza por un ambiente en que tienen primacía los valores

“materialistas” y los principios operativos utilitaristas y hedonistas que diluyen y casi nulifican

la débil socialización religiosa que desde la familia, la parroquia o la escuela se trata de realizar...Socialmente no se suele atacar la religión ni a las personas por ser creyentes; simplemente se las ignora, sutilmente se las margina porque las creencias religiosas, y más las católicas..., se consideran viejas, desfasadas, poco útiles para el mundo actual, incompatibles con el disfrute de la vida según concepciones generalizadas (González Blasco, 2006, p. 497).

En todo caso, y en un contexto europeo cada vez más plural y multicultural, el entorno familiar, más que homogéneamente indiferente a la socialización religiosa, se desagrega en un mosaico donde coexisten entornos familiares cada vez más numerosos en que la religión y, por tanto, su transmisión a infantes y adolescentes, no se considera como algo relevante y se omite o ignora, con otros aún mayoritarios en que valoran la religión como algo importante, pero de hecho la practican poco o esporádicamente y la socialización religiosa de infantes y adolescentes se hace débilmente y sin mucha convicción, dejándola a las instituciones educativas, perviviendo aún entornos familiares en los cuales la religión es un valor apreciado y primordial y hay un nivel significativo de prácticas religiosas, tanto individual como familiarmente. En estos últimos, lo religioso tiñe toda la vida y compromete el diario vivir, se procura transmitir a las nuevas generaciones el aprecio de la fe que se vive en el ejercicio de los valores religiosos así como en la participación sacramental, constituyendo un sector familiar religiosamente activo y generalmente semillero de organizaciones y movimientos seculares de carácter religioso (González Blasco, 2006).

En este proceso, la identidad característica de las clases medias de las sociedades industriales iría virando su matriz caracterológica desde una orientación austera,

autodisciplinada y autopunitiva, propia del puritanismo protestante, hacia una orientación más bien heterónoma, materializada en un yo voluble, fragmentado y carenciado, signado, no ya por la autorrestricción sino por la carencia de lazos comunales, tradiciones y significados compartidos estables, que se expresarían de muchas formas inconscientes de compensación por lo perdido.

Su vacío interior -afirmaba el psicólogo social estadounidense Peter Cushman- puede ser expresado de muchas formas, como baja autoestima (la ausencia de una sensación personal de valía), confusión de valores (la ausencia de una sensación de convicciones personales), desordenes del comer (la compulsión de llenar el vacío con experiencias químicamente inducidas) y el consumismo crónico (la compulsión de llenar el vacío con elementos consumistas y la experiencia de recibir algo del mundo). También puede tomar la forma de una ausencia de significado personal. Esto puede manifestarse como hambre de guía espiritual, la cual toma algunas veces forma de un deseo de ser llenado por el espíritu de Dios, por la verdad religiosa o por el poder o la personalidad del líder o gurú (...) líderes políticos carismáticos (...) o aún parejas románticas controladoras y autoritarias (Cushman, smr., p. 8).

Con todo y el peso decreciente de la religiosidad entre las nuevas generaciones, aún ésta resulta significativa en un importante porcentaje de niños y jóvenes europeos, quienes dicen creer en un Dios “cercano y personal” (González Blasco, 2006), en la divinidad de Jesús en el caso de los cristianos, practican algún tipo de ritual religioso cotidiano, y se identifican con ciertos valores y tradiciones religiosas, prioritariamente vinculados con orientaciones aloécnicas de apego familiar e interdependencia, piedad, sumisión, patricentrismo, fatalismo y moral punitiva.

En consonancia, Schwartz (1994) había encontrado a finales del siglo pasado que la religión o la fe se agrupaba con valores como el respeto a los mayores, la piedad filial, el honor de la familia y las buenas costumbres, valores estrechamente alineados con las

dimensiones de tradición, control y obediencia, que asoció con valores culturales colectivistas y una orientación caracterológica tradicional, interdependiente o alocéntrica.

América Latina, que desde tiempos coloniales ha sido considerada una región predominantemente católica, habría desarrollado, paralelo al culto oficial sacramental, y producto del sincretismo con las religiones amerindígenas y afroamericanas, un catolicismo popular latinoamericano, en el que destacaría la fusión del culto mariano con el de las deidades matricéntricas indígenas, como el de la Pachamama en las regiones andinas (Ordoqui, 2014), así como con otras variantes más alejadas como el vudú afrocaribeño y el candomblé afrobrasileño (Dussel, 1998).

Con la emancipación de España y Portugal, y la mayor injerencia de las potencias anglosajonas, el protestantismo habría ido ganando terreno, y de forma acelerada a partir de los 60 del siglo pasado y posteriormente con la globalización, particularmente con el pentecostalismo y sus variantes regionales. Si para 1970 9 de cada 10 latinoamericanos se declaraba católico, para finales del 2014 el número ha descendido a menos de 7 de cada 10, con un 18% de protestantes, del cual más de la mitad se declara pentecostal, 5% de otras religiones y un 10,5% sin religión, siendo que un 85% declara haber sido criado en el catolicismo, mientras que sólo un 9% lo ha sido en iglesias protestantes, y una escasa minoría sin afiliación religiosa (Pew Research Center, 2014, 13 de noviembre).

Según el antropólogo argentino César Ceriani Cernadas el protestantismo, particularmente evangélico y pentecostal, ha tenido una gran recepción en las poblaciones indígenas sudamericanas, a costa inclusive del sincretismo que los pueblos aborígenes de

la zona andina habrían construido entre sus creencias y el catolicismo (Schmidt, 2004; Ordoqui, 2014). En el Chaco argentino, prácticamente la totalidad de los indígenas serían hoy evangélicos y pentecostales, merced en gran medida, según Ceriani, a la gran afinidad existente entre las posibilidades de acceso directo a las potencias sagradas que ofrece el protestantismo y la cosmología indígena chaqueña, para la cual existen espíritus poderosos con los que el ser humano puede entrar en contacto.

El pentecostalismo estaría incluso calando en la Iglesia católica a través del movimiento de renovación carismática, un movimiento de oración y alabanza caracterizado por introducir al catolicismo creencias y prácticas provenientes del pentecostalismo, y que para el 2013 alcanza a un 40% de los católicos de la región.

Ceriani ha remarcado la compatibilidad e incluso el incentivo del pentecostalismo en América Latina con relación al individualismo y las aspiraciones de progreso y ascenso social en una región marcada por las fuertes desigualdades. Otros investigadores también han suerido que la conversión creciente de católicos al protestantismo podría estar asociada con la modernización y urbanización en la región.

No obstante, los católicos latinoamericanos han tendido a ser menos conservadores que los protestantes en temas como el aborto, el matrimonio entre personas del mismo sexo, las relaciones sexuales extramatrimoniales, el divorcio y el uso de anticonceptivos, asociados con una sociedad más idiocéntrica y orientada al logro personal.

Por otra parte, los protestantes tienden a ser más observantes de los preceptos y normas religiosas que los católicos: van a la iglesia con más frecuencia y oran más a

menudo, tienden en mayor medida a leer las sagradas escrituras fuera de los servicios religiosos y a interpretarlas en forma literal.

Más allá, América Latina, que concentra el 40% de los católicos de todo el mundo, sigue siendo mayoritariamente católica: las poblaciones de México y de la mayoría de los países suramericanos, con excepción de Chile, Brasil y Uruguay, declara profesar esa religión, en más de un 70%. Pero el fenómeno de conversión hacia el pentecostalismo es notorio y, si se mantiene el ritmo actual, más de la mitad de la población latinoamericana podría ser no católica para mediados del presente siglo (Ordoqui, 2014; Pew Research Center, 2014, 13 de noviembre).

Ya propiamente en cuanto al papel de las instituciones, creencias, prácticas y actitudes religiosas, su dinámica, variaciones e interacciones con otras instancias, valores y prácticas en los procesos de socialización y formación social del carácter, y en diferentes entornos ecológicos, socioeconómicos y culturales, no se localizan investigaciones, por lo que dicha problemática constituye un pendiente de la investigación en la región.

En Costa Rica, como en los demás países latinoamericanos, la religión católica ha sido predominante desde tiempos de la colonia. Empero, y como en el resto de la región, en el país se ha experimentado una significativa caída en la feligresía católica, en particular a partir de los 90, con el incremento de las iglesias pentecostales, la globalización de las ideas liberales y algunos escándalos económicos y sexuales internos y externos a la institución católica costarricense.

Si para finales del siglo pasado la religión católica albergaba más de un 70% de la población, mientras las comunidades protestantes apenas superaban el 5%, para el 2013, la primera se ha reducido a poco más de la mitad y las segundas casi alcanzado un $\frac{1}{4}$ de la población, e incluso otro tanto descarta pertenecer a ninguna religión y una escasa minoría se decanta por pertenecer a otras religiones no cristianas. Por edad y nivel socioeconómico, la religión católica predomina entre la población mayor de 50 años y de mayor nivel socioeconómico, supera la mitad entre los de nivel socioeconómico medio y la población joven de 18 a 29 años, y apenas cubre la mitad de las de menor nivel socioeconómico. Uno de cada dos católicos asiste a misa semanalmente (Vizcaíno, 2013, 24 de marzo de 2013).

Pese a todo, la religión católica mantiene su primacía en el país y, con el reciente nombramiento del cardenal latinoamericano Jorge Mario Bergoglio como máximo pontífice y su singular magisterio, parece recuperar mucho de su feligresía tanto a nivel nacional como regional (Vizcaíno, 2013, 24 de marzo de 2013).

Producto de esa primacía tradicional, rituales sacramentales como el bautismo, confesión, primera comunión, eucaristía, confirmación y matrimonio, y prácticas como la catequesis de primera comunión, misa dominical y oración nocturna, resultan comunes en las experiencias de socialización y crianza de la mayoría de los costarricenses en sus años de infancia, adolescencia y juventud.

Por otro lado, cada vez es más la población infantil y adolescente que acude a los servicios religiosos pentecostales y experimenta las prácticas de sanación divina, el bautismo

en el espíritu santo y el don de lenguas, y recibir revelaciones divinas directas (Pew Research Center, 2014, 13 de noviembre).

Extrañamente poca es la investigación efectuada en el país en torno al papel de creencias, prácticas y experiencias religiosas, tanto de las católicas tradicionales como de las recientes neopentecostales, en la formación del carácter e identidad costarricenses, por lo que preguntas como ¿Cuál es el peso o significado de lo religioso en las diferentes practicas parentales? ¿En qué actividades o rituales religiosos se acostumbra estimular la participación de niños y adolescentes? o ¿En qué medida lo religioso y sus variaciones expresivas se encuentran incorporadas en las formas sociales de la subjetividad o carácter social, expresándose a través de racionalizaciones, actitudes, fines y expectativas? aún esperan a ser abordadas por la investigación sistemática nacional.

Dentro de lo poco que al respecto se ha producido tenemos la investigación realizada a finales de los 80 por Alvarez Hernández, Brenes Castro y Cabezas Gutiérrez (1991) sobre patrones de crianza en la familia costarricense, en que, entre otros aspectos, exploraron la importancia que las figuras parentales atribuían a la religión en la vida y dinámica familiar y las prácticas religiosas que realizaban en familia.

En relación a la importancia que las figuras parentales atribuían a la religión en la vida y dinámica familiar, la mitad consideraba que la religión era muy importante en su vida familiar; 7 de cada 10 que era importante enseñar valores religiosos a sus hijos, frente a poco menos de 3 de cada 10 para quienes era poco o nada importante; una mayoría significativa de las madres y poco más de la mitad de los padres consideraba que los hijos debían tener la misma religión que sus padres, fuese porque la religión que profesaban era

la verdadera y única o porque era importante que los miembros de la familia tuviesen las mismas costumbres y creencias y para evitar conflictos, frente a poco menos de la mitad de los padres y cerca de un 1/5 de las madres que consideraba que los hijos podían tener otros cultos, pues cada quien tenía derecho a elegir su propia religión y a pensar de la manera que considerase conveniente.

En cuanto a las prácticas religiosas que efectuaban en familia, la mayoría acostumbraba ir a misa o al culto y 1/5 mencionaba otras actividades como estudiar la Biblia o realizar obras de caridad. Poco menos de 1/5 no realizaba ningún tipo de actividad religiosa.

Por nivel educativo poco más de 2/3 de las madres con educación primaria consideraba muy importante el papel que jugaba la religión en la vida familiar, mientras que cerca de la mitad con nivel educativo de secundaria o más y menos de un 1/5 sin ninguna escolaridad, pensaban lo mismo.

Por ocupación del jefe de familia, todos los padres de los empleados y vendedores del sector comercio, la mayoría de los operarios y artesanos y la mitad de los del sector de servicios personales, consideraban la religión como importante en su vida; sólo 1/4 del sector técnico profesional y gerente administrativo pensaba igual.

También se encontró relación entre el tipo de actividades religiosas que realizaba la familia y el nivel educativo de la madre: una gran mayoría de las familias con madres con nivel educativo de primaria consideraba el asistir a misa o al culto como la actividad más importante; en ese mismo sentido respondieron la mitad de las madres con nivel de secundaria o más, y 1/3 de las madres sin ninguna escolaridad. La mitad de estas últimas,

menos de 1/6 con nivel de secundaria o más y un número aún menor de las madres con nivel de primaria no realizaba ninguna actividad religiosa. En este grupo de las madres con nivel de secundaria o más leer la biblia, rezar y hacer obras de caridad se volvía importante para cerca de 1/3, siendo mucho menos frecuente en los otros grupos.

A nivel de los padres los resultados evidenciaron que el nivel educativo incidía de manera significativa en cómo se enfocaba la vida religiosa de la familia y cómo, en el caso de las madres, la relación entre nivel educativo e importancia de los valores y prácticas religiosas en la vida en familia se presentaba en forma de U invertida: Mientras el grupo con educación primaria parecía adherirse a valores y prácticas religiosas más tradicionales y a considerar la religión como un factor importante en su cotidianidad, ello resultaba de menor importancia en el grupo con educación secundaria o más y aún menos en el grupo sin ninguna escolaridad.

Los datos que arrojó la investigación también corroboran que a finales de los 80 la religión católica predominaba en las familias y prácticamente cuadruplicaba a las que profesaban otras religiones, siendo de estas últimas las más frecuentes las evangélicas, Testigos de Jehová y judía.

En suma, en su investigación Alvarez Hernández, Brenes Castro y Cabezas Gutiérrez (1991) encontraron que a finales del siglo pasado la religiosidad desempeñaba un importante papel en la vida y dinámica de la mayoría de las familias costarricenses, incluidas sus prácticas de crianza, siendo ello más notorio en los hogares de madres con educación primaria, y de jefes de familia del sector comercio y de obreros y artesanos. Consideraban importante enseñar desde la temprana infancia valores religiosos a sus hijos

como fundamento de su formación moral, los cuales generalmente se asocian a rasgos de orientación receptivo-tradicional o alocéntrica, e incorporarlos a algún ritual religioso en la iglesia o dentro del hogar, tales como ir a misa o al culto, el bautismo y otras actos sacramentales, estudiar la biblia, rezar o hacer obras de caridad.

Queda pendiente una mayor investigación sobre el fomento efectivo de estos valores, creencias y rituales en el seno de las familias y su papel en la formación de las orientaciones y rasgos del carácter social, sus interacciones con valores y creencias provenientes de otras experiencias de socialización como la mediáticas, las escolares y de pares y según las diferentes denominaciones religiosas y los diversos ecosistemas y entornos socioeconómicos y culturales del país.

A modo de síntesis:

- a. Creencias, prácticas y actitudes religiosas han tenido, y tienen, en la historia de la humanidad un peso primordial en la configuración de los caracteres y modos de vida a través de las diferentes culturas.
- b. Con los proceso de modernización, individualización y secularización humanista, la religiosidad, considerada como expresión y condición de los caracteres de orientación tradicional, interdependiente y receptivo, ha venido en decremento, particularmente a partir del florecimiento de la sociedad postindustrial y la cultura de masas de la posguerra, por las que los procesos identitarios, en particular de las clases medias, iría virando su matriz caracterológica desde una orientación austera, autodisciplinada y autopunitiva, propia del puritanismo protestante decimonónico, hacia una orientación más bien heterónoma o mercantil, materializada en un yo voluble, fragmentado y carenciado, signado, no ya por la autorrestricción sino por la carencia de lazos comunales, tradiciones y significados compartidos estables.

- c. En este contexto la ya debilitada socialización religiosa se ha visto aún más fuertemente mermada, particularmente entre las nuevas generaciones.
- d. No obstante, aún hoy la religiosidad resulta significativa en un importante porcentaje de niños y jóvenes, incluso de los nacidos en el corazón de las grandes metrópolis globalizadas que, en medio de la creciente cultura individualista, continúan identificándose con ciertos valores y tradiciones religiosas, prioritariamente vinculados con orientaciones alocéntricas de apego familiar e interdependencia, piedad, sumisión, patricentrismo, fatalismo y moral punitiva.
- e. América Latina, que desde tiempos coloniales ha sido considerada una región predominantemente católica y alberga hoy el mayor porcentaje de población católica del mundo, estaría experimentando, con los procesos de modernización, urbanización, globalización, individualismo cultural y motivación del logro personal, una conversión creciente de católicos al protestantismo, particularmente neopentecostal.
- f. Poco o nada sin embargo se ha investigado sobre el influjo de las instituciones, creencias, prácticas y actitudes religiosas, su dinámica, variaciones e interacciones con otras instancias, valores y prácticas en los procesos de socialización y formación social del carácter, y en diferentes entornos socioculturales, por lo que dicha problemática constituye un pendiente de la investigación en la región.
- g. También en Costa Rica, la religión católica ha sido, y sigue siendo, predominante y también, como en el resto de la región, se ha experimentado una significativa caída en la feligresía católica y un incremento de las iglesias neopentecostales.
- h. Producto de esa presencia religiosa, rituales y prácticas como el bautismo, la confesión, la primera comunión, la eucaristía, la confirmación, el matrimonio, la misa o culto, la oración, las prácticas de sanación divina o el don de lenguas, resultan comunes en las experiencias de socialización y crianza de la mayoría de los costarricenses en sus años de infancia, adolescencia y juventud.

- i. La escasa investigación realizada en el país en torno al papel de la religiosidad en los procesos de socialización y formación social del carácter, sugiere que la religiosidad aún desempeña un importante papel en la vida y dinámica de la mayoría de las familias costarricenses, incluidas sus prácticas de crianza. Considerarían importante enseñar desde la temprana infancia valores religiosos a sus hijos como fundamento de su formación moral, los cuales generalmente se asocian a rasgos de orientación receptivo-tradicional o alocéntrica, e incorporarlos a alguna práctica o ritual religioso en la iglesia o dentro del hogar, tales como ir a misa o al culto, el bautismo y otras actos sacramentales, estudiar la biblia, rezar o hacer obras de caridad.
- j. Variables sociodemográficas y socioeconómicas como nivel educativo y rama ocupacional de las figuras parentales, estarían asociadas con la importancia que se le atribuye a valores y prácticas religiosas en la vida familiar y crianza de hijos.
- k. Sorprende la casi nula existencia en el país, de investigación empírica en torno al papel de creencias, prácticas y experiencias religiosas, tanto de las católicas tradicionales como de las recientes neopentecostales así como de sus respectivas hibridaciones étnico-culturales, en la formación del carácter e identidad costarricenses, para poder formular hipótesis específicas que den respuesta a cuestiones tales como ¿cuál es el peso o significado de lo religioso en las prácticas parentales? ¿en qué actividades o rituales religiosos se acostumbra estimular la participación de niños y adolescentes? ¿qué tipos de interacción socializadora prevalece entre valores, normas y actitudes de origen religioso y la proveniente de las experiencias escolares y mediáticas entre otras? o ¿en qué medida lo religioso y sus variaciones expresivas se encuentran incorporadas en las formas sociales de la subjetividad o carácter social? Y todo ello en diferentes entornos y circunstancias ecológicas, demográficas, socioeconómicas y socioculturales.

Entornos rurales y urbanos y formación del carácter social

El urbanismo es considerado una de las expresiones más prototípicas de la modernidad y que viene acompañado de importantes cambios, no sólo ecológicos,

demográficos, económicos, culturales, políticos y tecnológicos sino también, psicosociales: personas que viven en áreas urbanas o crecientemente urbanizadas tienden a desarrollar orientaciones caracterológicas, conceptos de sí y estilos de vida significativamente diversos a aquellos que viven en entornos tradicionalmente rurales o poco urbanizados (Kashima et al., 2004; Greenfield, 2006; Quijano, 2014).

Resulta más probable que la gente que vive en los entornos tradicionalmente rurales o poco urbanizados, forme parte de agrupamientos sociales de larga data que la que habita en las zonas altamente urbanizadas. En particular infantes y adolescentes suelen tener en los entornos rurales y las ciudades regionales grupos de amistad cuyos miembros han crecido juntos; por el contrario, los que viven en territorios más urbanizados, tienden a ser más propensos a ser parte de grupos más circunstanciales o contingentes. En estas últimas circunstancias, las relaciones que establecen con su entorno urbano cotidiano suelen ser de transitoriedad y precariedad, no de arraigo e identidad (Martín Barbero, 1996; Giménez, 1996). Incluso en el ámbito familiar, han de negociar con sus padres prácticas y aspiraciones en un contexto crecientemente fragmentado y volátil.

Los estudios muestran una significativa correlación entre urbanismo e individualismo cultural y orientaciones de dirección interna y heterodirigida. Los residentes de las ciudades regionales resultan más interdependientes o alocéntricos que sus contrapartes de las áreas metropolitanas (Triandis, 1995; Kashima et al., 2004; Suizzo, 2007).

Con la globalización, la economía mundial ha creado un sistema de metrópolis interconectadas mediante una red de transacciones financieras y movimientos de personas,

con una gran movilidad geográfica e internacional, que contrasta, dentro de los mismos países, con ciudades más regionalizadas, demográficamente menos densas y que tienden a retener más fuertemente sus tradiciones locales (Kashima et al., 2004; Suizzo, 2007), creencias y prácticas de crianza incluidas.

Principalmente en urbes multiculturales, con su continua movilidad residencial y fluidez poblacional, los miembros de diferentes grupos culturales comparten entornos como barrios y escuelas, y sus modelos culturales son influenciados tanto por sus culturas de origen como por la exposición a las culturas de sus vecinos. La cultura de la ciudad es lugar de intersección de múltiples tradiciones locales y nacionales que a su vez son reestructuradas o refuncionalizadas por el flujo transnacional de personas, bienes y mensajes (García Canclini, 1995; Appadurai, 2001).

Como resultado, en las familias se configuran modelos culturales multidimensionales de crianza de los hijos, en los que se pueden compartir estilos tanto individualistas como colectivistas de vida y crianza. Alejadas de su lugar de origen, las familias reacomodan sus marcos de referencia y se abren a las experiencias de la hibridación intercultural.

También con la globalización la ciudad, ha afirmado Martín-Barbero (1996), está sufriendo un proceso de desintegración (desespacialización, descentramiento y desurbanización), desterritorialización y pérdida del sentido de pertenencia. Y es que mientras en los entornos rurales y la ciudades regionales, la plaza, la iglesia, el cine o el mercado, constituyen escenarios importantes para departir, compartir visiones distintas de los hechos, ventilar diferencias, en una palabra, configurar experiencias comunes de vida,

en las ciudades altamente urbanizadas y las grandes metrópolis, esos escenarios se disuelven para dar paso a otros más pluridimensionales, descentrados y desterritorializados, en los que coexisten experiencias, identidades y proyectos altamente diferenciados y de bajo arraigo (García Canclini, 1995; Martín-Barbero, 1996; Giddens, 1994; Portillo-Sánchez, 2005).

En consecuencia, con la globalización uno de los rasgos más característicos del nuevo escenario socioambiental sería la

reformulación de los patrones de asentamiento y convivencia urbanos: del barrio a los condominios, de las interacciones próximas a las diseminaciones policéntricas de la mancha urbana, sobre todo en las grandes ciudades donde las actividades básicas se realizan a menudo lejos del lugar de residencia y donde el tiempo empleado para desplazarse por lugares desconocidos de la ciudad reduce el disponible para habitar el propio (García Canclini, 1995, p. 24).

Se desarrollan, especialmente entre la población adolescente, nuevas formas de encuentro, en los que los centros comerciales se convierten en sitio privilegiado para congregarse en torno a ciertos rituales, como el ir al cine, comer hamburguesas y pizzas, mirar el ir y venir de los paseantes, ligar, compartir con el novio o la novia, o divertirse con los amigos (Urteaga y Cornejo, 1996), y conformar su identidad al marcar y apropiarse de territorios transitorios, como igual de transitorios se convierten los diferentes grupos por los que transitan en estos territorios, adoptando diferentes roles identitarios según el contexto socioespacial

La identidad pasa a ser concebida como el punto focal de un repertorio estallado de mini-roles más que como el núcleo de una hipotética interioridad contenida y definida por la familia, el barrio, la ciudad, la nación, o cualesquiera de esos encuadres “declinantes” (García-Canclini, 1995, p. 33).

Sería el carácter mercantil o heterodirigido que Fromm (1955/1985) y Riesman (1981) identificaran como propio de la sociedad posindustrial, entonces apenas en ciernes, y que Triandis (1995), Kashima (Kashima et al., 2004), Kagitcibasi (2005) y los de la psicología transcultural han denominado como orientación idiocéntrica.

En América Latina, los entornos rurales habían sido predominantes hasta inicios de los 90 y aún hoy constituyen una importante área del ecosistema regional. Los pocos estudios territoriales orientados en sentido sociocultural realizados, han puesto en evidencia la persistencia de los vínculos de arraigo territorial e identidad local, a pesar de la creciente exposición a la modernidad (Giménez, 1996).

Aun en las ciudades, la pervivencia de barrios tradicionales, espacios socializadores primarios junto a la familia, así como la proliferación de periferias urbanas y asentamientos informales (Angotti & Irazábal, 2017), favorecen en forma dominante los valores tradicionales de la cultura popular que la juventud aún valora y fomenta explícitamente.

Los estudios muestran que en estos entornos predomina el modelo familiar próximo de crianza que promovería un carácter social más allocéntrico que idiocéntrico (Rosabal-Coto, 2004).

A pesar de los evidentes procesos de modernización que hacen de América Latina la región más urbanizada de mundo (Angotti & Irazábal, 2017), la pertenencia o arraigo socioterritorial mantiene su relevancia. Las personas son más propensas a mantenerse viviendo y trabajando en su lugar de origen o incluso cerca del lugar de origen de sus padres

y de otros familiares con quienes suelen guardar estrecha relación, así como a mantener amistades de larga data, algunas forjadas desde la infancia y hasta intergeneracionalmente. Aún los jóvenes manifiestan una fuerte vinculación territorial en su convivencia social, relaciones de amistad, elecciones de pareja, y lugares de habitación y trabajo. La plaza, el parque, la Iglesia y el bar del vecindario siguen siendo lugares de encuentro para estas nuevas generaciones (Giménez, 1996).

Hasta muchos de aquellos que han migrado a grandes urbes dentro del país o internacionalmente, tienden a mantener el contacto y, sobre todo, un sentido de pertenencia simbólico-expresivo o emocional con sus comunidades de origen, a las que no pocos esperan retornar algún día.

Por otra parte sin embargo, la vida en las grandes ciudades viene efectivamente aparejada de un creciente desarraigo, desespacialización y descentramiento socioterritoriales, en el que el sentido de pertenencia o identidad grupal se diluye tomando cada vez más fuerza la transitoriedad de las interrelaciones, la fragmentación del sentido de pertenencia y una creciente orientación idiocéntrica del carácter (Giménez, 1996; Kashima et al., 2004).

Incluso en las ciudades regionales y los entornos rurales, la modernización ha venido cambiando los ambientes de crianza y socialización. Los valores parentales sobre la obediencia infantil, tan propia de los entornos rurales, van cediendo ante valores más centrados en su independencia, más apreciada en los entornos urbanos; a medida que aumenta la importancia de la escolarización, disminuye la educación informal en el hogar y con ello cambian los entornos de crianza, aprendizaje y socialización; las oportunidades

de observar y aprender las actividades domésticas y agropecuarias o artesanales de los adultos ceden ante la apertura de un abanico de mayores expectativas y opciones de diversificación ocupacional; el tamaño de la familia se va reduciendo y conforme hay menos hermanos y más tiempo se pasa en la escuela, son menos las responsabilidades en el cuidado de los menores; las responsabilidades de esposa y madre circunscrita al hogar como principal componente del rol femenino, se diluyen ante el empuje de una mayor agenciación y necesidad de logro personal y fuera de éste; las relaciones multietarias familiares van disminuyendo a la par que las relaciones con los pares no emparentados se van volviendo más importantes; la incorporación de medios de comunicación social y de masas exponen a adultos y menores a experiencias vicarias que rebasan el estrecho marco de las experiencias locales familiares, vecinales y comunitarias (Greenfield,2009).

Como resultado de esta dialéctica entre lo rural y lo urbano, lo local y lo global, los procesos de urbanización y sus concomitantes demográficas, económicas, tecnológicas y culturales en América Latina, estarían favoreciendo unas formaciones sociales del carácter más interactivo-emocionales que idiocéntricas, estas últimas más propias de las metrópolis globalizadas occidentales: unas formaciones que a la vez que potencian la autonomía e iniciativa mantienen fuertes sentimientos de arraigo, lazo filial e hincapié en la intimidad. Pero más que un tipo diferenciado, esta orientación predominante en la región sería expresión transitoria de las conflictivas dislocaciones en que transcurre el proceso de creciente urbanización y globalización en la región hacia una cultura cada vez más individualista y una orientación del carácter más idiocéntrica y heterónoma o mercantil.

En Costa Rica, donde aún hoy cerca de un 30% vive en zonas rurales y la fuerza laboral ocupada en el sector primario representa un 10% de la fuerza laboral total, luego de la crisis de los 80 se han experimentado importantes procesos de concentración de la riqueza e incremento de la desigualdad socioeconómica, que se han expresado, entre otros indicadores, por un diferencial desarrollo social según criterios territoriales como el emplazamiento por regiones y zonas (Barahona y Ceciliano, 2008) y una cada vez mayor segregación residencial, educativa, cultural y de las relaciones cotidianas, cuyas repercusiones en los procesos identitarios y de formación social del carácter constituyen un pendiente de la investigación psicosocial (Van Lidth de Jeude & Schütte, 2010).

En el plano residencial y comercial, la globalización ha venido aparejada de nuevas formas urbanísticas que potencian las fronteras socioespaciales y las diferenciaciones en estilos de vida, que afectarían prácticas y experiencias de crianza, y con ello la formación social de las estructuras subjetivas o del carácter.

Por otra parte, la pervivencia de entornos rurales y semiurbanos, a los que se agrega la proliferación de periferias que los mismos procesos de globalización condenan a la pobreza y la miseria, el trabajo informal y la vida en precario, donde, junto con a la violencia, la inseguridad y las drogas, conviven el aloctrismo comunitario, el apoyo mutuo y el intercambio (van Lidth de Jeude & Schütte, 2010), supone también la pervivencia de prácticas y experiencias tradicionales de crianza, que favorecerían el arraigo y aloctrismo a la familia, la comunidad y la tierra.

Ya en los primeros estudios sobre creencias y pautas de crianza efectuados en el país a mediados de los 70, se encontró que tanto en las zonas rurales como las urbanas las

expectativas parentales privilegiaban el respeto y obediencia hacia los mayores, en particular las figuras parentales, siendo más marcadas dichas expectativas respecto a las hijas que a los hijos. En general se esperaba que los niños ayudaran a sus padres y las niñas a sus madres en las labores domésticas (Chang & Castro, 1979; Flores Astorga, Villalobos Cordero y Zeledón Aguilar, 1983).

En esos años, en un estudio sobre rasgos de carácter y prácticas parentales realizado exclusivamente en zonas rurales y en el que se combinaron técnicas observacionales y clínicas, los resultados mostraron altos indicadores de dependencia y sumisión en las interacciones madre-hijo. También se encontró que a mayor edad del infante, más decrecía la intensidad del contacto corporal y la proximidad física, y las madres primerizas mostraban más conductas afectivas que las madres que tenían más prole (Madriz y Zúñiga, 1985).

También dentro de los estilos y prácticas de crianza en los entornos rurales, y ubicado específicamente desde la perspectiva de la teoría del carácter social, un estudio dirigido por el suscrito (Robert Jiménez, 2009) en las décadas de los 80-90 destacó las actitudes y estilos de crianza parentales en la conformación de las diferencias caracterológicas de los hijos. Además se procuró explorar en qué medida las experiencias infantiles de crianza incidían en el establecimiento de los propios estilos parentales de crianza, encontrándose que buena parte de los rasgos del carácter campesino se fraguaban en la reiteración de prácticas de crianza que se replicaban de generación en generación y en las que las representaciones parentales de las propias experiencias de crianza desempeñaban una función orientadora de gran relevancia en sus prácticas de crianza. Una influencia intergeneracional que, además, era reforzada con la constante participación,

fuese mediante el consejo o la intervención directa, de los abuelos en la crianza de sus nietos.

Prácticas y vivencias de crianza estaban claramente tipificadas por una tradición patriarcal y de segregación caracterológica según género, cuyas particularidades se detallan en la subsección “Rol sexual o identidad de género y formación del carácter social”, y en las que también incidían las diferencias de edad de los infantes, siendo menor la preocupación por las tempranas manifestaciones de la sexualidad infantil, un tema que los padres evitaban tocar con sus hijos independientemente de su sexo, o el empleo del castigo físico, y mayores las libertades que se le daban, cuanto mayor era la edad del menor.

Prácticas y vivencias parentales de crianza que, al menos en la población en estudio, resultaban altamente consonantes con las particularidades que presentaba la estructura socioeconómica en que asentaban las formas de producción y reproducción tradicional campesinas a finales del siglo pasado, cuando los primeros atisbos de los procesos de globalización recién se vislumbraban, y que a la vez que sufrían en forma creciente los efectos erosionantes de las prácticas discursivas de la modernización urbanizante, enraizaban en los dominios de la cotidianidad conversacional e íntima, sobreviviendo a las condiciones en que en gran media se fraguaron, proyectándose como arcaísmos de índole caracterológica en un mundo que aspiraba crecientemente a la individualidad e igualdad de géneros.

A pesar de que los y las entrevistadas, destacaban un estilo de crianza signado por un ejercicio racional de la autoridad, centrado en la comprensión, el apoyo, la tolerancia,

el afecto, la comunicación y el empleo discreto del castigo físico y el amedrentamiento, que contrastaba con sus propias experiencias infantiles, en que imperaba el castigo, la severidad, la rigidez, la falta de afecto, la exigencia y la hostilidad parentales, actitudes que no deseaban recrear en la práctica con sus hijos, en realidad el empleo del castigo físico como práctica de crianza resultaba aún cotidiano, guardando mayor afinidad con aquel estilo punitivo, dominante y autoritario que recordaban como propio de sus progenitores, de lo que estaban dispuestos a reconocer.

Ese estilo punitivo, dominante y autoritario, particularmente paterno, que prevalecía en las experiencias parentales de crianza y que aún perviviría significativamente en sus actuales o recientes prácticas, se encontraba asociado con una orientación caracterológica receptivo-improductiva, sado-masoquista o sumiso-autoritaria, fuerte alocentrismo familiar, en particular matricéntrico, y de dirección tradicional. Por el contrario, aquellos en quienes se vislumbraba un estilo más autoritativo o sensato, centrado en la búsqueda de alternativas de prácticas de crianza más dialógicas, mayores manifestaciones de afecto y menor severidad en el trato y la corrección y formación, presentaban el predominio de rasgos de orientación acumulativo-productiva, autoritario-autoritativo y de mayor interdependencia emocional.

Estos resultados corroboraban los obtenidos por la misma época por Álvarez Hernández, Brenes Castro y Cabezas Gutiérrez (1991) en cuanto a que la mayoría de padres que se dedicaban a la agricultura utilizaban con alguna frecuencia el castigo físico, y que a su vez serán confirmados por el MSc. Wagner Moreno (2003) y el Dr. Mariano Rosabal-Coto (2004) en investigaciones sobre procesos de crianza de padres y madres guanacastecos y su incidencia en la formación de valores familiares, y sistemas de

creencias parentales, estrategias de resolución de conflictos y orientaciones culturales en el contexto de interacción madre-infante en entornos rurales y urbanos, realizadas a principios del nuevo siglo, en las que se revela que a la vez que los entrevistados preservan un vívido recuerdo del temor que se le tenía a sus figuras parentales, los métodos de crianza basados en el castigo y el miedo aún prevalecen en sus prácticas de crianza, mismos que justifican como un derecho parental y medio de corrección; modo de pensar que Rosabal-Coto ha interpretado como una incapacidad para asumir un rol como autoridad que no funcione desde los cánones tradicionales.

En su estudio el Dr. Rosabal-Coto ha encontrado que en relación con las creencias parentales, en los entornos rurales hay una mayor tendencia por los valores tradicionales en contraste con la mayor inclinación por valores modernistas como la comunicación en los urbanos, que en estos últimos mayor es la proclividad a abandonar metas de crianza más tradicionales, priorizar expectativas de independencia y autonomía en la crianza y darle a la familia un papel privilegiado en detrimento de los grupos de pares o exogrupos. Empero, a pesar de las diferencias entre entornos rurales y urbanos en lo relativo las metas de socialización, en ambos son muy valorados los buenos modales, la cortesía y otras virtudes complementarias de sociabilidad, por encima de la autorrealización o el logro de metas personales.

En fin, los hallazgos sugieren que existiría una significativa variabilidad en los procesos de formación social del carácter costarricense en correspondencia con los entornos rurales y urbanos en que se desenvuelven las poblaciones, siendo predominantes los valores culturales colectivistas, las orientaciones allocéntricas y los caracteres tradicionales o receptivos en aquellos entornos marcadamente rurales, y tornándose cada

vez más individualistas o idiocéntricos, conforme los procesos de urbanización van ganando terreno. Esto conlleva la importancia de considerar más sistemáticamente las diferencias de entorno rural-urbano en la investigación psicosocial de las variaciones en los procesos de desarrollo del infante y el adolescente, profundizando en las peculiaridades de estos entornos en sus interacciones con los escenarios familiares de crianza y las dinámicas culturales, tecnológicas, socioeconómicas y demográficas recientes.

A modo de síntesis, se puede concluir entonces que:

- a. La investigación socio y psicocultural apunta en la dirección de un efecto universalista de los procesos de industrialización y urbanización hacia una creciente individualización de la cultura, los procesos identitarios y las estructuras del carácter social, que se manifestaría entre otras por mayor movilidad residencial, disolución de vínculos grupales estables, familia nuclearizada, mayor énfasis en el logro personal y patrones de socialización idiocéntricos.
- b. Por el contrario, la pervivencia de entornos rurales y poco urbanizados se caracterizaría por un fuerte sociocentrismo, manifiesto en la subsistencia de vínculos socioterritoriales y grupales estables, familia extensa, mayor énfasis en los deberes y responsabilidades sociales y patrones allocéntricos de crianza.
- c. Con la globalización los procesos de urbanización irían dando lugar a escenarios crecientemente pluridimensionales, descentralizados, desterritorializados y transitorios, en los que coexistirían experiencias, identidades, marcos de orientación y devoción y orientaciones caracterológicas altamente diferenciados, de bajo arraigo y crecientemente idiocéntricos y heterodirigidos.
- d. Sin embargo la subsistencia de los vínculos socioterritoriales, prácticos o expresivos, incluso en el corazón de las grandes urbes metropolitanas, y hasta la emergencia de tendencias neolocalistas que revalorizan y recuperan la dimensión territorial de la

convivencia social, indican que las tendencias colectivistas y alocéntricas de la cultura y el carácter no habrían perdido del todo relevancia e incluso serían capaces de revertir parcialmente la dirección de los influjos individualistas de los procesos de modernización y globalización.

- e. En América Latina, pese a constituir la región más urbanizada de mundo, los entornos rurales aún son una importante área del ecosistema regional y en los que persisten, a pesar de la creciente exposición a la modernidad globalizante, fuertes vínculos de arraigo socioterritorial e identidad local.
- f. Incluso en las ciudades, la pervivencia de barrios tradicionales así como la proliferación de periferias urbanas y asentamientos informales, tendería a favorecer en forma dominante estilos tradicionales de crianza y convivencia que promoverían una orientación social del carácter más alocéntrica que idiocéntrica.
- g. Por otra parte, y con el crecimiento en la región de las grandes ciudades, viene aparejado un creciente desarraigo, desespacialización y descentramiento socioterritoriales, en el que el sentido de pertenencia o identidad grupal se diluiría tomando cada vez más fuerza la transitoriedad de las interrelaciones, la fragmentación del sentido de pertenencia y una creciente orientación idiocéntrica del carácter.
- h. Incluso en los entornos rurales y las ciudades regionales, la modernización ha venido cambiando los ambientes de crianza y socialización. Con la disminución en el tamaño de las familias, el incremento en los niveles de escolaridad, la incorporación de la mujer al trabajo remunerado, la recepción y uso de los medios de comunicación social y de masas y los patrones urbanizantes de asentamiento y convivencia, los valores sobre la obediencia, afiliación y arraigo infantil y adolescente, tan propia de los entornos rurales, van cediendo ante valores más centrados en su autodeterminación, autosuficiencia e iniciativa, más apreciados en los entornos urbanizados; las experiencias de aprendizaje doméstico, agropecuario y artesanal decaen ante la apertura de un abanico de mayores expectativas y opciones de diversificación ocupacional; las relaciones filiales y multietarias disminuyen a la par que las relaciones con los pares no emparentados se van volviendo más importantes; y las

experiencias mediáticas o virtuales vicarias rebasan el estrecho marco de las experiencias locales familiares, vecinales y comunitarias.

- i. Como resultado de esta dialéctica entre lo rural y lo urbano, lo local y lo global, los procesos de urbanización y globalización estarían favoreciendo una orientación social del carácter más interactivo-emocional que idiocéntrica, una orientación que a la vez que potencia la autonomía e iniciativa mantiene fuertes sentimientos de arraigo, lazo filial e hincapié en la intimidad.
- j. En Costa Rica donde aún hoy un importante porcentaje de la población económicamente activa labora en el sector agropecuario y de pesca y cerca de la mitad vive en entornos rurales o semiurbanos, la globalización ha venido aparejada de nuevas formas urbanísticas que potencian las fronteras socioespaciales y las diferenciaciones en estilos de vida, que afectarían prácticas y experiencias de crianza, y con ello la formación social de las estructuras subjetivas o del carácter.
- k. Los estudios muestran una mayor proclividad en los entornos urbanos del país a abandonar metas de crianza más tradicionales, priorizando expectativas de independencia y autonomía, optando por el diálogo y la administración de recompensas antes que por la imposición y el castigo, y dándole a la familia nuclear un papel privilegiado en detrimento de la relaciones multietarias.
- l. Empero, la pervivencia de entornos rurales y semiurbanos, a los que se agrega la proliferación de periferias que los mismos procesos de globalización generan y condenan a la pobreza y la miseria, el trabajo informal y la vida en precario, supone también la pervivencia de prácticas y experiencias tradicionales de crianza, como la transmisión intergeneracional de las pautas de crianza, reforzada por la participación de los abuelos en el cuidado infantil, la división de roles sexuales o de género tanto en las prácticas como en las experiencias de crianza, las expectativas de dependencia y sumisión en las interacciones madre-hijo y en general hacia los adultos, que favorecerían el arraigo y alocentrismo a la familia, la comunidad y la tierra.

- m. En consecuencia, se encuentra que, a pesar de las diferencias entre entornos rurales y urbanos en lo relativo las metas de socialización, en ambos son muy valorados los buenos modales, la cortesía y otras virtudes complementarias de sociabilidad e interdependencia, por encima de la autorrealización o el logro de metas personales.
- n. Más allá, es importante explorar más sistemáticamente las diferencias de los entornos rural y urbanos en la investigación de las variaciones en los procesos de desarrollo psicosocial del infante y el adolescente, profundizando en las peculiaridades de estos entornos en sus interacciones con los escenarios familiares, escolares y mediáticos de crianza y socialización, así como con las dinámicas demográficas, socioeconómicas y culturales recientes.

Formación del carácter social, etnia, género y clase social

Etnicidad y formación del carácter social

En América Latina el tema de la etnicidad en la formación social del carácter reviste particular significado e importancia con la conformación misma del subcontinente en el marco de la colonialidad del poder y la racialización de las relaciones entre colonizadores y colonizados (Quijano, 2014).

Con la conquista europea se instituyó a lo largo y ancho del continente un sistema de dominación, explotación y estratificación sustentado en la racialización de las diferencias. En el nuevo contexto de la colonialidad del poder, los intereses y necesidades sociales se reconfiguraron dentro de un sistema de dominación social ordenado en torno a la idea de raza, mientras el eurocentrismo se instituía en el eje identitario de constitución de las nuevas (inter) subjetividades.

La independencia trajo la creación de los Estados nacionales, que sin embargo fueron, más que indiferentes, francamente hostiles a las identidades colectivas de la abrumadora mayoría de la población sometida a los linderos que iban estableciendo los nuevos Estados. A pesar de constituir la inmensa mayoría de quienes quedaban encuadrados dentro de las fronteras de los Estados recién creados, “indios”, “negros”, “mestizos” y “mulatos” no encontraron representación en la nacionalidad de los nuevos Estados-nación, situación que aún hoy es fuente de inestabilidad y conflicto tanto al interior de cada país como en zonas fronterizas como México-Guatemala, Ecuador-Perú, Chile-Bolivia, Brasil-Paraguay-Argentina o Costa Rica-Panamá (Solís Fonseca, G. & Enrique López, L., 2008; Montaña, A., 2015; La Nación, 2012).

Es esta racialización de las relaciones socioculturales en América Latina, generada en la colonia y sostenida en los procesos de independización, lo que constituirá el sustrato de la peculiar hibridación y multiculturalidad latinoamericanas de siempre que ha reclamado García Canclini (1990) como rasgo identitario de las sociedades latinoamericanas. Una hibridación y multiculturalidad que ha sobrevivido a las políticas de sometimiento cultural de indígenas y afrocaribeños orquestadas por prácticas de socialización institucional escolar, religiosa y, más recientemente, mediática, dentro de parámetros occidental colonial modernistas.

Hoy, América Latina es la región con mayor diversidad étnica en el mundo, cuya amalgama varía enormemente de uno a otro país. Indígenas y afrocaribeños representan un 40% de la población en la región, con países como Ecuador, Guatemala, Perú y Bolivia con más del 80% de población indígena o mestiza; Panamá, Colombia y Venezuela con 75% o más de población mestiza o afroamericana; Cuba, Puerto Rico, Brasil y

República Dominicana con 90% o más de población criolla o afroamericana; El Salvador, Honduras, México, Nicaragua y Paraguay con un 70% o más de mestizos; y Argentina, Chile, Costa Rica y Uruguay con un 75% o más de población criolla.

Si bien mucha de la población propiamente indígena, cuyo número superaba los 40 millones en la región a principios de siglo, se encuentra diseminada por el campo y la ciudad, con apenas resabios de ancestrales tradiciones de vida y crianza, otros se encuentran altamente concentrados, ejerciendo o reivindicando el estatuto comunitario identitario de organización ecológica, cultural, política, económica y sociopsicológica propio de la matriz caracterológica tradicional amerindígena (Stavenhagen, 2010), tal como la Unión Nacional de Comunidades Aymaras peruana.

Evidentemente la matriz caracterológica indígena resulta fuertemente colectivista o alocéntrica, con un fuerte sentimiento de unidad y arraigo a la naturaleza y un modo de orientación y devoción místicas, como bien queda plasmado en el siguiente aspecto fundamental del Acuerdo sobre Identidad y Derechos de los Pueblos Indígenas, tomado en el marco de los Acuerdos de Paz de 1995 en Guatemala:

una cosmovisión que se basa en la relación armónica de todos los elementos del universo, en el que el ser humano es sólo un elemento más, la tierra es la madre que da la vida, y el maíz es un signo sagrado, eje de su cultura. Esta cosmovisión se ha transmitido de generación en generación a través de la producción material y escrita y por medio de la tradición oral, en la que la mujer ha jugado un papel determinante (Stavenhagen, 2010, p. 180).

Aun aquellos disgregados, e incluso disueltos de sus lazos étnicos o comunales e integrados a la vida urbana, conservan, con todo y haber perdido su lengua originaria, el núcleo del arraigo simbólico a la tierra y la orientación alocéntrica del carácter.

Mas, conforme el mestizaje y la incorporación a las actividades laborales y a la vida citadina en general van imponiéndose, también se van diluyendo el sentido de identidad colectiva y orientación tradicional o alocéntrica, como habría sucedido con numerosas comunidades indígenas andinas y mesoamericanas.

No obstante, en las últimas décadas ha habido un resurgimiento del movimiento indígena en la región, compuesto tanto por organizaciones locales como regionales, y caracterizado por una fuerte reivindicación identitaria étnica indígena vinculada a elementos esenciales de sus orientaciones culturales originarias, tales como el derecho a su etnicidad o identidad étnica, lo que supone su resurgimiento como sujetos colectivos de derecho en todas las áreas de los derechos humanos, sean civiles, políticos, económicos, sociales, culturales o ambientales. Un derecho a la libre autodeterminación étnica colectiva que lo han venido incorporando diversas constituciones y legislaciones nacionales que antes no lo contemplaban. Pero esta etnicidad, a diferencia de sus orientaciones culturales originarias, ya no se restringe a la identificación con la comunidad local, sino que se proyecta en un sentimiento común de pertenencia a una pluriethnicidad indígena distintiva, incluso en el plano internacional.

Este resurgir de la etnicidad o libre autodeterminación indígena, lleva, en un país centroamericano de mayoría indígena y mestiza como Guatemala, a hablar de una “mayanización” de la población, expresada en una creciente conciencia de su identidad maya, el uso de la lengua maya, el respeto a las autoridades tradicionales y al derecho indígena, y la aceptación y difusión de la espiritualidad (religión) indígena (Stavenhagen, 2010), y al otro lado de la frontera norte, en México, al levantamiento del chiapaneco

Movimiento Zapatista, que, impugnando el sistema de dominación neoliberal capitalista, aboga por, e implementa, formas de producción colectivista y de ejercicio del poder afines con su legado cultural indígena milenario.

Este resurgir lleva también a la toma de conciencia de su peso político en Estados también de mayoría indígena y mestiza como México, Bolivia, y Ecuador, dando lugar en el primero al levantamiento del mencionado Movimiento Zapatista, que, a la vez que aboga por, e implementa, formas de producción colectivista y de ejercicio del poder afines con su legado cultural indígena milenario, demanda la instauración de una democracia inclusiva y participativa a nivel nacional e impugna el sistema de dominación neoliberal capitalista mundial; en el segundo llevando por primera vez en más de 500 años de sometimiento a autoridades occidentalistas, a un dirigente indígena aimara a la presidencia; y, en el tercero, teniendo un papel destacado la Coordinadora Nacional Indígena Ecuatoriana, en la caída de los gobiernos de 1996 y 2000, el triunfo de Lucio Gutiérrez en el 2002, el ascenso de Correa en el 2007 y la aprobación de la Constitución del 2008.

En cuanto a la población afrodescendiente en Latinoamérica, cuyos primeros exponentes fueron traídos como esclavos durante la colonia por los españoles, portugueses, holandeses, franceses e ingleses para trabajar en las minas, las plantaciones de azúcar y algodón y las labores domésticas en las grandes casas coloniales, las costumbres heredadas del Africa Occidental y su paso por las Antillas habrían marcado diferencial y profundamente su cultura y carácter, dando lugar a una gran diversidad de manifestaciones musicales, religiosas, literarias, gastronómicas, estilos de vestimenta y

otras costumbres o formas de vida que se transmiten y perduran a través de prácticas y experiencias de crianza.

Ya en los primeros días de la colonia los esclavos africanos habrían llegado a ser mayoría en el Brasil y varios lugares del Caribe, particularmente Haití, que fue la primera nación latinoamericana en alcanzar la independencia y el primer caso en el mundo en que la rebelión de una población sometida al sistema esclavo condujo a la emancipación y abolición de esta forma de explotación humana, dando lugar a una profusa mezcla cultural y racial con indígenas y eurodescendientes, particularmente ibéricos.

La cultura afrodescendiente se llegaría a distinguir en la región por su especificidad y diversidad de manifestaciones musicales, religiosas, culinarias, atuendos y otras costumbres o formas de vida que se transmitirían y perdurarían a través de la cotidianidad vecinal y familiar y de sus particulares prácticas y experiencias de crianza.

La Samba brasileña, el Candombe uruguayo, la Saya afroboliviana, el joropo venezolano, la milonga argentina, la cumbia colombiana, el tamborito panameño, el quiyombo dominicano, la rumba cubana, la gayumba y la marimba, el animismo, la Santería, el Vudú, o el *rice and beans* constituirán ritmos, bailes o instrumentos, credos religiosos y recetas gastronómicas de origen africano o híbridos de la entremezcla de las culturas afrodescendientes con las indígenas y las criollas, que serían expresión a la vez de la especificidad idiosincrática cultural afroamericana o afrolatina como del sincretismo y multiculturalismo étnico-cultural latinoamericano.

Entre los credos sincréticos se destacarían la Regla de Ocha o Santería, la Regla Congo, Mayombe o de Palo Monte, la Regla Arará, las Sociedades Secretas Abakuá (Cuba), el candomblé (Guayanas y norte de Brasil), el vudú (Haití) y la macumba (Brasil).

No parece contarse con estudios más específicos, sistemáticos y de campo acerca de prácticas y experiencias de crianza y socialización que profundicen en las peculiaridades de formación social del carácter en los diferentes entornos indoamericanos y afrolatinos en la región, sus entremezclas o hibridaciones.

En Costa Rica, donde hasta muy recientemente se ha incorporado la categoría de mestizo como diferenciada de la genérica de blanco, apenas se censa un 2,42% de la población como indígena, 1,05% afrocostarricenses, 6,72% mulatos, 0,21% asiática. 15% mestiza y 74,6% criolla.

En cuanto a la población indígena, los datos del Instituto Nacional de Estadística y Censos (Solano Salazar, 2000) revelan que a inicios del 2000, habían 22 territorios y ocho culturas diferentes. De un total de 63876 indígenas, que para el censo del 2011 se habrá incrementado en un 39% (mideplan, abril 2015), un 42,3% se ubicaba dentro de uno de esos territorios, un 18,2% en lugares aledaños a dichos territorios y un 39,5% fuera de los territorios o de la periferia de éstos, siendo los territorios Bribrís y Cabécar, las dos etnias de mayor población en el país, los que albergaban el mayor porcentaje de población indígena que vivía en dichos territorios. Un 18% de la población indígena declaraba haber nacido en Nicaragua o Panamá.

Todos los territorios indígenas, y por consiguiente sus pobladores, se ubicaban en zonas rurales, mientras que los que habitaban zonas aledañas mostraban en algún porcentaje (14%) algún rasgo urbano, y los ubicados en el resto del país se distribuían entre zonas urbanas y rurales.

En los territorios indígenas la tasa de natalidad era de 4.1 hijos por madre mientras que en el resto del país era de 3.1 hijos por madre indígena. En cuanto a mortalidad infantil, la tasa era de 28/1000 en mujeres entre 20 y 24 años en territorios indígenas, de 49/1000 en mujeres indígenas de las periferias y 20/1000 en las mujeres indígenas del resto del país. La edad de 13-15 era la edad en que las adolescentes iniciaban la actividad sexual.

Cerca de la mitad de la población indígena en los territorios y 1/3 en las periferias y otro tanto en el resto del país contaba con 15 o menos años de edad.

La escolarización promedio de la población indígena que vivía en territorios indígenas era de apenas 3,4 años. Alrededor de 1/3 no presentaba nivel alguno de escolarización, porcentaje que se reducía a menos de 1/6 en los indígenas que habitaban fuera de estos territorios. La mitad de la población indígena entre los 5 y 15 años que habitaban los territorios indígenas asistía a algún nivel de la educación general básica. Solo un 1/10 de la población indígena con 15 años o más que habitaba los territorios indígenas había aprobado algún año de secundaria, mientras que poco menos de un 1/4 de los que vivían en las periferias y 1/3 en el resto del país tenían estudios secundarios o más.

Más de la mitad de los hogares en los territorios indígenas poseía tierras que dedicaba a la agricultura, los pastos y la silvicultura, y la gran mayoría se dedicaba a estas

actividades, con un nivel tecnológico muy rudimentario, serias limitaciones en la comercialización de sus productos y una economía predominantemente de autosubsistencia. Algunos territorios desarrollaban una importante actividad artesanal, tales como cestería, cerámicas, textiles, hamacas, collares, arcos y flechas, de la cual obtenían sus principales ingresos. Y aunque también los indígenas de las periferias se dedicaban en su mayoría a las actividades agrícolas, cerca de 1/3 laboraba en el sector servicios. En cuanto a los que vivían alejados de los territorios indígenas o de sus periferias, éstos se dedicaban más a los servicios que a las actividades agrícolas y algunos pocos a la industria y manufactura. En cuanto a los que vivían alejados de los territorios indígenas o de sus periferias, se dedicaban más a los servicios que a las actividades agrícolas y también unos pocos a la industria y manufactura.

Con respecto a práctica de alguna lengua indígena, aspecto medular para la existencia y transmisión de valores culturales, la mayoría de la población indígena de 5 años o más hablaba alguna lengua indígena, siendo en los territorios cabécar y guaimí, que eran los que contaban con menos población no indígena en sus territorios y menos niveles de escolarización, donde más se hablaba alguna lengua indígena, en contraste con los territorios Brunca y Térraba, donde escasamente se hablaba alguna lengua indígena, y Huetar y Chorotega, en las que era prácticamente inexistente.

Es de resaltar que una mayoría de la población indígena aprendió a hablar en alguna lengua indígena y que en los territorios Bribri de Guatuso y Keköldi, parece haberse operado un fenómeno de recuperación cultural lingüística indígena pues de un 49% y 22,6% respectivamente que aprendió a hablar en lengua indígena, a principios del nuevo siglo la hablaban un 71% y un 68% respectivamente, fenómeno que, habida cuenta

de que estos eran los territorios con mayor nivel de escolarización, podría estar asociado al implemento por parte del Ministerio de Educación Pública, desde finales del siglo pasado, de un programa de lenguas autóctonas y que, dentro de los territorios indígenas ofrece como una materia la enseñanza de la lengua indígena correspondiente a cada pueblo, con excepción de los pueblos Huetar y Chorotega donde no queda quien hable la lengua autóctona.

En cuanto a las condiciones de vivienda, el promedio de personas por vivienda era de 5,3 en los territorio indígenas y 4.1 en las periferias y resto del país, poco menos de la mitad de las viviendas en los territorios contaba con agua por tubería dentro de la vivienda, aunque poco menos de 1/3 de dicha agua provenía de un acueducto, alrededor de 1/5 de las viviendas contaba con tanque séptico, y poco más de 1/3 disponía de electricidad. La mayoría de las viviendas dentro de los territorios se abastecía por agua de río o quebrada y contaba con letrina, y algo menos de 1/3 de las viviendas de los territorios Cabécar y Guaymí de Alto Chirripó, Tayni, Telire, Bajo Chirripó, que tampoco disponía de luz eléctrica, Conte Burica y Coto Brus, no contaban con servicio sanitario.

La información disponible sugiere que, al menos en cuanto a condiciones materiales de vida, nivel de escolaridad y cultura lingüística, las etnias indígenas que habitan en el país, en particular las que viven en los territorios indígenas, presentarían características diferenciales con respecto al resto de la población costarricense, incluida la población rural o campesina, mientras que aquellos indígenas que viven en las periferias y el resto del país darían muestras de una mayor asimilación a las condiciones de vida rural y urbana propias de las poblaciones no indígenas, requiriéndose eso sí de mayor investigación sobre las vicisitudes transicionales de esta asimilación.

Y si bien algo se sabe sobre la cultura, costumbres, tradiciones e identidad étnica del indígena costarricense, caracterizadas por un principio de organización comunitario, de unidad del ser humano con la naturaleza y una cosmovisión animista del mundo, (Rojas Maroto, D., Pérez Hernández, E., Lázaro Estrada, E. et al., , 2010), más allá de que se acostumbra la lactancia materna hasta cerca de los tres años y más, la mayoría de la población infanto-adolescente experimenta una formación más enactiva que simbólico-formal, por la que acompañan a su madre o padre en las labores de siembra y recolección agrícolas, una dinámica familiar patricéntrica en la que es común el castigo severo y la participación de otros adultos en la crianza, que la educación escolar que reciben y la penetración constante de congregaciones religiosas mayoritariamente riñen, no siempre pues los infantes maleku y cabécar aprenden su lengua y mucho de sus derechos y valores indígenas en la escuela, con las peculiaridades etno-culturales indígenas, prácticamente nada más es lo que se ha investigado acerca de creencias, prácticas parentales y experiencias de crianza, y menos aún de las formaciones del carácter social indígena resultantes y del influjo de las experiencias escolares, mediáticas y de otros eventos modernizantes en ellas, por lo que dicha problemática resulta enteramente virgen en el dominio más general de la teoría del carácter social y su pertinencia en la investigación de los procesos de formación social de la (inter) subjetividad en las actuales condiciones de globalización y transnacionalización de la sociedad costarricense.

En lo que respecta a la población afrocostarricense, los primeros negros fueron traídos durante el tráfico esclavo colonial español prioritariamente para las labores domésticas, y luego, a finales del siglo XIX, principalmente desde Jamaica, como

trabajadores en la construcción de la línea del ferrocarril que uniría San José con el puerto de Limón y en las plantaciones bananeras que se desarrollarían como una economía de enclave con el ferrocarril. Después de Cuba y Panamá, Costa Rica tendría la diáspora más grande de afrodescendientes jamaicanos.

Inicialmente concebido, y autoconcebido, como trabajador inmigrante transitorio, el negro no gozó de derechos de ciudadanía nacional, incluida el derecho a poseer títulos de propiedad o desplazarse fuera de Limón hasta 1949, con lo que el segregacionismo racial, la discriminación política, económica y cultural, y la falta de integración nacional, marcaron predominantemente las vicisitudes de su acontecer en el país hasta bien entrada la segunda mitad del siglo pasado.

Prácticas y experiencias de exclusión que habrían favorecido la pervivencia de costumbres heredadas del África occidental y las Antillas británicas, eso sí, crecientemente matizadas por su particular inserción en suelo costarricense, y que llevó a la población afrocostarricense a distinguirse por el desarrollo de una cultura lingüística, musical, religiosa, literaria, gastronómica, arquitectónica e indumentaria, principalmente en la zona atlántica, muy distinta a la del resto del país, y dentro de la que sobresalen el bilingüismo y el mekatelyu, el quijongo, el ukelele, el calipso, la soca y el blues, el canto religioso, las religiones anglicana y bautista y diferentes formas de sincretismo cristiano con religiones de origen africano yoruba, los cuentos del astuto hermano Anancy, el patí, el pan bón, el rondón y diversos platos afroindígenas, las viviendas sobre pilotes y los floridos y coloridos vestidos en telas estampadas con turbantes y sombreros con cortinilla o de paja.

Aspectos más específicos sobre el modo de vida, identidad, estilos de crianza y socialización y orientaciones del carácter, carecen de una investigación sistemática en el país.

Rol sexual o identidad de género y formación del carácter social

Determinación biológica, condición existencia o construcción social, el sexo o el género constituye uno de los diferenciadores del carácter más constantes a lo largo de la historia y las culturas, lo que ha sido señalado por antropólogos y filósofos del talante del suizo Johann Bachofen (1992), el alemán Friedrich Engels (2006) o el estadounidense Lewis Morgan (1997).

Y es que uno de los primeros condicionantes en la organización social de la subsistencia ha sido la división de roles según condición sexual, directamente vinculada a las características de la procreación y las necesidades de cuidado y crianza propias del ser humano.

Con el patriarcalismo, estas diferencias se habrían vuelto endémicas y soporte de un sistema de dominación-sometimiento que durante siglos habría servido como fundamento cultural y socioeconómico de las condiciones en que se desarrollaría una matriz social de carácter profundamente solidificada según sexo.

Aquellos rasgos que según Bachofen serían característicos de los patrones de carácter de hombres y mujeres en las antiguas o míticas sociedades matricéntricas, tales como igualdad natural, fuertes sentimientos de arraigo a la familia, los antepasados, las costumbres, la tradición, la naturaleza o tierra y la comunidad, religiosidad o misticismo,

interdependencia, compasión y piedad, trascendencia del sí-mismo, benevolencia, receptividad y sometimiento, serían ahora segregados distintivos de la mujer en la sociedad patriarcal, mientras que en el hombre irían ganando lugar los rasgos de amor condicional, poder jerárquico y sumisión autoritaria, moral restrictiva, disciplina, agenciación e iniciativa, espíritu bélico y conquistador, conciencia instrumental y creciente individualidad.

Con la modernidad renacentista, colonial y protestante, y los posteriores procesos de industrialización y urbanización, esta división patricéntrica de los roles sexuales se proyectaría como patrón mundial dominante, hasta mediados de los 60 en que, con la revolución cultural y sexual, y la posterior globalización posmoderna, dicho patrón comenzaría a resquebrajarse, y la otrora división sexual de caracteres y roles iría diluyéndose en un arco iris de identidades de género, cuyas implicaciones psicosociales y culturales recién empieza a ser objeto de investigación sistemática.

Empero, las divisiones aún subsisten de manera predominante y el sexo o género, como un componente segregado del carácter constituiría aún una de sus condiciones estructurantes, al punto que el psicólogo social holandés Geert Hofstede, en su teoría de las dimensiones culturales del comportamiento social y organizacional (1980), formulada con base en sus estudios interculturales a principios de los 80 del siglo pasado, consideró como una de las dimensiones diferenciales fundamentales la oposición masculinidad-feminidad, según la cual, siguiendo la línea argumentativa que caracterizara la oposición matricéntrico-patricéntrico de Bachofen, las sociedades y organizaciones masculinamente orientadas acentuarían la ambición, la asertividad, la procuración de éxito material y la segregación sexual de los roles, mientras que las sociedades femeninamente orientadas

harían énfasis en la cooperación, la igualdad, la compasión o solidaridad, la expresión de sentimientos, la conciencia ambiental y la mayor fluidez en la división sexual de roles.

En esta línea, Kashima y colaboradores (Kashima et al., 1995), comparando a finales del siglo pasado poblaciones estadounidenses, australianas de origen europeo, japonesas y coreanas, encontraron que las mujeres mostraban en general, independientemente de sus antecedentes culturales, una orientación más interactivo-emocional que los hombres. Y en general, en los estudios transculturales se ha revelado que la población europea y los hombres occidentales tienden a ser más individualistas y menos colectivistas que la del Asia del este y las mujeres. También son más los hombres que las mujeres quienes se inclinan por los valores de gratificación hedonista, recreativa o de pura gratificación personal: vivir al día, valorar particularmente el tiempo libre o de ocio, tener muchos amigos y conocidos, popularidad y éxito social ((Kashima et al., 2004). Diferencias que, según Kashima y colaboradores (1995), más que centradas en los valores culturales, descansarían sobre una división sexual del trabajo, de los roles de los sostenes de familia y de las familias que crían.

Resultados similares, pese a las marcadas diferencia heurísticas y metodológicas, nos brindan una serie de encuestas sobre juventud e identidades de género realizadas en España a principios de la presente década (Canal Rodríguez & Megías Quirós, 2016; Elzo Imaz, Megías Valenzuela, Ballesteros Guerra et al., 2014), cuyos resultados indican que existe una clara percepción diferencial en las características de personalidad, valores y actitudes sociales según se trate de hombres o mujeres.

Como rasgos o actitudes característicos según rol sexual o género, los hombres son identificados en estas encuesta más con los rasgos de fortaleza, mayor autonomía, dinamismo y relaciones transitorias, mientras que las mujeres son más asociadas con mayor sensibilidad y emocionalidad o disposición a la reacción emocional, fragilidad, responsabilidad y alocentrismo familiar. En las relaciones sexuales las adolescentes tienden a concebirse a sí mismas como más románticas y los adolescentes como más conquistadores, y en las relaciones de pareja en general, ellos propenden a ser más intimidantes o impositivos, mientras que ellas resultan más controladoras o monitreadoras. En cuanto a expectativas o proyecto de vida, ellas resaltan los afanes de independencia económica y libertad de acción, pero también la estabilidad de una familia con hijos, mientras que ellos el logro o éxito personal y tener una pareja estable (Canal y Megías, 2016). Sin embargo más mujeres que hombres muestran desacuerdo con los roles y modelos tradicionales de pareja, destacan características de independencia y emprendedurismo en las chicas, y atribuyen a los chicos ser tranquilos y comprensivos, mientras que son más los adolescentes que las adolescentes quienes se alinean con los roles tradicionales en las relaciones de pareja, tener una pareja estable y una familia propia, y considerar que la vida familiar es igual de gratificante cuando la mujer trabajaba fuera del hogar (Canal Rodríguez & Megías Quirós, 2016).

Y en cuanto a valores en adolescentes y jóvenes, el sociólogo vasco Francisco Javier Elzo y colaboradores (Elzo Imaz, Megías Valenzuela, Ballesteros Guerra et al., 2014), encuentran que el género incide en diferencias en los valores: los hombres tienden a dar más importancia a los valores instrumentales, de independencia y autosatisfacción como “ganar dinero”, tener éxito social y popularidad” o “tener una vida sexual

satisfactoria”, mientras que las mujeres se inclinan más por valores de interdependencia y logro, como “tener personas en quien confiar”, “cuidar el medio ambiente” y “obtener un buen nivel profesional”.

En suma las adolescente y las jóvenes se inclinan más por valores tradicionales colectivistas y alocéntricos, orientados al altruismo o trascendentalismo y bien común como respetar las normas y la autoridad, “preocuparse por lo que ocurre en otros lugares del mundo”, “hacer cosas para mejorar el barrio o la comunidad”, mantener recursos y ayudar a los más necesitados, “preocuparse por cuestiones religiosas o espirituales”, “tener personas en quien confiar”, “cuidar el medio ambiente” y “poder confiar en los responsables públicos”, sin faltar alguna mención a valores de iniciativa, logro y flexibilidad como lograr un buen nivel profesional, tolerancia a las diferencias y salvaguardia de los derecho minoritarios, mientras que los adolescentes y los jóvenes lo hacen por los valores idiocéntricos de gratificación hedonista, poder y logro personal como “tener muchos amigos y conocidos”, “disponer de mucho tiempo libre y ocio”, “tener éxito social y popularidad”, “vivir al día sin pensar en el mañana”, “tener una vida sexual satisfactoria”, “ganar dinero”, “interesarse por temas políticos”, y mostrar mayor intolerancia y actitud punitiva o discriminatoria.

“Son jóvenes – afirman Elzo Imaz y colaboradores a propósito de los hombres- que se pretenden integrados y hedonistas y reflejan bien ambos rasgos: viviendo al día, valorando particularmente el tiempo libre y de ocio, los amigos, el éxito social y la popularidad” (Elzo Imaz, Megías Valenzuela, Ballesteros Guerra et al., 2014, p. 37),

sin faltar la mención de algún valor solidario como fomentar el empleo o el acceso a la vivienda.

En América Latina, la segregación sexual del carácter y de la identidad se habría forjado con las prácticas coloniales de mestizaje, en las que se confería a la población masculina una serie de privilegios sobre la población femenina al permitirle a europeos y criollos el acceso a mujeres de grupos indígenas, mestizos, africanos y mulatos y esclavos, a la vez que le reservaba el acceso exclusivo a las mujeres de su propio grupo.

Como resultado de estas prácticas, se habría configurado en las mayorías mestizas y mulatas, según la antropóloga chilena Sonia Montecinos (1996), una orientación predominantemente matricéntrica, por la que tanto niños como niñas y adolescentes de ambos sexos, conformarían su carácter e identidad desde la figura materna como único referente sensorial de identificación familiar.

Una centralidad o fijación materna que habría favorecido el tradicional alocentrismo familiar y reforzado la orientación pasivo-improductiva que las condiciones coloniales primero y de las grandes haciendas agroexportadoras después, potenciarían a lo largo y ancho de la región, y que, en el hombre, conducirían hacia la conformación de profundos sentimientos de impotencia, inferioridad y humillación y sobre compensación sádica, mientras que en la mujer, a los de sumisión, posesión y codependencia.

En ese marco caracterológico, habría florecido una cultura patriarcal-machista por la que fortaleza y vigor sexual, iniciativa, espíritu conquistador, dominancia, beligerancia y capacidad y responsabilidad proveedoras, serían rasgos o atributos predominantemente masculinos, celosamente cultivados por las prácticas parentales de crianza, la formación escolar y las relaciones de pares en infantes y adolescentes. Complementariamente,

sumisión, abnegación, dependencia y pasividad predominarían en los rasgos o atributos valorados en el carácter e identidad femeninos y también cultivados en esas prácticas y experiencias.

En su estudio con campesinos mexicanos, Fromm (1970/1974) encontró que mientras los hombres tendían a ser de carácter tradicional, receptivo y narcisista, las mujeres eran más de carácter masoquista, sumiso, amoroso, pasivo-rebelde y acumulativo.

Prácticas cotidianas, particularmente entre el campesinado y habitante de los entornos rurales regionales, como una mayor restricción parental a las libertades de desplazamiento y juego en las niñas hacia los 6-7 años, hábitos de vestimenta diferencial por género, impulso de la práctica del fútbol en los niños y los adolescentes, o la incorporación temprana de las niñas en labores maternas y de los niños en las paternas, conformarían una atmósfera familiar propicia en la reproducción de esta segregación caracterológica e identitaria según género (Fromm, 1970/1974).

Con los procesos de modernización, urbanización y globalización en la región, la mujer habría ido ganando terreno en los espacios públicos, incorporándose masivamente al mercado laboral, mejorando sustancialmente sus niveles de escolarización, y rompiendo los estrechos marcos de maternidad y conyugalidad como únicos referentes de su ser y orientación identitaria, a la vez que el carácter e identidad masculinos se habrían ido flexibilizando hacia una mayor apertura a la expresión de sentimientos, relaciones de género más equitativas, moral sexual menos tradicional, y mayor compromiso o participación conjunta en las labores domésticas y de crianza.

Sin embargo siguen imperando patrones de desigualdad en las esferas políticas, laborales y domésticas, así como prácticas de crianza y rasgos caracterológicos y pautas de comportamiento claramente diferenciales entre chicos y chicas desde muy temprana edad, como bien lo ilustran los españoles Xavier Bringué, Charo Sádaba y Jorge Tolsá (2011) en su encuesta sobre usos de las Tecnologías de Información y Comunicación entre infantes y adolescentes latinoamericanos: son más las madres que los padres quienes en mayor medida ayudan a sus hijos en la realización de las tareas escolares, más los niños y los adolescentes que las niñas y las adolescentes quienes disponen de computador en su cuarto, y mayor es la restricción y monitoreo parental del uso de internet en las niñas, lo que decrece conforme aumenta la edad; sin embargo, conforme aumenta la edad, son más los adolescentes que las adolescentes con quienes más discuten sus figuras parentales por el tiempo y el momento en que se dedican a navegar. Por otra parte, mientras ellos parecen más claramente orientados al ocio interactivo o individual en sus actividades, como navegar, jugar un videojuego, escuchar música, ver televisión o hablar por teléfono, para ellas las relaciones sociales y la familia y estudiar o leer, siguen siendo parte esencial de este tiempo libre. Y, en cuanto al uso específico de las pantallas, ellas recurren con mayor frecuencia que ellos al correo electrónico, prefieren los contenidos musicales y educativos y los juegos de rol y de mesa, mientras que ellos se inclinan por los deportes, los juegos *on line*, las carreras de autos, lo relacionado con el humor y los contenidos “adultos”. También mayor es la disposición de los niños y los adolescentes a incurrir en comportamientos de riesgo como difundir por internet información personal, de familiares o amigos de manera indiscriminada, permitir que desconocidos accedan a sus datos personales o entrar en contacto con ellos, e incluso llegar a conocer cara a cara a algún

amigo virtual. Por el contrario son más las niñas y las adolescentes quienes perciben riesgos en el uso de internet como la adicción y el aislamiento. Finalmente, y en cuanto a *ciberbullyng*, son los adolescentes quienes manifiestan mayor disposición a practicarlo, pero son más las adolescentes las que afirman haber sido víctimas de este tipo de comportamientos.

Si bien se cuenta con ensayos y algunos estudios sobre identidades, discriminación y prejuicios de género, en particular sobre el machismo latinoamericano, e incluso sobre algunos patrones de socialización diferenciales, es escasa la investigación con que se cuenta en torno a las prácticas y experiencias de crianza y socialización que profundicen en las peculiaridades de las modalidades de formación social del carácter según género en los diferentes entornos familiares, escolares, religiosos, rural/urbanos, mediáticos y nacionales latinoamericanos, y en particular en sus entremezclas o hibridaciones, según etnias y clases sociales, y en el contexto de los procesos de globalización.

En Costa Rica, la segregación de género tanto en los valores culturales, como en las prácticas y experiencias políticas, económicas, escolares, mediáticas y cotidianas, en particular familiares y de pares, si bien ha venido flexibilizándose desde finales del siglo pasado, aún se encuentra fuertemente marcada, como puede colegirse del hecho de que a inicios de la presente década y con el nombramiento de la primera mujer como presidenta de la república, apenas poco más de un tercio de los miembros del primer poder son mujeres y, a mediados de la misma, mientras la ocupación masculina ronda el 70% la de la mujer, si bien también ha venido incrementándose, ronda un 42%.

En la Encuesta sobre Uso del Tiempo en la Gran Área Metropolitana realizada por el INAMU (2012), se encuentra que mientras los hombres dedican más tiempo al trabajo remunerado, las actividades de formación, el trabajo de subsistencia y las actividades de esparcimiento, cultura y convivencia, ésta última principalmente entre los adolescentes, que las mujeres, éstas reportan más que aquellos participación en el trabajo doméstico no remunerado, diferencia que aumenta conforme la edad de unas y otros, las actividades de trabajo voluntario y la atención de necesidades y cuidado personales, ésta principalmente entre las adolescentes.

Ya en cuanto a prácticas y experiencias de crianza, en un estudio realizado a mediados de los 70 del siglo pasado por Chang y Castro (1979) con mujeres primigestas en relación al embarazo, parto y crianza de niños y niñas, se reportaron diferencias en las expectativas maternas según sexo de sus hijos, destacando los rasgos de docilidad y atemperamiento emocional con respecto al carácter de las niñas e impulsividad y obstinación al de los niños.

Expectativas diferenciales similares según sexo de sus hijos se identificaron en un estudio realizado poco después, a principios de los 80, por las también psicólogas R. Flores, M. Villalobos y M. T. Zeledón (1983) con madres embarazadas en grupos de zona rural y urbana, quienes encontraron que las expectativas respecto a los hijos por nacer estaban relacionadas con los roles sexuales tradicionales, por ejemplo, que los niños ayudasen a sus padres y las niñas a sus madres en el trabajo doméstico.

Más allá de las diferenciales expectativas maternas según el sexo de sus hijos, las diferencias de género resultarían especialmente marcadas en las prácticas y experiencias

de crianza según el rol sexual de las figuras parentales, en particular en los entornos rurales, tal y como se mostró en el estudio realizado por Robert (2009) en los 80-90, en que una mayor dedicación y solicitud, comunicación, cariño y buen trato se le atribuían al estilo materno de crianza, mientras que una relación más esporádica, mayor severidad en el trato y capacidad proveedora, sin faltar alusiones a los rasgos comunicativos y cariñosos, se le atribuían al estilo paterno de crianza.

Prácticas y vivencias signadas claramente por una pauta patriarcal y de segregación caracterológica según género, por la que se exaltaban como propios del hombre el status público y las funciones proveedoras y de autoridad en el hogar, trato severo y fuente de respeto y temor para con sus hijos, y para la mujer, la dedicación, comprensión, afecto, laboriosidad y humildad, siendo el escenario doméstico su lugar natural, y sus funciones nutritivas y relacionales para con su esposo e hijos e hijas, su razón de ser cotidiana.

Consecuentemente, se encontró una mayor identificación parental con el hijo del propio sexo en las prácticas laborales, y en alguna medida también en las actividades lúdicas: mientras las niñas eran aleccionadas en las labores domésticas, el cuidado de los más pequeños y de las plantas caseras y animales domésticos, los niños debían acompañar a sus padres al campo a fin de aprender con ellos el arte del cultivo, el uso y cuidado de las herramientas de trabajo, el cuidado de animales y la aplicación de fertilizantes e insecticidas; asimismo, mayor era la práctica de los juegos de bola (futbol) de los padres con los niños, aunque las madres solían integrar a unos y otras en juegos tradicionales como “quedó” “escondido” o “saltar suiza”.

Prácticas y vivencias de crianza diferenciales por género que enraizaban en los dominios de la cotidianidad conversacional e íntima, sobreviviendo a las condiciones sociodemográficas y económicas en que en gran medida se habían fraguado, proyectándose como arcaísmos de índole caracterológica en un mundo que ya por entonces aspiraba crecientemente a la individualidad e integración de géneros.

En este estudio se concluyó que aquellas prácticas de crianza que se distinguían por la severidad y hostilidad paternas incidirían significativamente en la formación en los hijos de rasgos de carácter tradicionales receptivo-improductivos, sumiso-autoritarios, sadomasoquistas, y un intenso alocentrismo matricéntrico. Sin embargo, cuando dichas prácticas paternas se complementaban con prácticas de mayor permisividad y afectuosidad maternas, favorecerían en los hijos la formación de rasgos de carácter más bien acumulativo-productivos, amorosos, interactivo emocionales o de dirección interna.

Y en otro estudio realizado en esos años por el suscrito en conjunto con Lobo y Padilla (Lobo S., I.; Padilla G., M. & Robert J., 1990), éste en torno a las preferencias televisivas de infantes a temprana edad, tras el hallazgo de diferencias de género en cuanto a preferencias temáticas, personajes de referencia, escenarios y estructuras narrativas, se reveló un estilo parental de crianza asociado con una temprana tipificación de roles sexuales en la que se conformaría la identidad infantil en los hogares, favoreciendo una orientación socializadora más instrumental e individualista en el carácter del niño e interdependiente y expresiva en el de la niña.

También en esos años Alvarez Hernández, Brenes Castro y Cabezas Gutiérrez (1991) destacarían en su estudio las diferencias de género en las actitudes y prácticas

parentales: en mayor proporción que los padres, las madres tendían a premiar o reforzar a sus hijos mediante estímulos socioafectivos, tales como alabanzas, caricias y juegos, mientras que era más recurrente en los padres el recurso al objeto material como refuerzo. Y en cuanto a quien decidía si el niño debía ser castigado, la mayoría de las personas entrevistadas afirmó que el padre, mientras que poco menos de 1/3 afirmó que ambos.

Ya a principios de la presente década, en la Encuesta realizada por el INAMU (2012), las mujeres reportan una mayor participación que los hombres en el cuidado de infantes y adolescentes, en particular de los primeros, así como una mayor cantidad de tiempo semanal dedicado a actividades como jugar, cantar, leer con los niños y las niñas, consolarlos, escucharlos, chinearlos y llamarles la atención.

Se requiere profundizar la investigación nacional en torno a patrones de socialización de género, y no sólo en las prácticas y experiencias parentales, también en las escolares, religiosas, mediáticas y étnicas, y en diferentes entornos socioeconómicos y ecológicos, y que más allá de la identificación de valores, creencias y actitudes, exploren las modalidades de formación sociocultural del carácter en tan diversas circunstancias. Prácticamente virgen resulta la exploración de las llamadas identidades *queer* y los plausibles procesos de formación social del carácter subyacentes.

Clases sociales y formación del carácter social

Siguiendo a Karl Marx, Fromm postuló que para sobrevivir el individuo debe adaptarse a las condiciones bajo las cuales tiene que vivir. En consecuencia, el modo de vida, tal y como es determinado para el individuo por las peculiaridades del sistema

económico, vendría a ser el factor primario en determinar su estructura general de carácter, el cual quedaría configurado en función de su posición en el sistema de producción y distribución. Diferencias significativas en las modalidades y condiciones de trabajo requerirían y favorecerían diferentes orientaciones sociales del carácter (Fromm, 1932/1972^a, 1970/1974).

Así entonces, y dada la envergadura de su importancia en el modo de producción y distribución, el sistema de clases sociales incidiría de manera prioritaria, tanto directa como indirectamente, en las diversas condiciones de vida que distinguen a los grupos humanos, incluidas aquellas que como las familiares, escolares, mediáticas, religiosas y demás (Gerth y Mills, 1969), resultarían fundamentales en los procesos de formación de la subjetividad y el carácter social.

Según Fromm, las estructuras productivas precapitalistas, fundamentalmente agrarias, de baja división ocupacional, tecnológicamente rudimentarias, de autosubsistencia y bajo intercambio comercial, habrían favorecido una matriz social del carácter homogénea, interdependiente, con fuertes sentimientos de arraigo y pasivo-receptiva.

Con los albores colonialistas, esclavistas y renacentistas del capitalismo mercantil preindustrial europeo, habrían tomado fuerza una creciente codicia, competitividad y avaricia individualistas sustentadas en el espíritu de conquista, piratería, explotación y expoliación, principalmente de la humanidad y recursos de ultramar, que favorecerían la emergencia de una matriz social explotadora, narcisista y autoritaria del carácter y que, con la revolución industrial y el florecimiento de la organización capitalista del trabajo,

desplazaría la otrora matriz tradicional, interdependiente y receptiva del carácter social rural medieval, llegando a ser predominante en los sectores industriales y comerciantes de las sociedades capitalistas europeas del siglo XIX.

Junto con esta matriz explotadora, y asociada a la emergencia de las clases medias en medio de la revolución industrial, el desarrollo de las grandes urbes y el libre mercado, y una cultura que exaltaba el esfuerzo individual, el trabajo y la sobriedad y el espíritu puritano y conservador, se habría gestado una matriz acumulativa del carácter, entre cuyos rasgos destacarían la autorrestricción erótica, el énfasis en el deber, la posesión y el ahorro, el espíritu de orden y la exclusión de la compasión y la solidaridad.

Así, como una entremezcla de las orientaciones explotadora y acumulativa, “podemos, pues, decir que el carácter social del siglo XIX fue esencialmente competidor, acumulativo, explotador, autoritario, agresivo e individualista” Fromm, 1955/1985, p. 87).

Rasgos que se diluirían gradualmente durante la primera mitad del siglo XX, al menos en las clases capitalistas, donde el tipo clásico del empresario independiente, explotador, ambicioso y competitivo, hecho con su propio esfuerzo, y a la vez dueño y administrador de su empresa, cedió el control a las grandes corporaciones gerenciales y de accionistas, mientras que la clase obrera vio disminuir su condición de explotación y pauperización, ganando en participación de la riqueza y la gestión empresarial. Las tendencias ahorrativas del siglo XIX fueron desplazadas por la sociedad del consumo en masa. Empero las clases medias bajas habrían continuado acentuando los rasgos del carácter acumulativo, tales como la avaricia, abstinencia, limpieza, conformidad, laboriosidad, autosuficiencia y suspicacia.

En el periodo de entreguerras, hubo una merma de la población trabajadora dedicada a las actividades de producción y extracción como la agricultura, la industria y el transporte pesados, y un incremento de la dedicada a las tareas burocráticas y al comercio de servicios. En un país como Estados Unidos, vanguardia del nuevo capitalismo corporativo, mientras el obrero manual disminuía en un 6% entre 1870 y 1940, la nueva clase media o *White Collar* (Mills, 1951) aumentaba en un 19% en el mismo período. Con sus necesidades satisfechas por la mecanización de la agricultura y la industria, los individuos con niveles de escolarización cada vez mayores se volcaron al sector terciario o de servicios. La industria de servicios prosperó en círculos cada vez más amplios de una población con niveles de escolarización cada vez mayores; el tiempo de trabajo socialmente necesario se acortó (Marcuse, 1972), ampliándose el tiempo de ocio y la capacidad de consumo, la “psicología de la escasez” cedió a la “psicología de la abundancia” (Riesman, 1964; Greenfield, 2009). La clase media alta de las grandes metrópolis, se volvería más prodiga con su dinero, pero también más incierta de sí misma y de sus valores, más pendiente de los otros. Cada vez más las relaciones con el mundo exterior y con uno mismo se producirían por el flujo de las comunicaciones masivas; las experiencias serían crecientemente experimentadas a través del cine, la radio y la prensa escrita. En las familias, crecientemente nuclearizadas, se experimentaría una relajación de las antiguas pautas de disciplina y los grupos de pares ganarían relevancia referencial. Los contemporáneos, fuera a través de las experiencias directas o vicarias que difundían los medios, se convertirían en la nueva fuente de dirección para el individuo. La conformidad no se lograría ahora a través de la constancia de un patrón comportamental o costumbre estable como en las sociedades tradicionales, sino mediante una gran

expectativa y sensibilidad a la moda o variaciones en las acciones y deseos de los otros. La nueva matriz de orientación social del carácter se iría extendiendo a la nueva clase media compuesta por directores, profesionales asalariados, agentes de venta, y empleados de oficina.

Con la llegada de la sociedad posindustrial, surgirían nuevos y emprendedores empresarios narcisistas que revolucionarían la organización industrial, moldeando para el nuevo siglo como la gente aprende, trabaja y hasta desarrolla su carácter e identidad (Maccoby, 2002). Ellos vendrían a generar una gran cantidad de cambios en los procesos de organización del trabajo, tales como la intensificación de los procesos de automatización, la innovación, las redes interactivas de trabajo, la flexibilidad, la movilidad laboral y la reducción de costos mediante la contratación de servicios o encadenamientos globales. *Silicon Valley* se convertiría en el destino, referente y modelo de estos nuevos empresarios narcisistas emprendedores, identificados más por sus capacidades y proyectos como agentes libres, que por su pertenencia o lealtad organizacional

El obrero especializado de las cadenas de montaje de la época del fordismo cedería lugar preponderante al obrero polivalente de trabajo en equipo en los procesos crecientes de automatización productiva. Sometido ahora a procesos de heterogeneización, fragmentación y complejización, el obrero se abre a nuevas identidades contingentes que subvierten su condición de clase (Hernández y Torrijo, 2016, junio) e incluso llegan a erosionar su sustrato caracterológico.

Con la cultura de masas, la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación y la sociedad del consumo y de servicios a finales del siglo pasado, la matriz social del carácter tomará un rumbo hacia una orientación receptivo mercantil o heterodirigida, que se irá imponiendo en los diferentes estratos o clases, no sólo en las grandes metrópolis sino también a nivel global.

Ya en cuanto al influjo de las diferencias de clase sobre patrones de crianza y socialización y formación social del carácter, Brofenbrenner (1979) encontró que mientras en la primera mitad del siglo XX, en sus prácticas parentales las clases trabajadoras eran más estrictas, empleaban con más frecuencia el castigo físico y en general resultaban más autoritarias, las clases medias tendían a preferir el manejo del afecto con castigo, resultando en consecuencia, más autoritativas, pero, ya para comienzos de la segunda mitad, se habría producido un cambio en las figuras parentales de las clases trabajadoras consistente en una acentuación de aquellas virtudes o rasgos de limpieza, conformidad y control atribuidas a las clases medias. Con todo, aún hoy en plena globalización, las prácticas parentales de las clases medias altas serían más permisivas, tolerantes y menos punitivas, favoreciendo en consecuencia la independencia y autosuficiencia infantil, que las de las clases obreras, campesinas y de medias bajas, que tenderían a recurrir más al castigo físico, ser menos expresivas en el afecto y más en la agresividad, en consecuencia, favoreciendo más la sumisión, la receptividad, y la hostilidad pasiva (Kâgitçibasi, 2007).

De los pocos estudios de campo más específicos sobre diferencias actitudinales o de rasgos de carácter infantil y adolescente por clase social o estratificación socioeconómica, destaca el realizado en España por Elzo y colaboradores (Elzo Imaz,

Megías Valenzuela, Ballesteros Guerra et al., 2014) con población adolescente y juvenil a principio de la presente década, según el cual los adolescentes de estratos socioeconómicos altos dan mucho menos importancia que los de los bajos y medio-bajos a los valores presentistas como “vivir al día sin pensar en el mañana”, y mayor valor a “Tener éxito social y popularidad”. Por otra parte son más las adolescentes, también de estratos altos, las que valoran las cuestiones de índole religioso. Finalmente son jóvenes de ambos géneros de los estratos altos, los que muestran mayor disposición allocéntrica a “Hacer cosas para mejorar el barrio o la comunidad”, y adolescentes y jóvenes de estratos bajos, y en algunos casos también de estratos medio-bajos, quienes muestran, en general, menos tolerancia hacia comportamientos como el aborto, la eutanasia, el suicidio o la adopción de hijos por población LGTB, aunque son más los adolescentes y los jóvenes “de derecha” y “derecha extrema” los que dan muestras de mayor hostilidad, intolerancia o rigidez autoritaria y tendencias explotadoras: “aplicar la pena de muerte para delitos graves”, “maltratar a detenidos para conseguir información”, “contratar en peores condiciones a extranjeros” y “sacrificar el entorno natural para buscar desarrollo económico”.

También se han encontrado diferencias en el desarrollo cognitivo según clases sociales, en el sentido de una mayor tendencia al pensamiento abstracto y el lenguaje formal en las clases medias y superiores, en contraste con un pensamiento más concreto y un lenguaje más afectivo o emocional en las clases obreras y los sectores campesinos (Greenfield. 1999; Programa Estado de la Nación, 2015).

Más allá de estas y otras diferencias, y especialmente en las grandes metrópolis posindustriales globalizadas de gran “movilidad social”, las diferencias actitudinales y

caracterológicas entre las diferentes clases sociales parecen diluirse cada vez más, favorecidas por una dinámica en la organización del trabajo en la que los obreros se fundirían con las clases medias, los profesionales, técnicos y demás empleados de cuello blanco.

En América Latina, donde la estructura de clases tuvo su origen en la racialización de la estructura productiva en tiempos de la colonia, primero mediante el sistema de encomiendas, después por el de haciendas, ambos identificables por el lugar diferencial que el colono europeo y criollo, de una parte, y la servidumbre indígena y el esclavo afrodescendiente y mulato por la otra, ocuparían, configurando un carácter predominantemente explotador, autoritario y cruel en los primeros y receptivo-pasivo, sumiso y fatalista en los segundos. Y en medio los mestizos, que al no poder ser objeto de esclavización o repartición, fueron engrosando el trabajo asalariado y el peonaje por deudas.

Con la independencia la economía colonial de hacienda siguió siendo el modelo predominante de organización productiva y social de los nacientes estados nacionales, y los sectores vinculados a las actividades agroextractivas y al control del comercio de productos industriales de importación, pasaron a constituir el foco dominante de las estructuras productivas en la región. El peonaje, que ya existía desde tiempos coloniales desplazó el repartimiento indígena y la esclavitud afrodescendiente, complementándose con el arrendatario y el parcelero, como modos de retener la mano de obra temporal en tiempos que no eran los de siembra, escarda y cosecha en las grandes haciendas.

Con la crisis de los 30 el modelo de industrialización y sustitución de importaciones desplazó el predominio de las actividades agroextractivas y la relación política, económica y cultural que hasta ese momento existía de preponderancia de los sectores tradicionales y colectivistas rurales sobre los más modernistas e individualistas urbanos. Sectores vinculados a las actividades industriales y terciarias, aún dentro de un marco sociocultural organizacional cuasi-familiar y paternalista y de bajo nivel tecnológico, fueron ganando terreno sobre los dedicados a las actividades agroextractivas y agrarias en general (Quijano, p. 2015).

Finalmente, con la globalización, se ha expandido y diversificado la actividad comercial, industrial, agroexportadora y de servicios internacional en todos los países con independencia de sus peculiaridades y desigualdades de ritmo.

Como resultado, una parte de la economía, la de mayor desarrollo y dinámica, queda conectada con los grandes centros de flujos de capital, y con ella la estructura de clases a ella vinculada, donde se pueden identificar las burguesías industriales y financieras, las nuevas clases medias y las clases obreras y campesinas de la industria y el agro de exportación. Por otro lado, una estructura de clases orientada al mercado interno de cada país, compuesta por medianos y pequeño empresarios, artesanos, trabajadores informales y pequeños campesinos o agricultores tradicionales. Finalmente, el sector socioeconómico de los excluidos, marginados o desocupados, producto, no sólo de la desocupación estructural latinoamericana de siempre, sino también de las prácticas de desregulación y flexibilización que acompañan a los proceso de apertura, privatización y globalización económica.

En fin una estructura de clases donde aún perviven formas precapitalistas con las capitalistas, y con una gran heterogeneidad de grupos socioeconómicos, como heterogéneo sería su sustrato caracterológico según el peso de lo tradicional en sus condiciones de vida, configurando una diversidad pluriclasista.

Lejos entonces de haberse desdibujado la estructura de clases con la globalización y el triunfo cultural del neoliberalismo, se habrían estado produciendo reestructuraciones constantes en las estructuras de clase de la región, decantándose en dinámicas identitarias confusas, fragmentarias y lábiles, pero también de confrontación y resistencia.

Ya a un nivel más específico de desarrollo psicosocial de los infantes y condiciones socioeconómicas de vida en la región, en un estudio a principios de esta década realizado por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) sobre Indicadores de Desarrollo Infantil, en el que se evalúa el desarrollo cognitivo, lingüístico, motriz y socioemocional de niños entre 2 y 5 años de edad en algunos países de Centro y Sur América, se muestra que entre los factores con mayor peso a la hora de explicar diferencias en su desempeño en las pruebas de desarrollo, se encuentran el nivel socioeconómico del hogar y el tipo de ocupación de las figuras parentales.

Previamente, en estudios realizados en la segunda mitad del siglo pasado en las zonas rurales, que por entonces aún contenían más del 50% de la población total latinoamericana (CEPAL, 1979), donde prevalecían formas productivas precapitalistas, y terratenientes, y peones, pequeños campesinos, comerciantes, artesanos y servidoras domésticas dominaban el escenario socioeconómico, se encontraron que las orientaciones

tradicionales, receptivas, alocéntricas y normativas, predominaban en pequeños campesinos y jornaleros, siendo además los más empobrecidos mayoritariamente pasivo-sumisos, matricéntricos e improductivos, mientras los más exitosos económicamente tendían a ser más productivos y patricéntricos; que en un porcentaje minoritario bastante importante de pequeños campesinos y jornaleros y mayoritariamente de comerciantes y artesanos, predominaban orientaciones más interactivo-emocionales y acumulativo-productivas; y que aquellos que contaban con servicios de transporte, de bienes y personas y maquinaria, tendían a una orientación más productivo-explotadora y cada vez más independiente. Además, a mayor nivel socioeconómico familiar mayor era la productividad e independencia y menor las tendencias matricéntricas en el carácter de los hijos y las hijas; por el contrario, los hijos e hijas de peones y de menor nivel socioeconómico tendían a desarrollar sentimientos de minusvalía e inferioridad respecto a sus iguales, suspicacia y hostilidad ante los demás y mayor dependencia familiar, en particular matricéntrica (Fromm y Maccoby, 1970/1974; Greenfield, 1999).

Pero si bien, bastante se ha escrito sobre los tendencia ideológicas y la “conciencia de clase” de los movimientos sociales asociados y surgidos de la dinámica y lucha de clases en la región, prácticamente nada más que lo reseñado es lo que se ha investigado en torno a las particularidades de la “psicología de clases” (Diliguenski, 1974) y en particular a las peculiaridades actitudinales y caracterológicas de las diferentes clases sociales y sus vicisitudes en función de los procesos productivos y la dinámica resultante de la organización del trabajo. Como tampoco de los procesos de socialización primaria y secundaria y de formación del carácter social en esas diferentes clases.

En Costa Rica, entre los siglos XVII-XVIII y la primera mitad del siglo XX, aparte de las plantaciones de cacao de la zona atlántica y de las de tabaco del Valle Central, imperaron las haciendas ganaderas en el noreste pacífico y, en menor medida, en el valle central, donde la actividad cafetalera predominaría y con base más en la pequeña propiedad de explotación familiar que en las grandes fincas con trabajo asalariado, aunque, a través de los procesos de crédito al cultivo y procesamiento y comercialización del producto, los sectores vinculados a estas últimas controlarían la dinámica de los primeros (Pérez Sáinz y Alvarado Ríos, 2008).

Con el modelo de industrialización y sustitución de importaciones iniciado en los 40, la actividad económica se volvió más heterogénea, los grandes cafetaleros perdieron su hegemonía a la vez que diversificaron sus actividades, nuevos grupos surgieron alrededor de las nuevas actividades agroexportadoras, especialmente caña de azúcar y ganado vacuno, así como de la creciente industrialización, los servicios comerciales y el desarrollo urbano. Hubo un crecimiento significativo del aparato estatal, en particular con la creación de las instituciones autónomas de servicios, que impulsó fuertemente el desarrollo de una clase media y amplió la esfera del consumo, y posteriormente, hacia los 70, la incursión estatal en las actividades empresariales (CODESA), lo que conllevó a una estrecha amalgama de sectores e intereses políticos y económicos.

En ese periodo de economía agroexportadora e industrialización que llegó hasta los 70, los pequeños productores y los obreros agrícolas continuarían siendo las clases sociales más numerosas, pero los obreros industriales y los pequeños propietarios de establecimientos comerciales, de servicio e industria experimentarían un apreciable incremento, a la par de una mayor presencia de las clases medias vinculadas a la mayor

complejidad administrativa, en particular del aparato estatal, a las que se agregarían cada vez más técnico-profesionales, medianos empresarios y los grandes empresarios agroexportadores e industriales (Programa Estado de la Nación, 2009).

Con los Programas de Ajuste Estructural (PAEs) y globalización iniciados a principios de los 80, la actividad económica del país ha de experimentar un creciente proceso de apertura y diversificación, promoción de la inversión extranjera, reducción del Estado social e interventor y reestructuración y fortalecimiento del sector financiero, con el que se han visto favorecidos los sectores económicos vinculados a la agroexportación no tradicional, la industria de exportación de zonas francas y capital transnacional, la industria de servicios de *software*, *call center*, turismo y otros, y el capital financiero, en detrimento de aquellos relacionados con el sector agrícola de exportación tradicional y el de abastecimiento del mercado interno, el comercio y la industria tradicionales, el sector público y pequeños servicios de industria y comercio.

Vinculado a estos cambios en la estructura socioeconómica, la sociedad costarricense ha devenido mucho menos rural y cada vez más urbana, mucho menos obrero-agrícola y con una presencia cada vez mayor de medianos empresarios y expertos ocupados en la gestión de procesos técnicos y administrativos, de *white collars* e incluso de grandes empresarios y ejecutivos. Según datos del Estado de la Nación (2009), medianos empresarios y expertos y clases intermedias o *white collars* (técnicos, jefes de departamento sin bachillerato universitario, empleados administrativos y de atención al público, empleados del comercio) se incrementaron de cerca de un 27% de los ocupados a mediados de los 80 a más de un 37% a finales de la primera década del nuevo siglo; también en ese período la clase alta de los grandes empresarios, gerentes de empresa y

directores de instituciones públicas aumentó ligeramente de un 2% a un 3%; en contraste, los obreros y semiobreros agrícolas y los trabajadores de establecimientos de servicio, disminuyeron de 1/3 a un 1/5 en el mismo período. Con todo pequeños campesinos y otros pequeños propietarios de industrias artesanales y establecimientos de servicios, así como obreros industriales, experimentaron poca o ninguna reducción significativas, y aunque su número había disminuido, la mayoría de la población ocupada del país seguía perteneciendo a los sectores bajos de trabajadores no calificados.

También asociados a estas divisiones entre trabajo calificado y no calificado, formal e informal, rural y urbano, y en general a las diferencias en los pesos relativos de los diversos sectores en la dinámica económica nacional, se ha producido una creciente desigualdad y segregación social que se traduce, entre otras, en el acceso diferencial a las oportunidades de empleo, salud, educación, diversión, consumo y, en general, a la conformación de mundos sociales o estilos de vida cada vez más desagregados según clases sociales.

Ya en cuanto a las mediaciones que la organización socioproductiva ha tenido sobre los estilos de interacción y prácticas parentales de crianza en Costa Rica, y dentro de la escasa investigación al respecto, resalta un estudio hecho hace más de cuarenta años por la socióloga Patricia Araujo (1976) sobre diferencias en objetivos, valores, actitudes y métodos de socialización según clase social.

Usando un cuestionario estructurado autoaplicado a figuras parentales del proletariado, las clases medias y la burguesía, exploró inculcación de valores, corrección del comportamiento infantil y expectativas y aspiraciones parentales para sus hijos,

encontrando que, mientras el honor, la lealtad y la autoestima se fomentaban en la burguesía, en las clases medias se enfatizaba en el logro, la relación personal, la independencia individual y la honestidad y generosidad, y en las familias proletarias se promovía la obediencia, el respeto, la disciplina y la honestidad. El castigo físico se empleaba más en las familias proletarias mientras en las otras clases se daba una mayor primacía de elementos placenteros. Finalmente, si bien en todas las clases se tenía expectativas y aspiraciones respecto a la educación de los hijos, estas variaban según la clase social.

Una década después, en su estudio de finales de los 80 sobre patrones de crianza en la familia costarricense, Alvarez Hernández, Brenes Castro y Cabezas Gutiérrez (1991), encontraron que las conductas de mayor disposición al llanto y cambios drásticos de humor o temperamento, en infantes en edad preescolar, así como de apego infantil y tendencia a romper objetos cuando se enojaban, estaban asociadas con la categoría ocupacional del jefe de familia: las madres cuyos compañeros eran asalariados percibían más conductas de apego en sus hijos, tendencia a romper objetos cuando se enojaban, cambios drásticos de temperamento y menos conductas de llanto que aquellas cuyos compañeros trabajaban por cuenta propia o eran patronos. También encontraron diferencias en cuanto al tipo de gratificación o refuerzo que se proporcionaba a los niños y niñas en edad escolar según categoría ocupacional del jefe de familia: una mayoría de madres cuyos compañeros eran asalariados respondió que otorgaban a sus hijos refuerzos o gratificaciones de tipo afectivo, tales como caricias, alabanzas o jugar con ellos, en contraste con la mayoría de las madres cuyos compañeros eran patronos o trabajadores por cuenta propia, que respondieron que reforzaban o premiaban a sus hijos con objetos

materiales como dinero, regalos o paseos. Finalmente, mientras la mayoría de los padres que eran patronos o trabajaban por cuenta propia, respondieron que sus hijos en edad escolar hacían lo que sus amiguitos les pedían, la mayoría de los asalariados respondieron que no lo hacían.

También se encontró relación entre el grupo ocupacional del jefe de familia y el que las madres consideraran que sus hijos en edad escolar fueran muy locuaces, que existieran actitudes de celo o rivalidad entre hermanos, que confiaran en el apoyo de sus figuras parentales, que fueran más temerosos o sumisos a la autoridad, o que experimentaran sentimientos de culpa por mal comportamiento: más las madres con compañeros que trabajaban como personal de servicios de seguridad, alimentación, domésticos y afines, como personal administrativo o en la compra y venta de bienes y mercancías, o como trabajadores agropecuarios, choferes operarios y artesanos, consideraban que sus hijos en edad escolar eran muy hablantines, en contraste con ninguna de las madres cuyos compañeros se desempeñaban como profesionales y técnicos y gerentes, administradores, directivos y propietarios; y, respecto a la existencia de celo o rivalidad entre hermanos, una mayoría de madres cuyos compañeros se desempeñaban como personal de servicios de seguridad, alimentación, domésticos y afines y como trabajadores agropecuarios, choferes operarios y artesanos, así como una cuarta parte de las madre cuyos compañeros se desempeñaban como profesionales y técnicos, y gerentes, administradores, directivos y propietarios, habían observado esta actitud en sus hijos, no así las madres cuyos compañeros se desempeñaban como personal administrativo o en la compra y venta de bienes y mercancías. También se encontró asociación entre grupo ocupacional del jefe de familia y la percepción paterna de que sus hijos en edad escolar

sentían que podían contar con ellos: todo el personal de servicios de seguridad, alimentación, domésticos y afines, la gran mayoría de trabajadores agropecuarios, choferes, operarios y artesanos y de profesionales y técnicos y gerentes, administradores, directivos y propietarios, así como la mitad de administrativos y vendedores, opinaban que sus hijos en edad escolar sentían que podían depender de ellos. Por otra parte, la mayoría del personal de servicios de seguridad, alimentación, domésticos y afines y de trabajadores agropecuarios, choferes operarios y artesanos consideraban que sus hijos en edad preescolar temían a la autoridad, en contraste con la mayoría de los profesionales y técnicos y gerentes, administradores, directivos y propietarios y de los administrativos y vendedores que consideraban que no. Sin embargo, también eran trabajadores agropecuarios, choferes operarios y artesanos en su totalidad y personal de servicios de seguridad, alimentación, domésticos y afines en su mayoría, los que opinaban que sus hijos en edad preescolar no eran sumisos, opinión que también era mayoritaria en administrativos y vendedores, mientras que profesionales y técnicos y gerentes y administradores, se distribuían por igual en una y otra opinión. Finalmente, una mayoría de trabajadores agropecuarios, choferes operarios y artesanos, personal de servicios de seguridad, alimentación, domésticos y afines y profesionales y técnicos, gerentes, administradores, directivos y propietarios, en contraste con solo 1/5 de administrativos y vendedores, opinaron que sus hijos en edad preescolar parecían experimentar sentimientos de culpa después de portarse mal.

Por otra parte, según nivel de ingresos familiares, eran más las madres con los ingresos familiares más bajos las que reportaban que sus hijos en edad escolar eran muy temerosos o ansiosos, se quejaban de que nadie los quería y que, tanto a los preescolares

como a los escolares, les gustaba inspirar lástima, que las de ingresos medios y más altos. A su vez, eran las de ingresos medios las que reportaban en mayor medida que sus hijos en edad preescolar eran más cariñosos que otros infantes de la misma edad y presentaban cambios drásticos de humor o temperamento, y que los de edad escolar se mostraban tercos e irritables con frecuencia, en contraste con lo que reportaban las de menores ingresos y las de mayores ingresos. Finalmente, mientras las madres de más bajos y las de más altos ingresos consideraban el berrinche como una conducta inaceptable, las madres con ingreso medios lo consideraban aceptable. Igualmente, la mayoría de madres con ingresos familiares más altos y más de la mitad de las de ingresos más bajos afirmaba que reforzaban o gratificaban a sus hijos en edad preescolar cuando éstos se sometían a la autoridad: obedecer, pedir permiso, etc., mientras que menos de la mitad de las madres de ingreso medio lo hacían en ese mismo sentido, inclinándose ligeramente más por gratificar o reforzar las acciones que iban en el propio beneficio personal del niño o la niña o el de otras personas. También se encontró asociación entre el nivel de ingreso del jefe de familia y la capacidad de empatía de sus hijos en edad preescolar con otras personas: mientras una gran mayoría de los padres de ingresos más altos y de los de ingresos medios consideraban que sus hijos en edad preescolar podían entender los sentimientos de otras personas, sólo la mitad de los padres de ingresos más bajos opinaban igual.

Por sector económico, la mitad de las madres cuyos compañeros se desempeñaban en el sector de la industria extractiva o manufacturera y de la construcción, reportaron conductas reiterativas o compulsivas en sus hijos en edad escolar, mientras que pocas o ninguna de aquellas cuyos compañeros se desempeñaban en la actividad agropecuaria o pesca, servicios de transporte y almacenamiento, electricidad, gas y agua, y comercio y

servicios financieros lo reportó, sector éste último, que fue el único en el que cerca de la mitad de las madres reportó que sus hijos en edad preescolar tendían a distraerse con frecuencia. Por otra parte, mientras una mayoría de los padres que se desenvolvían en el sector de comercio, la mitad en el de agricultura y 1/3 en el de la industria y construcción, consideraban como faltas graves de sus hijos las relacionadas con la autoridad, como salir sin permiso, desobedecer o responder, la totalidad de los padres del sector de servicios de salud, comunales, domésticos, sociales y personales, consideraban como faltas graves las que el infante comete contra su propio bienestar personal o el de otras personas, como pelear, ponerse en peligro, no hacer tareas, etc. Y en cuanto al empleo del castigo físico, mientras la gran mayoría de los padres que se dedicaban a la industria y la construcción, los servicios de salud, comunales, domésticos, sociales y personales y las actividades agropecuarias y de pesca, lo utilizaban con alguna frecuencia, sólo la mitad de los que se dedicaban al comercio también lo hacían; datos que parecen incongruentes con los reportados sobre el castigo materno ante las “faltas leves” de sus hijos, pues eran las madres cuyos compañeros laboraban en el sector comercio las que con mayor frecuencia lo aplicaban en estas circunstancias, en contraste con una minoría de las madres cuyos compañeros se desempeñaban en el sector de los servicios de salud, comunales, domésticos, sociales y personales y en el sector agropecuario y de pesca, y ninguna de aquellas cuyos compañeros se dedicaban a la industria y el comercio. Finalmente, mientras la mayoría de los padres que laboraban en la industria y la construcción opinaban que sus hijos más pequeños ponían en duda su autoridad, ninguno de las otras ramas respondió de manera similar.

En el estudio se concluyó que en general las madres de menores recursos parecían ser menos tolerantes, tender a percibir a sus hijos menos positivamente o más problemáticos, y resentir la conducta autónoma de éstos como expresión de sentimientos negativos hacia ellas; empero, si bien, había mayor estimulación de las madres con mayores recursos y menor responsividad de las de menos recursos, en general en todos los sectores los niños eran premiados con mayor frecuencia cuando satisfacían las expectativas de sumisión a la autoridad parental, condescendencia o conformidad y buenas relaciones interpersonales, que cuando realizaban acciones a favor de su propio interés o desarrollo personal.

Finalmente, en otro estudio realizado en la misma época sobre preferencias televisivas en infantes en edad preescolar (Lobo & Robert, 1995), se encontraron diferencias en las preferencias temáticas y personajes de referencia según la clase social de sus figuras parentales, mostrando mayor inclinación los infantes provenientes de los sectores propietarios y de mandos gerenciales por lo bélico-fantástico, los héroes, superhéroes y agentes especiales y las tecnologías personificadas. También por lo bélico fantástico mostraban mayor preferencia los provenientes de los sectores técnico-profesionales, pero en cuanto a personajes se inclinaban por los pícaros o traviesos y los animales personificados. Esta inclinación por personajes pícaros o traviesos y animales personificados, también la presentaban los infantes provenientes de los sectores subalterno asalariados y rural-campesinos, aunque en cuanto a temáticas, los subalterno-asalariados se orientaban más hacia lo bélico-cotidiano, mientras que los provenientes de los sectores rural campesinos, junto con los provenientes de los sectores informal-asalariados, se

decantaban por las travesuras y la vida cotidiana, y éstos último más por los personajes de vida cotidiana, aunque también por los animales personificados³⁹.

A modo de sumario

- a. Diferencias étnicas, de género y de clase social, resaltarían entre los aspectos demográficos y económicos por su incidencia significativa sobre los valores culturales y los entornos y estilos de crianza y socialización, y a través de ellos en los procesos de formación social del carácter.
- b. Los estudios indican que hoy América Latina, donde indígenas y afrodescendientes constituyen un 40% de la población, es la región con mayor diversidad étnica en el mundo, y cuya amalgama varía enormemente de uno a otro país
- c. Una mayoría de la población indígena, aún de aquella disgregada de sus lazos étnicos o comunales e integrada a la vida urbana, mantendría una matriz caracterológica tradicional fuertemente alocéntrica, con un profundo sentimiento de unidad y arraigo a la naturaleza y un marco de orientación y devoción colectivista y animista.
- d. Conforme el mestizaje y la incorporación a las actividades laborales y la vida citadina en general se irían imponiendo, también se irían diluyendo el sentido de identidad colectiva y orientación tradicional o alocéntrica, como habría sucedido con numerosas comunidades indígenas andinas y mesoamericanas.
- e. La población afrodescendiente, cuyas costumbres heredadas del Africa Occidental y las Antillas habrían marcado diferencial y profundamente su cultura y carácter, se ha distinguido en Latinoamérica por su especificidad y la diversidad de manifestaciones musicales, religiosas, formas de alimentación, estilos de vestimenta y otras costumbres

³⁹Cfr. Apartado Medios electrónicos de comunicación y entretenimiento y formación del carácter social, p. 359-360.

o formas de vida, que se estarían transmitiendo y perdurando a través de la cotidianidad vecinal y familiar y sus particulares prácticas y experiencias de crianza.

- f. No parece contarse con estudios más específicos, sistemáticos y de campo acerca de prácticas y experiencias de crianza y socialización que profundicen en las peculiaridades de formación social del carácter en los diferentes entornos amerindios y afrolatinos en la región, sus entremezclas o hibridaciones.
- g. En Costa Rica, los datos disponibles sugieren que, al menos en cuanto a condiciones materiales de vida, nivel de escolaridad y cultura lingüística, las etnias indígenas que habitan en el país, en particular las que viven en los territorios indígenas, presentan características diferenciales con respecto al resto de la población costarricense, incluida la población rural o campesina, aunque aquellos indígenas que viven en las periferias y el resto del país dan muestras de una mayor asimilación a las condiciones de vida rural y urbana propias de las poblaciones no indígenas, requiriéndose mayor investigación sobre las vicisitudes transicionales de esta asimilación.
- h. Y si bien algo se sabe sobre la cultura, costumbres, tradiciones, identidad étnica y prácticas de crianza del indígena costarricense, caracterizadas por un principio de organización comunitario, de unidad del ser humano con la naturaleza, una cosmovisión animista del mundo, así como prácticas de lactancia materna hasta cerca de los tres años, una formación más enactiva que simbólico-formal, una dinámica familiar patricéntrica en la que sería común el castigo severo, y la participación de otros adultos en la crianza, es sumamente escaso lo que se ha investigado acerca de creencias, prácticas parentales y experiencias de crianza, y menos aún de las formaciones del carácter social indígena resultante y del influjo de las experiencias escolares, mediáticas y de otros eventos modernizantes en ellas, por lo que dicha problemática resulta prácticamente virgen en la investigación de los procesos de formación social de la (inter) subjetividad en las actuales condiciones de globalización y transnacionalización de la sociedad costarricense.
- i. En lo que respecta a la población afrocostarricense, el segregacionismo racial, la discriminación política, económica y cultural, y la falta de integración y cohesión

nacional, que marcaron predominantemente las vicisitudes de su acontecer en el país hasta bien entrada la segunda mitad del siglo pasado, habrían favorecido la pervivencia de costumbres heredadas del Africa occidental y las Antillas británicas, eso sí, crecientemente matizadas por su particular inserción en suelo costarricense, y llevado esta población a distinguirse por el desarrollo de una cultura lingüística, musical, religiosa, literaria, gastronómica, arquitectónica y vestuaria, principalmente en la zona atlántica, muy distinta a la del resto del país. Sin embargo, aspectos más específicos sobre el modo de vida, identidad, estilos de crianza y socialización y orientaciones del carácter afrocostarricense, carecen de una investigación sistemática.

- j. En cuanto a la oposición masculinidad-feminidad, ha sido señalada por diversos teóricos e investigadores, como una de las condiciones estructurantes en la formación del carácter a lo largo de la historia y las culturas.
- k. Esta condición de género segregaría a hombres y mujeres en dos matrices o tipos caracterológicos claramente diferenciados, siendo prototípico de los primeros los rasgos de ambición, asertividad, procuración de éxito material, gratificación hedonista e idiocentrismo, mientras que de las segundas lo serían los de cooperación, igualdad, compasión o solidaridad, expresión de sentimientos, conciencia ambiental, alocentrismo y una orientación más interactivo-emocional.
- l. Tendencias que se manifestarían claramente en adolescentes y jóvenes, según las cuales las adolescentes y las jóvenes se inclinarían más por valores tradicionales colectivistas y alocéntricos, orientados al altruismo, empatía, responsabilidad, conformidad social, compasión, tolerancia, bien común y religiosidad, alocentrismo familiar, mayor disposición a la reacción emocional, fragilidad, mayor romanticismo, monitoreo y estabilidad en sus relaciones sexuales o de pareja, mientras que los adolescentes y los jóvenes lo harían más por valores idiocéntricos de gratificación hedonista, poder, prestigio y logro personal, autonomía y autosuficiencia, fortaleza, así como mayor intolerancia y actitud discriminatoria, y espíritu de conquista, competitividad, mayor actitud intimidante y transitoriedad en sus relaciones sexuales o de pareja.

- m. Fortaleza y vigor sexual, iniciativa, narcisismo, emprendedurismo y espíritu conquistador, centralidad patricéntrica, capacidad y responsabilidad proveedora, serían atributos de la masculinidad latinoamericana, celosamente cultivados por las prácticas parentales de crianza, la formación escolar y las relaciones de pares en infantes y adolescentes. Complementariamente, pasividad, sumisión, masoquismo y rasgos acumulativos, constituirían atributos valorados en el carácter e identidad femeninos y también cultivados en esas prácticas y experiencias.
- n. Con los procesos de urbanización y globalización el carácter e identidad masculinos se habrían ido flexibilizando hacia una mayor apertura en la expresión de sentimientos, simetría en las relaciones de género, moral sexual menos tradicional y mayor participación en las labores domésticas y de crianza.
- o. En Costa Rica, las divisiones de género tanto en los valores culturales, como en las prácticas y experiencias políticas, laborales, escolares, mediáticas y cotidianas, en particular familiares y de pares, si bien habrían venido flexibilizándose desde finales del siglo pasado, aún se encontrarían fuertemente segregadas.
- p. Mayor dedicación y solicitud, comunicación, muestras de cariño y buen trato, seguirían siendo más característicos de las mujeres en su rol materno que de los hombres en el paterno, mientras que una relación más esporádica y mayor severidad en el trato, sin faltar alusiones a los rasgos comunicativos y cariñosos, lo sería de los hombres en su rol paterno.
- q. Las prácticas parentales de crianza seguirían promoviendo una temprana tipificación sexual en sus hijos por la que se estaría favoreciendo una orientación más instrumental e individualista en los niños e interdependiente y expresiva en las niñas. En consecuencia, seguirían siendo notorias las diferencias según género o sexo, tanto en las expectativas parentales respecto a los roles y rasgos de carácter deseables de sus hijos, como en las actitudes de unos y otras según sexo de su hijos, así como en sus propios rasgos, actitudes y roles parentales.

- r. Dada la importancia de los procesos productivos y de las diferencias que surgen de las modalidades en que las personas participan en ellos, las clases sociales tendrían gran incidencia en las condiciones de vida que distinguen a los grupos humanos, en sus valores y actitudes característicos, no sólo en el mundo del trabajo, también en los entornos y dinámicas familiares, escolares, vecinales, religiosas, virtuales y demás paisajes de la cotidianidad y, a través de ellos, en los procesos mismos de formación social de la subjetividad y el carácter.

- s. Con la emergencia de la sociedad posindustrial después de la segunda guerra mundial y la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación, el sector servicios desplaza el industrial como principal motor de la economía, y con él el trabajo intelectual al trabajo manual, lo que, en conjunto con la mayor automatización, complejización y heterogeneización, fragmentación, encadenamientos globales y movilidad laboral, tendría profundas consecuencias en la composición cuantitativa y cualitativa de la estructura social de clases, sus contingencias identitarias y diferenciales sustratos caracterológicos. En estas condiciones, y en medio del contexto de la cultura de masas, la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación y la sociedad del consumo y de servicios, la matriz social general del carácter tomaría un rumbo hacia una orientación más heterodirigida que autónoma, y que, con la transnacionalización de los procesos productivos, de comercialización y consumo, se tornaría globalmente predominante.

- t. En cuanto a prácticas parentales de crianza, los datos de investigación sugieren que desde principios del presente siglo, una mayor permisividad o tolerancia y menor punitividad serían más frecuentes en las familias de las clases medias altas que en las de la clase obrera, más inclinadas a recurrir al castigo físico y menos expresivas en el afecto y más en la agresividad. En consecuencia, la obediencia o sumisión de los infantes ocuparía aún un lugar destacado en los valores parentales de crianza en las familias proletarias y de baja calificación laboral en general, pero lo iría perdiendo en los de las familias de clase alta y clases medias. Asimismo, los rasgos de independencia y autosuficiencia como deseables en los infantes, habrían ido ganando terreno en todas las clases sociales, pero especialmente en las clases alta y medias.

Más allá de estas y otras diferencias, y especialmente en sociedades y épocas de gran “movilidad social”, las peculiaridades actitudinales y caracterológicas parecen diluirse en las grandes metrópolis posindustriales y globalizantes.

- u. En América Latina, se habría ido configurando en la mayoría de países una estructura pluriclasista y con diversos orígenes étnicos, en uno de cuyos extremos se encontrarían aquellos sectores de clase, conectados a los grandes centros de poder global, tales como las burguesías industriales, tecnológicas, agroexportadoras y financieras, así como las llamadas nuevas clases medias, la clase trabajadora, y los medianos y pequeños campesinos, en el otro, los excluidos estructurales del sistema, y en medio, micro empresarios, trabajadores informales y autoempleados.
- v. Lejos entonces de haberse desdibujado la estructura social clasista latinoamericana, se habría estado reestructurando continuamente en un heterogéneo movimiento de nuevas y fugaces identidades sociolaborales, algunas inclusive con marcado acento político-contestatorio y étnico-cultural, cuyas implicaciones psicosociales, en particular en la formación y dinámica social del carácter, han sido muy poco exploradas, con apenas algunos indicios sobre el predominio de prácticas y orientaciones tradicionales, receptivas, aloécnicas, matricéntricas, pasivo-sumisas e improductivas y moderadamente productivas en pequeños campesinos y jornaleros, tendencias más interactivo-emocionales, patricéntricas y acumulativo-productivas en pequeños comerciantes y artesanos, tendencias más productivo-explotadoras y narcisistas en pequeños empresarios de maquinaria y transportes, y una orientación más heterodirigida o mercantil, innovadora y orientada al logro en las nuevas clases medias vinculadas a los procesos de tercerización y economías de servicio de los mercados globales.
- w. En Costa Rica, dentro de las especificidades en los estilos de interacción y prácticas parentales de crianza según clase social, algunos estudios sugieren que mientras valores colectivistas e individualistas como el honor, la lealtad y la autoestima se fomentarían más en las familias de los sectores burgueses o clases altas, en las de las clases medias se enfatizaría más en valores individualistas e interdependientes como

el logro, la relación personal, la independencia individual, la honestidad y generosidad, y en las familias proletarias se promoverían más valores colectivistas e interdependientes como la obediencia, el respeto, la disciplina y, también, la honestidad. El castigo físico se emplearía más en las familias proletarias, mientras en las otras clases se daría una mayor primacía de elementos placenteros; empero, en las familias de los sectores proletarios se recurriría con mayor frecuencia a la gratificación afectiva, mientras que en las de los sectores medios y burgueses más a la gratificación material; sería más en las familias de clases intermedias en las que no se toleraría el berrinche en los hijos e hijas y se reforzaría o gratificaría más las actitudes infantiles de sometimiento a la autoridad.

- x. En cuanto a patrones de conducta, actitudes y rasgos característicos en infantes según clases sociales, mayores conductas de apego, berrinche, cambios drásticos de temperamento, aunque menos tendencia al llanto, se manifestarían en los infantes de las familias asalariadas; también en ellas, concretamente en las de los obreros agrícolas, industriales, de construcción y de servicios y de los trabajadores u obreros de servicios de seguridad, alimentación, domésticos y afines, en conjunto con las de los pequeños propietarios de establecimientos de servicios o industria y las de las clases técnico-profesionales y altas, los infantes darían muestras de mayor sentido de seguridad y apoyo parental, pero también sentimientos de culpa. Mayor temor a la autoridad, aunque menor sumisión, y mayor celo o rivalidad entre hermanos y locuacidad sería más manifiesta en infantes de familias cuyas figuras parentales se desempeñan como obreros agrícolas, industriales, de construcción y de servicios, trabajadores u obreros de servicios de seguridad, alimentación, domésticos y afines y pequeños propietarios de establecimientos de servicios o industria; la locuacidad infantil y la menor sumisión también sería más manifiesta en familias de clases intermedias como el personal administrativo o dedicado a la compra y venta de bienes y mercancías, pero en este caso, junto con la mayoría de infantes de las clases técnico-profesionales y altas, menores serían las manifestaciones infantiles de temor a la autoridad; mayor sería la manifestación de aquiescencia o actitudes de deseabilidad social hacia los pares en infantes de las familias de propietarios y trabajadores por cuenta propia, mientras que mayor capacidad de empatía con los sentimientos de otras

personas lo sería en infantes de familias pertenecientes a clases técnico-profesionales y altas y clases intermedias.

- y. Las figuras parentales en familias del proletariado agrícola e industrial, de los pequeños productores agrícolas, personal de servicios y, en general, con menores niveles de calificación laboral y educativa y de ingreso, tenderían a ser menos tolerantes, percibir a sus hijos menos positivamente y resentir la conducta autónoma de sus hijos como expresión de sentimientos negativos hacia ellas; no obstante, si bien habría mayor estimulación de las figuras parentales en las familias de clases altas, técnico-profesionales e intermedias y menor responsividad en las primeras, en general en todas las clases los niños serían premiados con mayor frecuencia cuando satisfacen las expectativas de sumisión a la autoridad parental que cuando realizan acciones a favor de su propio desarrollo personal.
- z. Se requiere mayor precisión conceptual y empírica de las clases sociales y del modo en que inciden en la estructura y dinámica de las instancias familiares, escolares, vecinal-comunitarias, mediáticas, religiosas y demás instancias de crianza y socialización, así como en los procesos de socialización secundaria, y a través de ellos en los procesos de formación social del carácter, así como de sus interacciones con los factores ecológicos, étnicos, demográficos y culturales de las poblaciones costarricenses.

QUINTA PARTE: DISCUSION Y CONCLUSIONES GENERALES

En este último apartado se efectúa un balance de lo desarrollado en el trabajo respecto al logro de los objetivos formulados en el proyecto, en particular el objetivo general de determinar el alcance, actualidad y validez heurísticos de la teoría del carácter social para la investigación sociocultural y psicosocial de los procesos de construcción de la subjetividad en el escenario de globalización y transnacionalización de la sociedad costarricense.

Se reconoce la falta de precisión conceptual y fundamento empírico de la teoría del carácter social en aspectos básicos de la caracterización sociohistórica de las formaciones del carácter social y de los procesos y mediaciones que inciden en su constitución y dinámica, pero también se resalta que es posible mejorarla y dotarla de formulación y fundamentos más precisos para su aplicación en el marco del desarrollo de programas de investigación acerca de los procesos de formación social del carácter en la sociedad costarricense en estos tiempos de globalización y transnacionalización.

Se proponen modificaciones en las premisas y definiciones básicas de la teoría, así como complementarla y ampliarla con otras teorías afines que le permitan ganar en coherencia interna, precisión conceptual, potencia heurística y contrastación empírica.

Se elabora un esquema heurístico de relaciones hipotéticas sobre los procesos de formación social con el que se pretende remozar la potencia heurística de la teoría, fortalecer su consistencia externa, capacidad unificadora y contrastabilidad teórica y empírica, extender su radio comprensivo, reformular algunos presupuestos y conceptos e introducir otros nuevos, y rescatar y ampliar su aplicabilidad práctica como base o guía

en el diseño de proyectos de investigación en aspectos medulares a todo programa de investigación psicosocial de las formaciones de las (inter) subjetividades.

Más allá de las falencias específicas de la teoría del carácter social y de las propuestas para su mejoramiento se señala la necesidad de mayor investigación psicosocial sistemática en general sobre aspectos comparativos muy específicos del modo de vida, estilos de crianza y socialización y vías del desarrollo psicosocial en los diferentes entornos familiares, escolares, virtuales, y ecológicos, y en particular de sus entremezclas o hibridaciones, según etnias, género, orientación religiosa y clases sociales, y en el contexto de los procesos de globalización tanto a nivel nacional como regional.

Discusión

En este trabajo hemos procurado ofrecer argumentos en favor de la tesis de que el concepto de carácter social y la teoría que lo sustenta, gozan aún de pertinencia y actualidad heurísticas para dar cuenta u ofrecer hipótesis verificables en aspectos básicos de los procesos de formación social de la (inter) subjetividad, en las actuales condiciones de globalización y transnacionalización que experimenta la sociedad costarricense.

Pertinencia y actualidad heurísticas del concepto de carácter social en tanto éste describe y explica modos de afrontamiento del mundo físico-natural y social que resultan característicamente distintivos según diferentes clases sociales, etnias, géneros, ecosistemas o naciones, que hoy más que nunca, con los fenómenos de migración masiva y contacto intercultural, mediación tecnológica, realidad mediática, flujos de capital, y otras expresiones de los procesos globalizadores, resultan de relevancia a las ciencias

sociales en general y costarricenses en particular, y ello con independencia de que otras categorías enunciativas como *habitus*, sujeto, sí-mismo o identidad social, resulten de mayor actualidad semántica o enunciativa.

Cierto que la noción de carácter, y sus teorizaciones, la de Fromm incluida, han perdido popularidad en el discurso académico, especialmente debido al auge de las ciencias sociocognoscitivistas y la semiótica posestructuralista, más orientadas hacia los conceptos de identidad, sí mismo, metas y expectativas, estilos de vida, sujeto, *habitus* y representaciones sociales, aunque aún se mantiene como un importante constitutivo en los estudios sobre personalidad que, después de su crisis y retraimiento en los 60-70 como concepto de gran aplicabilidad práctica en los campos de la psicología social y la psicología clínica, experimenta signos de revitalización a partir de los 80 con los enfoques evolucionarios y de la psicología transcultural entre otros, resaltando el modelo de los rasgos de personalidad, en particular el de los cinco factores.

Demás no está recordar que, más que como un constitutivo de la personalidad, el carácter guarda con ésta una relación de delimitación geocultural de fenómenos similares: mientras que el concepto de carácter es más de tradición europea, el de personalidad lo es más de tradición estadounidense (Izquierdo Martínez, 2002), siendo que, por razones más geopolíticas que epistémicas, el segundo terminó absorbiendo al primero en el gusto de la comunidad científica. Pero además, que mientras el concepto de carácter se asocia preferentemente a la continuidad y permanencia en el tiempo de disposiciones o modos peculiares de asimilación y sociabilidad, el de personalidad se refiere más a la disposición dinámica y en incesante cambio del individuo; de ahí que al enfatizar en los rasgos y

perfiles, particularmente socioculturales, de la personalidad, incluida la noción antropológica de la personalidad básica, estamos haciendo mayor alusión al carácter que a la personalidad, aún y cuando sea ésta y no aquella la noción que estemos utilizando.

En cuanto a otras nociones o conceptos de uso similar al de carácter, en este trabajo hemos omitido hacer mayor referencia, salvo la realizada en página 250, a la de *habitus*, elaborada por el sociólogo francés Pierre Bourdieu como "disposiciones" o esquemas de obrar, pensar y sentir asociados a condiciones de existencia socialmente compartidas, pese a la obvia similitud descriptiva, funcional y genética que guarda con el concepto del carácter social, similitud que sin embargo queda matizada por el marco conceptual más fenomenológico-hermenéutico con que es formulada la categoría de carácter social en contraste con la perspectiva más bien analítico-estructuralista de la categoría de *habitus*, no así a las nociones de actitud, sí-mismo e identidad, de las que sí hemos hecho mención en la tercera y cuarta parte de este trabajo, cuando destacamos las semejanzas entre el concepto de carácter social y el de personalidad básica, la afinidad entre los ensayos sobre tendencias autoritarias del carácter o de la personalidad, y los estudios sobre disposiciones (actitudes) e influjo social, conformismo, obediencia y sumisión, o la convergencia conceptual y problemática de la teoría del carácter social con la investigación de la psicología transcultural sobre el sí-mismo en términos de diferentes orientaciones culturales del *self*, pese al fuerte énfasis en los procesos cognitivos más que en los afectivos de ésta última. Unos y otros aludirían a costumbres, hábitos, creencias, valores y sentimientos adquiridos y sedimentados en disposiciones individuales que, anclando en diversas vicisitudes socioeconómicas, demográficas y ecológicas colectivamente compartidas, configurarían especificidades culturales, caracterológicas e identitarias.

Pertinencia y actualidad unificadora y programática de la teoría del carácter social, por cuanto la teoría que subyace al concepto, no sólo procura desarrollar una tipología de rasgos o actitudes caracterológicos según diferentes condiciones ecológicas, demográficas, geopolíticas, socioeconómicas, culturales, psicosociales y existenciales, sino establecer relaciones de mediación genética, estructural y funcional entre tales rasgos y condiciones, de manera que las diferentes orientaciones del carácter serían una suerte de efectos diferenciales de compromiso entre las exigencias de los impulsos y necesidades propios de la naturaleza humana y esas condiciones en que se desenvuelve su existencia. Estas condiciones impondrían vías específicas de gratificación, frustración, aplazamiento, transmutación o renuncia a la satisfacción de los impulsos y necesidades humanas, a la vez que sufrirían su efecto reforzador, erosionante o transformador. En suma, a través de la teoría del carácter social se identifica e integra todo un conjunto de líneas y problemas investigativos en aspectos básicos de lo que hemos denominado procesos de formación o construcción social de la (inter) subjetividad, y más allá, en torno a la cuestión de cómo lo individual deviene en social, éste moldea determinadas formas de la subjetividad, y ambos convergen o colisionan en determinadas vías de continuidad y transformación sociocultural y política, de gran relevancia en la historia de la psicología social, y las ciencias sociales en general, desde sus inicios hasta el día de hoy.

La teoría del carácter social si bien no sería pionera en cuanto a formular la tesis de las prácticas y experiencias de crianza como los mecanismos sociopsicológicos mediante los cuales valores e imperativos socioculturales son interiorizados por la persona en formación, si lo sería en cuanto a postular que dichos mecanismos de mediación sociocultural del psiquismo, deben sin embargo ser primeramente abordados a partir de las condiciones objetivas que estructuran las sociedades, y solo entonces determinar las

modalidades específicas en que actuarían, en sus diversas mediaciones, en el moldeamiento social del individuo.

Para la identificación y caracterización de esas condiciones objetivas que estructuran a las sociedades, Fromm recurrió a la teoría marxista sobre los modos de producción y el papel hegemónico del factor económico, de manera que el carácter social se explicaría en función de los patrones y requerimientos de la estructura económica de la sociedad dada y su impacto en aquellos entornos y agentes de mediación de la experiencia sociopersonalizante, particularmente la familia como principal agencia psicológica de la sociedad o mecanismo de selección sociocultural. Así, los cambios en la dinámica de las fuerzas productivas y la estructura de clases (infraestructura y estructura) configurarían el escenario social en que actuarían los agentes psicológicos de mediación y formación del carácter socialmente necesario.

Pero las fuerzas económicas, aun coincidiendo con Fromm en que podrían constituir el más importante, no son el único factor constituyente de esas condiciones objetivas que estructuran las sociedades y menos aún del escenario en que las agencias psicológicas de la sociedad han de ejercer su función modeladora del carácter, ni su influjo sobre estas agencias resulta homogéneo. Los resultados de diferentes estudios sugieren que las variaciones sociodemográficas, en particular ecosistémicas, étnicas y de género, constituyen también importantes organizadores de la vida psíquica de las personas, su vida cotidiana y prácticas y experiencias de crianza y socialización. En consecuencia, estos resultados reafirman las hipótesis, más allá de que las variaciones sociodemográficas contempladas requieren de una mayor investigación acerca de su lugar y función en la ecuación, sobre el papel diferencial del ambiente y la cultura, además del de las fuerza

socioeconómicas, en los estilos de crianza, y de estos en los proceso de formación desde temprana edad en los infantes, que potenciarán particulares orientaciones socioculturales del carácter, variando sus determinaciones en importancia y velocidad según coordenadas espacio temporales a precisar en cada caso específico.

Este descentramiento de las condiciones socioeconómicas hacia una más amplia gama de condiciones ecológicas, demográficas, socioeconómicas y socioculturales ante las que el carácter social ha de formarse como adaptación dinámica de las energías psíquicas, conlleva entonces una corrección necesaria o reformulación en uno de los presupuestos nucleares de la teoría del carácter social y que la han distinguido de las perspectivas interpersonalistas, que mencionamos en el capítulo *La Teoría del Carácter Social y los Procesos de Formación Social de la (inter) subjetividad en las Actuales Condiciones de Globalización y Transnacionalización de la Sociedad Costarricense*, a propósito de la formación social de la subjetividad.

Entonces afirmamos que Fromm, siendo fiel a su contextualización sociocultural de las experiencias de crianza, presupuso que tras la multiplicidad de mediaciones, y más que resultado de los métodos de crianza y educación, el carácter se explicaba en función de los patrones y requerimientos de la estructura socioeconómica y cultural de una sociedad dada y su impacto en aquellos entornos, agentes y mecanismos de mediación de la experiencia sociopersonalizante. Ergo, estos requerimientos, en función de los cuales se forma el carácter social, ya no se reducirían a aquellas tareas concretas requerida por un modo de producción o una determinada formación social, sino que comprenden una diversidad de factores en interacción, dentro de los que se contemplan, sí, los vinculados

a las requerimientos e imperativos de la infraestructura socioeconómica, pero no sólo ellos.

Y aunque Fromm fue parcialmente consciente de ello, pues su propia teoría surgió en el marco de la dislocación histórica entre la conciencia de clase y la psicología de clase o estructura libidinal proletaria, y sus presupuestos fueron sufriendo un paulatino desplazamiento desde los determinantes socioeconómicos originales hacia una perspectiva cada vez más culturalista y sociodemográfica, sus apreciaciones sobre las particularidades de los entornos ambientales y socioeconómicos y sus articulaciones determinantes sobre los diferentes estilos parentales, otras correas de transmisión sociocultural y las diversas formaciones sociales del carácter, resultan excesivamente genéricas, vagas o ambiguas, internamente inconsistentes y más propositivas e ilustrativas que contrastadas o tan siquiera exploradas de manera sistemática.

En suma, la teoría del carácter social adolece de insuficiente precisión conceptual y coherencia interna, así como de potencia heurística en la elaboración de hipótesis específicas y diseños de estudios de campo sobre las diversas condiciones ecológicas y demográficas y requerimientos socioeconómicos y culturales, tales como los entornos rural o urbanos, composición étnica y de género, tasas de crecimiento demográfico, movimientos migratorios, actividad económica, estructura de clases y tipos familiares, en que operan las diferentes prácticas mediacionales que participan en la formación sociocultural del carácter, y en particular de las articulaciones y dislocaciones que se dan entre estas últimas en tal participación.

Falencias o carencias en la elaboración conceptual y producción de evidencia sistemática, en particular en el contexto de los actuales procesos de globalización, y en un escenario como el costarricense, a las que se agregaría el fuerte sesgo clínico-patologizante psicoanalítico y heurístico-configuracionista con que Fromm elaboró su taxonomía caracterológica y sustentó su “diagnóstico” social.

Para subsanar estas falencias o carencias, y dotar a la teoría de una formulación y fundamento más precisos sobre los procesos de formación o selección social del carácter, es necesario entonces especificar diferencialmente no sólo las condiciones socioeconómicas y socioculturales, sino también demográficas y ecológicas en que se desenvuelven los grupos humanos, las relaciones entre esas condiciones y los entornos familiares y demás instancias de mediación social y sus dinámicas características de crianza y socialización, así como las articulaciones y dislocaciones entre éstas y, finalmente, su impacto en la condición disposicional humana y las vías predominantes de desarrollo del carácter social.

Desarrollos afines a la tradición programática de la teoría del carácter social, como la teoría epigenética del desarrollo de Erikson, la teoría de los cambios sociodemográficos del carácter social de Riesman, el enfoque sobre carácter social y liderazgo organizacional de M. Maccoby, e incluso teorías de otras tradiciones programáticas como la teoría del cambio social y el desarrollo humano de la psicología transcultural y evolucionaria, y la teoría de los estilos de crianza de Baumrind-Macoby, enriquecerían y permitirían subsanar algunas de esas carencias en relación a las diferencias en las vías de desarrollo psicosocial o del carácter social, las vicisitudes de las estrategias o prácticas, en particular

parentales, de socialización y crianza que favoreceren unas u otras vías de desarrollo, y en los contextos culturales y peculiaridades ecológica, demográficas, tecnológicas y económicas que inciden directa e indirectamente en unas y otras, así como las articulaciones y dislocaciones dinámicas entre los diferentes ámbitos, que vendrían a precisar, completar o mejorar, así como corregir y reformular, muchos de los supuestos e hipótesis de la teoría del carácter social, particularmente en una perspectiva más explicativa y en el contexto de la globalización de la sociedad costarricense.

Erikson aporta un marco de comprensión del desarrollo social del carácter ausente en la teoría del carácter social. Su concepción epigenética del desarrollo implica concebirlo como un proceso continuo de adaptación tanto a los cambios biológicos internos como a los del entorno físico y cultural. Cómo enfrenta a cada edad estos retos o responde a estas tareas de vida, formaría sus competencias, valores, actitudes emocionales y sentido de identidad o sí mismo. Y, en la medida en que estas competencias y marcos de orientación y devoción guarden consistencia y continuidad funcional con los cambios corporales y las vicisitudes ecológicas, socioeconómicas y socioculturales, los individuos irían incrementando, como en la teoría del carácter social frommiana, sus capacidades reflexivas y productivas.

Su visión epigenética de los ciclos de vida o del desarrollo permite formular hipótesis sobre la emergencia en el desarrollo o maduración ontogénica de retos o dilemas existenciales o propios de la condición humana, cuyos modos de afrontamiento y resolución, exitoso o no, varía de un grupo a otro, de una cultura a otra.

En consecuencia, la tesis frommiana sobre la formación y asentamiento paulatinos de las orientaciones sociales del carácter a lo largo de los ciclos de infancia y adolescencia, y más allá, en caso de estabilidad y continuidad de las condiciones culturales, socioeconómicas, demográficas y ecológicas, ha de complementarse, desde esta perspectiva epigenética, con la especificación de los retos existenciales o de vida primordiales que cada ciclo supone y las continuidades y dislocaciones que sociodemográfica y culturalmente, y en entornos de crianza y socialización particulares, se experimentan de uno a otro ciclo de vida.

Además, la incorporación por Erikson de factores o aspectos ecológicos a los de estructura socioeconómica, sociocultural y tecnológica, aportaría mayor ampliación a la descripción y explicación de las variaciones en las condiciones y entornos de crianza y socialización así como en los patrones de desarrollo psicosocial y formación social del carácter, de acuerdo con las variaciones en los primeros.

Erikson aporta también evidencia acerca del papel de las diferentes prácticas de crianza en la conformación de valores y metas que encauzan la energía infantil en correspondencia funcional con las peculiaridades de sus entornos ecológicos e infraestructuras socioeconómicas, y cómo la consistencia y continuidad de estos valores y metas, convertidos en parte esencial del sentimiento de identidad de cada persona, dependen de guardar dicha correspondencia.

La tipología caracterológica elaborada por Riesman, así como la ofrecida por la psicología transcultural y evolucionaria sobre el desarrollo psicosocial y cognitivo, permitirían corregir el sesgo clínico de la taxonomía frommiana en la que se tienden a

confundir dimensiones psicosociales de procesos culturales políticos y socioeconómicos con categorías de procesos psicopatológicos; ofrecerían también una más detallada identificación y descripción de los “agentes psicológicos” de la sociedad y su participación en la crianza y socialización en los diferentes contextos sociodemográficos y socioeconómicos, así como de estos contextos y de las articulaciones y dislocaciones entre estos últimos, los agentes psicológico o de crianza y socialización, y la formación de las orientaciones del carácter socioculturalmente predominantes.

Riesman destaca el papel de las curvas de crecimiento demográfico en el moldeamiento de las diferencias socioculturales del carácter. En el contexto de determinadas ecologías productivas y de asentamiento y en conjunto con determinados niveles de desarrollo tecnológico, de la comunicación y la alfabetización, las curvas de crecimiento demográfico potencian sistemas de crianza y socialización funcionales que varían conforme se modifican aquellas y facilitan el desarrollo de determinadas orientaciones sociales del carácter. Su perspectiva ofrece una mejor comprensión del papel que en los diferentes momentos del crecimiento demográfico, desempeñan los escenarios, agentes y dinámicas familiares, escolares, mediáticos y de pares en los procesos de formación del carácter social y en particular de sus mecanismos, así como de sus articulaciones o interrelaciones socializadoras, lo que, como se menciona líneas arriba, resulta harto genérico y más formulativo e ilustrativo que desarrollado en la teoría frommiana.

Su propuesta de las orientaciones del carácter sustentada en los “modos de conformidad social, si bien, como el mismo autor reconoce, no pretende abarcar todo el carácter social”, obviando uno de los aspectos medulares de la teoría frommiana del

carácter, el de los “modos de creatividad social” u orientaciones productivas del carácter, posibilita, no sólo una despatologización de las categorías del carácter social, sino una desidealización de la del carácter productivo como entidad escatológica o utópica del carácter social, para reencaminarla hacia la investigación de los modos de creatividad social o productividad, tal y como lo haría el mismo Fromm junto a Maccoby, quien luego insistirá en este aspecto, en su estudio sobre el carácter del campesino mexicano (1970/1974), que caracterizarían las orientaciones del carácter social en las sociedades según sus diferentes fases de desarrollo demográfico.

Maccoby, con sustento en su experiencia con el mismo Fromm en el estudio sobre el campesino mexicano (Fromm & Maccoby, 1970/1974), así como en otros estudios realizados posteriormente por él con trabajadores, ingenieros y administradores en EEUU, insiste en la necesidad de desembarazarse del sesgo profético o utópico de la formulación frommiana sobre el carácter productivo, y propone una reformulación de su sentido en términos de las actitudes y experiencias humanas fundamentales de cara al desarrollo tecnológico y organización socioeconómica del momento. En concreto, propone desechar la categoría frommiana de la orientación productiva del carácter social, redefiniendo la productividad, en consonancia con lo efectuado por él y Fromm en Sociopsicoanálisis del campesino mexicano (1970/1974), como el grado o intensidad de agenciación o interés, motivación y compromiso que la persona pone en sus respuestas físicas, mentales, emocionales y sensoriales hacia los demás, su sí-mismo y el mundo social y natural que lo circunda, grado de intensidad que marcaría la dirección productiva o improductiva de la orientación caracterológica socialmente predominante en determinadas coordenadas espacio-temporales. Reformulación que además libera la teoría

del sesgo de la polaridad patologizante entre tendencias o vías progresivas versus regresivas en la formación social del carácter.

La psicología transcultural y evolucionaria también resalta el papel de las variaciones sociodemográficas y culturales sobre los entornos de crianza y de estos en las vicisitudes del desarrollo psicosocial y cognitivo desde temprana edad, pero, como la teoría del carácter social, también propone que la mutabilidad de este desarrollo no es ilimitada sino condicionada por la condición humana, representada por la herencia evolucionaria, consistente en diferentes vías de desarrollo basadas en la adaptación de programas genéticamente abiertos a las condiciones sociodemográficas, de tal manera que los procesos propios de entornos específicos moldearían estilos cognitivos y sociales a partir de requerimientos universales del desarrollo humano que, como en la teoría epigenética de Erikson, van surgiendo en diferentes momentos del ciclo vital.

Así como la teoría del carácter social plantea que los impulsos psicológicos se desarrollan en el proceso social, y como reacción a determinadas condiciones de vida en que las personas en formación han de hacer frente a sus necesidades de sobrevivencia, relación y orientación, la psicología transcultural y evolucionaria sostiene que resulta evidente que los seres humanos están expuestos a retos específicos del desarrollo con el fin de adaptarse a diferentes entornos a lo largo de su vida, siendo la formación de relaciones con otros significativos la primera de estas tareas de desarrollo adaptativo y condición de sobrevivencia en todo entorno, seguida por la formación de destrezas cognoscitivas y de vínculo y autonomía.

Asimismo, en concordancia con la teoría del carácter social, postula que resulta evidente que, si bien los seres humanos disponemos de un repertorio conductual común biológicamente sustentado, las variaciones culturales en entornos específicos van a incidir en la selección de diferentes componentes de ese repertorio común y desde muy temprana edad.

Las culturas diferirían substancialmente respecto a sus expectativas de desarrollo psicosocial, pudiendo tales diferencias en lo esencial ser descritas en términos de las concepciones que en los diversos entornos prevalecen respecto a la agenciación o autonomía, la conectividad o vínculo, o incluso los procesos cognoscitivos, considerados necesidades básicas universales, como metas de crianza y socialización.

Estos diferenciales énfasis en los estilos de crianza y en los constitutivos caracterológicos e identitarios de los sujetos resultantes, identificables en términos de dos grandes prototipos de orientación o vías socioculturales del desarrollo, serían, además, asimilables a la noción frommiana de matriz sociocultural de organización del carácter, en particular, a los complejos matricéntrico y patricéntrico, uno, denominado el prototipo de orientación sociocultural interdependiente, caracterizado por priorizar el desarrollo del si-mismo como un agente comunal, básicamente interconectado con los demás, empático, orientado al rol y a las metas grupales; el otro, el prototipo de orientación sociocultural independiente, favorecedor del desarrollo del sí-mismo como agente individual, autocontenido, separado de los demás y único, enfocado en las metas, derechos y necesidades personales, relacionándose con los otros según su libre elección.

Ellos constituirían los extremos de un contínuum cuyos puntos intermedios estarían conformados por entremezclas variopintas de ambas orientaciones extremas, en función de la dirección en los cambios ecológicos, demográficos, económicos y culturales, tales como creciente urbanización, industrialización, apertura comercial, tercerización de la economía, estratificación de clases, nivel de tecnologización, multiculturalidad, escolarización, índice de divorcios y de familias unparentales, esperanza de vida, y disminución en los índices de mortalidad general e infantil así como en la fertilidad y tamaño y composición de las familias.

En cuanto al punto de vista epigenético, desde el que la psicología transcultural y evolucionaria, al igual que Erikson, conciben el interjuego de las potencialidades biológicas y las condiciones ambientales en el desarrollo psicosocial, su incorporación permitiría superar el dualismo natura-nurtura o instinto-cultura desde el que Fromm elaboró su teoría e incorporó la condición existencial o sociobiológica como constante de una condición humana a la vez irreductible al instinto y constante ante las vicisitudes sociohistóricas y culturales.

La psicología transcultural y evolucionaria comparte con Erikson la concepción epigenética de que el desarrollo implica un conjunto de dilemas o tareas a lo largo de la vida, por el que las soluciones de los retos anteriores forma los cimientos para los pasos posteriores, concepción que como ya hemos afirmado falta en la teoría del carácter social de Fromm.

Desde esta perspectiva epigenética del desarrollo psicosocial, premisas e hipótesis sobre necesidades específicamente humanas o del desarrollo del ser y su socialización,

tales como la experiencia volitiva, agenciación o efectividad, la necesidad de vínculo y arraigo, pueden ahora ser sustentadas, reformuladas y contrastadas con los avances más recientes de las neurociencias y la psicología evolucionaria, y en el marco de su emergencia, afrontamiento y resolución en el desarrollo ontogénico y en diversos grupos y culturas.

La heurística más analítica del programa de investigación transcultural y evolucionario permite desagregar los procesos ecológicos demográficos y socioeconómicos generales en factores cuyas variaciones particulares es posible rastrear en sus implicaciones en las variaciones de los valores culturales, los entornos de crianza y el desarrollo psicosocial, haciendo de estas relaciones una fuente de predicciones hipotéticas altamente precisas, singulares y contrastables.

Empero, si bien el programa de investigación transcultural y evolucionario, viene a suplir muchas de las carencias de la teoría del carácter social para dar cuenta de los procesos de formación sociocultural de la subjetividad, en particular al especificar en mejor medida las articulaciones precisas entre, por un lado los cambios en los factores sociodemográficos y socioeconómicos y los entornos culturales que modelan las etnoteorías parentales sobre el desarrollo infantil y las metas de socialización, y, por el otro, las variaciones en los estilos parentales de crianza y las formaciones sociocognitivas resultantes, también él requiere de mayores puntualizaciones, adiciones, desarrollos, modificaciones y contrastaciones en su modelo de patrones sociodemográficos, valores culturales, entornos de crianza y socialización y vías de desarrollo psicosocial, muy restringido a los entornos familiares, a los primeros años de vida infantil y a unas cuantas expresiones de su desarrollo social y cognitivo, para dar cuenta de las interacciones entre

los infantes, sus figuras parentales y demás agentes psicosociales, y poder proyectar predictivamente sus consecuencias sobre las vías del desarrollo psicosocial, así como del modo en que las variaciones en los factores ecológicos, demográficos, socioeconómicos y socioculturales inciden en los procesos de crianza y socialización, y de los alcances del contínuum colectivismo-individualismo como bipolaridad ideal de la diversidad histórica y cultural de las orientaciones socioculturales de la subjetividad.

Aún más, centrado en el *self*, el programa transcultural revela inconsistencias en su concepción del sentido de identidad al procurar, más allá de describir esta diversidad de auto cogniciones, establecer patrones socioculturales metacognitivos del sí-mismo, filtro social diría Fromm (1992/1990), y buscar explicaciones biogenéticas, sociodemográficas, socioeconómicas, culturales y psicosociales de tales patrones.

Y es que al destacar diferentes prototipos del sí-mismo o identidad, correspondientes a variaciones en el contínuum interdependencia-independencia, la perspectiva transcultural y evolucionaria estaría resaltando, más que las capacidades cognitivas y sociales de apertura al mundo, las ideas, los valores y las personas, propias del *self*, una modalidad anímico-existencial que desde el orden de lo involuntario regula o limita tales capacidades a la manera de una “perspectiva finita, no elegida de nuestro acceso a los valores y del uso de nuestros poderes” (Ricoeur, 1996, p. 113), esto es, del carácter, en tanto “apertura finita de mi existencia tomada como un todo” (Ricoeur, 1996, p. 115). El caso, es que en el contínuum bidimensional de independencia-interdependencia, la disposición cooperativa o competitiva, el sentido de arraigo o autosuficiencia, el gozo en la frugalidad o en el consumismo y demás, más que opciones cognitivo-sociales del sí-mimo serían rasgos no conscientes del carácter social.

En suma, estas orientaciones socioculturales del desarrollo, en tanto las entendamos, más allá del *self*, como ethos, costumbres, hábitos y representaciones adquiridos y sedimentados en disposiciones individuales que, anclando en vicisitudes ecológicas, demográficas, socioeconómicas y socioculturales diferenciales, configuran particulares estilos de crianza y socialización que han de moldear estructuras anímicas, sociales y cognitivas de determinada orientación sociocultural, serían asimilables a la noción de carácter social como matriz sociocultural de organización del carácter individual.

Y si bien la perspectiva evolucionaria supone que las disposiciones del desarrollo social y cognitivo, así como los componentes y mecanismos de crianza e interacción parentales, encuentran algún soporte genético, mientras que la teoría del carácter social resalta más bien la especificidad o capacidad holística funcional resultado de dicho proceso evolucionario, una especie de naturalismo biológico de propiedades emergentes, la falta de identificación de mecanismos genéticos específicos, ubica ambas hipótesis en un mismo plano fenomenológico, cuestión que sólo habrá de dirimir la investigación sistemática, inter o transdisciplinaria, que profundice en el desarrollo psicosocial como la interacción entre biología, ecología, estructura socioeconómica y cultura, una vía de integración de las oportunidades y constricciones biológicas, las condiciones o exigencias del medio y las normas y valores culturales.

Asimismo, aunque el enfoque transcultural y evolucionario de las orientaciones socioculturales logra establecer relaciones más o menos precisas entre indicadores sociodemográficos, socioeconómicos incluidos, y estructura familiar y estilos parentales de crianza, sus apreciaciones sobre las variaciones en los entornos no familiares de crianza

y socialización y sus articulaciones y dislocaciones con éstos, siguen pecando de gran generalidad, con apenas algunas especificaciones acerca de las diferencias culturales prevalecientes en unos y otros y los efectos de los primeros en los segundos y en las vías del desarrollo psicosocial.

Finalmente, la tesis predominante en la psicología transcultural y evolucionaria sobre la oposición colectivismo-individualismo como los extremos de un contínuum de las sociedades tradicionales precapitalistas a las sociedades posindustriales crecientemente integradas a un mercado mundial, contrasta con las tesis más bien parabólicas o de curva en U invertida de Fromm y Riesman sobre las orientaciones receptivo-simbióticas, acumulativo-compulsivas, explotador-narcisistas y mercantilistas del primero y tradicional, de dirección interna y heterodirección del segundo. Mientras la teoría transcultural y evolucionaria predominante supone que a mayor globalización y tercerización de la economía mundial mayor estaría siendo la autonomía e independencia, Riesman y Fromm propusieron que dichos procesos macrosociales se acompañarían en las grandes metrópolis, por el contrario, de una pérdida de la autonomía yoica y cada vez mayor heterodirección y mercantilización del carácter. Una incongruencia de implicaciones heurísticas y teóricas que demanda el esfuerzo en la precisión conceptual, el ensayo mental y el diseño de investigación sistemática en diferentes escenarios, en particular en el latinoamericano, donde la investigación señala que los procesos de globalización que llevan a la creciente urbanización, desarrollo socioeconómico y escolarización de las sociedades de la región, se encuentran asociados con el incremento de una orientación más bien autónomo-interdependiente o interactivo-emocional, para unos expresión de una vía de desarrollo psicosocial independiente de las vías de

orientación colectivista e individualista, para otros, una etapa transicional intermedia entre éstas.

También el modelo de los patrones parentales de crianza de Baumrind y E. Maccoby ofrece un esquema heurístico enriquecedor para profundizar en el papel específico de diferentes estilos parentales de crianza como mecanismos de selección social del carácter y sus articulaciones con las peculiaridades de los entornos ecológicos, demográficos, socioeconómicos y socioculturales.

Desde una perspectiva centrada en el manejo del control y las expresiones de afecto, Baumrind y E. Maccoby proponen un modelo de estilos parentales de crianza, sustentado en las diferencias en los modos particulares en que las figuras parentales combinan las formas de control, las demandas de madurez, la comunicación, las expresiones de afecto y los cuidados y atenciones para con sus hijos, y en cómo estos modos afectan el desarrollo de diferentes rasgos de carácter en éstos, que facilita pasar del nivel metafórico, conjetural o especulativo, al propiamente hipotético y de exploración sistemática en torno a las particularidades interpeladoras de los diferentes estilos parentales y sus influjos sobre las diversas formaciones del carácter social.

Al igual que la teoría del carácter social y la perspectiva de la psicología transcultural y evolucionaria, el modelo de estilos parentales de crianza establece una relación entre las actitudes parentales y el desarrollo de determinados rasgos y actitudes infantiles y adolescentes que los caracterizaría como más o menos autónomos, sumisos o heterodirigidos, idiocéntricos o aloicéntricos, autoritarios o democráticos, productivos o improductivos, receptivos o emprendedores, narcisistas o altruistas, afectuosos u hostiles.

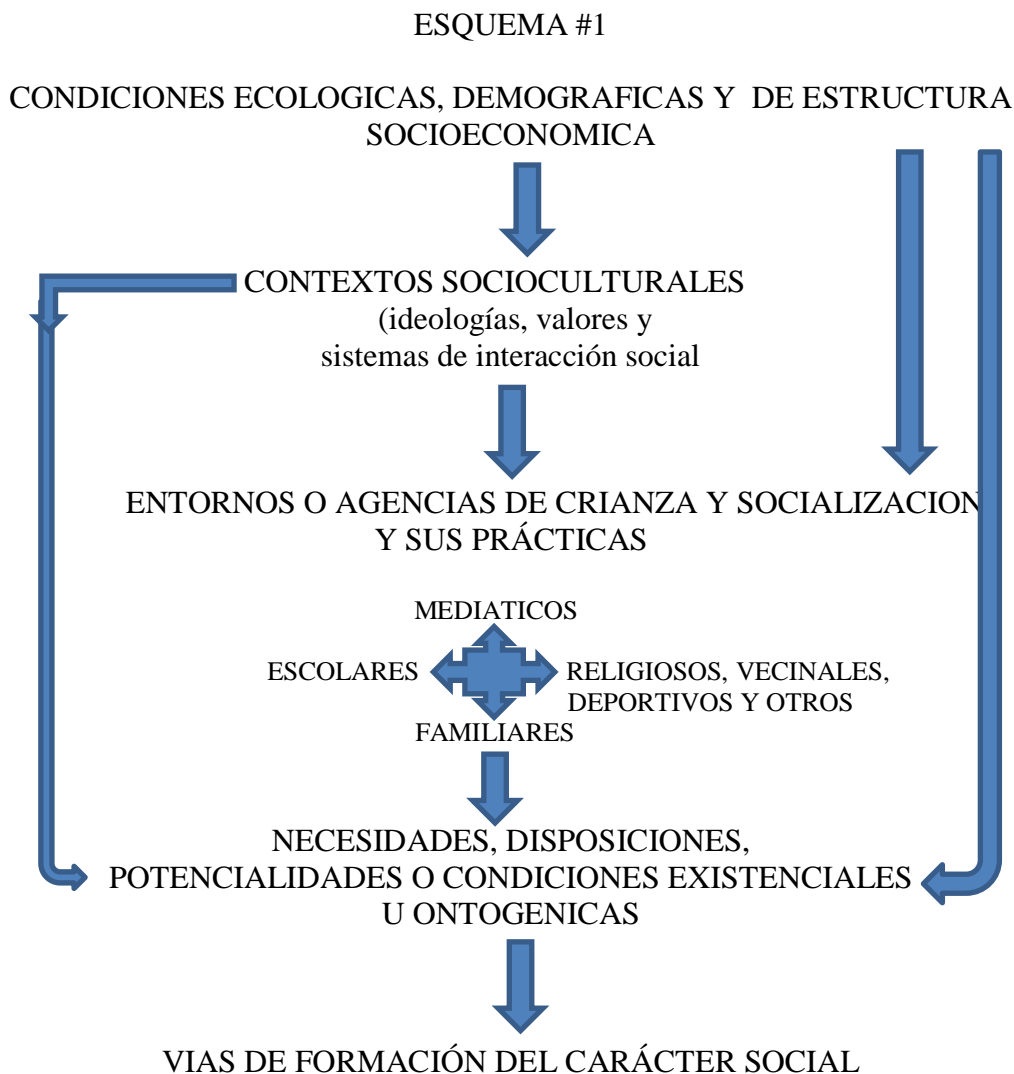
Los estilos autoritario e indiferente constituirían los extremos de un contínuum en las dimensiones del control y promoción/restricción de la agenciación y de la expresión del afecto y promoción/restricción de la relacionalidad, ocupando los estilos de autoridad tradicional, autoritativo y permisivo, así como sus posibles permutaciones valores intermedios entre ambo extremos. Este contínuum tendería a converger con aquel contínuum del estilo de crianza parental que en la teoría la psicología transcultural y evolucionaria se identifica como sociocéntrico-idiocéntrico o, en la teoría del carácter social, tradicional-heterodirigido.

Variaciones en el continuum de estos estilos y sus permutaciones estarían acompañados de variaciones en las vías de formación social del carácter hacia una mayor o menor agenciación-impotencia, vinculación-alejamiento, altruismo-egoísmo, independencia-dependencia, actividad-pasividad, extraversión-introversión, autocontención-impulsividad y afectuosidad-hostilidad.

Sin embargo, y a pesar de algunos señalamientos de las diferencias socioeconómicas y etnoraciales al respecto, la tipología de Baumrind y E. Maccoby no incorpora propiamente las conexiones entre los variaciones interpeladoras de los diferente estilos parentales y sus influjos sobre las vías de desarrollo psicosocial del carácter y las peculiaridades de los entornos socioculturales, socioeconómicos, demográficos y ecológicos más amplios.

Integrando los aportes de estas teorías y enfoques en un esquema de potencia heurística, como el sugerido por Greenfield (1999), sobre los procesos de formación social

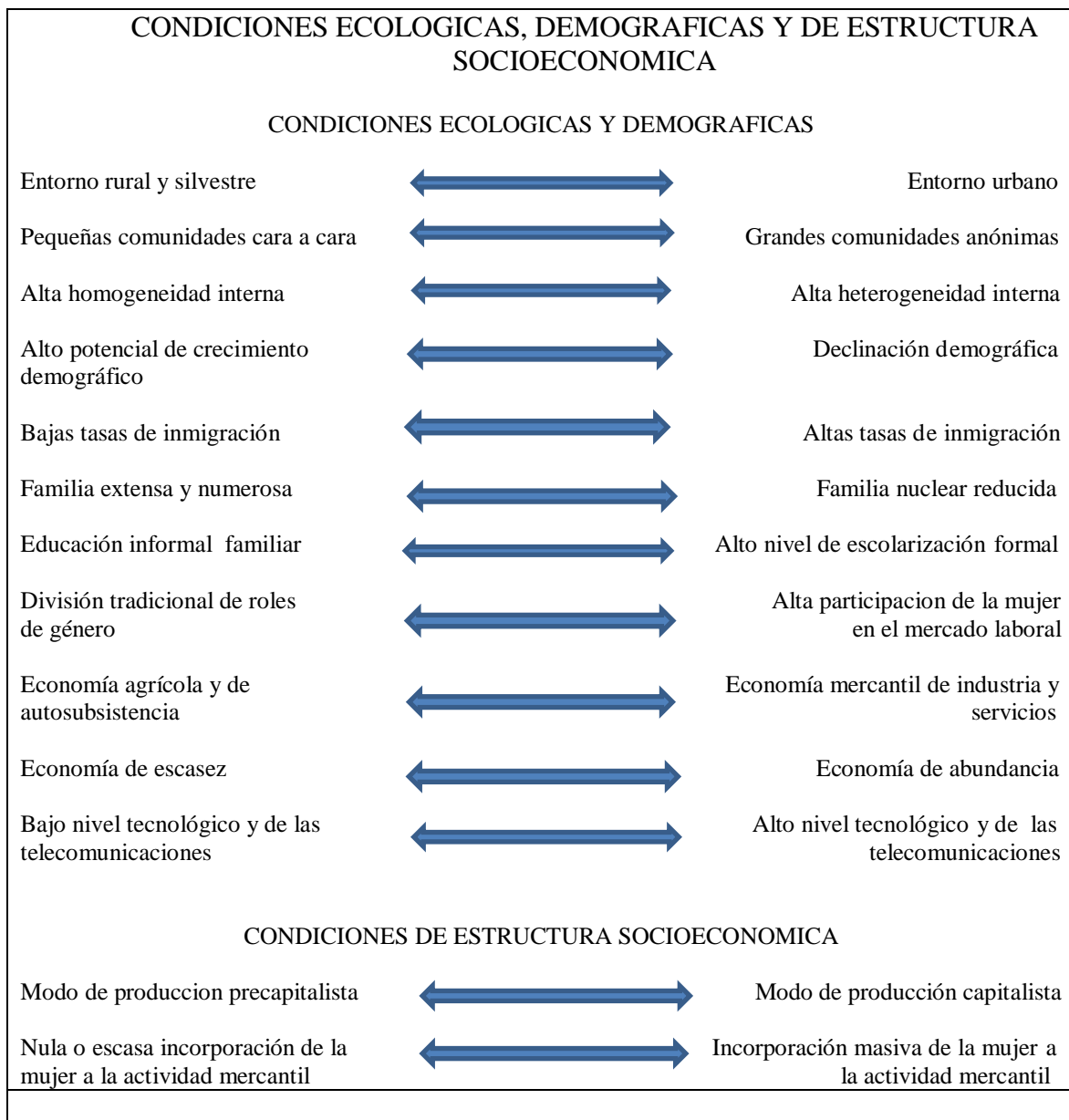
del carácter y en el que se incorporarían como principales categorías las vías de formación del carácter social, las necesidades, disposiciones, potencialidades o condiciones existenciales u ontogénicas, los entornos o agencias de crianza y socialización y sus prácticas, los contextos socioculturales o ideologías y valores y sistemas de interacción social, y las condiciones ecológicas, demográficas y de estructura socioeconómica, y estableciendo entre ellos relaciones de determinación y dirección de los cambios, proponemos el siguiente esquema de relaciones hipotéticas por el que las condiciones ecológicas, demográficas y de estructura socioeconómica influirían directa o indirectamente sobre los contextos socioculturales y los entornos de crianza y socialización, y a través de ellos sobre las necesidades o disposiciones práctico-expresivas vitales y las vías de formación social del carácter. Estas determinaciones suponen influjos predominantemente descendentes, aunque también admiten efectos de retroacción o doble vía, así como dislocaciones entre los diferentes niveles de determinación que incidirían en la variabilidad y dinámica de las vías de formación social del carácter.

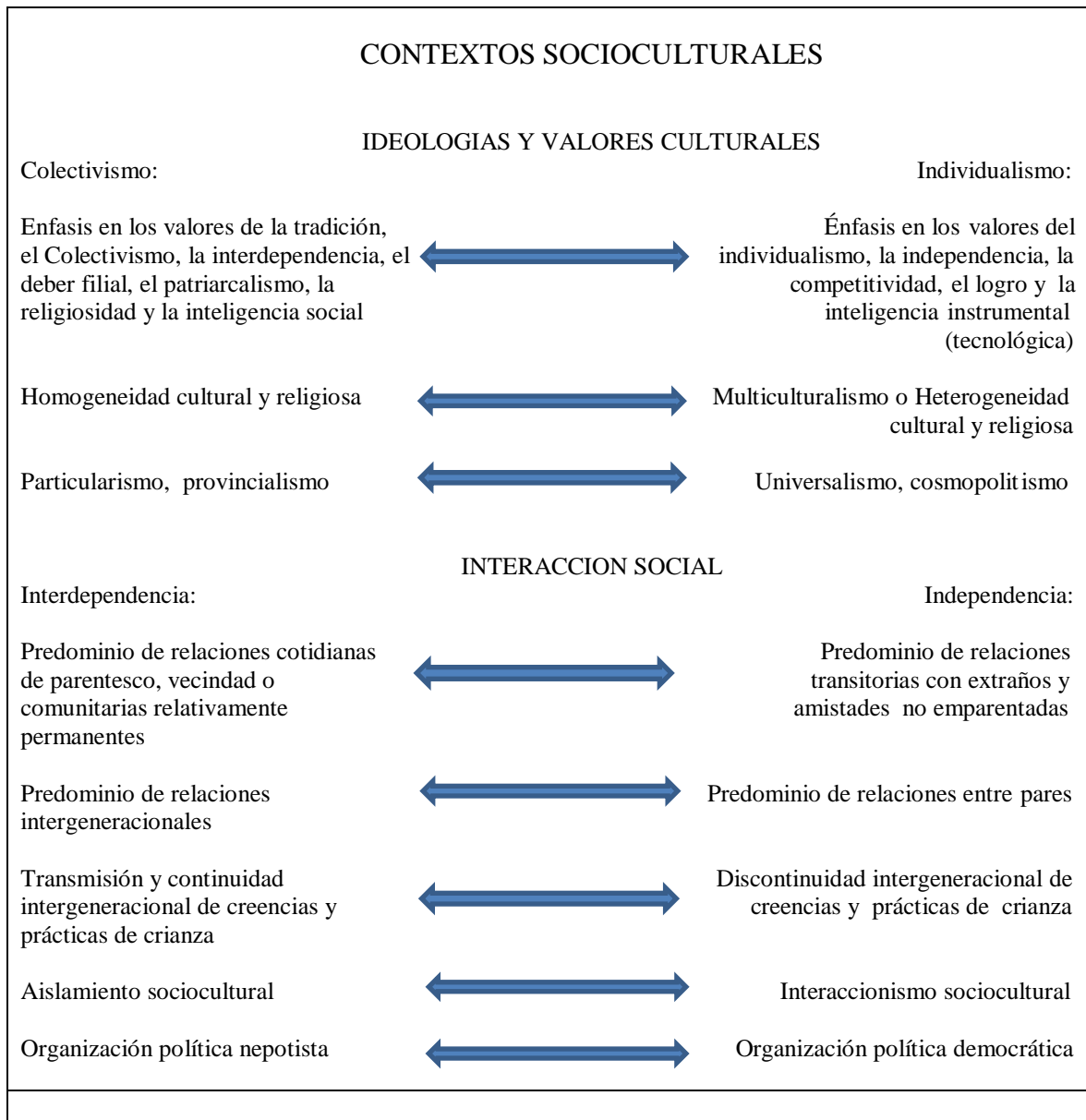


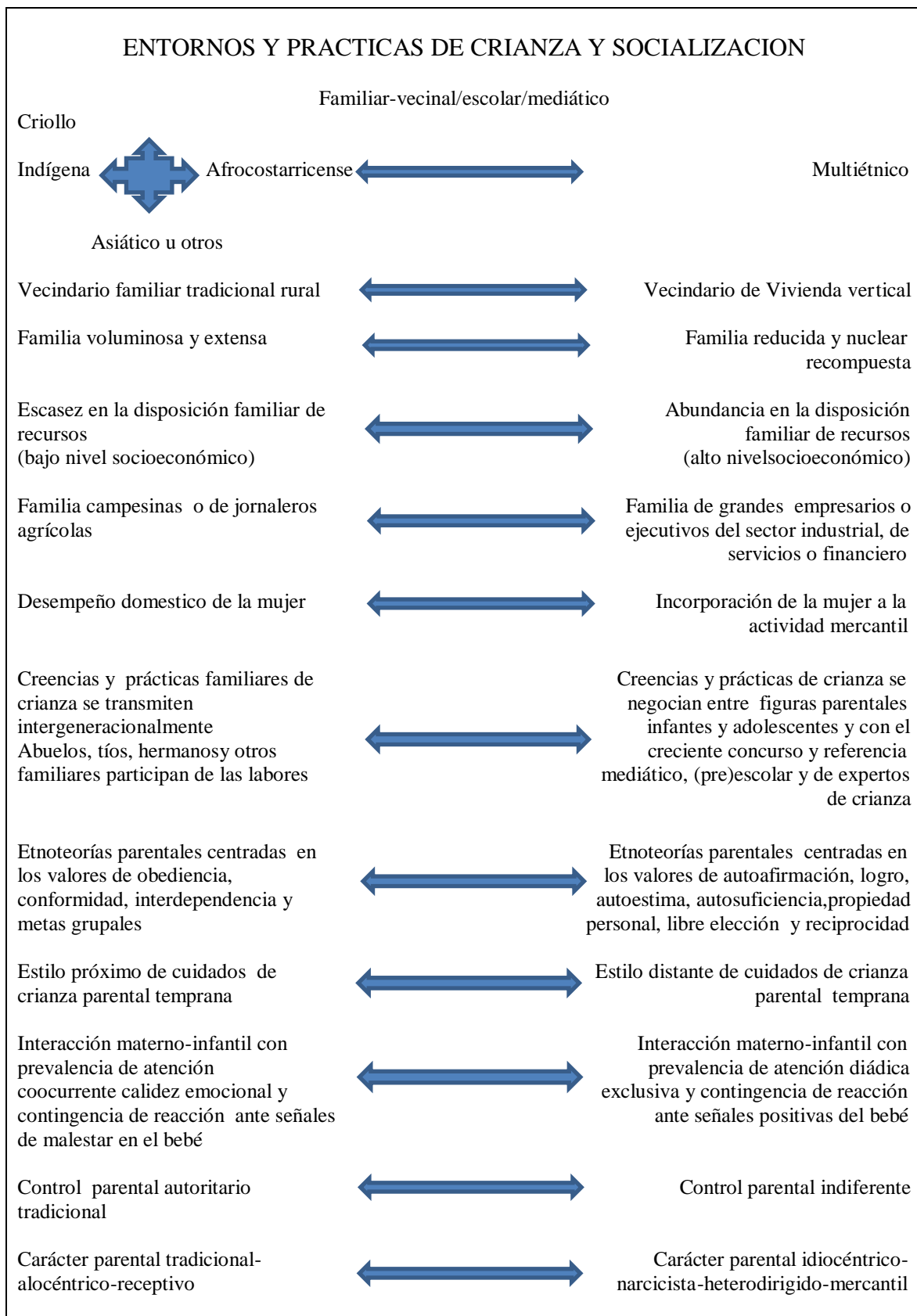
En este esquema las condiciones ecológicas, demográficas y de estructura socioeconómica, contexto sociocultural y los entornos y prácticas de crianza y socialización, conformarían un conjunto de aspectos más o menos multidimensionales en constante cambio que pueden ser comprendidos desde la perspectiva de un contínuum horizontal de doble vía, aunque históricamente predomina la vía de izquierda a derecha, algunos de cuyas características con fundamento hipotético o empírico más relevantes están representadas en el siguiente esquema, que también desagrega diferentes aspectos o

rasgos en las vías de formación del carácter social, e incluso identifica dimensiones en disposiciones de pretensión transcultural o universal, aunque en el caso de las disposiciones a la agenciación y la productividad, las flechas verticales de doble dirección pretenden señalar que su correspondencia vectorial con las vías de formación caracterológica y prácticas de crianza y socialización se encuentran a un nivel de diseño más exploratorio que de contrastación de hipótesis.

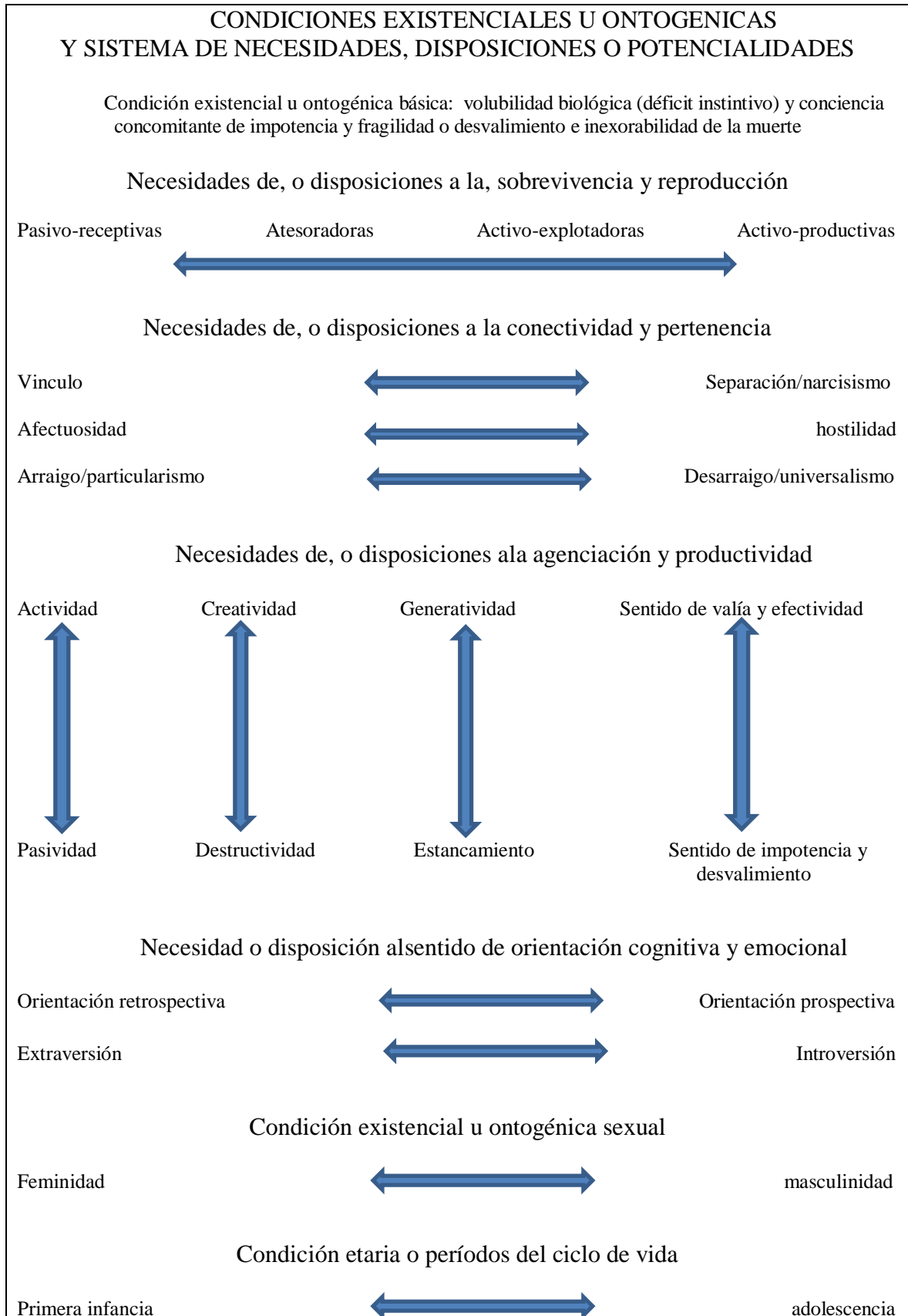
ESQUEMA #2







Enfasis en las actividades y deberes familiares de infantes y adolescentes	↔	Enfasis en actividades y deberes escolares de infantes y adolescentes
Patrones sexuales de crianza diferenciados	↔	Patrones sexuales de crianza indiferenciados
Ambiente mejor adaptado para fomentar inteligencia social	↔	Ambiente mejor adaptado para fomentar inteligencia tecnológica
Escaso o nulo clima familiar de escolarización	↔	Alto clima familiar de escolarización
Institución pública de enseñanza	↔	Institución privada de enseñanza
Institución escolar diferenciada	↔	Institucion escolar diversa
Modelo de aprendizaje escolar más interdependiente (valoración de cooperación, tutelaje y modelaje intergeneracional y la memoria); énfasis en perspectivas compartidas	↔	Modelo de aprendizaje escolar mas independiente (valoración del ensayo-error y el escepticismo y curiosidad); énfasis en diferencia de perspectivas
Valores, creencias, prácticas y actitudes religiosas se fomentan intensamente	↔	Ausencia de valores, creencias, prácticas y actitudes religiosas
Predominio de la homogenidad religiosa	↔	Predominio de la diversidad religiosa
Predominio de la interacción cara a cara en la comunicación, información, formación, trabajo, y entretenimiento cotidianos	↔	Predominio del uso de dispositivos audiovisuales e informáticos en la comunicación, información, formación, trabajo y entretenimiento cotidianos



VIAS DE FORMACIÓN SOCIAL DEL CARÁCTER		
Alocentrismo Tradicional Receptivo-interdependiente	Interactivo-emocional autodirección acumulativo-independiente	Idiocentrismo-narcisismo Heterodirección explotador-narcisista mercantil-hedonista
Tendencia temprana a la autorregulación antes que al autorreconocimiento	↔	Tendencia temprana al autorreconocimiento antes que a la autorregulación
Tendencia al apego	↔	Tendencia a la exploración
Enfasis a los efectos sociales y contexto social de la acción de las personas	↔	Enfasis en la comprensión de las intenciones individuales y los rasgos detrás de la acción y la psique individual
Tendencia al desarrollo psicosocial por adscripción de roles según nacimiento y a la reproducción de pautas y patrones socioculturales	↔	Tendencia al desarrollo psicosocial por libre elección, a la innovación, curiosidad, eficacia y flexibilidad
Tendencia a la conformidad, el compartir, el bien común, la responsabilidad social, el altruismo, la empatía y la compasión	↔	Tendencia a la gratificación hedonista, la propiedad, el egoísmo, la competitividad, y el logro personal
Tendencia al alocentrismo familiar, la piedad filial y el arraigo (coagencia vincular)	↔	Tendencia al idiocentrismo, enfocado en las metas, derechos y necesidades personales, la separación de los demás y la libre elección (agencia autónoma)
Orientación al fatalismo, impotencia, sumisión autoritaria e indiferencia política	↔	Orientación al indiferente políticamente bien informado
Tendencia al dogmatismo, la estereotipia y el prejuicio	↔	Tendencia a la tolerancia, la flexibilidad y la pluralidad
Religiosidad o espiritualidad	↔	Agnosticismo o ateísmo
Tendencia al pensamiento (habilidades cognitivas) concreto e intuitivo	↔	Tendencia al pensamiento (habilidades cognitivas) abstracto o simbólico

De acuerdo con el esquema, en la medida en que los aspectos más o menos multidimensionales que conforman las condiciones ecológicas, demográficas y de estructura socioeconómica, se desplacen de izquierda a derecha, los que conforman los contextos socioculturales y entornos de crianza y socialización, así como las condiciones

y necesidades o disposiciones ontogénicas y las vías de formación social del carácter, se desplazarán en dirección correspondiente y viceversa.

Con base en dicho esquema proponemos remozar la potencia heurística de la teoría del carácter social, fortalecer su consistencia externa, capacidad unificadora y contrastabilidad teórica y empírica, extender su radio de comprensión, reformular algunos presupuestos y conceptos e introducir otros nuevos, y rescatar y ampliar su aplicabilidad práctica como base o guía en el diseño de proyectos de investigación en aspectos medulares a todo programa nacional de investigación psicosocial de las formaciones de las (inter) subjetividades, tales como:

- i. el impacto que las variaciones en las condiciones objetivas que estructuran la sociedad tienen sobre las variaciones en las vías de formación del carácter social.
- ii. las particularidades de las diversas instancias, agentes y modalidades o estrategias de socialización y crianza que favorecen el desarrollo de las matrices caracterológicas correspondientes a las diferentes condiciones ecológicas demográficas, socioeconómicas y socioculturales y en el contexto actual de la globalización.
- iii. las articulaciones, y dislocaciones que se producen entre las diferentes instancias, agentes y modalidades de socialización y crianza, las orientaciones específicas del carácter social y la diversidad de entornos ecológicos, demográficos, socioeconómicos y socioculturales.
- iv. los alcances y limitaciones heurísticos de las dimensiones idiocéntrico-alocéntrico (autonomía-interdependencia), receptivo interdependiente-acumulativo independiente-explotador narcisista-mercantil hedonista, o de dirección tradicional-de dirección interna-heterodirigido, para calificar la

diversidad de orientaciones socioculturales del carácter que las distintas condiciones de vida y modalidades de crianza y socialización favorecen, así como de los estilos tradicionales, autoritativos-autoritarios-permisivos-negligentes, para dar cuenta de estas modalidades en los diferentes períodos del ciclo de vida infantil y adolescente.

- v. la exploración de las vías de desarrollo social del carácter que el contexto social costarricense ofrece en su dinámica y diversidad, no solo en los escenarios más tempranos de la niñez y la adolescencia, sino a lo largo de todo el ciclo vital, y desde una perspectiva de pluralidad paradigmática y disciplinaria de abordaje.

Problemas más puntuales, tales como las variaciones en la estructura de clases y el nivel socioeconómico, los procesos de desterritorialización, descentramiento y desespacialización urbanos, las representaciones y metas formativas que animan planes y programas escolares, contenidos, actividades de enseñanza-aprendizaje, modalidades de evaluación, y métodos disciplinarios, las experiencias mediáticas y de sociabilidad virtual, las variaciones en las creencias y prácticas religiosas, y su impacto en las variaciones formativas del carácter social y en diferentes contextos socioculturales y sociodemográficos, se encuentran debidamente identificados y fundamentados en el capítulo sobre *La Teoría del Carácter Social y los Procesos de Formación Social de la (inter) subjetividad en las Actuales Condiciones de Globalización y transnacionalización de la Sociedad Costarricense*.

Más allá de las falencias específicas de la teoría del carácter social, se reconoce la carencia o escasez de investigación psicosocial sistemática en general sobre aspectos comparativos más específicos del modo de vida, estilos de crianza y socialización y vías

del desarrollo psicosocial en los diferentes entornos familiares, escolares, virtuales y ecológicos, y en particular de sus entremezclas o hibridaciones, según etnias y clases sociales, y en el contexto de los procesos de globalización tanto a nivel nacional como regional.

Tanto a nivel nacional como regional, se requiere profundizar la investigación sistemática en torno a los patrones de socialización de género y la formación sociocultural de las orientaciones del carácter correspondientes, y no sólo en las prácticas y experiencias parentales, también en las escolares, religiosas y mediáticas y en los diferentes entornos socioeconómicos, demográficos y ecológicos, y en el contexto de los procesos de globalización. Prácticamente virgen resulta la exploración de las llamadas identidades *queer* y los posibles procesos subyacentes de formación social del carácter.

Se requiere también mayor precisión conceptual y delimitación empírica de las clases sociales y del modo en que inciden en la estructura y dinámica de las instancias familiares, escolares, vecinal-comunitarias, mediáticas, religiosas y demás instancias de crianza y socialización, así como en los procesos de socialización secundaria, y a través de ellos en los procesos de formación social del carácter; además, de sus interacciones con los factores ecológicos, demográficos y culturales de las poblaciones costarricenses.

No se cuenta con estudios más específicos, sistemáticos y de campo que exploren en las peculiaridades de crianza y socialización familiar, escolar, religiosa, mediática y vecinal o comunal en los diferentes entornos indo y afro costarricenses.

Es importante explorar más sistemáticamente las diferencias de las ecologías rurales y urbanas en la investigación de las variaciones en los procesos de desarrollo psicosocial del infante y el adolescente, profundizando en las peculiaridades de éstas en sus interacciones con los entornos familiares, escolares y mediáticos de crianza y socialización, así como con las dinámicas demográficas, socioeconómicas y socioculturales recientes.

Resulta extremadamente poco lo que se ha investigado sobre los valores y orientaciones de carácter de los educadores, sus representaciones, actitudes y expectativas sobre los fines de la educación y el impacto de sus prácticas docentes en la socialización de los educandos, y en particular, en la formación de las estructuras sociales de carácter de éstos en los diferentes contextos socioculturales de enseñanza-aprendizaje. Asimismo destaca la necesidad de exploración de las interacciones, convergencias y dislocaciones de las experiencias escolares con las experiencias mediáticas, en particular las TIC en dichos procesos formativos del carácter, y en los distintos entornos ecológicos, socioeconómicos y socioculturales del país.

Apenas se tiene un poco de información sobre el influjo radial y televisivo en los entornos de socialización, particularmente familiares, las actitudes parentales y algunas tendencias del desarrollo psicosocial, el uso que infantes y adolescentes están haciendo de las nuevas tecnologías de información, comunicación y entretenimiento, siendo menester la realización de mayor cantidad de estudios que permitan ampliar y profundizar la comprensión de este fenómeno de los medios como “agentes psicológicos de la sociedad” y en particular de sus articulaciones o dislocaciones mediacionales y con las otras

instancias de crianza o socialización en diferentes entornos ecológicos, socioeconómicos y socioculturales, para dar cuenta de las vicisitudes en los procesos de formación y transformación social del carácter.

Y en cuanto al papel de las instituciones, creencias, prácticas y actitudes religiosas, su dinámica, variaciones e interacciones con otras instancias, valores y prácticas en los procesos de crianza y socialización y en diferentes entornos ecológicos, demográficos, socioeconómicos y socioculturales, constituye una problemática que aún espera ser abordada por la investigación sistemática, al menos nacional.

Finalmente, se ha señalado que la estructura sintáctica y semántica de la teoría del carácter social, elaborada a mediados del siglo pasado, ha perdido actualidad respecto a las estructuras de las teorías científicas más recientes. Estas, más que sistemas de alcance general, dentro de los que se ubicaría la teoría del carácter social, pero también más que conjuntos de hipótesis específicas contrastables, constituirían complejas estructuras conformadas por una serie de principios metodológicos y metafísicos, leyes explícitamente establecidas, procedimientos, instrumentos y técnicas de aplicación de esas leyes a diversos tipos de situación del mundo real, que permitan describirlos, explicarlos y predecir su acontecer (Chalmers, 2000).

Cierto que la teoría del carácter social peca de falta de precisión y delimitación conceptual y en particular, dado el sesgo ensayístico y especulativo de su fundador, pobre trabajo de contrastación empírica acerca de las formaciones sociales del carácter en diferentes entornos socioculturales, socioeconómicos, demográficos y ecológicos, que atentan contra su capacidad o potencia heurística. Sus presupuestose hipótesis sobre las

múltiples prácticas y experiencias mediacionales que participan de la formación del carácter social, las articulaciones y dislocaciones existentes entre las diferentes creencias y prácticas parentales, las orientaciones específicas del carácter social y la diversidad de entornos socioculturales, socioeconómicos y sociodemográficos, resultan excesivamente genéricas y más formulativas e ilustrativas que demostradas o exploradas, o tan siquiera especificadas como hipótesis de trabajo o investigación.

Pero no menos cierto resulta el hecho de que, más allá de las intuiciones ensayísticas, cuenta con el soporte directo de dos importantes proyectos de investigación, realizados, uno en la Alemania de los 30, y otro en un poblado campesino mexicano en la década de los 60, en los que Fromm desarrolló profusamente las implicaciones conceptuales, metódicas y empíricas de la teoría del carácter social, así como sus capacidades descriptivas, predictivas y explicativas, además del respaldo indirecto de otras investigaciones posteriores realizadas por colaboradores, seguidores e investigadores, especialmente en los campos del modo de vida campesino y de la organización industrial (Reining et. Al, 1977; Sociedad Psicoanalítica Mexicana A.C., 1980-1981; Maccoby, 1985; Instituto Mexicano de Psicoanálisis A.C. 1987-1988, 1989; Casey, 2002; Robert, 2003).

En todo caso, si bien la evaluación realizada nos lleva a confirmar las conclusiones de otros estudios (Caparrós, 1975; Schaar, 1961), en cuanto a que efectivamente la teoría del carácter social carece de precisión y fundamento empírico en sus proposiciones, tanto sobre la caracterización sociohistórica de las formaciones del carácter social como sobre los proceso y mediaciones que inciden en su constitución y dinámica, también nos permite argumentar que es posible mejorar dicha teoría y dotarla de formulación y fundamentos

más precisos para su aplicación, en particular en el marco del desarrollo de programas de investigación acerca de los procesos de formación social del carácter en la sociedad costarricense en estos tiempos de globalización y transnacionalización, y respondiendo, desde una perspectiva multidisciplinaria y plurimetodológica, a cuestiones medulares acerca de las variaciones que se están produciendo en las prácticas y experiencias de crianza y socialización en diferentes condiciones de vida y su impacto en las vicisitudes de la formación social del carácter, como las extensamente expuestas en el último capítulo.

Conclusiones Generales

El problema o cuestión fundamental a la que esta investigación ha procurado dar respuesta es el de la competencia de la teoría del carácter social en el desarrollo de programas de investigación sociocultural y psicosocial en aspectos básicos de los procesos de formación social de la subjetividad e intersubjetividad en las actuales condiciones de globalización y transnacionalización que experimenta la sociedad costarricense.

Dar respuesta a esta cuestión ha implicado dirimir, por un lado, hasta donde los presupuestos que subyacen a esta teoría resultan pertinentes o guardan potencia heurística en el abordaje de los procesos de formación social de la subjetividad, en particular desde nuestras coordenadas periférico-dependientes y en tiempos de globalización, por el otro, hasta donde dichos presupuestos conservan actualidad paradigmática o se contradicen con las tendencias dominantes de la investigación sociocultural y psicosocial en el campo.

A este respecto, la premisa básica que da sustento a la teoría, esto es, que las formaciones psíquicas se encuentran moldeadas por experiencias básicas, modos y condiciones de vida que, en la medida en que resultan comunes o socialmente compartidas, dan pie a formaciones sociales de la subjetividad, que la teoría entiende como orientaciones sociales del carácter, sigue siendo un pilar en los programas de investigación psicosocial, sociológica y antropológica de los procesos de crianza y socialización, tal y como se lo ha tratado de demostrar metateórica, teórica y hasta evidencialmente a lo largo de la tercera y cuarta parte de esta tesis.

En ellas se ha procurado además dar fundamento al presupuesto de que los modos de resolución por los que las personas procuran satisfacer sus necesidades práctico-vitales y relacionales, se encuentran correlacionados, funcional y genéticamente, con las particularidades de esos modos y condiciones de vida en que se desenvuelven.

Empero, se ha considerado necesario modificar dicha premisa en lo relativo a la caracterización de las condiciones objetivas de vida en términos de las particularidades socioeconómicas y culturales en que las personas se desenvuelven, en favor de una perspectiva más ampliamente sociodemográfica que contemple, además de los aspectos de estructura socioeconómica o modo de producción, otros asociados con las tasas de crecimiento y composición demográfica, desarrollo tecnológico y entornos ecológicos, tal y como se plantea en la discusión en esta última parte del trabajo de tesis.

Igualmente se ha considerado reformular la tipología caracterológica frommiana, moderando sus fuertes connotaciones clínicas y heurística holística, de manera que

categorías como orientaciones simbióticas, sádicas y masoquistas y de alejamiento- destructividad, sean asimiladas como rasgos particulares a las categorías dimensionales de orientación tradicional e interdependiente o aloécéntrica, de dirección interna o independiente, y heterodirigida o idiocéntrica, propuestas por Riesman y la psicología transcultural. Las categorías de orientación receptiva, acumulativa o atesoradora, explotador-narcisista, y mercantil se considerarían intercambiables con las de tradicional o aloécéntrica, de dirección interna o interactivo-emocional y heterodirigida o idiocéntrica.

En cuanto a la moderación de la connotación heurística holística de la tipología, se propone considerar las categorías de orientaciones del carácter no como categorías discretas sino como categorías dimensionales capaces de variar en su intensidad y entremezclas, variación heurística que ya iniciara Fromm en su trabajo con Maccoby sobre el campesino mexicano (1970/1974), tal y como se propone en el esquema que se presenta en esta última parte del trabajo.

Como en la reconsideración de las condiciones de vida, la investigación futura habrá de precisar el nivel de amalgama/dislocación así como las múltiples variaciones empíricas, en las relaciones entre estas categorías dimensionales y el lugar en ellas de sus rasgos característicos.

Con respecto a la presunción o hipótesis de que en la medida en que resulta posible individualizar un entorno sociocultural costarricense, especificado ahora en términos ecológicos, demográficos, socioeconómicos y socioculturales, también lo es particularizar orientaciones sociales y procesos de formación social del carácter afines, su pertinencia hipotética queda implicada como inferencia lógica o premisa auxiliar derivada de la

premisa general, y su sustento y consecuencias teóricas y empíricas contrastables son desarrollados en *Sobre la especificidad costarricense en las actuales condiciones de globalización y transnacionalización* y en *La Teoría del Carácter Social y los Procesos de Formación Social de la (inter) subjetividad en las Actuales Condiciones de Globalización y Transnacionalización de la Sociedad Costarricense*, que se exponen en la cuarta parte de esta tesis.

En estos capítulos se evidencia que la sociedad costarricense, al igual que las restantes naciones de la región latinoamericana, cada una con sus especificidades sincrónicas y diacrónicas, se encuentra inmersa, a partir de condiciones periférico-dependientes previas signadas por las vicisitudes de la conquista y colonización europea e independencia e inserción internacional poscolonial periférica posterior, en procesos de creciente globalización y transnacionalización que alteran incesantemente el paisaje ecológico, demográfico, político, socioeconómico, cultural y psicosocial del país, e inciden en los procesos de crianza y socialización en general y en la dinámica de las formaciones sociales del carácter y las identidades.

A consecuencia de esta inmersión y de su influjo sobre las variables condiciones generales de vida, expectativas, prácticas y experiencias de crianza, así como las vías de formación social de las estructuras subjetivas, se estarían modificando en la dirección de tendencias socioculturales del carácter cada vez más idiocéntrico-narcisistas, desarraigadas, competitivas, heterodirigidas y consumistas, así como de formas de pensamiento más abstractas y flexibles.

No obstante, la superposición, tensión y amalgama de este proceso con condiciones objetivas de vida en las que perviven ecologías rurales con alto potencial demográfico, y predominan actividades productivas agrícolas de cultivo mixto, tecnologías artesanales y producción familiar de subsistencia, familia extensa, bajos índices de alfabetización y culturas religiosas y orales, que favorecen, en medio de una vorágine de transiciones e hibridaciones etno-raciales, la reproducción de creencias y expectativas, prácticas y experiencias psicosociales cotidianas, propias de tendencias socioculturales del carácter signadas por la receptividad, fuertes sentimientos de arraigo a la tierra, alocentrismo comunitario y familiar, formas de pensamiento concreto y descriptivo y conocimiento intransferible, estarían configurando en su interacción formas de hibridación sociocultural del carácter que es posible identificar en términos de variaciones interactivo-emocionales, autodirigidas o acumulativo-explotadoras, cuyas peculiaridades descriptivas, genéticas y funcionales o dinámicas requieren de mayor investigación empírica y elaboración conceptual.

Es también en el segundo de estos capítulos de la cuarta parte de la tesis, en el que se ofrece sustento teórico y evidencia empírica en favor de la hipótesis o presunción de que las variaciones específicas en la composición y dinámica familiar e inserción socioeconómica, a los que se agregan nivel educativo y valores culturales así como las creencias y prácticas religiosas de las figuras parentales, las experiencias escolares, vecinales y mediáticas en que infantes y adolescentes costarricenses satisfacen sus necesidades práctico-vitales y expresivo-existenciales, configuran los aspectos básicos de aquellas experiencias de vida por las que el entorno

sociodemográfico, socioeconómico y sociocultural incide en la formación del carácter y demás procesos de construcción de la subjetividad posible.

Empero, también se resalta la escasez o necesidad de mayor exploración de las peculiaridades, interacciones, convergencias y dislocaciones de las prácticas y experiencias de crianza y socialización y su influjo de las vías o modalidades de formación sociocultural del carácter en los diversos entornos familiares, escolares, religiosos, mediáticos, ecológicos y demográficos nacionales, en particular en sus entremezclas o hibridaciones, según condiciones étnicas y clases sociales, y en el contexto de los procesos de globalización en el país.

Particularmente problemática ha resultado la premisa ontológica de que dicha configuración sociocultural del carácter no se efectúa unidireccionalmente, en el sentido de una cultura inscribiendo sus requerimientos sobre la piel humana a la manera de una tabla rasa; por el contrario, dicha configuración solo se lograría mediante la adaptación dinámica de la energía psíquica o manejo de impulsos que, al modo de necesidades sociobiológicas y existenciales, habrían de ser resueltos, más allá de toda relatividad ecológica, demográfica, socioeconómica, cultural o psicosocial concebibles, en todo proceso de humanización, socialización o construcción de la subjetividad.

Tanto en la *Segunda parte: Los Fundamentos Ontológicos de la Teoría del Carácter Social: Naturaleza Humana y Productividad*, como en la *Tercera parte: La Teoría del Carácter Social y los Dominios de la Psicología Social*, y en el la sección de *Discusión* de este último apartado, se ofrecen argumentos en favor de tan polémica tesis e incluso de las posibilidades de identificar e individualizar conceptual y empíricamente

algunas de estas constantes, tales como la “agenciación” o “experiencia volitiva” y productividad, la “conectividad” o vínculo y arraigo y la procuración de orientación o sentido, como necesidades básicas del ser humano y por ende requerimientos o tareas de orden universal a la que toda orientación sociocultural habría de responder.

En el capítulo *De la Naturaleza Humana y sus Constantes Existenciales, de la Segunda Parte*, y con el apoyo de las neurociencias, la biología evolutiva, la genética conductual y las ciencias cognoscitivas, se da sustento a la tesis de la existencia de una naturaleza humana, en términos de una dotación de facultades o mecanismos cognitivos y emocionales universales, y del papel fundamental del cerebro como centro neurálgico en todos los aspectos de nuestra vida social-cognitiva y social-motivacional, como resultado de la evolución filogenética de la especie, pero a diferencia del presupuesto frommiano sobre dicha evolución en términos de la convergencia de una disminución en la dotación instintiva y un mayor crecimiento del neocórtex que explicaría la creciente flexibilidad y plasticidad adaptativa humanas selectivas, se propone concebirlas como resultado de un sistema crecientemente complejo y abierto a la emergencia de nuevas propiedades cognitivas y socioemocionales según los principios de la epigenética. Por otro lado, sustentándose en los preceptos del naturalismo biológico de Searle, se mantiene la premisa frommiana sobre la emergencia de propiedades o estados y disposiciones psíquicos superiores como resultado del surgimiento y desarrollo neocortical, que conllevan a condiciones novedosas de existencia humana, que Fromm entendió como dilemas o retos y necesidades existenciales.

Las propuestas epigenéticas de Erikson y de la psicología transcultural y evolucionaria refuerzan estos presupuestos ontológicos y al mismo tiempo señalan vías

para su exploración empírica, incluida la productividad que, entendida como un continuum que se despliega entre el máximo grado de apertura a la vida y sus potencialidades sociales y personales de un lado y la máxima tendencia a la destructividad de toda forma de vida, pasando por diversas formas de estancamiento, retraimiento e impotencia, signa transversalmente, desde la perspectiva epigenética de Erikson, los diferentes modos de afrontamiento y resolución “sintónica” o “distónica” de los retos que el ciclo de vida va imponiendo.

En *Los Fundamentos Ontológicos de la Teoría del Carácter Social: Naturaleza Humana y Productividad*, mostramos que el concepto de productividad resulta medular en la valoración de la potencia heurística de la teoría del carácter social, en particular, ciertamente que de modo incidental, en la consideración de las orientaciones, más cómo dimensiones en un continuum que como categorías polares. Para Fromm, afirmamos entonces, el carácter social predominante en un determinado colectivo era la resultante de la permutación específica de las distintas orientaciones o tendencias del carácter, y en especial del peso del factor productividad en dicha combinatoria.

Esta premisa, más que enfatizar en la productividad como una orientación prototípica ideal del carácter, por lo cual Fromm fue criticado incluso por algunos de sus colaboradores más cercanos, como Maccoby (1995), quienes consideraban que, a diferencia de las demás orientaciones, ésta no se sustentaba en evidencia empírica o clínica alguna, siendo que se basaba en una expectativa de condiciones ideales de vida que favorecerían el libre despliegue de las potencialidades humanas, algo que a la fecha no se habría producido, destaca la intensidad de una actitud fundamental con que las personas afrontan y resuelven los dilemas y necesidades que, en el decurso de su desarrollo, su

existencia social les depara. En concreto, la productividad se definiría en términos del grado o intensidad de agenciación o interés, motivación y compromiso que la persona pone en sus respuestas físicas, mentales, emocionales y sensoriales hacia los demás, su sí mismo y el mundo físico y natural.

Si bien, tal delimitación satisface la premisa modificada de los modos de afrontamiento práctico-expresivos en términos dimensionales de los contínuums alocóentrico-interactivo emocional-idiocéntrico o dirección tradicional –autodirección-heterodirección y receptivo interdependiente–acumulativo independiente – explotador narcisista – mercantil hedonista, signados por el grado de productividad y agenciación que los caracterizaría, y que los diversos entornos y condiciones de vida resultarían enjuiciables por el grado en que favorecen o limitan dicha potencialidad, la relación que el grado de productividad y agenciación guardaría con el contenido y dirección ético-políticos de una u otra modalidad y el entorno sociocultural y sociodemográfico específico correspondiente, pierde su fuerte connotación modernista, ello pese a la relevancia que dicha asociación presentó en la obra de Fromm desde un inicio y hasta el final de sus días, no así en algunos de sus colaboradores y seguidores más reputados.

En consecuencia, y aunado al hecho de que no ha sido objeto de mayor discusión o exploración en este trabajo ni ha gozado en el esquema heurístico de corolario incidental alguno del que pueda colegirse alguna conclusión favorable o desfavorable, la presunción o hipótesis de que en la medida en que resulta posible establecer el grado de productividad/improductividad de las diferentes formaciones sociales del carácter es posible también determinar el grado de asentimiento/resistencia predominante en el

ánimo costarricense ante los actuales procesos de globalización y transnacionalización, y más allá, ante cualquier práctica emancipatoria o política de vida que se pudiera estar potenciando en estas condiciones, queda como el pendiente más notorio en este esfuerzo por evaluar la pertinencia y actualidad heurísticas de la teoría del carácter social en el desarrollo de programas de investigación de aspectos básicos de los procesos de construcción de la subjetividad e intersubjetividad en el escenario de la globalización y transnacionalización de la sociedad costarricense.

No obstante, cabe señalar que en esta tesis sí se ha logrado dar fundamento a la proposición de que las diversas vías de formación social del carácter resultan enjuiciables por su grado de adaptación ante aspectos relativamente orgánicos y precisos de los procesos de globalización y transnacionalización de la sociedad costarricense, y que en los distintos subcapítulos en torno al peso relativo que en los procesos de formación social del carácter en la sociedad costarricense están teniendo las diferentes prácticas y experiencias vinculadas a variaciones en las dinámica familiares, los procesos de escolarización, las comunicaciones electrónicas, las prácticas religiosas, y en variadas condiciones sociodemográficas, socioeconómicas y culturales, relacionadas con dichos procesos, se han expuesto y fundamentado tesis e interrogantes de investigación relevantes a esta última presunción.

Más allá queda como cuestión de interés posible la exploración de actitudes y orientaciones político-ideológicas en torno a aspectos muy precisos de los procesos de globalización y transnacionalización en las pautas de crianza y socialización y orientaciones sociales del carácter, así como las correlaciones que podrían encontrarse entre éstas últimas y los niveles de productividad y agenciación en los diversos entornos

y contextos sociodemográficos, socioeconómicos y socioculturales de la sociedad costarricense.

REFERENCIAS

- Adler, A. (1917). *Study of Organ Inferiority and Its Psychological Compensation*. New York: Nervous and Mental Disease Publishing Co.
- Adler, A. (1964). *Social Interest: A Challenge to Mankind*. New York: Capricorn books
- Adler, A. (1973). *Superiority and Social Interest*. New York: Viking Compass Book.
- Adler, A. (1984). *El carácter neurótico*. España: Paidós.
- Adorno, Th., Levinson, D., Frenkel-Brunswick & Sanford, N. (1965). *La personalidad autoritaria*. Buenos Aires: Proyección. (Trabajo original publicado en 1950).
- Allport, F.H. (1919). Behavior and experiment in social psychology. *Journal of Abnormal Psychology*, 14, 297-306.
- Altimir, O. (2013). *Indicadores de desigualdad de mediano plazo en América Latina*. Naciones Unidas, Santiago de Chile: CEPAL.
- Althusser, L. (1972a). Marxismo y humanismo. En L. Althusser, J. Semprún, M. Simon & M. Verret, *Polémica sobre marxismo y humanismo* (3a. ed., pp. 3-33). México: Siglo XXI.
- Althusser, L. (1972b). Notas sobre el humanismo real. En L. Althusser, J. Semprún, M. Simon & M. Verret, *Polémica sobre marxismo y humanismo* (3a. ed., pp. 49-56). México: Siglo XXI.
- Althusser, L., Semprún, J., Simon, M. & Verret, M. (1972c). *Polémica sobre marxismo y humanismo*. México: Siglo XXI.
- Alvarez Hernández, A.T., Brenes Castro, A. & Cabezas Gutiérrez, M. (1991). Patrones de crianza en la familia costarricense. *Actualidades en Psicología*, 6 (61).
- América Latina ha tenido gran salto en desarrollo tecnológico, según expertos. (05 de mayo de 2015). *El Universo*.
- América Latina usa internet pero carece de desarrollo tecnológico (14 de setiembre de 2016). *El Tiempo*.
- Angotti, T. & Irazábal, C. (2017). Introduction. Planning Latin American Cities. Dependencies and Best Practices, *Latin American Perspectives*, 44 (2), 4-17.
- Ansbacher, H. L., & Ansbacher, R. (1956). *The Individual Psychology of Alfred Adler*. New York: Basic Books.

- Appadurai, A. (2001). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Arcia, E., & Johnson, A. (1998). When respect means to obey: Immigrant Mexican mothers' values of their children. *Journal of Child and Family Studies*, 7, 79-95.
- Arrieta, C. (1992). *La teoría del carácter social de Erich Fromm: su vigencia y alcances en la investigación psicosocial*. Tesis de licenciatura no publicada, Universidad de Costa Rica.
- Assoun, P. L. (1987). *Introducción a la epistemología freudiana* (3a. ed.). México: Siglo XXI.
- Astacio, M. (2004). Crítica comparativa de Adler, Maslow y Rogers sobre teoría de la personalidad. *A Parte Rei. Revista de Filosofía*, 34. Recuperado el 20 de diciembre de 2012 de <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/index.html>.
- Bachofen, J. J. (1992). *El matriarcado: una investigación sobre la ginococracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica* (2da. ed.) Madrid: Akal.
- Bandura, A. (1989). Human Agency in Social Cognitive Theory. *American Psychologist*, 44 (9), 1175-1184.
- Bandura, A. (2006). Toward a Psychology of Human Agency. *Association for Psychological Science*, 1 (2), 164-180.
- Baron, R. & Byrne, D. (1998). *Psicología Social*. Madrid: Prentice Hall.
- Barreat, Y. (2011). Predictores de calidad de vida en distintas culturas: una aplicación de la teoría de individualismo-colectivismo. *Anales de la Universidad Metropolitana*, 11 (1), 53-69.
- Bachelard, G. (2000). *La formación del espíritu científico*. México: Siglo XXI
- Barahona, M. & Ceciliano, Y.(Eds.) (2008). *Desarrollo, cohesión social y políticas públicas en el itinerario del bienestar. Reflexiones sobre el primer decenio del siglo XXI en Costa Rica*. San José, C. R.: Master Litho.
- Bhaskar, R. (1998). The possibility of naturalism. A Philosophical Critique of the Contemporary Human Sciences. London: Routledge.
- Bell, D. (1984). *Las ciencias sociales desde la segunda guerra mundial*. Madrid: Alianza Editorial.
- Belzen, J. (2005). A Way of the Crisis? Fromm Völkerpsychologie to Cultural Psychology of Religion. *Theory & Psychology*. Recuperado el 21 de octubre de 2010, de <http://tap.sagepub.com/content/15/6/812>

- Benedict, R. (1970). *El hombre y la cultura*. Buenos Aires: Sudamericana. (Trabajo original publicado en 1934).
- Benedict, R. (2004). *El crisantemo y la espada*. Madrid: Alianza. . (Trabajo original publicado en 1948).
- Bierwisch, M. (1979). *El Estructuralismo: problemas y métodos*. Barcelona: Tusquets.
- Bolby, J. (1952). *Maternal Care and Mental Health*. Geneva: World Health Organization.
- Bourdieu, P (1990). *The Logic of Practice*. California: Stanford University Press.
- Bornstein, M. H. & Bradley, R. H. (2003). *Socioeconomic status, parenting, and child development: Monographs in parenting*. Mahawah, NJ: Erlbaum.
- Brewer, M., Kenny, D. & Norem, J. (2000). *Personality and Social Psychology at the Interface. New Directions for Interdisciplinary Research*. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Brody, G. H. & Flor, D. L. (1998). Maternal resources, parenting practices, and child competence in rural, single-parent African American families. *Child Development*, 69, 803-816.
- Bronfenbrenner, U. (1979). *The ecology of human development: Experiments by nature and design*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Brungué, X., Sádaba, Ch. & Tolsá, J. (2011). *La generación interactiva en Iberoamérica 2010. Niños y adolescentes ante las pantallas*. Madrid: Foro Generaciones Interactivas.
- Bunge, M. (1981). *Epistemología*. Barcelona: Ariel.
- Campos Santelices, A. (1982). *Método, Plan y Proyecto en la Investigación Social*. San José, C.R.: Programa Centroamericano de Ciencias de la Salud-CSUCA.
- Campos Santelices, A. (1990). *Introducción a la Psicología Social*. Costa Rica: EUNED
- Cáceres, M. D., Ruíz San Román, J. A. & Brändle, G. (2009). Comunicación interpersonal y vida cotidiana. La presentación de la identidad de los jóvenes en Internet. *Cuadernos de Información y Comunicación*, 54, 213-231.
- Canal Rodríguez, P; Megías Quirós, I. (2016). Identidades de género en la adolescencia. *Educación Social. Revista de Intervención Socioeducativa*, 63, 60-78.
- Caparrós, A. (1975). *El carácter social según Erich Fromm. Estudio crítico de su obra*. Salamanca: Sígueme.

- Castañeda López, G. (Oct.-Dic. 2009). La frenología en México durante el siglo XIX. Historia y filosofía de la medicina (Versión electrónica), *Anales médicos(México)* 54 (4),241-247. Recuperado el 17 de enero de 2011, de www.medigraphic.org.mx
- Castells, M. (1999). *Globalización, Identidad y Estado en América Latina*. Chile: PNUD.
- Castells, M (2002). *La Era de la Información (Vol. 1): Economía, Sociedad y Cultura. La Sociedad Red*. México: Siglo XXI.
- Castells, M. (20005). Globalización e identidad. *Cuadernos del Mediterráneo*. 5, 11-20. Recuperado de <http://www.iemed.org/publicacions/quaderns/5/eCastells.pdf>, el 16 de febrero de 2015.
- Castilla del Pino, C. (1969). *Psicoanálisis y marxismo*. Madrid: Alianza.
- Castro Valverde, C. (2002). *Migración nicaragüense en Costa Rica: población, empleo y necesidades básicas insatisfechas(Informe final de investigación)*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Sede académica Costa Rica.
- CIEP. (2016). Encuesta Informe de Opinión Agosto 2016. *Estudios de Opinión Sociopolítica*. Centro de Investigación y Estudios Políticos. Universidad de Costa Rica.
- CEPAL (1979). *Las transformaciones rurales en América Latina: ¿desarrollo social o marginación?* Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- CEPAL (2016). *La matriz de la desigualdad social en América Latina*. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- CEPAL (2018). *Estado de la banda ancha en América Latina y el Caribe 2017*. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Cattier, M. (1971). *Vida y obra de Wilhelm Reich*. Caracas, Venezuela: Tiempo Nuevo.
- Chalmers, A. (2000). *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?. Una valoración de la naturaleza y el estatuto de la ciencia y sus métodos*. México: Siglo XXI.
- Chang, G. y Castro, M. (1979). *Creencias y actitudes de las primigestas con relación al embarazo, parto y crianza de los niños*. Tesis de licenciatura no publicada, Universidad de Costa Rica.
- Cole, M. (2003). *Psicología cultural*. Madrid: Morata.
- Collier, G., Minton, H. L., & Reynolds, G. (1996). *Escenarios y tendencias de la Psicología Social*. Madrid:Tecnos

- Correa, M. (2004). Globalización y subdesarrollo. *Compendium 2004*, 6 (12), 51-57.
- Cortina, M. (1996). Beyond Freud's Instintivism and Fromm's Existential Humanism. En M. Cortina & M. Maccoby (Eds.), *A Prophetic Analyst. Erich Fromm's Contributions to Psychoanalysis* (pp. 93-131). New Jersey: Jason Aronson Inc.
- Costa Rica registra 2,7 millones de usuarios en Facebook. (9 de noviembre de 2016). *La República.net*. Recuperado el 09 de noviembre de 2016 de <https://www.larepublica.net/noticia/costa-rica-registra-27-millones-de-usuarios-en-facebook-2015-07-31/>.
- Cox, C., Jaramillo, R. & Reimers, F. (2005). *Educación para la Ciudadanía y la Democracia en las Américas: Una Agenda para la Acción*. New York: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Cushman, P. (1990). Why the Self is Empty? *American Psychologist*. 45 (5), 599-611.
- Damasio, A. (2009). *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*. Barcelona: Crítica.
- Danesi, M. & Perron, P. (1999). *Analyzing Cultures. An Introduction and Handbook*. Bromington, Indiana: Indiana University Press.
- Darwin, Ch, (1871/2009). *El origen del hombre*. Barcelona: Crítica. (Trabajo original publicado en 1871).
- Davis-Kean, P. E. (2005). The influence of parent education and family income on child achievement: The indirect role of parental expectations and the home environment. *Journal of Family Psychology*, 19(2), 294-304.
- Delgado, B. M., & Ford, L. (1998). Parental perceptions of child development among low-income Mexican American families. *Journal of Child and Family Studies*, 7(4), 469-481.
- Derksen, M. (2010). Realism, Relativism, and Evolutionary Psychology. *Theory & Psychology*. Recuperado el 02 de enero de 2011 de <http://tap.sagepub.com>.
- Destaca el país en uso de electricidad. (2012,06 de agosto). *La República*.
- Díaz-Guerrero, R. (1975). *Psychology of the Mexican: culture and personality*. Austin: University of Texas Press.
- Diliguenski, G. (1974). La concepción marxista de la conciencia de clase y sus críticos. En W. Reich & G. Diliguenski, *¿Qué es la conciencia de clase?*(pp.131-156). México: Roca. S. A.
- Dilthey, W. (1945). *El mundo histórico*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Dimas, I. & Tobias, A. (s.f.). *Sioux y Yurok: Renovarse o morir*. Escuela de Psicología de la Universidad de Londres. Recuperado el 13 de agosto de 2011 de www.udlondres.com/revista_psicologia/articulos/renovarse.htm.
- Diriwächter, R. (2004). Völkerpsychologie: The Synthesis that Never was. *Culture & Psychology*. Recuperado el 01/02/2011, de <http://cap.sagepub.com/content/10/1/85>.
- Domenech, E. (1977). *La Frenología. Análisis Histórico de una Doctrina Psicológica Organicista*. Barcelona: Seminario Pedro Mata.
- Dos Anjos, M. F. Apresentacao (1996). In M. F. Dos Anjos & J. R. Lima Lopez (Ed.). *Ética e Direito: um dialogo*. Aparecida. Sao Paulo: Santuario.
- Dreikus, R. (1953). *Fundamentals of Adlerian Psychology*. Chicago, IL, Alfred Adler Institute.
- DuBois, C. A. (1944). *The people of Alor; a social-psychological study of an East Indian island*. Minneapolis: University of Minesota Press.
- Duclos, Ch. P. (1787). Reflexiones filosóficas sobre las costumbres de nuestro siglo. En I. López de Ayala (Trad.), *Caracteres morales de Teofrasto. Reflexiones filosóficas sobre las costumbres de nuestro siglo, por Mr. Duclos* (pp.1-100). Madrid: Don Miguel Escribano.
- Durkheim, E. (1982). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal.
- Durkheim, E. (2000). *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Alianza. (Trabajo original publicado en 1895).
- Durkheim, E. (1897/2004). *El Suicidio*. Argentina: Libertador
- Dussel, E. (1998). *Historia del fenómeno religioso en América Latina*. https://enriquedussel.com/txt/Textos_Articulos/294.1998_espa.pdf.
- Eco, U. (1977). *Apocalípticos e integrados*. España: Lumen.
- Elzo Imaz, J., Megías Valenzuela, E., Ballesteros Guerra, J. C. Rodríguez Felipe, M.A. & Sannmartín Ortí, A. (2014). *Jóvenes y valores (I). Un ensayo de tipología*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud.
- Engels, F. (2006). *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Madrid: Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels.
- Engels, F. 1883/1973). En los funerales de Karl Marx. En E. Fromm, *Marx y su concepto del hombre* (pp. 267-269). México: Fondo de Cultura Económica.

- Englund, M. M., Luckner, A. E., Whaley, G. J. L., & Egeland, B. (2004). Children's achievement in Early Elementary School: Longitudinal Effects of Parental Involvement, Expectations, and Quality of Assistance. *Journal of Educational Psychology*, 96 (4), 723-730.
- Erdheim, M. (1995). Lo propio y lo ajeno. En J. Sanabria (Comp.), *Etnopsicoanálisis y hermenéutica profunda en la investigación social –Reflexiones sobre el racismo- Actualidades en Psicología*, 11 (87), 19-32.
- Erikson, E. (1966). Parte Dos: La infancia en dos tribus indias norteamericanas. En *Infancia y sociedad* (2da. ed.). Buenos Aires: Hormé S. A. E. (Trabajo original publicado en 1945).
- Erikson, E. (1966). *Infancia y sociedad* (2da. ed.). Buenos Aires: Hormé S. A. E.
- Espinoza Alvarado, E. (s.f.). *Las TIC en los países en vías de desarrollo de América Latina: ¿Una mayor competencia de proveedores de servicios de telecomunicaciones influye en una disminución de la Brecha Digital?* Recuperado el 09 de junio de 2015 de www.uhu.es/IICIED/pdf/7_3_lastic.pdf.
- Esteinou Madrid, J. (1983). *Los medios de comunicación y la construcción de la hegemonía*. México: Nueva Imagen.
- Feyerabend, P.K. (1981). *Tratado contra el método*. Madrid: Tecnos.
- Feyerabend, P. K. (1982). *La ciencia en una sociedad libre*. Madrid: Siglo XXI.
- Finol, J.E. (2006). Globalización y cultura: Estrategias simbólicas y vida cotidiana. *Revista de Ciencias Sociales*, 12 (3).
- Fisherkerler, J. E. (2002). *Growing Up with Television. Everyday Learning among Young Adolescents*. Philadelphia: Temple University.
- Flores Astorga, R., Villalobos Cordero, M. y Zeledón Aguilar, M. T. (1983). *Expectativas de la mujer embarazada respecto al sexo del hijo por nacer y su reacción ante la realidad*. Tesis no publicada, Universidad de Costa Rica.
- Fossati, J. M. (1945). *Practique de phrénologie*. París: G. Baillière.
- Freire, P. (1972). *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Freud, S. (1972a). Tres ensayos para una teoría sexual. *Obras completas*. Tomo 4 (L. López-Ballesteros y de Torres, Trad.). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1905).

- Freud, S. (1972b). El carácter y el erotismo anal. *Obras completas*. Tomo 4. (L. López-Ballester y de Torres, Trad.). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1908).
- Freud, S. (1972c). Sobre psicoterapia. *Obras completas*. Tomo 3 (L. López-Ballester y de Torres, Trad.). Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1903).
- Freud, S. (1969). *Psicología de las masas*. Madrid: Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S. (1983). El malestar en la cultura. En N. Braunstein (Ed.) *A medio siglo de El malestar en la cultura* (pp.22-116). México: Siglo XXI.
- Friederick, L. & Stein, A. (1973). Agresive and prosocial television programs and the natural behavior of preschool children. *Monographs of Society for Research in Child Development*, 38 (151), 1-63.
- Friedman, L. J. (2013). *The Lives of Erich Fromm. Love`s Prophet*. New York: Columbia University.
- Fromm, E. (1972^a). La caracterología psicoanalítica y su pertinencia para la Psicología Social. En E. Fromm (Ed.), *La crisis del Psicoanálisis* (pp.201-233). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1932).
- Fromm, E. (1972b). Método y función de una Psicología Social analítica. En E. Fromm (Ed.), *La crisis del Psicoanálisis* (pp.166-200). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1932).
- Fromm, E. (1972). La teoría del derecho materno y su pertinencia para la Psicología social. En E. Fromm (Ed.), *La crisis del Psicoanálisis* (pp.129-165). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1934).
- Fromm, E. (1972). La crisis del psicoanálisis. En E. Fromm (Ed.), *La crisis del Psicoanálisis* (pp. 11-51). Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1970).
- Fromm, E. (1973). *Marx y su concepto del hombre*. México: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1961).
- Fromm, E. (1976). *El dogma de Cristo*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1930).
- Fromm, E. (1976b). *Y seréis como dioses*. Buenos Aires: Paidós.

- Fromm, E. (1977). *La Revolución de la esperanza*. México: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1968).
- Fromm, E. (1977). *Anatomía de la destructividad humana* (3ª. ed.). México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1974).
- Fromm, E. (1978). *¿tener o ser?*. México: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1976).
- Fromm, E. (1984). *Humanismo socialista*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1965).
- Fromm, E. (1984). *The Working Class in Weimar Germany: A Psychological and Sociological Study*. Oxford: Berg.
- Fromm, E. (1985). *Ética y Psicoanálisis*. México: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1947)
- Fromm, E. (1985). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1955).
- Fromm, E. (1985). *El amor a la vida*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1983).
- Fromm, E. (1993). *El arte de escuchar*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1990).
- Fromm, E. (1992). *Lo inconsciente social*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1990).
- Fromm, E. (1996). *Espíritu y sociedad. Obra póstuma VI*. Barcelona: Paidós.
- Fromm, E. (1998). *El miedo a la libertad* (21ª. Reimpresión). Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1941).
- Fromm, E. (1999). *El humanismo judío*. Recuperado el 16 de julio de 2013, de www.elaleph.com.
- Fromm, E. (1993). *El arte de escuchar*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1911).
- Fromm, E. (1996). El condicionamiento social de la estructura psíquica. La misión y el método de una psicología social analítica. En R. Funk (Ed.), *Erich Fromm. Espíritu y sociedad. Obra póstuma VI*. (pp.23-92). Barcelona: Paidós. (Trabajo original no publicado, 1937).

- Fromm, E. & Maccoby, M. (1974). *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano*. México: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1970).
- Funk, R. (2002). Psychoanalysis and Human Values. *International Forum of Psychoanalysis*, 11 (1) 18-26. Recuperado el 28 de abril de 2014 de <http://www.informaworld.com/smpp/title~content=t713700166>.
- García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- García Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- Garita Arce, C. & Vargas Obando, G. (1989). *Adolescentes de asentamientos en precario urbano: representaciones sociales de su situación socio-económica (Asentamiento La Lucía)*. Tesis de licenciatura no publicada. Universidad de Costa Rica. San José, C.R.
- Geertz, C. (2000). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa
- Giddens, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Giddens, A. (1998). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- Gilligan, C. (1985). *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Giménez, G. (diciembre, 1996). Territorio y cultura. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, II (4), pp. 9-30. Universidad de Colima.
- Giroux, H. (1997). *Los profesores como intelectuales*. Madrid: Paidós. Maccoby, M. (1985). El Carácter Social versus el Ideal Productivo: La Contribución y la Contradicción en la Visión del Hombre en Fromm. *Instituto Mexicano de Psicoanálisis A.C. Anuario 1985*, 214-246.
- Gojman, S. & Millán, S. (1989). Sociopsicoanálisis y desarrollo autogestivo en una población minera. *Instituto Mexicano de Psicoanálisis A.C. Anuario 1989*, 299-312.
- González Blasco, P. (2006). La socialización religiosa de los jóvenes españoles: familia y escuela. *Bordón. Revista de pedagogía*, 58 (4-5), 493-518.
- Gould, S.J. (1977). *Ontogeny and Phylogeny*. Cambridge, MA: Belknap and Harvard University Press.

- Gould, S. J. (2007). *La falsa medida del hombre*. Barcelona: Crítica.
- Goul, S.J. (1997). What is life? as a problem in history. En M. P. Murphy & L. A. J. O'Neill (Eds.). *What is Life? The Next Fifty Years. Speculations on the future of biology* (pp.25-40). Cambridge University Press.
- Gray, J. (1998). *False Dawn: The Delusion of Global Capitalism*. New York: The New Press.
- Greenfield, P. M. (1994). *Cross-Cultural Roots of Minority Child Development*. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Greenfield, P. M. (1999). Cultural change and human development. In E. Turiel (Ed.), *Development and cultural change: Reciprocal processes* (pp. 37-59). San Francisco: Jossey-Bass.
- Greenfield, P. M. (2006). Applying developmental psychology to bridge cultures in the classroom. In S. I. Donaldson, D. E. Berger, & K. Pezdek (Eds.), *Applied psychology: New frontiers and rewarding careers* (pp. 135–152). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Greenfield, P. M. (2009). Linking Social Change and Developmental Change: Shifting Pathways of Human Development. *Developmental Psychology*, 45 (2), 401-418.
- Guareschi, P. (2008). Ètica e paradigmas. En Katia S. Ploner, Lísia R. Ferreira Michels, Luciane M. Schlindwem & Pedrinho A. Guareschi (Orgs.). *Ètica e paradigmas na Psicologia social* (pp. 18-38). Sao Paulo: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais.
- Guilford, J.P & Guilford, R.B. (1970). Personality Factors S. E. y M. and their Measurement. En H. J. Eysenck (ed.), *Readings in Extraversión-Introversion* (Tomo 1). London: Staples Press.
- Habermas, J. (1971). *La crisis de la crítica del conocimiento*. Material mimeografiado.
- Habermas, J. (1984). *Ciencia y técnica como ideología*. España: Tecnos.
- Habermas, J. (1988). *Teoría de la acción comunicativa. Tomo 1. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Madrid: Taurus.
- Harré, R. (1982). *El ser social*. Madrid: Alianza Universidad.
- Hartey, J. (1999). *Uses of Television*. London: Routledge.
- Harwood, R., Leyendecker, B., Carlson, V., Asencio, M., & Miller, A. (2002). Parenting among Latino families in the United States. In M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting*, 4 (pp. 21-46). Mahwah, NJ: LawrenceErlbaum.

- Hernández Sampieri, R., Fernández-Collado, C. & Baptista Lucio, P. (2007). *Metodología de la investigación*. México: Mc. Graw Hill.
- Hernández, J. L. & Torrijo, G. (2016, junio). Debates actuales sobre la subjetividad obrera en Bolivia. *Revista de la Red Intercatedras de Historia de América Latina Contemporánea*, 2 (4), 149-162.
- Hinkelammert, F. (2007). *Hacia una crítica de la razón mítica. El laberinto de la modernidad*. San José, C.R.: Arlekin.
- Hofstede, G (1980). *Cultures's Consequences: International differences in work related values*. London and Beverly Hills: Sage Publications.
- Horkheimer, M. (1973). *La crítica de la razón instrumental*. Buenos Aires: Sur.
- Ibáñez, T. (1992). La tensión esencial de la Psicología social. En Páez, D., Valencia, J., Morales J.F., Sarabia, B., Ursua, N. (Eds.) *Teoría y método en Psicología social*. Barcelona: Anthropos.
- Illich, I. (1985). *La sociedad desescolarizada*. México: Joaquín Mortz.
- INAMU (2012). *Uso del Tiempo en la Gran Area Metropolitana 2011: una mirada cuantitativa del trabajo invisible de las mujeres*. San José: Instituto Nacional de las Mujeres; Universidad Nacional; Instituto Nacional de Estadística y Censos.
- INEC (2000). IX Censo Nacional de Población y V Censo Nacional de Vivienda realizado en junio del año 2000. Costa Rica: Instituto Nacional de Estadística y Censos.
- INEC (2006). *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples 2006*. Costa Rica: Instituto Nacional de Estadística y Censos.
- INEC (2008). *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples*. Recuperado el 20 de julio de 2015 de <http://www.inec.go.cr>.
- INEC(2013). *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples 2013*. Costa Rica: Instituto Nacional de Estadística y Censos.
- INEC (2015). Cantidad y porcentaje de viviendas con telefonía residencial y telefonía celular por región de planificación según cantidad de líneas. *ENAH0. 2015*. Recuperado el 16 de noviembre de 2016 de <http://www.inec.go.cr/otros-temas-ciencia-y-tecnologia/tecnologias-de-informacion-y-comunicacion-en-hogares>.
- Instituto Mexicano de Psicoanálisis A.C. (1987.1988). *ANUARIO*.
- Instituto Mexicano de Psicoanálisis A.C. (1989). *ANUARIO*.

- Izquierdo Martínez, A. (2002). Temperamento, carácter, personalidad. Una aproximación a su concepto e interacción. *Revista Complutense de Educación*, 13 (2), 617-643.
- Jameson, F. (2000) Globalization and political strategy. *New Left Review* 4, 1-14.
- Jensen, H. (2005). Los estilos narrativos modernos y la memoria autobiográfica en la infancia. *Instituto de Investigaciones Psicológicas*. Universidad de Costa Rica. Proyecto N. 723-A4-733.
- Jonas, H. (2000). *El principio vida. Hacia una biología filosófica*. Madrid: Trotta.
- Kant, I. (1991). *Antropología. En sentido pragmático*. Versión española de José Gaos. Madrid: Alianza. (Trabajo original publicado en 1798).
- Kâgitçibasi, Ç. (2005). Autonomy and relatedness in cultural context: Implications for self and family. *Journal of Cross Cultural Psychology*, 36 (4), 403-422.
- Kâgitçibasi, Ç. (2007). *Family, self, and human development across cultures: Theory and applications* (2nd ed.). Mahwah, NJ: Erlbaum
- Kardiner, A. (1945). *El individuo y su sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1939).
- Kashima, Y., Yamaguchi, S, Kim, U., Sang-Chin, Ch., Gelfand, M. & Masaki, Y. (1995). Culture, Gender and Self. A Perspective from Individualism-Collectivism Research. *Journal of Personality and Social Psychology* 69 (5), 925-937.
- Kashima, Y., Foddy, M. & Platow, M. (2002). *Self and Identity. Personal, Social and Symbolic*. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates
- Kashima, Y., Kokubo, T., Kashima, E., Boxall, D., Yamaguchi, S. & Macrae, K. (2004). Culture and Self: Are There Within-Culture Differences in Self Between Metropolitan Areas and Regional Cities? *Personality and Social Psychology Bulletin* 30, .816-823.
- Katz, E., & Liebes, T. (1990). Interacting With "Dallas": Cross Cultural Readings of American TV. *Canadian Journal of Communication*, 15 (1), 45-66. Recuperado el 03 de agosto de 20106 de http://repository.upenn.edu/asc_papers/159.
- Keller, H., Lohaus, A., Kuensemüller, P., Abels, M., Yovsi, R., Voelker, S., Jensen, H., Papaligoura, Z., Rosabal-Coto, M., Kulks, D. et al. (2004). The Bio-culture of Parenting: Evidence from Five cultural Communities. *Parenting Science and Practice*, 4 (1), 25-50.
- Keller, H., Yovsi, R., Borke, J., Kärtner, J., Jensen, H., & Papaligoura, Z. (2004). Developmental consequences of early parenting experiences: self-recognition and

- self-regulation in three cultural communities. *Child Development*, 75 (6), 1745-1760.
- Keller, H., Lohaus, A., Kuensemüller, P., Abels, M., Yovsi, R., Voelker, S., Jensen, H., Papaligoura, Z., Rosabal-Coto, M., Kulks, D. et al. (2005). *Parenting, Culture, and Development. A Comparative Study (2005)*. San José, C.R.: Instituto de Investigaciones Psicológicas.
- Keller, H., Yovsi, R., Borke, J., Lohaus, A., & Jensen, H. (2005). Cultural orientations and historical changes as predictors of parenting behaviors. *International Journal of Behavioral Development*, 29 (3), 229-237.
- Kempf, H. (1998). Francisco Varela. El cerebro no es un ordenador. *Mundo científico*, 191, 81-85.
- Klapper, J. (1963). Los Efectos Sociales de la Comunicación de Masas. En W. Schramm (Ed.), *La Ciencia de la Comunicación Humana* (pp. 75-86). México: Roble.
- Kockelmans, J. (1975). Toward an interpretative or hermeneutic social science. *Graduate Faculty Philosophy Journal* 5 (1), 73-96.
- Kroeber, A. L. (1945). *Antropología General*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kuhn, Th. (1985). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lakatos, I. (1989). *La metodología de los programas de investigación científica*. Madrid: Alianza Universidad.
- La Nación (2012). *La dura travesía ngobe*. Recuperado el 11 de enero de 2018 de <http://www.nacion.com/revista-dominical/la-dura-travesia-ngobe/CW6F2KXRUBCJ3NALIVENVPB6JM/story/>
- La República (06 de agosto de 2012). *Destaca el país en uso de electricidad*.
- Laudan, L. (1977). *Progress and its problems: Towards a theory of scientific growth*. Berkeley, California: Univ of California Press.
- Lazarus, M., & Steinthal, H. (1860). Einleitende Gedanken über Völkerpsychologie, als Einladung zu einer Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft. *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft*, 1 (1), 1-73.
- Leahey, Th. H. (1999). *Historia de la Psicología. Principales corrientes en el pensamiento psicológico*. España: Prentice Hall.
- Le Bon, G. (1977). *The crowd*. Middlesex, England: Penguin. (Trabajo original publicado en 1895).

- León Rubio, J.M, Barriga Jiménez, S., & Gómez Delgado T. (1998). Concepto y características metodológicas de la psicología social. En J. M. León Rubio, S. Barriga Jiménez, T. Gómez Delgado, B. González Gabaldón, S. Medina Anzano, & F. J. Cantero Sánchez (Coordinadores), *Psicología Social. Orientacionesteóricas y ejercicios prácticos (pp. 3-24)*. Madrid: Mc Graw Hill.
- LeVine, R. A. (2003). *Childhood socialization: Comparative studies of parenting, learning, and educationalchange. Studies in Comparative Education, Vol. 12*. Hong Kong: Comparative Education Research Center, University of Hong Kong.
- Lewin, K. (1969). *Dinámica de la personalidad*. Madrid: Morata, S.A.
- Liebes, T. (1999). Sarai-je belle, sarai-jai riche? Images culturelles de la réussite chez les adolescents. *Reseaux*, 98, 191-215.
- Linton, R. (1945). *Cultura y personalidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Livingston, R. B. (1967). Brain circuitry relating to complex behavior. En G. C. Quarton, T. O. Melnechuk & F. O. Schmitt (Comps.), *The neurosciences: a study program (499-515)*. New York: Rockefeller.
- Lledó Sandoval, J. L. (2009). *La exploración psicodinámica en la salud mental*. España: Club Universitario.
- Lobo, I. & Robert, J. (1995). Televisión: ideología y socialización. Su papel en la formación de la identidad personal y social del niño y la niña costarricenses. II Parte: Las preferencias televisivas. *Actualidades en Psicología*, 11 (88).
- Lobo, I. & Robert, J. (1997). *La Televisión y el niño costarricense*. Universidad de Costa Rica.
- Lobo S., I.; Padilla G., M. & Robert J. (1990). *La Influencia de la Televisión en la Conformación de una Visión de Mundo en Niños en Edad Preescolar*. Tesis de licenciatura no publicada, Universidad de Costa Rica.
- Lombroso, C. (1897) *L'uomo delinquente in rapporto all'antropologia, alla giurisprudenza ed alla psichiatria (cause e rimedi)*. Torino: Fratelli Bocca.
- Lorenz, K. (1993). *El anillo del rey Salomón*. Barcelona: RBA Editores.
- Lowy, M. (1975). *Dialéctica y revolución*. México: Siglo XXI.
- Luria, A. R. (1982). *Introducción evolucionista a la Psicología*. Barcelona: Fontanella.

- Lynch, M. (2001). Is a science peace process necessary? In J. Labinger & H. Collins (Eds.), *The one culture? A conversation about science* (pp. 48–60). Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Liotard, J. F. 1997). *O inumano: Considerações sobre o tempo*. Lisboa: Estampa.
- Maccoby, M. (1985). El Carácter Social versus el Ideal Productivo: La Contribución y la Contradicción en la Visión del Hombre en Fromm. *Instituto Mexicano de Psicoanálisis A.C. Anuario 1985*, 214-246.
- Maccoby, M. (1996). The Two Voices of Erich Fromm: The Prophetic and the Analytic. En M. Cortina & M. Maccoby (Eds.) *A Prophetic Analyst. Erich Fromm's Contributions to Psychoanalysis*.(61-92). New Jersey: Jason Aronson Inc.
- Maccoby, M. (2002). Toward a Science of Social Character.*Int Forum Psychoanal 11*, 33-44.
- Maccoby, E. E. & Martín, J. A. (1983) Socialization in the context of the family: Parent-child interaction. En E. M. Hetherington & P. H. Mussen (Eds), *Handbook of child psychology: Socialization, personality and social development*, 4 (pp. 1-101). New York: Wiley.
- Madriz, V. y Zúñiga, P. (1985). *Correlación entre algunos rasgos productivos e improductivos del carácter de la madre y el tipo de vínculo que establece con su hijo en el primer año de la vida del menor*. Tesis de Licenciatura no publicada. Universidad de Costa Rica.
- Madsen, K. B. (1967). *Teorías de la motivación. Un estudio comparativo de las teorías modernas de la motivación*. Buenos Aires: Paidós
- Mannheim, K. (1941). *Ideología y utopía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marcuse, H. (1970). *Ética de la revolución*. Madrid: Taurus
- Marcuse, H. (1972). *El hombre unidimensional*. Barcelona: Seix Barral S. A.
- Marcuse, H.(1981). *Eros y civilización*. Barcelona: Ariel.
- Mariategui, J. C. (1973). *Introducción a un estudio sobre el problema de la educación pública*. Obras completas de José Carlos Mariategui. Vol 14. Lima: Amanta.
- Markus, H. & Kitayama, S. (1991). Culture and the Self: Implications for Cognition, Emotion and Motivation. *Psychological Review*, 98, 224-253
- Martín-Barbero, J. (1996). De la ciudad mediada a la ciudad virtual, transformaciones radicales en marcha. *Telos*,44.

- Martín Barbero, J. (1998), *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Barcelona: Gustavo Gili.
- Martín-Barbero, J. (2000). Globalización y multiculturalidad: notas para una agenda de investigación. En M. Maraña (Ed.), *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales* (pp. 17-29). Chile: Cuarto Propio.
- Martín-Baró, I. (1972). *Presupuestos psicosociales de una caracterología para nuestros países*. El Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.
- Martínez, M. (1989). *Comportamiento humano. Nuevos métodos de investigación*. México: Trillas.
- Martínez, M. (1993). *La psicología humanística. Fundamentación epistemológica, estructura y método*. México: Trillas.
- Marx, C. (1959). *La ideología alemana*. Montevideo: Pueblos Unidos.
- Marx, C. (1973a). Manuscritos económico-filosóficos de Karl Marx. En E. Fromm, *Marx y su concepto del hombre* (pp. 95-175). México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, C. (1973b). Crítica de la dialéctica y de la filosofía en general de Hegel. En E. Fromm, *Marx y su concepto del hombre* (pp. 176-201). México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, C. (1973c). De la introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Crítica de la religión. En E. Fromm, *Marx y su concepto del hombre* (pp. 176-201). México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, C. (1974). Prólogo a Contribución crítica de la economía política. En *Introducción general a la crítica de la economía política/1857 Y otros escritos sobre problemas metodológicos 9na. Ed.* Córdoba: Cuadernos Pasado y Presente. (Trabajo original publicado en 1859).
- Marx, C. (1971). *Crítica del programa de Gotha*. Madrid: Ricardo Aguilera.
- Marx, C. y Engels, F. (1995). *El capital: Crítica de la Economía Política. Tomo 1, 2 y 3*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Maslow, A. (1943). A theory of motivation. *Psychological Review*, 50, 370-396.
- Maslow, A. (1986). Autorrealizacionismo. En W. Sahakian (Ed.), *Historia de la Psicología* (pp. 466-472). México: Trillas.
- McClelland, D. C., Atkinson, J. W., Clark, R. A. & Lowell, E. L. (1953). *The achievement motive*. New York, Appleton-Century-Crofts.

- McDougall, W. (2003). *An Introduction to Social Psychology*. New York: Dover Publications. (Trabajo original publicado en 1908).
- McKinney, L.M. & McNamara, J.K. (1991). *Heterochrony: The Evolution of Ontogeny*. New York: Plenum.
- Mead, G.H. (1982). *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1934).
- Mead, M (2006). *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*. Barcelona: Paidós Ibérica. (Trabajo original publicado en 1935).
- Mead, M. (1974). *Adolescencia y cultura en Samoa*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1939).
- Medina, F. & Galván, Marco (2008). *Descomposición del coeficiente de Gini por fuentes de ingreso: Evidencia empírica para América Latina 1999-2005*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Mellado, F. de P. (1853). Enciclopedia moderna. *Diccionario universal de Literatura, Ciencias, Artes, Agricultura, Industria y Comercio*. Madrid
- Mideplan (2015). *Población indígena en cifras –Costa Rica-*. Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica.
- Mignolo, W. (2007). DELINKING. The rhetoric of modernity, the logic of coloniality and the grammar of de-coloniality. *Cultural Studies*, 21 (2), 449 – 514.
- Mills, C. W. (2002). *White Collar. The American Middle Classes*. New York: Oxford University.
- Monreal, M.G. & Guitart, M.E. (2012). Consideraciones educativas de la perspectiva ecológica de Urie Bronfenbrenner. *Contextos Educativos*, 15, (79-92)
- Montaigne, M. de (2007). *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*. Barcelona: El Acantilado.
- Montaño, A. (2015). *Identidades indígenas a ambos lados de la frontera México-Guatemala*. Recuperado el 11 de enero de 2018 de <http://conacytprensa.mx/index.php/centros-conacyt/3887-identidades-indigenas-a-ambos-lados-de-la-frontera-mexico-guatemala>.
- Montero, M. (1974). *Carácter y ambiente*. México: Grijalbo.
- Morales, J. (1981). *Metodología y teoría de la psicología*. Madrid: UNED.

- Morales, M. E. & Salas N. (2004). Violencia, familia y patrones de crianza. En M. Rosabal-Coto, *Jornada de expertos sobre la violencia en los sistemas de creencias asociados a las prácticas parentales de crianza de niños y niñas costarricenses*. Instituto de Investigaciones Psicológicas, Universidad de Costa Rica. (Proyecto N. 723-A4-733).
- Morgan, L. H. (1997). *Systems of Consanguinity and Affinity of the Human Family*. University of Nebraska.
- Morton, S. (1839). *Crania americana or, A comparative view of the skulls of various aboriginal nations of North and South America. To which is prefixed an essay on the varieties of the human species*. Philadelphia: J. Dobson.
- Mota Díaz, L. (2002). Globalización y pobreza: dicotomía del desarrollo en América Latina y México. *Espacio Abierto 11* (2), 189-204.
- Mueller, F. L. (1965). *La Psicología contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Nagel, E. (1961). *The Structure of Science*. New York: Brace and World.
- Neves da Silva, R. (2008). Ética e paradigmas: desafios da psicologia social contemporânea. En K. S. Ploner, L. R. Ferreira, L. M. Schindwein & P. A. Guareschi (Organizadores), *Ética e Paradigmas na Psicologia Social*. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais.
- Noveno Foro de Radio Fides: ¿Conviene la apertura en telecomunicaciones? (2007, 09 de agosto). *Semanario Universidad*.
- O'Connor, D. & Yballe, L. (2007). Maslow Revisited: Constructing a Road Map of Human Nature. *Journal of Management Education*, 31, 738-756. Recuperado el 23 de enero del 2013, de <http://jme.sagepub.com/content/31/6/738>
- OIT (2002, 28 de octubre). Informe sobre el Diálogo Nacional: Costa Rica. *Comisión Mundial sobre la Dimensión Mundial de la Globalización*. Recuperado el 26 de marzo de 2015 de <http://www.ilo.org/public/spanish/wcsdg/consulta/costaric/>.
- OIT (2011). Piso de protección social para una globalización equitativa e inclusiva. *Informe del Grupo consultivo presidido por Michelle Bachelet Convocado por la OIT con la colaboración de la OMS*. Ginebra: Oficina Internacional del Trabajo.
- Ordoqui, A. (2014, 23 de noviembre). América Latina, cada vez menos católica y más protestante. *infobae América*. Recuperado de <http://www.infobae.com/2014/11/23/1610174>.
- Overton, W. (1984). World views and their influence on Psychological theory and research: Kuhn-Lakatos-Laudan. *Advances in child development and behavior*, 18, 191-226.

- Páez, D., Valencia, J., Morales, J.f. & Ursua, N. (1992). Teoría, metateoría y problemas metodológicos en Psicología Social. En D. Páez, J. Valencia, J.F. Morales, B. Sarabia & N. Ursua (Eds.) *Teoría y método en Psicología social* (pp. 31-205). Barcelona: Anthropos.
- Pérez, C. (2012). Una visión para América Latina: Dinamismo tecnológico e inclusión social mediante una estrategia basada en los recursos naturales. *Revista Económica*, 14 (2), 11-54. Recuperado el 28 de abril del 2015, de <http://www.revistaeconomica.uff.br/index.php/revistaeconomica/article/view/42/48>.
- Pérez Sánchez, R. (2002). *Globalización e Investigación intercultural en psicología: El estudio de la Recepción televisiva y la construcción del futuro en Costa Rica y Alemania*. Sin publicar.
- Pérez Sánchez, R. (2011). Uso de medios en niños, niñas y jóvenes costarricenses: una revisión de lo investigado. En R. Pérez (Ed.), *Psicología de los usos de los medios. Avances en la investigación de la psicología de los medios de comunicación: Serie Informes Finales de Investigación 5* (pp. 14-21). San José, C. R.: Universidad de Costa Rica.
- Pérez Sánchez, R. (2013). Infancia, socialización y TIC. En PROSIC, *Hacia la Sociedad de la Información y el Conocimiento* (343-368). Universidad de Costa Rica.
- Pérez Sánchez, R. (2016). Adolescencia, socialización y TIC. En PROSIC, *Hacia la Sociedad de la Información y el Conocimiento* (pp.103-122). Universidad de Costa Rica.
- Pérez Sáinz, J.P. & Alvarado Ríos, K. (2008) *Globalización y nuevos ejes de acumulación en Costa Rica*. Recuperado el 03 de marzo del 2015 de <https://www.american.edu/clals/upload/Globalizaci%C3%B3n-y-ejes-de-acumulaci%C3%B3n-en-CR-borrador-final.pdf>.
- Pew Research Center (2014, 13 de noviembre). Religión en América Latina: Cambio generalizado en una región históricamente católica. Recuperado el 06 de abril de 2017 de <https://www.scribd.com/.../Religion-en-America-Latina-Cambio-Generalizado-Es-Una>.
- Piaget, J. (1973). Introducción: la situación de las Ciencias del hombre dentro del sistema de las ciencias. En J. Piaget, P. Lazarsfeld, et al. *Tendencias de la investigación en las ciencias sociales* (pp. 45-120). Madrid: Alianza
- Piaget, J. (2007). *El nacimiento de la inteligencia en el niño*. Barcelona: Crítica
- Pindado, J. (2003). El papel de los medios de comunicación en la socialización de los adolescentes de Málaga. Tesis de doctorado no publicada, Universidad de Málaga.

- Pinker, S. (2003). *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana*. Paidós: España.
- Popper, K. (1996). *En busca de un mundo mejor*. España: Paidós.
- Portillo Sánchez, M. (2005). Juventud, identidad y ciudad: Algunos apuntes para la reflexión. *Andamios*, 2 (4), 219-238.
- PREAL (2005). *2006 Cantidad sin calidad. Un informe del progreso educativo en América Latina*. Programa de Promoción de la Reforma Educativa en América Latina y el Caribe. Recuperado el 05 de septiembre de 2016 de www.oei.es/historico/quipu/Informe_preai2006.pdf
- Programa Estado de la Nación (1999). *Estado de la Nación en Desarrollo Humano Sostenible*. San José C.R.
- Programa Estado de la Nación (2006). *Duodécimo Informe Estado de la Nación en Desarrollo Humano Sostenible*. San José C.R.
- Programa Estado de la Nación (2009). *Decimoquinto Informe Estado de la Nación en Desarrollo Humano Sostenible*. San José, C. R.
- Programa Estado de la Nación (2011). *Decimoséptimo Informe Estado de la Nación en Desarrollo Humano Sostenible*. San José, C. R.
- Programa Estado de la Nación (2013). *Estadísticas de Centroamérica, indicadores sobre desarrollo humano sostenible*. San José C.R.
- Programa Estado de la Nación (2015). *Quinto Informe Estado de la Educación*. San José C. R.
- Putnam, L. E., (2001, febrero-marzo). *La población afrocostarricense según los datos del censo de 2000*. Ponencia presentada al IV Congreso Centroamericano de Antropología. Xalapa, Universidad de Veracruz, México.
- Quesada, R. (2006). *Globalización y deshumanización. Dos caras del capitalismo avanzado*. Heredia: EUNA-EUCR.
- Quijano, A. (2014). *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/decolonialidad del poder*. Buenos Aires: CLACSO.
- Reich, W. (1980). *Psicología de masas del fascismo*. Barcelona: Bruguera.(Trabajo original publicado en 1930).
- Reining, P., Cámara, F, Chiñas, B., Fanale, R., Gojman, S., Lenkerd, B. et al. (1977). *Village women, their changing lives and fertility; studies in Kenya, México and the Phillippines*. Washington, D.C.: American Association for Advances of Science.

- Riesman, D. y otros (1964). *La muchedumbre solitaria*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1950).
- Rifkin, J. (2009). *El siglo de la biotecnología. El comercio genético y el nacimiento de un mundo feliz*. Barcelona: Paidós.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. México: Siglo XXI.
- Robert, J. (1991). Acotaciones críticas alrededor de la nueva filosofía de la ciencia. En A. Ruiz Zúñiga (Ed.), *Ciencia y Tecnología* (pp. 19-29). San José, C.R.: Asociación Costarricense de Historia y Filosofía de la Ciencia.
- Robert, J. (1993). Pasado y futuro de las ciencias sociales: el pesado fardo de la modernidad. *Reflexiones*, 6, 13-26.
- Robert, J. (1995). El discurso publicitario y la construcción del yo en la modernidad post-industrial. *Reflexiones*, 40, 27-41.
- Robert, J. (2001). Naturaleza humana y carácter en la obra de Erich Fromm: su valor y vigencia en la psicología social. *Revista de Ciencias Sociales*, 94, 113-124.
- Robert, J. (2003). *El campesino costarricense. Una aproximación sociopsicoanalítica: tendencias dominantes del carácter social*. San José C.R.: Universidad de Costa Rica.
- Robert, J. (2009). El Campesino Costarricense: prácticas, actitudes y representaciones de su cotidianidad. *Serie Informes Finales de Investigación*. San José, C. R.: Instituto de Investigaciones Psicológicas, Universidad de Costa Rica
- Rodríguez-Caamaño, M. (2001) *Temas de sociología. volumen 1*. Madrid. Huerga y Fierro.
- Rodríguez, B. L., & Olswang, L. B. (2003). Mexican American and Anglo American mothers' beliefs and values about childrearing, education, and language impairment. *American Journal of Speech–Language Pathology*, 12, 452-462.
- Rogers, C. (1979). Hacia una ciencia de la persona. En O. Nudler (Comp.), *Problemas epistemológicos de la psicología* (pp. 75-100). México: Trillas.
- Rogers, C. (1986). Terapia centrada en el cliente. En W. Sahakian (Ed.), *Historia de la psicología* (447-451). México: Trillas.
- Rojas Maroto, D., Pérez Hernández, E., Lázaro Estrada, E., Mayorga Villanueva, S. & Villanueva Villanueva, J. (2010). *Así vivimos los pueblos indígenas. Diagnóstico niñez y adolescencia indígena*. Mesa Nacional Indígena de Costa Rica. UNICEF-Costa Rica.

- Roman, I., Salom, A. & Lara, S. (2008). Foro: Desafíos de la cohesión social y la protección social efectiva. En M. Barahona & Ceciliano, Y. (Eds.). *Desarrollo, cohesión social y políticas públicas en el itinerario del bienestar. Reflexiones sobre el primer decenio del siglo XXI en Costa Rica* (pp. 55-88). San José, C.R.:Asdi.
- Rooter, J. B. (1966). Generalized expectancies for internal versus external control of reinforcement. *Psychological Monographs*, 80, 1-28.
- Rosabal-Coto, M. (2004). *Parental Belief Systems. Conflict Resolution Strategies and Cultural Orientation in the Mother-Child Interactive Context: A Comparative Study of Two Costa Rican Samples*. Tesis doctoral no publicada. Universidad de Osnabrueck.
- Rosabal-Coto, M. (2005). *El Manual de categorías para la investigación de la interacción madre-infante: técnicas de observación, codificación y procesamiento de datos*. Instituto de Investigaciones Psicológicas, Universidad de Costa Rica. Proyecto 723-A2-002.
- Rosabal-Coto, M. (2006). *La violencia en creencias y prácticas disciplinarias con niños y niñas*. Instituto de Investigaciones Psicológicas, Universidad de Costa Rica. Proyecto 723-A4-002.
- Rosabal-Coto, M. (2012). Creencias y prácticas de crianza: el estudio del parentaje en el contexto costarricense. *Revista Costarricense de Psicología*, 31 (1-2), 65-100.
- Rosero, L. Pichardo, A. & Menjivar, M. (2008). Foro: Género y ciclo de vida. En M. Barahona & Ceciliano, Y. (Eds.). *Desarrollo, cohesión social y políticas públicas en el itinerario del bienestar. Reflexiones sobre el primer decenio del siglo XXI en Costa Rica* (pp. 163-196). San José, C.R.:Asdi.
- Ross, E. A. (1908). *Social psychology: An outlines and source book*. New York: Mcmillan.
- Rothbard, M. (2000). *Historia del Pensamiento Económico* (2 volúmenes). Madrid: Unión Editorial.
- Russell, B. (1975). *La perspectiva científica*. Barcelona: Ariel.
- Sahakian, W. (1986). *Historia de la Psicología*. México: Trillas.
- Schaar, J. H. (1961). *Escape from Authority. The perspectives of Erich Fromm*. New York: Basic Books.

- Schacter, J. J. (1987). "Reminiscences of Shlomo Barukh Rabinkow". En L. Jung (ed) *Sages and Saints (The Jewish Library, X* (pp. 99-105). Hoboken, New Jersey: Ktav Publishing House, Inc.
- Schmidt, B. E. (2004). Hibridación religiosa en Nueva York. Espiritismo puertorriqueño como ejemplo del proceso híbrido". *Boletín de Antropología, 18* (35), pp. 226-243.
- Schimmel, N. (2009). Judaism and the Origins of Erich Fromm's Humanistic Psychology: The Religious Reverence of a Heretic. *Journal of Humanistic Psychology, 49* (1), 9-45.
- Schwartz, Sh. H. & Boehnke, K. (1994). Evaluating the structure of human values with confirmatory factor analysis. *Journal of Research in Personality, 38*, 230-255.
- Semanario Universidad (09 de agosto de 2007). *Noveno Foro de Radio Fides: ¿Conviene la apertura en telecomunicaciones?*
- Semprún, J. (1972). Marxismo y humanismo. En L. Althusser, J. Semprún, M. Simon & M. Verret, *Polémica sobre marxismo y humanismo* (3a. ed., pp. 34-48). México: Siglo XXI.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo* (3a. ed.). Barcelona: Anagrama.
- Sherif, M. (1936). *The psychology of social norms*. New York: Harper.
- Shweder, R.A. (1990). *Cultural psychology-what is it?* Recuperado el 29 de julio de 2014 de https://www.google.co.cr/?gws_rd=ssl#q=richard+shweder+cultural+psychology
- Sibilia, P. (2006). *El hombre postorgánico: Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- SITEAL (2015). *Escolarización en América Latina 2000-2013*. Recuperado el 31 de julio de 2016 de http://www.siteal.iipe-oei.org/sites/default/files/rec_siteal_2_2015_04_28.pdf
- Sloterdijk, P. (2000). *Normas para el Parque Humano*. Madrid: Siruela.
- Smirnov, A. A., Rubinstein, S. L., Leontiev A. N., & Tieplov, B. M. (1960). *Psicología*. México: Grijalbo.
- Smith, M. B. (2005). Personality and Social Psychology: Retrospections and Aspirations. *Personality and Social Psychology Review, 9*(4) 334-340.

- Sober, E. & Wilson, D. S. (1999). *Unto Others: The Evolution and Psychology of Unselfish Behavior*. Harvard University Press.
- Sociedad Psicoanalítica Mexicana A.C. (1980-1981). *MEMORIAS II*. Instituto Mexicano de Psicoanálisis A.C.
- Solano Salazar, E. (2002). La población indígena de Costa Rica según el censo 2000. *Notas de Población*. Año XXIX, 75 (pp. 217-258). Santiago de Chile: CEPAL.
- Solís Fonseca, G. & Enrique López, L. (Comps.). (2008). *Pueblos y Lenguas de Frontera*. Instituto de investigación y debate sobre la gobernanza.
- Solís Jordán, J. (1998). Globalización e identidad: retos para la educación latinoamericana. En Editores R. López & O. España (Eds.), *Cultura, identidades y ciberespacio*. Heredia, C.R.: Universidad Nacional
- Sonntag, H. R. & Valecillos, H. (1999). *El estado en el capitalismo contemporáneo*. España: Siglo XXI.
- Spencer, H. (1896). *The Study of Sociology*. New York: D. Appleton and Company.
- Stavenhagen, R. (2010). Las identidades indígenas en América Latina. *Revista Instituto Interamericano de Derechos Humanos*, 52, 172-189.
- Stegmüller, W. (1984). Planteamiento combinado de la dinámica de Teorías. Como mejorar las interpretaciones históricas del Cambio de Teorías aplicando estructuras de la Teoría de Conjuntos. En G. Radnitzky y G. Andersson (Eds.), *Estructura y desarrollo de la ciencia* (pp. 233-264). Madrid: España.
- Suizzo, M. A (2007). Parents' Goals and Values for Children: Dimensions of Independence and Interdependence across Four U.S. Ethnic Groups. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 38, 506-530. Recuperado el 07 de octubre de 2010, de <http://jcc.sagepub.com/content/38/4/506>
- Sutel (2014). Informe 2014. *Estadísticas del sector de telecomunicaciones*. Recuperado el 09 de noviembre de 2016 de <https://estadisticastelecom.sutel.go.cr/telefoniamovil.html>.
- Tajfel, H. & Turner, J. C. (1986). The social identity theory of inter-group behavior. In S. Worchel & L. W. Austin (Eds.), *Psychology of Intergroup Relations*. Chicago: Nelson-Hall
- Tarde, G. (1893/2006). *Monadología y sociología*. Buenos Aires: Cactus
- Tejada Zavaleta, A. (2005). Agenciación humana en la teoría cognitivo social: Definición y posibilidades de aplicación. *Pensamiento Psicológico*, 1 (5), 117-123.

- Teofrasto (1787). Caracteres morales. En I. López de Ayala (Trad.), *Caracteres morales de Teofrasto. Reflexiones filosóficas sobre las costumbres de nuestro siglo, por Mr. Declois* (pp.1-100). Madrid: don Miguel Escribano.
- Thompson, J. B. (1998). *Los media y la modernidad*. España: Paidós.
- Tomasello M. (2013). *Los orígenes de la comunicación humana*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Tonnies, F. (1998). *Community and Society: (Gemeinschaft and Gessellschaft)*. New Jersey: Transaction Publishers.
- Triandis, H. (1995). *Individualism and Collectivism*. Boulder: Westview Press.
- Triandis, H.C. (2000). Cultural syndromes and subjective well-being. En E. Diener & E.M. Suh (Eds.), *Culture and subjective well-being* (pp. 13-36), Cambridge, MA: MIT Press.
- Triandis, H.Y. C., Botempo, R., Villareal, M., Asai, M. & Lucca, N. (1988). Individualism and Collectivism: Cross-cultural Perspectives on Self-In-group Relationships. *Journal of Personality and Social Psychology*, 54 (2), 323-338.
- Tripathi, R.C. & Leviatan, U. (2003). Individualism and Colectivism: In Search of a Product or a Process? . *Culture & Psychology*, 9 (1), 79-88. Recuperado el 07 de octubre de 2010, de <http://cap.sagepub.com/content/9/1/79>
- Trotsky, L. (1982). *Historia de la revolución rusa. Tomo I*. Colombia: Pluma Ltda.
- Turner, J. C. (1995). Introducción. En J. F. Morales (Coord.), *Psicología social* (pp. 3-21). Madrid: McGraw Hill
- Tylor, E. B. (1871). *Primitive Culture. Researches Into The Development of Mithology, Philosophy, Religion, Art, and Customs: Vol 1*. London: John Murray, Albemarle Strett.
- Vaillant, D. (2008). Educación, Socialización y Formación de Valores Cívicos. *Cohesión Social en América Latina: Bases para una Nueva Agenda Democrática*. iFHC/CIEPLAN. Recuperado el 07 de junio de 2016 de <http://denisevaillant.com/articulos/2008/ceplanifch200849.pdf>
- Van Lidth de Jeude, M. & Schütte, O. (2010). GAM (ISMO) Cultura y Desarrollo Urbano en la Gran Area Metropolitana de Costa Rica. *Cuaderno de Ciencias Sociales 155*. San José: FLACSO.
- Vasconi, T. A. (1975). *Ideología, lucha de clases y aparatos educativos en el desarrollo de América Latina*. Caracas: Laboratorio Educativo.

- Vidales Bolaños, M. J. (2012, noviembre-enero). La relación entre jóvenes y TIC en la investigación en comunicación en El Salvador. *Razón y Palabra*, 17 (81). Recuperado el 15 de marzo de 2016 de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4750227>
- Vieira Zanella, A. (2008). Reflexões sobre pesquisa em psicologia, método(s) e “alguma” ética. En Katia S. Ploner, Lísia R. Ferreira Michels, Luciane M. Schlindwem & Pedrinho A. Guareschi (Orgs.). *Ètica e paradigmas na Psicologia social* (pp. 46-58). Sao Paulo: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais.
- Vizcaíno, I. (2013, 24 de marzo). Iglesia católica tica sobrevive. *La Nación*, p. 4ª.
- Vygotsky, L. (1985). *Pensamiento y lenguaje*. Argentina: La Pléyade.
- Vuigotskij, L. (1987). *Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores*. La Habana: Científico Técnica.
- Weber, M. (1973). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Westmeyer, H. (1992). Introduction to the Structuralist Program in Psychology. En H. Westmeyer (Ed.), *The Structuralist Program in Psychology: Foundations and Applications*. Germany: Huber & Co. Göttingen.
- White, R. W. (1959). Motivation Reconsidered: The Concept of Competence. *Psychological Review*, 66 (5), 297-333.
- Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península
- Wundt, W. (1888). Über Ziele und Wege der Völkerpsychologie. *Philosophische Studien*, 4, 1–27.
- Zhang, T-Y. & Meaney, M. J. (2010). Epigenetics and the Environmental Regulation of the Genome and It Function. *Annual Review of Psychology*, 61, 439-466.
- Zires, M. (1983). El discurso de la televisión y los juegos infantiles. *Comunicación y Cultura*, 10, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México.
- Zizek, S. (1998). Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional. En F. Jameson & S. Zizek, *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo* (pp. 137-188). Buenos Aires: Paidós.